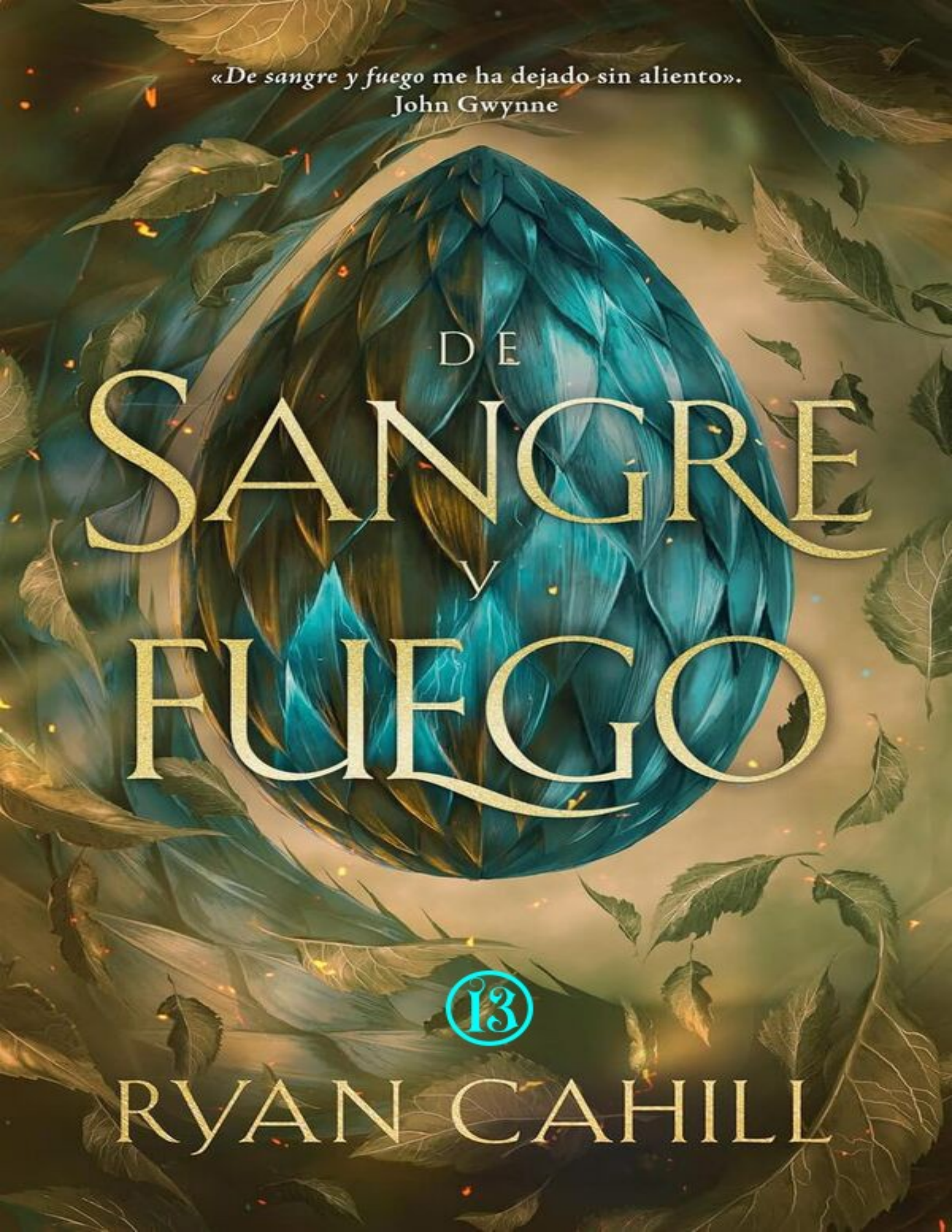
«*De sangre y fuego* me ha dejado sin aliento».
John Gwynne



DE SANGRE Y FUEGO

13

RYAN CAHILL

Eferia es una tierra dividida por la guerra y la desconfianza. Los grandes señores del sur luchan entre ellos, y tan solo la Guardia Dragontina, un grupo de traidores que sirven al Imperio del norte, es capaz de contenerlos. En las remotas aldeas del sur de Eferia, el joven Calen, que aún trata de sobreponerse a la trágica muerte de su hermano, se está preparando para la Prueba, una competición en la que debe demostrar su valor y su habilidad y a la que no todos los participantes sobreviven. Pero, cuando tres desconocidos llegan a su pueblo con un secreto por el que estarían dispuestos a morir, Calen se ve arrastrado a una guerra que lleva librándose siglos. No forma parte de ninguna profecía. Nadie había previsto su llegada. Sangra igual que cualquier otro hombre. Y, sin duda, sangrará.

Ryan Cahill

DE SANGRE Y FUEGO

Los vinculados y los quebrados
1

Título original: *Of Blood end Fire*
Ryan Cahill, 2021
Traducción: Rodolfo Martínez, 2026

Ilustraciones: Aron Cahill
Diseño del mapa: Joshua Hoskins

Revisión: 1.0

23/08/2026

Para Ella. Espero que esto demuestre que soy genial.
Nunca dejes de creer en ti misma.

The Lands of
Epheria
To Valacia
Antizan Ocean
Sea of Stone
Al Nasla
Loria
The Burnt Lands
Lodhar Mtns
Mar Dorul
Lynalion
Wolfpine Ridge
Olm forest
Belduar
The Darkwood
Illyanara
Argona
Skyfell
Valtara
Argonan Marshes
Veloran Ocean
Varsund
Arythn Plain
Carvahon
Arkalen
Aonan Wood
Varrleon
Bay of Light
Arisfell
Drifaien
The Stormwood
Mt Helmund
Narvonan Sea
To Ardan
To Karvos
Lightning Coast

PREFACIO

Tengo una broma recurrente que consiste en decir que en realidad no sé qué son los prefacios. Me he esforzado al máximo en mantener esa ignorancia desde la primera vez que la puse por escrito, lo cual no es fácil cuando te piden prefacios con cierta frecuencia, ya sea para ti o para otros. Por suerte mi madre no educó a un cobarde.

He hablado mucho sobre estos libros y este viaje durante varios años. He mencionado a las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí, las que me han apoyado y me han socorrido cuando la noche era más oscura. He explicado dónde empecé, y lo escasas que eran mis esperanzas. Y he charlado sobre los libros que despertaron mi pasión por la fantasía.

Esa es la belleza de no saber qué es realmente un prefacio: puedo hacer lo que quiera.

Esta vez voy a hablar de lo que suponen para mí estos libros y este viaje y de lo que espero que puedan suponer para vosotros.

El mundo actual es un lugar aterrador, lleno de odio, ira y oscuridad. Pero creo posible un mundo en el que podamos liderar con amabilidad, un mundo en el que podamos encontrar dentro de nosotros mismos la capacidad de ser la luz que otros puedan seguir.

¿Qué puedo hacer yo, una sola persona, para crear un mundo así? Contar estas historias y esperar que, en medio de todas esas palabras, la gente encuentre algo que le llegue al corazón o la haga pararse a pensar, aunque sea un momento.

De sangre y fuego es mi carta de amor a la fantasía épica de antaño. Quería crear una historia y un mundo que me proporcionaran como adulto la misma sensación que tenía al leer mis libros de fantasía favoritos hace tantos años. La primera vez que

leí *La rueda del tiempo* o *Los jinetes de dragones de Pern*. La primera vez que vi a Matt Cauthon tirar los dados, o al capitán William Lawrence montar a Temerario, o cuando pisé por primera vez el Último Hogar de Rivendel y oí el estruendo de las cascadas. Esa sensación de aventura, de asombro y admiración, de empezar algo especial. Quería que fuese como volver a casa.

Pero también quería algo más. Como obra completa, *Los vinculados y los quebrados* es una historia sobre personajes imperfectos que luchan por proteger a sus seres queridos en un mundo oscuro que quiere separarlos; una historia sobre el dolor y la pérdida, sobre la insensatez y la futilidad de una sola persona que se enfrenta al incesante torbellino de la guerra.

También habla de la esperanza y la perseverancia de las personas. Personas que superan el dolor, la pérdida y el duelo para dar paso a un nuevo amanecer. Pero no lo hacen solas. Se unen entre sí y se mantienen unidas. Se apoyan, luchan y se ayudan mutuamente.

Tengo una hija, y quiero asegurarme de dejarle un mundo mejor que el que encontré, en el que pueda ser audaz, valiente e inspiradora, en el que se nos juzgue por nuestros corazones. Soy muy consciente de que, a medida que crezca, me tomará como ejemplo y me observará para aprender lo que está bien y lo que está mal. Quiero enseñarla a preocuparse por los demás, a defenderse y a pensar por sí misma. Quiero enseñarla a cuestionarlo todo. Quiero ser la mejor versión de mí mismo para que sepa que ella también puede serlo.

Nunca dejaré de perseguir este sueño, ni de esforzarme por ser mejor. Y me gustaría que llegases a ver esa pasión y esos ideales en las páginas de este libro. Y que encuentres un mundo en el que perderte y, a medida que avance la serie, un hogar al que volver una y otra vez.

Estos libros lo son todo para mí, y es un honor y un privilegio acompañaros en este viaje.

Bienvenidos a Eferia.

Myia nithír til diar.
Mi alma a la vuestra.

Ryan Cahill

PRÓLOGO

Rayos de pálida luz lunar se filtraban a través de la espesura mientras Kallinvar empujaba con el pie el cuerpo sin vida del urak, dándole la vuelta para dejarlo bocarriba. Su piel gris y correosa estaba cubierta por una variopinta colección de cicatrices y heridas recientes. Kallinvar frunció los labios con indiferencia. Hacía tiempo que había perdido la cuenta de cuántas de aquellas monstruosidades había enviado al vacío.

Había tenido lugar una batalla en el bosque entre humanos y uraks, y la mayoría de las bajas eran humanas. Jóvenes. A juzgar por la distribución de los cadáveres, los uraks los habían atraído a una trampa. Los Caballeros habían llegado demasiado tarde para detener la masacre.

—Hermano Capitán, hemos encontrado uno vivo.

Kallinvar alzó una ceja y asintió para que el hermano Tarron lo guiara.

—Debe de ser él. El Gran Maestro dijo que encontraríamos aquí al último Portador del Sello.

El hermano Ildris y la hermana Ruon ya estaban junto al cuerpo del caído, con las brillantes capas blancas sobre la espalda.

—¿Respira?

—Sí, hermano Capitán. Aunque no le queda mucho tiempo.

De haber estado en pie, el herido habría podido mirar a Kallinvar

desde arriba con holgura, y Kallinvar no era pequeño. Pero no estaba de pie. Yacía bocarriba, con una profunda herida en el vientre. A Kallinvar le sorprendió que aún estuviera vivo.

—Eh…

Una tos interrumpió el intento de hablar del caído, y la sangre le brotó de los labios. Kallinvar le puso la mano en el pecho.

—Tranquilo. No hables. Te voy a hacer tres preguntas. Responde con un movimiento de cabeza. ¿Entiendes?

El moribundo asintió.

—El deber de los fuertes es proteger a los débiles. ¿Estás de acuerdo?

El caído asintió sin dudar.

—Ninguna decisión es sencilla. El blanco y el negro no existen. Vivimos en un mundo de grises en constante cambio. ¿Estás de acuerdo?

El interpelado lo consideró por un momento y luego asintió de nuevo. Kallinvar lo miró fijamente.

—Si te salvamos, ¿estás dispuesto a renunciar a tu vida pasada y a todo lo que te ata a la persona que eres ahora? ¿Estás dispuesto a llevar el Sello de Achyron? ¿A seguir su credo y servir al Guerrero hasta el día en que te lleven de este mundo?

Kallinvar vio la expresión en los ojos del otro. Incertidumbre. Eso era bueno. Una persona inferior aprovecharía cualquier oportunidad para salvar su propia vida. Pero un verdadero ser humano no debería limitarse a desear vivir. Tenía que desear vivir de la forma que considerara correcta. Esa distinción era lo que dividía a las personas, lo que marcaba la diferencia entre quienes podían soportar el peso del Sello de Achyron y quienes se derrumbarían bajo él.

—Debes saber que si aceptas el Sello de Achyron y traicionas su credo, la vida te será arrebatada de la forma más dolorosa que puedas imaginar. No es una carga fácil de llevar. ¿La aceptarás?

Kallinvar no apartó la mirada de los ojos del moribundo. Era en ellos donde se alojaba la medida de la intención de una persona.

—Sí —respondió el moribundo con la voz entrecortada.

Un borbotón de sangre brotó de su boca abierta.

—Muy bien. Hermano Tarron, el Sello.

Kallinvar no tuvo que esperar mucho.

—El último Sello, hermano Capitán.

Kallinvar se giró y extendió la mano para tomarlo.

—Gracias, hermano Tarron.

Pasó los dedos enguantados por la suave superficie del Sello, compuesto por un extraño metal de un tono verdoso. Forjado por el propio Achyron, tenía la forma del símbolo de los Caballeros de Achyron: una espada que apuntaba hacia abajo incrustada en un resplandor solar.

—Va a dolerte, hermano —le dijo Kallinvar al herido—. Pero el dolor es el camino hacia la fuerza.

Sostuvo el sello frente a él, justo por encima del pecho del moribundo. Le apoyó la otra mano en el hombro.

—¿Estás seguro?

El herido asintió, con los ojos medio vidriosos. Estaba cerca del vacío.

«Así sea. Ya han aparecido todos los Portadores del Sello. Los Caballeros han sido restaurados antes de la Luna de Sangre».

Kallinvar presionó el sello contra la coraza de cuero del herido, sobre el esternón. Empezó a brillar como si reflejara la luz de mil estrellas. El olor acre del cuero quemado llegó hasta Kallinvar cuando el sello fundió la armadura del herido y se abrió paso.

A continuación empezaron los gritos.

CAPÍTULO 1
EL BOSQUE DE ÖLM

El Claro - Primavera, año 3080 después del Colapso

Los dedos de Calen se deslizaban con facilidad por las ranuras desgastadas del mango de la espada de madera de entrenamiento. Al cambiar de una suerte a otra, la camisa se le pegó al pecho y el pelo castaño que le caía sobre la frente quedó empapado de sudor. Entrecerró los ojos ante el resplandor naranja del sol naciente que se derramaba sobre la cresta Lupina.

Su padre le había dado el día libre en la forja para que pudiera ir a cazar al bosque de Ölm, pero no había podido aprovechar el tiempo extra en la cama. A menos de dos semanas de la Prueba, no recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido bien; su mente se empeñaba en repasar obsesivamente todo lo que podía salir mal en lugar de permitirle soñar. Practicar distintas suertes con la espada lo tranquilizaba, así que se concentró en la respiración y llenó los pulmones con el aire fresco de la mañana y el trino de los pájaros flotando en la brisa.

El sonido familiar de unas pesadas patas que se le acercaban lo sacó de su concentración. Un peso se le estrelló contra el pecho; se quedó sin aliento y cayó sobre la hierba cubierta de rocío.

—¡Faenir, quítate de encima, por el amor de los dioses! —gritó

Calen mientras la áspera lengua de Faenir le bombardeaba la cara. Habría jurado que el condenado lupino estaba sonriendo—. Todas las puñeteras mañanas…

Empujó juguetonamente a Faenir a un lado y le revolvió el pelaje gris ceniza de la coronilla. Con cuatro años, Faenir seguía comportándose como un cachorro de dos meses, pese a que medía casi dos varas desde la cola hasta el hocico; a cuatro patas, la cresta del lomo le llegaba a Calen hasta el pecho.

La nariz de Faenir se movió cuando el aroma del pan recién horneado se extendió tentadoramente desde la ventana de la cocina hasta el jardín.

—Venga, vamos. Llego tarde y tú solo piensas en la comida.

Calen cogió el arco y la aljaba, apoyados contra el lateral de la casa, y se los colgó al hombro. Subió al porche y entró en la casa.

La cocina estaba impecable, como siempre. No había ni una mota de polvo ni restos de comida en el suelo de roble, y la larga encimera en forma de L al fondo de la habitación relucía. La madre de Calen, Freis, molía hierbas en un cuenco de barro de pie junto a la desgastada mesa de la cocina, en medio de la habitación. Estaba arremangada hasta los codos y llevaba el cabello gris dorado recogido con un trozo de cuerda vieja y gastada. El dulce aroma a aliento de cretia mezclado con gotas de vidriazul, similar al de la miel, impregnaba el aire. Calen recordaba que su madre decía que era la base de cualquier buen ungüento curativo.

Señaló la pasta gris verdosa del cuenco.

—¿Hay algún enfermo?

—Sí, la hija pequeña de Mara Styr tiene un poco de fiebre. Le comenté que iría a verla al mediodía —respondió Freis—. ¿No deberías irte ya?

Calen vio la hogaza de pan caliente y crujiente junto al alféizar de la ventana.

—Sí, me voy ahora mismo.

—¿Podrías recogerme más aliento de cretia y algo de muldio cuando estés en el bosque? —pidió Freis sin alzar la vista del cuenco

de arcilla—. He gastado lo que tenía.

—Claro.

Se acercó al alféizar de la ventana con cuidado de no pisar la tabla del suelo que crujía y que le había ganado más de una marca roja en el trasero. Rompió el extremo de la barra de pan sin hacer ruido y lo envolvió en un paño, para a continuación meterlo en el morral de cuero que había dejado antes en la cocina.

—¿Cuándo volverás?

—¡Al atardecer! —gritó Calen mientras salía por la puerta trasera, con Faenir aullando tras él, molesto por haberse quedado atrás.

La fresca brisa matinal le acariciaba el rostro mientras el sol ascendía sobre la cresta Lupina. Entre los aromas habituales de los animales que pastaban y el olor metálico de la forja que impregnaba el pueblo, una ligera pero inconfundible fragancia a lavanda parecía flotar siempre en el aire alrededor de la casa de Calen. La lavanda era esencial para numerosos remedios herbales, decía Freis una y otra vez, pero Calen pensaba que simplemente le gustaba su olor.

Oyó el ajetreo del pueblo mientras los comerciantes de Molinar se instalaban en la plaza; saltaba a la vista la expectación por el Mercado Lunar. El chirrido constante de los ejes y el clap, clap de los cascos de los caballos proporcionaban un suave ruido de fondo a las animadas conversaciones mientras los comerciantes montaban las anticuadas tiendas. Incluso a aquella hora tan temprana, un bardo vestido con atrevidos rojos y amarillos entretenía a un grupo de niños cautivados.

—Así fue como el poderoso Fane Mortem lanzó a su enemigo al otro lado de las murallas —decía el bardo, con el pecho hinchado y los hombros echados hacia atrás.

Calen puso los ojos en blanco al pasar, sin ganas de seguir escuchando. Los aldeanos de El Claro no sentían ningún aprecio por Fane ni por el Imperio lorio. Se encontraban a muchos meses de viaje de la capital, Al'Nasla, y los impuestos de Fane les robaban las pocas monedas y los pocos alimentos que tenían. La mayoría de los envíos de su padre iban al norte, y el Imperio pagaba la mitad de lo

que valían las armas y las armaduras, eso cuando pagaba. Pese a todo, los bardos itinerantes seguían con sus historias. En realidad no importaba; los niños pronto descubrirían la verdad.

Se abrió paso por la plaza del mercado, zigzagueando entre la creciente multitud. Un comerciante joven y larguirucho se paseaba entre la gente delante de él; llevaba un juego de postes de tienda que trasladaba con la elegancia de un burro de tres patas. De no haber estado Calen atento durante las últimas seis varas, podría haberlo decapitado más de una vez.

Agachándose ágilmente bajo los palos que se balanceaban, se dirigió hacia el borde de la plaza. Con un golpe sordo, sintió como si hubiera chocado contra una pared de piedra.

—Ah, joven maese Bryer.

Erdhardt Hammersmith era un individuo gigantesco, con el pecho como dos barriles de roble y las piernas como troncos de árbol. También era el decano del pueblo y líder del Consejo municipal. Calen había sido víctima de su habitual mal genio en más de una ocasión, gracias en buena medida a su amigo Dann.

—Tu padre me ha dicho que hoy te vas de caza.

—Sí, señor. Voy a reunirme con Dann y Rist en la linde del bosque. Volveremos antes de que empiece el Mercado Lunar.

Calen esbozó una sonrisa lo más inocente que pudo mientras intentaba esquivar la amplia base de Erdhardt. Una mano se le posó en el hombro, firme pero suave.

—Espero que esta vez dejes a Faenir en casa. —Erdhardt alzó una ceja con mirada inquisitiva—. La última vez que lo llevasteis a cazar, volvió frenético, y el gallinero de maese Pimm no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

Se oyó un fuerte estruendo, seguido de gritos airados, tras del hombro de Erdhardt. Dos comerciantes habían chocado y había manzanas esparcidas por todo el suelo. Erdhardt contempló la ruidosa escena.

—Tengo que asegurarme de que estos niños no se dejen moratones unos a otros. No te metas en líos, maese Bryer.

Erdhardt se dirigió a zancadas hacia los dos comerciantes que discutían, la voz atronadora resonando por toda la plaza. Calen no esperó a que cambiara de opinión. Salió corriendo, se escabulló entre dos tiendas de campaña y saltó el muro bajo que marcaba el límite de la plaza del mercado. Una sensación de alivio lo invadió cuando sus pies tocaron el suelo al otro lado.

Calen no pudo evitar la risa al imaginar a Faenir apretujándose para pasar por la diminuta puerta del gallinero.

«Pero si esas gallinas casi no ponían huevos».

Mientras avanzaba con dificultad por la hierba alta, con el gorjeo de los mirlos zumbándole en la cabeza, distinguió dos figuras posadas en un árbol caído al borde del bosque.

—Ya era hora de que aparecieras. ¡Llevamos aquí días! —gritó Dann mientras se bajaba del tronco.

La capucha de la túnica verde oscuro le cayó sobre los hombros, dejando al descubierto el cabello rubio, corto y revuelto.

—¿Cómo estás? —preguntó con cordialidad, abrazando a Calen —. Veo que hoy no nos acompaña Faenir. Creo que papá se alegrará después de lo que pasó la última vez.

—Sí, pero quizá echemos de menos su agudo olfato cuando nos perdamos en el bosque siguiendo el rastro de tu ciervo —dijo Rist, acercándose a ellos a zancadas—. Me alegro de que hayas venido, Calen. Dann no ha parado de hablar en toda la mañana.

Rist atrajo a Calen y le dio una palmada en la espalda.

—No lo aprietes demasiado, Calen. Nuestro Rist parece estar cada día más delgado.

—Oh, vete a la mierda, Dann. Al menos yo sé leer —replicó Rist, empujando a Dann.

—Oye, yo también sé leer. Solo que no soy tan ratón de biblioteca como tú.

Dann se echó a reír y le dio un empujón juguetón a Rist. La comisura de los labios de este se curvó en señal de desaprobación. Calen los rebasó a ambos mientras seguían intercambiando insultos y se dirigió hacia la linde del bosque.

—Vamos. Seguidme el ritmo, ¿vale?

Dann echó a trotar junto a Calen. Además del arco de tejo, llevaba colgados al hombro dos tablones cortos de madera con los extremos curvados, reforzados con bandas de acero.

—¿Hacía falta que trajeras el arco, Calen?

La mirada fulminante de este no surtió ningún efecto en la sonrisa picara que se dibujó en el rostro de Dann, quien nunca perdía la oportunidad de burlarse de alguien y ponerlo nervioso.

—Rara vez estoy de acuerdo con Dann, pero ¿realmente tiene sentido? —preguntó Rist mientras los alcanzaba. Acortó la distancia sin esfuerzo con sus calculadas zancadas—. Quiero decir, te he visto fallar una puerta de granero, y no exagero. Ese kato murió, Calen.

Tanto Dann como Rist estallaron en carcajadas. Calen hizo todo lo posible por ignorarlos, centrándose en el bosque que teman delante. No había mucho que pudiera decir; por irritante que fuera, ambos tenían razón. No se le daba bien el arco, lo que se había convertido en una broma recurrente. Se sentía mucho más cómodo con una espada en la mano, pero no servía para cazar ciervos.

El bosque de Ölm no tenía nada que envidiar a los mayores bosques de Eferia. Calen sentía que el mundo a su alrededor cambiaba al cruzar sus lindes. El olor crudo y amaderado del tiempo consumía la espesura; siglos de hojas caídas y ramas rotas impregnaban el denso aire. Esponjosas setas de estrella cubrían el húmedo suelo del bosque, y sus vivos racimos azules y amarillos contrastaban con el exuberante verde y el marrón oscuro de los árboles. Sintió que el terreno firme daba paso al suelo blando y flexible del bosque, cubierto de hojas de todos los colores, húmedas por la lluvia del día anterior. Bien.

«Rastrear va a ser más fácil tras la lluvia, espero».

—Dann, ¿estás seguro de que saldremos de aquí a tiempo para las celebraciones? Llevo meses esperando las historias de Therin.

Calen oyó a las ardillas corretear y saltar sobre su cabeza, acompañadas de un crujido familiar cuando los cuerpos pequeños y ágiles aterrizaban en las ramas artríticas de los imponentes árboles.

—Seguro. Estuve rastreando una manada de ciervos a principios de esta semana. Si seguimos esta dirección durante una hora, deberíamos encontrar de nuevo su rastro. No se habrán alejado mucho del río.

A medida que se adentraban en el sinuoso y enmarañado corazón del bosque, este empezó a cobrar vida. El constante canto de los pájaros resonaba en los árboles. Liebres y conejos correteaban entre las gruesas raíces en forma de zarcillos que cubrían el suelo. Se oían de vez en cuando los profundos rugidos de animales bastante más grandes que los que correteaban a sus pies. Pero lo que molestaba a Calen era el zumbido constante y el murmullo de los insectos. Podía matar a un oso o a un lobo, o al menos intentarlo, pero no podía usar una espada para detener el incesante ruido de aquellos bichos.

—Últimamente se han producido avistamientos extraños —dijo Rist con naturalidad—. El otro día escuché a unos tramperos discutir sobre una criatura que los había echado del campamento.

—Como si no tuviéramos suficiente con los osos, los lupinos y los katos. La Prueba va a ser divertida de narices —dijo Dann, con la voz cargada de sarcasmo.

Pasaron la siguiente hora abriéndose paso a través del denso follaje, hasta que los árboles dieron paso a un claro abierto que se inclinaba a ambos lados hacia un lánguido arroyo que fluía por el centro.

Calen se arrodilló junto a la corriente y llenó los pulmones con aire fresco, sin filtrar por la humedad del espeso bosque. El murmullo del agua lo relajaba; de algún modo se sumergía en el fondo de su mente sin que él se diera cuenta. Mientras escuchaba, un ruido distante le llegó a los oídos: un leve estruendo, chasquidos y crujidos de ramitas y ramas caídas, todo ello *in crescendo*. Dann y Rist no parecían oír nada. Arrodillados a unos pasos de él junto al río, discutían como de costumbre.

—Dann, ¿a qué distancia del bosque dijiste que estaría la manada de ciervos?

—Eh, una hora más o menos. —Dann le dio un trago a la cantimplora—. Hay un arroyo más grande más adentro, y normalmente no llegan tan lejos. Está demasiado cerca del pueblo.

Calen se puso en pie muy despacio. El ruido sordo se hacía cada vez más fuerte. Los pájaros que los rodeaban piaban frenéticamente mientras abandonaban los árboles en bandadas. Miró a Dann a los ojos y vio que él también podía oírlo. Dann saltó hacia Calen, descolgó el arco y colocó una flecha en la cuerda.

—¿Cuántos? —susurró Calen, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de bajar la voz.

Dann no pudo responder. Algo sacudió los arbustos al otro lado del claro; el crujir de las ramas y el pisoteo de las pezuñas sonó por todas partes. Un ciervo enorme, de unas dos varas y media de altura, irrumpió a través de la espesura al otro lado del claro, deteniéndose solo lo suficiente para reconocer la existencia de los tres cazadores. Sus poderosos y sinuosos cuernos llamaron la atención de Calen. Cuando el ciervo se abalanzó hacia ellos, varios ejemplares más salieron de entre los árboles. Cuatro, nueve, doce; luego perdió la cuenta.

Un silbido agudo pasó zumbando junto a la oreja de Calen. La flecha de Dann se clavó en el ojo derecho del ciervo que iba en cabeza, matándolo al instante. El gigantesco cuerpo resbaló por la pendiente del claro y se estampó contra un árbol caído cercano antes de ser engullido por la estampida. Tanto Calen como Rist lanzaron sus propias flechas contra la manada que se abalanzaba sobre ellos. Era imposible saber si habían dado en el blanco, ya que las flechas desaparecían entre la confusión de ciervos. La manada estaba a punto de alcanzarlos.

Dann colocó otra flecha en el arco.

—¡Cúbrete! —gritó Calen.

Rist se tiró inmediatamente detrás de la gran roca que Calen le había señalado, pero Dann había perdido la concentración. Sus ojos se entrecerraron cuando encontró el objetivo. Soltó la flecha justo cuando Calen chocaba contra él, haciendo que los dos cuerpos se

estrellaran contra el suelo detrás de la roca.

Aturdido, Dann giró la cabeza para lanzarle a Calen una mirada iracunda por haber arruinado su tiro, pero vio el morral destrozado en el lugar donde había estado. Miró a Calen y asintió.

Después de unos minutos, ya seguros de que la estampida había pasado, abandonaron la roca que los protegía.

—Vaya… Joder. Ha estado cerca —dijo Dann.

—¡Casi te matan, Dann! —espetó Rist.

—Bah… «Casi te matan, Dann» —retrucó Dann burlón mientras se arrodillaba para examinar el cuerpo del gran ciervo al que había disparado en el ojo.

El corazón de Calen aún latía con fuerza mientras observaba pensativo el claro. Era un desastre de tierra removida y ramas rotas. Un escalofrío le recorrió la espalda al ver el cuerpo destrozado de un cervatillo que yacía pisoteado al otro lado del claro, con la punta de una flecha clavada en el cuello.

—Algo los asustó mucho…

Rist se apoyó contra el tronco de un árbol y luego se deslizó al suelo con un suspiro.

—¿Quizá un oso?

—No lo creo. Venid a ver esto —dijo Dann, agitando la mano en el aire, con un temblor en la voz.

Cuando Calen y Rist llegaron a su lado, estaba inclinado sobre el cadáver del ciervo y recorría con la mano una herida profunda y abierta que se extendía a lo largo de las costillas del animal.

—Dioses…

—¿Qué pudo haber hecho eso? —preguntó Calen.

—No tengo ni idea —admitió Dann, frunciendo los labios—. Pero el corte es demasiado limpio para ser de un diente o una garra. Llega hasta el hueso.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro —respondió Dann. Palpó el borde de la herida con la mano. Soltó un suspiro—. Sea lo que sea lo que lo haya hecho, no creo que debamos quedarnos aquí más tiempo del

necesario.

CAPÍTULO 2
EL DRAGÓN DORADO

Cuando salieron del espeso bosque, el sol ya había empezado a ponerse en el horizonte crepuscular, pero El Claro aún era visible gracias a las columnas de humo grisáceo que se elevaban suavemente de las chimeneas y al cálido resplandor de las velas de sebo que iluminaban las ventanas traslúcidas de las casas.

Calen se detuvo para respirar el aire fresco y contemplar la familiar vista del pueblo en la distancia. Echó la cabeza hacia atrás y rotó los hombros, haciendo crujir el cuello para aliviar el dolor que había empezado a sentir. El viaje de vuelta les había llevado mucho más tiempo; se habían turnado para transportar el ciervo, lo cual no era tarea fácil teniendo en cuenta su tamaño.

Dann lo había eviscerado para reducir el peso y lo había atado al trineo que había improvisado, un artilugio bastante útil. Las dos tablas de madera estaban unidas con dos listones y aseguradas con tornillos hechos a mano. El ciervo se ataba a las tablas con una tosca cuerda que se pasaba por unos pequeños bucles metálicos en el borde superior de los listones, lo que facilitaba mucho el transporte y causaba menos daños al pelaje. Suponía un gran esfuerzo, pero merecía la pena para poder llevar a casa de una pieza el enorme animal. Era tan grande que iba a proporcionar carne a sus familias durante bastante tiempo. Lo que no se comieran, lo podrían

vender.

Las festividades del Mercado Lunar estaban en pleno apogeo cuando los chicos llegaron a las afueras del pueblo. El bullicio de la emoción resonaba en el valle; se oían rugidos de risa y asombro mientras los narradores de Gilsa y Camylin tejían sus fantásticos cuentos en medio del constante zumbido de la música alegre y melodiosa que se tocaba alrededor de las hogueras. El Mercado Lunar, la fiesta más importante de los pueblos, se celebraba cada ciclo cuando la luna estaba en su plenitud. Comerciantes, artistas y bardos de todas las tierras occidentales se reunían en la plaza del mercado de El Claro para vender sus productos, reunirse con viejos amigos y compartir las festividades.

Los guardias de la ciudad asintieron mientras los chicos avanzaban con dificultad, al borde del colapso por el agotamiento. Calen cargó el cuerpo del ciervo tras él en el trineo.

—Justo a tiempo, chicos —dijo Ferrin Kolm, uno de los guardias, dirigiendo su mirada hacia Calen.

Había sido uno de los mejores amigos de Haem y tenía un rostro cálido y amistoso, salpicado de pecas. La piel de los labios estaba agrietada por el gélido viento nocturno.

—Dioses, qué feo —exclamó al ver la herida que recorría el costado del ciervo—. ¿Estáis bien, chicos?

Calen asintió.

—Sí.

Ferrin torció la boca mientras él y el otro guardia, Dalmen, intercambiaban una mirada de reojo.

—¿Os vemos luego más tarde en El Dragón para escuchar a Therin? —preguntó Calen, cambiando de tema.

Le caía bien el guardia, pero ya llegaban tarde, y no tenía intención de enredarse en ninguna conversación que pudiera retrasarlos aún más. Ferrin esbozó una débil sonrisa.

—Allí nos vemos, joven Bryer. Enseguida cambiamos de tumo.

Los chicos se despidieron y siguieron su camino. Se mantuvieron en los límites del pueblo para evitar abrirse paso entre la multitud.

Aun así, llamaron la atención de un par de viajeros borrachos que se habían perdido bajo la luz de la luna.

Cuando llegaron a la casa de Dann, no vieron ni siquiera el parpadeo de una vela que indicara que había alguien en casa.

—Papá ya debe de estar en El Dragón —reflexionó Dann—. Podemos dejar el ciervo colgado en la parte de atrás. Esta noche hace frío suficiente para que se conserve hasta mañana.

Los demás asintieron. Calen habría aceptado cualquier sugerencia de Dann. Tenía frío y estaba cansado, y ya tendrían que estar en la posada.

A los chicos les costaba no dejarse llevar por la emoción mientras se dirigían hacia El Dragón Dorado, abriéndose paso entre la multitud con entusiasmo. Las calles del pueblo estaban abarrotadas. Los juerguistas borrachos deambulaban, cogidos del brazo, sin rumbo fijo. Grupos de jóvenes entonaban canciones de verano bajo la luz de las estrellas que iluminaba las calles.

Cuando Calen, Dann y Rist llegaron al centro del pueblo, la estructura enorme y robusta de El Dragón Dorado apareció ante sus ojos. Construida con largas y gruesas vigas de abeto, la posada era uno de los edificios más grandes del lugar y uno de los pocos que tenían segunda planta. Desde ella se extendía un toldo de paja bajo el que se abría una terraza elevada con una escalera central que formaba la entrada a la posada. La parte superior de la escalera estaba enmarcada por dos ornamentados dragones de madera, de escamas talladas con precisión magistral y colas que se enroscaban con firmeza alrededor de los balaustres sobre los que se sentaban. Parecían vivos, casi a punto de lanzarse contra cualquiera que se atreviera a hacerle daño a la posada. Lasch Havel, el padre de Rist, se los había encargado a un artesano que había pasado por allí hacía muchos veranos. Estaba tan encantado con las piezas terminadas que le había prometido al artesano alojamiento gratuito e hidromiel de por vida. Desde entonces, el hombre visitaba con frecuencia El Claro, y Lasch siempre había cumplido su palabra.

Mientras subían las escaleras, Calen oyó el tumultuoso bullicio de

la multitud ebria que se encontraba en el interior. El sonido familiar le resultaba extrañamente agradable después del caos del bosque de Ölm.

Las puertas de la posada se abrieron de golpe. Por un momento, Calen sonrió, ansioso por unirse a las celebraciones en el interior. Hasta que vio a Kurtis Swett y Fritz Netly salir tambaleándose a la terraza.

«Gilipollas».

Los dos jóvenes reían a carcajadas, empujándose el uno al otro.

—Anya está esperando a que vayas por ella, Kurtis. No sé por qué no lo haces. ¡Yo me la pillaba en un santiamén! —bromeaba Fritz, tambaleándose un poco y dando un gran trago a su jarra de hidromiel.

—Mantén tus sucias manos… —Kurtis se detuvo a mitad de la frase al ver a Calen, Rist y Dann de pie frente a él. Una mueca de disgusto se extendió por su rostro—. ¿Y esto? ¿Ahora las madres dejan que los niños vengan a tomar una copa?

—Apártate, Kurtis —gruñó Dann, intentando empujar a los dos jóvenes.

En respuesta, Fritz se lanzó sobre él y le empujó en el pecho con ambas manos.

—Quién coño te crees, pedazo de mierda.

El aliento le apestaba a hidromiel. Fritz ya era bastante malo estando sobrio; el alcohol lo empeoraba. Se movió para empujar a Dann por segunda vez, pero Calen saltó hacia delante, cerró el puño y golpeó a Fritz en la mejilla con los nudillos. Calen no pudo ocultar la expresión de sorpresa en su rostro cuando Fritz se tocó la mejilla dolorida con la yema de los dedos.

—¡Te arrepentirás! —gritó, entrecerrando los ojos con ira.

—¿Arrepentirse de qué, si se puede saber? —preguntó con voz tranquila y suave Lasch Havel, que había aparecido de la nada, interponiéndose entre los jóvenes y la puerta de la posada.

No era alto ni imponente, pero en el pueblo se le respetaba. De pelo muy corto y canoso, una gruesa cicatriz le recorría el ojo

izquierdo hasta perderse en la oscuridad de una feroz barba gris negruzca. Tenía un aspecto intimidante, con la camisa manchada de hidromiel arremangada hasta los codos y el paño de bar sobre los hombros. A pesar de su comportamiento habitual mente encantador, en el pueblo se sabía bien que era mejor no irritarlo.

—Eh…, nada, maese Havel. Íbamos a acostarnos. Fritz se encuentra un poco mal —dijo Kurtis, con la vista clavada en al suelo.

Fritz le lanzó una mirada de rabia con el rabillo del ojo, pero ambos jóvenes bajaron las escaleras tan rápido como pudieron, sin atreverse a mirar atrás mientras desaparecían entre las concurridas calles.

—Sí, llegad bien a casa —les gritó Lasch, con un toque de sarcasmo en la voz. Miró a los tres que tenía delante—. Entrad, que Therin está a punto de empezar. —Se volvió hacia Rist y le dirigió una mirada de advertencia—. Rist, recuerda que tu madre necesita que te levantes temprano mañana para ayudarla con las tareas de la casa.

—Sí, papá.

Lasch asintió e hizo un gesto a Rist para que entrara en la posada. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver a Calen acariciándose los nudillos de la mano derecha. Le puso la mano en el hombro y alzó una ceja.

—Se lo merecía —dijo Calen avergonzado, sin atreverse a entrar.

—Estoy seguro.

Lasch soltó una profunda carcajada mientras empujaba a Calen a través de la puerta de la posada. El interior de El Dragón Dorado era tan impresionante como el exterior, especialmente durante el Mercado Lunar. Nada más entrar, Calen fue acogido por una multitud de personas que iba de un lado a otro o intentaba acomodarse en una de las numerosas mesas esparcidas por la planta principal. Muchos luchaban por mantener el equilibrio con jarras de hidromiel en ambas manos, protegiéndolas de los golpes de los demás clientes. El aroma cálido y tentador del pan recién horneado de Lasch se mezclaba con el dulce y meloso aroma del famoso

hidromiel de El Dragón Dorado. Sintió que le rugían las tripas.

La sala estaba bañada por un suave resplandor amarillo que emanaba de las velas de cera de abeja que salpicaban todo el lugar. La barra se encontraba junto a la pared occidental, una larga y sólida encimera de roble que se extendía de un lado al otro del edificio. Detrás se veían enormes barriles de madera, varias varas más altos que Calen y llenos hasta el borde con el hidromiel casero de Lasch. Estaban sujetos con aros de hierro forjado y tenían un grifo en la parte inferior.

Contra la pared este de la sala había un escenario de madera, de unas dos varas de ancho, que sobresalía otro tanto de la pared. Allí se situaban los bardos, los narradores y los artistas que entretenían al público.

Justo cuando Calen llegaba al borde de la multitud que rodeaba la barra, Rist se abrió paso entre la marea de cuerpos y extendió el brazo para entregarle una gran jarra de hidromiel.

—Bébetelo despacio. Casi pierdo un brazo en esa locura —le dijo Rist, pasando la mano libre por encima del hombro de Calen.

—Es la posada de tu familia —dijo Dann al salir de entre la multitud detrás de Rist. Bebió un gran trago de hidromiel—. ¿Por qué te pones a la cola?

Rist puso los ojos en blanco y suspiró. Dann se encogió de hombros en respuesta a Calen.

—Creo que he visto a tu padre por aquí, Calen.

Rist se puso en marcha, abriéndose paso entre la multitud.

—A veces es un poco susceptible, ¿no? —comentó Dann.

Chocó su jarra contra la de Calen y ambos bebieron un buen trago de hidromiel antes de seguir a Rist entre la multitud. Calen pronto divisó la silueta de su padre. Los hombros anchos y nudosos de Vars Bryer eran fruto de años de trabajo con el martillo y el yunque. Su corto cabello castaño estaba salpicado de canas, y una mandíbula prominente delineaba con precisión su rostro, ligeramente curtido por las llamas de la forja.

Como si sintiera la llegada de Calen, Vars giró la cabeza y se

puso en pie con un movimiento fluido, atrayendo a su hijo hacia él en un cálido abrazo.

—Me alegro de verte, Calen.

La apariencia dura y seria de Vars solía desvanecerse cuando se trataba de Calen y su hermana, Ella. Sobre todo tras la pérdida de Haem. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Calen de arriba abajo, buscando cortes o moratones.

—¿Cómo ha ido la caza?

—En realidad, algo…

Antes de que Calen pudiera terminar la frase, el tumulto que había llenado la sala solo unos segundos antes se disipó en una ola de susurros ahogados.

Una figura alta y delgada subió al escenario. Su rostro estaba oculto por la capucha de una capa larga y pesada que parecía haber visto las cuatro esquinas del mundo. De un apagado tono marrón verdoso, se veía arañada y cubierta de suciedad y arcilla. A pesar de ello, parecía resistente, incólume al paso del tiempo, como si desprendiera un aire de inmortalidad.

Cuando los susurros se convirtieron en un silencio absoluto, el recién llegado se bajó la capucha hasta los hombros. Llevaba el fino cabello plateado recogido por detrás de las orejas en una coleta, lo que resaltaba sus rasgos afilados y juveniles. Era de mandíbula estrecha, pómulos altos y piel suave como la leche. Las orejas, delicadas y finas, terminaban en punta. Era casi imposible determinar cuántos veranos había visto. Los elfos rara vez se aventuraban al oeste de la cresta Lupina… o en el mundo humano en general. Therin era la excepción, y sus historias eran legendarias. La gente viajaba largas distancias solo para escuchar los susurros de su lengua plateada. En El Claro circulaban rumores de que era más viejo que el propio Imperio y de que había sido testigo de las historias que contaba con sus propios ojos. Era el secreto peor guardado de los pueblos.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que visité estas tierras. —La voz tranquila y apagada del elfo parecía llenar cada

grieta y hendidura de la sala—. Mucho ha cambiado —murmuró, casi para sí mismo, mientras sus ojos buscaban entre la multitud—. ¡Es un gran placer haber regresado! —Rugió mientras abría los brazos de par en par.

Un aplauso entusiasta estalló en toda la sala.

—Tranquilos, tranquilos. —Therin bajó suavemente las manos con una sonrisa irónica—. Esta noche, amigos míos, es especial. Esta noche os contaré la historia de cómo la antigua ciudad de Ilnaen fue borrada de la existencia. Bandas de fuego y destrucción se extendieron desde el centro de Eferia hasta las estribaciones de Mar Dorul y las montañas Lodhar, formando lo que los elfos conocemos como Svidar'Cia, las Tierras Calcinadas. —Recorrió la sala con la mirada, que solo encontró admiración y asombro—. Esta noche os contaré la historia de la caída de la Orden y el nacimiento del Imperio lorio, la verdadera historia.

A medida que crecía, para Calen se había convertido en algo especial escuchar las historias de Therin sobre una época en la que todas las razas vagaban libremente por las tierras. Las hermosas y ornamentadas ciudades élficas, los poderosos gigantes y los héroes de antaño. Pero, sobre todo, le encantaba escuchar las historias sobre la Orden y los nobles draleid que protegían Eferia, luchando sin miedo a lomos de enormes dragones, algunos tan grandes como casas. Las historias que contaban otros bardos eran decididamente diferentes.

—Fane Mortem… —Therin dejó que el nombre calara hondo—. El emperador de Loria no era más que un joven mago que había ascendido rápidamente en las filas de la Orden. Nacido en el seno de una familia noble dentro de las murallas de la ciudad de Al'Nasla, no tardó mucho en llamar la atención. A los seis años, fue enviado a la ciudad de Ilnaen para entrenarse con los legendarios magos de la Orden. No había mayor honor entre los practicantes de la magia en el reino de Loria. Ser elegido para practicar tu arte junto a los antiguos magos de los elfos y los clanes gigantes era algo realmente excepcional, y no se equivocaron al elegir a Fane, ya que su Chispa

era pura y poderosa.

Therin hizo una pausa y le dio un largo y profundo trago a su jarra de hidromiel.

—Sin embargo —dijo mientras se limpiaba la boca con la manga para quitarse las gotas que le quedaban en los labios—, no le gustaba la compañía de los demás. Prefería estudiar en soledad. Se recluía en los rincones más oscuros de la ilustre Biblioteca Ilnaen, donde investigaba la historia de toda la magia, desde las arcaicas artes de los blodvar y los míticos druidas humanos hasta las retorcidas prácticas de los chamanes urak. Cuando solo tenía veinte veranos, ya era considerado uno de los magos humanos más poderosos de la Orden, y el más despiadado. —Therin dirigió su mirada hacia la multitud. Su voz adoptó un tono más grave—. Se enamoró poco a poco del poder, como la mayoría de los que ocupan una posición semejante. Lo impulsaba la necesidad de poner a prueba sus habilidades y demostrar su fuerza. Desafiaba a otros magos a duelos, obligándolos por honor a aceptar. Pero Fane no solo quería vencerlos, quería destruirlos.

Therin se agachó en el borde del escenario. Se quedó en silencio durante unos instantes, con los ojos cerrados, concentrado.

—No se contentaba con leer sobre las magias arcaicas del pasado. Quería sentirlas, ejercerlas. Se adentraba en las mentes de sus oponentes, deformándolas y retorciéndolas a su antojo, traspasando los límites de lo convencional. Quería demostrar que no tenía igual. Aunque la mayoría de los miembros de la Orden no aprobaban sus métodos, había quienes lo admiraban. De cada tarea que se le encomendaba, regresaba exitoso. En cada batalla, salía victorioso. Y con cada victoria, sus seguidores aumentaban.

Abrió los ojos al tiempo que se erguía todo lo largo que era y lanzó una mirada de ira a la multitud que lo observaba. Sus ojos omniscientes brillaban con un naranja incandescente mientras la luz de las velas se reflejaba en su rostro. El cabello plateado como lentejuelas hacía que la luz bailara por toda la sala de forma casi antinatural, iluminando los rostros de los aldeanos asombrados que

abarrotaban la posada como granos de arroz en un saco.

—Mas alguien lo desafiaba en todo momento, sin ceder —retumbó la voz de Therin—: la arconte de los draleid, Alvira Serris.

Fue como si una ráfaga de viento hubiera entrado en la sala al mencionar el nombre. Las velas parpadearon y a Calen se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Miró a Dann y a Rist a su derecha, y luego a su padre a su izquierda, todos hipnotizados, con la mirada fija en el elfo.

Therin dejó la jarra sobre el taburete a su derecha.

—¡Era poderosa! —Se deslizó con elegancia por el escenario, flexionando el brazo, tensando el bíceps hacia el público—. Y de ingenio rápido. —Se golpeó con fuerza la sien derecha con el dedo índice—. Podía manejar una espada como una ráfaga de viento que barre las hojas del suelo del bosque, tal era su habilidad y elegancia.

Therin balanceó los brazos de izquierda a derecha, como si estuviera cortando con una espada el torso de un enemigo invisible. Una ráfaga de aire pareció seguir el arco de sus brazos. El pelo de Calen se le echó hacia atrás y, con él, le pareció oír el chirrido de una espada al cortar el aire.

«¿Qué hay en este hidromiel?».

Calen miró fijamente el líquido meloso; al parecer la mente le estaba jugando una pasada. Therin, nostálgico, respiró hondo. Calen vio un sentimiento de orgullo en su rostro mientras describía a Alvira, como si fuera su mejor amiga o una amante perdida hacía mucho tiempo.

—Mas ni siquiera ella, con toda su sabiduría, podía imaginar la profundidad de la ambición de Fane.

De repente, la luz de la habitación pareció atenuarse, como engullida por las sombras. Lo único que Calen podía ver con claridad era a Therin, encaramado en el taburete donde antes había estado la jarra.

—Gracias a su inquebrantable dedicación a la búsqueda del conocimiento y a su Chispa mágica en estado puro, las habilidades mágicas de Fane superaban con creces a las de sus compañeros,

pero no era suficiente. Estaba enamorado del Colapso de Haedr. El poder puro necesario para causar tal atrocidad resultaba casi romántico para su mente única, el tipo de poder que sus sueños más salvajes habían imaginado, aunque no sabía que… —Las palabras de Therin se convirtieron en un susurro cautivador—. No sabía que la magia de sangre es veneno.

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y susurros ahogados mientras los parroquianos buscaban en la sala la presencia de soldados del Imperio, como si la simple pronunciación de las palabras «magia de sangre» pudiera invocarlos a través de las paredes.

—¡Silencio! —bramó Therin, como un trueno desatado.

Un silencio absoluto se apoderó de la sala, interrumpido solo por los latidos de los corazones y las respiraciones entrecortadas. Therin cruzó los brazos, con una mirada de desdén en los ojos.

—En su búsqueda implacable e inquebrantable de poder, Fane oyó rumores sobre un chamán que residía en las montañas de Mar Doral, venerado entre los uraks por sus conocimientos y habilidades con la magia de sangre.

»El viaje desde Ilnaen solamente duró unas semanas, pero Mar Doral es un paisaje vasto, desprovisto de vida y vegetación. Sus picos siniestros, tan escarpados como el lomo de un dragón, parecen perforar el cielo. La búsqueda podría haber llevado años, pero, para sorpresa de Fane, el chamán lo esperaba a plena vista, allí donde el bosque de Naiwell se encontraba con las serpenteantes estribaciones de las montañas. Nadie sabe realmente lo que ocurrió en aquella montaña, pero Fane abandonó Mar Dorul ese día convertido en una persona diferente a la que había entrado.

»A su regreso a Ilnaen, pasó dos años sembrando la semilla de la corrupción dentro de la Orden, seleccionando meticulosamente a aquellos que consideraba débiles de mente. Les susurraba al oído, prometiéndoles sus deseos más profundos, aprovechándose de sus miedos más oscuros. Sus serpenteantes palabras de poder y gloria retorcían sus mentes y doblegaban su voluntad. Hombres, elfos e

incluso gigantes sucumbieron a sus malévolas manipulaciones. —La voz de Therin se redujo a un réquiem melancólico—. Sin embargo, lo más terrible fue que se introdujo en las mentes de muchos draleid. Les contó que la Orden era corrupta y debía ser destruida desde sus cimientos y reformada. Les manipuló la mente, plantando las semillas de la traición.

Calen creyó ver encenderse un fuego en los ojos almendrados de Therin.

—Entre los draleid que se pasaron al bando de Fane se encontraba uno de los más poderosos de la Orden: un elfo llamado Eltoar Daethana, primera espada de Alvira Serris, vinculado al dragón más grande de toda Eferia: Helios.

Therin se levantó del taburete, con la boca apretada en una línea dura y la mirada llena de nostalgia.

—Era el año 2682 después del Colapso, en la víspera del solsticio de invierno, cuando los planes de Fane se pusieron en marcha. Una vez que dio las órdenes, sus seguidores asesinaron en silencio a los guardias que estaban de servicio en las murallas del castillo. Actuaron con una eficiencia despiadada; usaban cuchillos y magia para enviar silenciosamente a los guardias al vacío. Tal y como estaba previsto, cuando la Luna de Sangre alcanzó su punto más alto en el cielo, los traidores abrieron las puertas de Ilnaen. Los cuernos de guerra de los uraks se oyeron a varias leguas de distancia. Casi cien mil se habían reunido cerca de Ilnaen al amparo de la noche. Nunca antes se había reunido una hueste tan numerosa de uraks.

La sala quedó sumida en el silencio. No se oyó ni un susurro mientras Therin tejía su fascinante relato.

—La Orden no tuvo ninguna oportunidad. Traicionados desde dentro y rodeados por todos lados, fueron masacrados mientras dormían. Los leales draleid y sus dragones fueron asesinados en el caos resultante. Alvira fue traicionada y asesinada por Eltoar, uno de sus amigos más cercanos, envuelto en las engañosas maquinaciones de las mentiras de Fane.

La voz de Therin se quebró y el dolor se apoderó su rostro.

—Fane se situó en lo alto de lo que ahora se conoce como la Torre Muerta, disfrutando de la locura que había creado. Vio arder la ciudad desde una distancia segura y desde su atalaya envió un mensaje a todos aquellos que aún eran leales a la Orden. Con la retorcida magia oscura a sus espaldas, desató una detonación mágica de fuego y viento que eclipsó incluso el Colapso de Haedr. Las llamas envolvieron Ilnaen en cuestión de segundos, extendiéndose hasta las estribaciones de las montañas Lodhar al oeste y Mar Dorul al este. Ardieron durante días, alimentadas por el poder de la magia de sangre. Cualquier acuerdo que Fane hubiera hecho con los chamanes urak no los protegió; su utilidad había terminado. Cuando las llamas finalmente se extinguieron, todo lo que quedaba eran piedras y cenizas.

El silencio de la habitación llenó los oídos de Calen.

—Fane regresó a Al'Nasla y asumió el poder sobre el reino lorio. El rey Eric fue quemado vivo por Helios cuando Fane ocupó su lugar en el trono. Eric era un conspirador al servicio de la tiranía de la Orden, o eso proclamó Fane. Durante los meses siguientes, Fane y sus seguidores cazaron y eliminaron a aquellos leales a la Orden. El templo de Dracaldryr quedó devastado, al igual que la gigantesca ciudad de Ölmur. Casi todos los huevos de dragón perecieron en la carnicería, y los que sobrevivieron se guardaron en las bóvedas de Al'Nasla. Ninguno ha eclosionado hasta el día de hoy.

»La Orden había caído; Ilnaen, Dracaldryr y Ölmur no eran más que escombros. Fane arrasó las ciudades élficas y gigantes a lo largo y ancho de Eferia. Sin embargo, no se atrevió a atacar a los elfos de Eselthyr o Caelduin. Sabía que el bosque de Lynalion estaba lleno de protecciones y trampas, dispuestas a lo largo de un milenio, pero también sabía que no tenía por qué temerlas. Sus legendarios protectores, los draleid, estaban muertos, sus dragones asesinados y su poder destruido. Los elfos no se atreverían a salir de Lynalion, al menos no en masa. No podían enfrentarse al poder del recién formado Imperio lorio. Los gigantes habían sido prácticamente

erradicados y los enanos se habían refugiado en sus reinos montañosos. Había ganado.

La sala estalló en una cacofonía de vítores y gritos, más por el entramado de la apasionante historia que por su conclusión. Las tablas del suelo de roble gemían mientras la multitud pisoteaba con fervor y aplaudía. En medio de la celebración, Calen creyó vislumbrar un vacío en el rostro de Therin, una tristeza inequívoca. Un momento después, había desaparecido. Se inclinó, agarró el hidromiel y abandonó el escenario, desapareciendo entre la multitud.

—Vaya, hermano, ¡creo que ha sido su mejor actuación hasta el momento!

Calen casi saltó de su asiento cuando un par de manos le dieron una palmada en los hombros.

—¡Ella, quítame las manos de encima! —gimió, apartándola como si intentara espantar a una mosca.

—Ven aquí —dijo Vars con una sonrisa. Se levantó de su asiento y abrazó a su hija con fuerza.

Tanto Dann como Rist habían hecho más de un comentario sobre Ella a lo largo de los años. La mayoría eran bromas. Disfrutaban provocando a Calen y viendo cómo perdía los estribos. Pero ahora que ella había cumplido veinte años, Calen era muy consciente de que había más de un joven en los pueblos compitiendo por la atención de Ella. Tenía los mismos ojos azules que Freis y el pelo del color que debía de tener su madre de joven, un rubio dorado brillante.

—Vamos, Calen. Te debo una copa desde el último Mercado Lunar. —Ella tiró de la mano de Calen, arrastrándolo hacia el abarrotado bar—. ¿Ha ido bien la caza?

La multitud parecía abrirse a su paso mientras se deslizaba entre la gente. Calen la siguió y consiguieron llegar con sorprendente facilidad a la barra de madera, desgastada por el paso del tiempo.

—Sí, pero encontramos…

La voz de Calen se apagó al ver a un joven mirando con lascivia a Ella de arriba abajo. No lo conocía, pero tenía la piel cetrina y los

anillos de latón en la nariz típicos de Salme. Lo miró con ira antes de volverse hacia Ella, que acababa de recoger dos jarras de hidromiel de Lasch con una sonrisa de agradecimiento en el rostro.

Ella se echó a reír al notar el cambio de actitud de Calen. Le puso suavemente la mano en la mejilla.

—¿Te pones protector, hermanito? No te preocupes. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma —le aseguró—. De todos modos, creo que tienes alguien más interesante con quien hablar.

Ella asintió por encima del hombro de Calen. Le puso las dos jarras de hidromiel en las manos abiertas y, aprovechando su sorpresa, se escabulló entre la multitud. El cabello rojo fuego de Anya Gritten le caía sobre los delicados hombros y resaltaba el brillo de sus ojos esmeralda. Al igual que Calen, Anya estaba a punto de cumplir dieciocho años; era de complexión delgada y esbelta, de pómulos altos salpicados de numerosas pecas que enmarcaban un rostro que a menudo dejaba a Calen sin aliento. Siempre había sentido debilidad por Anya. Quizás algo más que debilidad.

Ella lo saludó con la mano mientras se acercaba.

—Ha sido increíble, ¿verdad?

Anya siempre olía a flores dulces; su madre, Verna, era fabricante de jabón y miembro del Consejo del pueblo. Aquella noche la joven olía a flores de cerezo.

Calen quería decir algo ingenioso, pero se quedó en blanco. Lo único que pudo articular fue un «ajá» ahogado mientras le ofrecía a Anya la segunda jarra que Ella le había dado. Tomó nota mental de darle las gracias más tarde.

—Oh, gracias, Calen —dijo Anya, encogiendo los hombros—. No sé qué tiene, pero cuando cuenta sus historias, siempre parecen tan reales. Espero que vuelva pronto. Mi padre dijo que os había visto a Dann, a Rist y a ti arrastrando un ciervo gigantesco por las puertas. ¡Qué bien!

Calen luchó por reprimir una ligera oleada de orgullo.

—Bueno, tuvimos suerte, pero…

Dann entró tambaleándose y se les echó encima. Les rodeó los hombros con los brazos y una sonrisa alegremente ebria se extendió por su rostro.

—¿Te refieres al ciervo? No es que Calen tuviera nada que ver con eso. No daría ni en el granero si… —Dann soltó un gemido cuando Calen le dio un codazo en las costillas—. ¿Qué? Solo le estaba contando a Anya… —Otro rápido codazo en las costillas se aseguró de que Dann no terminara la frase.

Anya se echó a reír. Calen creyó ver una sonrisa dirigida hacia él, aunque se vio interrumpida por Dann, que perdió el equilibrio y casi se lleva por delante a Calen. Calen se agarró con fuerza a la cadera de Dann, enderezándolo lo mejor que pudo.

—Creo que será mejor que lleve a este idiota a casa —dijo, disculpándose con la mirada.

—Oye… —Dann soltó un fuerte hipo—. No me llames idiota.

Calen se despidió de Anya y luego buscó a Vars y Rist para decirles que se llevaba a Dann a casa. Salió de la posada con Dann echado sobre su hombro, usándolo como bastón.

—Tienes el don de la oportunidad, ¿lo sabías?

Dann ni siquiera miró a Calen. Aunque lo hubiera hecho, no habría importado, ya que apenas tenía los ojos abiertos. Tras soltar un hipido, esbozó una sonrisa tonta. Calen no pudo evitar reírse.

—Intenta no caerte, ¿vale?

Las calles de El Claro estaban tenuemente iluminadas por el suave resplandor de las velas que emanaban de las ventanas de las casas circundantes. Las celebraciones del Mercado Lunar habían amainado un poco, aunque se podía oír el murmullo de la música y a la gente bebiendo desde el interior de El Dragón Dorado y las hogueras de los comerciantes ambulantes que se habían instalado en las afueras del pueblo.

Al levantar la vista, vio la luna llena mecida por la oscuridad. Su tono nacarado daba al cielo un aspecto etéreo.

Algo pesado se estrelló contra su costado, haciendo que él y Dann cayeran al suelo. Sintió dolor en la espalda al ponerse de

rodillas. Intentó sacudirse el mareo de la cabeza.

—Así que os creéis muy graciosos, ¿eh, mierdecillas?

Reconoció la voz de Fritz en la oscuridad. Intentó levantarse, pero una bota se estrelló contra su pecho, dejándolo sin aliento. Un par de manos lo agarraron por los hombros y lo pusieron de pie. Un fuerte puñetazo en la mandíbula le hizo ver las estrellas. Con el segundo, sintió la sangre correr por su mejilla.

—Pensaste que me pillarías desprevenido con ese puñetazo, ¿verdad, Bryer?

Un tercer golpe lo alcanzó en el pómulo. Las piernas le cedieron y cayó de rodillas. Oyó golpes a su lado. Sin duda, estaban pateando el pecho de Dann mientras yacía allí, borracho.

—Ya va siendo hora de que aprendáis cuál es vuestro lugar, chavales —dijo una voz más grave.

«Kurtis».

Cayeron un golpe tras otro en el pecho de Calen. Un par de manos lo mantuvieron erguido. Estaba empezando a perder el conocimiento cuando oyó un gruñido sordo. El gruñido se convirtió en un rugido constante, acompañado por el lento golpeteo de unos pasos a medida que se hacía más fuerte. Una ráfaga de aire sopló sobre la cara de Calen y el sonido de barriles de madera rompiéndose en pedazos llenó sus oídos; luego un fuerte gruñido, seguido de gritos.

—¡Es el puto lobo! ¡Quítamelo de encima!

Calen sintió el hocico de Faenir rozándole la sien, seguido de un gemido sordo. Luego, la oscuridad.

CAPÍTULO 3
ELLA

Ella se abrió paso entre la multitud que abarrotaba El Dragón Dorado. Empujó la puerta de la posada y salió al aire fresco de la noche. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, los vítores de alegría se atenuaron y se convirtieron en ecos. Había una serenidad tranquila en la noche, acentuada por el zumbido sordo de la música que flotaba en la brisa, interrumpida a veces por los cánticos ebrios de los comerciantes, aunque solo durante unos segundos.

Adoraba el Mercado Lunar. Los cuentacuentos, malabaristas y mercaderes proporcionaban a la gente del pueblo una sensación de emoción y aventura, una muestra de lo que había más allá de su pequeño círculo. Había tanto que ver, tantos lugares a los que ir. Sabía que no podía quedarse en El Claro para siempre, al igual que Rhett. Nunca había conocido a nadie como él. Desde la muerte de Haem, siempre había estado ahí para ella. Era su roca.

Había quedado con él a las afueras del pueblo, junto a la gran tienda verde con ribetes dorados y capota blanca como la nieve, que se extendía a lo largo del muro bajo de la plaza del mercado donde se habían instalado los mercaderes.

Oía el crujir de las hojas secas bajo los pies mientras recorría las calles. Se maldijo por no haber traído la capa larga y se frotó los brazos con las manos. Al doblar la esquina de la carnicería de Iwan

Swett, vio la cubierta blanca de la tienda y el dosel verde oscuro.

—Me preocupaba que hubieras decidido quedarte calentita junto al fuego. —Rhett sonrió mientras se le aproximaba.

Era alto en comparación con la mayoría de los habitantes de El Claro, de pecho fuerte, brazos gruesos y un cabello color azabache poco común en los pueblos. Los padres de Rhett Fjorn habían llegado de Berona cuando eran solo adolescentes, buscando una nueva vida.

Le acarició la mejilla con los dedos. Las callosidades de las yemas le resultaban ásperas al tacto, pero no de forma desagradable. Había algo singularmente reconfortante en aquella sensación. Lo miró y se tomó un momento para admirar lo guapo que era; luego le dio un suave beso en los labios.

—Hay otras formas de mantenerse caliente.

Le dedicó una sonrisa antes de rodearlo con los brazos.

—¿En serio? —respondió él con una sonrisa. Frunció los labios y se encogió de hombros—. No se me ocurre ninguna.

—Serás idiota —dijo Ella, empujándolo sin ganas.

Rhett se echó a reír de ella otra vez. Se le formaron pequeñas arrugas en la comisura de los ojos mientras su sonrisa se hacía más amplia. El truco de siempre: sonreír con la mirada. Se mordió el labio mientras la atravesaba con los ojos por un instante fugaz, antes de cogerla de la mano y llevarla de vuelta a las calles del pueblo.

—Vamos. Un grupo de comerciantes en el extremo sur del pueblo me dijo que tocarían música hasta bien entrada la noche.

—Está bien, está bien.

Ella intentó añadir un tono de desaprobación a su voz, pero no le resultó fácil.

—Echaré de menos esto —dijo Rhett, mirando a su alrededor. Se echó a reír al fijar la vista en el cuerpo comatoso de Mario Egon, con una jarra varía de hidromiel en la mano izquierda—. Todos los días. —Soltó una risita entre dientes.

—Lo sé, pero aún tenemos mucho tiempo. No nos iremos hasta

después de la Prueba, y eso no será hasta dentro de unas semanas. —Ella acurrucó la cabeza contra el hombro de él—. En cuanto nos instalemos en Berona, podremos volver a visitarlos, y les dejaremos notas para que no se preocupen.

Rhett esbozó una sonrisa mientras soltaba un suspiro. Besó la coronilla de Ella y la atrajo hacia sí mientras caminaban. Ella sabía que él quería empezar una nueva vida con ella en Berona, pero no estaba seguro de marcharse de esa manera. Sin embargo, no tenían otra opción. Su padre nunca los dejaría marcharse sin más. Nunca perdonaría a Rhett.

—Rhett, escucha…

Se oyó un gruñido profundo procedente de una de las calles laterales, seguido de gritos.

—¡Quítamelo de encima! —Se oyó una voz aguda.

Rhett le lanzó a Ella una mirada que ella sabía que significaba que debía quedarse donde estaba. Él se fue corriendo sin dudarlo un instante.

—¡Ella!

Ella corrió tras él. Dos jóvenes yacían en el suelo. Rhett se arrodilló junto a uno de ellos y le colocó la mano bajo la nuca. Un lupino grisáceo y blanco estaba acurrucado junto a los mozos, con la boca manchada de sangre.

Ella entrecerró los ojos mientras miraba al lupino.

—¿Es Faenir?

El lupino levantó la cabeza al oír su nombre y se acercó a Ella. Frotó su espalda contra la pierna de ella con un gemido bajo.

—Son Calen y Dann —dijo Rhett en voz baja.

Ella se dejó caer a su lado, con la preocupación corriendo por sus venas.

—Rhett, ¿está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Les han dado una paliza. No pude ver quiénes eran. Faenir debe haberlos ahuyentado. —Colocó las manos a ambos lados de las mejillas de Ella—. Ella, mírame. Está bien. Está inconsciente, pero está bien. Ferrin está a la vuelta de la esquina. Me dijo que iba a ir a

El Dragón Dorado cuando terminara su guardia. Ve a buscarlo para que me ayude a llevar a los chicos a casa.

Ella trató de protestar, pero él se levantó enseguida para ir a ver cómo estaba Dann. El viento azotaba el rostro de Ella mientras corría. El aire frío le quemaba el pecho.

«Se pondrá bien».

Ferrin estaba exactamente donde Rhett le había dicho, de pie fuera de la posada, con una jarra de hidromiel en la mano.

—¡Ferrin! —Ella dejó caer las manos sobre las rodillas, jadeando mientras llenaba sus pulmones de aire—. ¡Tienes que venir, ahora mismo!

—Eh, Ella, cálmate. ¿Qué pasa?

—Son Calen y Dann. Están heridos. Rhett me ha dicho que venga a buscarte.

La expresión de Ferrin cambió en un parpadeo y le entregó su jarra de hidromiel al comerciante con el que estaba hablando, quien la tomó sin dudarlo.

—Vamos.

—De acuerdo, nosotros nos encargamos —dijo Rhett cuando Ella y Ferrin se adentraron en la calle lateral—. Tienes que irte ahora, antes que nosotros. Iré a verte mañana.

Rhett le dio un beso en la frente y se volvió hacia Calen.

—No voy a ir a ninguna parte. Calen está herido.

—Ella, ¿qué pasará si se despierta y nos ve aquí a los dos? ¿Quieres explicárselo? ¿A él, a tu padre?

Ella abatió los hombros. Suspiró.

—Por favor, llévalo a casa sano y salvo.

—Lo haré. No te preocupes. Ahora, por favor, vete a casa, deprisa. Está empezando a hacer frío.

Ella suspiró y apretó los labios. Rhett tenía razón. Calen probablemente lo entendería, pero ¿su padre? No, aquello no sería

una conversación, sino una pelea a gritos. Se puso de puntillas y le dio un suave beso en la mejilla a Rhett. No dijo nada mientras doblaba la esquina hacia la calle principal. Se metió las manos en los bolsillos y bajó la barbilla contra el pecho.

El camino a casa no era largo, pero el corazón le latía con fuerza a cada paso. Abrió la puerta principal de la casa con cuidado para no provocar el crujido que siempre sonaba cuando se abría demasiado despacio. El olor a lavanda se mezclaba con el aroma ahumado de las velas apagadas mientras recorría de puntillas la cocina, esquivando con destreza la tabla del suelo que crujía junto a la mesa. Su madre tenía el sueño ligero.

Con un suspiro ahogado, Ella se deslizó entre las sábanas frescas de la cama. No se movió ni dio vueltas, simplemente se quedó allí tumbada. Sabía que no podría dormir hasta que oyera a Rhett y Calen en la puerta.

CAPÍTULO 4
DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Calen sentía dolor en los huesos. Había pasado una semana desde que él y Dann habían sido atacados por Kurtis y sus estúpidos amigos, pero los moratones persistían. Les había contado a sus padres que se habían peleado con unos comerciantes borrachos y que todo había sido un malentendido, lo que no apagó el brillo de sospecha en los ojos de su madre. Pensó en contarles la verdad, pero no había necesidad de causar más tensión en el pueblo, especialmente con la Prueba a la vuelta de la esquina. Sabía cómo cuidarse solo.

Colocó una flecha en el arco. El sol deslumbrante le hizo entrecerrar los ojos. Respiró hondo mientras tensaba la cuerda, tratando de despejar la mente, tal y como le había enseñado su padre.

—Buenos días, Calen.

Con un silbido, la flecha atravesó el aire y desapareció en la espesura detrás del blanco de madera. Dann se echó a reír entre dientes. Calen suspiró mientras saludaba a su padre.

—Espero que la joven Lina Styr no siga recogiendo bayas en esos arbustos —dijo Vars con una sonrisa picara en el rostro—. Es hora de practicar con la espada. Pensé que te gustaría descansar un poco del arco.

Dann parecía casi decepcionado por el abrupto final de su nuevo entretenimiento y se despidió con la mano. Sin duda, se iba en busca de un buen árbol bajo el que echarse la siesta.

Vars se agachó y desplegó un fardo de tela en el suelo, y luego le lanzó a Calen la espada de prácticas de madera. Era una espada de mano y media, con los bordes romos. Calen la hizo girar en su mano derecha, evaluándola, acostumbrándose a su peso y a su equilibrio. En realidad, la conocía tan bien como las ranuras que se habían formado en su empuñadura, pero lo hizo por costumbre.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando le llegó el golpe, justo por encima de los hombros. Lo desvió temblorosamente y el choque de las espadas le sacudió el brazo. Sin tiempo para respirar, al primer golpe le siguió una implacable serie de ataques. Lo único que podía hacer era evitar que la espada de Vars le marcara la piel.

Torció el gesto en una mueca de dolor cuando un golpe le alcanzó la caja torácica, que ya estaba más que maltrecha. Otro le dio en la cadera y luego en el hombro. Sabía que no podía mantenerse a la defensiva por mucho tiempo. Dio un paso adelante, cambió el peso de sus pies y clavó la espada directamente en el abdomen de Vars. Sintió el aire salir de sus pulmones cuando la rodilla de Vars chocó contra su pecho desprotegido.

Calen quedó de rodillas, intentando desesperadamente recuperar el aire que acababa de ser expulsado a la fuerza de sus pulmones. Vars lo agarró por el antebrazo y lo puso de pie.

—Te lo he dicho cien veces, no te expongas así, aunque estés seguro de que vas a dar un golpe mortal. Haem habría… —Vars se interrumpió. Una mirada de arrepentimiento le atravesó el rostro—. Otra vez.

Calen se acarició el moratón recién aparecido en la cadera mientras Vars le lanzaba una cantimplora. Sabía, por la sensación de ardor que le recorría el cuerpo, que le saldrían más moratones.

—¿Te preocupa algo, Calen? Hoy pareces distraído. No debería haberte alcanzado con el último golpe.

Sonaba despreocupado, pero había ternura en su voz.

—Estoy bien. Supongo que solo estoy un poco nervioso por la Prueba. Solo faltan unos días… No estoy preparado.

Bebió un largo trago del odre, sin apartar la mirada del suelo. El silencio pareció durar una eternidad.

—Haem también estaba nervioso, Calen. —Vars recorrió con la mirada el rostro de su hijo con cierta cautela—. La noche antes de la Prueba lo encontré vomitando en la hierba del jardín trasero. Estaba muy nervioso. Le preocupaba suspender. ¿Sabes lo que le dije?

A Calen se le hizo un nudo en la garganta.

—Que el sol se pondría y volvería a salir y que lo haría al día siguiente y al siguiente. Los dioses se encargan de esas cosas, pero es por nuestra propia voluntad levantarnos cuando caemos. Él estaría orgulloso de ti, Calen, como lo estoy yo. —Las palabras parecieron quedarse suspendidas en el aire mientras Calen le devolvía la cantimplora a Vars—. Deberíamos volver a practicar.

Tenía los nudillos blancos mientras agarraba la empuñadura de la espada de entrenamiento. «Haem…».

El sol estaba a punto de ponerse cuando Vars guardó las espadas de entrenamiento en su envoltura de tela, atándola con un trozo de cuerda gastada. A Calen le dolían todos los músculos, le escocían los hombros con un dolor sordo y punzante, y le habían salido nuevos cortes por todo el cuerpo de todas las veces que se había expuesto a los golpes. Aun así, esbozó una sonrisa. Había asestado algunos golpes, fuertes, a juzgar por la forma en que su padre se frotaba los dedos a lo largo de las costillas. Calen sabía que era un buen espadachín para su edad, pero Vars era el mejor de todos los pueblos.

Su padre tenía dieciocho veranos y trabajaba como aprendiz de

herrero cuando el gran señor Rayce Garrin llegó al poder en Varsund y dirigió su mirada hacia las llanuras de Illyanara. El Imperio lorio nunca había prestado mucha atención a las pequeñas disputas de los señores del sur, solo intervenía si alguno parecía ganar demasiado poder. La lucha era una forma fácil de «seleccionar el rebaño».

Cuando estalló la guerra de Varsund, Vars era un joven con un gran espíritu aventurero, así que respondió a la llamada del gran señor Castor Kai y cabalgó hasta Camylin con un grupo de jóvenes de los pueblos para unirse al ejército de Illyanara. La guerra de Varsund duró ocho agotadores años.

Calen había oído las historias muchas veces. La devastación había sido enorme; la tierra se empapó con la sangre de jóvenes entusiastas desde los campos de Oberwall hasta las Ciénagas Argomas. Ardieron pueblos y ciudades, se arrasaron campos y se eliminaron líneas genealógicas. A pesar de todo, Vars sobrevivió.

No hablaba mucho de ello con Calen, pero era algo bien sabido en todos los pueblos.

—Fue capitán del ejército illyanaro —había oído decir una vez a Jorvill Ehrnin.

Su padre era muy apreciado en El Claro, y sus palabras siempre se tenían en cuenta. Incluso Erdhardt Hammersmith atendía cuando Vars hablaba, y Calen rara vez veía al decano del pueblo prestar atención a los consejos.

—Calen, no quería molestarte cuando…

—Lo sé —lo interrumpió Calen—. Lo siento.

Vars le puso la mano en el hombro. Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Qué, cómo va la cosa? Espero que no estéis muy doloridos después de andar moliéndoos a palos sin ton ni son.

Calen no se había dado cuenta de que Dann había regresado hasta que le dio una palmada en el centro de la espalda, reavivando el dolor de la sesión de entrenamiento anterior. Apartó la mano de Dann de un manotazo.

—Quítate de encima, imbécil.

La ira de Calen fue recibida con una risa alegre.

—¿Cómo se le da, Vars? Espero que mejor que el arco. Antes tuve que sacar esa flecha de una ardilla muerta.

Dann se echó a reír de su propio chiste hasta que una mano rápida le dio un golpe en la nuca.

—¿Alguna vez te callas? —preguntó la severa voz de Tharn Pimm, que parecía haber aparecido de la nada.

Le guiñó un ojo a Vars mientras Dann se frotaba la nuca, murmurando para sí mismo. El padre de Dann tenía un cuerpo fibroso, pero los músculos que lo recubrían eran densos y estaban acostumbrados al trabajo duro.

Dann empezó a quejarse, pero la mirada severa de Tharn lo hizo cambiar de opinión. A Calen le costó reprimir una sonrisa.

—¿Cómo va el entrenamiento, Calen? —preguntó Tharn—. Estaba observando con Jorvill desde el borde del campo de entrenamiento. Creo que hacía mucho tiempo que no veía a nadie golpear tanto a Vars.

Vars levantó las cejas.

—En realidad, nunca, para ser sincero. Tienes un buen brazo para la espada. —Calen vio que Dann se preparaba para hacer un comentario ingenioso, pero las palabras nunca llegaron a sus labios —. A diferencia de este bocazas de aquí. No se le da mal el arco, pero Achyron tendrá que bendecirlo si un jabalí se acerca lo suficiente para olerlo. Cuida de él ahí dentro, Calen, y trata de que no haga ninguna estupidez. —Tharn rodeó con el brazo el cuello de Dann y le revolvió el pelo juguetonamente mientras lo llevaba hacia la aldea—. ¿Os veo a los cuatro para cenar en un par de horas, Vars? Ylinda ha estado preparando la carne de venado todo el día.

—Sí, nos vemos entonces.

Dann murmuró en señal de protesta mientras la pareja se alejaba, con Tharn todavía sujetándole la cabeza.

Vars contempló a Calen de reojo con expresión de aprobación. Su padre solía hacer eso cuando miraba a Calen o a Ella, y siempre

parecía tener una mirada un poco ausente en esos casos, como si estuviera en un lugar lejano.

—¿Papá?

Calen se secó el sudor de la frente, que se había condensado con el aire fresco de la tarde. Con una mirada momentánea de tristeza, los ojos de Vars volvieron al mundo real. Su expresión cambió, como si la melancolía nunca hubiera tocado su rostro.

—Sí, lo siento. Vamos. Será mejor que no lleguemos tarde.

Se dio la vuelta y se dirigió al pueblo, con el fardo que contenía las espadas de entrenamiento bien sujeto bajo el brazo. Caminaron uno al lado del otro en silencio durante un rato mientras cruzaban los campos de entrenamiento y entraban en las calles del pueblo. Con el fin del Mercado Lunar y los vendedores ambulantes y artistas de camino a los confines de Eferia, El Claro había vuelto a su atmósfera natural, tranquila y relajada. La gente deambulaba por la plaza, ocupándose de sus asuntos con indiferencia mientras caía la noche.

Mara Styr estaba en su propio mundo. Recogió el puesto que tenía fuera de su tienda como siempre, de cualquier manera. Arrojó de forma descuidada zanahorias, puerros, patatas y cebollas en un gran saco de lana antes de arrastrarlo por la puerta de la tienda, sin inmutarse cuando el saco golpeó el marco de la puerta con un ruido sordo. El letargo ganado a pulso tras un duro día de trabajo era evidente en cada uno de sus movimientos.

Aela Hammersmith saludó con la cabeza a Vars y Calen cuando pasaron por la plaza principal. Había calidez en su sonrisa mientras guardaba meticulosamente su expositor de joyas. Cada collar se colocaba en su propia cajita de madera y se cubría con un paño antes de cerrar la tapa.

A Calen le resultaba extraño imaginarla junto a Erdhardt. Él era el doble de grande, y tan brusco como ella hermosa. Sus ojos oscuros como ópalos se reflejaban en su cabello castaño. La suavidad de sus rasgos faciales había llevado a muchos viajeros a confundirla con una mujer veinte años más joven. Calen no dejó que su mirada se

detuviera demasiado tiempo.

La imponente figura de Rhett Fjorn emergió en la plaza desde una calle lateral. Vestía el azul oscuro de la Guardia del pueblo, con una coraza metálica desgastada sobre el pecho. El viento le echaba hacia atrás el pelo negro azabache. Era, sin duda, un hombre apuesto; incluso Ella parecía beber los vientos por él.

Dirigió una sonrisa cautelosa a Calen y luego saludó con un rígido movimiento de cabeza a Vars, que le devolvió el saludo con una mueca de labios apretados. Tras eso, Rhett se metió en otra calle al otro lado de la plaza y desapareció tan rápido como había aparecido. Calen sintió una frialdad que emanaba de su padre cuando Rhett se desvaneció en el manto de la noche.

Sentía pena por Rhett. Había sido el mejor amigo de Haem y era un hombre genuinamente honorable, bondadoso hasta el extremo. Fue el único que regresó dos años antes, cuando Haem lideró a un grupo de guardias para hacer retroceder a los uraks a través del bosque de Ölm hacia la cresta Lupina. Estaba medio muerto cuando se arrastró como un animal cojo entre los árboles al borde del bosque de Ölm y llegó a El Claro. Tenía el brazo roto por dos sitios y la ropa empapada con la sangre de los hombres con los que había crecido. Vars casi le escupió cuando por fin recuperó la conciencia lo suficiente para contar su historia al Consejo del pueblo.

—¡Deberías haber traído a Haem de vuelta o haber muerto con él! —Recordó Calen que gritaba su padre, con el rostro enrojecido por el dolor y la voz desgarrada por la ira.

Rhett se había limitado a mirarlo con los ojos hundidos en un pozo de desánimo y los labios incapaces de articular palabra.

Haem y Rhett habían sido inseparables desde que eran niños, hermanos unidos por el tiempo en lugar de por la sangre. En el fondo, Calen sabía que la pérdida de Haem le dolía tanto a Rhett como a él mismo. Siempre había intuido que Vars sabía que sus palabras estaban totalmente fuera de lugar, pero que no tenía la fuerza para retractarse, por lo que seguía tratando a Rhett como si él mismo hubiera blandido la espada. Eso le pesaba mucho.

—¿Has visto a Ella hoy? —preguntó Calen, tratando de romper el hielo que rodeaba a su padre.

Su hermana siempre iluminaba el rostro de su padre, sin importar la hora o el lugar.

—Ha salido con tu madre esta mañana para ayudarla a recoger algunas hierbas, ya que te olvidaste de hacerlo cuando saliste a cazar ese ciervo. Verna le había pedido ayuda a tu madre con un vendedor ambulante enfermo. No está segura de que viva hasta la próxima luna.

Continuaron charlando mientras regresaban a la casa. El mal humor de Vars se iba disipando con cada huella que dejaban en el polvo.

CAPITULO 5
LA PRUEBA

—Silencio. ¡Silencio! Tranquilos.

La potente voz de Erdhardt Hammersmith resonó en la plaza del mercado, acallando el ensordecedor bullicio propio de las grandes multitudes y el exceso de hidromiel. Muchos recién llegados se habían instalado en El Claro durante los últimos días, y muchos más llegarían durante la noche.

Erdhardt se subió a un estrado de madera recién construido que daba a la plaza del mercado; su gran corpulencia lo hacía parecer un enorme podio, pese a que medía casi diez varas de ancho. Esperó a que el ruido se apagara mientras la multitud se volvía para mirarlo. Habían acudido familias enteras para celebrar que los jóvenes iban a demostrar su valía y para unirse a las celebraciones posteriores, así que habría entre trescientas y cuatrocientas personas apiñadas en la plaza del mercado.

—Es un honor daros la bienvenida a nuestro pueblo. ¡Se os proporcionará suficiente comida y aguamiel para llenar la tripa y calentar el corazón!

La multitud estalló en un coro de vítores.

Rist llamó la atención de Calen y le señaló a Dann con la mirada. Este alzaba la jarra al tiempo que rugía su agradecimiento al cielo; con la mano libre rodeaba la cintura de una joven, de Ölm a juzgar

por la forma en que llevaba el pelo trenzado en la espalda con nudos retorcidos. Rist y Calen habían decidido que se mantendrían alejados del hidromiel durante la noche. La Prueba ya iba a ser lo bastante difícil; mejor no empezar el día con un martilleo en la cabeza.

—Como todos sabéis —siguió Erdhardt—, desde hace siglos, los jóvenes de los pueblos, al cumplir los dieciocho años, se reúnen aquí, en la linde del bosque de Ölm, para participar en la Prueba. Pasarán tres noches en la espesura sin más utensilios que un cuchillo y un arco, las dos herramientas que les garantizarán que nunca pasarán hambre. Deben demostrar que saben cómo sobrevivir por sí mismos antes de que podamos permitirles salir al mundo. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Vamos en grupos, nunca de menos de dos personas ni de más de cuatro, para forjar lazos que duren toda la vida, porque ninguna carga es demasiado pesada cuando se comparte.

»Prestadme atención y no os lo toméis a la ligera. El bosque de Ölm es un lugar peligroso de noche, y por la espesura rondan criaturas mayores que los lupinos. Se han cobrado la vida de muchos.

Hubo un instante de silencio, el alboroto anterior enfriado a medida que las palabras de Erdhardt calaban en la multitud.

—Por eso desde tiempos inmemoriales cada grupo debe regresar con la piel de un depredador. Debéis enfrentaros a lo que teméis y vencerlo. Solo así superaréis la Prueba, porque todo lo que buscáis se encuentra al otro lado del miedo. El grupo que regrese durante la cuarta mañana, tras la tercera noche, con la piel del depredador más peligroso, será proclamado vencedor de la Caza y, por supuesto, recibirá el premio.

»Así que bebed con ganas, comed bien y calentaos junto al fuego esta noche. Seguid los consejos de vuestros padres, los mejores consejos de vuestras madres y reíd con vuestros hermanos. Mañana entraréis en el bosque como niños y volveréis como hombres.

Alzó la jarra de hidromiel y la multitud lo imitó; aquellos que no

tenían jarras levantaron los puños. Calen sintió una oleada de orgullo recorrerle el cuerpo mientras cerraba la mano y la alzaba. Sintió que le ardía un fuego en lo más profundo del vientre mientras Erdhardt pronunciaba las bendiciones de los dioses:

—Que la Madre os acoja y el Padre os proteja. Que el Guerrero guíe vuestra mano y la Doncella vuestra mente. Que el Herrero mantenga vuestra espada afilada y el Marinero os lleve a costas seguras.

El sol aún no había salido por las montañas orientales, pero Calen no podía dormir. Se sentó en el porche, la vista clavada en la distancia mientras pasaba el cuchillo por una pequeña piedra de amolar una y otra vez.

—¿Cómo de afilado puede estar un cuchillo?

Calen no había oído a Ella entrar en la cocina tras él. La joven se lo quedó mirando mientras él la imitaba en el tono más agudo del que era capaz.

—Sabes que puedo oírte, ¿verdad?

Salió al porche y le dio un codazo en el hombro mientras se sentaba a su lado. Le entregó un poco de pan y queso, que él aceptó con una sonrisa indiferente antes de volver a fijar la mirada en la brumosa lejanía.

—Lo siento —suspiró Calen, encogiéndose de hombros.

Ella dejó pasar unos instantes antes de volver a hablar.

—Estás pensando en Haem, ¿verdad?

El cuchillo dejó de moverse de un lado a otro sobre la piedra. Calen ni siquiera se había dado cuenta de que seguía afilándolo. Giró la cabeza para responder a su hermana, pero en cuanto se encontró con su mirada, bajó inmediatamente los ojos al suelo y exhaló con fuerza. Sintió el suave roce de la mano de Ella en la mejilla mientras le giraba lentamente la cabeza hacia ella.

—Estaría orgulloso, Calen. Puede que no te lo diga a menudo,

pero también lo estoy. Eres mi hermano y la mayor parte del tiempo eres un incordio, pero estoy orgullosa de ti. —Lo abrazó, rodeándole los hombros con fuerza—. Vamos, entremos a tomar el té con mamá y papá. Guarda el cuchillo hasta que estés en el bosque. No puede estar más afilado.

Dicho esto, se sacudió las migas de pan del vestido, se levantó y volvió a la cocina. Calen estaba seguro de que jamás llegaría a entenderla. En un momento se burlaba de él y al siguiente le decía que estaba orgullosa. Esperaba que no todas las mujeres fueran así.

Se metió en la boca lo que quedaba de pan y queso, enfundó el cuchillo y lo guardó en el morral. Luego siguió a Ella a la cocina, con cuidado de volver a colocar la piedra de amolar en el estante junto a la puerta. Freis y Vars entraron en la cocina poco después de que él sol coronara la montaña. La luz de la mañana hizo que Calen se estremeciera mientras se acomodaba en la silla.

Vars le dio un golpecito cariñoso en la cabeza. Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro mientras miraba hacia el sol naciente y luego hacia su hijo. Se notaba la ansiedad en la forma en que Freis se movía por la cocina, sirviendo a todos grandes tazas de té de raíz de Arlen.

—Sabes que odio el té de raíz de Arlen —protestó Calen, arrugando la nariz ante el olor terroso que emanaba de la taza.

—Calen Bryer, estás a punto de adentrarte en un bosque peligroso durante tres noches. Hará frío, estará oscuro y húmedo. Hay animales con dientes y garras. La raíz de Arlen te ayudará a mantener la mente enfocada. Soy tu madre. Bébete el té.

Calen fulminó con la mirada a Freis, de espaldas, mientras se atragantaba con un sorbo de veneno disfrazado de té. Vars intercambió una mirada con Ella y ambos se echaron a reír, para gran disgusto del joven.

—Muy bien, una vez que hayamos terminado este delicioso té —dijo Vars, soltando otra carcajada mientras Calen le lanzaba una mirada asesina—, deberíamos ponernos en marcha. Es muy probable que los Havel ya estén allí. No estoy tan seguro de Dann.

Supongo que Tharn tuvo que sacarlo de la cama esta mañana. Anoche le dio la tabarra a esa pobre chica Ölm antes de desmayarse.

Eso hizo sonreír a Calen, pero rápidamente se le borró la sonrisa al dar otro sorbo de té.

Para cuando se reunieron y partieron hacia la linde del bosque de Ölm, las calles estaban llenas de gente. El bullicio de los niños jugando se mezclaba con el canto de los pájaros primaverales, que chocaba contra el ruido de las ruedas mientras los comerciantes se apresuraban a colocar sus carros en la mejor posición. La Prueba siempre traía consigo una algarabía de emoción que se correspondía con la tensa expectación que se respiraba en el aire.

De vez en cuando, alguien detenía a Calen para desearle suerte e intercambiar unas palabras con Vars y Freis y comentar que su hijo se había convertido en un excelente mozo. En otro momento habría disfrutado de los cumplidos, pero ahora se limitó a asentir y dar las gracias, la mente ocupada en otras cosas.

—Muy bien, id vosotros y nos vemos en el bosque —dijo Vars—. Creo que debería ir a ver a Tharn y Dann, para asegurarme de que lo tienen todo listo y están preparados para partir. Ya sabéis cómo son.

—De acuerdo, querido.

Freis le dio un beso en la mejilla y siguió arrastrando a Calen y Ella por las calles. Cada diez pasos alguien los detenía para darle a Calen un palmada en la espalda y ofrecerle una sonrisa de buenos deseos, pero, una vez que llegaron a las afueras del pueblo, el resto del trayecto hasta el punto de encuentro no les llevó mucho tiempo. Había cientos de personas en la linde del bosque de Ölm, provenientes de todos los pueblos para ver a los jóvenes dar inicio a la Prueba. La pequeña bandera roja colocada en lo alto de un podio de madera debía marcar el punto de encuentro, pero no servía de mucho escondida entre la multitud.

—¡Calen, Freis, Ella, por aquí!

Calen habría reconocido la voz aguda de Elia Havel en cualquier

lugar. Era una mujer menuda y muy excitable. Llevaba el pelo castaño recogido en una pulcra coleta, lo que resaltaba los pómulos altos y la amplia sonrisa. El carácter alegre de Elia contrastaba con la naturaleza estoica de Lasch. ¿Quizás se complementaban? Era difícil imaginar cómo sería Elia por sí sola si esto era lo que la complementaba.

La mujer lo abrazó con ímpetu; pese a su aspecto menudo, cuando se emocionaba era capaz de desarrollar bastante fuerza.

—Oh, Calen, cómo habéis crecido, chicos. ¡Mírate! Has perdido toda esa redondez de bebé.

Calen torció el gesto cuando ella le pellizcó la mejilla, sin que la sincera sonrisa se borrara de su rostro.

—Elia…

¡Y has crecido tanto! ¡Ahora eres casi tan ancho como tu padre!

—Elia, me viste ayer mismo —espetó Calen, apartando aquellas manos inquisitivas. Su sonrisa se convirtió momentáneamente en un ceño fruncido.

Calen y Rist intercambiaron un breve gesto con la cabeza antes de que la atención de Elia se centrara en Freis.

—¿Cómo estás, Freis? ¿Emocionada por ver a nuestros niños convertirse en hombres? Nuestro Rist también está muy emocionado. ¿Verdad, cariño?

Elia dirigió la sonrisa alegre hacia su hijo, con una mirada expectante en su rostro. Rist puso los ojos en blanco.

—Sí, mamá… —resopló, con un toque de exasperación en la voz. Le lanzó una sonrisa burlona a Calen y luego susurró—: Lleva así toda la mañana. Sé que está feliz, pero, por los dioses, ojalá pudiera estarlo de una forma menos molesta.

—Estoy muy animada esta mañana, Elia. Gracias —dijo Freis. Una mirada de desaprobación les hizo saber a Calen y Rist que había oído lo que había dicho este último—. Es un día de orgullo para todos nosotros. ¿Dónde está Lasch? Esperaba que ya estuviera aquí.

—Ah, está hablando con Erdhardt, organizando todo para las festividades. Hidromiel extra de Molinar, pescado de Salme, y he

oído rumores de que Thorvan podría llegar con los palos luminosos —dijo Elia en un susurro—. ¿Y Vars, está de camino?

—Sí, ha ido a ver cómo están Tharn y Dann. Ylinda se ha levantado temprano esta mañana para recoger bayas de Myril para teñir la ropa, y ya sabes cómo son esos dos cuando se quedan solos.

Elia alzó una ceja con aire de saberlo todo.

—Y tanto. Se pasarían toda la Prueba durmiendo si se les dejara a su aire.

—Ahí están —dijo Ella en tono divertido.

Calen no tardó demasiado en darse cuenta de lo que la había divertido. Vars, Dann y Tharn se abrían paso con dificultad entre la multitud. Vars iba delante, con paso ágil y una sonrisa tímida en el rostro que amenazaba con convertirse en una carcajada. Tharn tenía el ceño fruncido mientras marchaba delante de Dann, girando la cabeza cada pocos segundos para mirar atrás, como si esperara que Dann se desvaneciera en el aire.

Dann se desplazaba con dificultad detrás de ambos adultos, arrastrando los pies por la hierba como si levantarlos para caminar le supusiera un esfuerzo agotador. El letargo inducido por el hidromiel era evidente en cada uno de sus movimientos forzados. Tenía los ojos hundidos en profundas ojeras, mientras que el pelo y la ropa parecían indicar que había dormido en un arbusto y luego lo habían sacado de allí a rastras. Soltó un suspiro exagerado cuando finalmente se detuvieron frente al grupo.

Una risa burlona escapó de la boca de Rist.

—¡Dann, tienes un aspecto fantástico! ¡Debes de haber dormido toda la noche!

Dann gruñó al tiempo que entrecerraba los ojos y arrugaba la nariz. Parecía incapaz de nada más. La lengua, normalmente rápida, le había fallado.

—Vamos, chicos. Dejad a Dann en paz. Aunque el martilleo en su cabeza probablemente sea castigo suficiente, estoy seguro de que Tharn le ha echado una bronca que no olvidará —dijo Freis con una ceja levantada. Tharn se limitó a fruncir el ceño y soltar un bufido de

frustración a modo de asentimiento—. Bien, ahora que estamos todos aquí, ¿cómo os sentís? ¿Tenéis cuanto necesitáis?

—Bueno, lo único que se les permite llevar es un cuchillo y el arco. Así que, si se han olvidado de algo, tienen más de qué preocuparse.

Freis levantó ligeramente una ceja para indicarle a Ella que lo dejara estar.

—Sí, lo tengo todo —dijo Calen.

—Yo también. Lo comprobé dos veces antes de salir de casa —respondió Rist.

Tharn le dio un codazo a Dann en las costillas, lo que le provocó un gruñido agudo.

—Lo tengo todo —tosió el muchacho.

Tharn metió la mano en un saco que llevaba colgado a la espalda.

—Casi se me olvida. Estos deberían quedarles perfectos. Los terminé hace dos noches.

Sacó dos cinturones de cuero del saco y le entregó uno a Rist y otro a Calen, iguales al que llevaba Dann, que ambos habían envidiado a menudo.

Calen pasó los dedos por el cinturón. Era de un intenso color marrón oscuro, suave al tacto y resistente. Cada puntada era limpia y perfecta. Tharn era conocido por ser uno de los mejores curtidores y artesanos de cuero de todos los pueblos. Podría haber vendido fácilmente los cinturones por dos o tres monedas de plata cada uno a un comerciante que se dirigiera a Gisa o Argona.

—Gracias, Tharn. No… —comenzó Calen.

—No hace falta decir nada, Calen —dijo Tharn—. Somos una familia. Cuidaos los unos a los otros allí dentro.

Calen asintió y se ajustó el cinturón alrededor de la cintura. La charla trivial siguió un rato más; hablaron del tiempo que haría durante las tres noches siguientes, de dónde deberían acampar los chicos y de otros detalles que ya habían comentado cientos de veces. La atención de Calen empezaba a decaer cuando la multitud

se desplazó hacia el estrado.

Los decanos de cada uno de los siete Consejos de los pueblos se habían reunido en lo alto del estrado. Cuatro hombres y tres mujeres, con Erdhardt a la cabeza.

—Es estupendo veros a todos aquí, reunidos en tal número para despedir a nuestros jóvenes en su rito de iniciación —dijo Erdhardt. Esta es una tradición que se remonta muy lejos, y me enorgullece ver que continúa.

Erdhardt volvió a colocarse en fila con los demás decanos, dándoles a cada uno la oportunidad de hacer un breve comentario. Todos hablaron de orgullo, tradición y honor; sus palabras imitaban las de quienes habían hablado antes que ellos.

—Es la hora —dijo Erdhardt cuando todos los decanos hubieron soltado su discurso. Su voz se elevó sobre el murmullo de la multitud —. ¿Pueden despedirse todos los grupos y acercarse al brasero?

Calen se volvió hacia su madre y su padre y al instante se quedó sin aliento cuando Freis lo abrazó con fuerza suficiente para incapacitar a un oso. Cuando por fin lo soltó, Calen se quedó mirando a su padre. Vars se limitó a posar las manos sobre los hombros de Calen y presionó la frente suavemente contra la del joven.

—Te quiero, hijo.

Le dio un beso en la frente y no intercambiaron más palabras.

—Intenta no morir de hambre ahí dentro —dijo Ella—. Y recuerda que no debes dejar que ningún veneno de Tharin toque tu piel.

Calen se echó a reír.

—Yo también te quiero, hermana.

Retrocedió lentamente y luego se dio la vuelta. Dann y Rist se unieron a él en cuanto terminaron de despedirse.

—Ojalá mi madre tuviera un poquito menos de energía —dijo Rist entre risas. Calen se mostró de acuerdo con una carcajada, mientras Dann se limitaba a gruñir—. ¿Noche difícil, Dann? ¿Quizás cuatro o cinco hidromieles de más?

—Oh, maldito seas, Rist. Tenía pensado acostarme mucho antes.

Solo iba a tomar una copa.

—En tu caso siempre es solo una copa —dijo Calen.

Siguieron bromeando mientras se acercaban al brasero que marcaba el inicio de la Prueba, saludando con la cabeza y diciendo hola a los que reconocían por el camino. Calen vio a Kurtis, Fritz y Dennet Hildom a unos cincuenta pasos más arriba en la fila. Sintió una ligera oleada de ira en el pecho. Respiró hondo varias veces y volvió a centrarse en sus amigos, que intercambiaban insultos al ritmo habitual, con algunas respuestas tardías por parte de Dann. Calen negó con la cabeza mientras los observaba.

Un cuerno sonó tras ellos, seguido rápidamente por una flecha en llamas que pasó sobre sus cabezas, dejando una estela de humo tras de sí. La flecha aterrizó con fuerza en el gran brasero lleno de madera empapada en aceite. Con un silbido, el brasero estalló en una llamarada.

—Comienza la Prueba —gritó Erdhardt.

A lo largo de toda la fila, los jóvenes avanzaron hacia el bosque. Algunos tardaron un poco más que otros, pero finalmente siguieron el ejemplo de los que iban delante. Los que ya habían intentado la Prueba y habían fracasado estaban en primera línea, ansiosos por tener por fin otra oportunidad de triunfar.

—Bueno —dijo Calen, soltando el aire que había estado conteniendo desde que la flecha encendió el brasero—, supongo que será mejor que nos pongamos en marcha.

Rist respondió con una rápida sonrisa y un gesto de asentimiento mientras se colgaba el morral. Dann gruñó. Calen tuvo la sensación de que eso era todo lo que iban a sacar de él en cuanto a conversación se refería ese día.

—Deberíamos intentar encontrar un arroyo lo antes posible para llenar las cantimploras —sugirió Rist.

Calen asintió, la mirada fija en la línea de árboles. Cuando llegaron a la linde del bosque y se adentraron en él, sintió el peso familiar en el aire con cada respiración. La densa humedad le oprimía los pulmones. Tras media hora caminando, empezó a

acostumbrarse un poco a la sensación, pero no lo suficiente para su gusto.

—Qué raro —comentó Rist, inhalando profundamente.

—¿Qué pasa? —respondió Calen mientras tropezaba con la raíz desenterrada de un árbol gigantesco.

—Es raro que sea tan difícil respirar aquí. Los otros bosques que rodean los pueblos no parecen tener el mismo efecto.

—Bueno, Therin siempre cuenta que los gigantes gobernaban estas tierras y usaron la magia para construir este bosque. Decía que solían cantar a los árboles y que podían crear bosques enteros en solo unas semanas. ¿Quizás sea magia?

—Venga, no me digas que te crees esos cuentos de hadas, Calen —dijo Rist con una mirada burlona.

Calen frunció el ceño.

—¿De verdad piensas que todas las leyendas son mentira? ¿Que todas las historias de Therin son solamente inventos para entretener a la gente? Los bardos siempre hablan del Círculo de Magii del norte, incluso los que llaman traidores a la Orden. ¿Entonces están mintiendo todos?

Rist se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —Frunció el ceño—. No lo sé, quizá haya magia en algún lugar lejos de El Claro, y no digo que la haya, pero solo puedo creer en lo que veo, no en lo que nos cuentan algunos viajeros porque quieren nuestro dinero.

—Oh, ¿podéis callaros los dos? —se quejó Dann—. Me estáis dando dolor de cabeza. Debería haber un arroyo a media hora hacia el este. Si podéis estar callados hasta entonces, quizá un poco de agua me aclare la mente.

Rist y Calen se echaron a reír del repentino arrebato de Dann, pero accedieron a seguirlo a través de la densa vegetación mientras los guiaba.

No tardaron mucho en oír el murmullo de un riachuelo entre la constante neblina de sonidos del bosque. Calen se detuvo, cerró los ojos y respiró hondo. Si se concentraba, podía distinguir cada uno de

los sonidos por separado. El dulce gorjeo de los pajaritos yendo a lo suyo, ajenos al mundo exterior. El zumbido y el chasquido de los miles de insectos que dominaban el suelo del bosque. El crujido y el chasquido de las ramas rotas bajo el peso de los conejos, los ciervos y los ocasionales katos que revoloteaban entre los árboles.

—¡Calen…! ¡Calen! —La voz de Dann atravesó la pared de sonido —. ¿Quieres dejar de soñar despierto? Tengo sed y tenemos que llegar a la cueva antes de que se haga demasiado tarde. No queremos estar vagando por aquí en la oscuridad.

Calen abrió los ojos, soltó un suave suspiro y echó a correr tras Dann y Rist. Los pocos ciervos que bebían en el riachuelo cuando llegaron los chicos desaparecieron entre la maleza casi tan pronto como Calen los vio. Dann y Rist se arrodillaron a la orilla y sumergieron los odres. Un silencio bienvenido sustituyó a sus habituales idas y venidas, mientras Dann seguía lamentándose por su confuso dolor de cabeza.

—Bueno, de momento todo va bien —dijo Calen mientras se agachaba junto a Rist y sumergía el odre en el arroyo—. No hay lupinos a la vista, ninguno de los katos nos ha tomado simpatía y no hemos comido ninguna baya venenosa.

—Me gusta tu optimismo —respondió Rist—, pero aún nos queda un largo camino por recorrer.

La luz del sol se fue volviendo más tenue a medida que se internaban en el bosque. A Calen le dolía la tripa; no había comido nada desde la mañana, cuando Ella le había dado aquel trozo de queso y pan, lo que había sido hacía unas cuantas horas, a juzgar por la luz que se desvanecía a través de la espesura. Dann derribó un par de conejos con el arco mientras caminaban entre los árboles, pero no era mucha carne si había que repartir entre los tres.

Ninguno de los animales parecía prestarles mucha atención mientras avanzaban. De vez en cuando veían algún kato

observándolos desde la distancia, pero nunca se acercaban demasiado. Según Dann, solo eran crías, lo que preocupaba un poco a Calen, pues eran casi del mismo tamaño que Faenir. Tampoco habían visto ni un solo lupino, cosa que prefería. Los salvajes no eran tan amigables como Faenir.

Dann parecía haberse recuperado de la resaca del hidromiel que lo había atormentado a primera hora del día, y poco a poco se fue volviendo menos brusco.

—¿Cuánto tiempo falta para llegar a esa cueva, Dann? —gritó Rist desde un par de metros detrás de la pareja que iba delante.

—A este ritmo, no más de media hora.

El lugar para acampar había sido tema de discusión muchas veces en los días previos a la Prueba. Necesitaban un sitio que los protegiera de los elementos, pero que también estuviera cerca de una fuente de agua, lo cual era crucial. No solo para beber, sino porque sería la forma más fácil de encontrar la cena sin tener que alejarse demasiado. Había peces en el río, y los ciervos y conejos necesitaban agua tanto como ellos. Con un poco de paciencia, no pasarían hambre en los próximos días.

—Lo veo justo delante —exclamó Dann, al tiempo que apretaba el paso y encogía ligeramente el hombro derecho para colocar los dos conejos que colgaban de él en una posición menos precaria.

Calen alzó la mirada del suelo del bosque y vio que los árboles se abrían ligeramente hacia un claro rocoso. Un arroyo serpenteaba por el centro, bastante más grande que el riachuelo en el que se habían detenido antes, pero de caudal mucho más lento. Al otro lado, vio lo que habían venido a buscar. La boca de una pequeña cueva, enclavada en la escarpada pared rocosa, cubierta por el denso bosque que la rodeaba. Quien no la estuviera buscando podría haberla pasado por alto fácilmente.

Sin decir palabra, Dann saltó desde la orilla del río y aterrizó con destreza sobre una roca que sobresalía de la superficie del agua.

—Esta noche va a hacer bastante frío sin necesidad de que se nos moje la ropa —dijo cuando vio que Rist lo contemplaba con el

ceño fruncido.

Rist volvió la vista a Calen y se encogió de hombros. Con Dann a la cabeza, cruzaron el arroyo saltando de roca en roca.

—¡Ah, joder! —gritó Calen cuando el pie le resbaló sobre la superficie resbaladiza de una piedra plana cubierta de musgo verde y marrón.

Fue todo lo que pudo hacer para evitar caer de cabeza al agua. Abatió los hombros y se resignó a caminar con dificultad el resto del camino a través del lento arroyo. La sonrisa burlona en el rostro de Dann solo empeoró las cosas. Cuando llegó al otro lado del arroyo, Calen dio una patada al aire mientras intentaba en vano sacudir el agua del interior de la bota. Debería haber sabido que Dann lo haría parecer más fácil de lo que era.

La cueva solo se adentraba unas seis varas en la pared rocosa, lo que le venía bien a Calen. No quería que algo se le acercara sigilosamente por detrás mientras dormía. Las paredes estaban cubiertas de parches de musgo verde y pequeñas flores moradas con vetas carmesí. Un aroma desagradable le llegaba a la nariz, pero no conseguía identificarlo.

—Bueno, no es el palacio de Al'Nasla —comentó Rist mientras apartaba un montón de piedras con el pie—, pero no está tan mal. Está más limpio que mi habitación, incluso tiene flores.

Se estiró y arrancó una flor morada de entre el musgo.

—¡No toques eso! —Rugió Dann. Con un movimiento rápido, le quitó la flor de las manos a Rist.

—¿Por qué has hecho eso? —maldijo Rist, acariciando la marca rojiza que ahora tenía en el dorso de la mano.

—Es una brasa cárdena. Si la hubieras sostenido más tiempo, tus manos habrían ardido como el fuego —espetó Dann—. ¿No lo has leído en los libros?

Rist miró con ira la nuca de Dann.

—Sois como dos niños, lo juro por los dioses —se echó a reír Calen—. Pero en serio, Dann tiene razón: no toques esas flores.

Rist frunció el labio superior y se alejó un paso de la pared de la

cueva mientras miraba con recelo las flores moradas. Al verlo, Calen tuvo que reprimir la risa.

—Muy bien, Dann, ¿puedes quedarte al mando mientras Rist y yo recogemos leña para el fuego antes de que caiga la noche? Quiero ver si puedo encontrar alguna planta o hierba útil. Podrían sernos de gran ayuda.

Dann ya estaba tumbado sobre la tierra compacta, con la cabeza apoyada en una roca.

—Me parece un buen plan, Calen. Considera el fuerte defendido.

Cerró los ojos mientras se llevaba el arco al pecho y arrastraba la aljaba hasta tenerla al alcance de la mano. Calen iba a protestar, pero se rindió al comprender que era muy probable que Dann tuviese más posibilidades de clavar una flecha en un posible atacante en esa posición que él con los ojos abiertos y de pie. Por muy idiota que pudiera ser a veces, era como si hubiera nacido con ese arco en las manos.

Rist se encogió de hombros y asintió señalando el bosque.

La grasa del conejo le goteaba por la barbilla a Calen mientras hincaba los dientes en la pata, ansioso por separar la carne del hueso y meterla en su estómago rugiente. Se limpió con la manga las gotas amarillentas que le caían por los labios y brillaban a la luz del fuego.

Rist, ayudado por la suerte, había encendido el fuego justo antes de que se pusiera el sol. Calen nunca había llegado a dominar el truco del cuchillo y la piedra, pero eso no importaba mientras tuviera lleno el buche.

—¿Sabes qué, Dann? Eres un poco idiota, pero sabes preparar el conejo —dijo Rist con naturalidad mientras roía el hueso.

A Calen nunca le había gustado mucho la carne de conejo. Normalmente era seca y dura, pero no iba a quejarse. Dann soltó un bufido, salpicando trozos de conejo medio masticado por todo el

fuego, lo que provocó una carcajada de Rist y Calen.

—¿Estás bien, Dann?

Calen se echó a reír; se puso luego a toser mientras intentaba contener las oleadas de risa.

—Que os den —logró decir Dann, medio ahogado. Respiró hondo y se tranquilizó.

Cuando terminaron, recogió los huesos y los tiró al río.

—No queremos que un kato o un lupino se pasee por aquí buscando la carne que había en esos huesos.

Calen sintió que el sueño se apoderaba de él. Con el estómago lleno y el fuego calentando la pequeña cueva, casi no podía mantener los ojos abiertos. Se ajustó el morral y se tumbó en el suelo. No era el lugar más cómodo para dormir, pero era increíble cómo una comida caliente y un fuego cálido podían hacer que la dura roca fuese tan suave como un colchón de plumas de ganso.

Vio que los ojos de Dann y Rist también se cerraban. Los tres se merecían un poco de sueño.

Un ruido, como si alguien rebuscase en uno de los morrales, despertó a Calen. Tenía los ojos pegados por las legañas, que se quitó con el dorso de la mano.

—¿Dann? —susurró, con la voz aún apagada por el cansancio.

Con los ojos solo abiertos a medias divisó una silueta al otro lado del fuego humeante, cerca de la bolsa de Rist.

«Deben haberse quedado dormidos sin apagar el fuego».

Un ruido sordo, interrumpido por algún que otro resoplido ahogado, provenía de quienquiera que estuviera junto a las bolsas; o tal vez fueran los ronquidos de Dann. Calen se incorporó con esfuerzo; el cansancio de la caminata del día hizo que le costara más de lo normal. Se frotó de nuevo los ojos cansados, introduciendo los dedos en los pliegues y arrastrándolos por el rostro, como para abrirse los párpados y recuperar la visión normal.

—Rist, ¿qué estás haciendo? —suspiró. Las brasas del fuego proporcionaban poca luz y la oscuridad aún cubría la entrada de la cueva, ocultando el bosque a la vista. Frunció el ceño, frustrado por la falta de respuesta—. Rist, ¿qué…?

Se puso de pie de un salto y trastabilló hacia atrás. La figura encorvada sobre la bolsa de Rist se giró hacia un lado, lo que permitió a Calen ver la inmensa sombra que proyectaba sobre la pared de la cueva.

—¡Rist! ¡Dann! ¡Despertad! ¡Hay un oso, joder!

Se le heló la sangre en las venas al ver por primera vez la enorme figura a la luz moribunda de la hoguera. El espeso pelaje marrón negruzco estaba salpicado de manchas oscuras de tierra; o quizá de sangre, era difícil saberlo. Tenía la cara ahuecada y las orejas cortas y redondeadas, con ojos negros como el azabache, dientes de alabastro y garras que hacían parecer diminutos los dedos de Calen.

Vio a Rist saltar de su posición dormida, sacudiendo la cabeza de un lado a otro mientras procesaba lo que estaba sucediendo. Una expresión de puro horror cruzó el rostro de su amigo cuando el oso se alzó sobre las patas traseras, con la cabeza rozando el techo rocoso y dentado de la cueva. Debía de medir tres varas de altura.

Un rugido brotó de las fauces abiertas, pero fue interrumpido por un silbido agudo, seguido de un fuerte golpe sordo. La pluma de pavo de una de las flechas de Tharn Pimm sobresalía del pecho del oso. El rugido que el oso había intentado emitir inicialmente palidecía en comparación con el trueno visceral que ahora salía de su boca abierta. Con él llegó una lluvia de saliva y flemas, acompañada de un hedor nauseabundo a carne podrida.

Sin dejar de aullar, el oso inclinó la parte superior del cuerpo hacia el suelo y barrió con los enormes hombros hacia Rist. El grueso cuello musculoso chocó contra su esternón con un estruendo, lanzándolo hacia atrás en la oscuridad.

Zas.

Una nueva flecha sobresalía del hombro derecho del oso. Calen

ni siquiera recordaba haber visto a Dann ponerse en pie. Sin embargo, allí estaba, con el arco preparado y la cuerda tensada hasta la comisura de su boca, una delgada línea de concentración. Entrecerró los ojos para ver mejor en la tenue luz.

El oso soltó otro rugido estremecedor. La acústica natural de la cueva amplificó el sonido, y Calen y Dann se estremecieron cuando los oídos les retumbaron de dolor. El oso cargó, las sólidas y robustas patas empujando el gigantesco cuerpo a un ritmo que Calen no podía creer. Desenvainó el cuchillo mientras la criatura se abalanzaba hacia él. Otra flecha se hundió en el hombro del animal. El sonido quedó ahogado por el estruendo de las piedras y los trozos de arcilla levantados por la frenética carga.

Dann se apartó de un salto y se estrelló contra la pared de la cueva. Calen no tuvo tanta suerte. Blandió el cuchillo cuando la parte superior del cráneo del oso lo golpeó en el hombro, haciéndole girar y caer al duro suelo. Un dolor abrasador le atravesó el torso.

Cuando el oso alzó la cabeza, Calen vio su cuchillo clavado hasta la empuñadura en el cuello del animal, que se bamboleaba hacia la derecha mientras las patas vacilaban.

Tanto el cuchillo como las flechas lo habían herido gravemente, y las heridas le estaban pasando factura. Sus movimientos se habían vuelto lentos; cada paso cauteloso hacia Calen parecía requerir toda su energía. El corazón de Calen latía con fuerza mientras la enorme criatura se acercaba. Las piernas del oso, tambaleantes, sostenían el imponente cuerpo por pura fuerza de voluntad. Sin previo aviso, se derrumbó. El suelo tembló con el impacto y nubes de polvo ocultaron la escasa luz.

A Calen le llevó una eternidad ponerse en pie. El dolor agudo que le recorría el costado derecho le distraía del que sentía en el resto del cuerpo. Encontró a Dann de pie junto al cuerpo destrozado del oso. Su enorme tamaño volvió a infundirle miedo a Calen. Aún estaba vivo, pero respiraba de un modo lento y trabajoso. Cada aliento era pesado y jadeante, mientras el animal intentaba en vano llevar aire a sus pulmones colapsados.

Dann sacó una flecha de la aljaba y la sujetó con fuerza con el puño. Incluso con la tenue luz, Calen vio que sus dedos se ponían blancos por el esfuerzo. Levantó la flecha y, con una mueca de pesar, la clavó directamente en el tejido blando del costado de la cabeza del oso. La respiración se le detuvo. Dann se arrodilló y puso una mano sobre el pelaje del cuello.

—Mejor que haya sido rápido —suspiró profundamente, con los hombros caídos.

Había un silencio pesado en el aire. Los únicos sonidos eran el crujir de las ramas y el silbido del viento, acompañados por el chirrido de los grillos. A Calen le dolería el hombro por la mañana. De hecho, ya le dolía.

—Chicos —murmuró Rist—. ¿Está muerto?

A Calen las manos no dejaban de temblarle. Oyó suspirar a Dann y, aunque no podía ver nada a través de la oscuridad que se había intensificado al apagarse el fuego, se dio cuenta de que había alzado la vista hacia el cielo.

—Sí, Rist, el oso está muerto.

Calen frunció el ceño mientras miraba hacia la silueta encorvada de Dann.

—Muy bien, perfecto —dijo Rist.

Tenía la voz temblorosa y Calen podía oír la sequedad de su garganta. En aquel momento Rist debió de echar un leño al fuego, porque este escupió brasas al aire y la cueva se iluminó un poco más. Ahora se le veía perfectamente, de pie junto al fuego. El cabello oscuro estaba enmarañado de sangre seca y tierra. La zamarra está estaba cubierta de arcilla y polvo, y tenía varios desgarros y roturas en la manga izquierda. En la mano sostenía el cráneo de un ciervo, joven a juzgar por su tamaño. Estaba manchado de gris por la suciedad y despojado de toda la carne.

—No voy a volver a dormir.

CAPÍTULO 6
OSOS EN EL BOSQUE... Y ALGO MÁS

—Sigo pensando que Anya bailará contigo en la Noche de la Fiesta —dijo Rist mientras pasaba el cuchillo por la madera que tenía en el regazo, afilándola hasta convertirla en una punta en el extremo.

—Déjalo, Rist. Solo somos amigos —dijo Calen, sonrojándose. Rist y Dann intercambiaron una mirada. Dann ladeó la cabeza y alzó una ceja con aire de saberlo todo, riéndose.

Calen hizo todo lo posible por ignorarlos mientras sostenía el extremo afilado de su propia lanza improvisada justo por encima de las llamas del fuego que ardía frente a ellos. Era un truco que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo. Calentar la punta de una lanza de madera la hacía más ligera y resistente. El grueso palo medía aproximadamente dos varas de largo y tenía poco menos de tres dedos de diámetro. Se habría sentido mucho más cómodo con una espada en las manos, pero dadas las circunstancias, la lanza tendría que servir.

Todos se sentaban delante de la entrada de la cueva. Aunque el oso estaba muerto, ninguno volvería a dormir allí. A poca distancia, la piel del oso colgaba entre dos árboles, estirada al máximo. Dann había pasado la mayor parte de la mañana y la primera hora de la tarde despellejándolo con el máximo cuidado y concentración,

asegurándose de abrir las orejas, la nariz y los labios para eliminar todo el exceso de grasa. Sin acceso a sal, necesitaba dejar la menor cantidad de humedad posible para evitar que la piel se pudriera. Trasladar el campamento fuera de la cueva para pasar la noche tenía la ventaja añadida de evitar el aire húmedo producido por el musgo, y el sol de la tarde era lo bastante cálido para secar la piel sin dañarla.

—Dime otra vez, ¿por qué te molestas en conservar la piel? —preguntó Rist.

Se le escapó un chasquido de reprobación. Se llevó el dedo a la boca para chupar un fino hilo de sangre que le goteaba por el pulgar, resultado de su excesivo entusiasmo con el cuchillo. Lanzó una mirada de censura a Calen cuando se dio cuenta de la sonrisa burlona en su rostro.

Dann estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en un grueso tronco, mascando un largo trozo de hierba. Miró fijamente el bosque que los rodeaba.

—Bueno, después de traerla de vuelta, nos declararán vencedores de la Caza. No creo que los demás traigan nada mayor que este monstruo. —Dann inclinó la cabeza hacia la piel que colgaba en el aire a unas varas de distancia—. No tiene sentido dejar que se eche a perder. Papá podría hacer fácilmente una obra maestra con una piel como esa. Los dioses saben que nos vendría bien el dinero.

Rist soltó un resoplido burlón.

—Anoche estabas muy triste porque había muerto, ¿y ahora quieres convertirlo en un abrigo?

—Sí, Rist, estaba triste porque una criatura increíble había muerto. Lentamente, y de forma dolorosa, sin motivo alguno, y yo había sido la causa.

La respuesta de Rist fue seca, con la mirada aún perdida en la bruma del bosque. Apretó la mandíbula.

—¿Una criatura increíble? ¿Sin motivo alguno? Dann, iba a matarnos. Ya sabes, muertos, desaparecidos, adiós muy buenas…

—Hiciste lo que tenías que hacer, Dann —interrumpió Calen. Miró a Rist como diciendo: «Por favor, déjalo en paz». Rist pareció entenderlo y asintió con suavidad.

Dann apartó la mirada de las profundidades del bosque para mirar a Calen. Tenía una expresión pesada en el rostro. Calen no había notado las ojeras moradas que se estaban formando bajo los ojos de Dann, cómo abatía los hombros a lo largo del día. Al recordarlo ahora se dio cuenta de que se había mantenido aislado durante la mayor parte de la mañana y la tarde, sin decir apenas nada. Teniendo en cuenta que Calen había sido testigo una vez de una conversación ebria de Dann con un árbol, el silencio debería haberle hecho sospechar.

—Nunca antes había acabado con una vida sin una razón de peso. Cazo ciervos, conejos, peces…, para que podamos comer. Para sobrevivir. Ese oso tenía hambre. Volvió y nos encontró en su hogar. Y lo matamos… No, lo maté yo. Sé que habría acabado con nosotros de no haber hecho nada, pero no es lo mismo.

—Lo entiendo, Dann —dijo Calen.

No mentía. Echó otro leño al fuego y se les escapó un suave suspiro mientras se sentaba de nuevo en el tronco esponjoso del árbol caído en el que había estado encaramado.

Se quedaron sentados en silencio mientras la tarde se desvanecía y la noche se apoderaba de todo a su alrededor. Los sonidos del bosque proporcionaban un coro relajante, a medida que el canto de los pájaros del día era reemplazado por el suave murmullo del arroyo que serpenteaba por el bosque, el crepitar y chisporrotear del fuego que consumía la madera y el zumbido omnipresente de los insectos que se dedicaban a sus quehaceres nocturnos. De vez en cuando, el aullido de un lupino rompía el tranquilo manto de sonidos familiares, provocando sobresaltos repentinos en Calen, Dann o Rist, que se giraban para asegurarse de que el oso no había resucitado.

—Chicos…, creo que tenemos visita —chilló Rist.

Calen abrió los ojos. Un gran kato, más o menos del mismo tamaño que Faenir, merodeaba alrededor del fuego. El pelaje

manchado de marrón y negro plateado le permitía mimetizarse con el fondo del bosque. Las afiladas orejas apuntaban directamente hacia el cielo, dando la impresión de que siempre estaba atento, alerta. Nunca había visto un kato tan de cerca. El deslumbrante brillo amarillento de sus ojos era hipnótico. Los dos mechones de pelo que le caían por los hombros a ambos lados de la cabeza le daban un aspecto arrugado.

Calen buscó el arco, con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, y estiró los dedos para agarrar la empuñadura.

—No —susurró Dann.

Ya estaba de pie junto al fuego, con la mano apuntando a Calen, pero con la mirada fija en el kato. Sin hacer ruido, solo el susurro de las hojas mecidas por el viento, Dann se acercó a los restos del pescado que habían capturado y cocinado por la mañana. Estaba extendido sobre una piedra lisa y plana junto al fuego. Se mantuvo agachado, con las rodillas dobladas y los brazos ligeramente alzados, extendidos a ambos lados. No apartó los ojos del kato.

Los brillantes ojos amarillos devolvieron la mirada fija de Dann. Un ronroneo emanaba de su musculosa garganta. El kato dio dos pasos alrededor del fuego, hacia Dann, de forma lenta y deliberada. Bajó la cabeza mientras se arqueaba. Los músculos de sus patas traseras se tensaron. El ronroneo se hizo más profundo, llegando hasta el pecho.

Dann entrecerró los ojos. Se volvió para mirar al kato. La luz del fuego proyectaba sombras en su rostro. Abrió la palma de la mano y lanzó el pescado al aire, al otro lado del fuego.

El kato flexionó las musculosas patas y se lanzó al aire. Las pautas de su pelaje brillaban con la mezcla de la luz de la luna y del fuego mientras giraba y volteaba el torso en pleno vuelo. Pareció flotar en el aire durante una eternidad, como si fuera ingrávido. Atrapó el pescado al vuelo con un movimiento suave antes de aterrizar, sin ningún sonido perceptible, al otro lado del fuego.

Mordió el pescado por la mitad, dejando que la otra parte cayera al suelo. Una vez que hubo terminado lo que había mordido, inclinó

la cabeza y recogió la segunda mitad con sorprendente cuidado. Sus ojos se fijaron de nuevo en Dann.

El kato se le acercó sigilosamente. Se detuvo frente a él, bajó la cabeza y, casi con ternura, dejó caer el segundo trozo de pescado en el suelo, a los pies del joven.

Un suave ronroneo resonó en su garganta.

—¿Qué demonios…? —susurró Rist.

Dann se agachó para coger el pescado, con cuidado de no moverse con demasiada rapidez. El kato giró la cabeza y miró con intensa concentración hacia el bosque oscurecido por la penumbra. No se movió, pero se le erizaron los pelos de la nuca y de la columna vertebral. El suave ronroneo se convirtió en un profundo y gutural rugido. Calen escuchó atentamente, tratando de oír lo que el kato había oído.

Crac.

El sonido de una gruesa rama al romperse bajo el peso de algo pesado. Una flecha salió disparada de entre los árboles, atravesando el fuego y clavándose en el suelo donde había estado la pata del felino.

Calen ni siquiera lo había visto saltar. Los reflejos del animar eran más rápidos de lo que sus ojos podían seguir. De un solo salto, se alejó del campamento y desapareció, de vuelta al bosque.

—¿Quién anda ahí? —gritó Dann.

Ya tenía el arco tensado, apuntando en la dirección de donde había venido la flecha. Rist agarró el mango de su lanza con ambas manos y oteó el bosque circundante. Su cabeza se movía nerviosamente de un lado a otro mientras buscaba a sus atacantes. Apartando la mirada del lugar donde el kato había saltado al abismo de los árboles, Calen agarró su lanza improvisada con una mano y saltó hacia Dann.

—Chicos, creo que…

Rist guardó silencio al ver una segunda flecha cruzando los árboles. Aunque era imposible seguir el vuelo de la flecha en la oscuridad, un aullido de Rist les indicó a Calen y Dann dónde había

aterrizado. A Calen se le encogió el corazón. Se volvió y vio a Rist de pie junto al fuego, con la lanza rodando por el suelo y el astil de una flecha sobresaliendo de su pierna izquierda.

—¡Rist!

Calen y Dann saltaron a su lado y lo estabilizaron.

—¿Qué coño estás haciendo, Fritz? ¡Podrías haberlo matado! —dijo una voz familiar.

«¿Fritz? ¿Fritz Netly?».

—Cállate, Dennet. Lo habría conseguido si no lo hubieran asustado.

Tres figuras emergieron del bosquecillo. Calen solo podía distinguir sus siluetas a la pálida luz de la luna. Una era más grande, de hombros anchos y fornidos. A ambos lados la flanqueaban dos más pequeñas.

—Calen, no queríamos que Rist resultara herido, te lo juro —dijo la figura más alta.

La voz era grave, familiar. Algo hizo clic en la cabeza de Calen.

—¿Kurtis? ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Has disparado a Rist!

Calen se abalanzó sobre Kurtis lanza en ristre, con los hombros y los brazos tensos.

—¡Eh! Ni se te ocurra dar otro paso, Bryer, o te clavaré una flecha a ti también.

Una de las figuras más pequeñas tensó el arco y apuntó directamente al pecho de Calen.

—Fritz… —murmuró Calen, con el ceño fruncido.

Giró la cabeza, solo por un segundo, para comprobar el estado de Rist y Dann. Estaban en el suelo, y Dann sostenía la cabeza de Rist sobre las rodillas. Parecía que había conseguido quitarle la flecha y tenía las manos apretadas contra la herida, pero Rist respiraba con dificultad. Los músculos de Calen se tensaron mientras la rabia lo invadía. Se moría de ganas de borrarle la sonrisa de satisfacción a Fritz.

—Ten cuidado. Se pondrá bien, pero no puedo decir lo mismo de

ti si se te ocurre acercarte a mí —dijo Fritz.

Tensó un poco más la cuerda del arco para dejar claro el mensaje.

—Fritz —se limitó a decir Kurtis.

El significado era claro: «Estás yendo demasiado lejos». Fritz se limitó a mirarlo con ira, una mirada ausente que siempre inquietaba a Calen; como si los ojos de Fritz no lo mirasen, sino que vieran a través de él, como si el mundo entero fuera simplemente un obstáculo para lo que él quería. Una sonrisa se extendió por el rostro de Fritz mientras miraba más allá de Calen. Algo había llamado su atención.

«La piel de oso».

—¿Qué tenemos aquí? —dijo Fritz, con la luz del fuego reflejándose en su rostro—. Parece el pago perfecto por habernos costado ese kato. Dennet, quítala.

—¡Es nuestra! —Tosió Rist. El dolor era evidente en su voz.

—No, es nuestra —dijo Fritz.

Dennet cortó las cuerdas que mantenían la piel colgada entre los árboles. Luego se dirigió hacia Kurtis y Fritz, luchando por cargarla sobre el hombro. Las nubes se habían desplazado y dejaban pasar más luz de luna. Calen podía ver sus rostros con mayor claridad ahora. Kurtis se mordió el labio inferior mientras observaba a Fritz, que examinaba la piel a la luz del fuego, pasando la mano por el pelaje áspero y la piel parcialmente seca.

—No está nada mal. Esta bestia debía de ser enorme. Una buena presa. Habéis tenido suerte, idiotas —dijo Fritz—. Muchas gracias. Nos declararán vencedores de la Caza cuando llevemos esto.

—¡Que os quemen a todos! ¿Qué coño os pasa?

El veneno en las palabras de Dann ardía como un cuchillo caliente en su voz.

—No seas tonto, Dann. Asustaste a nuestra presa, así que nos quedamos con la tuya. Lo justo es justo —dijo Fritz. Tenía esa misma mirada fría y calculadora en los ojos—. Ahora largaos.

—¿Creéis que nos vamos a ir? —Rugió Dann, aún acunando la

cabeza de Rist en su regazo.

—Sí. Seré amable. Tomaos un minuto para recoger vuestras cosas y echad a andar hacia las montañas. Si no os habéis ido en cinco minutos, os demostraré lo en serio que hablo. Os seguiré un rato para asegurarme de que no dais la vuelta.

Kurtis parecía querer protestar, pero una mirada severa de Fritz lo detuvo en seco.

—Está bien, nos iremos —dijo Calen apretando los dientes.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en la comisura de los labios de Fritz. Dann lo miró con la boca abierta.

—¿Qué estás haciendo?

—Rist está herido, Dann. Tenemos que alejarlo de estos capullos y aseguramos de que está bien. Eso es más importante que pelear con estos tres. ¿Puedes vendarle la herida y ponerlo en pie? Yo llevaré los morrales.

Dann respondió con un gesto de resignación. Calen reunió las provisiones mientras Dann vendaba la pierna de Rist con una tira de su camisa antes de ponerlo en pie, a pesar de las protestas de este. Se dirigieron hacia el borde del claro, en dirección a la cresta Lupina. Calen notó lo que le pareció una mirada de disculpa en los ojos de Kurtis.

—Seguid caminando hasta que salga el sol —les gritó Fritz—. Me enteraré si no lo hacéis.

Recorrieron con dificultad y en silencio el denso bosque, completamente agotados. Calen llevaba los morrales, mientras que Rist usaba a Dann y su lanza como muletas. De vez en cuando, Calen miraba atrás para ver si había señales de que Fritz los seguía. Creyó ver algo varias veces, pero no estaba seguro. No valía la pena averiguarlo.

Cuando el sol coronó la cima de la montaña, apareció a la vista un pequeño riachuelo a unas diez varas de distancia. Calen no lo

había oído al acercarse. El cansancio le provocaba un ligero zumbido en los oídos y le costaba concentrarse.

—Esto es ridículo —dijo Dann, con una mezcla de cansancio e irritación en la voz.

Calen suspiró.

—Tenemos que parar en el agua. Necesitamos beber y echar un vistazo a la herida. No podemos dejarla demasiado tiempo, o podría infectarse.

Dann asintió. Rist soltó un gruñido.

Tras permanecer sentados en silencio durante un rato y beber agua hasta saciarse, Calen le subió el pantalón a Rist para examinar la herida, quitándole la tira de camisa empapada en sangre que Dann había utilizado para hacer presión.

—Fue un tiro limpio de parte a parte —dijo Dann—. Rompí la punta por el otro lado y saqué el astil. Tuvo suerte.

Dann sumergió la cantimplora en el riachuelo mientras hablaba, suspirando de agotamiento.

—¿Suerte? —dijo Rist, tosiendo—. ¿Cómo, por los dioses, puedes considerar esto suerte?

—Bueno, no sangraste mucho, lo que significa que la flecha no te alcanzó nada importante. Atravesó la pierna, así que pude sacarla. De lo contrario, todavía estaría ahí. Y te dolió lo suficiente para callarte durante las últimas horas —añadió Dann, sonriendo para sus adentros.

—Te juro que te clavaré una si no borras esa sonrisa —espetó Rist.

—Debería haber dejado la puñetera flecha en su sitio —dijo Dann, encogiéndose de hombros.

—¿Queréis callaros los dos?

Tanto Dann como Rist dieron un pequeño respingo, sorprendidos por el tono brusco e irritado de Calen.

—Rist, Dann acaba de sacarte una flecha de la pierna, te ha puesto en pie y te ha arrastrado hasta aquí.

Rist bajó la cabeza, avergonzado.

—Dann…

—¿Sí?

Su rostro cansado esbozó una sonrisa descarada. Calen no estaba de humor para eso.

—Deja de comportarte como un idiota.

Dann abrió la boca, pero no discutió. Calen metió la mano en la bolsa y sacó algunas de las hierbas y plantas que había recogido mientras buscaba leña durante el día. Reflexionó sobre las diferentes opciones, tratando de recordar exactamente cuáles había dicho su madre que eran buenas para detener la infección.

Dos, lo supo de inmediato. Aliento de cretia y vidriazul. Las sacó y las dejó sobre la roca a su izquierda. Murmuró para sí mismo mientras revisaba el resto. Muldio, docoja… Ninguna era tan buena como la savia de brimelo, pero servirían.

Tras seleccionar las que necesitaba, utilizó una roca para molerlas hasta convertirlas en una pasta. Añadió un poco de agua del riachuelo para conseguir la consistencia deseada.

—Estas hierbas servirán como cataplasma. Deberían mantener a raya la infección mientras la herida se cura —dijo, sin dejar de moler la mezcla de plantas. Notó una mirada vacilante en el rostro de Rist —. Es eso o cauterizarla con fuego. Dann, ¿podrías encender un fuego?

Rist palideció.

—Vamos con lo de las plantas.

—¡Buena elección!

Dann se atragantó y tosió un poco de agua entre risas forzadas.

A pesar de las múltiples protestas y jadeos de dolor, Calen no tardó mucho en aplicar la cataplasma en la pierna de Rist. Arrancó una tira de la camisa de este para usarla como vendaje de repuesto una vez que se secara.

—Deberíamos ponernos en marcha. —Dann se arrastró hasta sentarse—. Vamos a tener que caminar toda la noche y toda la mañana para llegar a tiempo.

A Calen le rugió el estómago.

—¿Podemos comer algo primero?

—Apoyo la moción —dijo Rist.

Dann suspiró. Con un gruñido de agotamiento, se puso de pie.

—Si podéis encender un fuego, iré a ver si encuentro algo. No estaría mal comer y descansar antes de ponernos en marcha.

Calen había conseguido por fin encender el fuego cuando Dann reapareció entre los árboles, con el cuerpo inerte de un castor colgado del hombro. No iba a haber mucha comida.

—Comamos y luego descansemos hasta que el sol pase el pico de esa montaña. —Dann torció el gesto mientras señalaba un pico escarpado en la distancia—. Después tendremos que ponemos en marcha.

—¿Estás de acuerdo, Rist? —preguntó Calen.

Rist gruñó, con una mueca de dolor en el rostro.

El sol ya había comenzado a ponerse cuando Calen, Dann y Rist emprendieron la larga caminata de regreso a través del bosque de Ölm. La combinación de comida caliente y agotamiento había hecho que descansaran mucho más de lo previsto.

—Bueno, no vamos a pasar la Prueba. Pero, teniendo en cuenta lo sucedido hasta ahora, me conformo con volver a casa sin una flecha clavada en la pierna.

El intento de humor de Dann fue respondido con una rápida patada en los tobillos por parte de Rist.

—Demasiado pronto.

Había un tono serio en la voz de Rist, pero Calen le notó una sonrisa burlona en la comisura de los labios. Dann logró recuperarse antes de caer y pensó que era mejor no quejarse, pero algo le hizo detenerse en seco.

—Dann…

La mano levantada de Dann interrumpió a Calen. Entrecerró los ojos mientras miraba fijamente la espesa maleza.

—Hay algo… —susurró Dann.

A Calen le pareció oírlo. El susurro de las hojas. El crujir de las ramas. El ruido sordo de unos pasos pesados. Un pequeño charco de agua frente a ellos que se ondulaba a intervalos regulares.

Un lupino salió de pronto de entre los árboles a tres varas frente a ellos. Tenía el pelaje de color grisáceo y negro en su mayor parte, salpicado de manchas de sangre oscura. Los miró fijamente. Algo no cuadraba en todo aquello. Era grande, dos palmos más pequeño que Faenir de la nariz a la cola, pero no lo bastante para causar las ondas en el agua.

—¡Por el amor de los dioses! ¡Esto ya es ridículo! ¿Es que no pueden damos un respi…?

Justo cuando Rist estaba a punto de terminar la frase, una enorme hacha con hoja en forma de media luna siguió al lupino salido de entre los árboles, balanceándose en el aire con un silbido metálico. La hoja era enorme, casi del ancho del cuerpo del lupino, del vientre hasta la cresta de la espalda, con una gema translúcida y lisa incrustada en la superficie. Se estrelló directamente contra la caja torácica de la criatura y levantó al lupino del suelo con un gemido aullante. La fuerza bruta lo llevó por los aires y lo estrelló contra el tronco de un árbol cercano. Calen no necesitó mirar para saber que el animal no se volvería a levantar. Sintió que su agarre de la lanza se tensaba involuntariamente mientras el miedo se apoderaba de sus huesos.

Dann estaba colocando una flecha en el arco cuando dos criaturas emergieron de entre los árboles cerca del cuerpo del lupino. Un ruido ininteligible salió de la boca de Rist. Mil pensamientos se agolparon en la cabeza de Calen, ninguno de ellos capaz de dar sentido al otro. Tuvo que apretar las manos alrededor de la lanza aún más fuerte para evitar que temblaran.

«Uraks».

Tenían forma humana, pero el más grande de los dos medía más de dos varas. De hombros pesados y anchos, los densos músculos se ondulaban con cada movimiento. Su piel gris ceniza era gruesa y

áspera, como si estuviera hecha de cuero. Lo menos humano de todo era el rostro afilado y anguloso. La piel pálida lo hacía parecer casi desprovisto de vida, y los finos labios azulados se curvaban hacia atrás para revelar una hilera de dientes amarillos, afilados, feroces.

No llevaba calzado alguno, pero maltrechos trozos de cota de malla le cubrían las piernas, sujetos con correas de cuero. Nada le protegía el pecho; la carne expuesta estaba cubierta de heridas a medio curar y cicatrices de batallas pasadas. Pero lo que más impactó a Calen fueron los ojos. El iris era tan rojo como la sangre y las pupilas, largas y afiladas, como las de un kato. Nunca había visto uno de cerca.

El más pequeño de los dos se parecía a su compañero, aunque era unos cuatro palmos más bajo y tenía la piel de un tono más pardo. Al igual que el mayor, no iba calzado, pero lucía una coraza de hierro raída y unos brazales a juego.

Los uraks solo tardaron un par de segundos en darse cuenta de que Calen, Dann y Rist estaban acurrucados a un tiro de piedra, con expresiones de asombro. Con la gruesa mano gris alrededor del mango del hacha clavada en el cuerpo inerte del lupino, el más grande le gritó algo al más pequeño. Su voz era áspera, como piedras cayendo por la ladera de una montaña. Calen no entendió ni una palabra.

Sin dudarlo, el urak más pequeño cargó contra el grupo a una velocidad que Calen no habría creído posible, dado su tamaño. Blandió una espada dentada sobre su cabeza y lanzó un aullido gutural. El arma, carbonizada y ennegrecida, medía casi vara y media de largo y tenía otra gema translúcida incrustada en la hoja, justo encima de la guarda.

Calen oyó el silbido familiar de la flecha de Dann solo medio segundo antes de verla sobresalir justo por encima de la armadura del pecho de la criatura. No la detuvo. En cuestión de segundos, estaba sobre ellos.

Rist era el que estaba más cerca. Logró esquivar el golpe y trató

de clavar la lanza en las piernas del atacante. Falló por un pelo y recibió en el pecho un golpe con el pomo de la espada de la bestia que lo envió rodando contra la base de un árbol. Se quedó inmóvil.

Calen rugió. Su pulso era como fuego en las venas, empujado sobre todo por el miedo. El urak evadió la primera estocada de su lanza con alarmante facilidad, pero descubrió que Calen estaba igual de bien equipado para esquivar su contraataque.

Cuando Dann le clavó una segunda flecha, esta vez en el abdomen, la criatura estalló en un frenesí de golpes descontrolados. Calen perdió el equilibrio, tropezó con una piedra suelta y cayó al suelo. Al oler la sangre, la criatura se abalanzó sobre él. Presa del pánico, Calen lanzó su lanza al aire tras él, girándose mientras caía y utilizando hasta la última gota de fuerza que le quedaba en el cuerpo.

Cuando el urak se abalanzó sobre Calen, quedó atrapado por su propio impulso, indefenso mientras la lanza se clavaba directamente en su cuello expuesto, salpicando sangre sobre Calen. El peso de la criatura al desplomarse clavó la lanza en el suelo, dejando a ambos suspendidos en el aire sobre el joven. Sus penetrantes ojos rojos, ahora vacíos de vida, aún ardían de ira mientras lo miraban fijamente. Un hedor a carne podrida emanaba de su boca abierta, y Calen estuvo a punto de soltar cuanto llevaba en el estómago.

No tuvo mucho tiempo para recuperar el aliento, porque un rugido aterrador brotó del urak restante, que dio un salto por el suelo del bosque hacha en mano. Las ramas y las plantas se desmoronaban bajo sus poderosas patas mientras cubría la distancia entre ellos con facilidad. Cuando llegó a ellos, tres flechas sobresalían de su pecho desprotegido. Suficientes para haber matado a un hombre dos veces.

Dann intentó colocar otra flecha, pero la criatura lo alcanzó con una brutal patada en el pecho. Calen creyó oír un crujido cuando las rodillas de Dann se doblaron y cayó al suelo hecho un guiñapo.

Su mente iba a toda velocidad. Cada fibra de su cuerpo ardía en una sinfonía de agotamiento y dolor. No sabía si Dann o Rist estaban

vivos. Ninguno de los dos se movía.

El enorme urak puso una mano sobre el cuerpo de su compañero caído. Luego, con una aterradora demostración de fuerza, arrancó el cadáver inerte de la lanza como si sacara una astilla de un bloque de mantequilla reblandecida. La sangre brotó sobre Calen cuando la criatura sostuvo el cadáver sobre él. Luego lo arrojó al suelo a unas varas de distancia, sin siquiera mirar dónde caía. No había ningún sentimiento de pérdida en su rostro. Ni sollozos, ni gemidos.

El corazón de Calen latía como un martillo sobre un yunque. Los golpes lentos y metódicos resonaban en sus oídos.

El pecho de la criatura se elevaba y bajaba con respiraciones pesadas. Su boca se torció en lo que casi podría llamarse una sonrisa. Su lengua goteaba gruesas gotas de saliva por entre los dientes irregulares. La enorme hoja en forma de media luna brillaba a la pálida luz de la luna, una mezcla de belleza y dolor forjada en acero. Con la mirada fija en Calen, el urak susurró algo en su lengua gutural antes de alzar el hacha por encima de la cabeza con ambas manos. Sus horribles ojos rojos se clavaron en el cráneo de Calen. El tiempo se ralentizó mientras la hoja se abatía. Calen había visto lo que le había hecho al lupino, y él no correría mejor suerte.

El pánico en su corazón dio paso a una repentina sensación de aceptación. Siempre había oído que en los momentos previos a la muerte la vida pasaba ante los ojos, o eso decían todos los bardos y narradores. Calen no estaba seguro de cómo lo sabían; no es que hubieran luchado en las guerras de las que cantaban. De todos modos, no importaba. No tenía mucho que recordar, pero le gustaría volver a ver la cara de Haem.

Una luz cegadora llenó el espacio alrededor de la enorme figura del urak, un destello tan brillante como el sol. Calen oyó a alguien gritar, aullar, como si el ruido le quemara la garganta desde dentro.

El hacha ni llegó a caer.

La enorme criatura se desplomó sobre las rodillas, haciendo temblar el suelo. Sus brazos se abatieron a los lados, inertes. El hacha cayó inofensivamente de los dedos sin vida del urak.

Balanceándose donde estaba arrodillado, se derrumbó de lado con un fuerte golpe. El humo y el repugnante olor a carne quemada llenaron las fosas nasales de Calen mientras se propagaban con el viento. El hedor emanaba de una horrible marca de quemadura en la espalda de la criatura. La piel, antes gris ceniza, se había derretido y desfigurado, convirtiéndose en un líquido supurante tan negro como el azabache.

Calen sintió náuseas cuando el olor le llegó a la garganta. Entre toses violentas, apartó la mirada de los restos carbonizados del urak en busca de lo que había acabado con ese gigante. Entrecerró los ojos para ver mejor. La mezcla de humo y agotamiento le pegaba los párpados.

—¿Rist?

CAPÍTULO 7
VER ES CREER

Rist cayó de rodillas. El agotamiento era como un dolor atroz que le recorría el cuerpo. Sentía las piernas como juncos al viento y no tenía fuerzas para mantenerse en pie. Había quedado inconsciente cuando la más pequeña de las dos criaturas lo golpeó en el pecho. Al recuperar el conocimiento, lo único que vio fue a la otra bestia de pie sobre Calen, con la monstruosa hacha alzada sobre la cabeza. Algo se apoderó de él. Sintió un fuego ardiendo en el pecho, subiéndole por los brazos, y un dolor abrasador lo consumió todo a medida que el fuego avanzaba.

«¿Qué he hecho?».

Gotas de sudor le caían por la frente. La camisa se le pegaba a la espalda. El olor a carne quemada impregnaba el aire, provocándole náuseas. Extendió las manos al frente y las hizo girar una y otra vez, tratando de encontrar algo, cualquier cosa. No había ni una sola marca en ellas. Nada.

—¿Rist?

La voz de Calen sonaba débil y cansada, pero sacó a Rist de sus pensamientos. Al levantar la vista, vio a su amigo en el suelo a unas varas de él, apoyado en los brazos. Tenía la ropa rasgada y manchada de sangre. A su lado yacían dos cuerpos grandes. Uno estaba empapado en sangre, con una herida abierta en el cuello. El

otro era un amasijo carbonizado y arrugado de carne quemada y humeante.

Tras una arcada repentina, vomitó en el suelo.

—¡Rist! La voz de Calen atravesó la niebla de su mente. Le costaba concentrarse en cualquier cosa. Estaba agotado, como si le hubieran succionado la energía de los huesos. Los pensamientos le bailaban en la cabeza como chicas en la plaza del pueblo, sin prestarle atención, siempre fuera de su alcance. Calen estaba ahora de pie a su lado, luchando por soportar el peso de su propio cuerpo.

—Rist, ¿estás bien? ¿Has visto lo que ha pasado? Estaba sobre mí… Esa hacha…

Calen miró el arma, tirada en el suelo junto al cuerpo de aquel monstruo, con su horrible hoja en forma de media luna manchada con la sangre del lupino.

—Pensé que estaba muerto.

Rist respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Estoy bien —suspiró—. ¿Y Dann?

El pánico se apoderó del rostro de Calen. Echó a correr hacia Dann tan rápido como le permitían las piernas. Cayó de rodillas a su lado, más por agotamiento que por elección, a juzgar por su aspecto.

—Mierda, Dann… ¿Dann? ¡Dann, por favor, tienes que estar bien!

Rist se puso en pie; no pudo evitar una mueca de dolor al incorporarse. Tenía todo el cuerpo magullado. La herida de la pierna le ardía intensamente. En medio del pánico, se había olvidado de ella; el miedo había ocultado el dolor. Ahora, al calmarse su corazón, el dolor volvió con fuerza, como un alud.

«Primero un oso, luego una flecha, luego… los uraks».

Contempló los cadáveres de las criaturas caídas. Habrían pasado por humanos de no haber sido por el tamaño, la piel grisácea y correosa, los ojos rojos y los dientes amarillos y afilados.

Volvió a centrar su atención en sus amigos. Calen sujetaba con la mano la nuca de Dann, quien tenía los ojos cerrados.

—¡Dann! ¡Despierta!

Calen lo sacudió de un lado a otro, al principio con suavidad, pero luego con más agresividad al no obtener respuesta. Por un momento, a Rist se le encogió el estómago.

Dann parpadeó.

—Uf…, deja de sacudirme. Maldito seas. ¿Qué ha pasado? ¿Lo he conseguido?

La voz de Dann era ronca, como si se despertara de una larga siesta.

«Gracias a los dioses».

Calen se desplomó hacia atrás y soltó la cabeza de Dann, a quien se le escapó un gemido agudo cuando dio contra el tronco del árbol. Rist necesitaba sentarse. Necesitaba dormir. Sentía que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Joder, Calen —gimió Dann, frotándose la nuca. Sus ojos se posaron en los cadáveres de las dos criaturas, deteniéndose en el más grande, cuya espalda era un desastre de piel derretida—. ¿Qué… qué ha pasado? —El miedo se apoderó de su voz.

—No lo sé —dijo Calen—. Estaba de pie sobre mí, con el hacha sobre la cabeza. Entonces hubo un destello tan brillante que casi me cegó. Luego se derrumbó. Muerto. Con esa herida en la espalda.

Rist asintió.

—Sí, me desperté cuando oí a Calen llamarme. Los dos estabais en el suelo.

Una oleada de miedo le recorrió la mente. ¿Había visto Calen lo que él había hecho? ¿Y qué había hecho?

Dann asintió y exhaló ruidosamente. Se quedaron sentados en silencio unos minutos. Los sonidos del bosque resonaban de fondo.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Dann, con una mirada de acero en el rostro. Se incorporó hasta quedar sentado—. Si vamos a llevarnos a uno de estos tipos de vuelta a El Claro, tenemos que ponernos en marcha ahora para llegar allí antes de que se ponga el sol mañana.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—¿Llevarnos a uno? —Una mirada de incredulidad atravesó el

rostro de Calen—. ¿Por qué demonios querríamos llevarnos a uno, Dann?

Este se encogió de hombros:

—Bueno, nadie nos creerá si no lo hacemos, y necesitan saber que hay uraks por aquí. Además, es nuestra oportunidad de superar la Prueba y convertimos en vencedores de la Caza. Nadie va a traer nada peor que estos tipos. ¡Uraks, Calen!

Este no dijo nada. Apretó los labios hasta formar una fina línea.

—Pero… ¿qué hacen aquí? No se han visto uraks cerca de El Claro en al menos dos años, no desde…

Rist vio la expresión de Calen y no terminó la frase.

—No lo sé, pero por alguna razón, están aquí —respondió Dann —. Tenemos que llevar uno. Bueno…, ¿quizás solo la cabeza?

Rist no pudo ocultar la sorpresa en su rostro.

—¿La cabeza?

—Bueno, supongo que el cuerpo entero sería demasiado pesado para que lo lleváramos, ni siquiera a rastras. La cabeza cabría en uno de los morrales. La verdad es que tiene sentido.

Dann hablaba con tono pragmático; estaba claro que ya había decidido que esa era la mejor opción. Siempre había sido así. Una vez tomada una decisión, la mente de Dann Pimm era como una roca.

Se puso en pie sin esperar una respuesta. Cojeando, se acercó a los dos cadáveres con la mano en el pecho, donde el urak le había dado una patada. Rist miró a Calen, que había permanecido en silencio durante toda la discusión; este siempre se encerraba en sí mismo cuando se mencionaba algo relacionado con Haem. Los uraks, sin duda, entraban en esa categoría.

—¿Estás bien?

Rist puso la palma de la mano en el hombro de Calen y bajó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Sí… sí, estoy bien.

Se sacudió la mano de Rist y se puso de pie, dirigiéndose hacia Dann. Rist suspiró, se quedó sentado un momento y luego se

levantó y se unió a los demás.

—¿Cuál? —dijo Calen.

—¿Eh?

—¿Qué cabeza nos llevamos?

La voz de Calen sonaba fría, carente de emoción. Dann no pareció darse cuenta. Cruzó los brazos mientras reflexionaba.

—Bueno, diría que la más pequeña. No creo que la mayor quepa en ninguno de los morrales, y no me apetece llevar una cabeza ensangrentada en brazos durante todo el camino de vuelta a El Claro.

—De acuerdo. Bueno, hazlo y pongámonos en marcha.

Calen no esperó respuesta. Se limitó a alejarse y se sentó en silencio en un tronco cercano. Dann giró la cabeza hacia Calen y luego volvió a mirar a Rist, cruzando los brazos.

—¿Qué le pasa?

Rist alzó una ceja interrogativa.

—¿No ves lo jodido que es esto? Por no mencionar… ¿Haem?

—Oh.

—Venga, al tajo —dijo Rist con la mayor claridad posible. Luego se dio la vuelta y se acercó a Calen, que estaba sentado en el tronco.

Se quedaron allí, oyendo lo sonidos del bosque hasta que sonó el fuerte golpe del metal hundiéndose en la carne. Calen se estremeció y Rist sintió que se le revolvía el estómago de nuevo. A un gruñido le siguió un nuevo golpe. Unos momentos más tarde, Dann se plantó delante de ellos, con la sangre empapando la tela del morral.

—No lo pensé bien —dijo encogiéndose de hombros.

—Como de costumbre —respondió Rist.

Mientras se adentraban en el bosque, Rist volvió la vista atrás, hacia los cadáveres de los uraks. El hacha, ahora manchada de sangre fresca, yacía junto al cuerpo decapitado de la criatura más pequeña. La gema incrustada en la hoja del hacha parecía emitir un resplandor rojo mientras el sol del crepúsculo se desvanecía en el horizonte.

Sus ojos se posaron en el cuerpo del urak más grande y en la herida abierta de carne quemada en su espalda. El inquietante sonido de la piel crepitando aún flotaba en el aire. Volvió a mirarse las manos.

«¿Qué he hecho?».

CAPÍTULO 8
TE VEO

El resplandor anaranjado del sol poniente se filtraba a través de la espesura mientras se acercaban al borde del bosque, cerca de El Claro. Habían caminado toda la noche y todo el día siguiente. Llegaban tarde; deberían haber regresado a El Claro aquella mañana. Las piernas de Calen ardían, luchando contra el peso del agotamiento. Tenía la ropa rasgada en más lugares de los que podía contar, y el cuerpo cubierto de cortes y moratones suficientes para toda una vida. Quería dormir varios días seguidos.

Frente a él, Dann avanzaba con dificultad por la maleza, que se iba aclarando poco a poco. Llevaba el morral colgado del hombro, manchado de sangre seca. Rist iba algo rezagado. Calen tenía la sensación de que su pierna le estaba dando muchos más problemas de lo que dejaba entrever.

—Ya casi hemos llegado, Rist.

La respuesta llegó en ráfagas cortas, separadas por fuertes jadeos de esfuerzo.

—No estoy cansado. ¿Y tú? Podría seguir durante días. Apuesto a que Dann está cansado. Dann, ¿estás cansado?

Dann soltó una risita entre dientes.

—Ya no queda mucho, Rist.

En algún momento de las últimas horas, a Calen le habían salido

ampollas en los pies. El dolor punzante le recordaba constantemente que los pies rozaban el interior de las botas. Torció el gesto en una mueca de dolor y siguió caminando.

«Me voy a comprar botas nuevas».

En cuestión de minutos, el bosque empezó a clarear. El suelo recuperó su firmeza y la pesadez del aire se disipó a medida que los árboles iban desapareciendo. Cuando salieron del bosque, la brisa fresca que acarició el rostro de Calen fue casi suficiente para arrancarle una sonrisa. Casi.

Tan pronto como Rist salió del bosque, se derrumbó en el suelo, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—¡Rist!

Presa del pánico, Calen echó a correr hacia Rist, inmóvil en la hierba. Cuando llegó hasta él, estaba tumbado bocarriba, mirando al cielo, con una sonrisa difusa en el rostro.

—Estoy bien —dijo con un suspiro de satisfacción. Cerró los ojos por un momento, inhaló profundamente y sonrió de oreja a oreja—. No estaba seguro de si alguna vez íbamos a salir de ese bosque dejado de la mano de los dioses. Es agradable mirar al cielo y no ver ramas y hojas.

Rist se distrajo un segundo mientras se miraba las manos, cubriéndolas por completo con una mirada intensa. Calen sintió una gran sensación de alivio. Se dejó caer junto a su amigo. Se quedaron allí tumbados un minuto, simplemente mirando el cielo azul sin obstáculos.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó Dann—. Porque parece que alguien se ha dado cuenta de que hemos vuelto.

Calen se incorporó con dificultad y se sentó, mirando hacia los campos y entrecerrando los ojos ante la luz del atardecer que se desvanecía. A unos cientos de varas al noroeste, cinco jinetes galopaban hacia ellos. A medida que se acercaban, Calen pudo distinguirlos. Al frente del grupo iban su padre y Erdhardt, con Lasch, Tharn y Jorvill Ehrnin galopando a su lado.

Cuando llegaron hasta los jóvenes, Vars pasó la pierna por

encima de la silla de montar y se deslizó del caballo con un movimiento fluido. Se abalanzó sobre Calen y lo abrazó con tanta fuerza que este pensó que le iba a romper una costilla.

—Pensé que tal vez… —murmuró Vars en un susurro apenas audible.

Calen estrechó a su padre en un abrazo aún más fuerte, decidiendo que el dolor merecía la pena.

—Estoy bien.

Lasch y Tharn abrazaron a Rist y Dann de manera similar. Después de que todos se hubieran saludado, Erdhardt tomó la palabra.

—Me alegro de veros a vosotros, chicos… hombres, de vuelta sanos y salvos. Temíamos lo peor cuando se puso el sol y no habíais salido de Ölm. El último de los grupos regresó hace horas.

Sus ojos recorrieron uno a uno a Calen, Dann y Rist. A pesar de la escasa luz, Calen sabía que lo estaba observando todo: la ropa rasgada, los cortes, la sangre. Debían de parecer medio muertos.

—¿Qué ha pasado?

Los chicos intercambiaron miradas entre ellos y asintieron.

—La historia puede llevar un rato —dijo Calen, incapaz de ocultar la vacilación en su voz.

—Tómate el tiempo que necesites. Lo importante es la verdad.

Erdhardt cruzó los brazos sobre el pecho, con una mirada sombría en los ojos.

Calen dejó escapar un pequeño suspiro antes de sumergirse en los acontecimientos de los últimos días. A Lasch se le escapó un grito ahogado cuando les contó que Fritz había disparado a Rist en la pierna con la flecha. Omitió lo que le había sucedido al urak más grande. En realidad, no sabía lo que había pasado después, pero Rist había estado actuando de forma extraña desde entonces, a pesar de afirmar que estaba bien. No insistieron en saber cómo había muerto realmente, y ninguno de ellos se dio cuenta cuando Calen pasó rápidamente a otro tema. El grupo escuchó atentamente a Calen, intercambiando algunas miradas entre ellos de vez en

cuando.

Dann intervenía de vez en cuando, sobre todo para explicar sus propias hazañas heroicas, lo que le valió más de una mirada de reprobación por parte del grupo. Rist, en su mayor parte, permaneció en silencio. Sus ojos parecían ligeramente vidriosos, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Cuando Calen terminó, hubo un breve momento de silencio. Solo el chirrido de los grillos acompañaba la pálida luz de la luna mientras el cielo crepuscular daba paso a la noche. Erdhardt habló primero.

—¿Estás seguro, Calen? No se han visto uraks aquí desde hace al menos dos años, desde que…

Dann lo interrumpió encajándole la bolsa en los brazos, con un poco más de fuerza de la que normalmente se consideraría respetuosa. Erdhardt no lo reprendió. Simplemente abrió la bolsa y miró detenidamente su contenido. Su rostro se torció en un ceño resignado. Le pasó la bolsa a Vars, que tuvo una reacción muy similar.

—Muy bien —dijo finalmente Erdhardt, desplegando los brazos y asintiendo como si solo se dirigiera a sí mismo—. Acompañadnos en los caballos y regresemos a la plaza. Los miembros de los Consejos, y todos los demás, estarán ansiosos por oír lo que nos han contado.

Cuando los caballos se acercaban a las tiendas de la plaza del mercado, se formó un grupo de gente a su alrededor, ansiosa por escuchar los rumores sobre los problemas que habían tenido y que les habían hecho llegar tan tarde. Calen distinguió a algunos de los jóvenes que había visto cerca del brasero el primer día. Por la mirada en sus ojos, ya habían empezado a celebrar la conclusión de la Prueba.

A través de la multitud que se estaba formando, Erdhardt condujo al grupo a caballo a la tienda del banquete, donde desmontaron.

Ferrin Kolm montaba guardia en la entrada. La cálida sonrisa de su rostro pecoso se convirtió en una mirada de preocupación cuando vio a Calen y a los demás. Erdhardt lo llamó cuando se acercaron.

—Ferrin, por favor, busca a Iwan Swett, Tarren Netly y Jon Hildom. Pídeles que acudan a una audiencia con el Consejo en la carpa antes de que termine la hora.

—Sí, maese Hammersmith, lo haré ahora mismo.

Ferrin asintió y volvió a mirar con preocupación a Calen y a los otros chicos.

—Gracias, Ferrin. Además, por favor, pídeles que traigan a sus hijos.

Ferrin ladeó la cabeza como preguntándose por qué, pero lo pensó mejor y se limitó a asentir de nuevo antes de dirigirse hacia la multitud.

Satisfecho, Erdhardt se volvió hacia el grupo.

—Venid, muchachos. Vamos a buscaros algo de comida y agua. Vars, ¿podría Freis echarle un vistazo a la pierna de Rist?

Vars asintió. Se detuvo para darle un suave apretón en el brazo a Calen antes de desaparecer en la misma dirección que Ferrin.

—Creo que lo mejor es que vayamos a informar a las familias de que los chicos han regresado sanos y salvos. No queremos que les lleguen primero los rumores —dijo Lasch.

—Sí, tienes razón —dijo Tharn—. Están cerca de las hogueras. Será mejor que vayamos y volvamos cuanto antes.

Con eso, los dos se marcharon, dejando solo a Jorvill y Erdhardt para llevar a los chicos a la tienda del banquete.

Era enorme, de al menos treinta varas de largo y casi igual de ancha. Por dentro parecía aún más grande que por fuera. Enormes soportes de madera sujetaban la lona, blanca como la nieve, y gruesas cuerdas lo unían todo con nudos y lazos. La mayor parte de la carpa estaba ocupada por filas de largas mesas y bancos de madera. Manteles blancos brillantes cubrían las mesas, que contrastaban con los ricos manteles verde esmeralda que marcaban los lugares donde debía sentarse la gente. Por muy duro que hubiera

sido el año, nunca se escatimaban gastos para la Prueba.

Según Jorvill, el banquete se había pospuesto al ver que los chicos no regresaban por la mañana. En ese momento, los únicos ocupantes de la tienda eran los miembros del Consejo de los pueblos, que estaban sentados en una larga mesa elaboradamente decorada en el otro extremo de la enorme tienda. La mesa debía de medir unas seis varas de largo, lo suficiente para que cupieran los Consejos de las siete aldeas. Estaban tan absortos en la conversación que no se dieron cuenta de los nuevos ocupantes de la tienda.

—Chicos, sentaos. Volveremos en un minuto —dijo Erdhardt, haciendo un gesto a Jorvill para que lo siguiera.

Regresaron al cabo de unos minutos, llevando cestas con pan, queso y carne. Tres mujeres los seguían con grandes jarras de hidromiel y cubos de agua. Erdhardt y Jorvill dejaron las cestas sobre la mesa. Dann atrapó al vuelo un panecillo que había rebotado por el impacto.

—Venga, comed. Debéis de estar hambrientos —dijo Erdhardt. Aceptó la jarra de hidromiel que le ofreció una de las mujeres—. Gracias, Meera —dijo con una breve inclinación de cabeza.

Ella le dedicó una sonrisa cortés y le devolvió el gesto, y luego se alejó rápidamente para realizar lo que seguramente serían otros cien quehaceres antes de que comenzara el festín.

Los chicos comieron en silencio, casi atragantándose mientras se metían la comida en la boca como perros hambrientos. Calen notó que le dolía el vientre, pero no pudo evitar seguir comiendo; apenas habían probado bocado durante el viaje de regreso. No se atrevían a detenerse en exceso en ningún sitio por miedo a perder demasiado tiempo, y cuando lo hacían, a menudo estaban tan cansados que solo pensaban en tumbarse.

Vars fue el primero en regresar, con Freis, Ella y Faenir a cuestas. El lupino no se anduvo con ceremonias; esquivó a Erdhardt y saltó hacia Calen con un gran brinco, tirándolo de la silla. Emitió un gruñido cálido mientras acariciaba con el hocico el pecho de Calen.

—Faenir, quítate…

Calen no terminó la frase, sino que rodeó a Faenir con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Ejem.

Calen alzó la vista y vio a su madre mirándolo, no muy contenta. Empujó a Faenir a un lado, para gran disgusto del lupino. Calen se puso de pie y se alisó la camisa con las manos, como si de alguna manera pudiera quitarse las manchas de suciedad y sangre. Freis lo miró de arriba abajo, horrorizada. Lo atrajo hacia sí y lo abrazó con una fuerza abrumadora. Sus costillas volvieron a quejarse, pero Calen no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos y aceptar el reconfortante abrazo.

—Me alegro de que estés bien —dijo Freis.

Se separó del abrazo y le dedicó una sonrisa cariñosa. Su mirada se detuvo un instante, delatando un destello momentáneo de intensa tristeza. Era una tristeza que Calen conocía bien: la conciencia de la pérdida y el miedo a que se repitiera. Freis se volvió hacia Rist para examinar a su nuevo paciente, resoplando.

—He oído que te has metido en todo tipo de problemas en el bosque, déjame echar un vistazo. —Rist protestó mientras Freis se ocupaba de él y lo examinaba de pies a cabeza. De pronto se volvió hacia Calen, con una media sonrisa en los labios—: Vaya, resulta que sí que prestas atención.

Levantó la tira de la camisa con la que Calen le había envuelto la pierna. Estaba ligeramente húmeda y manchada con la cataplasma gris verdosa que había preparado. El joven no pudo evitar sentirse orgulloso.

«Claro que presto atención».

Ella asintió en dirección a su hermano.

—Me alegro de que no hayas muerto —dijo con tono neutro. Calen no pudo evitar soltar una breve carcajada. Ella le dio un rápido abrazo—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también. No sabía que te importaba.

Ella le guiñó un ojo antes de unirse a Freis en la inspección de la

herida de Rist. No pasó mucho tiempo antes de que Tharn y Lasch regresaran, con el resto de sus familias a cuestas. Elia e Ylinda dirigieron sonrisas fugaces a Calen mientras se apresuraban a mimar a sus propios hijos. Ferrin fue el último en entrar en la tienda, y con él llegaron Iwan Swett, Tarren Netly y Jon Hildom. La ira ardió en Calen cuando Fritz, Kurtis y Dennet se colaron tras ellos.

Calen no vio que Dann se levantaba.

—Tienes mucho descaro al entrar aquí después de lo que hiciste. Te derribaré donde estés como des un paso más. Te…

Erdhardt alzó la mano. Hasta Dann sabía que eso significaba que debía callarse.

—No voy a tolerar eso, joven maese Pimm. Los han traído aquí en aras de la justicia. No podemos limitarnos a creer vuestra versión de lo sucedido.

Dann puso cara de incredulidad.

—¿Nuestra versión? Rist tiene una herida de flecha en la pierna. ¿Crees que se la hizo él mismo?

Erdhardt miró a Dann con severidad.

—Siéntate. Ya.

Dann obedeció. Erdhardt era un hombre justo y de buen corazón, pero incluso la lengua viperina de Dann conocía sus límites. Erdhardt se volvió y abrió los brazos al grupo.

—Ahora, si me acompañáis, hay un asunto que debemos discutir. He pedido a los Consejos de las siete aldeas que escuchen este asunto. Confío en que no haya desacuerdo al respecto.

—No, creo que no —respondió Tharn Pimm en voz baja pero clara.

Le siguieron murmullos de acuerdo. Iwan Swett profirió algunos gruñidos ahogados, pero no discutió. Erdhardt echó un último vistazo al grupo, asintió y les indicó a todos que lo siguieran. Se dirigió a la larga mesa situada al fondo de la tienda.

Las conversaciones de los miembros del Consejo se fueron apagando poco a poco a medida que el grupo se acercaba, y se hizo el silencio en cuanto vieron a Calen, Dann y Rist. Este se mantuvo

mientras Erdhardt y Jorvill rodeaban la mesa y tomaban asiento junto a Verna Gritten. Calen no pudo evitar pensar en lo mucho que se parecían ella y Anya. De no ser por las ligeras marcas del paso del tiempo en el contorno de los ojos y la boca, y de alguna que otra cana en el cabello, podrían haber sido hermanas.

Como siempre, fue Erdhardt quien habló primero.

—Ahora que estamos todos aquí reunidos, Calen, ¿puedes repetir a los miembros del Consejo lo que nos contaste antes, cuando te encontramos en el borde del bosque?

Calen tardó unos segundos en darse cuenta de que se esperaba que hablase. De repente, se percató de que todas las miradas alrededor de la mesa estaban fijas en él. Se aclaró la garganta y dio un paso adelante.

«Bueno, allá va».

Una vez más, recitó la historia de su estancia en el bosque de Ölm. La preocupación y la ira se reflejaron en los rostros de los presentes. Kurtis y Dennet mantuvieron la mirada baja todo el tiempo, sin atreverse a levantar los ojos. Calen creyó ver una sonrisa en el rostro de Fritz, pero era difícil saberlo con certeza por el rabillo del ojo.

Algunos miembros del Consejo intercambiaron murmullos ininteligibles, que Calen intentó ignorar. La ira dio paso a la conmoción al mencionar a los uraks. Incluso los miembros del Consejo que hasta ese momento habían mostrado poco interés, ahora prestaban atención con los oídos bien abiertos. Una vez más, omitió cómo había muerto el urak más grande, atribuyendo su muerte a la flecha de Dann, quien alzó una ceja, divertido. Calen estaba sin aliento cuando terminó. El alivio lo invadió al pronunciar las últimas palabras.

Como si él ya no estuviera allí, el grupo estalló en una conmoción, pero nada de ello iba dirigido a Calen.

—¿Uraks, tan cerca de los pueblos?

—No puede ser. Ya habríamos oído algo —dijo un hombre con cara de rata de Talin.

—Algún otro grupo los habría visto. Esto es ridículo.

—¡Guardad silencio! —gritó Erdhardt, y su voz resonó en la tienda, casi vacía, al golpear la mesa de madera con la mano. Los miembros del Consejo que estaban discutiendo se callaron rápidamente. Continuó—: Hay dos cosas que debemos establecer aquí. La primera es la verdad sobre el altercado entre estos dos grupos de jóvenes. La segunda es decidir cuál será nuestro curso de acción con respecto al avistamiento de uraks.

Un hombre delgado con el pelo grisáceo fue el primero en hablar. A juzgar por su ropa, era del pueblo de Pirn. La gruesa tela marrón y crema con la que estaban confeccionados su camisa y sus pantalones era habitual allí.

—¿Cómo podemos estar seguros de la veracidad de este avistamiento? Podría tratarse simplemente de niños inventando historias. No se ha visto ningún urak por estas partes en más de dos años.

Dann frunció el ceño.

—¿Niños?

Erdhardt miró a Dann con dureza. Sus ojos eran como el acero. Dann bajó la cabeza como un perro castigado. Erdhardt echó la silla hacia atrás, se puso en pie y levantó la otra mano. En ella tenía el morral de Dann, manchado de sangre seca. Volcó la bolsa y vació el contenido sobre la mesa, para a continuación sentarse con los brazos cruzados.

El grupo estalló en un frenesí de gritos y rugidos, mezclados con chillidos de sorpresa cuando la cabeza del urak rodó por la mesa. Se detuvo frente a Kara Thain, la decana del pueblo de Erith. Calen recordaba haberla oído hablar antes de la Prueba. Sus ojos eran de un azul hielo penetrante, que contrastaba con su cabello castaño oscuro, ligeramente canoso y recogido en una cola de caballo. Su expresión severa no disminuía su belleza.

Era una de las pocas que no contribuía al caos. Se limitaba a observar. Sus ojos se movían rápidamente entre los miembros del Consejo y la cabeza del urak, sin pestañear. Pero Calen tenía claro

que, tras esos ojos helados, ella estaba sumida en sus pensamientos.

—Bueno…, ¿habéis terminado? —preguntó Erdhardt cuando considero que los gritos se prolongaban demasiado.

—¿Qué significa esto, Erdhardt? —preguntó una mujer ligeramente rellenita, con la piel grasa y el cabello rubio ralo. Tenía el ceño fruncido.

—Se ha cuestionado la sinceridad de estos jóvenes —dijo Erdhardt. No intentó ocultar la mirada que dirigió al hombre delgado de Pirn—. Aquí está la prueba de que había uraks en el bosque de Ölm.

Jorvill fue el siguiente en hablar.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo sabemos cuántos más hay, si es que hay alguno?

—Hay más.

La voz de Kara era suave, pero con un tono firme. Los miembros del Consejo hicieron una pausa para escuchar, como habían hecho cuando habló Erdhardt. Ella intercambió miradas con los otros dos miembros del Consejo de Erith, como si buscara su aprobación antes de continuar.

—Hasta ahora, no estábamos seguros de si los informes eran ciertos. La mayoría procedían de cazadores y tramperos, o de algún que otro vendedor ambulante. Sin embargo, en las últimas semanas, los informes han aumentado en número; y esto los confirma. —Posó los dedos en la cabeza ensangrentada y la alzó—. Esta es la primera prueba sólida que hemos visto.

Los miembros del Consejo intercambiaron murmullos. Kara alzó un poco la voz, lo suficiente para acallar las conversaciones.

—Podría no ser nada. ¿Solo eran dos, Calen?

El joven asintió.

—Bueno —continuó Kara—, sabemos que hay clanes urak que consideran la cresta Lupina su hogar, esto no es ninguna novedad. No hemos visto ninguno desde los ataques de hace unos años, pero eso podría ser simplemente suerte. Siempre supimos que volverían a

atacar, antes o después.

—Pero dijiste que los avistamientos han aumentado —dijo un hombre con un pecho tan ancho como un barril de roble.

Sus brazos eran tan anchos como la cabeza de Calen. Tenía la cabeza completamente calva y llevaba varios aros de latón en las orejas y la nariz, como era habitual entre los marineros de Salme.

—En efecto, Baren. Y es algo ante lo que debemos estar atentos. De momento, en Erith pondremos a la Guardia del pueblo en alerta y tal vez consideraremos la posibilidad de construir una empalizada, algo que debería haberse hecho hace mucho tiempo. A todos los que están aquí y asesoran a los pueblos situados al pie de la cresta Lupina, les recomiendo lo mismo.

Erdhardt cruzó los brazos sobre el pecho y asintió:

—Sí, creo que es una medida acertada.

—Sí —dijeron los ancianos del Consejo de Molinar y Talin.

—Aunque no estamos situados en el borde de la cresta Lupina, los pueblos son uno solo. Nuestra unidad es nuestra fuerza, y si lo necesitáis, el pueblo de Ölm acudirá en vuestra ayuda.

—Al igual que Salme —dijo Baren, el marinero de pecho ancho.

—Y Pirn —añadió una mujer menuda de cabello negro azabache con mechas grises.

—Muchas gracias, amigos. Vuestras palabras me alegran el corazón —dijo Erdhardt—. Ahora que esto está zanjado, nos queda el asunto del altercado entre estos dos grupos de jóvenes.

—Con el debido respeto, Hammersmith, ambos grupos son de tu aldea. Es un asunto que compete a El Claro, no a este Consejo —dijo el hombre delgado de Pirn.

Erdhardt arqueó una ceja divertida.

—¿No es un asunto para este Consejo? Ocurrió en la Prueba, un rito de iniciación para todos los habitantes de los pueblos.

Hubo un murmullo de acuerdo entre el grupo. El hombre delgado de Pirn cruzó los brazos sobre el pecho con un gruñido de irritación, pero no discutió. Erdhardt asintió.

—Muy bien. Kurtis, Fritz, Dennet. Contadnos qué ocurrió.

—Fue un accidente —dijo Fritz, sin esperar a que los otros dos hablaran—. Apuntaba al kato, pero estaba muy oscuro.

Dann apenas pudo reprimir un bufido. Ignorando a Dann, Erdhardt alzó una ceja interrogativa.

—¿Y podéis explicar por qué, en lugar de corregir el error y atender la herida que causasteis, los empujasteis al interior del bosque y robasteis la piel del oso?

—Asustaron al kato. Era nuestra presa. ¡Solo cogimos lo que nos correspondía! Y no podíamos confiar en que no intentaran recuperarla, señor. Hice lo que me pareció más inteligente.

El silencio que siguió a las palabras de Fritz solo fue roto por el sonido de los dedos de Erdhardt tamborileando sobre la mesa.

—Esto es la Prueba —dijo Erdhardt, alzando la mirada—. Su objetivo es lanzar a los jóvenes a los entornos más duros por su cuenta y mostrarles cómo puede ser el mundo, para convertirlos en hombres. Para poner a prueba sus habilidades y su carácter. A veces, el camino honorable no es fácil, y el camino fácil no es honorable. Esta es una lección que hay que aprender, y creo que así ha sido. Desde el punto de vista de este Consejo, no creo que sea necesario tomar ninguna otra medida. Si todos están de acuerdo, creo que el asunto queda zanjado.

Hubo un rápido murmullo antes de que se escuchara un coro de síes por parte de todos los miembros del Consejo. Calen sintió una oleada de ira cuando vio la sonrisa burlona que se extendía por el rostro de Fritz.

—Entonces, está decidido —dijo el hombre de pecho ancho de Salme, mientras se ponía en pie.

—No —dijo Erdhardt—. En opinión de este Consejo, el asunto está zanjado, pero desde el punto de vista de El Claro… —Miró a Jorvill y Verna, que asintieron—. Esto no ha terminado. Esta noche celebraremos que ha concluido la Prueba. —Erdhardt miró a Fritz, Kurtis y Dennet—. Mañana volveremos a tratar este asunto.

Kurtis y Dennet asintieron, levantando la vista del suelo solo por un instante. Fritz, sin embargo, protestó.

—¡No es justo! Tú mismo lo has dicho. Esto es la Prueba…

—Cierra la boca, chico —dijo Tarren Netly, el padre de Fritz, mientras le daba una fuerte colleja—. Tendrás suerte si no te azotan.

Tarren era un hombre alto, de barba canosa y mandíbula severa. No era conocido precisamente por su mano blanda. Calen no pudo evitar sentir lástima por Fritz. Tarren parecía haberse vuelto aún más frío tras la muerte de sus otros dos hijos. Habían caído junto a Haem, haciendo retroceder a los uraks a través del bosque de Ölm hacia la cresta Lupina. En un mundo diferente, eso podría haber unido a Fritz y Calen. En un mundo diferente.

Erdhardt contempló a Tarren y Fritz con expresión severa mientras echaba hacia atrás la silla y se ponía en pie.

—Anunciaré que el banquete comenzará en breve y que se darán a conocer los vencedores de la Caza. A todos los que habéis participado en la Prueba, os damos una hora para que os aseéis y os preparéis para los festejos.

Los dos grupos de jóvenes intercambiaron algunas miradas de desprecio mientras salían de la tienda, pero no dijeron nada. Ninguno era tan tonto como para arriesgarse a provocar la ira de Erdhardt.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Vars al salir al aire fresco de la noche.

—No, no hace falta. Quedaos todos. Empezad la celebración. Yo puedo ir a asearme solo —dijo Calen con una débil sonrisa.

No quería que Freis y Vars se preocuparan por él, y le vendría bien pasar al menos unos minutos a solas. Si había sobrevivido a la Prueba, también sobreviviría al camino de vuelta a casa.

—No tardes mucho —dijo Freis, colocando las manos a ambos lados de la cara de Calen y dándole un beso en la frente—. Te he dejado algo de ropa fuera.

—No tardaré. Volveré en cuanto esté listo, y gracias. —Calen se volvió hacia Dann y Rist—. ¿Nos vemos dentro de una hora?

—¿Crees que voy a perder la oportunidad de conseguir hidromiel gratis? Lo voy a necesitar después de que esos idiotas se hayan

salido con la suya —dijo Dann con el ceño fruncido.

—No se han salido con la suya, Dann —dijo Rist, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Alguna vez has visto a Erdhardt dejar que alguien se salga con la suya? Dijo que lo volvería a revisar mañana. Por esta noche, ¿podemos emborracharnos sin más?

—De acuerdo —dijeron Dann y Calen al unísono.

Calen sintió una sensación de alivio al entrar en su habitación y dejarse caer sobre la cama con un suspiro. Permaneció allí tumbado durante unos minutos, dejando que su dolorido cuerpo se hundiera en el colchón. De haber sido por él, habría permanecido allí tumbado toda la noche. De haber sido por él.

Con un suspiro, se levantó con esfuerzo, se frotó la suciedad y la sangre seca de la piel y comenzó a vestirse con la ropa que su madre le había preparado. Los pantalones eran de un sencillo color marrón claro, sujetos a la cintura con botones de madera oscura. La camisa era de un blanco nacarado, con la abertura delantera hasta la clavícula. Por último, se puso una zamarra cálida antes de salir al aire frío de la noche.

La carpa del banquete era un espectáculo completamente diferente a su regreso. Se había convertido en una cacofonía de sonidos. Todas las mesas estaban abarrotadas de un extremo a otro mientras los camareros se deslizaban entre juerguistas borrachos, esquivando y zambulléndose bajo los brazos que se agitaban, sin derramar ni una gota de hidromiel ni dejar caer ni un bocado de comida. Las alegres conversaciones inducidas por el hidromiel calentaban los oídos de Calen. Si lograba pasar el resto de su vida sin oír los incesantes ruidos de los insectos en el bosque, sería el hombre más feliz del mundo.

La música se mezclaba con un alegre bullicio. Los bardos itinerantes deambulaban entre las mesas con laúdes, arpas y en ocasiones flautas. Su vestimenta era tan extravagante como Calen

esperaba. Casacas profusamente adornadas que resaltaban las blusas y los pantalones de colores vivos, cada uno más extravagante que el anterior. Algunos llevaban sombreros de ala ancha con plumas de todas las formas y tamaños que sobresalían de la parte superior. Otros tenían barbas que les llegaban hasta la cintura, trenzadas y teñidas de varios colores.

—Venga, a llenar el buche —dijo Dann, que parecía haberse materializado junto a Calen—. Ah, y tomemos un poco de hidromiel.

Le dio una palmada en el hombro a Calen y cogió con la otra mano una jarra de la bandeja de la camarera que pasaba por allí. Nada parecía perturbar a Dann. Pasase lo que pasase, siempre volvía a ser él mismo antes de que nadie notara nada.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Dann —dijo Rist, que salía de la parte posterior de la entrada de la tienda, con un cojeo rígido en el andar.

Parecía alguien diferente tras limpiarse la suciedad y el polvo apelmazados de la cara. Calen se echó a reír y asintió en señal de aprobación. Le dolía el cuerpo y el cansancio aún lo tenía firmemente atrapado, pero la escena que tenía ante sí le dio una renovada sensación de vigor.

—Te has arreglado bien.

Anya estaba preciosa. El cabello color carbón le caía por un lado de la cara y contrastaba con el vestido verde, decorado con un estampado floral blanco. El aroma de la madreselva flotaba en el aire a su alrededor.

A Calen se le hizo un nudo en la garganta. Quería responder: «Tú también», pero sus labios no obedecían a su cerebro. No podía evitar enfadarse consigo mismo. Acababa de enfrentarse a un oso y a dos uraks, pero no era capaz de hablar cuando Anya se plantó delante de él.

—Vamos, romántico. Tenemos que ir a nuestra mesa —dijo Dann, pasando el brazo por los hombros de Calen.

Calen quería darle un codazo en las costillas, y lo habría hecho si no hubiera visto a Anya sonrojarse.

—¿Bailas conmigo más tarde?

En cuanto le salieron las palabras, el corazón se le hundió en el vientre. Quería que se abriera la tierra y lo tragara por completo.

—Búscame cuando acabes de comer —dijo Anya.

Los hoyuelos de las mejillas se le marcaron cuando sonrió. Calen sintió ganas de saltar al aire. Su corazón se aceleró cuando Dann lo giró y lo llevó entre la multitud.

—Menudo don de gentes —dijo Dann.

Alcanzaron a Rist y se abrieron paso entre las caóticas celebraciones hasta la mesa donde estaban sentadas sus familias. Al verlos llegar, Vars se levantó y abrazó a Calen con fuerza. Dio un paso atrás y lo agarró por los hombros, sonriéndole.

—Mi chico… Siempre serás mi chico. —Los ojos de Vars brillaron —. Vamos, seguro que estás hambriento.

—¡Y sediento!

Tharn Pimm le tendió una jarra de hidromiel, colocándola casi a la fuerza en la mano de Calen, quien no pudo evitar sonreír de oreja a oreja mientras miraba alrededor de la mesa. Los Havel, los Pimm, su madre y su padre, Ella. Su familia.

Se unió a Dann y Rist en la mesa, y se sirvió con avidez de la amplia variedad de comida que había frente a él. Aunque ya había comido antes, su estómago seguía rugiendo. Las horas pasaron mientras todos comían y bebían, contando historias y anécdotas de tiempos pasados. Era un cambio agradable respecto a las frías noches en el bosque.

Vars estaba absorto en una historia sobre cuando él y Lasch eran jóvenes y robaron un pollo del gallinero del viejo maese Pimm, momento que Dann aprovechó para inclinarse lo suficiente para que solo Calen pudiera oírlo y susurrarle:

—¿No tienes que ir a cierto sitio?

—¿Qué quieres decir? Oh. —Calen sintió un nudo de nervios en las tripas al recordar su conversación con Anya—. Probablemente ni siquiera…

—Levántate ahora mismo y ve a buscar a Anya. —Una sonrisa se

dibujó en el rostro de Dann mientras agarraba la mano de Calen y lo miraba fijamente a los ojos—. Venga, hombre. Es pan comido, vete.

Calen respiró hondo y se armó de valor.

—Claro que sí.

«Claro que no».

Vio a Rist asentir mientras se levantaba, con una sonrisa cómplice en el rostro. Se abrió paso con cautela entre la multitud que llenaba la carpa del banquete. Por dondequiera que mirara, la gente bailaba y cantaba, y en cada rincón de la carpa, los bardos tocaban una canción diferente. ¿Cómo iba a encontrar a Anya en medio de aquella locura?

Se estremeció cuando un escalofrío le recorrió el brazo derecho.

—Joder —dijo, sintiendo una mancha húmeda en la manga de su camisa—. Se supone que tienes que echártelo al gaznate.

—¿Me buscabas?

El dulce aroma de la madreselva llegó a Calen justo antes de oír las palabras. Anya estaba frente a él, las manos agarradas a las esquinas de su vestido verde de flores. A Calen se le hizo un nudo en la garganta al verla.

«Maldita sea. Di algo».

—Eh…, sí.

«Di algo mejor».

—Espero que hayas venido a por ese baile. —Anya alzó una ceja mientras le dedicaba a Calen una sonrisa descarada. Sus pecas siempre resaltaban cuando sonreía así—. Hay una barda por allí —dijo, señalando con la cabeza hacia el otro lado de la tienda—. Al parecer, su música es preciosa, si te apetece…

—¡Vamos! —dijo Calen, aprovechando la oportunidad antes de que ella cambiara de opinión—. Tú primero.

No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro, ni que un escalofrío recorriera su cuerpo cuando Anya lo tomó de la mano. Por alguna razón, abrirse paso entre la multitud de nuevo no lo irritó como lo había hecho antes. No hablaron mientras se dirigían al otro lado de la tienda. Pero eso le venía muy bien, ya que no tenía ni

idea de qué decir.

Cuanto más se acercaban al lugar que Anya había señalado, más se dispersaba la multitud; el suave y melódico sonido de una mujer cantando llegó a los oídos de Calen. No podía distinguir las palabras, pero la voz era hipnótica. Un aplauso entusiasta estalló justo cuando llegaron al borde de la multitud que rodeaba a la barda.

—Es preciosa —susurró Anya.

La mujer estaba sentada al borde de una larga mesa con un laúd en la mano, un pie apoyado en el travesaño de una silla y el otro en el suelo. Su piel era de un color marrón oscuro, como los pétalos de las flores de Dalya que Calen había visto en la ventana de la casa de Anya. Su cabello corto era como el azabache, y dos hoyuelos adornaban los bordes de su sonrisa. Llevaba unas robustas botas de montar de cuero y un vestido largo de color púrpura ceñido a la cintura por un fino cinturón también de cuero. A Calen le pareció una combinación extraña. Anya tenía razón: era hermosa.

Pero Calen sabía que era mejor no decirlo en voz alta. Su padre se lo había advertido una vez, cuando estaban bebiendo en El Dragón Dorado.

«Una mujer puede decirle a otra mujer que es hermosa, pero nunca debes estar de acuerdo».

—Gracias —dijo la barda con una reverencia—. Para aquellos que acaban de llegar, mi nombre es Belina Louna. Soy originaria de las tierras occidentales de Narvona y tengo el privilegio de pasar por vuestro pueblo esta noche. Ahora bien, ¿os gustaría escuchar una canción de amor tradicional de Narvona? —La sugerencia fue recibida con un coro de vítores. Pero Calen creyó ver que la mujer les sonreía a él y a Anya mientras hablaba—. Muy bien, esta se llama *En las noches de verano*.

La melodía que salía del laúd de la mujer era lenta y dulce. Calen aún podía oír el estruendo de la música más fuerte y animada que provenía de otros lugares dentro de la carpa del banquete, pero se desvaneció en su mente cuando ella comenzó a cantar.

En las noches de verano
la luna pinta el cielo;
en las noches de verano
tu tacto es mi deseo;
en las noches de verano
brilla claro el firmamento;
en las noches de verano
tu amor es mi tormento…

El roce de la mano de Anya rompió la concentración de Calen.

—¿Bailas conmigo?

Como por arte de magia, el corazón de Calen se le puso a latir con fuerza contra el pecho y le pareció que tenía la frente cubierta de sudor. Asintió, incapaz de hablar. Hizo todo lo posible por sonreír mientras tomaba la mano de Anya y se dirigía al espacio abierto frente a la barda.

«¿Cómo se baila?».

Anya extendió las manos y tomó las de Calen entre las suyas. La luz de las velas titilaba sobre sus mejillas pecosas. Antes de que se diera cuenta, ya estaban moviéndose. Calen seguía a Anya; había bailado antes, pero nunca con una mujer, no así. No era tan difícil como pensaba. Solo tenía que seguir sus pasos. ¿Cómo sabía ella bailar tan bien?

Calen se sonrojó cuando se dio cuenta de que había estado siguiendo los pasos de Anya tan de cerca que apenas la había mirado a la cara. Ella le sonrió y apoyó la cabeza en su pecho, lo que solo hizo que su corazón latiera más rápido, aunque de un modo agradable, reconfortante. Se obligó a relajarse. Se balanceaban hacia delante y hacia atrás, con los pies moviéndose al ritmo de la música.

En las noches de verano
me aferro a tu recuerdo;
en las noches de verano

bajo el roble te espero;
en las noches de verano
tu presencia anhelo;
en los noches de verano
estamos juntos de nuevo.

El público aplaudió y vitoreó cuando el laúd terminó de tocar. A regañadientes, Calen levantó la cabeza y vio que otras cinco parejas se habían unido a ellos para bailar. Sintió que Anya levantaba la cabeza de su pecho.

«No, por favor, quédate ahí».

Sus ojos verdes brillaban mientras lo miraba.

—Ha sido… precioso.

—Sí, sí que lo ha sido.

Todos los demás sonidos se rindieron ante los latidos metódicos del corazón de Calen mientras sostenía la mirada de Anya. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido.

—¡Al fin te encuentro! —Calen casi pegó un salto del susto cuando Dann le dio una palmada en la espalda—. Tu padre me pidió que viniera a buscarte. Están a punto de anunciar a los ganadores de la Caza y… mierda.

Murmuró la última parte y articuló un «lo siento» con los labios a Calen cuando sus ojos se posaron en Anya. Calen soltó un profundo suspiro. Dann siempre tenía el peor sentido de la oportunidad. Volvió a mirar a Anya.

—Lo siento, tengo que…

—No pasa nada —dijo ella. La sonrisa en su rostro le hizo saber a Calen que lo decía en serio—. Te veré después de que hagan los anuncios. ¡Ve, ve!

Calen dejó caer la cabeza hacia atrás sobre los hombros mientras él y Dann se alejaban de Anya.

—¿No podías haber esperado solo un minuto?

—Pues sí, probablemente podría haberlo hecho.

Un fuerte ruido metálico resonó en la tienda cuando se sentaron

de nuevo con sus familias. Erdhardt se puso de pie junto a su mesa y golpeó una cuchara contra una jarra de acero. El sonido resonó en la tienda con un volumen sorprendente.

—Con gran orgullo contemplamos estas mesas esta noche. Nuestros niños se han convertido en hombres jóvenes. —Hizo una pausa de un segundo mientras sus ojos recorrían la tienda—. Todos los que entraron en Ölm han regresado con nosotros, algunos con más cicatrices que cuando entraron. —Su voz adquirió un tono sombrío—. Pero han regresado. No siempre es así.

Alzó la jarra.

—Os pido que os unáis todos a mí en un brindis. Por los jóvenes que han regresado con nosotros y por aquellos que no lo lograron. Por los jóvenes que han pasado por la Prueba y por las jóvenes que no tienen nada que demostrar.

Un estruendoso aplauso estalló en toda la tienda. Calen notó una mirada de satisfacción en el rostro de Ella mientras levantaba su copa en señal de celebración.

Erdhardt alzó la jarra un poco más alto y Calen se unió al resto de la multitud siguiendo su ejemplo. Erdhardt repitió las bendiciones de los dioses, como había hecho antes de entrar en Ölm.

—Que la Madre os acoja y el Padre os proteja. Que el Guerrero guíe vuestra mano y la Doncella vuestra mente. Que el Herrero mantenga vuestra espada afilada y el Marinero os lleve a costas seguras.

Las palabras resonaron en la tienda.

—Y ahora es el momento de anunciar a los vencedores de la Caza. Aquellos jóvenes que fueron más allá, aquellos que miraron al miedo a los ojos y no parpadearon. Este año, la Prueba nos ha deparado muchas sorpresas y muchas pruebas. Nos habéis traído pieles de katos más grandes de las que nunca había visto, y abundantes lupinos y jabalíes. Realmente ha sido un año sin igual. Mas este año nos ha traído algo que no se había visto antes. Algo que ha unido a todos los Consejos en una votación unánime.

Todos los miembros de los Consejos alzaron las jarras en señal

de acuerdo. La tensión en el aire era palpable mientras los asistentes esperaban con expectación.

—Un grupo de jóvenes atravesó el bosque de Ölm hasta llegar al pie de la cresta Lupina. Han demostrado ser muy maduros para su edad, y me enorgullece decir que son originarios de aquí mismo, de El Claro. —Los vítores y gritos estallaron en las mesas donde se sentaban los aldeanos de El Claro—. Regresaron a nosotros desde las profundidades del bosque de Ölm hace solo unas horas. Trajeron consigo algo que ningún miembro de este Consejo esperaba ver: la cabeza de un urak.

La conmoción y la incredulidad se extendieron entre la multitud como una ola.

—Tranquilos, tranquilos. Los Consejos han hablado largo y tendido sobre la posible amenaza de los uraks y tenemos un plan de acción. Por ahora, uníos a nosotros una vez más para levantar vuestras copas en un brindis por estos tres jóvenes. Calen Bryer, Dann Pimm y Rist Havel, vencedores de la Caza.

CAPÍTULO 9
UN JUEGO DE AZAR

Tras el anuncio de Calen, Rist y Dann como vencedores de la Caza, la tienda estalló en gritos y vítores, y el hidromiel corrió libremente hasta altas horas de la madrugada. A la mañana siguiente, la cabeza de Calen aún no se había recuperado de la confusión provocada por el alcohol.

Dos días más tarde, buena parte de los cuales eran poco más que un borrón, se encaminaba a la herrería de su padre, donde había quedado con Dann y Rist. Torció el gesto cuando el sol matutino se coló entre las densas nubes que cubrían el cielo y lo pilló por sorpresa. Había que realizar una entrega de armaduras y armas en el puerto de Molinar, y Vars le había pedido que se ocupase de ello. Era una oportunidad perfecta para visitar sus mercados y gastar un poco del dinero del premio.

Cuando llegó a la herrería no había el menor rastro de Dann ni de Rist, pero desde el interior le llegó el sonido metálico del martillo sobre el acero. Al entrar y abandonar el aire fresco de la helada mañana el calor lo golpeó como si se hubiese topado con una pared. Había pasado innumerables horas en la herrería, la piel sudorosa en el aire sofocante mientras golpeaba metódicamente el acero plegado con el martillo. Ni tenía el talento de su padre ni había sentido nunca el mismo amor que este por el oficio, pero había disfrutado del

tiempo que pasaban juntos. Desde la muerte de Haem, se encontraba allí cada vez más a menudo.

Saludó con la cabeza a Kurtis, que estaba en una esquina, el sudor corriéndole por la frente mientras accionaba el fuelle. Tenía una expresión sombría en el rostro, pero le devolvió el saludo. Había aceptado su castigo mucho mejor que los otros dos. La noche después de la Prueba el Consejo había llamado a Kurtis, Fritz y Dennet. Se decidió que cada uno de ellos pasaría un ciclo lunar trabajando para Vars, Lasch y Tharn como castigo por robar la piel de oso y empujar a los chicos al interior del bosque. Hubo protestas, pero la palabra de Erdhardt era ley.

Vars estaba de pie junto al yunque, el martillo en la mano. Tenía el pecho desnudo, salvo por el grueso delantal de cuero negro que llevaba mientras trabajaba. Sus antebrazos palpitaban por el esfuerzo de lo que acababa de terminar, y el sudor goteaba de cada pedazo de piel expuesta. Cuando vio a Calen entrar en la forja, se sacudió el polvo invisible del delantal y dejó el martillo sobre la mesa que tenía al lado.

—Quédate ahí, dos segundos —dijo, sin darle a Calen la oportunidad de hablar. Desapareció en la parte trasera de la herrería y volvió poco después más tarde con un grueso paquete de tela en las manos—. Pensé que ya era hora de que tuvieras una que pudieras llamar realmente tuya.

Calen extendió los brazos y tomó el paquete con cuidado, la mirada oscilando entre él y el rostro expectante de su padre. Era sorprendentemente pesado.

—Venga, desenvuélvelo —dijo Vars, con un toque de impaciencia, frotándose las manos.

Calen se sintió un poco incómodo mientras sostenía el pesado paquete de tela. Su padre nunca había sido de los que parecían nerviosos. Desenrolló la tela como si lo que hubiera dentro pudiera saltar y golpearlo. Un destello de acero brilló desde el interior del paquete. Dejó que la tela que lo envolvía cayera alrededor de su mano, revelando una espada de acero reluciente.

La hoja era suave, afilada solo por un lado y ligeramente curvada, diferente al estilo típico de las espadas que Calen estaba acostumbrado a ver en Illyanara. Parecía hecha para cortar las nubes. El acero pulido brillaba con reflejos naranjas y rojos mientras la luz de la forja parpadeaba sobre su superficie inmaculada.

La guarda era sencilla. Comenzaba como una barra de plata colocada perpendicularmente a la hoja, y su centro se clavaba hacia arriba en la hoja y hacia abajo en la empuñadura, como las puntas de una estrella. La empuñadura estaba envuelta en cuero verde en un oscuro tono esmeralda; magistralmente engastada, se veían ornamentados remolinos y espirales grabados en la superficie. El pomo parecía una gruesa moneda de plata colocada en la base de la empuñadura. Calen podría haber pasado horas mirándola sin más.

—Me la dieron hace mucho tiempo —dijo Vars mientras contemplaba la espada—. Y ha llegado el momento de que te la entregue a ti. Es una espada élfica, mejor que nada que yo pudiera fabricar. La curva de la hoja permite golpes más suaves y limpios. No es tan buena para perforar armaduras, pero si eres lo bastante rápido eso no importa.

Asintió con la mirada perdida en la espada.

—Papá…, eh… —Calen seguía aturdido.

—No hace falta que digas nada. No puedo darte mucho, pero puedo darte esto al menos —dijo Vars con una media sonrisa—. Da un tajo, siéntela.

Calen dio un paso atrás y dejó caer el paquete de tela al suelo. Agarró la espada con fuerza con ambas manos. El cuero se sentía suave contra la piel.

—Es de mano y media —dijo Vars.

Su cabeza siguió el vuelo de la hoja mientras Calen la blandía con una mano, ensayando algunas de las suertes que Vars le había enseñado. Parecía hecha para sus manos. Era casi ingrávida y estaba perfectamente equilibrada.

Cuando volvió a mirar a Vars, este sostenía una vaina de cuero marrón con correas de cuero verde, similar al que envolvía el mango

de la espada.

—No tiene sentido tener la espada y no poder llevarla. Es un regalo de Tharn.

Calen no habría podido borrar la sonrisa de su rostro aunque hubiese querido. Tomó la funda, la fijó a su nuevo cinturón, que también había sido un regalo de Tharn, y envainó la espada.

—Muchas gracias.

Calen se acercó a Vars y lo abrazó unos segundos.

—No hace falta que me des las gracias, Calen. Me has hecho sentir más orgulloso de lo que creía posible. El hombre en el que te has convertido es agradecimiento suficiente.

Calen mantuvo la mano izquierda sobre la empuñadura de su nueva espada, sin querer romper el contacto con ella.

—Ven, el carro ya está cargado. Echemos un último vistazo antes de que te marches.

Rist y Dann los esperaban cuando salieron de la herrería a la fresca mañana; su aliento se condensaba en el aire.

—¿Listos para partir? —preguntó Rist, ajustándose la zamarra.

—Casi —respondió Calen—. Demos primero la vuelta y comprobemos la carga antes de partir.

Al doblar la esquina de la herrería, Calen se dirigió directamente al caballo de Vars, Errante. Las riendas ya estaban preparadas y estaba listo para partir.

—¿Preparado para un viajecito, chico? —preguntó al tiempo que acariciaba con la mano el costado de la cara de Errante, que había sido el caballo de su padre desde que él tenía uso de razón y era tan parte de la familia como Faenir.

—Todo parece correcto —gritó Vars desde la parte trasera del carro—. Darda os estará esperando en el puerto. —Vars se dirigió a la parte delantera mientras se limpiaba las manos con un pequeño paño que luego se guardó en el bolsillo delantero del delantal—. Cuenta con que lleguéis alrededor del mediodía. Meted el carro por la parte de atrás y os ayudará a descargar la mercancía. Entregad el pedido y luego disfrutad de una buena noche, chicos. Pero volved al

amanecer, ¿entendido?

—Sin problema. —Calen se llevó las manos a la boca y sopló aire caliente entre ellas, luego las frotó para calentarlas—. Y gracias de nuevo por el regalo.

Vars abrazó a Calen.

—Que tengáis un buen viaje, nos vemos cuando volváis.

Realizaron algunas comprobaciones finales y se aseguraron de que el carro estuviera en buen estado. Luego, con un firme apretón, Calen probó que todas las cuerdas estuvieran bien sujetas. Una vez listos, fueron subiendo uno por uno a la parte delantera del carro.

—Oye, ¿qué es eso? —preguntó Dann.

Levantó la parte inferior de la zamarra de Calen para revelar la espada que le había regalado su padre, asegurada dentro de la vaina de cuero esmeralda. Calen apartó la mano de Dann y volvió a cubrir la espada.

—Es un regalo de mi padre —dijo secamente.

—Oye, no hace falta que seas grosero. Es que es preciosa. Tendrás que enseñármela bien cuando nos instalemos por la noche.

Calen asintió y esbozó una sonrisa conciliadora que podría haberse interpretado como un ceño fruncido. No sabía muy bien por qué le incomodaba mostrar la espada a Dann y Rist. Pero así era. Ninguno de ellos tenía mucho dinero y la espada valía una buena suma, aunque fuese solo por el trabajo del herrero. Las cosas con tanto valor siempre incomodaban a Calen.

Agarró las riendas con firmeza con ambas manos. Se despidió de Vars con un gesto y partieron siguiendo la carretera del norte en dirección a Molinar.

El viaje era bastante corto y en su mayor parte cuesta abajo, solo unas pocas horas en carro tirado por caballos, así que llegaron justo antes del mediodía, tal y como había dicho Vars. El frío matutino se fue disipando del aire a medida que la luz del sol se abría paso entre

el manto de nubes que cubría el cielo.

Molinar era el más grande de todos los pueblos, hasta el extremo de que casi era una ciudad. Doblaba en tamaño a El Claro, en buena medida gracias al pequeño pero bullicioso puerto que actuaba como principal centro marítimo de abastecimiento a Gisa. Todos los envíos de Vars al norte pasaban por Molinar, seguían hacia Gisa y luego subían por la costa hasta Loria. Calen supuso que así era para la mayoría de los artesanos de los pueblos.

A pesar de su tamaño, los edificios eran muy similares a los de El Claro, gruesos y amplios, construidos con árboles de la linde del bosque de Ölm. A medida que se acercaban al centro, los saltos del carro le hicieron saber a Calen que el habitual camino de tierra había dado paso a un pavimento de piedra.

—Vaya, esto es nuevo —dijo Rist.

Su voz se entrecortaba debido a las vibraciones que le hacían rebotar arriba y abajo sobre el tosco tablón de madera que hacía las veces de asiento.

Conducir el carro por la calle principal resultó más difícil de lo que Calen recordaba. Había olvidado lo frenético que era todo durante los grandes periodos comerciales. El comienzo del verano era uno de esos momentos, con la llegada de la temporada de albaricoques, arándanos y una gran variedad de otras frutas cultivadas en las regiones meridionales de Eferia. Los puertos de Molinar y Salme siempre se llenaban de barcos mercantes en esa época, y las calles se poblaban de comerciantes ansiosos por vender sus cosechas frescas.

Apretó las riendas de Errante. El caballo era viejo y fiable, pero se asustaba con facilidad. Tuvo que desviarse para evitar a una mujer que se había metido en medio de la calle para gritarle a un vendedor ambulante. Era solo cuestión de tiempo que atropellara a algún pobre niño que deambulaba por allí o a un perro pequeño.

Incluso fuera de temporada la ciudad parecía un gran mercado. A ambos lados de la calzada había puestos, comerciantes ambulantes y vendedores. El bullicio y la emoción parecían continuos. Salvo por

el olor a pescado que emanaba del puerto, a Calen casi le parecía un buen lugar para vivir.

—Creo que el edificio de Darda está justo aquí arriba —dijo Rist.

Los adoquines bajo el carro dieron paso a las tablas de madera del muelle. Rist señaló una tienda a la derecha de la carretera. Sobre la puerta colgaba un pesado letrero de madera con un gran león negro sobre las palabras «Envíos Darda Vastion».

—¿Y qué te hace pensar eso, Rist?

El sarcasmo resonó contundente en las palabras de Dann mientras sonreía para sus adentros. Sin hacerle caso, Calen asintió y empujó el carro por la calle lateral más cercana, evitando por poco atropellar a un niño pequeño que parecía carecer por completo de instinto de supervivencia. Después de que Dann le gritara unas cuantas palabras al desventurado niño, Calen detuvo el carro tras la tienda. Darda Vastion era un hombre brusco, no descortés, pero demasiado ocupado para perder el tiempo. Diez minutos después de que abriese la puerta ya habían descargado el carro y comprobado dos veces que no habían olvidado nada.

—Muchas gracias, joven maese Bryer. Dale las gracias a tu padre de mi parte. Su entrega es tan buena como siempre —dijo Darda mientras le estrechaba la mano a Calen.

—Se lo diré de tu parte —respondió Calen con una sonrisa.

—Ah, joven maese Bryer, enhorabuena por la Caza. A vosotros también —añadió Darda con una ligera reverencia hacia Dann y Rist, sentados en el carro.

Antes de que ninguno pudiera responder, ya había vuelto a entrar en la tienda y cerrado la puerta. El cerrojo encajó en su sitio antes de que Calen pudiera articular un «gracias».

—Qué tipo más extraño —dijo Dann, con la mirada fija en la puerta trasera de la tienda de Darda.

—Y tanto que sí —asintió Rist.

Calen saltó a la parte delantera del carro y empujó a Dann a un lado, a pesar de sus protestas. Agarró las riendas y puso a Errante en marcha a paso lento.

—¿Buscáis habitación, jóvenes? —preguntó un hombre rubio con un largo abrigo azul al verlos entrar con el carro en el patio del establo de Las Dos Barcazas. Tenía unos treinta y cinco años, la cara salpicada de pecas y una arruga en la comisura de los labios que se marcaba cuando sonreía.

—Sí —respondió Calen.

El grupo desmontó para saludar y luego recuperó sus bolsas de la parte trasera del carro.

—Me alegro de oírlo. Barret, encárgate de que el caballo coma y beba y de que el carro quede bien sujeto —le ordenó el rubio a un joven de no más de catorce años. El chico asintió y se puso manos a la obra, guiando a Errante hacia los establos—. Encantado. Me llamo Gawain y soy el caballerizo. ¿Os acompaño dentro para que conozcáis a la señora de la casa? Ella se encargará de que os preparen las habitaciones.

Calen asintió y estrechó la mano de Gawain con firmeza. No pudo evitar el pensamiento de que era demasiado formal para su posición. Estaba muy erguido y alzaba ligeramente la nariz; el largo abrigo azul que llevaba estaba impecable, sin una sola arruga, al igual que la camisa, bien metida por dentro de los sencillos pantalones marrones.

Los condujo a través de un corto pasillo de entrada que los llevó a la sala común, donde los recibió una mujer madura que apenas les llegaba a la altura del pecho.

—Buenas tardes —saludó con voz alegre.

Esbozaba una sonrisa de bienvenida en su rostro juvenil. Llevaba un vestido largo azul con volantes blancos en el bajo y un delantal blanco sobre el pecho. Su larga trenza era de un castaño oscuro y estaba atada en el extremo con un lazo blanco. Era bastante guapa y parecía mucho más joven de lo que Calen había esperado, ni siquiera contaba treinta veranos.

—Soy Elena, dueña de la posada Las Dos Barcazas. Encantada de conoceros. Veo que ya habéis hablado con Gawain. Tenemos una bonita habitación disponible arriba con tres camas, si os viene bien.

—Sí, sería perfecto —dijo Rist.

Elena asintió, siempre sonriente.

—Por favor, seguidme, os mostraré la habitación. Son cinco monedas de cobre por noche cada uno, si os parece bien —dijo, volviendo el rostro a medias mientras los guiaba a través del salón y alrededor de la base de las escaleras.

Con un rápido movimiento de cabeza, le indicó a Gawain que ya no era necesaria su presencia, y este regresó sin decir palabra por el pasillo de la entrada.

—Perfecto. Solo nos quedaremos una noche —dijo Calen.

Mientras echaba un vistazo a la habitación se dijo que la posada parecía estar bien cuidada. La sala común era grande, con grandes mesas redondas que ocupaban la mayor parte del espacio. La larga barra de roble estaba situada frente a la pared a la izquierda de la puerta por la que Calen acababa de entrar. Se veía limpia; el aire estaba impregnado del aroma de la comida recién hecha: estofado de ternera, si su olfato no le engañaba.

Al ser tan temprano, no había muchos parroquianos. Un grupo de cuatro individuos de aspecto rudo se sentaba en una mesa al otro lado de la sala; parecían discutir de algunos problemas en el mar. Algo que tenía que ver con el Imperio. Calen se inclinó sin querer para oír mejor la conversación, pero Elena los llevó escaleras arriba antes de que le llegase nada interesante. Los llevó por un pasillo largo y ordenado y se detuvo en la penúltima habitación, cuya puerta abrió antes de dar un paso al interior e indicar con un gesto a Calen, Dann y Rist que la siguieran.

—Vamos, no seáis tímidos. Aquí hay tres camas que creo que os vendrán muy bien. El baño está al final del pasillo, la última puerta a la derecha.

La habitación era sencilla y acogedora, aunque un poco pequeña. Había una ventana en la pared del fondo, donde se veían tres camas individuales alineadas una al lado de la otra, con espacio suficiente entre ellas para que cupiera una persona de pie. En la esquina derecha, más cercana a la puerta, había una pequeña silla y un

escritorio. Solo había espacio suficiente para que alguien se recostara en la silla sin golpear el extremo de la cama más cercana. Aun así, era perfecto.

Calen dejó caer la bolsa sobre la cama del extremo izquierdo, mientras que Dann saltaba sobre la contigua, rebotando arriba y abajo.

—¿Vais a comer pronto? —preguntó Elena, con la mano apoyada en el marco de la puerta.

—No, gracias, maesa Elena —respondió Calen—. Creo que iremos a dar una vuelta por los mercados. Aunque mi padre me ha dicho que aquí se come muy bien. Volveremos al anochecer.

Los ojos de Elena se iluminaron y sus cejas se arquearon con interés.

—Oh, ¿quién es tu padre?

—Vars Bryer, maesa. Es el herrero de El Claro —respondió Calen mientras buscaba los guantes de lana en la bolsa.

—Oh, sí, lo conozco. Es un buen hombre. —Elena hizo una pausa y esbozó una sonrisa—. Tu madre es una mujer afortunada —dijo alegremente, y luego se marchó.

—Bueno, es una bola de energía, ¿no? —dijo Dann, sentándose por fin en el colchón.

—Yo creo que es encantadora —dijo Rist, ajustándose la zamarra e hinchando las mejillas—. Aunque no le vendría mal encender la chimenea.

Calen se echó a reír para sus adentros mientras buscaba el monedero. Un ligero tintineo reveló su ubicación. No creía haber visto tantas monedas en su vida; aún no se sentía cómodo llevándolas consigo. Se las había ofrecido a sus padres la mañana después del banquete, pero estos reaccionaron casi ofendidos. Vars se había dado la vuelta y había salido de la habitación.

—Muy bien, ¿vamos al mercado? Podemos dar un paseo y nos reunimos aquí antes del atardecer.

El sol empezaba a ponerse sobre los muelles mientras Calen guardaba un pañuelo de seda de intrincado tejido en el bolsillo de la zamarra con extremo cuidado de no arrugarlo ni mancharlo. Era de un hermoso color rojo otoñal, con enredaderas doradas y crema entretejidas en forma de hojas mecidas por el viento. A su madre le iba a encantar.

Le dio las gracias al comerciante y se dirigió hacia Las Dos Barcazas. Se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos del resplandor crepuscular que se filtraba por encima de los tejados.

La animación de la ciudad no disminuyó con la puesta de sol. Al contrario, pasó sin transición de ser un bullicioso centro comercial a convertirse en un centro de vida nocturna y juerga. En los muelles, los marineros se reunían en hoyos cavados en la arena, apiñados alrededor de braseros. Vaciaban barriles de cerveza en las jarras mientras intercambiaban historias de aventuras a voz en grito.

—Hundieron el barco, te lo juro —decía uno de los marineros en voz baja, que bien podría haber sido un grito—. Dremin dijo que tenían un mago a bordo. Lo destrozó con magia, eso dice. Pero los que perseguían se escaparon. ¡Por eso están aquí!

Los demás marineros se inclinaron hacia él, con los ojos muy abiertos, mientras bebían la historia. Calen no pudo evitar aguzar el oído al pasar por junto a ellos. Los marineros eran conocidos por sus historias descabelladas. Suponía que no había mucho más que hacer en el mar, pero la mención de la palabra «magia» siempre le llamaba la atención.

Una voz autoritaria resonó en los muelles:

—Aseguraos de que el barco esté bien amarrado antes de empezar la patrulla. No hemos venido a las tierras del sur para quedarnos varados aquí. Id y presentadme un informe antes de partir.

Provenía de un hombre de media melena negra y barba bien recortada. Llevaba una coraza de acero gastada por la batalla que le cubría todo el ancho con el blasón de un león negro rampante. La larga cota de malla le llegaba hasta las rodillas y, ondeando al

viento, una capa rojo oscuro con capucha le cubría los hombros. Se dirigía a una veintena de hombres que vestían de forma muy similar, salvo por el hecho de que no llevaban capa. Había otra persona de pie tras el comandante, con capa negra y ondeante, que miraba fijamente a lo lejos.

Se encontraban en la cubierta de un buque de guerra grande y amplio que parecía haber llegado recientemente al muelle. Tres mástiles sobresalían de la cubierta y se elevaban hacia el cielo, cada uno con velas de color blanco cremoso. El mismo león negro rampante que adornaba la coraza del comandante aparecía estampado en la vela central, la más grande.

«El León Negro de Loria. ¿Qué pintan soldados imperiales en Molinar?».

Calen aminoró el paso. La tenue luz de la luna lo obligó a entrecerrar los ojos para intentar ver mejor al grupo de soldados.

Ciertas leyendas antiguas decían que los inquisidores imperiales se colaban en las casas de noche y robaban a los niños que se portaban mal. Su madre solía asustarlo con ellas. Pero rara vez se veían en los pueblos soldados lorios. No había ninguna necesidad de que se aventuraran tan lejos. Cuando venían al sur, solía ser para hacer una demostración de fuerza ante los grandes señores o para acompañar a los emisarios imperiales.

Recorrer de norte a sur el continente, o viceversa, era difícil desde la caída de la Orden. Estaba dividido en dos por las Tierras Calcinadas y Lobregal. Los que sobrevivían a los vastos páramos del centro de Eferia se enfrentaban entonces al viaje a través del bosque maldito. Calen había oído más de una historia de aventureros de destino aciago que habían intentado el periplo. Nadie que se aventurara en Lobregal salía jamás al otro lado.

Esto haría que el viaje en barco fuera la única opción viable para aquellos que deseaban ir del norte al sur del continente. De ahí que el Imperio lorio se contentase con dejar que los señores del sur de Eferia se pelearan entre ellos, ejerciendo una supervisión mínima, e interviniese únicamente cuando las cosas no salían como el Imperio

deseaba.

Calen interrumpió sus pensamientos cuando se dio cuenta de que el individuo de la capa negra estaba de pie junto a la barandilla del barco y miraba fijamente al otro lado del muelle, directamente a él. Era una mirada fría e imperturbable.

Calen apartó la vista lo más rápido que pudo; estuvo a punto de tropezar con una caja de madera mientras se dirigía a toda prisa hacia la calle lateral más cercana conectada con los muelles. El corazón le latía con fuerza y se maldijo por ser tan estúpido. Los soldados del Imperio no eran conocidos por su paciencia o su buena voluntad, y no sentía el menor deseo de poner eso a prueba. Lo que hicieran allí no era asunto suyo.

Aceleró el paso tanto como pudo sin llamar la atención. Se abrió paso entre las calles, dando tantos giros como pudo sin perder el rumbo, hasta que finalmente se encontró frente a la puerta principal de Las Dos Barcazas. El pulso le volvió poco a poco a la normalidad mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la zamarra. No se había dado cuenta hasta ahora de lo asustado que estaba. Se echó a reír de sí mismo a carcajadas.

«Mira que soy tonto. Seguro que no me miraba».

Pero el corazón seguía latiéndole un poco más fuerte de lo habitual cuando empujó la puerta.

Farda lanzó la moneda al aire sin apartar la mirada del otro lado del muelle, donde había visto a aquel chico merodeando.

Oyó el silbido metálico que producía la moneda al girar. No le preocupaba su trayectoria. La había lanzado tantas veces que sabía dónde caería. Lo que le interesaba era ver cómo. Con la mirada aún fija en el callejón, extendió el brazo hacia un lado y atrapó la moneda en el aire. Finalmente, apartó la mirada del muelle, abrió la palma de la mano y comprobó el resultado.

«Coronas».

—Es tu día de suerte, chaval —se susurró—. Normalmente no tolero a la gente que fisgonea, pero los dioses han hablado.

Se oyeron pasos pesados que se acercaban. El familiar crujido de la cubierta de madera le recordó cuánto tiempo había pasado encerrado en aquel maldito barco. No se volvió para mirar a los soldados que se acercaban.

—Señor, se ha revisado el barco y está bien amarrado. El inquisidor Rendall ha insistido en que comencemos el registro. Esas ratas del sur no pueden haber llegado muy lejos.

Se oyó un tintineo metálico cuando la moneda volvió a volar por los aires. Farda volvió a extender la mano y abrió la palma.

«Leones».

La capa negra de Farda se hinchó con la brisa mientras reflexionaba. Volvió a guardar la moneda en el bolsillo.

—Bien. Os acompaño.

CAPÍTULO 10
EN LA ENCRUCIJADA

Una ráfaga de aire cálido golpeó a Calen al atravesar las puertas de la posada y se vio asaltado por el aroma meloso del hidromiel y el olor extrañamente satisfactorio de la leña. La posada estaba mucho más concurrida que a primera hora. Todas las mesas estaban repletas de gente del pueblo, viajeros y comerciantes que intercambiaban historias y jugaban a los dados y las cartas. Los camareros iban de un lado a otro, llenando los estómagos con hidromiel y estofado. Un bardo en un rincón de la sala intentaba tocar el laúd, aunque fracasaba de forma estrepitosa.

Mientras buscaba a Dann y Rist, oyó un rugido triunfal que provenía del otro extremo de la sala. Volvió la vista y divisó a un grupo formando un apretado corro a unas seis varas de una gruesa tabla de madera colgada en la pared. Vestían pieles y cueros gastados, y las barbas descuidadas los identificaban como forasteros. Chocaban las jarras entre sí, sin duda a modo de celebración.

En la tabla de madera había cinco círculos rojos concéntricos, cada uno más pequeño que el anterior, hasta que en el centro formaba un punto rojo sólido. Allí estaba clavada la cabeza de un hacha, con el mango sobresaliendo hacia fuera. Calen observó con curiosidad que uno de los forasteros se acercaba con aire arrogante

para sacar el hacha del sitio. Cuando se giró, Calen abrió los ojos con sorpresa.

«¿Dann?».

Justo cuando estaba a punto de llamarlo, una mano asomó sobre las cabezas, saludando en su dirección. El saludo era letárgico, como si el dueño de la mano no fuera consciente de que la tenía alzada.

Rist estaba sentado en medio de la sala, con un libro abierto frente a él. Tenía los ojos clavados en las páginas y una jarra de hidromiel en la mano. Calen se acercó y tomó la silla vacía que había junto a Rist. En cuanto se dejó caer sobre el asiento, hundió los hombros y el corazón volvió a latirle con normalidad.

Su rostro debió de delatarlo, porque Rist alzó una ceja interrogativa.

—Estoy bien —jadeó Calen—. Solo me he puesto un poco nervioso. Hay soldados imperiales en los muelles.

Rist alzó la vista y entrecerró los ojos para mirar a Calen por encima del borde del libro. Dobló la esquina de la página que estaba leyendo y lo cerró.

—¿Aquí, en Molinar? ¿Por qué?

—No tengo ni idea, pero puede que uno de ellos me haya visto mirándolos. Decidí que mejor me iba.

—¿No se supone que el que hace tonterías es Dann? —Rist contuvo una risa. Cruzó los brazos y consideró la situación—. Creo que nunca he visto soldados imperiales.

—Yo sí. Una vez. Cuando papá me llevó a una feria comercial en Camylin. Había guardias imperiales fuera de la casa del emisario lorio.

Calen no tenía muchas ganas de seguir con el tema. Había oído historias sobre los soldados imperiales y lo que les harían a los sureños… Seguro que casi todas eran exageraciones; provenían en su mayoría de lugares como Valtara y Varsund, donde los grandes señores se habían rebelado o habían iniciado guerras. Pero había algunas de Illyanara. Y esas historias lo estremecían.

—¿Dann ha encontrado nuevos amigos?

Intentó llamar la atención de una joven camarera de piel de porcelana y cabello rubio claro recogido en una larga trenza.

—Lleva así una hora más o menos —respondió Rist—. Por supuesto, se le da de maravilla.

Se le escapó un suspiro de los labios antes de dar un largo trago a su hidromiel.

—¿No te interesaba unirte a él? —preguntó Calen.

Por fin logró llamar la atención de la camarera y pedir el hidromiel en el que había estado pensando desde que había entrado. Sentía la garganta como si le hubieran frotado algodón.

Rist soltó una suave risa mientras abría el libro.

—No, estoy de maravilla aquí con mi libro y mi hidromiel. *Historia de los Magii*. El comerciante no quería desprenderse de él a buen precio, pero conseguí regatearle un poco.

Se humedeció el dedo y lo utilizó para pasar la página.

—¿*Historia de los Magii*? Te pasas el tiempo burlándote de mí por creer en leyendas y cuentos de hadas… ¿Y luego compras un libro sobre los Magii?

Rist dudó. Una vez más, dobló la esquina de la página para marcar dónde había dejado de leer, cerró el libro y lo apartó a un lado.

—Tenía curiosidad, ya sabes, después de nuestra conversación en el bosque. Entonces vi el libro en el mercado y pensé que sería una lectura interesante.

Calen solo escuchó a medias la respuesta de Rist, ya que la camarera regresó con la jarra de hidromiel. Le dio dos monedas de cobre por la bebida y volvió a centrar su atención en su amigo.

—Lo siento, Rist. Me moría de sed desde que entré aquí.

Dio un buen trago y luego soltó un suspiro de satisfacción. Se recostó en su silla para echar un buen vistazo al bullicioso mesón. Tres individuos estaban sentados en un rincón de la sala. Su comportamiento tranquilo e introvertido contrastaba con el jolgorio que los rodeaba. Todos llevaban gruesas capas negras que cubrían la mayor parte de su vestimenta, pero el resplandor de una vela

cercana reflejó el brillo del metal de una coraza de cuero ennegrecido con tachuelas que llevaba uno de ellos.

—¿Quiénes son los tipos de la esquina? —preguntó Calen—. No parecen comerciantes ni soldados.

Volvió a mirar a Rist para asegurarse de no llamar más la atención. No dos veces en una noche.

—No, no lo parecen. Ya estaban aquí cuando llegué. Tampoco se han movido mucho. Se han limitado a comer algo y quedarse allí sentados, murmurando. No es asunto mío, ni tuyo.

Rist inclinó la cabeza para mirar a Calen a los ojos, quien puso los ojos en blanco y soltó un suspiro burlón.

—Sí, papá. Gracias por tus sabias palabras.

Rist respondió con un silencio indiferente y volvió a su libro. Calen quedó en silencio un momento y luego bebió un sorbo de hidromiel.

—Voy a ver cómo le va a Dann. Ese juego de lanzar hachas parece divertido. ¿Seguro que no te apetece unirte?

Rist levantó la vista del libro por un instante.

—Creo que paso. Por los dioses, Calen, ¿podéis intentar no causar problemas? Ya se ha tomado cuatro hidromieles.

Calen se encogió de hombros mientras se levantaba, hinchando las mejillas con resignación.

—Si ya se ha tomado cuatro hidromieles, tú y yo sabemos que no hay forma de que yo evite los problemas si él decide causarlos.

Le dio una palmada en el hombro a Rist al pasar junto a su silla. Este puso los ojos en blanco y llamó a la camarera para pedir otro hidromiel.

Cuando Calen se acercó, se hizo un silencio sepulcral en el grupo de viajeros, lo que le preocupó un poco. A algunas personas había que temerlas cuando hablaban alto, a otras cuando guardaban silencio. Aquel grupo parecía pertenecer a la segunda categoría.

Sin previo aviso, un hacha salió volando del centro del grupo, describiendo una serie de acrobáticas piruetas en el aire. Se clavó en el blanco con un golpe seco, ligeramente a la izquierda de otra

hacha que ya estaba allí, un poco más cerca del centro. El grupo estalló en un coro de vítores y gritos.

—¿Te diviertes? —preguntó Calen mientras le daba una palmada en el hombro a Dann.

Dann se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos.

—¡Calen! —Lo abrazó con demasiada fuerza; casi era doloroso—. Empezaba a pensar que habías subido a un barco y te habías perdido en el mar. ¿Por qué has tardado tanto? He hecho algunos amigos. Han venido desde Drifaien para vender pieles y beber. De hecho, creo que solo han venido para beber… y lanzar hachas. —Reflexionó sobre sus palabras durante un momento, frunciendo los labios pensativo—. Sí, estoy bastante seguro de que solo han venido para beber y lanzar hachas. ¿Hidromiel?

Calen estaba seguro de que a Rist se le habían pasado algunos hidromieles al contar. Parecía el Dann de seis hidromieles, más que el de cuatro.

Su amigo levantó su jarra en el aire, la chocó con la de Calen y luego dio un gran trago.

—Ven, te presentaré. —Pasó el brazo por los hombros de Calen y lo condujo hacia el centro del grupo—. ¡Amigos! Os presento a mi compañero y hermano de corazón. —Calen puso los ojos en blanco; siempre parecía necesario hacerlo cuando Dann había estado bebiendo—. ¡Este es Calen Bryer! Calen, estos son Audun, Baird, Destin, Fell, Kettil, Leif y Alleron.

Calen contuvo la respiración mientras intentaba asociar los nombres con cada uno de ellos. Era más fácil decirlo que hacerlo. Todos parecían idénticos: fuertes, robustos y ligeramente sucios. Con densas barbas que les cubrían la mayor parte del rostro, sus únicos rasgos distintivos eran el color de los ojos y el pelo. No había la más mínima posibilidad de que recordara sus nombres más de cinco minutos.

Cada uno de ellos respondió a la presentación de Dann con un cordial «encantado», estrechando la mano de Calen, quien hizo lo mismo. Solo había conocido a un drifaiense una vez, hacía unos

veranos, pero vestía como ellos y tenía el mismo acento: grave y ronco, aunque con un ligero tono cantarín.

Uno dio un paso adelante, el que Calen creía que Dann había llamado Alleron. Era un joven de complexión robusta, no mayor que Calen. Sus ojos azul hielo contrastaban con el cabello castaño oscuro que le llegaba hasta los hombros y la barba tupida. Sostenía un hacha por la parte plana, en la parte posterior de la hoja, con el mango extendido hacia Calen. Medía unos siete palmos de largo, con un mango de madera de fresno liso y un hoja de un solo filo. Era una obra de artesanía.

—¿Quieres probar? A Dann le ha gustado desde el primer momento.

Sonrió. Al menos, Calen creyó que sonreía. Era difícil saberlo con todo ese pelo.

—Claro, ¿por qué no? —Cogió el hacha de manos de Alleron. Sintió el peso, tratando de calcular su equilibrio—. ¿Cómo se usa?

Alleron le puso la mano en el hombro a Calen y lo giró hacia el blanco improvisado en la pared.

—Si clavas el hacha entre el anillo exterior y el siguiente anillo hacia dentro, es un punto. Dos puntos por el siguiente anillo, y así sucesivamente. Cinco puntos si lo clavas en el centro, como hizo tu amigo. Es fácil.

Sonrió con aire burlón a Dann, que se echó a reír y dio un trago a su jarra de hidromiel.

—De acuerdo. —Calen agarró el hacha y la balanceó en la mano —. Espero ser mejor con esto que con el arco. ¿Dónde me coloco?

—Aquí, detrás de esta marca en el suelo —respondió Alleron.

Señalaba una línea grabada en las tablas del suelo, a media vara detrás de Calen, lo que provocó el ceño fruncido de maesa Elena, que pasaba por allí. Calen tenía la sensación de que esa línea era una adición reciente al suelo de la posada, cortesía de sus nuevos amigos.

El grupo se quedó en silencio mientras se colocaba tras la línea y tocaba con la punta del pie izquierdo justo en el borde. Iba a

necesitar toda la ayuda posible.

Le costaba concentrarse con el ruido de fondo de la posada zumbándole en los oídos. El clic, clac de los dados al rebotar en las mesas. El tintineo de las jarras al chocar entre sí. Los gritos y rugidos de los borrachos del pueblo que ahogaban el cansancio de un día de trabajo llenándose el buche de hidromiel. El dolor que el bardo infligía al pobre laúd. Parecía que se haría cada vez más fuerte a medida que pasaban los segundos, como el canto de un gallo por la mañana.

—Venga, Calen. ¿Estás esperando a que salga el puñetero sol? —se burló Dann.

El resto del grupo coreó la ocurrencia con una carcajada. Calen le lanzó una mirada asesina a Dann y luego tensó el agarre del hacha, con los nudillos pálidos como la cera. Echó el hombro hacia atrás y alzó el hacha; la lanzó con todas sus fuerzas hacia el blanco.

Parecía moverse a cámara lenta mientras giraba en el aire. Un ruido metálico resonó en los oídos de Calen mientras lo hacía. Tras lo que pareció una eternidad, la cabeza del hacha se clavó en el blanco, fuera del anillo más externo. El pecho de Calen se hundió.

Por encima del ruido, oyó la risa de Dann.

—Bueno, mira el lado positivo. Al menos eres mejor con el hacha que con el arco. Nunca le he visto dar en el blanco con el arco —añadió, volviéndose al grupo y luchando por mantenerse en pie entre risas.

Calen sintió un fuego ardiendo en la boca del estómago. Una mano se le posó suavemente en el hombro.

—Tómate un minuto. Inspira y aguanta la respiración. No dejes que el aire se escape hasta el momento exacto en que sueltes el hacha y no dejes caer la mano después de haberla lanzado. Eso la desvía de su trayectoria.

Alleron le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le entregó otra hacha. Calen asintió. Cogió el hacha de Alleron y volvió a colocar los pies tras la línea. Respiró hondo y relajó los músculos.

—Cuatro monedas de cobre si da en el centro —oyó decir a

Alleron.

—Acepto la apuesta. Nunca le digo que no a una bebida gratis —dijo Dann, jarra en ristre.

Calen no esperó a que Dann dijera nada más. Lanzó el hacha, dejando la mano suspendida en el aire después de soltarla, tal como le había dicho Alleron. Cerró los ojos justo cuando la lanzó.

«Por favor, por favor, que Dann pierda esta apuesta».

El grupo estalló en una frenética ovación que ahogó todos los demás sonidos de la taberna. Calen sentía los latidos de su corazón. Los nervios le pinchaban las tripas como pequeñas agujas. Abrió un ojo, demasiado nervioso para mirar con los dos.

La cabeza del hacha estaba firmemente encajada en el círculo central, con el mango suspendido en el aire. Una oleada de energía recorrió su cuerpo. Un rugido ininteligible salió de su garganta mientras saltaba en el aire. Se volvió y vio una mirada abatida en el rostro de Dann, que contemplaba con incredulidad el hacha.

Alleron le puso una jarra de hidromiel en la mano a Calen.

—¡Por el Guerrero! ¡Por Achyron! —gritó.

—¡Por el Guerrero! —respondió Calen eufórico. Ambos vaciaron sus jarras hasta la última gota.

—Sabía que podías hacerlo —dijo Alleron, radiante—. Aunque la próxima vez, intenta mantener los ojos abiertos.

Con un guiño, se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia Dann para recoger sus ganancias. El resto del grupo felicitó a Calen de la misma manera que Alleron.

—No está mal —dijo Dann, medio encorvado y apoyado contra la pared, cuando Calen se le acercó. Alzó la jarra y la chocó con la de Calen en el saludo que tanto gustaba a los drifaienses—. Aunque voy a tener que recuperar esas cuatro monedas de cobre, sea de Alleron o de ti.

Calen sintió que el hidromiel le daba algo de valor líquido. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Cuatro monedas de cobre para el mejor de tres hachas?

La apuesta pareció atravesar a Dann como un rayo.

Inmediatamente se apartó de la pared y se enderezó, con los ojos llenos de ese fuego familiar.

—Oh, reto aceptado. Yo tiro primero.

—¡Sí! —Rugió Calen cuando su hacha aterrizó firmemente dentro del cuarto anillo, dos puntos por delante de la de Dann. Una sonrisa picara se extendió por su rostro—. Parece que te toca pagar la ronda.

Dann lo imitó con voz burlona mientras se dirigía con paso pesado hacia la barra para pedir la siguiente ronda de bebidas. Accidentalmente dio una patada a una mesa y cayó en los brazos de maesa Elena, que se limitó sonreír, darle una palmada en la espalda y empujarlo hacia la barra con un poco más de fuerza de la necesaria. Calen se echó a reír, dio un sorbo a su hidromiel y se volvió para disfrutar del espectáculo de Alleron y otro de los drifaienses (Leif, tal vez, aunque era casi imposible distinguirlos) disputando el siguiente combate.

Dann podía ser un capullo cuando quería, pero Calen era muy consciente de la suerte que tenía de que él y Rist fueran sus amigos. Sus hermanos. Jamás lo habían tratado de manera diferente tras la muerte de Haem. Se burlaban de él cuando se lo merecía y lo regañaban cuando se comportaba como un idiota, mientras los demás lo evitaban como si fuera un huevo frágil, sin saber muy bien qué decirle o si debían decirle algo. Cuando hacían eso, él sentía aún más profundamente la pérdida de Haem.

Intentando sacarse esos pensamientos de la cabeza, acarició con la mano el monedero que llevaba en el bolsillo, que tintineó en respuesta. Una punzada de culpa interrumpió su sonrisa. Casi había perdido en el juego el dinero suficiente para comprar comida para una semana.

«Solo es una noche».

Le dio un sorbo al hidromiel e intentó disfrutar al máximo de lo

que lo rodeaba. Apartó la mirada de la brutal demostración de fuerza que tenía delante para examinar la mesa en la que estaba Rist, quien hundía el rostro en su nuevo libro y agarraba con los dedos el asa de una jarra de hidromiel. A Rist siempre le había interesado más lo intelectual que la lucha o las armas, pero era extraño que no se uniera a ellos en una noche como aquella. Llevaba actuando de forma extraña desde la Prueba. Calen tenía miedo de preguntarle qué le había pasado realmente al urak. ¿Había alguna respuesta que pudiera tener sentido?

Estaba decidido a sacar a Rist de la mesa cuando vio por el rabillo del ojo que alguien se le acercaba.

—¿Te importa si me uno?

Lo había visto antes sentado en un rincón de la sala. Era similar a él en altura y complexión, algo poco habitual en los pueblos. Trabajar en la herrería con su padre le había proporcionado a Calen un físico bastante robusto.

El largo manto negro del recién llegado estaba echado hacia atrás, por lo que dejaba al descubierto la coraza de cuero negro con tachuelas que llevaba en el torso. Dos pomos triangulares de plata y mangos de cuero negro le sobresalían rectos por encima de los hombros. No era raro que los illyanaros pasearan por las ciudades o pueblos con sus espadas, pero Calen no recordaba haber visto nunca a nadie llevar dos a la vez, y a la espalda. Se preguntó cómo de bien sabría usarlas y lo difícil que sería volver a envainarlas. Los cierto es que el desconocido se movía con la confianza de quien sabía manejarlas. Estaba bien afeitado y tenía el pelo corto y rubio oscuro. Había algo cálido en sus ojos. Cuanto más lo miraba, más seguro estaba Calen de que no era mucho mayor que él.

—Por supuesto. —Le tendió la mano—. Me llamo Calen. ¿Y tú, amigo?

—Soy Erik Virandr. Un placer conocerte, Calen.

Calen presentó a Erik al resto del grupo, que lo abrazó con un vigor ebrio que cabría esperar después de haberse bebido su propio peso en hidromiel. Dann regresó con su bebida y la de Calen justo

cuando Alleron comenzaba a explicarle a Erik las reglas básicas del juego del hacha.

—¿Quién es ese? —preguntó, mirando a Erik con curiosidad mientras le entregaba una jarra a Calen.

Chocó el borde de su jarra con la de Calen y ambos dieron un largo trago.

—Se llama Erik —dijo Calen—. Ha pedido unirse a nosotros.

Dann asintió con aprobación.

—Ya veo. Bueno, esperemos que tenga los bolsillos llenos de monedas y que no sea tan bueno con el hacha como tiene pinta de ser con las espadas.

Lanzó una mirada picara. Erik se volvió hacia Calen, sujetando con fuerza un hacha con la mano derecha.

—¿Qué tal una pequeña competición amistosa? Kettil me ha dicho que la apuesta habitual es de cuatro monedas de cobre al mejor de tres hachas y que de momento estás invicto.

—Solo porque es muy lento bebiendo hidromiel —murmuró Dann.

Calen entrecerró los ojos y le lanzó una mirada asesina que Dann ignoró mientras fingía distraerse con algo que flotaba en su jarra. Calen sintió una ligera vacilación mientras volvía a palpar su bolsa con la mano.

«Solo una noche».

—Me parece bien —dijo—. ¿Te ha explicado Alleron las reglas? — Sí.

Erik movió el hacha en la mano, evaluando peso y equilibrio, tal como Calen había hecho antes.

—Muy bien, perfecto. ¿Quieres lanzar tú primero? —preguntó Calen.

Erik negó con la cabeza.

—Mejor tú. Así podré aprender algunos trucos.

Acompañó sus palabras con una sonrisa amistosa mientras le pasaba el hacha. Calen no estaba seguro de si era sincero o intentaba que bajase la guardia; se comportaba con una confianza

que resultaba inquietante. Cogió el hacha y se acercó a la línea marcada.

Una vez más, con la punta del pie tocando apenas la marca en el suelo, se volvió muy consciente de todos los sonidos de la posada que habían quedado relegados a un segundo plano en su mente. La voz aguda de maesa Elena, como el canto de un pájaro en una mañana de primavera. Las conversaciones ebrias de las mesas circundantes, que habían empezado como discusiones inteligentes y se habían convertido en gruñidos ininteligibles a medida que el hidromiel seguía fluyendo.

Luego percibió un ruido fuerte como de acero contra acero. Al principio no estaba seguro de haberlo oído, pero empezó a atravesar los demás sonidos, como un rayo de sol en un día nublado. Sus ojos siguieron el origen del ruido. Pasó junto a la camarera, cuyos talentos acrobáticos la habían abandonado de repente al tropezar con la pierna extendida de un cliente, que hacía tiempo que se había quedado dormido, haciendo que la bandeja de bebidas saliera volando por los aires. Pasó junto al grupo que jugaba a los dados en la gran mesa del centro de la sala y el tipo que acababa de sacar un juego de dados escondido en la manga con un movimiento rápido de la mano. Los ojos de Calen pasaron por alto estas cosas y se fijaron en un pequeño cuchillo en la esquina de la sala, que golpeaba el borde de una jarra de acero.

Cuando sus ojos se movieron hacia arriba, su corazón casi se detuvo. El hombre que sostenía el cuchillo lo miraba fijamente, observándolo todo el tiempo. Calen apartó la mirada y volvió a fijar su visión en el objetivo que tenía delante, esperando que el otro no se hubiera dado cuenta de que lo estaba mirando. Era una de las dos personas con las que se sentaba Erik cuando Calen entró, pero ahora estaba solo. Observando. Calen miró hacia Erik, que charlaba con los demás y no parecía haberse dado cuenta de nada.

Respiró hondo. A medida que el aire llenaba sus pulmones, sintió que el estruendo se desvanecía, dando paso a una sensación de calma. Agarró el hacha con firmeza. El mango de madera rugosa,

frío al tacto, era áspero contra su piel. Siguiendo los movimientos que Alleron le había enseñado esa misma noche, Calen lanzó su primer hacha al blanco.

¡Zas! Tres puntos.

¡Zas! Centro. Sí, cinco puntos.

¡Zas! Tres puntos.

El grupo vitoreó cuando acertó con las dos primeras hachas, pero sus aplausos fueron bastante moderados cuando se clavó la última hacha. No era la peor ronda que había lanzado en toda la noche: once puntos de quince no estaba mal, pero tampoco era una maravilla. Le entregó el hacha a Erik, que había estado observando atentamente.

—No está nada mal. Va a ser difícil superar eso, creo. —Tomó el hacha que Calen le tendía y la colocó sobre la mesa a su lado—. Tendré que quitarme esto antes de lanzar. Solo va a estorbar.

Desató los lazos del manto y lo dejó sobre una silla cercana. La coraza de cuero no le cubría los hombros ni los brazos, dejándolos al descubierto, y sus músculos robustos delataban su corta edad. Se acercó a la marca grabada en el suelo. Lanzó el hacha al aire, dejándola dar dos o tres vueltas completas antes de atraparla de nuevo. Sus ojos no se apartaron del objetivo. Calen sintió crecer la tensión entre el grupo. Las conversaciones se fueron apagando poco a poco, hasta que toda la atención se centró en el recién llegado que sostenía el hacha.

Erik hinchó el pecho mientras respiraba profundo. Alzó el hacha y la lanzó con fuerza. Con un golpe seco, se hundió directamente en el centro del objetivo. El grupo estalló en una cacofonía de vítores.

—La suerte del principiante —dijo Erik, encogiéndose de hombros ante Calen.

Calen ya podía sentir que su bolsa pesaba cuatro monedas menos. Dann sonrió de oreja a oreja. Saltó hacia el hacha, la agarró con una mano para sacarla del blanco y se la devolvió a Erik para su segundo lanzamiento.

«Vaya. Está claro que Dann ha apostado en mi contra».

Dann se volvió hacia Erik de forma distraída, con la mano aún agarrada al mango del hacha. Una mirada de sorpresa se apoderó de su rostro cuando el hacha no se movió. Colocó la mano libre junto a la otra y tiró con todo su peso. El hacha se soltó como agua de un manantial, haciendo que Dann saliera volando hacia atrás y cayera al suelo. Calen casi sintió el impacto cuando la espalda de Dann se estrelló contra el sólido suelo de madera. Todo el grupo estalló en carcajadas ante la mirada atónita de Dann, que se puso en pie con una expresión que solo transmitía un gran descontento y le devolvió el hacha a Erik.

—La próxima vez, la pillas tú mismo —dijo, frotándose tiernamente el trasero mientras regresaba para encontrar consuelo en su hidromiel.

Erik y Calen intercambiaron una mirada, sin poder contener una carcajada. El grupo se calmó cuando Erik se preparó para el segundo lanzamiento, aunque Calen aún podía oír a Kettil y Leif burlándose de Dann en voz baja.

El sonido metálico resonó en el aire. El hacha aterrizó con un crujido, de nuevo en el centro del blanco. La histeria ebria estalló, como había pasado la primera hacha, y algunas monedas cambiaron de manos. Esta vez, sin embargo, el propio Erik recuperó el hacha. Dann miró fijamente al techo, fingiendo haber visto algo en las vigas de madera. Calen no iba a pasar la noche invicto en este nuevo juego, estaba claro.

Mientras Erik respiraba hondo para prepararse para el último lanzamiento, Calen volvió a oír el ruido sordo: el cuchillo golpeando la jarra. Notó que Erik giraba la cabeza hacia la mesa, pero cuando volvió a mirar, el hombre ya no estaba. Erik parecía tenso, no tan seguro de sí mismo como antes. Sin más preámbulos, lanzó el hacha por última vez, rompiendo el suspense que se había creado.

¡Pum!

La parte plana del hacha impactó contra el blanco de madera y rebotó en el suelo, dejando al grupo boquiabierto. Algunos rugieron ruidosamente y dieron palmadas en la espalda a sus amigos, los que

habían apostado por Calen. Alleron hizo lo mismo con Dann, que dejó caer unas monedas de cobre en la mano extendida de Alleron.

—Bueno, parece que has ganado. Cuatro monedas de cobre, ¿verdad? —dijo Erik, cortés, pero con mucho menos entusiasmo y cordialidad que antes. Su rostro era indescifrable mientras rebuscaba en una pequeña bolsa que Calen no había visto antes—. Ha sido un buen juego. Me alegro de haberte conocido, Calen, pero tengo que marcharme. Ojalá pudiera quedarme para unas cuantas rondas más.

Le pasó las monedas a Calen, saludó rápidamente al grupo con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia la puerta trasera. Y así, sin más, se marchó.

—Bueno…, ha sido un poco extraño, ¿no? A mí tampoco me gusta perder, pero al menos no me voy enfadado cuando lo hago. Me ha costado cuatro monedas… —Dann se calló en cuanto vio la expresión de Calen—. Lo siento. Es que estaba harto de que ganaras. —Se encogió de hombros, con expresión de disculpa—. Voy a ver cómo está Rist. Lleva tanto tiempo con la cabeza metida en ese libro que probablemente se haya convertido en uno.

Dicho esto, Dann se tambaleó por la posada, luchando por mantener el control de las piernas. Calen regresó a la mesa donde había dejado la bebida. Tenía que ponerse al día con Dann. Podía oír a Baird retando a Alleron a la siguiente ronda de hachas y a Calen le apetecía verlo.

Antes de disfrutar del espectáculo, necesitaba llenar su estómago rugiente. Había estado tan distraído que no recordaba cuándo había comido por última vez. Consiguió llamar la atención de la camarera que antes había tropezado con el cliente dormido. Era bajita, con el cabello castaño rojizo y una sonrisa encantadora; bonita, pese al vestido húmedo y manchado de hidromiel. Le preguntó si quedaba sopa y pan, a lo que ella respondió con un rápido movimiento de cabeza y una reverencia antes de volver a abrirse paso entre la multitud. Le resultaba extraño que alguien le hiciera una reverencia.

Mientras esperaba la sopa, observó entre trago y trago de hidromiel a Alleron y Baird jugar a algo con las manos para decidir

quién lanzaría primero. Esperaba contra toda esperanza que el bardo sufriera algún tipo de lesión repentina que no pusiera en peligro su vida pero lo incapacitara y le impidiera cantar o dañar ese pobre y desprotegido laúd. El ruido que salía de él era casi tan terrible como los insectos del bosque de Ölm. Casi. Por el rabillo del ojo, vio que la capa negra de Erik seguía colgada en el respaldo de la silla donde la había dejado. Se estiró y frotó la tela entre el pulgar y el índice. Era mucho más pesada de lo que esperaba, diseñada para proporcionar calor y comodidad en largas distancias. Dejó la jarra sobre la mesa, cogió el manto del respaldo de la silla, lo dobló y se lo colgó del antebrazo. Era de buena calidad y probablemente valía una buena suma de dinero. Si perdía algo parecido, su padre lo tendría en la fragua día y noche para que devolviera el coste.

Tras dar un último trago a su hidromiel, se dirigió hacia la puerta que daba al patio del establo, haciendo todo lo posible por mantener la paciencia mientras se abría paso entre la multitud ebria. Cuando finalmente llegó al otro lado de la sala, respiró aliviado mientras dejaba atrás el pasillo y salía al aire libre.

CAPÍTULO 11
UN VIAJE INESPERADO

—Alejaos del carro. Va a ser registrado por orden del emperador.

Erik y sus dos compañeros se encontraban a la derecha de la puerta del patio del establo, frente a la cubierta de un carro. Sus dos compañeros se habían envuelto en las capas. Las capuchas les cubrían el rostro, protegiéndolos de la luz amarilla y brillante de las lámparas que colgaban alrededor del patio. Un grupo de soldados lorios se había desplegado a su alrededor en semicírculo. Los dos individuos que Calen había visto en la cubierta del barco se situaron al frente: el de la capa negra y el de la capa roja con la coraza con el león. Este era casi dos palmos más bajo que su compañero, aunque su cuerpo fibroso lo volvía igualmente intimidante. Sus ojos eran fríos.

Erik se volvió a Calen en cuanto este salió al patio y frunció el ceño al ver que llevaba la capa. Solo movió los ojos; siguió inmóvil ante el grupo de soldados que se encontraba frente a él. Calen no fue el único que se fijó en la mirada de Erik. Casi la mitad de los soldados se volvieron para ver quién era el nuevo visitante, incluido Capa Roja.

—Vete de aquí, chico. Esto no te concierne —ordenó el soldado, inclinando la cabeza—. No me hagas repetirlo.

Los pies de Calen estaban pegados al suelo. Cada fibra de su ser le decía que allí no se le había perdido nada, pero algo le impedía moverse. Así que se quedó donde estaba. Su expresión era la misma imagen de la calma, aunque por dentro temblaba. Quería disculparse, volver al interior y seguir bebiendo con Dann y Rist.

—Esto… —Sus palabras lo traicionaron.

—No era una petición, chico. Era una orden. —La ira en la voz del soldado era palpable. Desenvainó la espada, se giró, estiró el brazo y apuntó directamente a Calen—. Lárgate —gruñó.

—Él no tiene nada que ver con esto —dijo Erik, dando un paso hacia Calen—. Déjalo en paz. Calen, vuelve adentro.

—Erik, ¿qué haces? Vuelve aquí ahora mismo. Lo que le pase no es cosa nuestra —dijo uno de sus compañeros. La voz denotaba tensión e impaciencia. Se volvió hacia Capa Roja—. Por favor, señor. Nos vamos; no queremos problemas.

El de la capa negra soltó un suspiro.

—Ya estoy harto. Estamos registrando todos los carros y carretas del pueblo. Si no tuvierais nada que ocultar, ya nos habríamos ido. No tengo ningún reparo en derramar sangre, pero si os hacéis a un lado inmediatamente, me ahorrareis tener que limpiar mi espada por la mañana.

Su rostro, aunque tomado por el cansancio, no carecía de atractivo. Una larga y delgada cicatriz que empezaba justo bajo la línea del cabello pasaba por encima del ojo derecho y llegaba casi hasta la parte inferior de la mejilla. Tenía los ojos de un verde intenso y vivo, casi antinatural.

—No nos vamos a mover, Farda —dijo el otro compañero de Erik, con voz tranquila y firme.

Levantó las manos y se quitó la capucha. Era un hombre algo mayor, probablemente tenía unos cuantos veranos más que Vars. Su corto cabello negro estaba salpicado de canas blancas y grises; el color de su barba era muy similar. Sus penetrantes ojos azules contrastaban con su piel curtida.

Con una velocidad sobrehumana, Farda desenvainó la espada y

dio un paso adelante, con la muerte en los ojos. El otro sonrió, mostrando los dientes, y sacó ambas espadas de las vainas que llevaba a la espalda con un movimiento fluido.

—Aeson Virandr —siseó Farda. Su tono seguía siendo frío e inflexible, pero sus ojos brillaban—. Sabía que eras tú quien estaba en ese barco. Te me escapaste en Ilnaen. Te juro que eso no volverá a pasar.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Farda.

Aeson hizo girar sus espadas en el aire, sin apartar la mirada de Farda. Se movía con tal confianza y naturalidad que casi hacía parecer a Erik un ratón tímido.

Sin previo aviso, Farda se lanzó sobre Aeson, blandiendo la espada en alto. Las hojas de los dos se encontraron en un estruendo de acero que resonó en todo el patio. En cuestión de segundos, este fue tomado por el caos. Farda y Aeson intercambiaban golpes a una velocidad aterradora; ambos tenían el rostro inexpresivo, sin mostrar ira ni miedo, mientras intentaban encontrar el punto débil en la defensa del otro. Sus espadas rebotaban entre sí como truenos metálicos.

Erik y su otro compañero luchaban contra cuatro o cinco soldados cada uno; los dos empuñaban espadas cortas casi idénticas. El compañero encapuchado de Erik era despiadado. Se movía entre sus atacantes en un torbellino de acero silbante, zigzagueando, esquivando y parando golpes sin que pareciese costarle el menor esfuerzo. Un soldado dio un golpe alto y cargó, solo para quedarse gritando cuando el encapuchado se deslizó fuera de su camino, al tiempo que le cortaba los tendones con el movimiento de retroceso de la espada. Luego clavó la otra en el pecho de su oponente.

La lucha de Erik era muy similar. Más que pelear parecía bailar con el acero en las manos. Calen no tardó en llegar a la conclusión de que los soldados no tenían la menor posibilidad.

Solo que en ese momento otro puñado de soldados irrumpió en el patio del establo desde la calle lateral, las espadas desenvainadas

y gritando consignas de guerra indescifrables. Debían de haber oído la lucha. A Erik, distraído por los recién llegados, lo tomó por sorpresa uno de los soldados. Más pequeño que su contrincante, lanzó todo su peso en una embestida con el hombro que hizo que Erik trastabillara hacia atrás. La parte posterior del talón se estrelló contra la caja torácica de un cuerpo encogido, lanzándolo de cabeza al suelo polvoriento y pisoteado. El soldado se abalanzó, blandiendo la espada en un arco descendente.

La mano de Calen cayó sobre la gruesa empuñadura de su espada, atada a su cadera. Había olvidado que estaba allí. Sin pensarlo, la sacó de la vaina, con un poco más de fuerza de la necesaria, y la clavó en el espacio entre Erik y la espada del soldado. El sonido metálico del acero contra el acero le indicó que había detenido la espada en pleno vuelo antes de que alcanzara su objetivo.

Durante un breve segundo, los ojos de Calen se encontraron con los del soldado. Su pecho se hinchó al llenarse de aire; el corazón le latía con fuerza. El choque de las espadas y el zumbido de los gritos se hicieron cada vez más fuertes, sobrecargándole los tímpanos. Volvió a prestar atención cuando el soldado retiró la espada y volvió a blandiría, esta vez contra él. Los recuerdos del entrenamiento en el campo con su padre se apoderaron del cuerpo del joven. Movió sin parar los brazos, bloqueando cada golpe que le lanzaban. Cada una de esas suertes tenía un nombre, que Vars siempre recitaba, pero por más que lo intentaba ahora no conseguía recordarlo.

El soldado se lanzó demasiado adelante; estaba cansándose. Sus dedos luchaban por agarrar la empuñadura de la espada mientras la blandía hacia el costado de Calen. Este retrocedió con el pie izquierdo, estabilizó los hombros y se enfrentó al golpe del soldado en mitad de su arco, lanzando la espada lejos de su cuerpo. El soldado quedó expuesto. Apoyándose en los talones y girando la cintura, Calen aprovechó la oportunidad y empujó la espada hacia delante con todas sus fuerzas. La sintió hundirse en el vientre del soldado cuando la coraza de cuero cedió ante el impulso del golpe.

Este miró a los ojos de su oponente. Calen vio sorpresa en ellos y luego notó que la luz se apagaba lentamente. La sorpresa se convirtió en miedo, hasta que se desvaneció por completo.

Calen sintió un vacío en las tripas al sacar la espada del cuerpo del soldado y verlo caer al suelo. Sin vida. Trastabilló hacia atrás, con un ligero temblor en las manos.

Sin previo aviso, algo duro le golpeó el pecho, dejándolo sin aliento. Cayó al suelo. Otro soldado se alzaba sobre él, con el león negro de Loria estampado en la coraza y una pesada hacha de doble filo en alto. Rugió mientras blandía el hacha hacia abajo, pero se vio interrumpido por el acero que se deslizó por un lado de su garganta, cortando el sonido de raíz.

Dann se colocó sobre Calen, los dedos alrededor de la empuñadura de una espada que debía de haber tomado del cadáver de un soldado caído. Tenía los ojos vidriosos y el pecho subía y bajaba en respiraciones profundas y lentas.

—¡Calen! ¿Estás bien? Tienes que levantarte.

La voz de Rist comenzó como un zumbido sordo en el oído de Calen, hasta que se hizo más aguda cuando este tomó conciencia de su entorno. La lucha seguía en pleno apogeo a su alrededor. Erik se había puesto en pie y se enfrentaba a un grupo de soldados a menos de un brazo de distancia.

Calen intentó concentrarse mientras se estabilizaba.

—¿Qué… qué hacéis vosotros dos aquí?

Una mirada de incredulidad se extendió por el rostro de Rist.

—¿Que qué hacemos aquí? Has estado fuera demasiado tiempo y, cuando llegamos a la puerta, oímos una pelea. ¿Qué haces tú aquí?

Calen no respondió. No podía pensar con claridad. Intentó evaluar lo que sucedía a su alrededor. Erik y su compañero no tardarían en verse superados; había demasiados soldados imperiales. Aeson y Farda seguían intercambiando golpes feroces, con el rostro impasible. Nuevas gotas de sangre decoraban a ambos.

Dann se acercó a Calen y Rist casi tropezando. Cuando sus

miradas se cruzaron, Calen le hizo un gesto interrogativo con la cabeza y articuló con los labios:

—¿Estás bien?

Dann se detuvo un segundo y luego asintió sin entusiasmo. Una mano agarró el hombro de Calen.

—Calen, tenemos que irnos. No podemos ganar. Tus amigos también. Seguidme.

Erik se giró casi de inmediato, abriéndose paso entre los soldados que tenía delante, las dos espadas silbando al viento. Calen no tuvo que mirar atrás. Sabía que Dann y Rist lo seguían.

Sentía los latidos del corazón en todo el cuerpo. Le temblaba la mano que empuñaba la espada ligeramente curvada que le había dado su padre. A pesar de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, hasta ahora no se había fijado en los intrincados remolinos que brotaban de la guarda hasta la hoja. La ornamentación parecía irónica en algo creado para quitar una vida.

«Acabo de matar a un hombre».

Vio un destello de acero por el rabillo del ojo. Reaccionó sin pensar, blandiendo la espada para esquivar el golpe que se le venía encima. Cargó con el hombro, enviando al hombre al suelo.

—¡Dahlen, cúbrenos! —gritó Erik a su compañero encapuchado.

Dahlen ya había llegado al carro. Sacó un arco largo y una aljaba de su interior.

Zas. Una flecha pasó silbando junto a la oreja de Calen, y el familiar sonido sordo indicó que había dado en el blanco.

—¡Corred!

Dahlen soltó otra flecha y otro soldado cayó. Cuando llegaron al carro, Erik se detuvo.

—¡Subid!

Empujó a Calen al interior del carro, luego a Dann y a Rist, antes de unirse a ellos.

—¡Dahlen!

Erik señaló con la cabeza hacia Aeson, que seguía enzarzado en su duelo con Farda.

—¡Padre! —gritó Dahlen, soltando una flecha.

Aeson giró la cabeza justo cuando la flecha se clavaba en el hombro de Farda. Solo un gruñido escapó de los labios de este, y parecía más de molestia que de dolor. Aeson saltó lejos del herido Farda y echó a correr hacia el carro. Dahlen le pasó el arco a Erik, se dirigió a la parte delantera del carro y puso los caballos en marcha. Erik disparó flecha tras flecha contra la densa multitud de soldados, intentando despejar un camino. Aeson trató de llegar al carro, entrando y saliendo del campo de visión de Calen mientras se abría paso entre los soldados. Era imposible. Había demasiados hombres.

Un silbido fuerte y profundo llenó sus oídos. Terminó con un estruendo atronador, como una inmensa ráfaga de viento que se estrellase contra un árbol, o una poderosa ola que rompiera contra el lado de un acantilado. Varios soldados que se interponían entre Aeson y el carro salieron disparados por los aires, lanzados en todas direcciones como muñecos de trapo. Rist casi saltó por encima de la barandilla del carro cuando vio lo que había sucedido; le brillaban los ojos.

Aeson se abalanzó por el hueco creado. Una flecha pasó silbando junto a su cabeza y atravesó el ojo de un soldado mientras él saltaba a la parte trasera del carro.

—¡Vamos, vamos!

Con un chasquido de las riendas, el carro partió veloz como un rayo huyendo de las nubes. La repentina sacudida casi hizo que Calen saliera disparado por encima del pretil trasero. Cuando se asomó por el borde una flecha atravesó el aire cerca de su cara, rasgando la lona que cubría el carro. Tras pensarlo mejor se dio la vuelta, dejando que la espalda golpeara contra el pretil de madera. Se deslizó lentamente hasta que el trasero tocó la base de madera del carro. Las vibraciones le sacudían los huesos mientras las ruedas golpeaban contra los adoquines. Cerró los ojos por un segundo.

—¿Calen? —La mano de Rist se le posó en el hombro—. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Miró a Rist con la mirada perdida y luego dirigió la vista hacia

Aeson y Erik, los dos apoyados contra los barrotes de madera del carro.

Erik contaba las flechas que le quedaban en la aljaba, mientras Aeson permanecía sentado con los ojos cerrados. Su pecho se elevó, se mantuvo así un momento y luego se hundió. Dann estaba sentado en silencio, con la mirada fija en las manos cubiertas de sangre.

—¿Dann?

Su amigo ni siquiera pestañeó. Extendió las manos frente a él, con los dedos estirados.

Calen extendió las suyas. Estaban cubiertas de sangre seca, coagulada y agrietada.

—No lo sé, Rist… No lo sé —respondió.

Alzó la vista de las manos. Sus ojos se encontraron con los de Erik, quien le dedicó una débil sonrisa antes de volver a contar sus flechas.

«He matado a un hombre».

Un escalofrío recorrió la espalda de Ella al salir al aire nocturno. El nuevo calor de los días de verano aún no se había filtrado en las noches y el sol se había puesto en el horizonte hacía horas. Tanto Vars como Freis se habían retirado a descansar a la misma hora, y Calen estaba en Molinar. Probablemente bebiendo hasta perder el sentido si estaba con Dann.

«Es una noche tan buena como cualquier otra».

Se subió la capucha del largo manto marrón. Sus manos se movían nerviosas mientras ajustaba los cordones, asegurándose de que estuviera bien atado a su alrededor. Dudó un momento, negándose a revisar el contenido de su bolso por quinta vez. Respiró profundamente el aire fresco y lo retuvo un instante, dejando que el frío fluyera por sus pulmones. Lo soltó con un profundo suspiro mientras observaba el humo que ascendía de una chimenea.

Las calles estaban prácticamente desiertas. Habían sido unas semanas muy largas. Con la Prueba y las celebraciones, la mayoría estaban tan cansados que podrían haberse tirado durmiendo varios días. Cosa que le venía de perlas.

El resplandor plateado de la luz de la luna se derramaba sobre las calles, proporcionando la luz suficiente para ver el camino que tenía delante. Aunque eso no importaba; habría podido encontrar cualquier puerta del pueblo con los ojos cerrados. La tierra crujía bajo sus pies mientras recorría las calles, con los grillos de los campos cercanos y la tos ocasional de alguien que se daba la vuelta en la cama como únicos compañeros.

Rhett estaba exactamente donde había dicho: al sur del pueblo junto al poste indicador roto, al lado del muro bajo. Incluso a la tenue luz de la luna era el hombre más guapo que había visto jamás. Aceleró el paso, casi saltando mientras caminaba. Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro; las comisuras de los labios casi le llegaban a las orejas. Le encantaba esa sonrisa.

—Aquí estás —dijo, al tiempo que una sensación de calidez se extendía por su cuerpo.

Se arrojó hacia él, rodeándolo con los brazos y entrelazando las manos a su espalda. Rhett esperó un momento antes de abrazarla a su vez y atraerla hacia sí para compartir la calidez de su pecho.

—Por supuesto que estoy aquí —dijo. Estiró ligeramente el cuello para darle un beso en la coronilla, demorándose un segundo o dos antes de separar los labios—. Te seguiría hasta las profundidades de Mar Dorul. Aunque espero sinceramente no tener que hacerlo nunca, eso sí.

Ella inclinó la cabeza hacia arriba y apoyó la barbilla sobre su pecho.

—Sé que lo harías, igual que yo lo haría por ti. ¿Estás listo? ¿Dejaste la carta?

Vio la vacilación en su rostro. Rhett amaba El Claro. Lo era todo para él, pero si se quedaban habría sangre entre Rhett y Vars. Ella no podría estar con él si se quedaban. Quizás algún día podrían

volver. Si se casaban y tenían hijos, eso podría ablandar el corazón de su padre.

«El tiempo cura todas las heridas».

—Sí, dejé la carta. Creo que mis padres lo entenderán. ¿Dejaste la tuya?

—Sí. Mamá lo entenderá. Papá, creo que también, con el tiempo. No les dije dónde íbamos. Me pareció que era lo mejor. Podremos volver, algún día.

Rhett asintió. Ella sabía que su sonrisa era más forzada que natural, y lo entendía. Lo amaba y esperaba no tener que volver a pedirle que hiciera algo así nunca más.

CAPÍTULO 12
MITOS Y LEYENDAS

Calen había perdido la noción del tiempo transcurrido desde que salieron de Molinar, pero el cielo seguía tan negro como el azabache. La única luz provenía del resplandor nacarado de la luna, que se colaba en el carro a través de las aberturas del toldo.

Aeson estaba sentado en el banco del conductor, dirigiendo a los caballos hacia algún lugar. Él y Dahlen se habían turnado poco después de salir de Molinar.

Calen no tenía ni idea de dónde iban. Había intentado preguntar un par de veces, pero Dahlen se había limitado a lanzarle una mirada vacía, y luego había vuelto a acunar el enorme morral de cuero que tenía en el regazo. Erik le respondió que no estaba seguro, pero que su padre lo sabía y que pronto podrían descansar todos.

Dann no había hablado desde que había salido de Molinar. Calen no estaba seguro de si había parpadeado siquiera. Se limitaba a mirarse las manos, y ocasionalmente alzaba la vista para contemplar el vacío del cielo nocturno desde la parte trasera del carro.

La única conversación real que Calen tuvo fue con Rist. Le explicó todo lo que había sucedido antes de que él y Dann salieran al patio. Su amigo soltó un breve grito ahogado cuando Calen le contó que había matado a un soldado momentos antes. Notó que

Dann lo miraba cuando llegó a esa parte, pero tan pronto como sus ojos se cruzaron volvió a fijar la vista en sus manos. Así que se quedó allí sentado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenían que parar en algún momento y entonces responderían a sus preguntas.

Al cabo de un rato, cada vez más árboles pasaban por la abertura de la parte trasera del carro. Calen supo que habían llegado a unas colinas onduladas cuando el carro empezó a balancearse de un lado a otro, inclinándose hacia delante y hacia atrás al pasar por las pendientes. Estaba a punto de preguntar dónde se encontraban cuando oyó relinchos que resonaban en la noche varía. Estaban cerca y, por el sonido, había más de un caballo.

—Nos bajamos aquí. Dejamos el carro —gritó Aeson.

Lo detuvo bruscamente, lo que hizo que todos se inclinaran ligeramente hacia delante. Erik asintió a Calen mientras se ponía en pie. Fue un gesto sombrío; había cansancio en sus ojos.

Uno tras otro, se bajaron del carro y se adentraron en la noche. El aliento de Calen se condensaba frente a él mientras saltaba a los campos abiertos que se extendían sobre colinas onduladas hasta donde alcanzaba la vista. Una ligera capa de escarcha cubría cada brizna de hierba, vistiéndolas de blanco, rígidas y crujientes. Crujía bajo el peso de las botas. La adrenalina de antes se había disipado y sentía un ligero escalofrío en los huesos, así que se arrebujó en la zamarra. A unas seis varas de distancia, junto a un matorral, había tres caballos atados a un pequeño poste con pinta de que lo habían clavado apresuradamente en el suelo no hacía mucho tiempo. Parecía un buen momento para hacer preguntas.

—¿Por qué hay caballos aquí? ¿Por qué estamos aquí?

—Porque hemos dispuesto que estén aquí. No podemos llevar el carro al bosque. No contábamos con vosotros tres, así que solo hay para nosotros. Tendremos que ir dos por caballo.

Aeson se dirigió hacia los caballos, sin esperar respuesta. Erik y Dahlen lo siguieron sin dudar, y Dahlen se echó la gran bolsa al hombro. Rist no se movió.

—Espera, ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Dónde vamos?

¿Qué hacemos aquí? Calen, tendríamos estar en la cama, para volver a El Claro por la mañana. Esto es una locura.

Aeson se detuvo y se volvió hacia Rist. Un suspiro se le escapó de los labios. Había melancolía en sus ojos.

—Mira, no importa el porqué o el cómo, después de lo que pasó allí, esos soldados os estarán buscando. Volver sería más estúpido que venir con nosotros. Tenemos que reunirnos con unos amigos en un pequeño campamento en el bosque. Venid con nosotros, descansad esta noche y decidid con la mente despejada por la mañana. ¿Os parece bien? No os obligaré. De hecho, no tengo problemas en dejaros aquí, pero la oferta sigue en pie.

—Iremos con vosotros.

La voz de Dann era ronca, como si acabara de despertar de un largo sueño. Rist lo miró con las cejas alzadas, sorprendido.

—Dann, ¿en serio…?

—Rist, no tenemos dónde ir. Tiene razón. Nos buscarán. Hemos matado a gente. ¿Crees que el Imperio lo va a dejar pasar? ¿«Adelante, jóvenes, todo está perdonado»? No seas estúpido.

—Tiene razón —dijo Calen, suspirando—. No tenemos muchas opciones.

La incredulidad se apoderó del rostro de Rist. Su mirada se posó alternativamente en Dann y Calen, buscando desesperadamente las palabras mágicas que les hicieran cambiar de opinión. Al final, se encogió de hombros y suspiró.

—¿Con quién voy?

Una vez que montaron todos, Aeson dio una palmada en el costado del caballo que tiraba del carro, haciéndolo salir disparado en la noche, arrastrando el carro tras él.

—Eso debería despistarlos —dijo, dando un veloz golpe de talón en el costado a su caballo bayo.

Dann cabalgaba con Dahlen y Rist con Aeson. No hubo mucha conversación en ninguno de los dos grupos.

Erik rompió el silencio primero.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

La pregunta tomó posesión de la mente de Calen y se le hizo un nudo en el estómago. Habían pasado dos años desde la muerte de Haem. ¿Tanto tiempo, de verdad? El dolor era tan reciente como si hubiera ocurrido aquella misma mañana. Era como si tuviera un agujero en el pecho.

—Tengo una hermana, Ella. ¿Y tú?

—Solo estamos Dahlen y yo. Y papá, claro.

—¿Y tu madre?

Un silencio flotó en el aire.

—Falleció cuando éramos pequeños. Tuberculosis. Se la llevó demasiado rápido para que los curanderos pudieran entender qué era.

—Lo… lo siento.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo.

Erik volvió las vista al frente, hacia la oscuridad del bosque que se acercaba rápidamente. Se produjo un silencio incómodo mientras el caballo trotaba. Calen no sabía qué decir. ¿Y qué podría haber dicho? Sabía lo que se sentía al sufrir esa pérdida, y también que no era algo que las palabras pudieran curar.

No tardaron mucho en quedar envueltos por los árboles. El bosque de Ölm. Por lo general no pensaba en lo grande que era, pues se extendía a lo largo de las estribaciones occidentales de la cresta Lupina. Era como si no pudiera alejarse de aquel sitio. Apretó las piernas alrededor del costado de Ildarya cuando el caballo tropezó con un agujero en el suelo.

«Supongo que a ti tampoco te gusta la oscuridad, chico».

Ildarya significaba «jinete del viento» en la lengua antigua, según Erik. Calen no dudaba de que el nombre le quedaba bien al caballo; avanzaban a buen ritmo teniendo en cuenta que iban dos personas, pero tenía la impresión de que ni siquiera se estaba esforzando. El caballo era una bestia; sus patas eran gruesas como troncos de árbol y su cuello era más robusto que el de un oso.

—El bosque de Ölm… No volveremos a este maldito lugar. ¿De verdad vamos a entrar ahí después de lo que pasó la última vez? —

preguntó Rist en voz alta, aunque claramente se lo decía a Dann y Calen.

—¿La última vez? —dijo Erik, girando ligeramente la cabeza.

—Bueno, la última vez que estuvimos en el bosque de Ölm, tuvimos algunos problemas.

«Si es que casi ser asesinado por un oso y luego por dos uraks puede considerarse "algunos problemas"».

Erik giró un poco más la cabeza.

—¿Algunos problemas?

—Bueno… —Calen se detuvo un segundo, preguntándose cuánto debía contar—. Estuvimos a punto de morir a manos de unos uraks.

Erik tiró de las riendas. Ildarya se detuvo de repente, lo que hizo que Calen se inclinara hacia delante y se estrellara contra la espalda de Erik.

—¿Uraks? ¿Vosotros tres luchasteis contra unos uraks?

—Yo no lo llamaría luchar. La verdad es que no sé muy bien cómo seguimos vivos, pero lo estamos.

Erik asintió y se volvió hacia el bosque. Respiró hondo, como si fuera a decir algo, pero se contuvo. Dio un ligero golpecito a Ildarya en las costillas con el talón. El caballo se puso en marcha de nuevo, acelerando un poco el paso para alcanzar a los demás.

—Tendrás que contamos esa historia más tarde, alrededor del fuego, mientras comemos.

Aquella inconfundible densidad volvió a impregnar el aire. Los pulmones de Calen tuvieron que esforzarse un poco más para tomar cada bocanada de aire. A medida que los campos de hierba daban paso al esponjoso suelo del bosque, las pezuñas del caballo se hundían un poco más, y sus pasos se volvían cada vez más pesados. Los grillos chirriaban y Calen oía el ocasional aleteo de un pájaro que despertaba de su letargo, pero por lo demás reinaba el silencio. Era un poco inquietante. El bosque solía parecer vivo día y noche, como una ciudad bulliciosa que se ocupaba de sus asuntos sin saber nada del mundo de los hombres. Había algo en aquel silencio que hizo que se le erizara el vello de la nuca. También lo vio en Erik. Sus ojos

se movían rápidamente de un árbol a otro, buscando cualquier peligro. Estaba mucho más despierto de lo que parecía antes.

—Padre…

—Lo sé —respondió Aeson sin rodeos. Sacó una de las espadas de la vaina que llevaba a la espalda y sujetó las riendas con la otra mano.

Calen intentó concentrarse, aunque no le sirvió de mucho. Estaba demasiado oscuro para ver nada. Las copas de los árboles bloqueaban la poca luz de la luna que le había permitido ver hasta ese momento.

«Deben de tener una vista como la de los katos, porque…».

¡Crac!

Oyó el crujir de la rama tan claramente como si estuviera justo al lado de su oído. Dejó de intentar ver lo que estaba pasando y se dedicó a escuchar. Escuchó el silencio ensordecedor.

Crac.

—¡Al galope!

Aeson chasqueó las riendas y espoleó a su caballo. Sin dudarlo, Erik y Dahlen hicieron otro tanto. Calen, que casi salió despedido de Ildarya, se agarró con fuerza a la cintura de Erik. El caballo se adentró a toda velocidad en las profundidades del bosque, saltando por encima de árboles caídos y zanjas.

Se oyó un silbido, enmascarado por el estruendo de los cascos que arrancaban trozos de tierra empapada del suelo del bosque. Algo enorme salió volando de la oscuridad y se estrelló contra un árbol a unas dos varas de distancia, haciendo volar astillas de madera en todas direcciones. Fragmentos de corteza golpeaban el brazo levantado de Calen mientras intentaba proteger sus ojos para que no le destrozaran.

Gritos y rugidos retumbaban tras ellos, cada uno más feroz que el anterior, como si se respondieran entre sí. Eran rugidos guturales y espeluznantes.

Una flecha pasó silbando junto a la cabeza de Calen, demasiado cerca para su comodidad. Levantó la vista y vio a Dann sosteniendo

el arco de Dahlen y colocando otra flecha. Creyó ver cómo se encogía de hombros en señal de disculpa.

Un urak salió disparado de los arbustos a su derecha y se lanzó contra Calen y Erik. Sus ojos rojos como la sangre eran lo único que podía ver con claridad. Estaba a mitad de camino cuando una flecha se le clavó en el cuello y lo derribó en el aire. Con un grito monstruoso, se precipitó al abismo de la noche.

—¡Uraks! —Rugió Erik.

Azotó las riendas, haciendo que Ildarya se lanzara a una velocidad frenética. El caballo hizo honor a su nombre. Calen solo pudo agarrarse mientras avanzaba con una fuerza asombrosa. La mayoría de los caballos que Calen conocía tendrían dificultades para igualar la velocidad de Ildarya, incluso sin llevar dos jinetes. Las vibraciones recorrieron la espalda de Calen mientras los cascos del caballo golpeaban el suelo del bosque. Sus músculos se tensaron mientras se agarraba con las piernas y rodeaba con fuerza la cintura de Erik con los brazos. Justo cuando pensaba que nada podía igualar su velocidad, el mundo comenzó a girar. Cayó por los aires, indefenso mientras daba vueltas, antes de estrellarse contra el tronco de un árbol. No estaba seguro de si los crujidos que oía provenían de la frágil corteza del viejo roble o de los huesos de su espalda. Lo único que sentía era dolor.

Entraba y salía de un estado de inconsciencia. Oleadas de dolor agudo le recorrían la base de la columna vertebral. Era difícil saber si estaba despierto o no; cerraba los ojos y se encontraba con una oscuridad total, y al abrirlos seguía viéndola.

Oyó a Ildarya relinchando. Fuera lo que fuera lo que les había golpeado, el caballo había recibido el impacto. No sobreviviría a la noche. Con la cabeza latiéndole como un tambor, Calen sacó fuerzas de las entrañas y se puso de rodillas. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Mientras se aferraba a una vaga sensación de conciencia, vio varias siluetas.

El urak estaba destrozando a Ildarya, miembro a miembro. El caballo aullaba y chillaba de dolor mientras los dientes del urak

desgarraban su carne.

Hubo un destello de acero, seguido de un chorro de sangre. El urak se derrumbó, con la cabeza siguiendo al cuerpo hasta el suelo. Parecía que a Erik le había ido un poco mejor que a Calen en la colisión. En cuestión de segundos, estaba intercambiando estocadas con otros dos uraks. Golpes pesados y despiadados le llovían como martillos golpeando acero doblado; Erik los paraba, se agachaba y se apartaba. El movimiento borroso le provocó a Calen un nuevo dolor de cabeza al intentar seguirlo. Intentó ponerse en pie, pero se desplomó de espaldas al fallarle la fuerza en las piernas. El dolor en la espalda le quemaba como el fuego.

—Dame la mano.

La voz era calmada y serena, con un tono tranquilizador. A Calen le recordó a Erdhardt Hammersmith. Consiguió levantar la cabeza para mirar hacia quienquiera que fuera el dueño de esa voz, medio esperando ver al decano del pueblo de pie junto a él.

La mente de Calen debía de estar jugándole una mala pasada por la caída. El hombre que tenía delante era mucho más alto que Erdhardt, incluso más que los uraks, quizá medía dos varas y media de pies a cabeza. Su piel brillaba con un pálido tono azul blanquecino a la débil luz de la luna. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta. Intentó distinguir su rostro, pero era difícil en la oscuridad. Estaba desnudo de cintura para arriba y su cuerpo era un apretado conjunto de gruesos músculos que rivalizaban con los de cualquier herrero. Llevaba unos pantalones largos y oscuros muy parecidos a la capa de Therin: viejos, gastados, pero con una sensación de atemporalidad, como si no pudieran quemarse en el fuego ni ser rasgados por una espada.

Para su propia sorpresa, Calen extendió la mano y tomó la del desconocido sin pensarlo. Era cálida al tacto. No estaba seguro de por qué esperaba lo contrario; tal vez porque su pálida piel parecía una fina capa de hielo. Algo en aquel gigante lo tranquilizaba. Sin previo aviso, el desconocido lo empujó con tanta fuerza que lo tiró al suelo. El joven torció el gesto de dolor al golpearse la espalda contra

el suelo del bosque.

Calen miró hacia el gigante. Tentáculos de luz roja brillante se enroscaban desde su mano en ambas direcciones, envolviéndose y entrelazándose entre sí, como enredaderas trepando por la pared de una casa. La luz era tan brillante que casi cegaba; en un instante se había extendido por los alrededores. A medida que los tentáculos de luz se entrelazaban, la forma que dejaban atrás se solidificaba. El mango y la hoja de una enorme hacha de doble filo se formaron en una luz roja brillante, cuya intensidad se atenuó a medida que la forma ganaba consistencia.

El desconocido echó el hacha hacia atrás y la blandió sobre la cabeza de Calen con una fuerza descomunal. Se estrelló directamente contra el pecho de un urak que saltaba, levantando a la bestia más alto en el aire al tiempo que se hundía por completo en su carne. El desconocido sacudió el cuerpo del urak del hacha como si no fuera más que una astilla. Giró sobre sí mismo, soltó el hacha y la lanzó hacia lo lejos por los aires. Calen vio que atravesaba la cabeza de un Urak que cargaba contra él y se clavaba en un árbol tras el cuerpo que se desplomaba. Luego desapareció, desvaneciéndose en la oscuridad más rápido de lo que había aparecido.

Más uraks emergieron del bosque, saltando sobre los cuerpos de sus compañeros caídos. Gruñían y rugían, blandiendo frenéticamente en lo alto pesadas hachas y espadas carbonizadas. El enorme desconocido pasó junto a Calen y lanzó un rugido feroz a modo de respuesta. Levantó ambos brazos como si empujara algo imaginario hacia las monstruosidades que se acercaban. Gruesas enredaderas brotaron del suelo bajo ellos y se entrelazaron en el aire de manera muy similar a como lo había hecho la luz roja. Excepto que estas no formaban un arma; eran el arma.

Se movían por el aire más rápido de lo que los ojos de Calen podían seguir; a medida que se alejaban se iban engrosando. Cinco uraks, cinco enredaderas; todas encontraron su objetivo y atravesaron el torso de un urak. Siguieron moviéndose hasta que

cada una quedó enterrada en el tronco de un árbol diferente, con los cuerpos sin vida de los uraks suspendidos en el aire. Calen, boquiabierto, intentaba sentirse aterrorizado, pero su cabeza no podía procesar lo que estaba sucediendo con la suficiente rapidez. Los cuerpos cayeron al suelo cuando las enredaderas se retiraron hacia la maleza.

Calen recuperó el sentido y sintió el terror acumularse como una bola de hielo en la boca del estómago. Los pelos de los brazos y la nuca se le erizaron como las púas de un puercoespín.

—No pasa nada.

Erik se arrodilló a su lado, le puso una mano en el hombro y lo miró directamente a los ojos. Tenía la ropa cubierta de manchas de suciedad y barro. Finos hilos de sangre le brotaban de los nuevos cortes en la cara y los brazos, pero estaba vivo.

—Asius es un amigo. Es a quien hemos venido a ver.

Calen intentó responder, pero las palabras se le atragantaron. El gigante lo miraba fijamente. Extendió la mano, que debía de ser el doble de grande que la suya.

—Soy Asius, hijo de Thalm. Me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado, aunque lamento cómo ha sucedido.

Algo parecido a una sonrisa se dibujó en su rostro o, al menos, Calen pensó que era una sonrisa. Casi sin darse cuenta, extendió la mano a su vez. Asius envolvió los dedos gigantescos alrededor de su antebrazo y lo levantó con una facilidad inquietante.

—Gra… gracias, Asius, hijo de Thalm. Soy Calen Bryer, hijo de Vars Bryer. Te debo la vida —balbuceó el joven, luchando por sacar las palabras de su garganta. No se había dado cuenta de la fuerza con la que le latía el corazón hasta ese momento.

—No me debes nada, pequeño. Todo lo que se da se recibe, tan seguro como que el día da paso a la noche.

Calen no estaba seguro de lo que Asius quería decir, pero asintió de todos modos. Oyó el suave sonido de los cascos de los caballos presionando el musgo que cubría el suelo del bosque. Aeson y Dahlen estaban a lomos de sus monturas, observando la escena que

se extendía ante ellos. Había cadáveres de urak esparcidos por todas partes, Calen y Erik estaban magullados y un poco ensangrentados, y ahí estaba aquel individuo de dos varas y media con la piel tan pálida como el papel más delicado y los músculos tan gruesos como los del herrero más fornido. Dann y Rist estaban tras ellos, con expresión preocupada en el rostro, y buscaban con la mirada a Calen.

—Estás bien. Por un momento me preocupé. Era imposible contar cuántos eran. Asius, me alegro de verte, viejo amigo —dijo Aeson.

Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro al ver al gigante, que asintió y le devolvió la sonrisa.

—Yo también me alegro de verte, Aeson Virandr. Han pasado demasiados años desde la última vez que nos cruzamos. Me emocioné al recibir tu mensaje. ¿Lo tienes?

—Sí, demasiados para contarlos, viejo amigo. Demasiados para contarlos. Y sí, lo tengo. —Clavó pensativo la mirada en la lejanía unos instantes, perdido en sus pensamientos—. Vamos —dijo. Miró a su alrededor, tras terminar de bucear en sus recuerdos—. Supongo que el campamento no está lejos si estás aquí.

—A un paseo. Senas y Larion nos esperan allí. Hay una hoguera para calentaros y comida para llenaros el estómago. Seguro que estáis cansados y hambrientos.

A la mención del fuego el cuerpo de Calen recordó lo fría que era la noche. Sintió un escalofrío y se sopló en las manos para calentarlas; el estómago le rugía al pensar en la comida. La expresión de los rostros de Rist y Dann le indicó que les pasaba lo mismo.

—Erik, ¿estáis Calen y tú lo bastante bien como para caminar? Si estáis heridos, podemos cambiaros los caballos.

Había un tono pragmático en Aeson.

Erik miró a Calen, quien asintió con un gruñido. El fuego que ardía en la base de su columna no estaba de acuerdo, pero no era nada que un poco de descanso no pudiera solucionar.

—Sí, padre. Podemos caminar. No está lejos.

—Bien, pongámonos en marcha. Cuanto más rápido avancemos, antes tendremos comida en el buche.

Dio un ligero golpecito con el talón en el lomo del caballo, instándolo a caminar lentamente. Erik le dio un codazo a Calen en las costillas para llamar su atención, con una sonrisa picara en el rostro.

—Ya has luchado dos veces contra los uraks.

Calen frunció el ceño. No entendía cómo Erik podía reírse después de lo que acababa de pasar. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no vaciar el contenido de su estómago, y el corazón le seguía latiendo con fuerza; el pensamiento se le iba de los monstruosos uraks a la mirada del soldado en el momento de morir y la forma en que la luz se había apagado en sus ojos. Continuaron en silencio.

Tras unos quince minutos de caminata, Calen vio el cálido resplandor naranja rojizo de una hoguera, que proyectaba sombras titilantes a través de los huecos entre los árboles. A medida que se acercaban, oyó voces, una masculina y otra femenina, pero no pudo distinguir lo que decían.

Los árboles dejaron paso a un pequeño claro. En el centro ardía una gran hoguera, con una enorme olla de hierro fundido suspendida sobre ella y cuatro grandes troncos dispuestos alrededor.

Calen, Rist y Dann se detuvieron en seco cuando vieron a los dueños de las voces. Ambos eran tan altos como Asius, con la piel igual de pálida y azulada como el hielo. A diferencia de Asius, no iban con el torso desnudo, sino que llevaban jubones de cuero a juego, bien confeccionados, con botones de acero. Los demás entraron directamente en el campamento sin pensarlo dos veces, dejando a los chicos allí de pie, boquiabiertos.

—¡Larion, Senas, qué alegría volver a veros!

La voz de Aeson resonaba con sinceridad. Les estrechó a ambos el antebrazo, con una amplia sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

—Es un placer verte de nuevo, Aeson Virandr —respondió Senas con voz suave y cálida. Casi no encajaba con su enorme complexión —. ¿Quiénes son estos jóvenes tan apuestos? No son todos tus hijos, aunque estos dos lo parecen. Tienen tus ojos.

Se volvió hacia Erik y Dahlen mientras hablaba. Calen pudo ver bondad en su mirada.

—Tienes razón, Senas, como siempre. Estos son mis hijos, Erik y Dahlen. Los otros tres son nuevos compañeros nuestros. Para ser sincero, aún no me los han presentado como es debido. Fue por Erik que se cruzaron en nuestro camino.

De repente, todas las miradas se posaron en Calen, Dann y Rist. Dann le dio un rápido codazo a Calen para indicarle que era él quien tenía que hablar.

—Soy Calen Bryer. Estos son Dann Pimm y Rist Havel. Somos de El Claro. Tampoco sabemos muy bien cómo hemos acabado aquí, pero es un placer conoceros.

—Lo mismo digo, Calen Bryer, Dann Pimm y Rist Havel, de El Claro. Es un placer compartir nuestra hoguera con vosotros esta noche. Soy Senas, hija de Iliria, y él es Larion, hijo de Olin. Venid, sentaos. Seguro que tenéis hambre. Hay sopa y mantas calientes.

Salvo por Aeson y sus nuevos compañeros, no hubo conversación mientras comían. Calen no estaba seguro de haber visto a Dann comer tan rápido en toda su vida.

—¿Queréis más? —preguntó Senas riendo.

Se levantó para remover la sopa en la olla con un cucharón largo de hierro fundido. Calen intentaba no mirarla fijamente. Era atractiva a su extraña manera, de ojos verde intenso que contrastaban con la pálida piel azul blanquecina; llevaba el cabello rubio plateado recogido en la nuca. Los tres —Asius, Senas y Larion— eran diferentes a todo lo que Calen había visto antes.

—Sí, por favor. Está delicioso —dijo Dann. Se unió a ella junto a la olla, extendiendo el cuenco para que se lo llenaran. Parecía un niño pequeño a su lado.

—Aeson, cuéntanos tu viaje y háblanos de Molinar. ¿Has tenido

éxito?

Calen no había oído hablar a Larion hasta entonces. Tenía una voz grave y mesurada, como si meditara cada sílaba con sumo cuidado. Aeson miró rápidamente de reojo a Calen, Rist y Dann antes de responder a la pregunta.

—Sí, amigo mío. Hemos tenido éxito.

Aeson hizo un gesto a Dahlen, quien a regañadientes le entregó la gran bolsa que había estado acunando durante casi toda la noche. Larion la tomó con las manos con el cuidado de una madre que maneja a un bebé recién nacido. Sus ojos se iluminaron cuando abrió la bolsa y contempló lo que había dentro.

—Fue realmente increíble —dijo Aeson, con un destello de emoción en el rostro. Miró a Calen, Dann y Rist, y esa emoción se desvaneció un poco mientras enderezaba la espalda—. Esperamos tres días y tres noches y casi morimos congelados en ese páramo helado, pero al cuarto día, justo cuando habíamos perdido la esperanza, regresaron. El viaje de vuelta fue un poco accidentado. Tuvimos algunos problemas con el Imperio, pero conseguimos escapar, gracias a la suerte de los dioses. Ayer por la tarde llegamos al muelle de Molinar, aunque no sin complicaciones.

—Ya veo. ¿Y alguno de vosotros lo ha oído? —preguntó Asius, inclinando la cabeza.

Aeson negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro. Pasaron el rato siguiente discutiendo los acontecimientos de Molinar: los soldados que se les acercaron y la lucha, hasta que Asius los encontró en el bosque. A Calen le surgieron más preguntas de las que sabía cómo abordar. ¿Por dónde empezar?

—Asius, ¿te importa si te pregunto… qué eres?

Rist había estado callado, pero Calen reconoció la expresión de su rostro. Llevaba un rato dándole vueltas a la pregunta. Una profunda carcajada brotó tanto de Asius como de Senas. Larion solo frunció el ceño por un momento, luego volvió a mirar dentro de la bolsa, pasando la mano por el exterior con lo que parecía afecto.

—Bueno, pequeño —dijo Asius cuando la risa se calmó—, los de

tu especie siempre nos han llamado gigantes. Nosotros nos llamamos jotnar. No pienses que somos groseros por reímos. Es una risa de alegría. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hicimos nuevos amigos. A veces olvidamos que nunca antes habíais visto a uno de los nuestros. El mundo no es como lo conocíamos.

Había una tranquila reflexión en los ojos de Asius.

Gigantes. La palabra resonó en la cabeza de Calen. En todas las historias que le contaban de niño, el Imperio había cazado y asesinado a los gigantes hasta la extinción. Estaban envueltos en tal misterio desde hacía tanto tiempo que nunca los había considerado más que una leyenda, cuentos de viejas. Sin embargo, allí estaban, justo frente a él. Siempre había imaginado que serían… ¿diferentes? Algunos bardos y narradores, como Therin, contaban historias en las que los gigantes eran grandes constructores de ciudades, carpinteros navales y eruditos. Pero la mayoría los pintaba como salvajes; monstruos de tres varas de altura con dientes retorcidos y despiadada sed de sangre, parecidos a los uraks.

—Creía que los gigantes habían desaparecido. No se les ha visto en siglos. ¿Dónde habéis estado?

Calen no pudo evitar lanzarle una mirada de reprobación a Rist, a quien nunca le había importado mucho la sensibilidad de los demás cuando se trataba de su curiosidad. Y cuanto más se respondían sus preguntas, mayor se hacía esta. A Calen le parecía contradictorio. Sin duda, una respuesta debería saciar la curiosidad, no avivarla.

Asius se percató de la mirada de Calen.

—Tranquilo, no pasa nada, las preguntas son naturales. Hemos tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre las respuestas. Quedan pocos de nosotros, aunque nunca fuimos muchos. Los jotnar no somos como los humanos. Somos menores en número, pero vivimos mucho más tiempo. Cierto que… —Hizo una pausa y estrechó la mano de Senas. Miró a Larion, que tenía una expresión melancólica en el rostro—. Fane y sus ejércitos cazaron a los de nuestra especie hasta casi extinguirnos. Éramos un pueblo fuerte y orgulloso, pero ni siquiera nosotros pudimos resistir la fuerza que se

nos echó encima. Muchos de nuestros amigos y familiares cercanos forman parte de la tierra de nuevo. Como fuimos, por siempre seremos.

—Como fuimos, por siempre seremos —repitieron Senas y Larion en un susurro.

—Sin embargo, algunos de nosotros sobrevivimos escondiéndonos y buscando la ayuda de viejos amigos. —Sonrió levemente a Aeson—. En realidad, no sé cuántos quedamos. Nos mantenemos en pequeños grupos y no nos comunicamos a menudo, sería demasiado peligroso. Pero con suerte y esperanza, no siempre será así. Cuando llegue el momento, los demás responderán a la llamada.

—Entiendo —respondió Rist, sumido en sus pensamientos—. ¿Por qué arriesgarse a mostraros ante nosotros? Podríamos contárselo a cuantos conozcamos.

Calen tuvo que reprimir las ganas de maldecir. Eran criaturas de leyenda. No estaba bien cuestionarlas así.

—Lo cierto, pequeño, es que nadie te creería.

La sonrisa de Asius no era alegre.

—¿Puedo hacerte una pregunta más? —intervino de nuevo Rist tras un largo silencio.

Asius asintió.

—Claro, pequeño. Si no preguntamos, nunca lo sabremos.

Eso pareció animar a Rist. Los ancianos del pueblo solían reprimir su curiosidad sin pensarlo dos veces. «La curiosidad mató al kato», oyó Calen la voz de Verna Gritten resonando en su cabeza.

—Antes, cuando salvaste a Calen y Erik, ¿eso fue magia? —preguntó Rist inclinándose hacia delante, los ojos brillando a la luz del fuego.

Aeson alzó una ceja interrogativa hacia Asius, quien le hizo un gesto para que se callara.

—Sí, pequeño. Es lo que llamas magia. Aunque para nosotros es la Chispa. —Los ojos de Asius se posaron en Rist, con una sonrisa cómplice en el rostro—. Tú…

—¿El hacha?

Calen se tapó la boca con la mano. Quería que la tierra lo tragara. No había querido decir eso en voz alta. Era tan malo como Rist.

Asius se volvió hacia él, sin dejar de sonreír.

—Tu curiosidad es reconfortante, pequeño. La mayoría de los humanos rehúyen lo que no comprenden. Te refieres es a un níthral. En lengua común, sería «espada del alma». Es un arma poderosa, creada a través de los hilos de la Chispa, única para quien la invoca. Se necesitan muchos años de concentración y aprendizaje antes de poder invocarla. Es una habilidad que la mayoría nunca alcanza.

«Espada del alma».

Imágenes del gigante (no, el jotnar) blandiendo el hacha de luz roja brillante pasaron por la mente de Calen. Sintió el poder que irradiaba al atravesar el pecho del urak. Era un arma como nunca había visto antes. ¿Cómo podía alguien enfrentarse a algo así?

A medida que avanzaba la noche, las preguntas de Rist parecían no tener fin, al igual que el entusiasmo de Asius por responderlas. Dann, Erik y Dahlen se sumergieron en el mundo de los sueños, inconscientes alrededor del fuego. Larion y Aeson mantuvieron su propia conversación, en su mayor parte en susurros. Calen no podía entender nada de lo que decían, pero parecía girar en torno a lo que había en la bolsa que Larion sostenía. Calen quería saber las respuestas a las preguntas de Rist. Él mismo habría querido hacerlas. Aunque la pregunta que dominaba todas las demás en su mente era el tema de la conversación de Aeson y Larion: qué había en aquella bolsa. ¿Qué era lo que los soldados del Imperio querían encontrar tan desesperadamente? O, más importante, ¿por qué había matado Calen a un hombre? Se estremeció al pensarlo. Había quitado la vida a otra personas y ni siquiera sabía por qué.

«Necesito saber por qué».

Se acercó a Aeson y Larion, con cuidado de no hacer demasiado ruido mientras se arrastraba por el suelo. Inclinó la cabeza lo más discretamente que pudo, esforzándose por distinguir lo que decían

Aeson y Larion.

—Es increíble —decía Larion en un susurro ahogado—. El valaciano…

De repente, las voces se callaron. Podía oír el crepitar del fuego y el soplo de la brisa nocturna que se deslizaba entre los árboles, pero no las voces de Aeson y Larion. Giró la cabeza para ver si seguían hablando y casi se le sale el corazón del pecho cuando sus ojos se encontraron con los de Aeson. Calen giró la cabeza tan rápido que se mareó un poco.

«Mierda».

No se atrevió a mirar atrás para ver si Aeson seguía observándolo. Quería seguir escuchando, pero ni siquiera podía distinguir el final de un susurro. Era como si el viento se hubiera llevado las voces de Aeson y Larion.

Sintió que los párpados se le cerraban mientras el fuego irradiaba calor. Había sido un día largo y una noche larga. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había dormido? Se dejó caer al suelo y apoyó la cabeza contra el tronco que tenía detrás, con el calor del fuego calentándole los huesos. Sintió que el sueño se apoderaba de él.

Draleid n'aldryr.
N'aldryr. Draleid.
Draleid.
Draleid.

Se despertó sobresaltado y se llevó la mano al pecho. Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que estaba tratando de escapársele del cuerpo. Usó la otra mano para secarse las gotas de sudor que se le formaban en la frente. Trató de ralentizar la respiración, dejando que sus pulmones se llenaran de aire, conteniéndolo y luego soltándolo muy despacio. Sus pensamientos eran un torbellino. La voz le parecía totalmente real.

Miró a su alrededor en el campamento mientras su pulso

recuperaba algo parecido a la normalidad. El fuego ardía despacio, crepitando cada pocos segundos. Nubes de brasas y polvo se elevaban en el aire a medida que los trozos de madera cedían y se derrumbaban. Pero el fuego no desprendía suficiente calor para explicar por qué la piel de Calen estaba tan caliente; parecía como si pudiera incendiarse.

Era difícil ver a la luz del fuego moribundo, pero parecía que la mayoría del grupo estaba dormido, salvo Senas y Asius. Era imposible confundir sus enormes cuerpos, incluso en la oscuridad del bosque. Hablaban en voz baja sentados frente al fuego. La cabeza de Senas descansaba sobre el hombro de Asius. Tenía los ojos cerrados, pero Calen podía ver cómo se movían sus labios.

Otra silueta corpulenta yacía en el suelo, con la cabeza apoyada en uno de los troncos a solo unas varas de los dos gigantes. El pecho de Larion subía y bajaba con un ritmo lento y constante, con la bolsa que había estado sosteniendo antes todavía envuelta en sus brazos.

«Draleid».

Un susurro resonó en la mente de Calen, una sombra de su sueño. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos con las palmas de las manos para intentar despejarse. Un ronquido grave le indicó que Dann estaba profundamente dormido.

Algo seguía atrayendo su mirada hacia la bolsa que Larion sostenía en brazos. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la noche, todo se veía un poco más claro. La bolsa estaba hecha de cuero grueso, con costuras reforzadas y fuertes hebillas de hierro en la parte superior. Sintió que algo emanaba de su interior. Algo atraía su mirada hacia ella.

«Draleid n'aldryr».

Las palabras resonaban en su cabeza una y otra vez. Una niebla llenó su mente. El bosque y el campamento se desvanecieron, engullidos por la niebla. Solo podía ver la bolsa y un tenue resplandor que pulsaba en su interior.

«Draleid n'aldryr».

—*Draleid n'aldryr* —susurró, repitiendo las palabras en voz alta.

—¿Qué has dicho?

La niebla se desvaneció. Todo volvió a la normalidad, con el campamento bañado por el resplandor amarillo anaranjado del fuego. Aeson estaba sentado en el tronco en el que Calen había apoyado la cabeza. Tenía un cuaderno en una rodilla, una pluma en la mano y un pequeño tintero en la otra rodilla. Miró a Calen sin pestañear.

—Eh…, ¿has estado ahí todo el tiempo? —tartamudeó Calen.

Aeson asintió.

—Desde hace un rato. Solo estaba tomando algunas notas antes de partir hacia Camylin. ¿Qué dijiste hace un minuto, cuando estabas medio dormido?

Sus ojos no se apartaron de Calen, quien sintió un nudo en la garganta al intentar hablar.

—No lo sé. Solo algo de un sueño que estaba teniendo. ¿Camylin? ¿Es ahí dónde te diriges ahora?

—Sí. —Aeson entrecerró los ojos y mantuvo la mirada fija en Calen durante un incómodo instante, como dispuesto a indagar más en el sueño de Calen. En lugar de eso cerró el cuaderno y tapó el tintero, haciendo clic con el pestillo—. Asius nos ha dado lo que vinimos a buscar, y debemos partir hacia Camylin por la mañana. Con los caballos frescos que Asius ha conseguido, podemos llegar allí en unos días si cabalgamos sin descanso.

Calen asintió. Le llevó un segundo comprender lo que Aeson había dicho.

—Espera, ¿qué quieres decir? No vamos a ir contigo a Camylin. Tenemos que volver a casa. He dejado el caballo y el carro de mi padre en Molinar. Va a ser imposible explicarlo tal y como están las cosas.

La expresión de Aeson no cambió. Guardó la pluma en una cajita de madera con el interior forrado con un suave material morado.

—Creía que habíamos acordado que no era buena idea que volvieras. Esos soldados irán a buscaros, y en El Claro es donde

mirarán primero. Seguro que alguien de Molinar te conoce bastante como para informarles de dónde eres. Amigo o no, Calen, el dinero manda.

—Acordamos que lo decidiríamos por la mañana. —El pánico se apoderó de Calen—. Si van a El Claro, entonces tenemos que volver. ¿Y si hacen daño a mi familia por mi culpa?

No podía soportar la idea de que los soldados pudieran hacerle algo a sus padres o a Ella por su culpa. No había sido su intención matar a ese soldado.

Aeson puso la mano sobre el hombro de Calen.

—Descansa un poco, duerme y hablaremos por la mañana. De todos modos, no quedan muchas horas de oscuridad. Podemos elaborar un plan cuando todos hayamos dormido un poco.

Calen asintió.

—Sí, supongo que tiene sentido. Estoy bastante cansado. Podemos decidirlo por la mañana.

Se le escapó un bostezo.

—Bien —dijo Aeson, poniéndose en pie—. Si no estás despierto al amanecer, os despertaré a ti y a tus amigos.

Esbozó una leve sonrisa y se dirigió hacia donde tema extendidas sus mantas.

En cuanto Calen se aseguró de que todos dormían, se acercó de puntillas al lugar donde estaban Rist y Dann. Se movió lo más silenciosamente posible, con cuidado de no pisar ninguna rama ni hoja seca.

—Rist, Dann, despertad —susurró—. Tenemos que irnos. Ya.

Las brasas del fuego crepitaban y chisporroteaban. Aeson miró fijamente el fuego, frotándose las manos. No tenía frío, pero tenía que tomar decisiones. El chico tenía más fuerza de voluntad de lo que él había pensado.

—¿Sabes que han vuelto a El Claro?

Aeson no levantó la cabeza del fuego.

—Me preguntaba cuándo te veríamos, Therin.

El elfo salió de la oscuridad y se adentró en la tenue luz del fuego moribundo. Se quitó la capucha de la capa verde marrón. Aeson torció el gesto cuando el pelo plateado de Therin brilló a la luz ardiente. El elfo se colocó al otro lado del fuego, fingiendo calentarse las manos.

—Lo sé —suspiró Aeson—. Esperaron hasta que me creyeron dormido y se llevaron tres de los caballos.

Therin arrojó a las llamas una ramita con la que había estado jugando y luego rodeó el fuego hasta situarse frente a Aeson.

—Y los dejaste ir. ¿Por qué?

Su tono no era crítico, eso no era propio de Therin, pero había un claro tono de irritación en él.

—Me hago la misma pregunta —dijo Asius. Aeson no se había dado cuenta de que el gigante se había acercado—. Me alegro de verte, Therin Eiltris, hijo de Alwin Eiltris.

—Igualmente, Asius, hijo de Thalm. Ha pasado demasiado tiempo.

Aeson apartó la mirada del fuego.

—Creo que es hora de avisar a los demás. Puedo encargarme de que envíen algunos halcones desde Camylin. Asius, lamento decir esto, pero ¿cuándo podéis partir tú, Senas y Larion?

Therin arqueó una ceja ante la pregunta. Asius ladeó la cabeza y entrecerró los ojos con curiosidad.

—Podemos ponernos en marcha en menos de una hora, pero ¿por qué? Después de tanto tiempo, ¿por qué ahora?

Aeson resopló ruidosamente y levantó la cabeza para encontrarse con la mirada curiosa de Asius.

—Porque, viejo amigo, creo que hemos encontrado a nuestro draleid.

CAPÍTULO 13
TODO CAMBIA

Calen tiró de las riendas, haciendo que el caballo se detuviera bruscamente. Un relincho agitado le indicó que podría haber sido un poco más suave.

—Lo siento, chico. Es que estoy cansado —dijo en voz baja mientras acariciaba el cuello del caballo con la mano.

Dann y Rist detuvieron sus monturas a ambos lados de Calen. Contemplaron el valle de colinas onduladas que conducía a El Claro. Era sin duda una vista preciosa. Las columnas de humo salían de las chimeneas, impulsadas por la brisa matutina, mientras el tenue resplandor de la luz del amanecer se extendía sobre las cimas de la cresta Lupina, a espaldas de Calen.

—No puedo creer que hayamos robado caballos a tres tipos que matan soldados imperiales por diversión, y a tres gigantes —dijo Dann con una amplia sonrisa en el rostro. Se echó a reír un poco con satisfacción—. Gigantes… Se lo voy a contar a todo el mundo.

Rist le lanzó una mirada de incredulidad.

—No se lo vas a contar a nadie; además, no te creerían. Pensarían que es otra de tus ridículas historias, como aquella vez que les dijiste a todos que habías visto un caballo con un cuerno en la cabeza.

Dann miró a Rist con aire abatido.

—Eso pasó de verdad —murmuró desafiante, aunque apenas audible.

—¿Habéis terminado?

Calen se deslizó de su caballo. No pretendía ser brusco, pero no estaba de humor.

—Supongo que si vienen los soldados, no nos necesitarán a todos. —Sintió un nudo en el estómago—. Id con vuestras familias y quedaos allí. Yo le diré a la mía lo que ha pasado y volveré aquí y me encargaré de los caballos. Haré suficiente ruido para que me sigan. Aeson dijo que iban a Camylin. Quizá vaya allí y trate de encontrarlos. Si me aceptan.

La idea se le había ocurrido mientras cruzaban el bosque de Ölm. Si los soldados imperiales llegaban a El Claro no tenía ningún sentido que los tres pagaran el precio. Mientras su familia estuviera bien, eso era lo único que importaba. Y si podía despistar a los soldados y llegar a Camylin para encontrar a Aeson, lo haría. Pero llegado el caso, pagaría el precio por lo que había hecho, no había más que hablar.

—Ya, ni por asomo —se burló Dann—. En primer lugar, saben que estábamos contigo. En segundo lugar, no.

Rist, que había desmontado mientras Calen hablaba, puso las manos sobre los hombros de Calen.

—Como Dann ha explicado tan poéticamente —dijo, mirando de reojo a Dann—, no es como hacemos las cosas. Eres nuestra familia. Quizá no por sangre, pero el agua se vuelve tan espesa como la sangre si se pasa por suficientes mierdas juntos. En pocas palabras, no vamos a dejar que hagas esto solo. Si vas, vamos. Les diremos a nuestras familias que estamos a salvo pero que tenemos que irnos y nos reuniremos contigo aquí. No debería llevarnos más de una o dos horas. Podemos dejar los caballos atados a uno de los árboles.

—Exacto —intervino Dann, con aquella mirada picara tan familiar en los ojos—. No vamos a dejar que te lo pases bien tú solo.

Calen buscó la sonrisa más sincera que pudo esbozar. Puso una mano en el hombro de Rist y la otra en el de Dann.

Lo…

—No digas nada sentimental. No la cagues. Por el amor de los dioses, no la cagues. —Dann mantuvo el rostro serio durante unos segundos y luego sonrió de oreja a oreja—. Vamos.

Calen quería discutir, pero sabía que no tenía sentido. Por la expresión de sus rostros, se daba cuenta de que ya habían tomado una decisión.

Una vez que ataron los caballos, descendieron por la colina hacia El Claro. El sol apenas había coronado las cimas de las montañas y un frío glacial aún habitaba las sombras. Había muchas más luces en el pueblo de lo que Calen habría esperado tan temprano, pero descartó sus preocupaciones como simples nervios. Cuando se acercaron al límite del pueblo, Rist miró a Dann y Calen.

—Volved a los caballos en no más de dos horas, ¿entendido?

—Entendido —respondieron mientras se separaban y se ponían en marcha por su cuenta.

Calen recorrió las calles a paso ligero. La mente le repetía constantemente que no corriera, mientras el corazón, que latía con fuerza, le reprochaba que fuera demasiado lento.

«¿Qué van a decir? He matado a alguien. Le he quitado la vida a alguien».

No dejaba de darle vueltas a todo aquello. Estaba a punto de doblar la esquina de la casa de Tach Edwin, en dirección a casa, cuando oyó las voces.

—¿Estás seguro de que no ha vuelto?

Calen reconoció la voz y se le encogió el corazón.

—No ha estado aquí. ¿De qué se trata? —preguntó Vars en tono inflexible.

«Papá».

Apretando el cuerpo contra la pared de la casa, se asomó por la esquina. Su madre y su padre estaban frente a la casa y un grupo de soldados los rodeaba en formación cerrada. Dos de ellos estaban fuera de la formación, en medio del semicírculo, interrogando a Vars y Freis. Una multitud de aldeanos se había reunido a su alrededor.

—No queremos causar más problemas de los necesarios, pero el problema es que no te creo.

El soldado trataba de sonar amigable, pero había un tono cortante, una advertencia al final de cada palabra.

—Parecéis personas buenas y responsables. Buenos padres. No puedo imaginar que dejéis a vuestros hijos vagar libremente, así que no nos estáis diciendo la verdad.

Sostenía el casco en el hueco del brazo, con la mano apoyada en la cadera. Su capa roja ondeaba perezosamente al viento.

«Capa Roja».

—O nos decís lo que necesitamos saber, o el día no va a terminar bien ni para ti ni para tu esposa.

Una profunda mueca de enfado se dibujó en el rostro de Vars.

—Si me pones una mano encima…

El soldado le dio un golpe con el dorso de la mano, enfundada en un guante de acero pulido. El golpe impactó con fuerza en la mejilla de Vars. Este trastabilló hacia atrás y alzó la mano para limpiarse el corte que se acababa de abrir, del que brotaba un fino hilo de sangre como una lágrima carmesí.

«Sus ojos».

Calen solo había visto esa mirada en Vars una vez antes, con Rhett. Estaba dispuesto a matar. El soldado lo observaba con expectación. Estaba jugando con él.

El más alto permanecía en silencio. Su gruesa capa negra ondeaba con la brisa matinal.

Clinc.

Una moneda de oro voló por los aires, elevándose media vara para caer de nuevo en la mano abierta del hombre. Era el que había luchado contra Aeson. Farda. Un escalofrío recorrió la espalda de Calen y se le erizaron los pelos de la nuca. Era como si lo llevase siguiendo desde que lo había visto en los muelles.

Vars se enderezó, echó los hombros hacia atrás y soltó un largo suspiro tranquilizador.

—No puedo decirte lo que no sé. No está aquí y no sé dónde

está. ¿Para qué necesitas a un joven como él? ¿Por qué el Imperio está a mi puerta?

Calen oyó susurros entre la multitud reunida. Todos conocían a su familia. Conocían a Vars, pero en los pueblos había tanto miedo al Imperio como odio.

—No estoy aquí para darte explicaciones, herrero. Me considero un hombre justo, pero mi paciencia se está agotando. Dime dónde está tu hijo o te borraré esa mueca de indignación de la cara y tomaré a tu esposa como sierva. Aún parece capaz, a pesar de su evidente edad.

Capa Roja desenvainó la espada y la empuñó con una mano. Los soldados del círculo hicieron lo mismo. Farda seguía lanzando la moneda al aire, prestando tanta atención a la conversación como un niño a la pintura que se seca. Calen había visto suficiente; no podía quedarse allí, escondido, mientras castigaban a sus padres por algo que él había hecho. Asumiría la responsabilidad y pagaría el precio, fuera cual fuera. Salió de detrás de la pared.

—Dejadlos en paz —dijo, alzando la voz—. Aquí me tenéis.

Farda atrapó la moneda en el aire y volvió la cabeza hacia Calen. Sus ojos brillaban intensamente, y la piel alrededor de su boca se torció en una sonrisa de satisfacción. No dijo nada.

—Ven aquí, joven —ordenó el otro—. Me llamo Rendall.

Hizo un gesto a los soldados que lo rodeaban para que rompieran filas y dejaran pasar a Calen al centro. Este se acercó paso a paso. Su mente no dejaba de preguntarse si aquello era lo más estúpido que había hecho en su vida. Que era una estupidez estaba claro. Tenía un nudo en el estómago. Una mano se le posó el hombro.

—Calen, ¿qué pasa, muchacho? —le susurró Jorvill Ehrnin.

Intentó responder, pero sentía la boca cerrada con alambre. Oyó a otros llamándolo en voz baja. Mara Styr. Ferrin Kolm. El corazón le dio un vuelco cuando le pareció ver el pelo rojo de Anya, pero sus pies siguieron avanzando.

—Calen, ¿qué haces aquí? —La voz de Vars se abrió paso entre el ruido. Había una mirada de agonía en su rostro al verlo.

El soldado de la capa roja, Rendall, frunció el ceño a Vars por hablar fuera de tumo.

—Soy un inquisidor imperial, enviado desde Al'Nasla. Anoche te metiste en un pequeño lío, ¿verdad?

Hizo una pausa, no para dejar hablar a Calen, sino para dejar que se consumiera en su propio miedo. Y el miedo se apoderó de él; los inquisidores eran solo historias aterradoras. No existían realmente. Pero tampoco existían los gigantes.

—¿Qué fue lo que hizo, Farda? Interrumpió un interrogatorio imperial, desobedeció una orden directa… Ah, ¿y qué más? Ah, sí, asesinó a un soldado del Imperio.

Una ola de conmoción recorrió la multitud. El alboroto se convirtió en susurros apagados y exclamaciones de sorpresa. Una acusación como esa no era nada habitual en El Claro. Calen se dijo que no era habitual en ningún sitio.

Se le puso la carne de gallina al ver la cara de su madre. Los ojos de Freis se llenaron de lágrimas.

—Calen…

No pudo seguir hablando.

—Hijo, ¿es eso cierto? —La voz de Vars no vaciló, los ojos fijos en Calen.

—Disculpa, herrero, ¿me estás llamando mentiroso? —preguntó Rendall—. Tu hijo atacó a mis hombres, en ayuda de unos asesinos buscados. Al hacerlo, le quitó la vida al menos a un joven iniciado. Oren Harstead, ¿verdad, Farda?

«¿Asesinos buscados? ¿Es eso lo que es Erik? ¿Y Aeson? ¿Y Dahlen?».

Sintió un nudo en el estómago. El hombre más alto asintió con una sonrisa divertida, como un kato observando pelear a dos conejos. Calen quería hablar, pero no estaba seguro de qué podía decir. Había matado a aquel hombre. Había visto la luz apagarse en sus ojos…

—Hoy estoy de buen humor y, como he dicho, me considero un hombre justo —dijo Rendall—. Si nos llevas hasta esos asesinos, te

concederé la amnistía por tus actos equivocados, porque soy un hombre generoso. Pero si te niegas, no tendré más remedio que pedir justicia al emperador por tus crímenes.

Se oyeron más exclamaciones entre la multitud y el rostro de su padre se endureció.

—¿Qué… qué es la justicia del emperador? —preguntó Calen. Tenía la sensación de que ya lo sabía. Sintió un vacío en el estómago.

Su madre sollozó.

—Por favor…

Rendall miró a Freis con ira.

—La justicia del emperador es la verdadera justicia; ojo por ojo, vida por vida —dijo Rendall con tono firme—. Ahora, si tienes la amabilidad de decirme lo que necesito saber, podremos seguir nuestro camino.

Rendall alzó las cejas y los brazos. Calen no sabía qué hacer. Por un lado, no tenía ninguna duda de que lo que Rendall haría si encontraba a Aeson, Erik y Dahlen no sería agradable. Por otro lado, ni siquiera los conocía realmente. ¿Eran asesinos? Sin duda habían matado a gente… Los había visto hacerlo. Pero… ¿él también era un asesino?

—Eh…

—¡Suéltalo, chico! —espetó Rendall.

Las grietas se extendieron por su falsa actitud encantadora. Calen se dio cuenta de que la tensión aumentaba entre la multitud reunida. Todo el mundo estaba nervioso. Su madre seguía sollozando en voz baja, con el brazo de su padre alrededor de los hombros. La mirada de Vars quemaba el costado de la cabeza de Rendall.

—No… no sé dónde están. Los dejé en el bosque de Ölm. —Calen intentó desesperadamente no vomitar mientras su estómago se retorcía—. Lo juro.

La cara de Rendall se crispó con irritación.

—Ya ves, chico. De tal palo, tal astilla. —Con un movimiento lento

y firme Rendall se volvió a colocar el casco en la cabeza—. Debe de ser hereditario, porque no me creo a ninguno de los dos.

Rendall se volvió a Farda, que lanzó la moneda al aire y la dejó caer perfectamente en su palma abierta. Farda miró la moneda y asintió a Rendall.

Este soltó un suspiro.

—Es una pena quitar una vida antes de que el sol haya alcanzado su máximo esplendor, pero son cosas que hay que hacer.

La sonrisa maliciosa que se dibujó en sus labios desmentía sus palabras. Calen tuvo la sensación de que disfrutaba quitando vidas, independientemente de la posición del sol.

Un murmullo de descontento se extendió entre la multitud. Los soldados del círculo se volvieron hacia el gentío, que había crecido considerablemente desde la llegada de Calen.

—¡Atrás! ¡Atrás, o habrá más de un muerto esta mañana! —gritó uno de los soldados.

Rendall apretó con fuerza la empuñadura de la espada mientras se acercaba a Calen.

Sollozando, Freis se arrojó hacia Rendall.

—Por favor, déjalo en paz. ¡No es más que un niño! ¡Todo esto es un malentendido! Yo…

Rendall golpeó a Freis con el mismo revés brutal que le había dado a Vars, enviándola al suelo con un grito.

—¡Aprende cuál es tu lugar, mujer! —gritó Rendall, escupiendo al suelo.

Vars rugió y se abalanzó sobre él, alcanzándolo con un poderoso gancho de izquierda en la mejilla y haciéndolo trastabillar hacia atrás. Rendall se tocó la mejilla con la mano y retrocedió ligeramente al tocar un punto sensible.

—Dame una espada y lucha conmigo como un hombre —siseó Vars. La furia ardía detrás del azul de sus ojos—. Vas por ahí intimidando a niños y golpeando a mujeres. ¿Es esto lo que hacen ahora los inquisidores? Solían ser hombres de honor, al menos lo suficiente para enfrentarse a un hombre. Pon una espada en mi

mano y muéstrame quién eres.

Rendall arqueó las cejas con sorpresa. Miró a Farda, que se encogió de hombros con desinterés. En un movimiento borroso, Rendall saltó hacia Vars, acortando la distancia entre ellos en fracciones de segundo. Una mirada de sorpresa se extendió por el rostro de Vars cuando Rendall le clavó la espada en el pecho, hasta la empuñadura.

—Y, ahora, ¿por qué iba a hacer lo que me pides? —preguntó Rendall mientras sacaba la espada del pecho de Vars y lo miraba a los ojos.

Un profundo gemido llenó el aire. Freis se derrumbó en el suelo, llorando desconsoladamente.

—No, no, no… —Sus ojos, normalmente cálidos y acogedores, estaban enrojecidos y llorosos. Temblaba sin control—. ¿Por qué?

Calen saltó hacia el cuerpo de Vars, que yacía sin vida en el suelo. Se sintió vacío al caer de rodillas junto al cuerpo de su padre y agarrarlo por los hombros.

—¡Despierta! ¡Despierta! —Lo sacudió, cada vez más fuerte, hasta que sintió que sus brazos ya no podían más. Se sentía entumecido, vacío—. Por favor, por el amor de los dioses, ¡despierta! Papá…

Abrazó con fuerza el cuerpo de Vars y sollozó.

—Venga, levántate.

El disgusto era evidente en la voz de Rendall mientras limpiaba la sangre de la espada con un paño. Calen sintió que el entumecimiento se desvanecía. La rabia le recorría las venas; quemaba tanto que le dolía la cabeza. Los aldeanos se habían quedado en silencio, conmocionados cuando Rendall atravesó a Vars con su espada, pero esa conmoción se había desvanecido. La indignación se apoderó de ellos.

—Mantenedlos a raya —gritó Rendall a los soldados que los rodeaban.

Calen se puso en pie con dificultad. Todo parecía moverse a cámara lenta. El corazón le retumbaba con fuerza contra las paredes

del pecho. Un zumbido grave bloqueaba todos los demás sonidos. Los aldeanos empujaban a los soldados, moviendo la boca de forma ininteligible mientras gritaban blasfemias, daban patadas y empujaban. Rendall les daba la espalda, gritando instrucciones a los soldados.

Calen dejó caer la mano empapada de sangre hasta la cintura. Sus dedos tocaron una gruesa moneda de metal que conducía a un mango envuelto en cuero. Se había olvidado de su espada, poco acostumbrado como estaba a llevarla. El cuerpo le temblaba de rabia y los dedos se aferraron con tanta fuerza al mango que pensó que podría quebrarse en su mano. Desenvainó y se abalanzó sobre Rendall. En su cabeza solo estaba la idea de clavar la espada en el miserable corazón de aquella criatura.

Una vibración discordante recorrió su brazo cuando su espada rebotó hacia atrás. Farda se había interpuesto en su camino, desviando su golpe con facilidad.

—Niño idiota.

Farda volvió a blandir su espada hacia la cabeza de Calen, quien logró parar el golpe en el último segundo. Farda se movía más rápido que nadie que hubiera visto jamás. Su rostro apenas mostraba signos de esfuerzo mientras su espada bailaba en el aire. No se parecía en nada a los combates con espadas a los que Calen estaba acostumbrado. Tuvo que emplear toda su fuerza y voluntad para igualar sus golpes, pero Farda ni siquiera sudaba. Apenas parecía interesado. Calen no podía seguir así.

La bota extendida de Farda le golpeó en el pecho como un martillo. Calen pensó que su corazón se había detenido cuando lo levantó en el aire. El dolor le retorció el pecho cuando se estrelló contra el duro suelo y su espada resonó contra la tierra a su lado. Tenía la cabeza aturdida. Tosió violentamente y se salpicó la camisa de sangre. Luchó por recuperar el aire en sus pulmones.

Cuando recuperó la visión, vio a Farda de pie junto a él con expresión impasible. Lanzó la moneda al aire y la dejó caer de nuevo en su mano. La miró rápidamente y luego alzó la espada.

—¡No!

Freis se abalanzó sobre Farda, utilizando todo su peso corporal para empujarlo hacia atrás.

Él pareció genuinamente sorprendido por un momento, luego se enderezó y se recompuso.

—Lamento el dolor que esto debe causar hoy, pero así debe ser.

Con una mirada de pesar en su rostro, levantó la mano en el aire, como si espantara una mosca molesta. Algo invisible levantó a Freis del suelo, la lanzó hacia atrás y la estrelló contra la pared de la casa, que se astilló en todas direcciones al derrumbarse hacia dentro. Farda apretó la mano en un puño. Los gritos y los alaridos se elevaron por encima del estruendo cuando la casa de Calen estalló en llamas.

—¡No! —exclamó Calen con la respiración entrecortada. Sintió un dolor profundo e implacable en el pecho cuando intentó volver a respirar.

«¿Cómo ha…? Mamá…».

Oyó el duro ruido metálico del acero chocando contra el acero a su alrededor. Los aldeanos finalmente habían perdido los estribos.

«Se ha ido».

El dolor en el pecho era tan profundo que pensó que moriría allí mismo. Incapaz de moverse vio a Farda acercársele. El imperial dio un paso lento tras otro hasta que volvió a situarse sobre el cuerpo encogido de Calen.

—Ninguno de ellos tenía por qué morir, pero tuviste que hacerte el héroe y el destino tomó su decisión. Tú, sin embargo, tienes que morir. Para eso, no necesito preguntar.

Una vez más, Farda alzó la espada. Se detuvo un momento en lo alto del arco. A través del caos, Calen oyó un silbido bajo. Una flecha atravesó el bíceps del brazo armado de Farda, haciendo que la espada rebotara en el suelo con una serie de sonidos metálicos.

Calen sintió unas manos rodeándole el pecho mientras alguien lo levantaba del suelo.

—¡Levántate!

El sudor resbalaba por el rostro de Dahlen mientras tiraba de Calen para sacarlo de su posición encorvada. El joven miró más allá de Dahlen, con un vacío en el pecho. Sus ojos se perdieron en las llamas rugientes de su hogar y en el cuerpo sin vida del hombre que lo había criado y amado.

«Mamá… Papá… ¡Ella!».

—¡Ella!

Calen se abalanzó hacia las llamas. Su corazón se retorció en el pecho al darse cuenta de que Ella aún estaría durmiendo. Dahlen lo agarró por el cuello, le puso la espada en el pecho y lo miró a los ojos con tristeza.

—Están muertos. Si no te mueves, te dejaré aquí para que mueras también. ¡Despierta de ese sueño en el que estás y corre!

«Están muertos. Por mi culpa. Los he matado».

Dahlen agarró a Calen por la camisa y lo empujó para que echara a correr. Calen sentía que sus pies se movían, pero no recordaba haberles ordenado que lo hicieran.

«Es culpa mía».

Otra flecha pasó silbando junto a su cabeza. Levantó la vista y vio la esbelta figura de Therin. El bardo estaba de pie sobre una elevación del terreno a unas doce varas de distancia, con un gran arco curvo en la mano. Su capa moteada de color marrón verdoso ondeaba al viento mientras colocaba otra flecha en el arco.

«¿Qué hace aquí?».

Calen giró la cabeza hacia atrás y siguió el vuelo de la flecha. Esta se clavó en el hombro de Farda. Otras dos flechas sobresalían de su bíceps y su pierna. Una furia ardiente se reflejaba en su rostro mientras miraba a Calen con ira. Volvió a lanzar la moneda. Fuera cual fuera el resultado del lanzamiento, apartó su atención de Calen. Rompió los astiles de las flechas con la hoja de la espada y se unió a los soldados. Ni siquiera cojeaba.

Dahlen volvió a aparecer.

—Calen, si no huyes, ¡juro por los dioses que yo mismo te atravesaré con mi espada!

Calen tropezó, incapaz de ordenar sus pensamientos.

—Mi madre… Ella…

Le temblaba la voz. El dolor en el pecho amenazaba con hacerle perder el conocimiento.

—Están muertos, Calen. Lo siento. —Dahlen sonó solemne. Suspiró—. Si no huimos ahora, moriremos todos. Necesito que huyas. Los aldeanos no los mantendrán distraídos mucho tiempo, y esas flechas no detendrán a Farda. No es… natural.

Calen miró con tristeza la escena que se desarrollaba justo bajo él. Los soldados y los aldeanos seguían luchando en la calle, pero la gente de El Claro se vería obligada a deponer las armas a no tardar. Muchos ya lo habían hecho, ensangrentados y magullados. Quería ayudarlos, pero sabía que no podía hacer nada. Él había traído a los soldados. Era culpa suya.

«Culpa mía…».

Miró a Dahlen y asintió sin entusiasmo.

Therin ya se había colgado el arco al hombro cuando llegaron a él. Lanzó una mirada preocupada a Calen en busca de heridas graves. Calen quería hablar, preguntarle qué hacía allí, pero guardó silencio.

Solo tardaron unos minutos en aparecer los demás. Rist y Dann montaban los dos caballos que habían robado del campamento aquella misma noche. Dann sujetaba las riendas del tercer caballo. Aeson y Erik iban a su lado, montados en dos grandes castrados de color marrón. Cada uno sujetaba las riendas de otra montura similar. Cuando llegaron al grupo, Therin saltó a la espalda de uno de los animales sin detener el paso, tirando de las riendas hacia el pecho mientras se subía. Dahlen montó el que quedaba libre. Extendió la mano y arrastró a Calen tras él, resoplando por el esfuerzo mientras lo levantaba. Calen se sentía como un peso muerto inútil. No tenía control sobre sus extremidades. Le costaba incluso respirar.

—¿Calen? —El tono de Rist era vacilante—. Calen, ¿qué ha pasado?

Calen se limitó a mirar sus manos empapadas de sangre… La

sangre de su padre.

—¿Estás bien? Hemos oído la pelea.

Calen no respondió. No podía. Tenía tanto control sobre su voz como sobre sus piernas. Todo seguía repitiéndose en su cabeza. El momento en que Rendall clavó su espada en el pecho de Vars. Su madre sollozando, y luego siendo lanzada contra la pared. Las llamas. Ella.

Aeson y Dahlen intercambiaron una mirada y el segundo negó con la cabeza. Aeson asintió solemnemente y se llevó las riendas al pecho.

—Cabalga rápido y no te detengas hasta que se ponga el sol.

CAPÍTULO 14
UN NUEVO CAMINO

El aire pesado del bosque de Ölm se había convertido en algo reconfortante para Calen. Respiró hondo, y luego lo soltó en un suspiro de dolor, con el pecho dolorido por la patada que le había dado Farda. El sol se había puesto hacía una hora y el grupo estaba acampado en un claro en medio de la espesura. Habían cabalgado más rápido de lo que Calen hubiera creído posible a través de un bosque tan denso. Al contrario que él, sus nuevos compañeros parecían haber nacido en una silla de montar. Le dolían todos los huesos del cuerpo, tenía los muslos en carne viva y los músculos del vientre le ardían de tanto mantenerse erguido. Con solo mirar a Dann y Rist, sentados a cada lado de él, supo que estaban en las mismas condiciones.

Ambos se quedaron sin palabras cuando Therin les contó lo sucedido. Los soldados no habían venido a por sus familias. Therin, Aeson, Erik y Dahlen los habían seguido a través del bosque de Ölm y de vuelta a El Claro; al enterarse de la presencia de los soldados, habían ido a buscar a los tres chicos. Al parecer, los soldados conocían el nombre de Calen por el incidente de Molinar y habían descubierto dónde vivía. Alguien debía de haberles dado su nombre.

Calen aún no estaba seguro de cómo ni por qué Therin estaba allí. No había tenido tiempo de hablar con él, ni ganas. No había

dicho nada desde El Claro. Un doloroso vacío le llenaba el pecho y le resultaba imposible no perderse en sus pensamientos más íntimos. Suspiró y arrojó una ramita suelta al crepitante fuego.

—Calen… —La voz de Rist era vacilante, inquisitiva—. Eh…

Calen suspiró.

—No pasa nada, Rist. No tienes que decir nada.

—Y una mierda —dijo Dann, enderezándose—. Calen, no puedes limitarte a enterrarlo bien hondo y no volver a hablar de ello. Te carcomerá por dentro hasta que no quede nada de ti. —Sus hombros se hundieron un poco y su arrebato de ira se apaciguó—. Recuerda lo que dijo Rist: la familia.

Calen suspiró y esbozó una débil sonrisa, pero siguió en silencio, mientras jugueteaba con una ramita. Las emociones lo inundaban en oleadas que iban de la ira a la tristeza y de ahí a un hondo vacío con la misma rapidez con la que las llamas del fuego parpadeaban en el aire y la noche engullía las brasas. Ni siquiera había pensado en los demás. ¿Cuántos otros habían muerto en El Claro porque se había empeñado en comportarse como un héroe? Era culpa suya.

«Mamá… Papá… Ella…».

—Faenir. —Calen se enderezó de repente, con los ojos muy abiertos. El vacío en su pecho se llenó de un fuego urgente. Agarró a Dann por los hombros—. ¡Dann! ¿Has visto a Faenir? No estaba fuera de la casa. Al menos, no lo vi allí. Tiene que estar bien.

Sus palabras se apagaron cuando el vacío se apoderó de él una vez más. Dann suspiró y negó con la cabeza.

—No lo vi, Calen…

Este asintió de forma distraída. La imagen del fuego ardiente consumía sus pensamientos.

«Lo siento».

Therin se apoyaba contra un imponente roble y hacía girar hábilmente un pequeño cuchillo de acero entre los dedos. Se había puesto la capucha de la capa moteada, así que no se le veía el resplandeciente cabello plateado. Estaba haciendo la primera guardia. Calen tenía intención de hablar con él, preguntarle por qué

estaba allí, por qué lo había salvado. Pero no podía, todavía no.

Aeson, Erik y Dahlen se sentaban al otro lado del fuego, descansando tras el duro viaje hasta el bosque de Ölm, y apenas intercambiaban alguna palabra de vez en cuando. Calen no podía evitar pensar que todo había empezado cuando ellos aparecieron. El Imperio los estaba buscando. El Imperio estaba en El Claro por su culpa. De no haber estado allí, nada de aquello habría ocurrido y su familia seguiría con vida.

—¿Por qué os persigue el Imperio? —preguntó, sorprendido por la dureza de su tono.

Las caras de Erik y Dahlen se torcieron en señal de confusión. Aeson alzó una ceja, con una expresión que contrastaba con la de sus hijos. No respondió. Eso encendió una llama en Calen. Se puso de pie de un salto.

—¡Mi familia acaba de ser asesinada por los que os buscaban, así que responde a mi pregunta, joder!

La ira lo consumía por completo. Su corazón latía a toda velocidad. La sangre se le escapaba de los dedos mientras apretaba los puños. Quería explotar y marchitarse en un instante.

—Cálmate y hablaremos. Aquí todos somos amigos.

La voz de Dahlen era tranquila y mesurada. Se puso de pie y extendió el brazo hacia Calen.

—¡No me toques! —Rugió él, apartando el brazo de Dahlen—. No somos amigos. ¡Están muertos por vuestra culpa!

Arremetió contra Dahlen, empujándolo hacia atrás, y echó mano a la empuñadura de la espada, que le colgaba de la cadera.

Erik se puso de pie de un salto. Dann echó a correr hacia Calen y lo agarró desde atrás por los hombros.

—Calen, basta.

Todo el cuerpo de Calen temblaba. Un zumbido le llenaba los oídos y ahogaba el resto de los sonidos, como si los envolviera una neblina amortiguadora. Tiró con fuerza contra el agarre de Dann, pero su amigo no se movió.

—Esta no es la forma correcta —dijo Rist con su voz habitual, los

ojos fijos en los de Calen.

Tan rápido como había aparecido, el fuego se apagó en el cuerpo de Calen y el agotamiento se apoderó de él. Exhaló un largo suspiro y abatió los hombros. La ira había desaparecido, sustituida lentamente por aquel vacío familiar. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sin embargo, la expresión de Dahlen sugería que su ira no había hecho más que empezar. Antes de que pudiera decir nada, Aeson se colocó a su lado con la mano en el pecho y una expresión severa en el rostro.

—Hoy has sufrido una gran pérdida, Calen, y eso no es algo que se pueda tomar a la ligera. Pasaré por alto este arrebato, ya que también he sentido un dolor como el que te embarga en este momento.

Aeson dirigió una mirada suave a Erik y Dahlen. Estos retrocedieron con expresión renuente y volvieron a sus asientos junto al fuego.

—Dicho esto —dijo Aeson—, también es verdad que se te debe una explicación de por qué murieron y por qué te han sacado de tu casa. Por favor, vuelve a sentarte. Te lo contaré todo.

Dahlen y Erik intercambiaron una mirada de reojo, la incertidumbre pintada en el rostro, pero Aeson los ignoró. En cuanto Calen, Rist y Dann se hubieron sentado en la tierra compacta alrededor del fuego, Aeson volvió a su posición en lo alto del tocón del árbol. Se llevó la mano a la espalda y sacó la gastada bolsa de cuero que había sido la causa de todo. Calen aún sentía que algo emanaba de su interior.

Therin estaba ahora a solo unas varas de distancia, apoyado contra otro árbol, y tenía los ojos fijos en Aeson y en la bolsa. Este paso las manos por ella, vacilante.

—En esta bolsa está la causa de lo ocurrido —susurró—. Te has criado con las historias de Therin, así que seguro que conoces el verdadero modo en que llegó al poder el Imperio, y no las mentiras que este difundió por el resto de Eferia. —Hizo una pausa y soltó un

largo suspiro—. En los cuatrocientos años transcurridos desde el surgimiento del Imperio, algunos hemos estado trabajando en su caída. Hemos ayudado en levantamientos, incitado rebeliones y peleado en muchas guerras. Desgraciadamente, nos han derrotado una y otra vez. Cada vez que parecía que se había conseguido la victoria, aparecía la Guardia Dragontina o el propio Fane. Aunque en las últimas décadas no se le ha visto fuera de Al'Nasla.

Apretó la bolsa con más fuerza.

—No podíamos enfrentarnos al Imperio lorio, con su Guardia Dragontina y sus magos, no mientras las tierras estuvieran fracturadas y divididas. Cazaron a los gigantes hasta casi extinguirlos. Los elfos se dispersaron y se retiraron a los bosques de Lynalion. Los enanos cerraron las puertas de sus reinos montañosos. Y el Imperio gobernaba las tierras humanas con mano de hierro. Quedan algunos que se le oponen, pero la mayoría nos escondemos en las sombras, esperando. Necesitábamos algo que forjara de nuevo las antiguas alianzas, que nos sirviera de apoyo. Y al fin, tras todo este tiempo, lo hemos encontrado.

Calen sintió la expectación ardiendo en todos los que rodeaban el fuego. Incluso Therin alzó la cabeza para echar un vistazo al interior de la bolsa; las llamas del fuego parpadeaban sobre sus afilados pómulos mientras fingía desinterés. Aeson sujetó la bolsa entre las rodillas y desabrochó las hebillas. Dudó un momento antes de meter las manos en su interior.

¿Qué podía merecer tanto dolor y miseria?

A Calen se le cortó la respiración. Giró bruscamente la cabeza y se llevó la mano a los ojos para protegerse del repentino resplandor que emanaba de la bolsa. Los demás hicieron lo mismo. Apartó la mano del rostro cuando los ojos se le acostumbraron a la luz resplandeciente. La respuesta que tanto había ansiado solo le suscitó más preguntas.

Medía alrededor de cuatro palmos de largo y la mitad de ancho. Capas de escamas superpuestas lo cubrían de arriba abajo. Las puntas blancas como huesos de cada escama reflejaban la luz

cegadora del fuego, pero el blanco se desvanecía en un negro azabache en la base. Parecía un huevo. Un huevo blindado.

Therin lo miraba ahora sin disimulo. La luz reflejada iluminaba sus ojos y hacía brillar su cabello, incluso bajo la capucha.

—Jamás en toda mi vida… —susurró con una voz que apenas se oía, mezclada con los jadeos de asombro de los demás.

Aeson miró fijamente a Calen. Había algo en su expresión que lo inquietaba. No era malicia ni mala intención, sino casi… expectación. El joven se agitó, incómodo bajo la mirada fija de Aeson, desesperado por romper el silencio. Afortunadamente, tenía muchas preguntas.

—¿Qué… qué es eso?

—Un huevo de dragón —dijo Therin para sorpresa de Calen.

Se acercó al grupo. Parecía haber crecido. La luz dibujó un halo a su alrededor mientras el fuego se apagaba, haciéndolo parecer casi etéreo.

—Más concretamente, es un huevo de dragón de Valacia, las tierras heladas del norte al otro lado del océano Antígano. Ni siquiera estábamos seguros de que existieran, solo eran una leyenda.

Había una sensación de asombro en su voz. Mientras hablaba, a Calen le pareció que incluso los insectos del sotobosque cesaban sus ruidosos rituales nocturnos solo para escuchar su voz.

Therin se agachó frente a Aeson, las manos casi rozando el huevo.

—Dragones errantes de las tierras heladas de Valacia, con escamas tan blancas como la nieve y tan negras como la noche más oscura, capaces de crecer tanto como cualquier dragón de Eferia. Se dice que su conexión con la Chispa de la magia es tan pura y antigua como la luz del sol. Ningún elfo, humano o gigante ha estado jamás vinculado a un dragón valaciano. No creo que se haya visto ninguno en esta parte del mundo, hasta ahora. —Sus ojos se desviaron momentáneamente del huevo hacia Aeson. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras le agarraba por los hombros—. Lo has conseguido, viejo amigo. Lo has conseguido.

Los sonidos del bosque volvieron a llegar a los oídos de Calen y la luz del fuego iluminó el campamento. Therin se sentó con las piernas extendidas frente a Aeson y el huevo. Una sonrisa radiante se dibujaba en su rostro y sus ojos se posaron otra vez en el brillante huevo blanco y negro.

—¿Cómo demonios lo hace? —susurró Dann al oído de Calen—. ¿Es cosa mía o de verdad brillaba un poco?

Calen asintió. No podía apartar los ojos del huevo. Era hermoso. Duro, pero hermoso.

—¿De qué servirá un solo dragón contra el Imperio? Tienen la Guardia Dragontina —dijo Rist bruscamente—. ¿Cómo va a enfrentarse un solo dragón a una docena?

Aeson suspiró y pasó la mano por el huevo.

—No se trata de lo que puede hacer un dragón, Rist. Se trata del símbolo que representa. Es lo que significa. Esperanza. Dale esperanza a la gente y lucharán.

Rist torció el gesto y frunció el ceño. Calen conocía esa cara. Era la que Rist ponía cada vez que una respuesta no le satisfacía.

«Draleid».

Un escalofrío recorrió la espalda de Calen al oír la voz. Era un eco en lo más profundo de su mente. No era su propia voz, pero lo era. No la reconocía, pero le resultaba familiar. Un susurro. Intentó ignorarlo.

«Draleid».

La voz ahogó todos los sonidos a su alrededor. El susurro de las hojas, el zumbido incesante de los insectos y el ocasional canto de los pájaros nocturnos se apagaron y murieron. Intentó desesperadamente volver al mundo real, pero solo podía concentrarse en la voz.

«Draleid n'aldryr. Draleid».

La voz se hizo más fuerte y resonó en su mente. Se le puso la carne de gallina. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado. Le parecieron segundos, pero era difícil saberlo. Todo a su alrededor parecía casi borroso.

«Draleid».

—Draleid…

—¿Qué has dicho? Lo siento, no te he oído —dijo Rist disculpándose.

Sus ojos buscaron los de Calen, quien ni siquiera se había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—Nada, lo siento. Estaba perdido en mis pensamientos.

La confusión en su cabeza empezó a despejarse, la voz se desvaneció. Miró a su alrededor y vio que Aeson y Therin lo observaban con curiosidad. Apartaron la vista cuando él los miró a los ojos.

«¿Me han oído? ¿Qué está pasando?».

La luz brillante del huevo desapareció en cuanto Aeson lo volvió a guardar en la bolsa. La apartó a un lado y se puso en pie.

—Está bien, que todo el mundo se calme. Es hora de trazar nuestros planes. Por la mañana cabalgaremos hacia Camylin y luego hacia Belduar. —Miró a los jóvenes de El Claro y respiró hondo—. Creo que es mejor que vengáis con nosotros.

Dahlen intentó intervenir.

—Pero…

—Esto no es un debate, Dahlen. Así que silencio.

Aeson miraba expectante a Calen, Dann y Rist. Dahlen frunció el ceño. Erik le lanzó una mirada como diciendo «cálmate».

Rist fue el primero en responder:

—El Claro es cuanto conocemos. Cuanto hemos conocido. ¿Cómo podemos abandonar a las personas que nos criaron después de lo que acaba de pasar?

—Me temo, joven maese Rist, que quedarse no es una opción. Acabo de mostraros el motivo. El Imperio sabe que lo tenemos, por eso nos siguieron hasta Molinar. Y os matarán sin pensarlo dos veces, algo que es culpa mía y de nadie más. Siento que os hayáis visto envueltos en esto. No era mi deseo, pero los dioses intervinieron y aquí estamos.

Los ojos de Aeson se suavizaron al mirar a Calen, cuya vista no

se había apartado del crepitante fuego.

—Calen ha perdido mucho hoy, más de lo que cualquier joven debería perder. Si regresáis solo conseguiréis poner a vuestras familias en el mismo peligro. El Imperio seguramente permanecerá en los pueblos y sus alrededores durante algún tiempo. Debéis usar la cabeza. No os pido que os unáis a nuestra causa, pero de momento es mejor que vengáis con nosotros. Dejad que os llevemos a un lugar seguro. Tenemos amigos en Belduar que pueden ayudaros.

—No… no lo sé —dijo Rist.

Aeson no se movió de donde estaba, con la mirada fija en los jóvenes de El Claro. El fuego crepitaba en la noche mientras un silencio sin palabras llenaba el aire.

—Voy con ellos —Calen ya no miraba distraídamente al fuego. Se volvió hacia Aeson, con una mirada fija en su rostro—. Voy con ellos —repitió—, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Aeson alzando una ceja.

Therin también sintió curiosidad y se incorporó para escuchar.

—Quiero que me enseñéis a manejar la espada. No quiero volver a sentirme tan indefenso como antes. —Cerró con fuerza las temblorosas manos—. Voy a hacerles pagar por lo que hicieron. Quiero que me prometáis que tendré mi oportunidad de vengarme.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Aeson. Extendió el brazo hacia Calen, lo agarró del antebrazo y lo ayudó a ponerse en pie.

—Muchacho, eso puedo prometértelo sin problemas.

—Yo también —dijo Dann—. También voy.

—Bien —asintió Aeson—. ¿Y tú, joven maese Rist?

Rist giró la cabeza de izquierda a derecha mientras reflexionaba. Se sacudió suavemente el polvo de los pantalones y se puso de pie.

—Supongo que tendré que ir. Estos dos no durarán ni dos días sin mí.

Les dedicó una débil sonrisa a Calen y Dann.

—Entonces está decidido. Partiremos al amanecer. Son cuatro días de duro viaje hasta Camylin, así que descansad.

Rhett abatió los hombros, se dejó caer en el mullido sofá de cuero y lanzó un hondo suspiro. Como posada, La Ribera era más bien pequeña, aproximadamente la mitad del tamaño de El Dragón Dorado. Mesas circulares salpicaban el espacioso salón sobre el grueso suelo de madera. La mayoría de las mesas estaban vacías, ya que los comerciantes y mercaderes habían continuado su camino al amanecer.

El posadero era un hombre corpulento, calvo y con un rostro afable y acogedor. Sonrió a Rhett mientras limpiaba una jarra con un paño grande. Este le devolvió la sonrisa y apenas asintió, como a alguien a quien no se conoce muy bien, pero con quien se quiere mostrar amabilidad. Jugueteó distraídamente con el asa fría de su jarra de hidromiel.

Habían pasado dos días y dos noches desde que habían dejado El Claro, periodo en el que habían dormido al raso. No se atrevieron a parar en el pueblo de Ölm, donde conocían bien a sus familias, al contrario que en Pirn. Aun así, se sentía intranquilo. Le ponía nervioso dejar su hogar y a su familia, por no mencionar lo que pudiese depararle una nueva vida en Berona. El viaje sería largo. Con Lobregal y las Tierras Calcinadas partiendo en dos el continente, el barco era la única forma real de viajar del sur al norte y solo había dos puertos en los que atracasen barcos lo bastante grandes para hacer ese viaje desde Illyanara: Gisa y Otoñada.

Solo los ricos viajaban desde Gisa: mercaderes y comerciantes, señores y damas que se dirigían a la ciudad insular de Antiquar o a la capital, Al'Nasla. En toda su vida, Rhett no había visto suficiente dinero para permitirse un solo billete desde esa ciudad. Probablemente nunca lo vería.

Todos los demás viajaban desde el puerto de Otoñada. Era un viaje más largo y peligroso, pero era cuanto podían permitirse. Se tardaba al menos dos meses a caballo en llegar a Otoñada y era un trayecto peligroso, con muchas noches difíciles, en tierras llenas de

ladrones y asesinos. Tras eso, o bien trataban de cruzar las Tierras Calcinadas, lo que equivalía a un suicidio, o daban con un capitán lo bastante estúpido para navegar por la Costa Radiante. Sabía que no tenía que preocuparse por Ella. Era una dama, sí, pero su fuerza de voluntad superaba a la suya en muchas ocasiones.

—Hola, forastero.

Estaba maravillosa con el vestido floral color crema y el cabello suelto en una cascada dorada sobre los hombros. Los ojos azul océano lo miraban desde arriba, escrutándolo. No había nada que no haría por ella. Llegarían a Berona.

—Vaya, sí que alegras la vista. —La miró con una cálida sonrisa en el rostro—. Vamos, siéntate, tómate una copa. Tenemos el lugar para nosotros solos.

Ella se echó a reír y se sentó a su lado, luego le dio un empujón juguetón en el hombro.

—Serás tonto.

Le pidieron al posadero con un gesto dos hidromieles más. Se quedaron un rato allí sentados, discutiendo los próximos días, evitando mencionar el largo viaje a través de las llanuras de Illyanara.

Ella bebió tímidamente un sorbo de hidromiel, luego se incorporó y se volvió hacia Rhett, con los ojos llenos de emoción.

—Estoy ansiosa por ver Camylin. Nunca he estado allí. Calen fue con papá cuando era más joven, pero yo no pude ir. He oído que los mercados son increíbles.

Rhett percibió el júbilo en su voz. Era increíblemente adorable cuando se emocionaba. Metió la mano en la bolsa de viaje que tenía a su lado y sacó un pequeño monedero, que tintineó cuando lo dejó sobre la mesa.

—He apartado unas monedas. No estaría bien pasar por Camylin y no comprar nada en los mercados.

Los ojos de Ella se iluminaron.

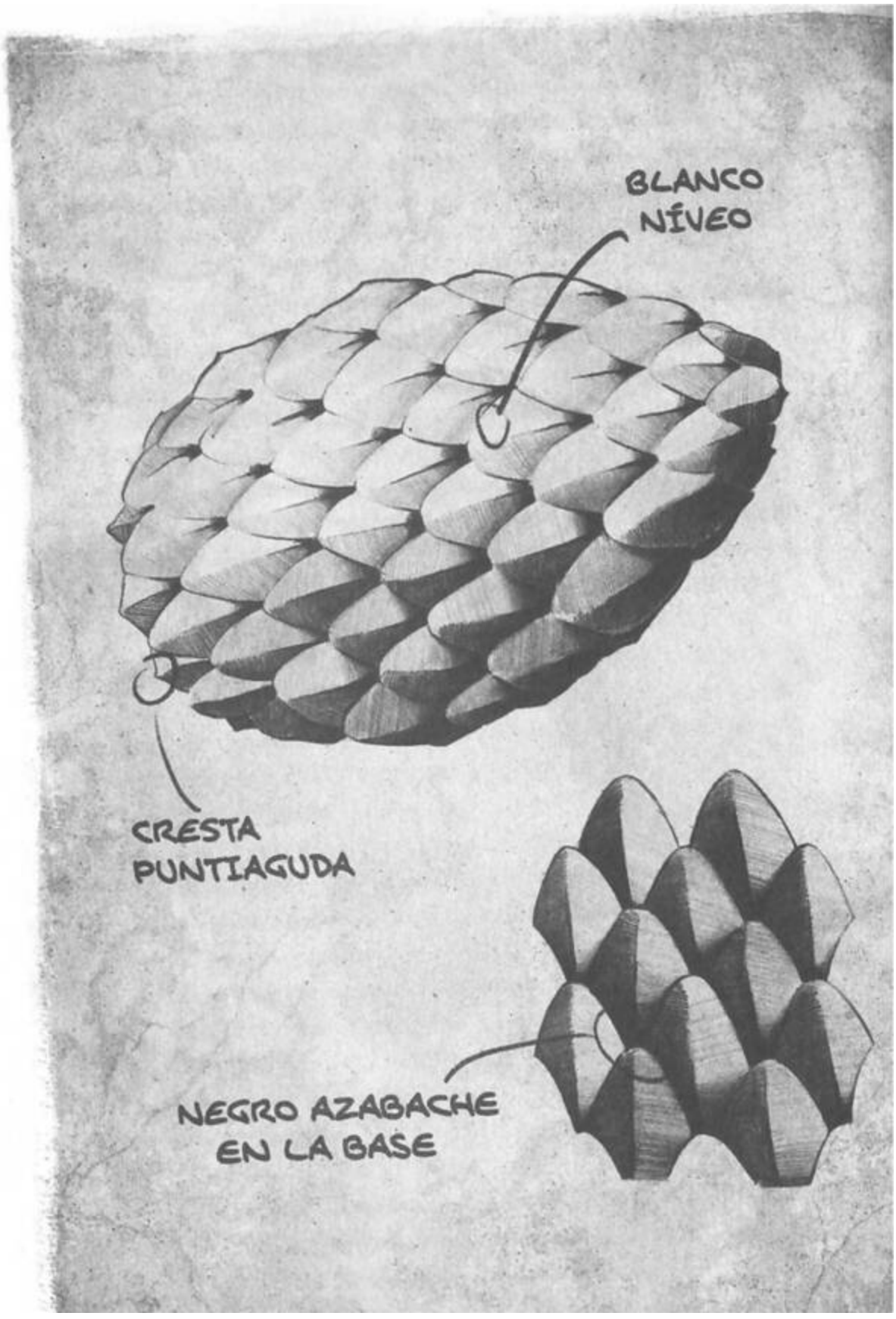
—¿De verdad? ¿Estás seguro de que podemos permitírnoslo?

—Por supuesto —respondió Rhett—. Ya lo tuve en cuenta antes

de salir.

Ella le dio un beso en la mejilla.

«Solo hay que racionar un poco la comida los próximos días».


BLANCO
NÍVEO
CRESTA
PUNTIAGUDA
NEGRO AZABACHE
EN LA BASE

CAPÍTULO 15
LAS SOMBRAS NO DUERMEN

Viajaron desde el amanecer hasta el atardecer, deteniéndose solo para dejar descansar a los caballos y comer un poco de cecina y queso. Calen no recordaba la última vez que su cuerpo había estado libre de dolor. Nunca había pensado que montar a caballo pudiera causar tanto sufrimiento, pero se equivocaba. Tenía la parte interior de las piernas enrojecida y en carne viva, y un dolor constante le recorría la espalda desde las nalgas hasta el cuello.

No habría sido tan malo de haber tenido la oportunidad de descansar de forma adecuada, pero cada vez que se detenían Aeson llevaba a Calen y Dann a practicar con la espada mientras los demás observaban. A veces Erik o Dahlen se unían si Aeson lo pedía. Therin y Rist se quedaban casi siempre junto a los caballos, tumbados en el suelo. Rist seguía absorto en el libro que había comprado en Molinar.

Aeson les hacía practicar distintas suertes. Calen reconocía algunas por haberlas probado con su padre, pero la mayoría le eran desconocidas. Aprender una suerte nueva era lento y repetitivo, pero, una vez que se le pillaba el truco, el movimiento empezaba a fluir. Aunque le dolía el cuerpo, encontraba consuelo en las suertes de la espada y, sobre todo, una familiaridad muy tranquilizadora.

Cuando el sol se hundió en el horizonte y los pájaros comenzaron su canto nocturno, Dann frunció el ceño. No era tan rápido como

Calen para aprender las distintas suertes, lo que lo frustraba sobremanera. Nunca le había gustado no ser el mejor en algo. Por suerte, aquella noche no habría entrenamiento; Camylin les daría un respiro. Eso no le impidió enfadarse, como había hecho todas las noches desde que comenzaron a entrenar.

—Camylin —dijo Erik mientras detenía el caballo junto al de Calen en la cima de la colina.

La luz del crepúsculo bañaba los tejados de pizarra roja de la ciudad, enclavada en la ladera de la montaña. Rodeada de enormes murallas, cuyo perímetro se veía cortado a intervalos regulares por gruesas torres cilíndricas, era mayor de lo que Calen recordaba. Incluso desde la distancia, la fortaleza se elevaba por encima del resto de la ciudad. Se apoyaba contra la muralla noreste, justo bajo la ladera. El Claro habría cabido dentro de las murallas de la ciudad cien veces, y aún habría sobrado espacio.

—Vaya…

No era habitual que Dann se quedara boquiabierto. Calen había olvidado que nunca había estado en Camylin; Ölm era el lugar más oriental al que había ido.

Dahlen se echó a reír.

—Un poco más grande que tu pueblo, ¿no? Solo tiene la mitad del tamaño de Berona y una vez y media el de Antiquar o Vaerleon.

Dann murmuró para sí mismo:

—¿«Un poco más grande que tu pueblo»? Gilipollas.

Ni Calen ni Erik pudieron evitar reírse, para gran irritación de Dahlen.

Una vez que las risas se apagaron, Rist se volvió hacia Calen.

—¿Te encuentras bien?

El joven percibió la vacilación en su voz. Sabía que su amigo tenía buenas intenciones, pero no estaba preparado para hablar; en realidad no estaba preparado para creer lo sucedido. Lo mejor era enrollarlo en una pequeña bola y esconderlo en algún lugar recóndito de su mente. Volvería a ello, pero aún no. Era demasiado doloroso. Si lo dejaba, lo destrozaría.

—Sí, estoy bien —mintió—. Solo intento no pensar en ello. ¿Has estado alguna vez en Camylin?

Calen era consciente de que Rist sabía que estaba tratando de cambiar de tema. Ambos sabían de sobra que Rist había estado en Camylin en muchas ocasiones con Lasch, pero su amigo lo dejó pasar.

—De hecho, sí —le siguió el juego—. He estado varias veces con papá, cuando compraba alfombras y cuadros para la posada.

Calen asintió en señal de reconocimiento. Ambos sabían que la respuesta no era necesaria, pero se agradecía.

Therin detuvo el caballo justo antes de que se incorporaran a la carretera principal que llevaba a Camylin.

—Aquí os dejo. Camylin no es lugar para un elfo. Al menos, no para uno que quiera conservar la cabeza. Nos veremos mañana al mediodía en La Hoja Marchita, a un par de horas al este de Camylin. —Acercó su caballo al de Calen y se inclinó hacia el joven. Su voz era un susurro en el viento—. Tu padre era un gran hombre. Lo lloraré cada día que pase. Se merecía una muerte mejor.

No esperó respuesta. Se ajustó la capa y se aseguró de que los cordones estuvieran bien atados. Espoleó el caballo y se lanzó al galope hacia el sur por el camino descendente que rodeaba Camylin, ignorando los gritos de Calen.

—¡Espera, Therin!

«¿Qué quería decir?».

Camylin se encontraba al pie de la cresta Lupina. Era el embudo por el que los habitantes de los pueblos viajaban para llegar al continente de Illyanara y la única ciudad importante en varias decenas de leguas, lo que implicaba que la carretera principal que llevaba a la ciudad siempre estaba muy transitada. Por todas parte, Calen veía los carros de los comerciantes cargados con todo tipo de mercancías, desde ruedas de queso hasta barriles de sidra y

cerveza. Los carruajes más elaborados y ornamentados pertenecían a los comerciantes de seda y vino, cuyo elevado estatus era evidente por el modo en que alzaban la nariz.

Había jóvenes en busca de empleo o de una oportunidad de llevar una vida más ajetreada que la que les podían ofrecer sus pueblos. Hombres de aspecto robusto con espadas y hachas atadas a la cintura y a la espalda caminaban junto a familias que habían decidido venir a ver la ciudad. Calen tuvo que reprimir una risita de diversión ante la extraña mezcla de gente.

Se subió la capucha cuando vio a habitantes de los pueblos; reconocía a algunos y a otros no, pero incluso los desconocidos eran fáciles de identificar por las miradas expectantes y los ojos muy abiertos. La mayoría nunca habría visto nada parecido a Camylin. Una oleada de pánico lo invadió cuando sintió una mano agarrándole la nuca y bajándole la capucha hasta los hombros.

—Quítate esa maldita cosa —susurró Aeson, con evidente irritación incluso en su tono apagado—. ¿Cómo crees que reaccionará la Guardia de la ciudad ante un jinete encapuchado con una espada élfica atada a la cadera? Piensa con la cabeza, no con el culo.

Dicho esto, siguió trotando y se puso al frente de la comitiva. Calen no creía que los demás se hubieran dado cuenta, o al menos fingían no hacerlo. Sintiendo una punzada de vergüenza, cubrió la espada con la capa. Era lo último que le había dado su padre.

Los guardias de la ciudad apenas se fijaron en ellos cuando atravesaron la enorme puerta arqueada. Iban lo suficientemente separados para no despertar sospechas; por sí solos ninguno llamaba ni la mitad de la atención que los mercenarios o los asesinos, con sus armaduras maltrechas y su variopinta colección de cicatrices y heridas de guerra.

Una vez cruzada la puerta, la carretera se ensanchaba hasta duplicar su tamaño original. Había una división en el centro, ocupada por una larga hilera de puestos de vendedores ambulantes, intercalados con grandes olmos, cuidadosamente podados para

proporcionar la cantidad justa de sombra. La calle estaba enmarcada a ambos lados por grandes edificios de piedra y una red de calles laterales y escaleras que fluían sin cesar, a medida que la ciudad se extendía hacia arriba en abanico.

Era una vista aún más espectacular de lo que Calen recordaba. De cerca, se sentía como una hormiga junto a los gigantescos edificios. Antes de poner los ojos por primera vez en Camylin, siempre había pensado que nada podía igualar el bullicio y la grandeza del Mercado Lunar, por muy lejos que viajara. Pero en Camylin era como si el Mercado Lunar tuviera lugar en cada esquina, en todo momento, y ni siquiera era un día señalado.

—La posada está justo delante —dijo Aeson—. Llevaremos los caballos a la parte trasera, al patio del establo, y reservaremos algunas habitaciones para pasar la noche. Me reuniré con nuestro conocido allí dentro de una hora más o menos. Sería mejor que estuviéramos instalados para entonces. Y nada de nombres una vez dentro.

Aeson desvió el caballo hacia la derecha para evitar atropellar a un niño pequeño que se tambaleaba sin rumbo fijo, ajeno al hecho de que casi se había convertido en pintura en la herradura del caballo castrado.

El patio del establo de El Reposo del Viajero era bastante pequeño, con solo tres o cuatro caballos atados fuera. Era de esperar. Dado el tamaño de la ciudad, no había mucho espacio para establos extravagantes.

El interior de la posada era otra historia. La sala común era enorme, al menos tres veces mayor que la de El Dragón Dorado; olía a vino, incienso y humo de tabaco. Había reservados en todas las paredes, excepto en la que estaba tras la barra, ocupada por grandes barriles de vino y cerveza. Todos los muebles eran de la madera más exótica y el terciopelo y cuero más finos que Calen había visto jamás. Una larguísima tabla de roble ejercía las funciones de barra, tallada con tal detalle que rivalizaba con la artesanía de los dos dragones que se sentaban en lo alto de la escalera de la posada

de Lasch.

Calen no pudo evitar seguir con el pie el ritmo de la melodía que el bardo tocaba con la flauta. Le resultaba familiar, aunque no reconocía la letra que cantaban los demás clientes.

La clientela era la mezcla más extraña que había visto jamás: comerciantes vestidos con finas sedas de atrevidos colores rojos, dorados y verdes; individuos de aspecto taimado, con ojeras y la ropa manchada de suciedad, quizá carteristas y ladrones a juzgar por su aspecto; hombres y mujeres canosos con pesadas armaduras de cuero y más cicatrices en el rostro que pelo en la cabeza. Calen no sabía muy bien qué pensar de todo aquello. Ninguno parecía estar en su sitio, pero tampoco fuera de lugar.

—¿Qué es esto? —le susurró a Erik.

—Es una… ¿zona de reuniones privada? —respondió Erik, como si él mismo no estuviera muy seguro—. Mi padre la utiliza a menudo para reunirse con conocidos.

Calen asintió mientras examinaba la sala. Entendía por qué Aeson la usaba para reunirse con conocidos, lo que parecía una forma elegante de decir «cualquiera con quien no quisiera que lo vieran».

No tardaron mucho en repartir las habitaciones. Al posadero solo le quedaban dos, cada una con tres camas. Calen, Rist y Dann se quedaron con una, y Aeson, Erik y Dahlen con la otra.

—Cinco minutos —dijo Dahlen al separarse—. Nos vemos en la sala común.

Calen tenía claro que la habitación que les habían dado solo estaba pensada para una persona. Las tres camas estaban tan juntas que no había espacio suficiente entre ellas ni poniéndose de lado. Además, era muy austera. La única decoración de la pared consistía en un agujero mal tapado y una lámpara de aceite que tenía pinta de llevar rota mucho tiempo.

—Recuérdamelo otra vez, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Rist mientras lanzaba la bolsa sobre la cama situada en el extremo derecho de la estrecha habitación.

—No tenemos muchas opciones —dijo Dann.

Se encogió de hombros y pasó la mano por el trozo dañado de pared. Luego dejó caer la bolsa en el suelo junto a la cama y se volvió hacia la puerta.

—Vamos, han sido unas noches muy largas. Tomemos algo.

«Estamos aquí porque voy a encontrar a los que me quitaron a mi familia».

Erik y Dahlen ya habían reservado una gran mesa circular en la esquina oeste de la sala cuando Calen, Rist y Dann llegaron al pie de las escaleras.

—¿Dónde está…? Ya sabes —preguntó Dann mientras se acercaban a la mesa.

Su voz se apagó cuando se percató de la mirada severa de Dahlen. Aeson les había advertido que no mencionaran nombres allí.

—Ocupándose de unos asuntos —dijo Erik, señalando con la cabeza uno de los reservados, con la cortina completamente corrida —. Terminará en unas horas —añadió, dándole un codazo juguetón a Dahlen.

—¿Unas horas? ¿Qué se supone que debemos hacer hasta entonces? —preguntó Dann, incrédulo.

Erik se encogió de hombros.

—No sé vosotros, pero yo pienso beber.

—Vaya, por fin hablas mi idioma —dijo Dann.

Mientras se sentaban, llamó con un gesto a una camarera ligeramente abrumada y le pidió tres cervezas más. Ella asintió tímidamente antes de desaparecer entre la multitud que la rodeaba.

—Una moneda de cobre a que se olvida de las bebidas —le susurró Dann al oído a Calen.

—Acepto.

Rist levantó la vista del libro que acababa de sacar del bolsillo.

—Si me paso esperando el resto de la noche porque vosotros estáis jugando a un estúpido jueguecito, juro por los dioses que os tiraré agua mientras dormís.

—Oh, relájate —dijo Dann, apartando a Rist con un gesto—. Tú a

tu libro, y deja de arruinarnos la diversión.

Rist frunció el ceño con desaprobación. Se humedeció la punta del dedo, pasó la página y se sumió de nuevo en la lectura.

—Nunca había estado en Camylin. Debe de ser diez, quizá veinte veces más grande que El Claro. De hecho, creo que Ölm es lo más al este que he estado. ¿Cuánto queda para llegar a Bel…?

Dahlen volvió a fruncir el ceño y levantó las cejas. Dann no era muy bueno manteniendo la boca cerrada; y con la cerveza, la cosa iba a empeorar. Calen vio por el rabillo del ojo a la camarera que pasaba junto a la mesa, deambulando como una gallina sin cabeza. Ya se había olvidado. Esperó a que Dann se lanzara a otra diatriba verborreica, y entonces la miró a los ojos, señalando la mesa. El reconocimiento se reflejó en su rostro. Asintió de nuevo y corrió hacia la barra, recogiéndose las faldas con los puños mientras se abría paso entre la multitud ebria. En pocos minutos, estaba de vuelta en la mesa, disculpándose profusamente. Colocó tres jarras de cerveza fría frente a Dann, quien le sonrió, le pagó las bebidas y luego deslizó una hacia Calen y otra hacia Rist. Se llevaba la jarra a la boca cuando Calen tosió ruidosamente, con una ceja enarcada.

—Oh, muy bien. Eres un mal ganador.

Rebuscó en el bolsillo para sacar la moneda. Frunció el ceño y se la lanzó a Calen con un poco más de fuerza de la necesaria. Rist levantó la vista del libro con una sonrisa cómplice. No se le escapaba nada.

Las bebidas siguieron fluyendo a medida que avanzaba la noche. Con cada trago, Dann decía más y más tonterías. Afirmaba que el oso que mataron durante la Prueba era tan grande como un dragón.

—¡Era enorme! Al menos tres varas y media… ¡Hip! O cuatro.

Para cuando Aeson salió del reservado, Dann había exagerado con éxito todas las historias que Calen sabía que eran ciertas y también había inventado otras bastante dudosas.

Rist apenas había levantado la vista del libro. Dahlen, para sorpresa de Calen, parecía genuinamente fascinado con las historias de Dann, y le seguía el ritmo bebiendo cerveza tras cerveza. Quizá

eso último explicase su interés.

Por otro lado, Calen consiguió que Erik aceptara una revancha en el lanzamiento de hachas, ya que era obvio que había fallado a propósito el último lanzamiento.

Su espalda rugió de alivio cuando finalmente se derrumbó sobre la cama. Era un respiro muy bienvenido del dolor punzante que había sentido durante la mayor parte del día. Tumbado sobre el colchón, estiró las piernas y los brazos. Le ardían de esa forma deliciosamente dolorosa que se siente después de haberlos usado en exceso. Ni siquiera los ronquidos ebrios de Dann le impedirían dormir aquella noche.

El crujir de las tablas del suelo en el rellano, justo fuera de la habitación, lo despertó de su ligero sueño.

—Dann —susurró, intentando transmitir toda la urgencia que la situación permitía. No hubo respuesta. Dann seguía roncando bastante fuerte. Calen suspiró y levantó los ojos al cielo—. Rist…

—¿Sí?

La voz de Rist era somnolienta, no estaba del todo despierto. Se frotó los ojos con la palma de la mano y se incorporó en la cama.

—Hay alguien fuera de la habitación —dijo Calen, señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Calen, no seas tan…

Pum.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamó Dann, despertándose de golpe.

La puerta se abrió con fuerza, golpeando violentamente la pared de madera. Erik estaba de pie en la puerta abierta, con un cuerpo a sus pies. La sangre fluía por el suelo.

—Vestíos y coged vuestras cosas. Tenemos que irnos, ahora mismo. —Se encontró con miradas en blanco—. ¡Ya!

El viento, gélido y cortante, azotaba el rostro de Therin en su

cabalgada nocturna. Se envolvió bien en la capa y le indicó a Vaen que acelerara el paso. Algo no iba bien. No sabía qué era, pero sabía que pasaba algo, como una sensación que le rondaba en la cabeza.

Estaba a menos de media hora a caballo de La Hoja Marchita. Conocía al posadero y, si se mantenía al margen, no habría ningún problema. Era increíble lo tolerante que se volvía la gente cuando había dinero de por medio.

Le vendría bien una comida caliente y una buena noche de sueño. El dolor en la espalda era cada vez mayor y sentía las muñecas agarrotadas. Hacía mucho que no descansaba como era debido. Demasiado. Apretó los dientes y espoleó a Vaen para que fuera más rápido.

Le repugnaba abandonar el huevo ahora que Aeson por fin lo había encontrado, y también a Calen. Era un extraño giro del destino que hubieran pasado siglos buscando un huevo, solo para encontrar a su draleid por pura casualidad. En cuanto a que el draleid fuera el hijo de Vars…, daría algo por saber las probabilidades de que eso ocurriera.

«Descansa en paz, amigo mío. Velaré por él; al menos, consideraste oportuno dejarle mi espada».

Y estaba el otro, Rist, que llevaba dentro la Chispa, algo muy poco común en aquellos días entre los sureños. Al parecer había algo de verdad en los cuentos de viejas sobre inquisidores que vagaban por las tierras y se llevaban a los niños que se portaban mal; en realidad buscaban a aquellos que mostrasen siquiera un atisbo de la capacidad de tocar la Chispa y se los llevaban a la Atalaya de Berona, lo que había diluido el linaje en el sur. Cada año parecía haber menos personas con el potencial de manejar la Chispa. Muy triste. Lo más probable era que los pueblos no hubiesen visto un inquisidor en varias generaciones… hasta ahora.

«Vivir en los confines del continente puede tener sus ventajas».

Lanzó una imprecación cuando Vaen se tambaleó hacia delante y se retorció con violencia, casi tirando a Therin de cabeza contra la tierra compacta. Pisoteó el suelo y relinchó ansiosamente mientras

giraba la cabeza de un lado a otro. Therin tardó un segundo en recuperar la compostura. La sacudida repentina había interrumpido sus pensamientos.

—Extraño, ver a un elfo por estos lares.

La voz resonó en la noche, como si proviniera de todas partes y de ninguna a la vez. Therin la conocía, o al menos el sonido que producía. Era áspera, como acero arrastrado por un camino de grava. Un escalofrío incontrolable le recorrió la espalda; buscó la Chispa, tirando de los hilos del Fuego y el Espíritu.

«Por si acaso».

La oscuridad no debería haberle afectado la vista, no con la Chispa fluyendo a través de él. El equilibrio adecuado entre el Fuego y el Espíritu debería haberle dado la visión nocturna de un kato, pero la luz parecía alejarse de él, envolviendo la noche en oscuridad.

—Oh, vamos, vamos. Sabes que no es eso, elfo.

Dejando que la Chispa ardiera en su interior, Therin tiró con fuerza de los hilos del Fuego y el Aire. Lanzó una llamarada rugiente desde la palma de la mano en un amplio arco frente a él. Alcanzó a ver la túnica negra ondeando al viento, adornada con espirales y remolinos de color azul oscuro. Solo fue un destello y desapareció, pero sabía lo que se escondía bajo la capucha de esa túnica. Una piel fina y pálida, no correosa ni agrietada como la piel de un animal del desierto, sino suave como la seda más fina de Narvona. Ojos azabache, de comisura a comisura, tan negros que atraían la luz circundante. Un umbrío era una criatura de sombra innata, un mago que compartía su cuerpo con la oscuridad misma y estaba consumido por la necesidad de poder. En realidad solo creía estar compartiendo el cuerpo; Therin estaba seguro de que no era el mago quien estaba al control.

—¡Corre! —Rugió, azotando las riendas.

Espoleó con fuerza a Vaen, instándolo a moverse tan rápido como le permitieran las patas, dirigiéndolo de vuelta hacia Camylin.

«El huevo. Sabe dónde están».

—Demasiado tarde, elfo —dijo una voz grave, como si proviniera

de todas partes a su alrededor. Estaba jugando con él—. No vas a llegar a tiempo; bueno, no vas a llegar. Punto.

Una flecha le pasó silbando junto a la cabeza. La oscuridad era su única salvación. Los soldados no estaban protegidos por la misma magia oscura que el umbrío. Los veía perfectamente.

Sintió el áspero roce en el fondo de la mente mientras extraía hilos de Tierra. Empujó los hilos hacia el suelo y recogió un buen puñado de arcilla que moldeó en forma de punta. La endureció hasta convertirla en piedra y la lanzó perforando el aire hacia los arqueros escondidos en la espesura a la derecha. Cayeron uno tras otro mientras pasaba a caballo; la punta endurecida de arcilla desgarró las armaduras como si fueran alfombras. La Tierra nunca había sido su punto fuerte, pero podía manejarla.

No miró atrás mientras caían los cuerpos. Tenía que llegar a Camylin. Puso la mano en el cuello de Vaen y tiró de los hilos del Espíritu. Obligó al caballo a ir más rápido, extrayéndole el dolor de las patas y el cansancio de los pulmones. Iba a necesitar un lago descanso cuando todo acabase. Ambos lo iban a necesitar.

CAPÍTULO 16
COMO EN CASA EN NINGUNA PARTE

El sol poniente bañaba la ciudad con un cálido resplandor; los rayos anaranjados que se reflejaban en la suave piedra gris de los edificios hacían que Camylin pareciera mágica. Ella había pasado el día explorando los interminables mercados de la ciudad. Nunca había visto nada igual. Plazas enteras de puestos de mercado dedicadas exclusivamente a sedas de diferentes colores; amplias calles llenas de comerciantes que vendían bufandas, vestidos y sombreros de todo tipo. Había columnatas repletas de vendedores ambulantes que ofrecían todo lo que Ella nunca había sabido que no necesitaba. Podría haber pasado días recorriendo las calles de la ciudad y no habría visto todo cuanto había que ver.

El enorme tamaño de Camylin hacía que El Claro pareciera el lugar más pequeño de Eferia. Ojalá su padre la hubiera llevado con Calen cuando habían ido de visita. Los echaba de menos, al igual que a su madre. No podía ser, echaba de menos a su mamá. Solo habían pasado unos días, pero así era. Sabía que podrían pasar años antes de volver a verlos.

Se agarró el dobladillo de la falda sin darse cuenta. Estaba haciendo lo correcto.

—Disculpa, joven —dijo una vocecita tras ella.

Vio a un niño pequeño, de unos diez años. Llevaba una gorra

redondeada con visera rígida en la parte delantera que le daba sombra a las mejillas demacradas, ennegrecidas por la suciedad. La ropa le quedaba grande, claramente heredada de un hermano mayor. Tenía ojeras y parecía como si no hubiera comido en días.

—¿Podrías darme algo de comida? Tengo mucha hambre… Siento pedirlo…

El corazón de Ella se derritió al ver al niño.

—Por supuesto.

—Eh, vete de aquí. ¡Deja en paz a mis clientes!

Los ojos del comerciante eran duros como piedras. Era un hombre de aspecto horrible, de bigote espeso y tupido, ceño fruncido y cabeza calva. Ella había visto cerdos en mejor forma; la gran barriga redonda sobresalía bajo la fina camisa de seda y parecía que le faltaba el aliento solo por estar de pie. Con una última mirada de pesar hacia Ella, el niño se escabulló entre la multitud.

—Malditas sanguijuelas —murmuró el comerciante, sacudiendo la cabeza mientras se preocupaba por arreglar su elegante ropa.

—Mejor una sanguijuela que un cerdo —espetó Ella.

El comerciante la miró sorprendido mientras se levantaba el borde de la falda, se daba la vuelta y se dirigía tras el niño. Lo encontró apoyado contra una pared, con un torrente de lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Eh… ¡Eh! —Se agachó frente a él, metió la mano en su bolso y sacó una manzana verde brillante—. Toma. Vamos.

El niño la miró con cautela. Era evidente que no estaba acostumbrado a que alguien lo ayudara. Extendió la mano y agarró la manzana verde con los dedos. La acercó hacia sí, como si pensara que era un truco. En cuanto se alejó de las manos de Ella, se la llevó a la boca y la mordió con ansia, salpicando sus mejillas con su dulce jugo.

—Gracias —dijo, con la boca aún llena.

Ella le dedicó al niño una débil sonrisa. Contempló el interior de la bolsa, el pan y el trozo de queso que había comprado para ella y Rhett para más tarde esa noche, y luego volvió a mirar al niño. Se

había comido toda la manzana, con corazón y todo.

—Toma —dijo, poniéndole el pan y el queso en los brazos—. Para ti y tu hermano.

Los ojos del niño reflejaban una mezcla de alegría y confusión.

—No puedo aceptarlo… ¿Cómo sabías que tenía un hermano?

Ella alzó la mano con la palma hacia el niño, como había visto hacer a su madre con Calen cada vez que él discutía con ella.

—Tómalo. No discutas.

Se enderezó y se alisó el vestido con las manos.

—Gracias.

—De nada. ¿Cómo te llamas? —preguntó Ella.

—Me llamo Gareth, señorita —dijo el niño tímidamente.

—Encantada de conocerte, Gareth. Me llamo Ella. Cuídate, ¿vale?

—Sí, maesa Ella. Gracias.

Ella sonrió. Gareth se levantó y se dirigió a una calle lateral cercana, mirando hacia atrás cada dos pasos con una sonrisa en el rostro. La joven se echó a reír para sus adentros mientras deambulaba entre los puestos del mercado. Tendría que encontrar algo para comer más tarde, pero de ninguna manera iba a dejar que el niño pasara hambre.

«Supongo que eso es lo que pasa en ciudades como esta. Hay tanta gente que algunos simplemente quedan olvidados. Eso nunca pasaría en El Claro».

Compró otra barra de pan en una panadería cercana, pero no tenía suficiente dinero para reemplazar el queso, así que tendrían que prescindir de él. Aceleró el paso al ver que el sol se ponía. No se había dado cuenta de cómo pasaba el tiempo. Rhett ya estaría de vuelta en la posada; ella nunca había estado sola en una ciudad después del anochecer. Le había insistido en que quería hacer la compra sola, que solo la ralentizaría, pero empezó a arrepentirse de ello al ver que las calles empezaban a vaciarse. El resplandor naranja se desvaneció, mezclándose con la pálida luz de la luna, y los comerciantes y vendedores ambulantes guardaron las mercancías en los carros y cajas.

Se dio cuenta de que los rostros que quedaban en las calles no eran tan amigables como los que había visto antes. Eran duros, con ojeras, de piel áspera y curtida, marcada por cortes y cicatrices. Todos la miraban fijamente, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con ojos que no parecían bienintencionados. Volvió a acelerar el paso; si trataba de ir más rápido acabaría echando a correr. Las sombras acechaban en cada esquina y calle lateral; crecían conforme el sol se retiraba.

Bajó la mirada y se concentró en sus pasos.

«Camina, no pienses».

No sabía muy bien por qué le latía tan rápido el corazón. No había pasado nada, y sin embargo tenía miedo.

—¿Qué tal, nena? ¿Te apetece un poco de compañía? —Oyó una voz ronca al otro lado de la calle.

Miró hacia allí. La voz provenía de un individuo al menos veinte años mayor que ella. Tenía el pelo largo y grasiento, de color negro grisáceo. Una horrible cicatriz le cruzaba el rostro en diagonal. Ella clavó de nuevo la vista en el suelo, luchando contra el escalofrío que le recorría la espalda, y siguió caminando.

«Ya no queda mucho. Solo unos minutos. ¿Por qué insistí en ir sola?».

Estaba a solo una esquina de la posada cuando se topó con lo que parecía un muro de ladrillos. Levantó la vista y vio el rostro de un hombre bastante atractivo. Era un par de dedos más bajo que Calen, pero diez años mayor, por lo menos. La mirada de sus ojos la inquietó.

—Vaya, vaya, vaya. Mira lo que tenemos aquí, Rufin. Una señorita perdida.

La voz era untuosa. Un olor acre a alcohol barato emanaba de su boca abierta. Ella dio un salto hacia atrás, sorprendida.

—Vamos, vamos, señorita. No te escapes.

El tal Rufin era un tipo desaliñado y delgado. Tenía el pelo negro y espeso peinado hacia atrás, reluciente a la luz de la luna. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—Solo queremos jugar.

Ambos hombres soltaron una risita entre dientes. El corazón de Ella latía con fuerza. Las manos no dejaban de temblarle.

—Por favor, dejadme en paz. No quiero problemas.

Las palabras salieron temblorosas de su boca.

—Pequeña, nosotros tampoco queremos problemas. Solo queremos jugar. Te gusta jugar, ¿verdad?

La rodearon muy despacio.

—Vamos. Creo que podríamos hacerte pasar un rato tan agradable que a lo mejor hasta quieres pagamos después —dijo el hombre atractivo, riéndose para sus adentros.

Hubo un movimiento rápido que los ojos de Ella no pudieron captar. El guapo cayó al suelo con un grito. Se llevó la mano izquierda a la cara, intentando detener el flujo de sangre que le brotaba del labio.

—La joven te dijo que la dejases en paz.

Quien había lanzado el puñetazo era más alto que los otros dos. No tendría de dos o tres veranos más que Ella, pero se comportaba como si hubiera visto muchos más. Llevaba un manto blanco brillante sobre los hombros y una sobrevesta de color verde oscuro con el diseño de una espada apuntando hacia abajo incrustada en un sol radiante en el centro, todo pintado en blanco.

—Oh, vas a pagar por eso —gruñó el tipo guapo mientras se ponía en pie.

El fino hilo de sangre que fluía sin cesar marcaba ahora una línea desde sus labios hasta la barbilla. Apretó los puños. El de la sobrevesta verde ladeó la cabeza. Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios, como si le divirtiera el comentario.

—Kaffa, mira el símbolo —dijo Rufin, señalando la espada y el motivo del sol radiante en la sobrevesta del hombre. Su voz apenas superaba un susurro—. Los Caballeros de Achyron.

Kaffa entrecerró los ojos con recelo.

—¿Los Caballeros? ¿Esa secta vetusta? Escuchas demasiados cuentos de hadas, Rufin —se burló.

—No es un cuento de hadas, Kaffa. No vale la pena.

Rufin puso la mano en el hombro de Kaffa y tiró de la camisa para llevarlo a uno de los callejones laterales. Su mano encontró resistencia, pero Ella vio vacilación en los ojos de Kaffa.

Se dio cuenta de que todavía se interponía entre el hombre de la sobrevesta verde y sus posibles atacantes. Retrocedió muy despacio, hacia el borde de la calle, con la mirada oscilando entre los dos.

—Yo escucharía a tu amigo. Todos los cuentos de hadas contienen algo de verdad —dijo el desconocido.

Hablaba con voz monótona y mesurada. Tenía la mano apoyada en la empuñadura de las espadas y los dedos tamborileaban sobre el pomo redondeado de plata. Kaffa y Rufin intercambiaron una mirada. Kaffa soltó un suspiro de irritación. Entrecerró los ojos y un gruñido se le escapó de la garganta. Alzó la mano y señaló al caballero.

—Ya nos veremos.

Las palabras salieron de sus labios como piedras arrastradas sobre hierro oxidado.

—Cuento con ello —respondió el caballero mientras los dos se escabullían entre las sombras.

Se volvió hacia Ella, hinchó las mejillas y soltó un suspiro, antes de esbozar una tímida sonrisa.

—Bueno, podría haber sido peor —dijo mientras se echaba a reír y se pasaba la mano por el pelo—. ¿Estás bien?

A Ella le desconcertaba por completo lo tranquilo que estaba. Su corazón latía a toda velocidad, como si corriera por su vida, y tenía un nudo en el estómago. Pero él parecía como si acabara de separar a dos niños que se peleaban.

—Sí… Gracias por lo que has hecho. Es mi primera vez en la ciudad. No sabía…

—No pasa nada. Camylin es una ciudad encantadora… durante el día. Por la noche, es un poco diferente, como cualquier otra ciudad. No es seguro pasear a solas, seas hombre o mujer.

Ella alzó una ceja.

—Tú estás paseando solo.

—Bueno, en mi caso es un poco diferente, como puedes ver.

Señaló con un gesto el callejón por el que se habían escabullido los dos hombres.

—Cierto. Bueno… Gracias. Te agradezco mucho tu amabilidad, pero debo irme. Llego muy tarde y Rhett estará preocupado.

—No tienes que ir muy lejos, ¿verdad? Puedo acompañarte.

—No, no… No pasa nada. Tengo que irme. Gracias de nuevo. Cuídate.

Ella se alejó tan rápido que casi corría. Le oyó llamarla, pero no pudo distinguir las palabras. Su corazón seguía latiendo con fuerza en su pecho, como si fuera una puerta a la que había que responder desesperadamente.

Mientras caminaba, sintió una lágrima resbalar por la mejilla. Rompió a llorar en silencio, sin reducir el paso.

No podía decírselo a Rhett. No quería que se preocupara. Nunca más la dejaría ir sola a ningún sitio.

Rhett tamborileaba con los dedos sobre la vieja mesa de roble. Había visto días mejores. Arrancó una tira de madera del borde; se desmoronó y se desprendió al tocarla. Llevaba aproximadamente una hora de vuelta en el Roble Contrahecho. El posadero, Forn, se le había acercado nada más entrar con una gran sonrisa en su rostro huesudo y curtido para decirle que alguien le había dejado una carta. Rhett le había dicho a su tío dónde estaría, pero no esperaba recibir carta suya.

Pensativo, tomó un sorbo de cerveza. No estaba seguro de si alguna vez se acostumbraría a su sabor áspero y amargo. Siempre se le quedaba en la garganta mucho más tiempo del deseado. No se parecía en nada al delicado sabor del hidromiel de Lasch Havel. Casi podía saborear la dulce miel en su lengua. Lo echaría de menos.

Suspiró para sus adentros con nostalgia, tomó la carta con

ambas manos y la leyó de nuevo.

Rhett:

Espero que estés bien.

El Roble Contrahecho ha visto días mejores, pero Forn Blackwell es un buen hombre. Cuidará de ti mientras estés en Camylin. Como hemos hablado, te he conseguido un puesto en la Guardia de la ciudad aquí en Berona. No es nada glamuroso, pero con el tiempo te irá muy bien.

En tu última carta mencionabas que tú y tu dama viajaríais a través del puerto de Otoñada. No es un lugar seguro, por muy bien que creas que puedes defenderte. Y el viaje a través de Illyanara es largo y duro incluso para un soldado curtido.

He hablado con mis contactos en el puerto de Antiquar y te he conseguido dos billetes desde Gisa. Sé que ahora mismo no tienes dinero para pagarlos; ya los he pagado yo. Me los puedes devolver poco a poco cuando llegues. Solo quiero verte aquí a salvo, o mi hermano nunca me lo perdonaría.

Cuando llegues a Gisa, ve al puerto y pregunta por un hombre llamado Jack Narys. Dile que te envío yo.

Andad siempre ojo avizor, Rhett. Estoy deseando verte y conocer a tu novia.

Cuídate,
Tanner

Era la cuarta vez que leía la carta. Cuando él y Ella habían hablado por primera vez sobre irse de El Claro, había sido con Tanner con quien había contactado. Su tío era un buen hombre. Rhett solo lo había visto unas pocas veces, ya que siempre era difícil

viajar del sur al norte, pero cada vez que se encontraban, Tanner lo trataba como si fuera su propio hijo.

«¿Gisa?». Gisa era una de las ciudades más ricas de todo el sur, a pesar de estar aislada del resto del continente. Era el principal puerto entre el norte y el sur, por donde las riquezas lorias fluían hacia las tierras meridionales. También era el lugar por donde se transportaba el oro de Aonar a Loria.

Su tío debía de haber pagado una pequeña fortuna por esos billetes. Era un acto de bondad increíble, pero no pudo evitar soltar una imprecación, porque lo había acorralado. No le dejaba ninguna opción. Despreciaba la idea de empezar su nueva vida en desventaja, pagándole a su tío un billete que nunca había pensado comprar.

Ella no estaría contenta. Tendría que decírselo. Fingir que contaban con más dinero del que realmente tenían para que ella pudiera disfrutar de los mercados era una cosa, pero aquello era diferente. De haberse tratado de cualquier otra persona, simplemente habría ido a Otoñada de todos modos y habría resuelto el problema cuando llegaran allí. Pero no podía hacerle eso a su tío.

Suspiró, exasperado. Se recostó en la silla y dio un largo trago a la cerveza, torciendo el gesto cuando le llegó al fondo de la boca.

«Es un sabor que hay que aprender a apreciar».

Su tío tenía razón. El Roble Contrahecho había visto días mejores. Se notaba que en su tiempo había sido un lugar muy apreciado. Los techos tenían casi seis varas de altura, lo suficiente para que tres hombres se subieran unos encima de otros. Las leyendas decían que Camylin había sido una ciudad de gigantes, pero Rhett siempre había pensado que solo eran eso, leyendas. Todas las mesas eran de roble macizo, un material caro, aunque ahora estaban tan desgastadas que parecían rescatadas de un pecio. Las sillas tenían cojines de terciopelo rojo, bordados con finos tejidos de oro. Al menos, estaba seguro de que en algún momento habían sido tejidos finos. Ahora estaban raídos y se desmoronaban.

Enormes losas de piedra decoraban la mitad inferior de las

paredes, apiladas unas sobre otras. Probablemente era lo único de la posada que había resistido el paso del tiempo. La mitad superior era otra historia. El moho asomaba entre las capas de pintura descascarillada.

Dio un respingo, sacado de su ensimismamiento por la tos seca y llena de flemas de un anciano que estaba sentado en la otra esquina de la sala común. El tipo parecía llevar tanto tiempo allí sentado que se había quedado pegado a la silla.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó el monedero. Lo dejó en el regazo, justo bajo la mesa, para no llamar la atención. No había mucha gente en la sala común: estaba el anciano que parecía a punto de perder un pulmón, el borracho en la barra que luchaba por mantener los ojos abiertos, un puñado de comerciantes cansados, dos camareras y el posadero, que era un hombre agradable, aunque ya había pasado su mejor momento. No creía que ninguno de ellos le prestara mucha atención.

Abrió los cordones y contó rápidamente las monedas. Tenía la esperanza de encontrar por arte de magia más de lo que esperaba. No se llevó una sorpresa agradable.

Tardarían mucho menos en llegar a Gisa que a Otoñada, tal vez solo una semana y media a caballo. El dinero les duraría mucho más. No tendrían que racionar la comida. Podrían dormir en camas cómodas todas las noches. Sería más seguro.

Sacó una moneda de cobre. La hizo rodar entre los dedos, miró la carta y luego al posadero, que asintió y comenzó a servir otra jarra de cerveza.

—Aquí tienes, joven. Esta la paga la casa. Dale recuerdos a Tanner. Estoy seguro de que le debo una en este momento.

Forn dejó la cerveza delante de Rhett. Cogió la jarra vacía, envolviendo con sus manos huesudas el asa metálica. Rhett lo miró más de cerca y se dio cuenta de que, aunque su piel parecía vieja y gastada y su cabello era fino y canoso, los ojos del hombre eran brillantes y llenos de vida. ¿Cómo conocía su tío tan bien a este hombre?

—No es necesario, pero te lo agradezco mucho, maese Pozonegro. Mi tío mencionó tu amabilidad en sus cartas. No exageró ni un ápice.

Rhett sonrió y alzó la jarra hacia el anciano, quien asintió con gratitud en respuesta.

—¿Puedo preguntarte cómo vas a llegar a Berona? ¿Por Gisa o por Otoñada?

Rhett dudó. La verdad es que él mismo no estaba seguro.

—Verás…, lo pregunto porque últimamente he oído malas noticias sobre Otoñada. Hay un gran número de bandidos en la carretera de Baylomon y en las Ciénagas Argonias. Y he oído historias de otras cosas que bajan de las montañas Marin. No es precisamente el mejor momento para viajar. No falta mucho para la Luna Sangrienta y eso está provocando todo tipo de problemas. Y no te cobraré nada por el aviso.

Negó con la cabeza mientras limpiaba distraídamente el interior de la jarra con el paño.

—Bueno, el plan original era viajar a través de Otoñada —dijo Rhett—, pero Gisa podría ser una opción. Aún no lo hemos decidido. No tendremos que decidirlo hasta que lleguemos a Resguardo. ¿La Luna de Sangre?

Forn asintió y se volvió hacia la barra, sin dejar de limpiar el interior de la jarra.

—Yo elegiría Gisa, jovencito —respondió, volviendo el rostro a medias—. Siempre que tengas dinero.

Se fue sin hacer caso de la pregunta de Rhett sobre la luna.

«Pobre. Los años le están comiendo la mente igual que le comen la posada».

Miró fijamente la bolsa. Dio un largo trago a la cerveza amarga. «Me va a costar mucho acostumbrarme a este sabor».

Suspiró profundamente mientras hacía rodar una y otra vez la moneda entre los dedos.

CAPÍTULO 17
DIVIDIDOS

El eco de pasos apresurados rebotaba en las altas paredes de la estrecha calle, perseguido por las voces que gritaban en la noche. A Calen le vibraban las piernas cada vez que sus pies golpeaban los escalones empedrados. El pecho le ardía a cada zancada.

Habían metido todo lo que podían en las bolsas. Calen se había ceñido el cinturón de la espada, Dann se había echado el arco al hombro y Rist había metido el libro en el zurrón. A continuación habían seguido a Erik por las escaleras hasta la parte trasera de la posada, donde los esperaban Dahlen y Aeson, ambos con las armaduras puestas y la espadas desenvainadas. Dahlen hacía girar ambas espadas, preparando las manos para lo que estaba por venir.

Todos los caballos del establo estaban muertos. Les habían cortado el cuello. El que había intentado colarse en su habitación no había querido arriesgarse a que escaparan a caballo.

—Por aquí, por esta calle. La Botica de Oliver tiene acceso a los túneles —dijo Dahlen entre jadeos.

Llevaban recorriendo las calles a la carrera desde que habían dejado el patio del establo, sobre todo por callejuelas y escaleras. Era duro incluso para los pulmones más resistentes. De momento, habían tenido suerte y no se habían topado con ninguno de sus

perseguidores, pero las voces de estos sonaban siempre cercanas.

—¿Quién…? —Dann se detuvo para tomar aliento—. ¿Quién cojones nos persigue? ¿Quién era el tipo de la habitación?

Bajaron por otra escalera empedrada, con paredes estrechas a ambos lados. Al llegar abajo giraron rápidamente a la derecha y luego a la izquierda. Calen no tenía ni idea de dónde estaban. Si perdía a los demás, estaría muerto en cuestión de minutos.

—Es el Imperio —susurró Dahlen—. Quienquiera que estuviera fuera de las habitaciones era un mercenario, pero los que nos persiguen ahora son sin duda soldados. Demasiados y bien organizados. No sé cómo nos han encontrado.

—Podemos discutirlo más tarde —espetó Aeson—. De momento, mejor nos movemos.

—¡Están aquí! —gritó alguien en la noche.

Los soldados irrumpieron desde una calle lateral, ocultos por la oscuridad hasta que estuvieron prácticamente encima de Calen y los demás. El joven desenvainó la espada justo a tiempo para bloquear un fuerte golpe descendente. Intentó concentrarse en sus movimientos, pero su mente iba a mil por hora.

«Mantente con vida. Mantente con vida. Vamos».

Volvió a blandir la espada y paró un golpe tras otro, pero más por suerte que por habilidad. Dann tenía una flecha en la cuerda y estaba espalda con espalda con Dahlen. A los dos les iba más o menos igual que a él. Aeson y Erik parecían tener ventaja, a juzgar por las siluetas de tres cadáveres que yacían a sus pies.

Calen se dejó llevar por el pánico por un instante, incapaz de encontrar a Rist en medio del caos. Un sonido metálico resonó en el aire cuando recibió otro golpe en la cabeza que casi lo dejó sin aliento. Rist estaba tras Dahlen y Dann, de pie sobre el cuerpo de un soldado caído. Había algo raro en la imagen, pero Calen no sabía qué.

Tenía que concentrarse.

El soldado que tenía enfrente intentó golpearlo en la cabeza, pero tropezó con algo oculto por la oscuridad nocturna. Calen

detuvo la espada con la suya y le asestó una estocada en el torso. El soldado cayó al suelo, agarrándose con las manos la herida que le había abierto en el vientre. Brotó sangre de la boca abierta. Calen sintió un nudo en el pecho y contuvo como pudo las arcadas.

—Calen… ¡Calen!

Apenas se dio cuenta de que Rist lo llamaba. No había notado que el estruendo de la lucha disminuía. Tenía grabada en la cabeza la mirada de pánico en el rostro del soldado agonizante.

—Calen, tenemos que irnos. Ya. ¡Vamos!

Tenía que concentrarse, pero sus ojos permanecían fijos en el cadáver que yacía tendido en el suelo. El tercero. Tres vidas arrebatadas por su mano. No estaba seguro de si debía contar al urak. Sí, había visto, al escapársele la vida de los ojos, que era consciente de lo que le pasaba. Claro que contaba.

Se recompuso tras unos instantes y siguió con los demás, el pecho ardiéndole de nuevo mientras se internaban una vez más en el laberinto de calles.

—Diez minutos más —animó Erik—. Creo.

—¿Crees? —exclamó Dann.

—Está oscuro, ¿vale? Diez minutos. Intenta seguir el ritmo.

Dann gruñó en señal de acuerdo.

Un peso se estrelló sobre él, lanzándolo contra la pared y sacándole el aire de los pulmones. Agarró al soldado con la mano libre y lo empujó lo suficiente para clavarle la espada en el pecho. Sintió que el cuerpo quedaba flácido al sacar la espada.

«Cuatro».

—¿Estás bien? —preguntó Dann.

—Sí —respondió Calen con un suspiro mientras contemplaba el cadáver sin vida—. Vámonos.

Seguían las vueltas y giros. Recorrieron callejuelas, subieron y bajaron escaleras, doblaron esquinas y se metieron en callejones oscuros sin aminorar el paso ni un momento. Al ardor en el pecho de Calen se sumó un dolor en las piernas. La ciudad parecía interminable.

Se oyó un aullido tras el joven, seguido del sonido de espadas chocando. Se giró. Rist yacía en el suelo, bocabajo, con el contenido de la bolsa esparcido por el empedrado. El corazón de Calen se detuvo. No podía soportar perder a nadie más.

Al cabo de un segundo vio moverse a su amigo y sintió un alivio feroz. Dahlen había vuelto a por Rist y ahora tres soldados se interponían entre la pareja y el resto del grupo. Sus espadas gemelas eran un borrón vertiginoso mientras se movía entre ellos como un bailarín.

Calen miró suplicante a Aeson y Erik. Sus ojos estaban fijos en Dahlen.

—¡Seguid! Tomaremos la otra ruta.

Dahlen se apartó de la trayectoria de una espada que cortó el aire donde había estado su cabeza, provocando un profundo corte en una de las piernas del propio atacante. Los gritos de más soldados resonaron por toda la ciudad, cada vez más cerca.

Calen apretó con fuerza la espada. Estaba a punto de echar a correr hacia Dahlen y Rist cuando una mano lo agarró por el hombro.

—No —dijo Aeson con firmeza, con la mirada fija en Calen.

—Debo…

—No. No nos harás ningún bien a ninguno de nosotros si acabas en la punta de una espada loria. Dahlen puede valerse por sí mismo y cuidar de Rist. Tenemos que seguir antes de que el resto nos alcance. No tiene sentido que nos arriesguemos todos. Hay otras formas de salir de la ciudad, y Dahlen las conoce.

Cien pensamientos se agolparon en la mente de Calen. Cada fibra de su cuerpo ardiente le decía que echara a correr hacia Rist, que acababa de ponerse en pie, pero lo que decía Aeson tenía sentido. Nunca había visto a nadie manejar una espada como Dahlen, Erik y Aeson. Quizás su padre, idea que le provocó un nudo en el estómago. Imágenes del cuerpo sin vida de Vars pasaron por su mente. Las apartó.

—Está bien.

Soltó un suspiro y miró a Dahlen y Rist. Había dos cadáveres a los pies del primero, pero nuevos soldados los sustituyeron.

—¡Calen, no podemos dejarlo aquí! —gritó Dann.

Tenía los nudillos blancos, apretados alrededor del arco. Calen miró a Rist mientras se abría paso con Dahlen hacia una calle lateral desierta. Si intentaban ayudar, podían quedar acorralados.

—No nos queda otra, Dann. Aeson tiene razón. Dahlen cuidará de él. Tenemos que confiar en ellos.

Calen vio la lucha en el rostro de Dann. Él y Rist siempre se burlaban el uno del otro, pero los tres eran como hermanos. Por muy molestos que pudieran ser a veces, cada uno de ellos moriría por los demás.

La mirada de Dann se detuvo en Rist un momento más antes de apretar la mandíbula y asentir con resignación a Calen. Echaron a correr con los demás. Con cada paso, el corazón de Calen se retorcía y los envolvía una espiral de remordimiento.

—Solo quedan unos minutos —dijo Erik.

Era obvio que intentaba tranquilizarse a sí mismo tanto como a Dann y Calen. Este se dio cuenta de que, por muy cerca que estuviese Rist de ser su hermano, Dahlen era de hecho el hermano de Erik. Sintió una punzada de culpa por dudar cuando Erik no lo había hecho.

—Aquí está —dijo este al tiempo que se acercaba un pequeño edificio, enclavado junto a la muralla de la ciudad.

Conectaba con una gran posada por un lado y un pequeño callejón por el otro. Sobre la puerta principal colgaba un letrero pintado a mano que decía: «La Botica de Oliver: Felicidad y salud».

Erik espero a que lo siguieran al lateral, luego se agachó e inclinó un barril de madera medio podrido, dejando al descubierto una pesada llave de hierro.

—Por fin buenas noticias. La llave está aquí —dijo, riéndose sin el menor entusiasmo.

—¿No estabas seguro? —preguntó Dann—. Hemos recorrido media ciudad, hemos estado a punto de morir más de una vez, ¿y ni

siquiera estabas seguro de que la llave estuviera aquí?

Erik se encogió de hombros.

—No teníamos muchas opciones. Lancé una moneda al aire.

Dann abrió mucho los ojos.

—¿Lanzaste una puñetera moneda al aire?

Erik se encogió de hombros de nuevo.

—Sí, lancé una moneda.

La cara de Dann se retorció con incredulidad.

—Una moneda… Lanzó una puñetera moneda —murmuró.

Calen tuvo que reprimir una carcajada. La ocasión no era propicia para reírse, pero descubrió que precisamente por eso le costaba más contenerse. Fue el pensamiento de Rist lo que lo detuvo.

«Por favor, que esté bien».

Erik introdujo la llave en la cerradura oxidada de la puerta lateral. Tuvo que empujarla para que encajase, pero, una vez dentro, giró sin dificultad. La puerta se abrió hacia el interior, revelando una escalera que descendía hacia la oscuridad.

—Bueno, ¿venís? —preguntó Erik mientras cruzaba el umbral.

Dann lo siguió por las escaleras; volvió la cabeza, tratando de encontrar algo de luz. Aeson le indicó a Calen que fuera el siguiente y luego pasó el último, cerrando la puerta tras de sí. Estaban totalmente a oscuras. Calen tuvo que bajar las escaleras a tientas, con una mano recorriendo la húmeda pared de piedra y la otra en la barandilla astillada. El fuerte olor a moho y madera podrida le invadía las fosas nasales.

—¿De qué conocéis este lugar? —preguntó Dann.

—Oliver es un contacto nuestro. Su abuelo construyó este túnel hace mucho tiempo. Lo utilizaba para introducir de contrabando sangre de altweid en la ciudad.

—¿Sangre de altweid? He oído que esa sustancia puede hacer milagros. Es una pena que sea ilegal.

—Así es. Con solo unas gotas, he visto a hombres reponerse de heridas a las que no tendrían que haber sobrevivido.

La madre de Calen había mencionado la sangre de altweid antes;

se fabricaba con pétalos de esa flor, molidos y mezclados con agua, y el Imperio la había prohibido en el sur. Calen había oído rumores de viajeros de que no era así en el norte.

—Padre, ¿podrías darnos algo de luz?

«¿Darnos algo de luz?».

Calen oyó un gruñido vacilante de Aeson.

—Creo que ya hemos pasado la fase de los secretos, y no quiero tropezar con algo en este túnel húmedo. Tenemos un largo camino por delante.

Aeson respondió con otro gruñido.

—¿Cómo esperas que…?

Las palabras de Dann se vieron interrumpidas cuando pequeños fragmentos de luz se encendieron frente a Aeson, fusionándose en un pequeño orbe. Flotaba en el aire, iluminando el túnel con una clara luz blanca.

—¿Qué es eso, en nombre de la Madre y el Padre? —exclamó Dann, pegando la espalda a la pared de piedra cubierta de musgo del túnel.

—Cálmate, chico —dijo Aeson. Sonaba impaciente—. Es un baldír. Haz tus preguntas cuando hayamos llegado sanos y salvos a La Hoja Marchita. Por ahora, acéptalo sin más.

Dann abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Calen lo vio en sus ojos; su mente iba a mil por hora. Igual que la de Calen.

«¿Magia? ¿Auténtica magia?».

Parecía casi aceptable que un gigante pudiera usar magia, pero no un hombre. Cien preguntas llevaron a otras cien. Las reprimió.

Con la luz pudo ver que el túnel apenas tenía una vara de ancho en ningún punto. No parecía que lo hubieran usado en varios años. El musgo cubría las paredes, con alguna que otra piedra asomando aquí y allá. Las vigas de madera que le servían de soporte parecían a punto de derrumbarse en cualquier momento por la podredumbre.

Caminaron en silencio durante lo que parecieron horas acompañados tan solo del chapoteo del barro blando bajo los pies y del chirrido de las ratas, que apenas percibían a los intrusos en su

hogar. Una pérdida repentina de luz indicó el final del túnel, ya que el orbe desapareció. Rápidamente se vio reemplazado por un rayo de luz de luna, que fluía desde el hueco de la trampilla que Erik acababa de abrir.

—Aquí no hay escaleras. Tendremos que trepar —susurró.

Un fuerte soplo de aire le indicó a Calen que acababa de seguir sus propias instrucciones. Sintió un ligero alivio cuando se impulsó y salió del túnel. Era agradable tener suficiente espacio para estirar los brazos sin tocar la roca húmeda.

—No es momento de detenerse. Tenemos que llegar a La Hoja Marchita. Therin nos estará esperando allí, y es allí donde se dirigirán los demás.

—¿Los demás?

Todos giraron la cabeza y vieron a Therin desplomado sobre su caballo a unas seis varas de distancia. Tenía ojeras y parecía a punto de caerse de la silla de montar.

Dahlen blandió una espada hacia arriba y bloqueó el golpe descendente del soldado, para a continuación clavar la otra hasta el fondo en el vientre de su oponente.

«Uno más para los dioses».

Ignorando los dolores en los hombros y la espalda, miró a Rist. El chico no era tan inútil como había pensado al principio. Dos cadáveres yacían a sus pies y se defendía contra un tercer atacante. Pero parecía cansado, mucho más de lo que Dahlen habría esperado. Se le encorvaba la espalda por el peso desconocido de la espada, sus pasos eran pesados y tenía los ojos algo vidriosos. No iba a aguantar mucho más. Un grito feroz llegó desde la izquierda de Dahlen. Esquivó el golpe por los pelos. Al hacerlo, extendió el pie y envió al soldado rodando por la escalera de piedra hacia la izquierda.

Tardaría en levantarse.

Sin dudarlo, se abalanzó sobre el hombre que estaba atacando a

Rist. Se agachó a medias y lo golpeó con fuerza en las costillas, enviándolo contra la pared de piedra que tenía a la espalda. Lanzó luego una estocada hacia arriba y la hoja se hundió en la mandíbula de su oponente. El soldado se desplomó, deslizándose por la pared como un caracol mientras Dahlen sacaba la espada.

—¿Estás bien? —le preguntó a Rist, que intentaba llenar sus pulmones de aire.

La embestida lo había golpeado casi tan fuerte como al soldado y tenía los ojos pesados. Cayó de rodillas y soltó la espada. El sonido del metal contra la piedra resonó en la calle, inquietantemente silenciosa.

—¡Mierda! —Los músculos de Dahlen gritaron en señal de protesta mientras saltaba para sostener los hombros caídos de Rist —. Rist, mírame. ¿Estás herido?

Revisó el cuerpo de Rist en busca de heridas. La confusión se apoderó de él cuando no encontró ninguna.

—No…, estoy bien. Pero débil. No puedo controlarlo.

Rist apenas podía respirar. Tenía ojeras y Dahlen habría jurado por los dioses que estaba mucho más pálido que antes.

—¿Que no puedes controlar qué? —preguntó Dahlen.

Empezaba a recuperar el aliento, pero con él, la rigidez se empezaba a adueñar de sus articulaciones. No podía esperar la respuesta. Tenían que moverse; podía oír más gritos que se acercaban.

—¿Puedes andar?

Rist no respondió. Miraba fijamente a lo lejos, los párpados caídos y la boca abierta. Dahlen estaba seguro de que si lo soltaba se derrumbaría. Tenía los ojos abiertos, pero estaba perdido en un sueño.

«¿Qué le pasa?».

Pasó el brazo bajo el de Rist y lo rodeó por la espalda. Intentó ponerlo en pie; el cuerpo le gimió de dolor y el cambio de equilibrio estuvo a punto de hacerlos caer a ambos sobre los adoquines. Trató de mantener erguido el peso muerto de Rist y aguantó como pudo el

dolor de rodillas. Los últimos días le estaban pasando factura. Necesitaba dormir.

—No estamos lejos, Rist. —Lanzó un hondo suspiro mientras luchaba por poner un pie delante del otro—. Hay más de un túnel para salir de esta ciudad —murmuró para sí mismo.

Torció el gesto mientras movía los hombros, cambiando el peso de Rist a una posición más cómoda.

«Podría ser peor. Al menos es capaz de mover los pies por sí mismo».

Estaba bastante seguro de que iban por el camino correcto, pero era difícil saberlo. En realidad, nunca había cruzado el túnel bajo La Cabra Ciega. Su padre solo les había dejado usar el que había bajo Oliver, pero lo más probable era que el resto de las rutas para salir de la ciudad estuvieran vigiladas, así que aquella era su mejor opción. Dejó escapar un leve gemido y volvió a mover los hombros. Las piernas le empezaban a fallar y el peso de Rist no disminuía, precisamente.

Una brisa silbaba por las calles vacías mientras la pareja avanzaba cojeando, con Rist apenas consciente. La pálida luz de la luna hacía que las largas calles empedradas se fundieran con las grises paredes de piedra de los edificios a ambos lados. El eco de sus pies resonaba tras cada paso, provocando un ligero escalofrío en la espalda de Dahlen.

Giraba el rostro hacia atrás cada pocos segundos y no dejaba de comprobar las calles laterales y las escaleras. Estaba demasiado silencioso para su gusto, mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta el alboroto que habían armado. La ciudad tendría que estar llena de actividad, pero no era así. Casi no se oía ningún ruido. Hizo caso omiso del dolor y aceleró el paso.

La Cabra Ciega ya no estaba lejos.

«Solo unos minutos más».

—Qué noble por tu parte —se oyó una voz áspera y grave.

Dahlen se detuvo en seco. El impulso del cuerpo inerte de Rist casi los derribó a ambos. Dahlen se giró para encontrar el origen de

la voz, que parecía provenir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—¿Qué voy a hacer contigo, niño? No tienes lo que vine a buscar, pero lo que llevas contigo es… interesante.

La voz se apagó, siseando como una serpiente.

—¿Quién eres? —gritó Dahlen, el pánico reflejado en su voz.

Era como si la noche se hubiera vuelto más oscura y la luz se fuese apagando por el borde de su visión. Inmediatamente miró hacia el cielo, pero vio la luna tan clara como el día. Se le erizaron los pelos de la nuca.

—Te propongo un trato.

La voz sonaba ahora tras él. Se giró tan rápido como pudo y vio a un individuo detenido en medio de la calle, a pocas varas de distancia. Parecía un hombre, aunque la túnica negra con capucha daba la impresión de ser más oscura que las profundidades de cualquier sombra, casi como si absorbiera la luz del aire. En marcado contraste con aquel negro devorador, la túnica estaba decorada con trazos de pincel en espiral de un azul vivo. Cuanto más se fijaba en ella, más se esforzaban los ojos de Dahlen, y una sensación de malestar le iba creciendo en las entrañas.

El rostro del desconocido habría parecido tan normal como cualquier otro de no haber sido por su piel casi translúcida, como una fina lámina de pergamino estirada sobre una vela. Sus labios eran finos y quebradizos, y el rojo habitual había sido sustituido por un azul gélido. Dahlen dejó escapar un grito ahogado cuando su mirada se posó en los ojos del desconocido. Eran tan negros como el alquitrán; sintió que si los miraba fijamente durante mucho tiempo podrían arrancarle el alma del cuerpo.

Los labios finos como agujas comenzaron a moverse.

—Bueno, ¿ya has terminado de mirarme?

La voz de Dahlen se le atragantó en la garganta.

—Te propongo un trato, chaval. Porque este mundo puede ser terriblemente tedioso si sigues las reglas. —Sus labios atenuados se torcieron en algo parecido a una sonrisa—. Dame al chico. Me

ocuparé de él y podrás seguir tu camino. Es tan sencillo como liberarte de una carga.

Dahlen tardó un segundo en comprender exactamente lo que había oído.

«¿Entregarle a Rist?».

Lo había conocido hacía pocos días, pero ¿abandonarlo? No, aquello no iba con él. Además, no tenía ninguna duda de que, fuera lo que fuera lo que aquel tipo fuese a hacerle a Rist, no sería por su bien.

Se armó de valor, luchó contra el nudo que tenía en las tripas y obligó a su boca a obedecerle.

—No puedo —dijo con mucha más fuerza de la que sentía.

El otro se echó a reír. Al menos Dahlen pensó que era una risa. Sonaba como el rugido de un lupino cuando se siente amenazado.

—Esperaba que esa fuera tu respuesta. El camino difícil es siempre más entretenido.

Movió la mano en un arco y una fuerza invisible golpeó a Dahlen de pies a cabeza, lo dejó sin aliento y lo lanzó contra una pila de cajas de madera. Le daba vueltas la cabeza. Creía que no había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera. Se puso de rodillas, jadeando.

Los pasos del encapuchado resonaron en las calles. Dahlen siguió el sonido y lo vio de pie junto al cuerpo tendido de Rist, con la túnica ondeando al viento.

Se llevó la mano al hombro y sintió alivio al notar el tacto de las empuñaduras de las espadas. Le preocupaba haberlas perdido al salir volando por los aires. Solo iba a tener una oportunidad.

Hizo acopio de sus últimas fuerzas. Con un movimiento fluido, se puso en pie y desenvainó una espada. Cubrió la distancia que lo separaba del encapuchado de un solo salto y se lanzó contra él. Le atravesó el pecho con la espada; la hoja traspasó la capa como si no existiera, cortando la carne del desconocido. Dahlen sintió alivio a verla salir por el otro lado, justo donde se suponía que estaba el corazón. Nadie podía sobrevivir a eso.

Se derrumbó de rodillas, incapaz de mantenerse en pie. Subía y bajaba el pecho, esforzándose por llenar los pulmones. Necesitaba descansar, así que relajó los músculos.

El sonido áspero de una espada deslizándose fuera de la carne hizo que Dahlen soltara un suspiro de derrota.

«No. No es posible».

Alzó el rostro y vio su espada salir por sí misma de la espalda del encapuchado. La observó flotar en el aire sobre su cabeza. No había ni una sola gota de sangre en la hoja. El corazón le dio un vuelco; se le secó la garganta como si se la hubiera frotado con algodón.

«¿Qué es esta criatura?».

Volvió a oír aquella risa lobuna.

—Los humanos nunca aprendéis, pero me gustas. Te dejaré vivir.

La voz de la criatura sonaba como piedras irregulares que chocasen entre sí. Mientras se le acercaba, Dahlen vio que Rist seguía tirado en el suelo a poca distancia.

—Pero no puedo dejar tu comportamiento sin castigo —siseó el encapuchado.

Antes de que Dahlen pudiera comprender lo que estaba pasando, salió disparado por los aires, zarandeado como un muñeco de trapo. Sintió que su espalda chocaba contra algo duro. Una pared.

Todo se volvió negro.

CAPÍTULO 18
GRIETAS

—¿Calen? —repitió Dann, levantando las cejas—. Te he preguntado si estabas bien.

Calen meneó la cabeza, intentando despejar la mente.

—Sí. Me quedé ensimismado mirando el fuego.

—Ten cuidado. Si miras demasiado tiempo el fuego, te consumirá. O, bueno, al menos eso es lo que siempre decía papá. Sé que es imposible que estés bien. Estos últimos días han sido una locura. Especialmente…

Dann dejó la frase en el aire y sus ojos se volvieron pesados. Calen soltó el aire por la nariz y volvió a centrar la atención en el fuego. Lo invadió de nuevo aquella sensación, como si el corazón estuviera a punto de caerle al regazo. Lo ocurrido aún no le parecía real y haría todo lo que estuviera en su mano para que siguiera siendo así. Toda su familia desaparecida. Una parte de él albergaba la esperanza de que Ella no estuviera en la casa, pero sabía que solo se estaba engañando.

—Volverán pronto.

Calen no había oído acercarse a Erik; el crepitar del fuego cubría sus pasos. Se sentó en un tronco junto a Calen y Dann, luego abrió la bolsa y sacó dos pequeños envoltorios de tela.

—Dahlen verá la señal que le dejamos.

Dentro del primer envoltorio había tiras de carne seca. Les tiró algunas a Calen y Dann, quienes le dieron las gracias con avidez.

—Esperad. Hay pan para acompañar. Está un poco duro, pero es mejor que nada.

Dann miró a Erik con aire de disculpa mientras se comía la mitad de su carne seca de un bocado. Extendió la mano para coger un poco de pan. Calen le dio las gracias a Erik y los tres se sentaron en silencio mientras comían.

Mientras luchaba con el pan duro, parecido a la corteza de un árbol, Calen se dio cuenta de que hacía bastante que no comía. No había almorzado el día anterior y tampoco había comido nada en El Reposo del Viajero. Su estómago rugió. Se tragó el resto del pan y la carne seca sin quejarse.

Se dejó llevar por los ruidos del bosque mientras el grupo esperaba a que Dahlen y Rist aparecieran entre los árboles. El canto de los pájaros chocaba con el incesante zumbido de los insectos; las hojas susurraban cuando la brisa nocturna rozaba los árboles; un arroyo cercano murmuraba. Aunque nada de eso podía competir con los ronquidos atronadores de Therin. Era peor que Dann. Llevaba durmiendo desde que habían montado el campamento, lo que no sorprendía a Calen. Cuando lo encontraron esperándolos a la entrada del túnel a las afueras de Camylin, parecía a punto de caerse del caballo. Nunca había visto a nadie con ese aspecto. Era casi antinatural. Tenía profundas ojeras, le costaba respirar y la piel, ya de por sí pálida, parecía porcelana. Era como si le hubieran arrancado la energía del cuerpo a patadas y gritos.

Aeson se sentaba tras Therin, la espalda apoyada contra la base de un árbol. La bolsa que protegía el huevo estaba en su regazo y pasaba ambos brazos alrededor. Tenía los ojos cerrados, pero Calen estaba seguro de que no estaba dormido. Nunca parecía bajar la guardia.

Se volvió hacia el fuego al tiempo que metía las manos en los bolsillos de la zamarra. Fue entonces cuando la notó. Era la bufanda que le había comprado a su madre en Molinar. No necesitaba sacarla

para verla. Rojo otoñal. Enredaderas doradas y crema entretejidas en una pauta de hojas mecidas por el viento. Se le erizaron los pelos de la nuca y sacó las manos de los bolsillos. Se le llenaron los ojos de lágrimas y todo volvió a pasar por su mente. El cuerpo sin vida de su padre, inmóvil, la tierra apisonada manchada de sangre. Su madre sollozando. Su casa en llamas. Los gritos. Se le revolvió el estómago. Le temblaban las manos.

«No. Ahora no».

Dann se puso de pie de un salto y cogió el arco. Preparó una flecha antes de que Calen pudiera girar la cabeza.

—Dann…

—Silencio —susurró este.

Entrecerró los ojos para intentar ver más lejos en la oscuridad del bosque. Calen siguió su mirada, pero no vio más que la bruma de la noche, espesa como un mar infinito de árboles. Entonces lo oyó. Alguien o algo se abría paso entre la maleza en el extremo norte del claro.

Aeson abrió los ojos. Se puso de pie, se colgó la bolsa a la espalda y desenvainó las espadas. Therin se unió a él, con el cansancio aún reflejado en el rostro.

—Vivo de día y muero de noche. Puedo volar, puedo caminar y puedo nadar, pero no me mojo. ¿Qué soy? —Se oyó una voz desde la espesura.

Erik lanzó una pregunta con la mirada. Aeson respondió con un gesto de asentimiento. Fue Erik quien habló.

—Eres la sombra de un pájaro —respondió, con una risa al final de sus palabras—. ¡Ahora ven aquí, hermano!

Dahlen entró tambaleándose en la luz del fuego. Cojeaba de la pierna derecha. Tenía algunos cortes y moratones en la cara, y su ropa estaba cubierta de sangre seca.

—Lo han conseguido… —murmuró Calen, con una amplia sonrisa en el rostro.

«No puedo perder a nadie más».

Erik abrazó con fuerza a Dahlen, luego se apartó y lo agarró por

los hombros, revisándolo en busca de heridas.

—Bueno, no te lo has puesto fácil, ¿eh? —Se echó a reír—. No te preocupes. Te enseñaré un par de cosas.

—¡Vete a la mierda! —espetó Dahlen.

Aeson guardó las espadas en las vainas y sonrió. Asintió con aprobación a Dahlen, quien le devolvió el gesto.

—¿Dónde está Rist? —preguntó Dann en tono seco.

Miró fijamente hacia la oscuridad. Dahlen no respondió, pero su expresión facial cambió. Calen contuvo un escalofrío.

«Rist no. Por favor, Rist no».

—Lo siento —dijo Dahlen con voz apagada. Miró fijamente al suelo—. Hice todo lo que pude. Luchamos para abrirnos paso. Se defendió bien, pero…

—¿Qué pasó? —gritó Calen.

Su propia ira lo tomó por sorpresa. No se había dado cuenta de que se estaba acumulando.

—Un umbrío, creo. No pude hacer nada, le clavé la espada en el corazón, pero no sirvió de nada. Se limitó apartarme de un empujón.

La voz de Dahlen sonaba ausente y sus ojos suplicantes.

—¿Un umbrío? ¿Qué demonios es un umbrío? —preguntó Dann.

—¿Qué haría un umbrío en Camylin? —dijo Aeson, ignorando la pregunta de Dann.

—Vino por el huevo, creo —respondió Therin. Todas las cabezas se volvieron hacia él—. Me lo encontré de camino a La Hoja Marchita. Tenía soldados a sus órdenes. Apenas pude escapar. Sabía que estabas en Camylin, así que tenía que ser por el huevo.

—Que le den al huevo —dijo Calen. Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras se acercaba un paso a Dahlen—. ¿Dónde está Rist?

Durante unos instantes, se hizo el silencio.

—Se lo llevó.

—¿Se lo llevó? —repitieron Dann y Calen al mismo tiempo—. ¿Qué quieres decir con que se lo llevó?

Dahlen asintió solemnemente.

—No pude hacer nada. Me lanzó a un lado como si fuera un

juguete. Me dejó inconsciente y, cuando recuperé el conocimiento, ya se había ido, y Rist también. Yo…

—¿Lo abandonaste?

Calen se abalanzó sobre Dahlen y le dio un empujón en el pecho, haciéndolo tropezar y retroceder. Un zumbido se apoderó de la parte posterior de la cabeza de Calen y fue volviéndose más fuerte hasta alcanzar un *crescendo* que intentaba superar los latidos de su corazón.

La mirada vacía de Dahlen dio paso a la ira.

—Vuelve a hacer eso y te tumbaré de espaldas. Siento que se lo llevara, pero no pude hacer nada.

—¿Lo dejaste allí, solo? —gritó Calen, los ojos a la altura de los de Dahlen—. ¡Eres un cobarde! ¡Huiste cuando te necesitaba!

Volvió a empujarlo, la sangre hirviéndole en las venas. Dahlen trastabilló durante medio segundo, luego clavó el pie trasero en el suelo. Giró y le dio un puñetazo en la nariz a Calen. Un dolor agudo lo invadió, seguido de un golpe seco cuando cayó al suelo.

—Al menos yo estaba allí. ¿Dónde estabas tú? —preguntó Dahlen, de pie sobre él.

Con la cabeza aún dando vueltas, Calen se puso en pie de un salto, consumido por la ira. Antes de que pudiera reaccionar, Dann le rodeó el pecho con el brazo.

—Déjalo estar, Calen. No es el momento.

—¿Que lo deje pasar? —se burló Calen, limpiándose la sangre que le goteaba de la nariz—. ¡Dejó que se llevaran a Rist! ¡Lo abandonó, Dann!

—Lo sé. —Dann agarró a Calen por los hombros, juntó las frentes de ambos y lo miró directamente a los ojos—. Y lo encontraremos, Calen, pero ahora no es momento de pelear…, ¿de acuerdo?

Las manos de Calen temblaban. Respiraba con agitación y el corazón le latía con fuerza. Suspiró y su voz se redujo a un susurro.

—No debería haberlo dejado, Dann. No debería…

Dann suspiró y abrazó a Calen con fuerza.

—Lo sé, yo tampoco.

—Eso no era necesario —dijo Aeson, volviéndose hacia Dahlen.

Dahlen se mostró incrédulo:

—¿Qué? Me empujó. Solo…

Aeson alzó la mano, se dio la vuelta y se sentó de nuevo. Se puso la bolsa en el regazo una vez más, como si nada hubiera pasado.

—Ven, hijo. Cuéntanos qué ha pasado y decidiremos qué hay que hacer. Dann, ¿podrías ver si hay algún conejo atrapado en las trampas que colocamos antes? Creo que a todos nos vendría bien un poco de carne fresca.

Dann respiró hondo y se apartó de Calen.

—Sí, claro. —Cogió el cuchillo y un trozo de cuerda, y luego puso la mano sobre el hombro de Calen—. Vamos, ven a ayudarme con las trampas.

—Creo que…

—Calen, ayúdame con las trampas.

Dann tenía razón. Las emociones de Calen estaban a flor de piel. En un momento se sentía como si estuviera en el fondo de un pozo oscuro sin ayuda a la vista; al siguiente, como un toro suelto en un mar rojo. Nunca se había enfadado tan rápido. No debería haberse abalanzado sobre Dahlen, aunque jamás lo diría en voz alta. La idea de perder a Rist lo hacía explotar. Tenían que recuperarlo, costase lo que costase.

La mayoría de las trampas estaban vacías, pero los cuatro conejos que encontraron colgados de las patas traseras serían suficientes para una exigua cena para el grupo. Era mejor que nada, mejor que pan duro y carne seca en cualquier caso.

Dahlen estaba terminando su historia cuando Calen y Dann regresaron al campamento. Aeson escuchaba atentamente y se acariciaba la barba salpicada de canas, con la mirada fija en algo en el oscuro dosel que se extendía sobre ellos.

—¿Dijo algo sobre por qué quería a Rist? —interrumpió Therin mientras se ponía en pie.

—No —Dahlen suspiró y negó con la cabeza—. Solo que era… interesante.

Erik hizo un gesto a Calen y Dann para que se unieran a ellos.

—Seguid —dijo Dann—. Voy a despellejar estos y prepararlos para ponerlos al fuego antes de sentarme. Me rugen las tripas. Me enteraré de todo.

Calen asintió y se sentó en el suelo junto a Erik.

—¿Interesante? —preguntó Erik.

Aeson y Therin intercambiaron una mirada de reconocimiento.

—Rist está conectado con la Chispa —respondió Therin—. Tiene el poder de ejercer la magia. Y si lo que percibí inicialmente sirve de referencia, tiene el potencial de ser bastante poderoso.

Calen lo miró con incredulidad, incapaz de evitar que se le abriera la boca.

«¿Rist? Rist es…».

—¿Rist es un mago? —exclamó Dann, atónito, mientras despellejaba uno de los conejos.

Calen no sabía qué decir ni qué pensar. Rist había sido uno de sus mejores amigos desde que tenía uso de razón. Lo hacían todo juntos; no podía ser un mago. Los magos, o al menos las personas que podían usar la magia, eran cosa de cuentos de hadas. Eran los héroes y villanos de las historias de Therin. Therin. Alguien que tampoco era quien Calen creía que era.

—¿Cómo lo recuperamos? —La voz de Dann rompió el silencio que resonaba en la mente de Calen.

—No estoy seguro de que eso sea posible —respondió Aeson con tono neutro—. Si ese umbrío trabajaba con los soldados lorios, llevará a Rist a la Atalaya de Berona. Ahí es donde los inquisidores llevan a todos los jóvenes que pueden manejar la Chispa. Si es lo bastante fuerte, lo admitirán en el Círculo de Magii. El Imperio no dejaría libre a alguien con su potencial. Y, a menos que me equivoque, nadie aquí está en posición de ir a la Atalaya y exigir que lo liberen.

—Pero… —La voz de Calen sonaba frágil, incluso para sus propios

oídos. La impotencia invadió todo su cuerpo. No podía dejar que ese sentimiento lo consumiera. No lo permitiría—. No.

—Calen, lo siento de verdad, pero Aeson tiene razón. No podemos ayudarlo. Al menos, todavía no. —Los ojos de Therin mostraban una preocupación genuina.

—¡No puedo dejarlo así! —gritó Calen. El ardor en sus venas hizo que su voz se elevara un poco más de lo que pretendía—. No… no puedo abandonarlo. Él nunca me abandonaría. Dann, el equipaje. Asegúrate de que lo tienes todo.

Dann había permanecido en silencio durante los últimos minutos, algo poco habitual en él. Levantó la vista de sus pies cuando Calen habló.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nos vamos a Berona. Vamos a buscar a Rist.

CAPÍTULO 19
VINCULADO

Aeson y Erik pasaron la mayor parte de la siguiente hora tratando de explicarle a Calen por qué era una locura ir tras Rist.

—Llegar a Berona es casi imposible —le dijo Aeson—. El Imperio controla muy de cerca los viajes entre el norte y el sur del continente. Solo dos puertos de Illyanara hacen el trayecto a Loria, y ninguno de ellos es una opción. Navegar desde Gisa es imposible a menos que tengas más dinero que sentido común, por no mencionar que tú y Dann destacaríais como un pulgar dolorido entre esa multitud. Otoñada es peor. Es más barato, sin duda, pero eso se debe a que es un nido de contrabandistas, ladrones y asesinos.

Therin había estado en silencio durante un rato. Había sacado un pequeño cuaderno y una caja metálica con barritas de carbón de la bolsa y había estado dibujando algo. Levantó la vista del cuaderno y lo cerró.

—Aunque lo intentáramos —suspiró—, el viaje a través de la provincia llevaría casi dos meses. El viaje en barco duraría más o menos lo mismo y luego tendrías que atravesar las Tierras Calcinadas o enfrentarte a la Costa Radiante para llegar a Berona. Lobregal ni siquiera es una opción. Sería un suicidio.

—Vamos a por Rist. Partimos al amanecer.

Calen no tardó mucho en sumergirse en el mundo de los sueños. Le dolía el cuerpo en lugares que nunca hubiera imaginado y le latía la cabeza como un tambor. Aeson había insistido en continuar con sus ejercicios de esgrima aquella noche, independientemente de que Calen se fuese por la mañana. No se lo puso fácil. Calen perdió la cuenta de los nuevos golpes y moratones que le salieron mucho antes de que dejaran de practicar. Parecía que Aeson quería dejar claro lo indefensos que estarían si se iban en busca de Rist.

Anhelaba un respiro del mundo físico. Su mente se derritió.

Draleid.

Calen abrió los ojos de golpe. Se incorporó de un salto, con el rostro perlado de sudor. Sentía más calor que el provocado por las brasas del fuego. Se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano e intentó en vano estabilizar la respiración. Sus sueños no le proporcionaron el alivio que esperaba.

En cuanto cerraba los ojos, una voz lo atormentaba. Las palabras resonaban en su cabeza, reverberando por todos los pasillos de su mente.

«Draleid n'aldryr».

Una y otra vez, la voz se elevaba hasta alcanzar un *crescendo*. La única imagen era la del huevo. El huevo de dragón. Sus escamas blancas como huesos se desvanecían en un negro sombrío en sus raíces. Estaba envuelto en columnas de fuego ondulante, pero de alguna manera Calen sabía que estaría frío al tacto. Sentía que lo llamaba, como un latido que resonaba en la oscuridad, con sus oídos como único destino.

Todos los demás dormían profundamente. El tenue resplandor del fuego iluminaba el subir y bajar de sus pechos mientras dormían. La bolsa estaba junto a Aeson, con el huevo dentro. Calen lo oía

resonar.

«Draleid».

¿Estaba perdiendo la cabeza? ¿Qué dirían si les contase que un huevo lo estaba llamando? ¿Que pronunciaba palabras que no entendía y que solo él podía oír?

Miró fijamente el campamento improvisado. Clavó la vista en la gran bolsa de cuero, baqueteada y desgastada por el viaje. Examinó las hebillas de hierro, oxidadas y deslustradas por el aire salino del mar durante el viaje desde Valacia. Más que nada, se quedó mirando lo que contenía.

A simple vista, nadie habría pensado que un recipiente tan anodino pudiera contener algo tan importante. Según la leyenda, cuando Fane derrotó a la Orden, reunió todos los huevos de dragón que quedaban en las bóvedas bajo Al'Nasla. Ninguno había eclosionado jamás. El Imperio aún contaba con la Guardia Dragontina y sus dragones, por supuesto, pero no había nacido ni una sola cría en todo ese tiempo. Era una de las pocas cuestiones en las que todos los bardos estaban de acuerdo.

Calen no había pensado en lo que podría significar para Eferia un dragón que no estuviera controlado por el Imperio lorio. Podría cambiarlo todo.

«Draleid».

«Draleid n'aldryr».

La voz no paraba; bloqueaba todos los demás sonidos. Las brasas del fuego deberían haber crepitado lentamente, como un río rugiente. Los árboles, mecidos por la brisa nocturna, deberían haber susurrado al rozar las ramas unas con otras y silbado al ser barridos por el viento. Debería haber oído a los insectos. Pero no oía ruido alguno, salvo la voz.

«Draleid».

Se cubrió el rostro con las manos. Se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar un suspiro. Le latía la cabeza, como si alguien la estuviera golpeando por dentro con un palo. Se puso en pie. El dolor en los músculos y la piel en carne viva de los muslos le parecían

insignificantes en comparación con el martilleo en la cabeza; era un consuelo, supuso. No había modo de saber si hacía mucho ruido al caminar por el campamento. La voz lo consumía todo.

«Draleid».

Dormidos, los demás no se movieron, pero era solo cuestión de tiempo que los despertara. No podía concentrarse en nada más que en el huevo.

Se detuvo a un paso del lugar en el que yacía Aeson. Parecía seguir profundamente dormido, pero eso no tranquilizaba mucho a Calen. Había visto lo rápido que Aeson se había puesto en pie cuando Dahlen había entrado tambaleándose en el campamento.

Se agachó y se acercó poco a poco a la bolsa. La voz se hacía más fuerte cuanto más se acercaba a ella. ¿Qué diría si Aeson se despertaba? Dejó que la pregunta flotara en su mente. No tema respuesta. Solo esperaba no llegar a eso.

La voz era tan fuerte ahora que a Calen le costaba concentrarse. Sentía las vibraciones de cada latido del corazón pulsando a través de su cuerpo. Sentía tanto calor que, si no supiera que no era así, habría jurado que estaba ardiendo.

—Lo oyes, ¿verdad?

El corazón de Calen se detuvo. El sonido de la voz que lo llamaba había desaparecido. Su piel se cubrió de un sudor frío.

Aeson tenía los ojos abiertos. Se incorporó con los codos apoyados en las rodillas y miró a Calen a los ojos. Buscando algo.

El joven tenía un nudo en la garganta. Se le erizaron todos los pelos del cuerpo y el miedo lo caló hasta los huesos.

—Eh… Qué…

—Oyes cómo te llama. La voz. ¿Qué dice?

Aeson sonaba tranquilo y sereno, como si no acabara de encontrar a Calen tendido sobre él en medio de la noche, con los brazos extendidos hacia una bolsa que contenía el huevo de un dragón. ¿Cómo sabía lo de la voz?

—Es solo… ¿Cómo puedo oírte? Es… —murmuró Calen.

Era incapaz de formar frases coherentes; incluso le costaba

respirar con normalidad. La voz que lo llamaba lo había absorbido por completo, por lo que el simple hecho de oír las palabras de Aeson lo había sorprendido.

—Cálmate, muchacho. No te pasará nada, no estoy enfadado. En cuanto a que puedas oírme, es un pequeño truco mío. Se llama protección. Te lo explicaré en otro momento. Ahora mismo te basta con saber que nadie fuera de este círculo —trazó con la mano un círculo imaginario de media vara de diámetro— puede oír nada de lo que digamos. También tiene el efecto secundario de bloquear la voz que has estado oyendo, por eso ahora puedes oírme hablar.

Calen se quedó allí sentado, estupefacto.

—No estoy enfadado —repitió Aeson—. Pero si te quedas ahí sentado, mirándome con la boca abierta, puede que sí me enfade.

Calen tenía la garganta seca. Tragó saliva.

—No… no sé qué es. Solo dice palabras que no entiendo. Creo… ¿Es el huevo?

Si eso le decía algo a Aeson, no lo demostró. Su rostro permaneció tan impasible como siempre.

—¿Qué dice?

—«*Draleid… n'aldryr*». —Los nervios de Calen comenzaron a calmarse.

—Ya veo.

—¿Sabes qué significan esas palabras?

—Sí. —Aeson asintió lentamente—. Son palabras de la lengua antigua, Calen. «*Aldryr*» significa fuego. Y «draleid»… Bueno…, esa palabra deberías reconocerla. Has oído suficientes historias de Therin, ¿no?

Calen asintió, inclinando la cabeza. La palabra le sonaba, pero no conseguía ubicarla. Era como si tuviera un bloqueo mental.

—Deberías conocer de sobra la palabra «draleid». Significa «ligado al dragón». Era el nombre que se daba a aquellos cuyas almas estaban unidas a la de un dragón por una magia más antigua que el tiempo mismo. La Guardia Dragontina del Imperio fue conocida en su día como draleid, pero han deshonrado ese nombre.

Así que la expresión «*Draleid n'aldryr*» significa poco más o menos «ligado al dragón por el fuego».

—Ya… —susurró Calen, mientras los recuerdos le inundaban la mente.

No podía entender cómo había olvidado la palabra. En todas las historias de Therin sobre la caída de la Orden, la traición de Fane Mortem y el auge del Imperio… Los draleid aparecían siempre en ellas.

—A veces, la Llamada puede nublarte la mente. Suele ocurrir a menudo.

—Ya me acuerdo. Alvira Serris era una draleid.

—En efecto. Una de las más grandes que jamás haya existido.

—Pero… ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

Aeson se detuvo y miró fijamente a Calen. Se giró, agarró la bolsa con ambas manos y la colocó entre él y Calen.

—Calen, voy a bajar la protección. Therin está despierto y siento que la está sondeando.

—¿Therin? ¿Qué quieres decir?

—Therin es un mago, Calen. Uno muy poderoso. De una época muy anterior a que el Círculo de Magii reclamara ese título.

Calen no sabía qué decir. Probablemente debería haberlo esperado. Todo su mundo se había puesto patas arriba en cuestión de días. ¿Qué importaba una cosa más?

«Therin es un mago».

—Eh…

La voz de Therin interrumpió a Calen.

—Veo que finalmente has decidido dejarnos entrar.

Calen giró la cabeza para mirar a Therin. A unos cuatro palmos tras él se encontraban Dahlen, Erik y Dann. Este parecía tan confundido como se sentía Calen. En cuanto a Erik y Dahlen miraban a su padre con una expresión impasible en los ojos, aunque, por un segundo, Calen creyó ver un ceño fruncido de irritación en el de Dahlen.

—Así es. Creo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué? —preguntó Calen—. ¿De qué estás hablando?

Aeson miró a Therin y luego miró de nuevo a Calen. Empujó la bolsa hacia él.

—Creo que vas a ser un draleid, muchacho.

Dann y Erik se quedaron boquiabiertos. A Calen se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Sintió un nudo en el estómago.

«¿Se ha vuelto loco?».

—Has oído la Llamada, la antigua magia que une las almas. No puede significar otra cosa.

A Calen le costaba articular las palabras:

—¿Cómo…? No puede ser. Hay un error. Te has equivocado.

—No lo creo. —Aeson empujó la bolsa por el suelo, acercándola a Calen—. Ábrela y coge el huevo. Si me equivoco, no pasará nada.

Calen miró fijamente al hombre.

«¿Coger el huevo? ¿Un huevo de dragón? Se ha vuelto loco».

—¿Cómo sabes siquiera…?

—Toca el huevo —interrumpió Therin.

Su voz sonaba firme como nunca antes. Calen dudó un momento, inseguro. Se dio cuenta de que en realidad, como siempre parecía últimamente, no tenía muchas opciones. Con extremo cuidado desabrochó las dos hebillas de hierro oxidadas que mantenían la bolsa cerrada. Estaban rígidas y crujían, pero cedieron ante sus dedos.

El resplandor del huevo no era tan cegador como la otra noche. La luz del fuego era mucho más tenue y el dosel de las ramas más espeso, lo que bloqueaba gran parte de la luz de la luna. Aun así, el huevo emitía un resplandor de luz blanca incandescente, lo suficiente para obligarlo a entrecerrar los ojos. Era de una extraña belleza. Las escamas blancas como la nieve, que se tornaban negras en la base, eran elegantes y agradables a la vista, pero había algo en ellas que las hacía parecer duras, peligrosas. Apartó la mirada del huevo.

—¿Qué hago?

—Tócalo.

Tomó aire muy despacio.

«¿Cómo he acabado aquí?».

Acercó los dedos hasta rozar casi la superficie de las escamas. Podía sentir algo, como un zumbido constante e invisible que pulsaba en el aire. Se preparó y extendió los dedos. En cuanto tocó el huevo, todo volvió a su mente. La voz retumbó como un trueno. Un sonido resonante que resonó en cada recoveco de su mente.

«*Draleid n'aldryr*».

Todo lo demás se desvaneció. Solo quedaban él, la voz y el huevo. Incluso los latidos de su propio corazón parecían pertenecer a otra persona. La superficie del huevo estaba fría al tacto, como si hubiera estado horas bajo la nieve, una sensación que se extendió por los brazos de Calen, recorriendo su cuerpo y llenándolo de pies a cabeza. La voz se grabó en lo más profundo de su mente.

«Draleid n'aldryr».

Las palabras se repetían una y otra vez. Cada vez más fuertes. Cada vez que creía que no era posible, se hacían más fuertes, golpeándole la mente como un tambor de guerra. La sensación de frío se le acumulaba en el cuerpo como el vapor atrapado dentro de una tetera, incapaz de escapar. Sentía como si se estuviera convirtiendo en hielo.

«Draleid n'aldryr».

Se repetía una y otra vez, retumbando como un trueno.

«*Draleid n'aldryr*».

La sensación de frío se convirtió en dolor. La voz era como un martillo y su mente, el yunque.

—*Draleid n'aldryr* —aulló.

El huevo estalló en remolinos de fuego rojo anaranjado que serpenteaban a su alrededor y cubrían las manos de Calen. Las fluidas lenguas de fuego se espesaban al tiempo que se movían, envolviendo el huevo en una capa de fuego rugiente. En su mente, Calen gritó con todas sus fuerzas, pero nada salió de su boca.

De repente se dio cuenta de que el fuego no le consumía las

manos. No sentía el dolor que debería haber sentido. La piel no se le desprendía, carbonizándose y crepitando entre las llamas. En cambio, la impresión fría y helada que había impregnado su cuerpo fue sustituida por una sensación cálida, como si lo atravesara un rayo. Se sentía fuerte, lleno de energía, como si hubiera estado dormido toda una vida y finalmente hubiera despertado. Y era extrañamente consciente de… algo. Algo que antes no estaba allí. Una sensación que le arañaba el fondo de la mente.

Tan repentinamente como habían aparecido, las llamas desaparecieron. El mundo volvió a la realidad cuando Calen dejó de mantener el equilibrio sobre sus cuartos traseros y cayó de rodillas contra el suelo. El huevo seguía allí, igual que antes, excepto que ahora se encontraba en un pequeño cráter carbonizado. El suelo a su alrededor estaba negro como la noche, las ramitas y las hojas quemadas hasta quedar carbonizadas. El olor a ceniza flotaba en el aire.

«¿Qué acababa de pasar?».

Las voces inundaron sus oídos. La de Dann fue la primera en llegar a sus oídos:

—¡Calen! ¿Estás bien? ¿Qué demonios acaba de pasar?

Dann se arrodilló junto a Calen y le agarró las manos para evaluar los daños. Una mirada de total confusión se extendió por su rostro cuando vio que no había ninguna marca.

—¿Cómo es posible, por el Padre…?

—Está hecho —dijo Aeson.

—El primer draleid libre en cuatrocientos años.

La voz de Therin sonaba cálida.

Calen no sabía qué decir. Su mente estaba confusa y su vista borrosa, como si hubiera bebido demasiado hidromiel en El Dragón Dorado.

La sensación que le había estado rondando por la cabeza salió de pronto a la superficie. Era como una segunda voz en su cabeza, pero no era una voz, en realidad. Era más bien un sentimiento, o una emoción. Lo notaba en lo más hondo, pero al mismo tiempo sabía

que no era suyo. Era un impulso de escapar, no un impulso frenético o desesperado, sino decidido.

Oyó a Dann y Erik hablarle, hacerle preguntas, pero no podía entender las palabras. Simplemente, a su mente no le interesaba. Aquella sensación requería toda su atención.

Entonces lo oyó: un crujido agudo, seguido de otro; y otro más. Miró el huevo y enfocó la mirada. Profundas fisuras estropeaban las escamas nacaradas. Se estaba rompiendo.

Se puso de pie de un salto.

—¿Soy yo o ese huevo… está eclosionando?

No oyó a nadie responder. No estaba escuchando. Toda su atención se centraba en el huevo y en aquella sensación en el fondo de su mente. Aquella necesidad imperiosa de escapar.

Las fisuras en la superficie blindada del huevo se alargaron, extendiéndose desde la punta, como las raíces de un árbol. Finalmente, un fuerte crujido emanó de la armadura escamosa del huevo. Un pequeño fragmento se desprendió, cayó por el costado y aterrizó con un tintineo sobre una piedra cercana.

Calen había vivido mucho en los últimos días y sentido emociones a niveles que no creía posibles y hecho cosas que aún le preocupaban, que algún día quizá lo devorasen por completo y a las que tendría que enfrentarse antes o después, quisiera o no.

Pero aquello era… diferente. Tenía la garganta seca y respiraba profundamente. Pequeñas mariposas le revoloteaban en el estómago. Se sentía entusiasmado y aterrorizado de una manera que no podía describir, y no estaba seguro de cuál de las dos emociones era la más intensa.

Se inclinó hacia delante y estiró el cuello para ver mejor el pequeño hueco que dejaba el fragmento de cáscara caída. Una membrana fina y translúcida yacía bajo la cáscara exterior. No había mucha luz, pero estaba seguro de que algo se retorcía en el interior.

La fina membrana se elevó, saliendo de los límites de la cáscara. Se estiró mientras lo que fuera que había dentro intentaba salir a la fuerza. Aparecieron más grietas y se desprendieron más fragmentos

a medida que la cáscara blindada cedía ante la vida que había estado protegiendo.

Los ojos de Calen se abrieron de asombro cuando la membrana comenzó a desgarrarse y dio paso a un hocico diminuto y escamoso con dos finas hendiduras a modo de fosas nasales. Estaba cubierto de minúsculas escamas del tamaño de un pulgar que se entrelazaban entre sí, como las que cubrían el huevo. Y al igual que estas, eran de un blanco brillante, como la nieve más pura, y se oscurecían en la base.

A medida que el hocico se abría paso fuera de la membrana, Calen se encontró mirando fijamente a un par de hipnóticos ojos de color lavanda pálido. Brillaban a la tenue luz del fuego, cada uno dividido en dos por una hendidura negra, como los ojos de un kato. Relucían con inteligencia y quedaron inmóviles un instante mientras lo estudiaban. La sensación volvió a rondar por su mente, pero esta vez fue diferente, era un rumor de reconocimiento.

Tras el hocico, una cabecita y un cuello emergieron del cascarón, abriéndose paso a través de la fina membrana. La cabeza no era muy diferente a la de un lagarto. Crestas de cuernecitos enmarcaban los bordes del rostro anguloso, recorrían la mandíbula y bajaban por el esbelto cuello.

Le siguieron dos extremidades delanteras, que se liberaron de la membrana y se aferraron al marco agrietado de la cáscara del huevo. Cuando el dragoncito se liberó del cascarón, Calen vio que los miembros delanteros estaban unidos al torso por una capa de piel fina pero resistente que se extendía hacia fuera al abrir los brazos. Era del blanco más puro, con vetas negras que se extendían hasta las extremidades delanteras. Recordaba haber visto una característica similar en los murciélagos que habitaban en algunas de las cuevas cercanas a Molinar.

«Alas».

Una vez que quedaron libres del cascarón, el resto del cuerpo del dragoncito las siguió en cuestión de segundos. Las patas traseras parecían fuertes y extrañamente musculosas en comparación con las

delgadas extremidades delanteras. En la parte posterior una larga cola afilada se movía de un lado a otro en el aire, rematada en punta, como una lanza con púas.

Dos filas de pliegues carnosos recorrían todo el cuerpo de la criatura, desde la nuca hasta la columna vertebral.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con los pálidos ojos lavanda aún fijos en los de Calen. Para ser una criatura legendaria, temida y admirada por tantos, parecía extrañamente… vulnerable.

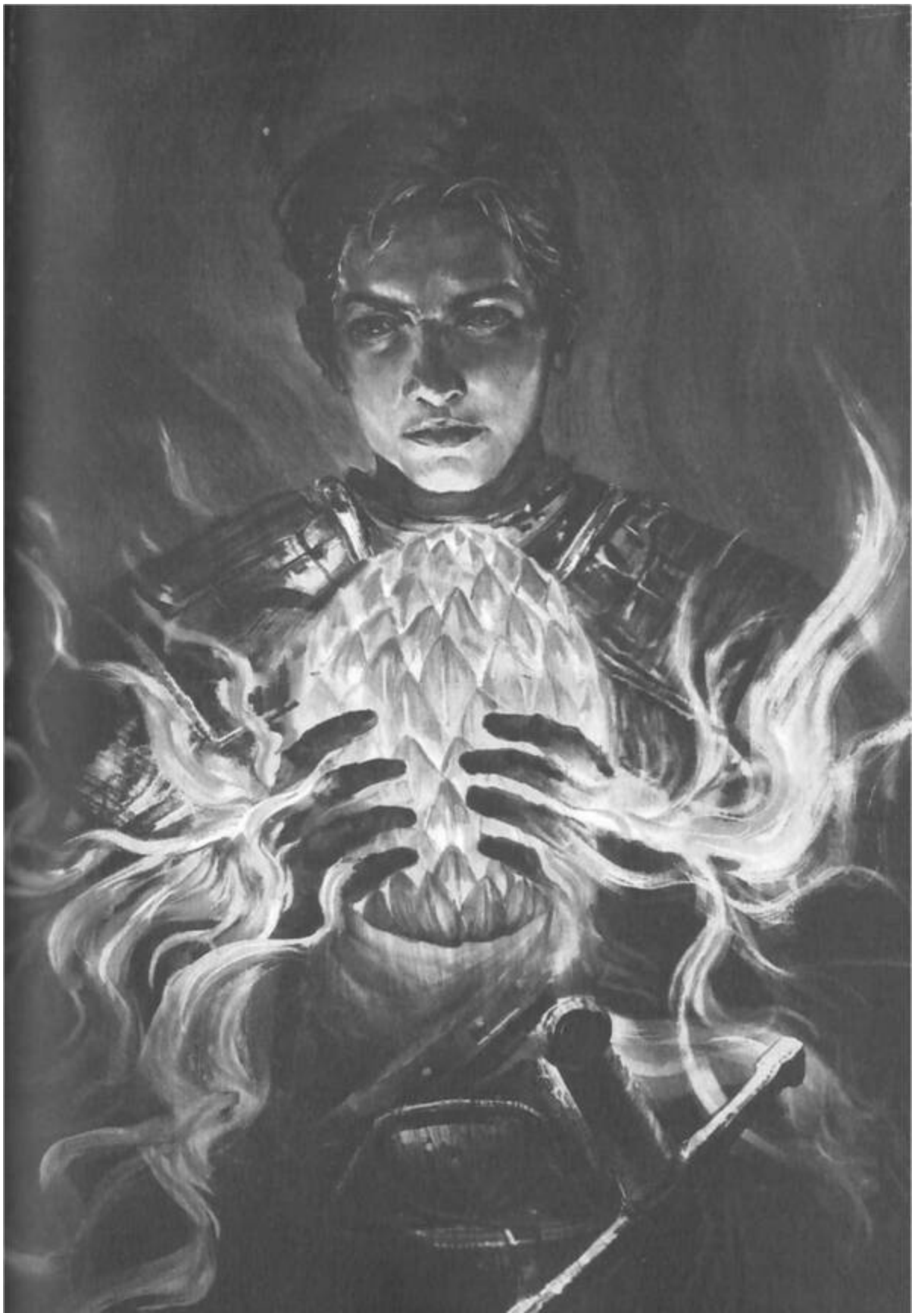
—Precioso… —dijo Therin. Las palabras sonaron amortiguadas, como si vinieran de debajo del agua.

Calen no podía quitarse de la cabeza una impresión cambiante, pero cada vez más clara. Una necesidad de escapar, seguida de una sensación de reconocimiento, de nostalgia.

De repente, el dragón dio un paso adelante y se puso en pie. Al principio se tambaleaba y balanceaba de un lado a otro. Cambió el peso del cuerpo y dejó caer las patas delanteras al suelo para mantener el equilibrio. No tardó mucho en moverse con confianza. La satisfacción inundó de calidez lo más hondo de la conciencia de Calen.

El dragón se alejó de los restos del caparazón. Su miedo le decía que corriera, pero algo más le instaba a que no lo hiciera. Una sensación de familiaridad con aquella criatura, de parentesco. No era algo que pudiera explicar. Era como… como si pudiera sentir lo que sentía el dragón.

Este extendió una de la delgadas patas delanteras hacia la rodilla de Calen y la utilizó como palanca para subírsele al regazo. Era más grande que Faenir de cachorro; medía aproximadamente unos cuatro palmos de la cabeza a la cola. Girando en círculos, el dragoncito pisoteó aquí y allá, como si estuviera probando la resistencia de las piernas de Calen. Finalmente, se acurrucó y se enrolló como una bola, apoyó la cabeza y cerró los ojos.



CAPÍTULO 20
GIRO DEL DESTINO

Farda cambió de postura en el sillón de cuero y echó los hombros hacia atrás para suavizar el firme cojín que tenía debajo. Hizo crujir el cuello a ambos lados y el sonido resultante le proporcionó un breve momento de satisfacción, aunque no le alivió los dolores que le habitaban los huesos, fruto de muchas vidas de sangre y violencia. Incluso cuando le habían arrebatado todo lo demás, esos dolores permanecían, recuerdo de un tiempo lejano.

Renunció a ablandar el cojín. Se echó hacia delante y apoyó los codos en los brazos de la silla. La coraza de acero era pesada y las espuelas le irritaban la piel de los brazos. Estaba harto de ellas y se moría por quitárselas y tirarlas a un rincón, pero necesitaba causar impresión y para ello tenía que soportar un poco de incomodidad.

Se llevó la mano derecha instintivamente al bolsillo del pantalón. Con un dedo recorrió el contorno de la moneda que había dentro.

Habían pasado unos días desde el alboroto en las calles del pueblo. De haber dependido de él, habría llevado las cosas de otra manera, pero era responsabilidad de Rendall, más bien impulsivo Suponía que la impetuosidad era un rasgo común entre los inquisidores; hacía que la gente proporcionase la información correcta a la primera, porque de lo contrario podría no tener otra oportunidad. Cada método tenía su lugar.

Aun así, no tendrían por qué haber muerto los padres del muchacho. No le parecía honorable usar hilos de aire para inmovilizar a un hombre desarmado y clavarle una espada en el pecho. Pero él no era Rendall, y «el honor no es eficiente», como este había expresado tan elocuentemente.

Farda tampoco era inocente. Había cometido actos que habrían hecho que su yo más joven escupiera sobre su propia tumba, pero eran cosas que había que hacer, que el destino le exigía. Él no era más que un conducto.

Presionó con firmeza el borde de la moneda guardada en el bolsillo, antes de girar las muñecas en círculos, tratando de aliviar los rígidos dolores que sentía. Tendría que ver a un sanador pronto, o podría convertirse en un problema.

Dejó escapar un suave suspiro mientras se recostaba en la rígida silla de cuero. El crepitar de la chimenea llenaba sus oídos. La habitación era sorprendentemente agradable, teniendo en cuenta que estaba en un villorrio al otro lado de las Tierras Calcinadas.

Aunque el posadero se había mostrado bastante reacio a dejarle una habitación, Farda no le culpaba. Ese día habían muerto varios aldeanos. Quizá el arrebato de Rendall había sido inevitable, pero estaba claro que los servidores del Imperio no eran precisamente bienvenidos en El Claro.

Además, al parecer el hijo del posadero se había ido ese mismo día junto con el chico, si los rumores eran ciertos. Debía de ser uno de los dos que estaban con él en Molinar. Tal vez valdría la pena investigar a aquellos dos, pero el chico era la prioridad. Tanto Aeson Virandr como Therin Eiltris habían acudido en su ayuda, lo que era más que suficiente para Farda. Tenía curiosidad por saber qué hacía al chico tan especial para sacar a esos dos de su escondite. Si tenía algo que ver con el huevo que habían descubierto en el barco de Aeson, entonces las cosas estaban a punto de ponerse mucho más interesantes.

Un golpe seco en la puerta interrumpió sus cavilaciones.

—Adelante.

La puerta se abrió con un crujido y un soldado asomó la cabeza en la habitación. Farda oyó un graznido en su voz cuando dijo:

—Señor. El…, eh…, el muchacho está aquí, tal y como pediste, señor.

—Pues hazlo pasar —dijo Farda sin siquiera girar la cabeza, con un evidente deje de impaciencia.

Le costaba recordar cuándo había sido la última vez que había dormido. La Chispa solo podía sostenerlo un tiempo limitado. Y la magia de sangre le dejaba un sabor horrible en los huesos.

Incluso sobre la vieja alfombra, los oídos atentos de Farda oyeron claramente los pasos del chico, como si estuviera caminando por el suelo de madera de un templo vacío. Su ritmo no se ralentizó ni vaciló. No había precaución. Curioso. Farda había visto a soldados endurecidos por la batalla tartamudear y tropezar con las palabras, por no hablar de los pies, después de ver lo que él podía hacer. El uso de la Chispa no era común en las tierras del sur. El emperador se aseguraba de ello, especialmente en aquellos pueblos aislados, donde no era más que una leyenda. Los magos eran mucho más comunes en Loria, ya que el Círculo de Magii estaba en Berona, pero incluso allá las personas inteligentes sabían que había que tener cuidado al estar cerca de uno.

O el chico era increíblemente valiente o increíblemente estúpido.

Sin decir una palabra, pasó junto a la silla de Farda y se dejó caer con indiferencia en la silla gemela al otro lado de la chimenea. Tenía un cuerpo fibroso, pero por su porte, Farda suponía que era algo más fuerte de lo que parecía. Los rasgos eran afilados y angulosos, con una nariz ligeramente ganchuda. El cabello castaño claro estaba peinado hacia atrás con algún tipo de aceite. Sus ojos eran astutos. Farda creía que los ojos eran la medida de la intención de una persona.

Sin decir palabra, se dejó caer en el sillón, ignorando las quejas de su espalda al chocar con el rígido cojín. Se hizo el silencio mientras se miraban a los ojos.

Farda tamborileó impacientemente con los dedos en el brazo de

la silla. Empezaba a pensar que el chico iba a resultar un idiota. O quizá solo necesitaba un incentivo. Alzó una mano y tiró de los hilos del Fuego y el Aire. La chimenea estalló en un caos de llamaradas. Llamas naranjas y rojas se retorcían y creaban volutas mientras el fuego triplicaba su tamaño, bañando la habitación con una luz naranja intensa. El chico casi saltó de su asiento, con el miedo brillando en sus ojos.

«Bien. Quizás no seas tonto del todo».

La mirada del chico iba y venía entre la chimenea rugiente y Farda, quien saboreó ahora un tipo de silencio completamente diferente. Satisfecho, hizo un ruido como si se aclarara la garganta. Su intención era clara.

Los ojos del chico estaban ahora fijos en él; podía ver el nudo en su garganta.

—… Fritz, señor. Fritz Netly —dijo el chaval, moviéndose nerviosamente en la silla.

—Soy Farda Kyrana, justiciador del Imperio lorio. —Se inclinó hacia delante, apoyando de nuevo los codos en los brazos del sillón de cuero. A juzgar por la reacción del chico, no se esperaba aquellas las palabras—. El inquisidor Rendall me dijo que fuiste de gran ayuda para localizar la residencia de Calen Bryer. Y que quizá podrías ser útil para seguirle la pista.

La ira se reflejó en el rostro del chico al mencionar ese nombre.

«Eso podría ser útil».

—Sí —dijo Fritz—. Señor —añadió casi inmediatamente.

«Bien. Aprende».

—Calen es un cobarde mentiroso y tenemos asuntos pendientes —añadió Fritz. El desprecio ardía en su mirada.

Farda se acomodó en el asiento y entrecerró los ojos.

—Bueno, me alegra saber que nuestros deseos coinciden. Ahora demuéstrame que eres útil. ¿Cómo crees que deberíamos encontrarlo?

Mantuvo la mirada fija en el chico, asegurándose de no apartarla. El chaval se removió en el asiento. Farda creyó ver el momento en

que se le ocurrió la idea.

Una sonrisa inquietante se le dibujó en el rostro.

—Su hermana.

—¿Su hermana? —repitió, tratando de que la sorpresa no le asomara a la voz.

Aquella comadreja de Rendall le había asegurado que había interrogado a los aldeanos y que toda la familia del chico había perecido ese día. Al parecer no era tan minucioso como le gustaba creer o subestimaba el desprecio de los aldeanos por el Imperio. En cualquier caso, era un giro interesante.

Rendall podía esperar, pero habría que ocuparse de su incompetencia. Hacía tiempo que tendría que haber aprendido una lección de respeto.

—Sí, señor. Su hermana, Ella. Hay rumores de que se marchó de El Claro la noche antes de su llegada, señor. A pesar de lo que pudieran pensar, su pequeña aventura con Rhett Fjorn era de dominio público. Es un pueblo pequeño. Por lo que he oído, Rhett tiene familia en Berona. Apostaría lo que fuera a que ese es su destino.

Farda dio unos golpecitos con los dedos en el brazo de la silla.

—¿Y eso en qué me ayuda exactamente? ¿Qué me importa la hermana del chico?

—Bueno, señor —dijo Fritz, ganando confianza—, si la encuentras y la capturas, solo tienes que hacerle saber que la espera la horca si Calen no se entrega. Es sencillo, señor.

«El chico no es tonto».

—¿Y estás seguro de que se ha ido a Berona, chico?

—Sí —dijo Fritz, asintiendo—. Al norte, eso seguro, pero yo diría que a Berona.

—Hmmm… —Farda se mordió el labio inferior mientras se le ocurría un plan—. Hay dos puertos en Illyanara desde los que ir al norte. Gisa y Otoñada.

Fritz contuvo una risa.

—¿Gisa? Esas comadrejas no podrían permitirse un billete desde

Gisa…, señor.

—No obstante —dijo Farda—, debemos tener en cuenta todas las posibilidades. Enviaré tropas a Gisa y a Otoñada. Acompañarás a los que van a Otoñada, ya que no te convence Gisa. ¿Entendido?

Fritz giró la cabeza, confundido.

—Eh…

Farda lo interrumpió al lanzarle una bolsa llena de monedas.

—Esto es tuyo. El viaje a Otoñada es largo, así que úsalo con prudencia. Habrá más si la traes de vuelta con vida. El capitán Mormun te espera en el salón de abajo. Te presentarás ante él y partirás al amanecer.

Los ojos del chico se iluminaron.

«Probablemente son más monedas de las que ha visto en toda su vida».

Farda le dio unos momentos para que disfrutara de su nueva riqueza, luego alzó las cejas y señaló hacia la puerta. El chico captó el mensaje. Metió la bolsa en el bolsillo de la zamarra como un niño hambriento lo haría con una manzana. Se puso de pie de un salto, se alisó las arrugas de la camisa, enderezó la espalda y levantó la barbilla.

—Gracias, señor.

Farda asintió secamente y se recostó en la silla, dirigiendo su atención hacia el rincón más alejado de la habitación. Cuando el chico estaba a punto de irse, aprovechó la oportunidad.

—Y… Fritz, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Si alguna vez vuelves a entrar en mi despacho como lo has hecho hoy, te cortaré la lengua y la quemaré delante de tus ojos. —Farda esperó a oír el silencio que sabía que seguiría—. ¿Sigues aquí?

La puerta se cerró de golpe, no con ira, sino con prisa. Farda se permitió una sonrisa de satisfacción y se puso en pie. Creía saber lo que Rendall veía en el chico. Fritz Netly era un poco brusco, pero con un poco de trabajo, podría convertirse en un inquisidor medio decente. Era uno de los pocos trabajos que se adaptaba a un

temperamento irascible y una naturaleza sádica.

«El chico encajaría perfectamente».

Soltó un suspiro de alivio mientras tiraba de los hilos del Aire. Se quitó los brazales, desabrochó las hebillas de la armadura y la arrojó sobre la capa, que yacía cuidadosamente doblada en el largo sofá al final de la habitación. Se sentó en la cama, cerró los ojos y vació los pulmones en una profunda exhalación.

Sus dedos bajaron hasta la moneda que llevaba en el bolsillo, un hábito que nunca abandonaría.

—¿Qué haces aquí? —suspiró Farda suspiró mientras abría de nuevo los ojos.

La luz de la chimenea se había atenuado, envolviendo la habitación en sombras.

—¿No te alegras de verme? —siseó el umbrío. Se sentó en uno de los sillones de cuero junto al fuego, con la capa que bebía la luz colgada sobre los brazos de cuero.

—Di lo que tengas que decir.

—Las tropas que pediste han llegado y se ha establecido el bloqueo. ¿Estás seguro de que Belduar es su destino?

Había un deje de irritación en la voz del umbrío.

—No —dijo Farda, poniéndose en pie.

Ahora podía ver al umbrío con mayor claridad. Sus dedos blancos como huesos se aferraban al brazo de la silla y miraba fijamente las llamas rugientes de la chimenea. Esta tendría que estar bañando la habitación con una luz cálida, pero apenas emitía un resplandor. El umbrío bebía su luz, como siempre.

—Pero el barco en el que los encontramos era narvonano. Y Arthur Bryne es el único que tendría el oro necesario para pagar un barco narvonano. Es la opción más inteligente. De cualquier manera, a partir de ahora necesitaremos más tropas en el sur.

—¿Necesitaremos? No sirvo a tu emperador —gruñó el umbrío.

—¿No? ¿No acabas de informarme como lo haría un mensajero?

Farda no lo vio moverse pero de pronto el umbrío estaba a su lado, los ojos a la altura de los suyos.

—Sirvo al único dios verdadero. Al igual que tu amo. Harías bien en recordarlo. Debería enseñarte a recordarlo.

—Inténtalo. Te arrancaré de ese cuerpo.

—Morirías primero.

—Acogería la muerte con agrado.

Se produjo un silencio mientras los ojos cavernosos del umbrío miraban fijamente a los de Farda.

—No falles —siseó antes de alejarse de Farda y dirigirse hacia la puerta—. Si lo haces, estaré deseando oír tus gritos.

Farda se dejó caer de nuevo sobre la cama. Su corazón latía con un ritmo lento y metódico. No mentía; acogería con agrado la muerte. Pero no era su hora de morir. Se recostó en la cama y volvió a posar el dedo sobre la moneda que llevaba en el bolsillo.

—El destino es mi único amo.

Contemplando las llanuras abiertas de Illyanara, Ella se sentía feliz de haber salido por fin de Camylin. La ciudad era hermosa, pero no podía escapar de la sensación de malestar que ocupaba su mente cada vez que pensaba en los acontecimientos de la noche anterior. Se estremeció al pensar en lo que podría haber pasado si aquel desconocido no hubiera aparecido. No quería ni pensarlo.

Además, durante la noche se habían producido disturbios en la ciudad. Se despertó, bien pasada la medianoche, con el grito de varios hombres y el ruido metálico de las espadas chocando entre sí. No estaba segura de que le gustaran las ciudades. Los combates de la noche anterior eran el único tema de conversación en los mercados esa mañana.

—Los rebeldes quieren tomar la fortaleza —oyó susurrar a una mujer a otra.

—No, no. Son espías de Varsund que quieren robar la correspondencia del gran señor —respondió su compañera con un guiño pícaro y un gesto de asentimiento—. Mi Tamwell conoce a un

hombre que trabaja con el herrero de la esquina. Es amigo de una criada que sirve al señor Karnel, y ella ha oído cosas.

Fuera lo que fuere, Ella se alegró mucho cuando Rhett le dijo que había un comerciante que viajaba a Resguardo y que los llevaría en su carro por un precio razonable.

Exhaló un profundo suspiro y se acurrucó contra el pecho de Rhett. Él le sonrió y luego volvió la mirada hacia la silueta difuminada de la ciudad, que se había convertido en una mota en el horizonte.

La chica cerró los ojos y respiró hondo de nuevo cuando el carro dio un bote en un tramo especialmente accidentado del camino. Le iba a doler la espalda para cuando llegaran a Resguardo. Estaba casi tan contenta de bajarse del carro como de dejar Camylin.

CAPÍTULO 21
CAMBIO DE PLANES

—Bueno, esto lo cambia todo —dijo Aeson.

El dragoncito seguía acurrucado en el regazo de Calen, durmiendo a pierna suelta con la cabeza en la pierna del joven y dando vueltas y retorciéndose de vez en cuando. Resultaba difícil de creer que pudiera llegar a convertirse en algo parecido a las criaturas de la leyenda.

Los dragones del Imperio no se dejaban ver al sur de Lobregal desde mucho antes del nacimiento de Calen, así que nunca había visto uno en persona, pero se decía de ellos que podían crecer hasta alcanzar el tamaño de un barco, con dientes tan largos y afilados como espadas. Su fuego podía reducir ciudades enteras a cenizas y convertir naciones en polvo. Era difícil ver eso en aquellos curiosos ojos color lavanda. Le llevó un momento asimilar lo que Aeson había dicho.

—¿Qué quieres decir? —respondió, levantando la vista de la pequeña criatura que dormía en su regazo.

—No puedes ir en busca de tu amigo, Calen. Ahora no.

—Eh…

—Calen, mis hijos y yo hemos arriesgado la vida para traer ese huevo a través del océano desde Valacia. Muchos otros no tuvieron tanta suerte, que Heraya los acoja. —Aeson apretó la mandíbula,

con una mirada inquebrantable en los ojos—. Ese dragón, y tú con él, sois más importantes de lo que podéis imaginar. Tenemos que llevarte a Belduar. Es el lugar más seguro en este momento. El Imperio no puede descubrir que existes. Un huevo es una cosa, pero un draleid es otra completamente diferente. No puedes irte a recorrer el continente sin más. ¿Qué crees que pasará si apareces en Gisa u Otoñada con un dragón? Te matarán en cuanto te vean.

A Calen se le hizo un nudo en la garganta. No podía abandonar a Rist. Abandonarlo. Era culpa suya que el Imperio tuviera a Rist. Nunca debería haberlo dejado.

—Iremos a por Rist, pero no ahora. Debemos llegar a Belduar y mantenerte a salvo. Ya viste lo que el Imperio le hizo a tu aldea, a tu familia.

Un escalofrío recorrió la espalda de Calen.

—Puede que esto no fuera tu causa, pero ahora lo es, formas parte de esto. Dijiste que querías venganza por lo que han hecho. No la conseguirás si te clavan un cuchillo por la espalda mientras persigues el viento.

La voz de Dann era probablemente la última que Calen esperaba oír.

—Tiene razón. —Había una mirada solemne en sus ojos—. No es que quiera admitirlo, pero ¿qué podemos hacer si vamos tras Rist? No sabríamos por dónde empezar a buscarlo, e incluso si lo encontráramos, ¿de qué serviríamos contra un umbrío? ¿Contra el Imperio? ¿Qué podríamos hacer?

Calen miró al dragón acurrucado en su regazo. La sensación que le había estado rondando en el fondo de su conciencia no cambió. El dragoncito bostezó dormido, dejando al descubierto hileras de dientecitos afilados como cuchillas.

—Calen. —Desvió la mirada del dragón dormido hacia Therin, que lo miraba fijamente—. Ahora eres un draleid, una de las vocaciones más sagradas de toda Eferia. Tu alma está ligada a esa criatura por una magia más antigua que las montañas y los cielos. Durante casi tres mil años, los draleid y la Orden fueron los

protectores de los pueblos libres de Eferia, hasta que los traicionaron aquel que ahora se hace llamar Emperador y sus seguidores. Aún no comprendes lo que significa ser un draleid, pero se te puede enseñar. Ven con nosotros a Belduar y ayúdanos a corregir los errores que han devastado estas tierras.

El corazón de Calen desfalleció. No había pedido convertirse en un draleid; era feliz en El Claro. Soltó un hondo suspiro, como el de quien lleva una montaña sobre los hombros. Se estaba engañando al pensar que podía decidir; le habían quitado todas la opciones. Tenían razón, no podía ir tras Rist. ¿De qué serviría? Nunca lo encontraría. Incluso aunque lograra encontrarlo por alguna intervención divina, no tendría ninguna posibilidad contra un umbrío. Abatió la cabeza. Miró a la pequeña criatura que acababa de cambiar aún más su vida.

«Y luego estás tú».

—Está bien —suspiró—. A Belduar.

—Entonces está decidido —dijo Aeson—. Tengo un contacto al este de aquí que me debe un favor y debería poder conseguir algunos caballos. Recoged el campamento. El sol saldrá pronto y es mejor que para entonces ya hayamos salido del bosque.

Tardaron tres días en llegar a Resguardo. Sus numerosas torres se elevaban hacia el cielo, y el sol del atardecer se reflejaba en sus tejados de pizarra roja. Calen nunca había visto aquel lugar, pero los narradores ambulantes solían hablar de sus pintorescas murallas blancas y sus extensas calles.

Las enormes torres tenían muros tan gruesos como el brazo de Calen, con amplias plataformas abiertas a cada lado, torres de aterrizaje para los dragones de antaño. Eso era lo que decían los narradores, aunque Calen tenía la sensación de que quizá se inventaban sus propias verdades para adaptarlas a sus cuentos. Era otra pregunta más que podía hacerle a Therin.

Miró al elfo, que cabalgaba a solo un par de varas frente a él. No parecía viejo, tal vez cuarenta veranos. Claro que Calen nunca había visto a otro de su especie e ignoraba el aspecto de un elfo viejo. Aeson había dicho que Therin era mago desde mucho antes de que el Círculo de Magii de Berona reclamara ese título. Eso significaba que tenía al menos cuatrocientos años. No parecía posible.

Entrecerró los ojos para examinar a Therin más de cerca. Como si tuviera ojos en la nuca, este giró bruscamente el cuello. Miró fijamente a Calen, que casi saltó de la silla de montar y giró la cabeza hacia el norte, fingiendo que había estado contemplando los montes Lodhar.

—Creo que estábamos pensando lo mismo —dijo Dann mientras acercaba su caballo al de Calen y le susurraba—. Parece estar en buena forma para ser un saco de huesos andante.

Calen miró de reojo a Therin. Hubiera jurado que acababa de ver al elfo lanzar una mirada de desdén a Dann antes de volver a fijar la vista en el paisaje que tenía delante.

El viaje había sido más largo de lo esperado. Aeson había decidido que lo mejor era mantenerse alejados de los caminos y los pueblos. No solo el Imperio los estaría buscando, sino que era difícil no llamar la atención cuando Calen llevaba un bebé dragón en la parte delantera de la silla de montar. Merecía la pena tomárselo con calma. A Calen no le apetecía encontrarse con más soldados imperiales, no tan pronto, en todo caso.

El dragón no se movía mucho mientras viajaban. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, acurrucado en la parte delantera de la silla, en la nuca del caballo, y solo se despertaba para comer.

Calen no tenía ni idea de lo que comían los dragones, pero pronto descubrió que la respuesta era cualquier cosa que hubiera tenido —o aún tuviera— latido. No comía demasiado de una vez. Trozos de carne de conejo varias veces al día parecían mantenerlo contento, pero Aeson había dicho que eso cambiaría a medida que creciera. Ya empezaba a parecer más grande. Aeson también había dicho que probablemente dormiría durante la mayor parte de la

primera semana mientras iba creciendo, pero que eso cambiaría una vez que tuviera más hambre. Calen no estaba seguro de dónde provenía el conocimiento de Aeson sobre los dragones, pero parecía no tener fin.

Vio a la izquierda las estribaciones de los montes Lodhar alejándose en la distancia. Por los mapas que su padre solía enseñarle, sabía que la ciudad montañosa de Belduar se encontraba justo al otro lado de esa cordillera. Nunca habría creído que llegaría a ver con sus propios ojos la legendaria ciudad que había resistido un asedio tras otro y había repelido a los ejércitos imperiales una y otra vez con catapultas y fuego de dragones.

El mundo ya no parecía el mismo lugar. Todo había cambiado. Solo unas semanas antes, había pasado sus días ayudando a su padre en la forja, bebiendo hidromiel en El Dragón Dorado con Rist y Dann, y suspirando por Anya Gritten. Estaba convencido de que no volvería a verla nunca más, ni a nadie de El Claro, en realidad. El aroma de la madreselva flotaba en su mente mientras recordaba haber bailado con ella aquella noche. Era un recuerdo que conservaría para siempre.

Miró al dragoncito acurrucado en la nuca del caballo y luego a sus compañeros. Su pasado le parecía irrelevante ahora. No era algo que él hubiera pedido, pero lo había encontrado.

La idea de dejar a Rist, de abandonarlo, seguía pesando en su conciencia. Lo encontrarían tan pronto como pudieran. Simplemente no podían en ese momento.

«Iremos a por ti».

El informante de Aeson en Camylin había mencionado algunos rumores inquietantes sobre un bloqueo lorio en Belduar. Tras discutirlo un poco, decidieron que solo Aeson y Erik se aventurarían en Resguardo, mientras que Dahlen exploraría las llanuras del norte entre el bosque y Belduar. Entre todos, lo sabrían con certeza al final del día. Llevar a un elfo o a un dragón a Resguardo no era una opción, así que Calen y Therin se quedaron para montar el campamento para pasar la noche.

—Muy bien, nos vemos dentro de unas horas. Quedaos dentro de la línea de árboles y no os alejéis. Dahlen, limítate a explorar. No entres en combate.

Aeson asintió a Erik y ambos partieron al galope hacia Resguardo, con las capas negras ondeando al viento mientras cabalgaban.

—Volveré tan pronto como pueda —dijo Dahlen mientras se dirigía hacia el norte, hacia las llanuras.

Él y Calen no habían hablado desde que Dahlen había regresado sin Rist. Todos los demás habían notado la tensión entre ellos, se hablara de ello o no. Calen sabía que era principalmente culpa suya, pero no podía evitarlo. No estaba seguro de si estaba enfadado con Dahlen o consigo mismo. Había abandonado a Rist igual que Dahlen. Tampoco había estado ahí para Haem. Y tampoco había podido ayudar a su familia.

«Ahora no…».

—Puedes ir con ellos, si quieres —le dijo Calen a Dann, tratando de salir de sus propios pensamientos—. Ninguno de los dos hemos estado nunca tan lejos de El Claro, y antes de Camylin, tú ni siquiera habías visto una ciudad. Iría yo mismo de no ser por…

Señaló al dragón dormido que yacía acurrucado sobre la silla de montar.

—No. Acabamos de perder a Rist —añadió ante la ceja interrogativa que Calen acababa de alzar—. No tenemos ni idea de dónde está, y me está matando no poder ir a buscarlo. No te voy a perder de vista. Si te pasara algo, Rist nunca me lo perdonaría, y ya es bastante capullo de normal.

Calen no pudo evitar la risa. Dann siempre había tenido facilidad de palabra. El viaje por el bosque habría sido silencioso de no ser por sus divagaciones: «¿De dónde vienen los dragones?», «¿Por qué los elfos tienen orejas puntiagudas?». O la favorita de Calen: «¿Pueden los magos usar la magia para hacer que la gente sea más alta?».

Therin no respondió a ninguna pregunta. El elfo parecía un poco

perdido en sus pensamientos, pero Calen estaba seguro de haber visto una sonrisa divertida más de una vez. El silencio de Therin no disuadió a Dann, ni siquiera lo hizo vacilar.

—Al final responderás. Sé que lo harás. Soy como la mala hierba: acabaré gustándote.

Calen negó con la cabeza y se echó a reír para sus adentros mientras Dann continuaba.

—¿Puedes dejarte crecer la barba? He oído que los elfos no pueden dejarse crecer la barba.

«Va a ser una noche larga».

—Aquí, este lugar estará bien —dijo Therin al entrar en un pequeño claro de terreno llano.

El bosque no era tan denso como el de Ölm. El aire estaba menos cargado, con un dulce aroma a hojas frescas de pino. El cálido resplandor naranja del sol poniente se filtraba a través de los árboles, altos y esbeltos, creando un entramado de sombras en el suelo.

—Muy bien, mientras preparáis el campamento voy a ver si puedo cazar algo antes de que se ponga el sol del todo —dijo Dann, cogiendo el arco de la silla de montar.

—Gracias a los dioses —suspiró Therin cuando Dann estuvo lo bastante lejos para que no lo oyese—. ¿Es que nunca deja de hablar?

El cambio en el comportamiento de Therin tomó a Calen por sorpresa. Se esforzó por contener la risa mientras desmontaba.

—Espera, ¿por qué no respondiste a sus preguntas?

La mirada de incredulidad en el rostro de Therin respondió a la pregunta de Calen.

—¿Los elfos pueden dejarse crecer la barba?

—Está bien, está bien. Lo entiendo —echó a reír Calen—. Puede ser un poco pesado, pero tiene buenas intenciones.

—Estoy seguro. —Therin tiró las alforjas al suelo y sacó un cuenco y una cantimplora con agua para su caballo.

Calen centró su atención en el dragón. Seguía acurrucado sobre

la silla de montar del caballo, con las escamas blancas en marcado contraste con el verde oscuro y el marrón moteado del bosque. La sensación que había tenido en el fondo de su mente cuando el huevo eclosionó se había vuelto más evidente en los últimos días. Dormía la mayor parte del tiempo, pero en cuanto abría los ojos, Calen lo sabía. Cada vez que tenía hambre, lo sabía. Simplemente estaba… allí.

Tal y como había hecho cada vez que se detenían para pasar la noche, deslizó las manos bajo el vientre de la criatura dormida. Con cuidado de no despertarla, la cogió y la bajó del lomo del caballo, y la acostó sobre unas mantas que había doblado en el suelo. Las espinas y los cuernos que enmarcaban su cara y le recorrían la espalda eran pequeños y redondeados, pero Aeson y Therin habían insistido en que se alargarían y se afilarían.

—Therin… ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondió Therin.

El elfo acababa de terminar de apilar leña para el fuego y estaba sacando un tronco de debajo de un arbusto para usarlo como asiento. Lo colocó en su sitio y se dejó caer sobre él.

—¿Qué querías preguntarme?

Antes de que Calen pudiera responder, el elfo hizo un gesto con la mano y la pila de leña estalló en una llamarada rugiente.

—Eh… —La magia del elfo había sacado a Calen de sus pensamientos—. Lo siento —dijo, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo es que tú y Aeson sabéis tanto sobre dragones?

No era la pregunta candente que quería hacer, pero era un comienzo. El elfo se detuvo un momento.

—Para ser sincero, me sorprende que no hayas hecho más preguntas, pero supongo que has estado ocupado procesándolo todo. —Therin se acomodó en el tronco—. Cuando alguien está conectado con la Chispa, envejece de forma diferente a las demás personas. He vivido para ver naciones enteras surgir y caer, y ciudades reducidas a cenizas, solo para ser reconstruidas y arrasadas una vez más. Muchas vidas. Hace mucho tiempo, cuando

la Orden estaba en el apogeo de su poder, los dragones vagaban por estas tierras. Desde las murallas de Eselthyr hasta las torres de Ilnaen; desde las Montañas Onduladas de Valtara hasta el Mar de Piedra.

»En aquella época, yo era el embajador élfico ante la Orden. Muchos de los draleid se contaban entre mis amigos más íntimos. He tenido más de una vida para aprender sobre los dragones, muchacho. —Therin bajó la mirada hacia el dragón, que se había vuelto a subir al regazo de Calen—. Aunque hasta la otra noche, nunca pensé que volvería a ver uno. Al menos, ninguno que me alegrara ver. En cuanto a Aeson, esa es una historia para otro momento.

Calen asintió.

—Mi padre, tú…

El sonido de unos pasos llamó la atención de Calen. Dann entró en el campamento con dos conejos colgados del hombro, ya despellejados y listos para cocinar. Calen suspiró para sus adentros, dejando que su pregunta se perdiera en el viento. Giró la cabeza hacia el fuego y dejó que su mente se perdiera en el caos de las llamas.

—Me temo que no había mucho donde elegir —dijo Dann.

Se arrodilló frente al fuego y preparó el asado. Una punzada de hambre invadió a Calen, casi de la nada. Entonces lo sintió. Bajó la mirada. El dragón estaba despierto. Movía la cabeza somnolienta de un lado a otro, emitiendo un breve chirrido metálico mientras se ponía en pie.

—¡Mierda! ¡La cosa se ha despertado otra vez! —gritó Dann y cayó de espaldas al suelo.

—Eres un crío —dijo Calen. Pasó la mano por la nuca del dragón. Las escamas tenían una textura muy similar a la de una piedra rugosa, pero eran mucho más suaves de lo que Calen había imaginado.

—¿Un crío? —se burló Dann—. Esa cosa se despierta cada vez que traigo comida al campamento. ¡Anoche casi me arranca la

mano!

—Pues aprende la lección.

Como para respaldar a Calen, el dragón se enderezó, extendió las alas y lanzó un chillido agudo hacia Dann. Incluso con el tamaño de un perro pequeño, parecía temible.

—¡Oh, vete a la mierda!

Dann cortó la pata de uno de los conejos y la tiró al suelo delante del dragón. Este volvió a chillar y luego sacudió la cabeza de un lado a otro mientras devoraba la carne.

—Pequeño salvaje… —murmuró Dann.

Calen vio a Therin sonriendo con el rabillo del ojo.

Calen tosió mientras tragaba un trozo de pan duro y lo acompañaba con un trago de la cantimplora. La carne de conejo y el pan duro se estaban convirtiendo en la base de su dieta. Era mejor que nada, que era lo que habría comido de haber estado solo.

—Therin, ¿por qué Belduar?

—Belduar ha sido una espina clavada en el Imperio desde la caída de la Orden. Fue la única ciudad humana independiente en toda Eferia que resistió los avances de Fane. El rey de Belduar, Arthur Bryne, es, según todos los indicios, un buen hombre. Es amigo mío y de Aeson, y probablemente una de las pocas personas en las que podemos confiar. Arthur es quien envió a Aeson a Valacia en busca del huevo. Bueno, supongo que ya no es un huevo.

Therin señaló al dragón. Ahora yacía satisfecho a los pies de Calen, moviendo la lengua de un lado a otro mientras se sacaba trozos de carne de la boca.

—Encontraremos refugio en Belduar —añadió—. Un lugar donde descansar sin tener que mirar hacia atrás cada segundo. Y podremos decidir qué hacer a continuación.

—Entiendo —dijo Calen—. ¿Y después? ¿Cuándo podremos buscar a Rist?

Therin suspiró.

—No lo sé, lo siento. Rist puede tocar la Chispa, eso es indudable. Probablemente por eso se lo llevó el umbrío, y si ese es el caso, entonces estará de camino a la Atalaya. Pero adivinar las razones por las que un umbrío haría algo es como intentar atrapar el viento con las manos. Sirven al dios traidor, Efialtír, así que sus intereses coinciden con los de Fane Mortem. Más allá de eso, sé tanto como tú.

Calen miró a Dann, que estaba absorto contemplando el fuego. Su pecho subía y bajaba con pesadas bocanadas. Therin debió de darse cuenta.

—Si hay algo que el emperador aprecia, es el poder de la magia. Rist estará a salvo. Querrán entrenarlo, reclutarlo, no matarlo. Eso significa que tenemos tiempo. Te dije que no sé cuándo podremos ir a por, y eso es cierto, pero iremos. Te lo prometo.

La conversación dejó un sabor amargo en la boca de Calen. Las palabras de Therin tenían sentido, pero eso no las volvía más fáciles de escuchar. Se quedaron sentados en silencio. El único sonido era el crujir y crepitar de la madera consumida por las llamas.

Los ojos de Dann se movieron rápidamente de un lado a otro al oír los cascos de los caballos que se acercaban al campamento.

—No —dijo Therin cuando Dann fue a por el arco.

El joven le lanzó una mirada interrogativa, pero Therin no respondió. Tras unos tensos momentos, Aeson y Erik entraron a caballo en el claro. La luz del fuego iluminaba sus rostros.

—¿Qué noticias traéis?

Therin le lanzó a Aeson un trozo de carne de conejo, ya fría, mientras este desmontaba del caballo.

—No son buenas —respondió Aeson casi a la vez que hincaba los dientes en la carne—. En las tabernas se rumorea que una fuerza loria impuso un bloqueo a Belduar hace menos de cuatro días. Las cifras oscilan entre dos mil y cincuenta mil efectivos, dependiendo de a quién se le pregunte. Yo apostaría por algo más cercano a los diez mil.

Erik se dejó caer junto a Calen, con la mirada fija en el dragón, que ahora dormía.

—Eso es cuanto hace, ¿no? —Se echó a reír—. Comer, dormir, comer, dormir.

—Más o menos —respondió Calen—. Pero tu padre dijo que eso cambiará en unos días. No estoy seguro de que eso sea algo bueno.

—¿Has pensado en un nombre?

—¿Un nombre? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a un nombre. ¿Cómo vas a llamarlo?

Hasta el momento, a Calen ni siquiera se le había pasado esa idea por la cabeza. No se le había ocurrido que tendría que elegir un nombre para el dragón.

—No tengo la más remota idea. ¿Cómo se bautiza a un dragón?

—A mí no me mires —dijo Erik—. Quizá puedas preguntarle a Therin o a mi padre. Seguro que ellos tienen alguna idea.

Calen asintió, con la mente dándole vueltas al asunto.

«¿Qué tipo de nombres tienen los dragones?».

—¿Qué tal «pila de escamas perezosa»? —sugirió Dann.

Pincho al dragón dormido con un palito y casi se le sale el corazón del pecho cuando este respondió con un breve chillido, sin abrir los ojos. Tanto Calen como Erik echaron la cabeza hacia atrás y rompieron a reír.

Aeson se sentó en un tronco junto al fuego.

—¿Dahlen aún no ha regresado?

—No —respondió Therin.

Aeson se movió incómodo.

—Ya veo. Pensaba que habría vuelto antes que nosotros.

—En realidad iba justo tras vosotros.

Calen giró la cabeza y frunció el ceño cuando Dahlen desmontó del caballo. No podía evitarlo. Cada vez que miraba a Dahlen, sentía un nudo de ira en el pecho.

—Me temo que las noticias no son buenas —dijo Dahlen—. Hay un bloqueo. Las hogueras se extienden por leguas. Diría que hay unos diez u once mil hombres. Es difícil saberlo desde esa distancia

y por la noche, pero no creo que me equivoque mucho. Deben de haber recibido una señal cuando encontraron nuestro barco en el mar. No hay otra forma de que hayan llegado aquí tan rápido. ¿Queda algo para mí?

Señaló la pata de conejo que el dragón había devorado a medias. Dann le lanzó el último trozo que quedaba junto al fuego. Dahlen le dio las gracias y se sentó junto a Erik.

—Lo sabemos —dijo Aeson—. Era lo que se comentaba en la ciudad. Solo necesitábamos que lo confirmaras.

El guerrero tenía una expresión pensativa en el rostro.

—¿Cómo sabían que íbamos a Belduar? —preguntó Dann, inclinándose hacia delante.

—Quizá no lo sepan —respondió Aeson—. El Imperio ha intentado tomar Belduar más veces de las que puedo contar. Podría ser simplemente otro intento. Pero es más probable que Farda haya averiguado adónde vamos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dahlen mientras deshuesaba la pata.

Aeson no dijo nada, pero miró a Therin, que se movió incómodo.

—No lo sé, viejo amigo. No sería mi elección.

—Ahora mismo no tenemos muchas opciones —dijo Aeson.

Therin frunció el ceño. Calen no había visto de dónde lo había sacado, pero Therin hacía girar un pequeño cuchillo de plata entre los dedos de la mano derecha mientras miraba fijamente al fuego.

—De acuerdo.

A Calen le resultaba difícil ignorar la renuencia en la voz de Therin.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

Las torres de Resguardo eran aún más impresionantes de cerca. Ella se abrió paso entre los desconocidos que se arremolinaban por la ciudad. Sus ojos se movían entre el camino que tenía delante y el

cielo. De haber sido las torres más altas, habrían atravesado las nubes.

Su colorido era llamativo. Ella no sabía qué se había hecho para dar a la piedra un tono tan blanco, pero la forma en que el resplandor naranja del sol naciente rebotaba en los edificios creaba una luz cálida y relajante en las calles de la ciudad. Era casi como si quien hubiera construido la ciudad la hubiera pintado en lugar de edificarla. Era una obra maestra sobre un lienzo de piedra. Cuando la veía desde la distancia, era espectacular, con los tejados de pizarra roja contrastando con los edificios blancos como la nieve. Pero de cerca… era impresionante.

—¡Oh! ¡Lo siento!

Apartó la mirada del cielo y se hizo a un lado para esquivar a un vendedor ambulante que se acercaba a toda velocidad.

—¡Niñata! —le gritó él, agitando la mano hacia ella mientras arrastraba un carrito lleno de objetos extraños y baratijas.

—¿Quizás deberíamos mirar hacia delante en lugar de a las nubes? —dijo Rhett, con una risa en el tono de su voz.

Ella sonrió, y un ligero rubor se extendió por sus mejillas. Él siempre lo conseguía, sin importar dónde estuvieran. Eran sus ojos, pensó. O tal vez su sonrisa.

Rhett entrecerró los ojos.

—Deja de mirarme así —dijo entre risas.

El comerciante que los había llevado a Resguardo les había dado el nombre de una posada que era «barata y pintoresca». El Arco Dorado. Ella no tenía ninguna prisa por encontrarla. Podría haber vagado por las calles todo el día sin preocuparse por nada. No estaban tan concurridas como las de Camylin, pero eso era probablemente porque el día apenas había comenzado. Aun así, mientras el sol matutino bañaba las calles empedradas, Ella casi podía sentir la emoción del día en el aire.

La mágica profusión de olores que flotaba en el aire añadía una dimensión completamente diferente a la ciudad. Resguardo era famosa por cuatro cosas: sus altas torres, sus muros blancos, sus

flores y sus panaderías. Las dos primeras la convertían en un espectáculo visual; las dos segundas permitían flotar por las calles sobre las olas de aroma.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas al pasar frente al escaparate de la panadería más grande que había visto en su vida. Era al menos diez veces más grande que la de la señora Gourna en Molinar. Había de todo lo que se le pudiera ocurrir. Panes, pasteles, tartas, empanadas… La lista era interminable. Le dolía seguir caminando.

Rhett quería llegar primero a la posada y asegurarse de que había habitaciones libres. El verano era una de las temporadas más concurridas en Illyanara para viajeros y comerciantes, pero especialmente en Resguardo, ya que solía ser un punto intermedio para todos los viajes en la provincia.

—Ahí, más adelante. Junto a la carnicería.

Efectivamente, unas seis varas más adelante, a la derecha, estaba la carnicería. Al lado, un gran letrero colgaba sobre el edificio con la inscripción El Arco Dorado impresa sobre la intrincada imagen pintada de un arco en oro y plata.

Tal y como había prometido el comerciante, la posada era un lugar pequeño y encantador. Era menor que la de Camylin, pero tenía un ambiente mucho más agradable y no había moho en las paredes, lo cual era un punto a favor. El posadero era un tipo alegre, ligeramente regordete, con la cabeza calva y una sonrisa radiante. Su delantal blanco estaba inmaculado; no se veía ni una mota de suciedad.

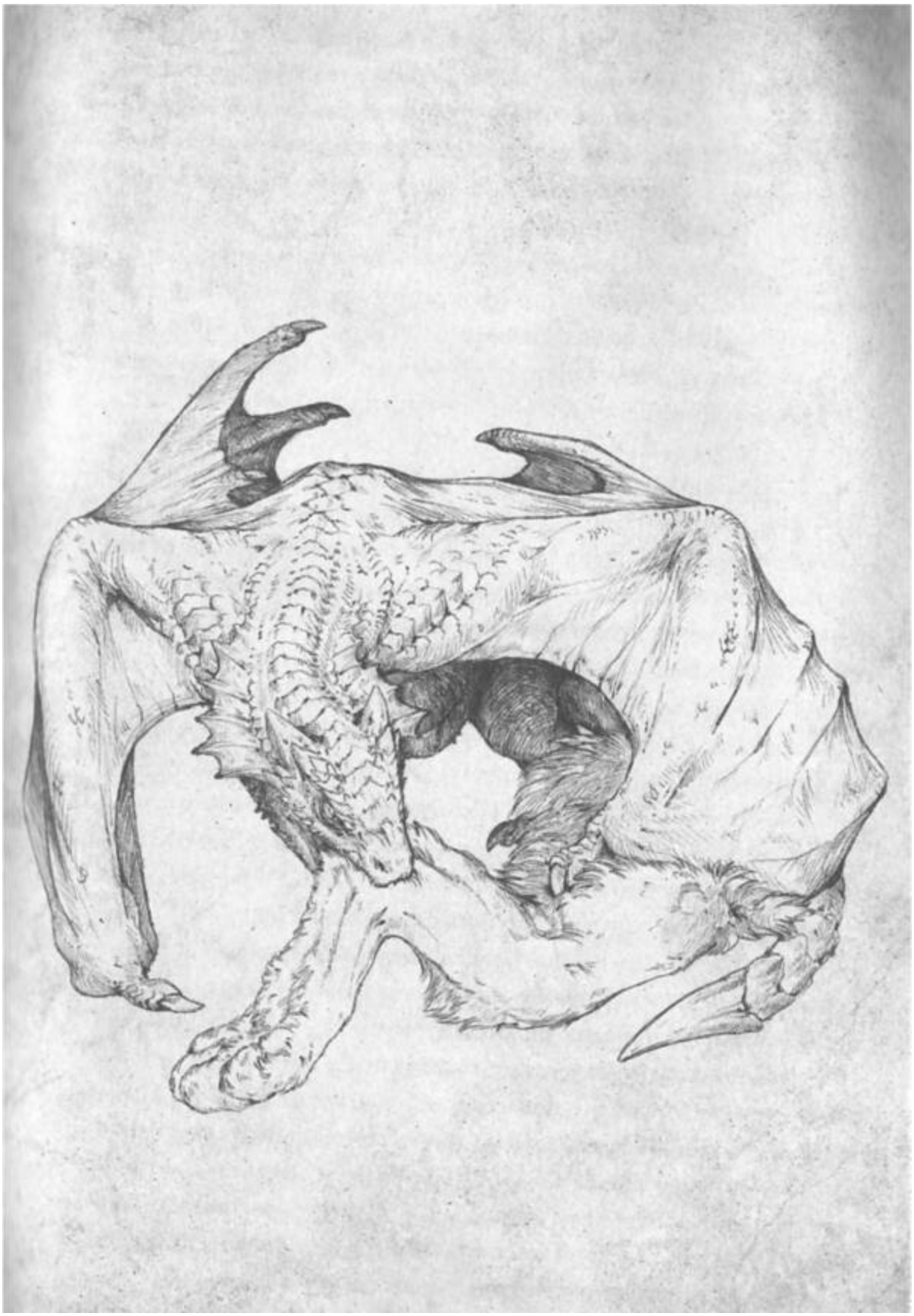
«No creo que le aguante así todo el día».

Para la agradable sorpresa de Ella, no solo tenían habitaciones disponibles, sino que la que les ofreció era encantadora y pintoresca. Una cama doble de aspecto cómodo se acurrucaba en un rincón al fondo, justo bajo un techo inclinado de madera. Un pequeño espejo antiguo colgaba de la pared frente a un escritorio de madera ornamentado.

«Perfecto».

Se tiró sobre la cama y cerró los ojos mientras se hundía en el suave colchón. Exhaló satisfecha y volvió a abrir los ojos. Vio a Rhett a su lado con una carta en la mano y una mirada preocupada en el rostro.

—Tengo algo que enseñarte.



CAPÍTULO 22
VALERYS

—Aver, lo diré de nuevo. ¿Por qué vamos al lugar más siniestro de toda Eferia? Que se llama Lobregal. No es que suene muy acogedor, ¿verdad?

Dann, como era de esperar, no había dejado de hablar ni para respirar durante más de cinco minutos en los últimos días. Calen pensaba que Therin estaba considerando matarlo mientras dormía y arrastrar su cuerpo lejos de allí. El elfo tenía los ojos iracundos clavados en la nuca de Dann. Movía los labios, pero estaba demasiado lejos para que Calen pudiera oír lo que decía. Seguro que no era nada agradable.

Por cuarta vez Aeson respondió a la pregunta de Dann con más paciencia de la que Calen habría tenido.

—Hay un antiguo paso de montaña en Lobregal, al pie de los montes Lodhar. No es un viaje agradable, pero debería llevarnos a Belduar sanos y salvos y permitimos eludir el bloqueo.

Dann se quedó en silencio un momento, reflexionando.

—Ya veo. ¿Y por qué Therin se opone tanto a ir por ese camino?

Therin ni siquiera respondió a la pregunta.

—Tiene sus razones —dijo Aeson—. Ahora bien, si puedes permanecer en silencio hasta que lleguemos a Lobregal, responderé a tres preguntas que Therin se ha negado a contestarte, pero solo si

guardas silencio desde ahora hasta que lleguemos.

Dann estaba a punto de abrir la boca, pero se detuvo cuando Aeson ladeó la cabeza y enarcó una ceja. En lugar de eso gesticuló como si se estuviera cosiendo la boca con hilo.

«No creo que eso dure mucho».

Therin y Aeson no habían discutido abiertamente sobre el nuevo camino, pero todos tenían claro que Therin no lo aprobaba. Su estado de ánimo había empeorado desde que se había mencionado Lobregal. A Calen tampoco le entusiasmaba la idea. No había oído ninguna historia en la que alguien entrara en Lobregal y luego volviera a salir.

Sintió una oleada de emoción proveniente del dragón, combinada con un chillido bastante fuerte mientras extendía las alas blancas como la nieve. Saltó de la silla de montar y se subió a su hombro derecho. Calen no pudo evitar sonreír. Había dormido mucho menos durante los últimos días y su apetito se había duplicado. También había crecido casi la mitad de su tamaño original, lo que Calen sintió cuando sus garras se clavaron en su hombro.

—Creo que te estás haciendo un poco grande para estar subido ahí.

Calen sintió un murmullo de desacuerdo cuando el dragón chirrió con dureza. Lo entendía, lo sabía. Al igual que él lo entendía a él.

Aún no le había puesto nombre. Había hablado con Aeson y Therin para averiguar qué nombres se solían poner a los dragones. No le había servido de nada. Se limitaron a recitar nombres de dragones del pasado, perdidos en la nostalgia de tiempos ya desaparecidos.

—Veamos, Vyldrar era el nombre del dragón al que estaba vinculada Alvira Serris. Tinua, Xarden, Anaia, Salina, Purlon…

La lista seguía y seguía. Esperaba poder reducirla un poco.

—Pasaremos la noche aquí —dijo Aeson.

Se acercaron a una pequeña cavidad excavada en la ladera de una roca, junto a un arroyo de corriente lenta.

—Daos un baño, comed y dormid. Partiremos tan pronto como

vuelva a abrir los ojos. No esperaremos a que salga el sol.

Contaban con llegar a Lobregal al anochecer del día siguiente, lo que parecía bastante seguro al ritmo que iban. Aeson los había agotado. Calen calculó que debían de haber recorrido casi quince leguas al día. Los caballos estaban al borde del colapso. Marchaban sin des canso, deteniéndose solo una vez para comer y beber. Montaban el campamento, Dann cazaba, Dahlen encendía el fuego y Dann y Calen practicaban con la espada con Aeson. Era una rutina. Reglamentada.

Al principio Aeson solo les permitía ensayar las diferentes suertes. Tenían que hacerlo, decía, «hasta que pasar de una suerte a otra fuera tan fácil como respirar». Calen se había sentido ridículo la primera vez; eran más complicadas que las que le había enseñado su padre, y no paraba de tropezarse con los pies. Pero eso cambió con el tiempo. Se sentía más poderoso, más seguro de sus movimientos, y ahora lo disfrutaba. Era relajante; le recordaba a cuando estaba en el campo con su padre y Haem.

Al cabo de un rato, Erik se unió a ellos. A pesar de la perfección con la que pasaba de una suerte a otra, Aeson siempre encontraba algún fallo. Un paso en falso, una espada demasiado alta, una ligera vacilación. Aun así, Erik nunca se quejaba. Simplemente asentía y continuaba. Aeson nunca tenía que repetir la misma crítica.

Calen sentía que el dragón lo observaba mientras practicaba. Sus pálidos ojos lavanda estaban llenos de interés. A veces, cuando luchaban, le parecía sentir una advertencia justo antes de que le golpearan. Al principio lo confundía y desequilibraba, pero cuando empezó a prestar atención a esa sensación se dio cuenta de que siempre era cierta. Más de una vez había recibido miradas extrañas de Aeson cuando giraba y bloqueaba un golpe que no tenía por qué saber que iba a llegar. No pudo evitar sonreír mientras miraba al dragón, que simplemente inclinaba la cabeza de un lado a otro, observando.

Cuando terminaron de entrenar, Calen se dirigió al arroyo. Ya se había bañado antes de comer, pero tenía la garganta seca y la cantimplora vacía. Encontró a Therin sentado en la orilla, con los ojos cerrados y los pies descalzos sumergidos en el agua helada.

—¿Te importa si me siento?

—Adelante.

Tomó asiento a su lado, recogiendo las rodillas contra el pecho. Contempló el agua.

—Lo que dijiste, cerca de Camylin… ¿Cómo conocías a mi padre?

Therin suspiró. Abrió los ojos, pero no se volvió para mirar a Calen.

—Conocí a tu padre hace muchos años. Al comienzo de una guerra.

—¿La guerra de Varsund? —Therin asintió—. ¿Por qué… por qué no lo sabía? ¿Por qué lo dices ahora?

No tenía sentido. Therin llevaba acudiendo a El Claro desde que Calen tenía uso de razón. Nunca había sido más que amistoso con Vars.

—Todos tenemos nuestros secretos, Calen. Incluso tu padre. Tomó una decisión y yo la respeté.

—Pero…

—Llegará el momento. Pero no es ahora.

Calen sintió que la ira le subía por la nuca. No era solo suya. Era compartida. No tenía que mirar para saber que el dragón estaba mirando fijamente a Therin. Calen respiró hondo.

Un silencio se apoderó del aire mientras permanecían allí sentados. Su única oposición era el sonido del arroyo que serpenteaba por la tierra. Therin rompió el silencio.

—¿Has vuelto a pensar en el nombre del pequeño?

Calen miró al dragón, que ahora estaba acurrucado junto al fuego. La ira se había disipado. La mezcla de la pálida luz de la luna y la cálida luz del fuego hacía que sus escamas brillaran con un resplandor incandescente.

—¿Dijiste que es un dragón valaciano?

—Sí, es de Valacia. De las Islas Heladas.

Calen asintió y volvió a sumergir la cantimplora en el arroyo.

—¿Así es como se dice «hielo» en la lengua antigua?

—No exactamente —respondió Therin—. Valacia significa «Islas Heladas». Proviene de las palabras «*valerys*», que significa «hielo», y «*cia*», que significa «tierra». —Therin se inclinó hacia el arroyo y tocó su superficie con la punta de los dedos. Susurró—: *Valerys*.

Calen abrió mucho los ojos cuando el agua alrededor de la mano de Therin comenzó a congelarse. Tentáculos de color blanco helado se extendieron lentamente en círculo, haciéndose más densos a medida que avanzaban, hasta que fue como si se formaran nubes bajo la superficie del agua. Entonces se detuvo. Therin sacó la mano del agua, con una cálida sonrisa en el rostro.

—¿Cómo…? —Calen soltó un suspiro de alivio tardío—. No creo que eso me vaya a parecer normal nunca.

—Deberías intentarlo —dijo Therin.

No había ni rastro de broma en su expresión. Calen se limitó a mirarlo con incredulidad.

—¿Yo? ¿Cómo? No soy mago.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Therin.

—Cierto. Pero eres un draleid. Calen, algunas personas nacen con la capacidad de tocar la Chispa y ejercer su poder en este mundo. Otras no. Muchas pasan toda su vida sin saber de lo que son capaces. Cuando suceden cosas a nuestro alrededor que no podemos explicar, la mayoría lo achaca al azar. No siempre es así. Rist no tenía ni idea de su fuerza, pero tiene el potencial de ser uno de los magos más poderosos que he conocido en mucho tiempo.

»Los dragones son criaturas mágicas hasta la médula. La Chispa está en el fuego que exhalan. Cuando alguien se une a un dragón como tú has hecho, eso lo cambia. El vínculo trasciende todo lo que se puede ver y tocar. Tu propia alma ha sido alterada. Ya lo verás. Tanto los draleid como los dragones obtienen muchas cosas del vínculo; el más importante de estos dones para un draleid es la capacidad de tocar la Chispa.

Calen tardó un momento en comprenderlo.

—¿Te refieres a… mí?

—Sí. —Therin se echó a reír suavemente—. A ti, Calen. No preguntes. Solo hazlo. Ya lo verás.

—¿Qué hago? ¿Solo… toco el agua y digo la palabra?

Therin frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Las palabras no son necesarias. A menudo, cuando un joven mago comienza su entrenamiento, pronunciar la palabra es útil, les permite concentrarse. El poder de la Chispa no está en las palabras que pronunciamos, ni en las yemas de los dedos. Está en tu cabeza y en tu corazón, está en todas partes.

»A las personas, especialmente a los de tu especie, les cuesta entender lo que no pueden ver ni sentir. Por eso es útil usar las manos. Es como un tótem, un conducto. Toca con los dedos la superficie del agua. Toma el calor del agua y empújalo hacia fuera. Imagina que se congela, moviéndose lentamente, como las raíces de un árbol.

Calen infló las mejillas mientras exhalaba con fuerza. Sintió ese familiar nudo en el estómago y su corazón aceleró el ritmo. No tenía ni idea de por qué estaba tan nervioso. ¿Qué más daba si no funcionaba? No se sonó muy convincente.

Volvió a soltar el aire y se puso de rodillas. Extendió la mano sobre el agua que fluía. El frío le mordía las yemas de los dedos al rozar la superficie del arroyo.

—Ya está medio congelado —bromeó, tragando saliva nerviosamente.

El elfo sonrió, pero no se echó a reír. Tenía los ojos fijos en la mano de Calen.

«Puedo hacerlo».

Centró su atención en el arroyo, donde sus dedos descansaban sobre el agua corriente. Intentó despejar la mente, imaginando que el agua se convertía en hielo, extendiéndose como una onda después de que una piedra cayera en un lago. Ralentizó la respiración y sintió las vibraciones a medida que los latidos de su

corazón se ralentizaban.

—No funciona.

—Paciencia. Hay cinco elementos, Calen: Fuego, Tierra, Agua, Aire y Espíritu. La Chispa se compone de todos ellos. Imagina la energía. Solo poder, puro y salvaje. Ahora, de esa energía, toma lo que necesites. Tira de ella como si fuera un hilo, muy despacio. Trátala con la misma precaución con la que tratarías un fuego rugiente o una cuchilla afilada. No tomes demasiado. La Chispa ha consumido a aquellos que piden demasiado y demasiado pronto. Concéntrate en los elementos del Agua, el Aire y el Fuego.

—¿Fuego? —preguntó Calen.

—Sé que parece extraño, pero necesitas algo para controlar el calor que extraes del agua. Siéntelo. Lo entenderás.

Los nervios de Calen no hacían más que empeorar.

«¿Qué quería decir con "ha consumido a aquellos que piden demasiado y demasiado pronto"?».

Volvió a ralentizar la respiración y cerró los ojos. Podía ver una oscuridad vacía que tocaba cada rincón de su mente. La única fuente de luz provenía de una bola de energía, justo en el centro de la oscuridad, que pulsaba, girando sobre sí misma mientras flotaba. Cuanto más se concentraba, más se daba cuenta de que la bola de energía no era lisa ni sólida. Estaba formada por hilos de luz entrelazados. Los observó en la mente, latiendo. Estaban separados entre sí, pero al mismo tiempo no lo estaban. Se retorcían y giraban, moviéndose constantemente, cambiando. Cada hebra era única. No podía explicar qué era, pero cada hilo parecía diferente al tocarlo con la mente. Emanaba poder; podía sentirlo. Le recorría la piel y le llenaba los huesos. Lo atraía, lo tentaba. Quería extender la mano y dejar que la Chispa lo consumiera.

«Concéntrate».

Extendió la mano con la mente y arrancó dos de los hilos, atrayéndolos hacia sí. Aire y Agua. No estaba seguro de cómo lo sabía, pero así era. Podía sentir el hilo del Fuego. Su atracción era más fuerte que la de los demás, como si lo estuviera llamando. Aire,

Agua y Fuego. Lo anhelaba. Eso lo hizo cauteloso. Las palabras de Therin resonaron en su mente.

Extendió la mano hacia el hilo del Fuego, atrayendo un fino hilo de su esencia hacia él. Tuvo cuidado de no atraer demasiado. De no tomar demasiado.

Un dulce y cálido resplandor inundó su cuerpo de la cabeza a los pies. Era el mismo que había sentido cuando el huevo se envolvió en fuego. Ahora lo sentía y lo reconocía. La Chispa.

Su respiración se estabilizó. Atrajo los hilos hacia él, utilizándolos para dar forma y moldear el agua a su voluntad. Observó con asombro que el agua alrededor de sus dedos comenzaba a congelarse, extendiéndose en un círculo concéntrico.

—*Valerys* —susurró, con una suave sonrisa en el rostro.

—Calen… Calen.

Era vagamente consciente de la voz de Therin flotando en el fondo de su mente, golpeando el borde de su concentración. El contacto de su mano en el hombro lo tomó por sorpresa. Sintió que el calor abandonaba su cuerpo y que perdía la Chispa. Apartó la mano del agua y sacudió la cabeza, tratando de disipar el aturdimiento que se había apoderado de él.

—Lo siento. Es solo que… me he perdido un poco en ello. Es…

—Adictivo —dijo Therin bruscamente—. En efecto, lo es. El poder de cambiar y doblegar las cosas a tu voluntad siempre será adictivo. El calor que sientes al atraer la Chispa puede incitar a una persona a tomar más de lo que necesita o puede manejar. Debes ser consciente de ello. Debes aprender a concentrarte. Lo conseguirás con el tiempo. —Therin le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Y con el tiempo descubrirás que puedes manejar más. Con tiempo y práctica.

Calen asintió. Sentía los brazos pesados y le costaba respirar, como si hubiera pasado todo el día trabajando en la forja. Therin le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes. Extraer la Chispa puede ser agotador, especialmente para aquellos que no están acostumbrados. Se llama

drenaje. Puede extraer la esencia misma de la vida de tus huesos. Sus efectos disminuirán con el tiempo, a medida que te hagas más fuerte. —Se puso en pie—. Pero hoy vas a dormir de maravilla. Ven. Aeson no tardará en abrir los ojos y tú necesitas descansar.

Calen volvió la vista atrás, hacia el arroyo, mientras regresaban al campamento. Seguía congelado donde lo había tocado con los dedos. El vapor se elevaba de la superficie a medida que el calor de la noche de verano lo erosionaba.

El dragón yacía acurrucado junto a las alforjas de Calen cuando regresaron al campamento, todavía despierto, pero con los ojos entrecerrados. Levantó la cabeza al ver cómo se acercaban Calen y Therin. Este se sentó en cuclillas frente al dragón y le acarició el costado de la cabeza con sumo cuidado. La tranquilidad que invadió la mente de Calen coincidía con el ronroneo que emanaba del vientre del dragón. Inclinó el cuello para mirarle a los ojos. Sonrió.

—Valerys…

CAPÍTULO 23
NO ES LO QUE PARECE

La lluvia torrencial cayó sobre ellos sin previo aviso. En cuestión de minutos, el pelo de Calen se apelmazó contra su rostro y la piel comenzó a arrugársele mientras el agua lo empapaba hasta los huesos. Alzó la mano para protegerse los ojos de la lluvia torrencial mientras miraba al cielo solo para ver nubes densas de color negro carbón a punto de derrumbarse bajo el peso de la lluvia que albergaban en sus frágiles estructuras. Bajó la mirada y contempló el panorama que tenía ante sí. Nunca había visto nada parecido.

Tal y como habían planeado, el inquietante océano de árboles que era Lobregal apareció ante sus ojos justo cuando el sol se ocultaba tras el horizonte. Hasta donde alcanzaba la vista de Calen, y más allá aún, el paisaje estaba pintado con brochazos confusos de verde oscuro y azul negruzco. Lo único que iluminaba el bosque sobrenatural eran los relámpagos que rasgaban el cielo y dejaban momentáneamente al descubierto las bandadas de pájaros negros como el azabache que se movían entre la tormenta.

Calen había oído muchas historias sobre Lobregal. Relatos aterradores sobre monstruos y engendros del vacío y un bosque que devoraba almas y limpiaba la carne de los huesos. Pero ninguno se podía comparar con la sensación de vacío que sentía en las tripas al contemplar aquel siniestro bosque.

—Seguid —gritó Aeson—. La espesura nos protegerá de la lluvia.

Calen notaba la irritación de Valerys. El dragón, envuelto en sus propias alas, se movía inquieto en la silla de montar. El joven le dio al caballo un toque suave en las costillas, instándolo a acelerar el paso; al aumentar la velocidad, la lluvia le azotó el rostro con más fuerza, así que frunció el ceño. Tenía los ojos más cerrados que abiertos.

Solo se dio cuenta de que habían llegado a la linde del bosque por el repentino alivio que sintió en la piel y el cambio en el sonido. El fuerte golpeteo de la lluvia sobre el pelo dio paso a un sonido más sordo al caer sobre las ramas. Le produjo la misma sensación familiar y tranquilizadora de estar sentado en el interior cuando el cielo descargaba ríos sobre El Claro, de estar protegido mientras la lluvia tamborileaba en paredes y ventanas. Suspiró y se secó el agua de la cara; echó los hombros hacia atrás y observó el denso dosel que tenía encima. Había subestimado la oscuridad total que los envolvería en aquel bosque. Aunque la luna no hubiese estado aprisionada por la pared de nubes carbonizadas que había arriba, su luz no habría podido penetrar el techo afótico del denso bosque.

La oscuridad lo hacía sentir atrapado.

Era desorientador el modo en que la ausencia de visión agudizaba los otros sentidos. No podía ver más allá de las orejas del caballo, pero incluso el suave susurro de las ramas le resultaba pesado en los oídos. El abrumador olor a tierra y hojas en descomposición, mezclado con la humedad mohosa de la corteza de los árboles, le saturaba las fosas nasales.

Un suspiro de alivio se le escapó del pecho cuando un resplandor de luz blanca iluminó el espacio frente a él. El pequeño baldír flotante pulsaba mientras mantenía su posición a unos quince palmos frente a Calen. Un orbe similar flotaba frente a cada persona del grupo.

«Un truco muy útil».

Aunque no era algo que quisiera probar por su cuenta. No había intentado tocar la Chispa desde el río. Tendría que pedirle a Aeson

que le enseñara.

—El camino al paso de montaña está a menos de un día de aquí —dijo Aeson. Torcía el gesto, irritado, mientras apretaba con fuerza la manga del abrigo, liberando un chorro de agua de la tela empapada—. En este bosque no importa si es de día o de noche. Hay pocos lugares donde la luz penetre en la espesura, pero aun así necesitamos dormir y secar nuestra ropa, o el frío se nos meterá en los huesos. Seguiremos durante una hora más o menos y luego nos detendremos. Creo que los caballos aún tienen fuerzas para eso.

Le dio una palmadita afectuosa en el cuello a su montura, que respondió con un suave relincho.

Calen sentía escalofríos de vez en cuando en la nuca cuando alguna gota de lluvia rebasaba el denso dosel. Cuanto más se adentraban en el bosque, más pesado se volvía el aire, no de la forma etérea del de Ölm, sino de una manera más tangible. Aunque la espesa enramada mantenía a raya la mayor parte del diluvio, también impedía que se escapara la humedad del suelo y la corteza. Podía saborear el aire denso y húmedo cada vez que respiraba.

Había algo en los bosques, especialmente en uno tan desprovisto de luz, que hacía que el tiempo pasara de forma diferente. Todo lo que Calen veía era indistinguible de lo que había visto cinco minutos antes, como si no se hubiera movido ni un palmo. Percibía aleteos ocasionales entre las ramas, a menudo ahogados por los estruendos de los truenos que seguían a los relámpagos en el cielo. De haber estado solo dudaba de poder encontrar la salida.

—Este lugar parece tan bueno como cualquier otro —dijo Dahlen mientras desmontaba—. Podríamos caminar durante horas y no encontrar nada diferente.

Hubo un murmullo de acuerdo entre el grupo.

Valerys bostezó y levantó la cabeza para observar los alrededores. Saltó del lomo del caballo y estiró las alas, como si estuvieran adormecidas por el sueño.

—Calen, Dann, preparad las espadas —dijo Aeson con firmeza.

Tiró las alforjas al suelo y desenvainó una de las espadas que

llevaba a la espalda.

—¿Ahora? —suspiró Dann—. ¿No podemos hacer un fuego primero y secarnos un poco? Esta ropa parece un saco de piedras.

—No —respondió Aeson—. Rara vez luchamos en nuestros propios términos, y así es como debemos entrenar. Suertes de espada. Comenzad con Golpe de Dragón.

Dann suspiró profundamente, echó la cabeza hacia atrás y desenvainó la espada. Calen hizo otro tanto. Sus muslos y espalda eran una mezcla de entumecimiento y agonía. Nunca en su vida había cabalgado tanto. La lluvia no ayudaba.

Respiró hondo mientras se colocaba en la posición inicial de Golpe de Dragón. Algunos de los nombres de las suertes empezaban a quedársele grabados en la mente, aunque no todos. Era un comienzo.

—Otra vez.

La palabra hizo flaquear la determinación de Calen. Llevaban más de una hora practicando suertes de espada mientras los demás se sentaban junto al fuego, anhelando la carne caliente del pequeño jabalí que Therin había encontrado merodeando cerca del campamento. Sus hombros gritaban de dolor mientras sentía la espada cada vez más pesada. Le parecía que tenía los músculos en llamas.

Se concentró en respirar. Blandió la espada hacia abajo con un largo movimiento y esquivó un golpe imaginario. Alzó el arma para parar el golpe y la clavó en el abdomen del atacante fantasmal.

—Basta.

Sus rodillas se hundieron en el suelo húmedo al tiempo que lo inundaba una oleada de alivio. Un dolor agudo de hambre le golpeó el vientre. Le ardía la piel allí donde la ropa húmeda le había rozado la parte interior de las piernas.

—Dann, ve a calentarte y a comer. —Aeson se volvió hacia la

hoguera con un brillo en los ojos—. Dahlen, vas a entrenar con Calen. Ahora mismo.

Dahlen respondió con una mirada de confusión mientras se frotaba las manos frente a las llamas.

—¿Qué? ¿Ahora? Míralo. Necesita descansar.

—Ahora.

Calen clavó la punta de la espada en el suelo y se puso en pie con esfuerzo. No dijo nada. No le quedaban fuerzas para discutir.

«¿Está intentando matarme?».

Sintió una punzada de preocupación en lo más profundo de la mente. Los ojos color lavanda de Valerys lo observaban desde lo alto del tronco de un árbol caído.

—A la orden —respondió Dahlen.

Desenvainó la espada que tenía apoyada contra las alforjas mientras Calen se enderezaba y trataba de blandir su arma. No tenía ninguna posibilidad. Dahlen alzó la espada frente al rostro.

—¿Listo?

Calen respondió con un gesto de asentimiento, decidido a no malgastar las fuerzas hablando. El primer golpe de Dahlen fue fuerte. La onda expansiva le sacudió los antebrazos y sintió los hombros arderle al parar el golpe. No tenía fuerzas para contraatacar, y los dedos se aflojaban en la empuñadura de la espada con cada golpe desviado.

Dahlen lanzó un feroz golpe lateral y Calen saltó hacia atrás para esquivarlo. Su pierna izquierda falló por el agotamiento bajo su propio peso. La rodilla se estrelló contra el suelo embarrado. Estaba acabado. No le quedaban fuerzas.

Eso lo enfureció. La última persona a la que quería conceder la victoria era a Dahlen. A cualquiera menos a él.

De pronto lo invadió una sensación cálida y sintió a Valerys en el fondo de la mente empujándolo, dándole fuerzas. Se arriesgó a mirar al joven dragón; no se le escapó la mirada que intercambiaban Therin y Aeson. Valerys estaba completamente erguido sobre las patas traseras, con los ojos fijos en Calen, mostrando los dientes

mientras su boca se torcía en un gruñido. De su garganta se escapaba un rugido que Calen oyó perfectamente.

El golpe descendente de Dahlen atravesó el aire y Calen alzó la espada para recibirlo en pleno vuelo. La nueva fuerza inundó de alivio sus músculos y se puso en pie de un salto. Una mirada de confusión se apoderó del rostro de Dahlen, convencido de que Calen se había rendido.

Intercambiaron tajos y estocadas. Calen presionó, ejecutando las suertes, la espada convertida en un torbellino de movimientos. Dahlen presionó a su vez y empujó a Calen hacia atrás. Así continuó durante varios minutos, hasta que Calen comprendió que ni siquiera con el nuevo aporte de energía era rival para Dahlen. Ya sentía el agotamiento volviendo a invadirle los huesos.

No podía perder, no contra él.

Esquivó uno de los golpes y saltó hacia atrás, instando a Dahlen a que lo siguiera. Este mordió el anzuelo. Cuando intentó acortar la distancia entre ellos, Calen se conectó con la Chispa, haciendo lo que Therin le había dicho. Podía ver la bola de energía flotando en un mar de negro. Girando y retorciéndose sobre sí misma. Las hebras elementales lo llamaban.

Recurrió a los hilos del Agua, la Tierra y el Fuego. Extrajo la humedad del suelo mojado y la congeló. Incapaz de detener su impulso, el pie de Dahlen resbaló sobre el hielo. Cayó al suelo con un golpe sordo. Calen se colocó sobre él, la punta de la espada apoyada en el pecho de Dahlen y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

El rostro de Dahlen se crispó de furia. Apartó la espada de Calen con la mano.

—¿Qué coño ha sido eso? —Rugió mientras se ponía en pie de un salto.

Calen sintió una punzada de culpa en el pecho.

—Esto…

—En serio, ¿crees que eso está bien? —gritó Dahlen, empujando a Calen.

La rabia sustituyó a la culpa. Calen oyó gritar a Valerys mientras miraba con ira a Dahlen. Ambos compartían el enfado.

—¡Basta ya! ¡Ahora mismo! —Rugió Aeson—. Ya no sois niños. ¿No habéis cumplido los dieciocho? ¿No habéis visto la muerte?

Su voz fluía con autoridad mientras se interponía entre los dos jóvenes.

—Tú —dijo, señalando a Calen—, esto era una prueba de destreza con la espada, no de un nuevo don que no comprendes. Como vuelvas a hacerlo mientras practicas, el acuerdo que tenemos quedará nulo y sin efecto.

Calen bajó la cabeza avergonzado. Aeson se volvió hacia Dahlen.

—En cuanto ti, deberías saber mejor que nadie que las situaciones cambian y las circunstancias varían. Tu entorno puede ser tu aliado en un momento y tu enemigo al siguiente. Si eso hubiera sido una batalla real, estarías muerto. Nos enfrentaremos a enemigos que pueden hacer cosas mucho peores que eso con la Chispa.

Regresó furioso hacia el fuego.

La ira en el pecho de Calen no se calmó del todo. Parpadeaba, como una vela que se queda sin cera, pero perduraba. Pasó junto a Dahlen y se sentó entre Erik y Dann.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Erik. Le entregó un trozo de carne de jabalí y pequeñas lonchas de queso curado envueltas en un paño mientras se encogía de hombros—. No le gusta perder.

Calen asintió distraídamente. Dio un trago a su cantimplora, jadeando con fuerza.

—Ya…

—Entonces…, ¿también eres mago ahora? ¿Soy el único que no lo es?

Absorto en su propio estado de ánimo sombrío, Calen se había olvidado de que Dann estaba allí. Se dio cuenta de que, con todo lo que había sucedido en las últimas semanas, no había hablado con Dann como es debido. La ira se desvaneció y la culpa volvió.

—Lo siento. No he sido yo mismo. Debería habértelo dicho. No

soy un mago… Therin dijo que tiene algo que ver con el vínculo entre Valerys y yo.

El dragón se acercó a los tres jóvenes y se dejó caer hecho una bola frente al fuego. El brillo de sus escamas blancas como la nieve era casi hipnótico.

—¿Así que le has puesto nombre?

Calen sintió otra punzada de culpa. Una cosa más que no se le había ocurrido contarle a su amigo.

—Lo siento, Dann. Tenía la cabeza en las nubes. No lo decidí hasta anoche. Significa «hielo» en la lengua antigua.

Dann sonrió.

—Le queda bien.

Asintió y miró a Valerys, que estaba devorando una de las patas del jabalí. No parecía importarle si la carne estaba cocida o no. Aunque la devoraba con más entusiasmo cuando no estaba cruda.

Calen sintió un estallido de ira cuando vio a Dahlen sentado al otro lado del fuego, mirándolo con rabia mientras comía. Lo reprimió. Tenía demasiada hambre para enfadarse.

—Estás mejorando —dijo Erik. Su tono no era condescendiente, sino sincero—. Cuando te conocimos ya te defendías bien, más de lo que habría imaginado. Pero ahora estás empezando a comprender la espada, en lugar de simplemente empuñarla. No sé si tiene sentido, pero…

—Sí. Gracias —lo interrumpió Calen, dedicándole a Erik una sonrisa de agradecimiento.

Erik siempre había sido muy amable con él, a pesar de su relación tensa con Dahlen. Era un buen hombre.

Calen, Erik y Dann charlaron un rato, sentados alrededor del fuego hasta que el frío se les quitó de los huesos y la ropa se les secó lo suficiente para que ya no chapoteara al caminar. Era la primera vez en lo que parecía toda una vida que Calen podía salir de su propia mente y relajarse sin más. Por eso, cuando sintió que el sueño le cerraba los párpados, intentó luchar contra él tanto como pudo.

—Voy a dormir un poco —anunció Aeson—. Dahlen, Erik, vosotros dos podéis hacer la primera guardia. Dejaré el baldír alrededor del perímetro para que podáis ver mejor. Si algo se mueve, despertadnos. Hay pocas cosas en este bosque que no tengan dientes afilados. Al resto, os aconsejo que durmáis un poco.

—Montaré guardia con ellos —dijo Therin—. No estoy tan cansado y un par de ojos más no vendrán mal. Especialmente en este lugar.

Aeson se encogió de hombros.

—Despertadnos dentro de unas horas, para que podáis dormir un poco vosotros también.

Dicho esto, se tumbó junto al fuego y se envolvió en la manta.

Erik tomó las espadas de encima de las alforjas y se las colgó a la espalda, junto con el arco y la aljaba.

—Nos vemos dentro de unas horas —dijo, dando una palmada en el hombro a Calen y Dann.

Se alejó para tomar posición al borde del campamento.

—Voy a seguir el ejemplo de Aeson —dijo Dann—. Tengo la sensación de que este viaje no va a ser nada fácil y voy a necesitar dormir un poco para poder soportarlo.

Calen sintió un empujón en el costado de la pierna.

—Lo sé, lo sé. Voy a dormir un poco.

Pasó la mano por las espinas de la espalda de Valerys, que respondió con un ronroneo retumbante.

—¡Uraks!

El grito, que atravesó la noche, despertó a Calen de golpe. Con los ojos aún borrosos, tardó medio segundo en despejarse. Fue el chirrido metálico del acero contra el acero lo que lo devolvió por completo al mundo real. Saltó del lecho, evitando por los pelos caer al suelo al tropezar con una raíz suelta. Su mente aún estaba confusa.

Vio destellos de lucha por todas partes. Erik y Dahlen estaban espalda con espalda a seis varas de distancia. Los uraks, los enormes cuerpos iluminados por la luz del baldír, los rodeaban.

Aeson se abría paso entre una maraña de piel grisácea y correosa, con el suelo a su alrededor empapado de sangre. Calen no veía a Therin, pero había demasiados cuerpos en el suelo llenos de flechas para que fuera solo Dann.

«Mi espada».

Calen la desenvainó justo a tiempo para bloquear el primer golpe que casi le alcanza en la cabeza. Solo una advertencia en el fondo de su mente por parte de Valerys le permitió girar sobre los talones y bloquear el golpe. La fuerza lo hizo trastabillar hacia atrás, maldiciendo mientras intentaba estabilizarse.

El urak centró su atención en Valerys, cuyo chillido de respuesta se parecía más al aullido de un lobezno que a un grito de guerra. El joven dragón no tenía ninguna posibilidad.

Calen se lanzó por los aires y pilló desprevenido al urak cuando se estrelló contra su costado. Hubo un momento en el que pensó que no se movería. Era como intentar derribar un muro. Pero la suerte estaba de su lado. El urak perdió el equilibrio y ambos cayeron sobre las alforjas de Calen y rodaron hasta el húmedo suelo del bosque.

El joven solo tardó un momento en reaccionar una vez que toca ron el suelo. No esperó a que el urak recuperara el equilibrio. Se puso de rodillas, agarró la empuñadura con ambas manos y la clavó en el pecho de la criatura. Sintió el crujido de los huesos cuando la espada encontró su objetivo. Empujó con más fuerza. La sangre brotó de la boca de su oponente.

«Está muerto. ¡Levántate!».

Sacó la espada del cadáver del urak. El corazón le latía a mil por hora. El campamento era un caos. Había uraks por todas partes.

Se oyeron crujidos de ramas tras él. Se giró sin pensarlo y clavó la espada en el vientre de otro urak que se le venía encima. No esperó a ver caer el cuerpo; sacó la espada y miró hacia abajo para

asegurarse de que Valerys estaba a su lado. El dragón rebosaba odio.

Un rugido gutural atrajo su atención hacia la izquierda, justo a tiempo para bloquear la espesa y ennegrecida espada del urak. Una vez, dos, tres. La bestia seguía avanzando. La fuerza de sus golpes sacudía los brazos de Calen. Bloqueó otro golpe, pero la criatura lo tomó por sorpresa al clavarle el hombro gris y correoso en el pecho.

Cayó al suelo antes de comprender lo que estaba pasando. Su cabeza golpeó algo con fuerza. Sintió un dolor punzante. Vio estrellas. Una neblina borrosa cubrió su visión. Lo único que podía ver eran los ojos carmesí de la criatura que se cernía sobre él espada en alto.

—¡Calen!

Algo se clavó en el cuello del urak. La sangre brotó en todas direcciones.

«Una flecha».

Sacudió la cabeza y parpadeó con fuerza para intentar aclarar su visión. El urak tosió y escupió, ahogándose en su propia sangre mientras se tambaleaba hacia delante. Incluso con el astil de la flecha clavado en el cuello, la criatura levantó su espada dentada hasta su máxima altura; su mirada llena de odio se clavó en Calen.

Un chillido agudo rasgó el aire. Distinguió apenas la silueta de Valerys cuando el dragón saltó sobre la cara del urak, destrozándole los huesos con las garras y arrancándole trozos de carne con los dientes.

Calen se puso de rodillas cuando su visión se aclaró. Sentía la furia de Valerys pulsando en las venas. El dragón se encontraba sobre el cuerpo ahora tendido del urak, desgarrándole el torso con las garras. El rojo de la sangre de la criatura contrastaba con las escamas blancas de Valerys.

—Calen. —Dann se colocó junto a él, con el brazo extendido. Calen lo tomó y se puso en pie con esfuerzo—. ¿Estás bien? —Dann jadeaba mientras intentaba recuperar el aliento.

—Estoy bien. ¿Qué ha pasado?

Dann gritó cuando una lanza negra y dentada le atravesó el hombro derecho, levantándolo del suelo. Calen giró alrededor de Dann y descargó la espada contra el mango de la lanza. La partió por la mitad, lo que permitió a Dann caer de rodillas.

Sin dudarlo, Calen blandió la espada en un arco ascendente hacia el urak que sostenía la lanza partida. Este desvió el golpe con los gruesos brazales de hierro y luego apuñaló a Calen con el mango de la lanza destrozada.

El joven se dio cuenta de que estaba buscando inconscientemente la Chispa. Le ardían los pulmones y le latía con fuerza el pecho. El sudor le corría por la cara. Aspiró profundamente los hilos del Fuego, abrazando el calor que inundaba su cuerpo.

«Arde».

Una columna de llamas brotó de su mano izquierda cuando la lanzó hacia la imponente bestia. Las llamas estallaron hacia delante, consumiendo al urak de pies a cabeza. Todo el campamento se iluminó como una almenara encendida. Sintió que la Chispa lo inundaba y tocaba cada rincón de su mente. El Fuego lo llamaba, anhelaba que tomara más.

«No. ¡Basta!».

Soltó los hilos del Fuego mientras la energía se desvanecía de sus huesos. Le temblaban las rodillas al intentar sostener su peso. El aroma pútrido de la carne carbonizada inundó de pronto sus fosas nasales. Se volvió hacia Dann, incapaz de mirar los restos ennegrecidos del urak. El sonido de su piel crepitando y estallando le perforaba los tímpanos. Su amigo yacía en el suelo, la punta de la lanza aún clavada en el hombro. El miedo se apoderó del corazón de Calen.

—¡Dann!

Cayó de rodillas a su lado, golpeando el suelo con mucha más fuerza de la que pretendía.

—Estoy bien —tosió Dann, con los labios cubiertos por una fina capa de sangre—. Ve, ayuda a los demás. Ahora mismo no sirvo de mucho. —Calen trató de protestar—. ¡Ve! No puedes hacer nada por

mí. Estaré bien.

Calen asintió a regañadientes. Tuvo que intentarlo dos veces antes de poder ponerse en pie, ya que su cuerpo se negaba a cooperar. Therin no bromeaba al afirmar que usar la magia podía dejarlo agotado. Cada movimiento le resultaba pesado y laborioso, como si hubiera estado trabajando en la forja desde el amanecer hasta el atardecer.

Para cuando llegó hasta Erik y Dahlen, su cuerpo estaba cubierto de pequeños cortes y rasguños. Blandió la espada hacia abajo, esquivando una estocada de una lanza urak, y luego volvió a blandiría hacia arriba a lo largo del mango de la lanza para enviar a la criatura al vado. Las suertes de la espada pasaban por su mente mientras fluía de una a otra. De Golpe de Dragón a Carga de Jabalí, hasta replegarse en Oso Agazapado.

Un dolor abrasador le atravesó el muslo, postrándolo de rodillas. Miró hacia atrás justo a tiempo para ver las garras de Valerys desgarrar el cuello de la criatura. Sintió una punzada de miedo al pensar en lo que podría hacer el dragón cuando creciera.

El corazón le dio un vuelco cuando un urak golpeó a Valerys en el costado con un martillo, lanzándolo por los aires. Cayó al suelo con un golpe sordo. No se movía.

Algo ardió en él mientras se ponía en pie de un salto. Tiró de los hilos del Aire, aullando mientras los lanzaba contra el urak. Envió al monstruo desprevenido volando por los aires; el impacto partió el tronco de un árbol por la mitad.

Volvió a sentir el agotamiento. Cayó de rodillas de repente mientras luchaba por mantenerse consciente. La sangre le corría por la parte interior de la pierna, acompañada de un dolor ardiente a lo largo de toda la herida. Lo ignoró como pudo, se puso en pie y se tambaleó hasta Valerys. Sintió los latidos del corazón del dragón antes de llegar hasta él, pero eso no le impidió poner una mano en el costado de Valerys, solo para comprobar el subir y bajar de sus pulmones. El alivio lo inundó.

Otro rugido espeluznante irrumpió en el estruendo de la batalla.

Se volvió y vio a un imponente urak con una placa de hierro en el pecho blandiendo una terrible hacha de doble hoja por encima de la cabeza. Intentó moverse, pero apenas tenía fuerzas para mantener los dedos alrededor de la empuñadura de la espada. Suspiró y estiró el cuerpo sobre Valerys al tiempo que cerraba los ojos.

De pronto oyó un silbido y los abrió. El urak se tambaleaba hacia delante y hacia atrás, con la punta de una flecha sobresaliendo de donde había estado su ojo izquierdo hacía unos instantes. Una segunda flecha le atravesó el cuello. Calen miró a su alrededor. Dann seguía tumbado. Pudo ver a Therin, pero este blandía la espada y cojeaba pesadamente mientras se defendía de dos uraks.

Justo en ese momento, ambos monstruos cayeron, los cuerpos llenos de flechazos. La sorpresa se reflejó en el rostro de Therin. El sonido cortante de las flechas atravesando el aire llenó el campamento. Llovía muerte. Calen giró la cabeza para ver de dónde venían, acercando a Valerys para protegerlo.

El ciervo más grande que Calen había visto jamás irrumpió entre la maleza al borde del campamento, la luz del baldír reflejándose en el níveo pelaje blanco. El animal era pura fibra; el poderoso cuello sostenía una cabeza adornada de cuernos feroces, negros como el carbón, con vetas doradas que se extendían por toda la superficie. Un hombre lo cabalgaba, con capa verde musgo sobre los hombros y una capucha que le ocultaba el rostro. Sacó una elegante flecha de su aljaba, la colocó en el arco y la soltó en un instante. Un urak cayó al suelo.

Más guerreros con capas verdes irrumpieron en el claro, cada uno empuñando enormes arcos de madera blanca veteada. Los uraks caían dondequiera que volaban sus flechas. La lucha terminó en cuestión de segundos. Los uraks que no yacían inmóviles en el suelo, con los cuerpos erizados de flechas como si fueran las espinas de un erizo, se tambaleaban, arrastrándose y cojeando hacia lo más hondo del bosque.

Los músculos de las piernas de Calen se tensaron y luchó por mantenerse erguido. Intentó resistirse, pero sentía que perdía y

recuperaba la conciencia.

Alguien se le acercaba. Corrían. Al menos, eso creía, pero era difícil saberlo. Su visión se nubló como si estuviera bajo el agua. Sintió un dolor agudo cuando su otra rodilla cedió. Cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con algo sólido. La figura casi había llegado hasta él. Sí, sin duda corrían.

Ya no podía luchar más. Cerró los ojos.

CAPÍTULO 24
EL QUE SOBREVIVIÓ

A Calen le latía la cabeza. Un zumbido le estaba perforando los oídos. Notó que se estremecía. Un par de manos lo agarraron del cuello.

—¡Calen! ¡Calen!

La voz le resultaba familiar. Intentó abrir los ojos, pero las pocas fuerzas que le quedaban se estaban agotando.

—¡Calen! —La voz sonaba más fuerte, más clara—. ¿Calen? Reuniendo todas las fuerzas de las que fue capaz, consiguió abrir los ojos. Al principio todo estaba borroso, pero poco a poco empezó a verse con más claridad.

—¡Está vivo!

Intentó articular palabras, pero sentía la boca llena de algodón. El sabor metálico de la sangre medio seca le cubría la lengua.

—¿Therin?

—Soy yo, chaval. Tranquilo, respira.

Una mano se le posó en el hombro. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo cuando una oleada de energía fluyó hacia él. El dolor ardiente de las heridas se atenuó hasta convertirse en un dolor sordo, y el zumbido en la cabeza desapareció. A medida que sus ojos se enfocaban, pudo distinguir los rasgos afilados del rostro de Therin.

—Therin, eh…

—¿En qué demonios estabas pensando, niñato? —gritó Therin. Le temblaban las manos mientras sujetaba el cuello de la camisa de Calen con una mano—. ¡Te lo dije! Te advertí que no tomaras demasiado. ¡Podrías haberte matado! Es un milagro de los dioses que no lo hayas hecho.

Calen nunca había visto al elfo enfadado. Se sintió devorado por la culpa hasta lo más hondo. Therin le soltó el cuello con un suspiro exasperado.

—No vuelvas a hacerlo —dijo, sacudiendo la cabeza. Se puso de pie y se pasó las manos por el cabello plateado, hundiendo los dedos en el cuero cabelludo con frustración—. Estúpido niñato…

Calen sintió los latidos del corazón de Valerys, sincronizados con los suyos. El dragón gimió mientras se lamía un corte en el costado. No era grave, pero le dolía.

—Ven aquí —dijo Calen, mientras se ponía de pie.

Extendió las manos y tomó a Valerys en brazos. Lo apoyó sobre el hombro, con la cola sobre su nuca. Los gemidos no cesaron, pero sintió que el dragón le transmitía consuelo.

—Draleid.

El jinete del ciervo se detuvo frente a Calen, con la capucha echada hacia atrás. Aeson lo flanqueaba por un lado y uno de los guerreros encapuchados por el otro. Era un elfo, más o menos de la estatura de Calen, con el pelo rubio corto y rapado y una variopinta serie de cicatrices grabadas en el rostro. Tenía las mismas orejas puntiagudas que Therin. Uno de sus ojos era completamente blanco lechoso, sin iris ni pupila.

—Draleid, soy Thalanil, capitán general de los exploradores de Aravell.

A Calen le resultaba casi imposible determinar la edad de un elfo. Podían haber vivido trescientos veranos o veinte. Therin parecía joven, pero era más viejo que algunos de los árboles de El Claro, mientras que Thalanil parecía haber vivido mil batallas, pero quizá era más joven que Therin, a pesar de las cicatrices que le surcaban

el rostro.

—Soy Calen Bryer, de El Claro. —Un gruñido salió del pecho de Valerys—. Y este es Valerys, de Valacia —añadió.

—Es un honor conoceros, Calen, Valerys. Nunca en mi vida pensé que daría la bienvenida a un draleid y a un dragón a Aravell. Sería un honor que nos permitierais acompañaros a la ciudad.

—¿La ciudad? —dijo Calen—. ¿Hay una ciudad en Lobregal?

—Lo siento, Thalanil, pero no podemos —interrumpió Aeson antes de que el elfo tuviera oportunidad de responder—. Nos dirigimos a Belduar para reunirnos con el rey Arthur Bryne y debemos darnos prisa. Estoy seguro de que ahora que ves con quién viajamos lo entenderás.

—Comprendo —dijo Thalanil. Había un deje de dolor en su voz—. ¿Estás seguro de que no puedes venir con nosotros? Podemos ofrecerte refugio en Aravell. Nadie que nos haya deseado daño ha puesto siquiera los ojos en sus murallas en los trescientos cincuenta años que llevan en pie. Sería un gran honor para nosotros ofrecer refugio al primer draleid libre en cuatro siglos. Lo sabes, viejo amigo.

Aeson suspiró.

—Sabes tan bien como yo, Thalanil, que hay en juego mucho más que eso. Te doy mi palabra de que volveremos si somos bienvenidos. Pero primero debemos ir a Belduar. Hay juramentos que cumplir y gente que nos espera. Seguro que lo entiendes.

El elfo tardó un momento en responder.

—Lo entiendo. Pero los uraks llevan un tiempo comportándose de forma extraña. La Luna de Sangre no está lejos, falta un año como mucho. Me cuesta recordar una ocasión en la que hayan llegado tan lejos en Aravell en tan gran número. Te proporcionaré una escolta de cinco exploradores, como guardia de honor para el draleid. Los elfos de Aravell siempre han apoyado a los draleid y a la Orden, incluso antes de que este lugar fuera nuestro hogar, y eso no ha cambiado.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Aeson.

—El honor es nuestro, gran capitán. ¿Calen?

—Claro —tartamudeó Calen—, será un honor para nosotros.

La cálida sonrisa de Thalanil se amplió.

—El honor será compartido, draleid. —Se volvió hacia la persona a su izquierda—. ¿Faelen?

La mujer se bajó la capucha. Calen se esforzó cuanto pudo en no mirarla fijamente. Se la habría considerado hermosa en cualquier parte del mundo. Llevaba el largo cabello castaño recogido en la nuca para evitar que le cayera sobre el rostro. Parecía tan joven como Therin, aunque de alguna manera lo parecía más aún que él. Tenía los mismos rasgos afilados y pómulos altos. Llevaba el arco de madera blanca colgado a la espalda. Calen vio lo que los elfos habían hecho a los uraks con esos arcos; eran despiadados.

—¿Sí, gran capitán?

—Necesito que selecciones a cinco exploradores; uno de ellos, por lo menos, debe tener conexión con la Chispa. No pierdas el tiempo.

Faelen asintió.

—Sí, gran capitán. —Antes de marcharse, se volvió hacia Calen, inclinando ligeramente una rodilla mientras ladeaba la cabeza—. Draleid, Valerys.

«¿Acaba de inclinarse ante mí?».

Antes de que Calen pudiera pedirle que no volviera a hacerlo, ella se fue en dirección a un grupo de exploradores que estaban revisando los cadáveres de los uraks. Aeson debió de ver la sorpresa en el rostro de Calen. Sonrió con aire burlón.

De repente, Calen recordó algo.

—¡Aeson! Dann… ¿Dónde está Dann?

—Está bien —respondió Aeson—. La lanza no le alcanzó nada importante y uno de los exploradores de Thalanil es un excelente sanador. Probablemente tendrá el hombro rígido durante unos días, pero se recuperará.

Calen sintió un gran alivio.

—Gracias.

—Disculpadme.

Faelen había regresado. Cinco elfos estaban tras ella, envueltos

en capas verde musgo, con las capuchas bajadas hasta los hombros.

—Estos son cinco de nuestros mejores hombres, gran capitán. Todos ellos han expresado su deseo de prestar juramento. Este es Vaeril —añadió Faelen, señalando a un joven guerrero con el pelo rubio hasta los hombros y una mirada seria—. Es joven, pero su conexión con la Chispa es profunda y es especialmente hábil en la curación.

«¿Juramento? ¿Qué juramento?».

El joven elfo hizo una breve reverencia desde la cintura.

—Draleid, Valerys, rakina, gran capitán.

—Vaeril —asintió Thalanil—. ¿Todos estáis dispuestos a prestar juramento?

—Sí, gran capitán —respondieron al unísono el grupo de elfos.

—Con honor —añadió Vaeril.

—Entonces podéis hacerlo ahora. No retendremos al draleid y al rakina. Deben darse prisa.

Sin dudarlo, los cinco elfos posaron una rodilla en tierra. Colocaron una mano en la pierna en la que permanecían de pie y la otra en el pecho.

—Espera. Aeson, ¿qué…?

—Por la presente juro, ante los aquí presentes y los seis que nos observan, proteger al draleid, Calen Bryer, y al dragón, Valerys, e ir con ellos dondequiera que nos lleven, al vacío o más allá.

Una vez completado el juramento, los cinco se pusieron en pie y se volvieron expectantes hacia Thalanil.

—Es un honor que vuestro juramento haya sido presenciado por los aquí presentes y por los seis que nos protegen —respondió Thalanil—. Está hecho. Draleid, estos exploradores te protegerán con sus vidas. Vuestro vínculo no es de sangre ni de magia, sino de honor, y es más fuerte que el acero.

Calen no estaba seguro, pero le pareció que Thalanil miraba a Therin mientras hablaba. El elfo se había mantenido a distancia.

—Gracias por todo. Si no nos hubieras encontrado, me temo que no habríamos sobrevivido a la noche —dijo Aeson.

Extendió el brazo y rodeó con fuerza el antebrazo de Thalanil con los dedos, y este le devolvió el gesto.

—Aeson Virandr, siempre es un placer verte, viejo amigo, pero especialmente cuando traes esperanza contigo. —Thalanil hizo una pausa y dirigió una cálida sonrisa a Calen—. El primer draleid libre en cuatro siglos. Si soy sincero, haría mucho tiempo que había perdido la esperanza. Si pudiera, llevaría a todo Aravell contigo fuera del bosque.

—Es posible que ese día llegue —respondió Aeson con solemnidad. Thalanil torció la boca y asintió en señal de asentimiento—. Por ahora, te agradecemos la ayuda y el juramento, pero debemos seguir nuestro camino. El viaje a Belduar a través de las montañas es largo.

Thalanil se dispuso a inclinarse ante Calen. En cambio, Calen imitó el gesto de Aeson y extendió el brazo hacia el elfo.

—Te debo la vida a ti y a tus elfos, al igual que Valerys y todos los que están aquí. Gracias.

La expresión de sorpresa en el rostro del elfo dio paso a una de agradecimiento. Agarró el brazo de Calen.

—Ha sido un honor, draleid, y espero que vuelva a serlo.

Con un rápido movimiento de cabeza, Thalanil se dio la vuelta y regresó junto a su gente. Faelen lo siguió, aunque Calen no pudo evitar fijarse en cómo torcía el gesto al mirar de reojo a Therin. Se tomó su tiempo, pero él pareció hacer todo lo posible por fingir que no la veía.

Erik, Dahlen y Dann se acercaron. Dann apretaba el brazo contra el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Calen.

—Solo es un rasguño, en realidad. —Dann se encogió de hombros, torciendo el gesto en una mueca de dolor al mover el hombro, cuya herida estaba cicatrizando—. ¿Tenemos nuevos amigos? —Dann inclinó la cabeza hacia los cinco elfos que seguían de pie en fila, en posturas rígidas—. Espera, te conozco —dijo, señalando a Vaeril con la cabeza—. Tú eres quien me curó el

hombro. Gracias.

—Ha sido un honor —respondió Vaeril. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Muy bien —dijo Aeson, mirando al grupo—. Es hora de ponernos en marcha. Iremos hacia el paso y solo nos detendremos cuando veamos la luna por primera vez. En este lugar es imposible distinguir los ciclos del día y la noche. —Aeson se volvió hacia los elfos y se dirigió a ellos—. ¿Alguno necesita recoger algo antes de partir?

Fue Vaeril quien respondió en nombre del grupo:

—No, rakina. Tenemos cuanto necesitamos.

Señaló el morral que llevaba a la espalda, con un rollo de mantas atado a un lado. Todos los elfos llevaban algo similar.

—¿Caballos? —preguntó Calen, sin saber muy bien si había tenido intención de hablar en voz alta—. ¿No necesitáis caballos?

—No, seguiremos el ritmo sin problemas —respondió uno de los elfos, cuyo nombre Calen aún desconocía.

Su respuesta le pareció innecesariamente seca. Calen asintió.

—Antes de partir, decidme vuestros nombres, por favor. No podéis jurar protegerme sin que yo sepa siquiera cómo os llamáis.

—¿Juramentos para protegerte?

Calen estaba convencido de que Dann se habría reído de él si no le hubiera causado tanto dolor. Vaeril fue el primero en dar un paso al frente:

—Como sabes, draleid, soy Vaeril. Vaeril Ilyin, explorador de Aravell.

Los demás elfos se adelantaron por tumos, presentándose de la misma manera.

La firmeza en los ojos de Ellisar llevó a Calen a creer que había visto muchos veranos, lo que contradecía su rostro juvenil. Si hubieran podido pasar por alto sus orejas puntiagudas, muchas mujeres de los pueblos lo habrían considerado increíblemente guapo. Su pelo corto y negro era similar al de Rhett Fjorn, al igual que su complexión, y las mujeres a menudo se desmayaban por

Rhett.

Alea y Lyrei eran gemelas. Al menos, en la mente de Calen, esa era la única explicación. Aunque hubiera podido pasar horas examinando sus rostros hasta el más mínimo detalle, no creía que hubiera tenido la más mínima posibilidad de distinguirlas. Ambas eran hermosas, quizás no en el sentido convencional, pero sí a los ojos de Calen. Ambas tenían el pelo rubio corto con flequillo hacia un lado y brillantes ojos dorados. Nunca había visto ojos dorados antes.

El último era Gaeleron, el elfo que había sido brusco con Calen. Llevaba el largo cabello castaño recogido en la nuca, lo que le daba un aspecto severo. Una fina cicatriz le recorría horizontalmente la mejilla derecha, justo bajo el ojo. Calen no sabía muy bien por qué, pero había algo en la forma en que el elfo le hablaba y le miraba que lo inquietaba. Había desprecio en sus ojos.

Therinse acercó al grupo, ya a caballo, mirando con inquietud a los exploradores elfos.

—¿Estamos listos?

—Sí —respondió Aeson.

—Un momento, ¿y los cadáveres? —preguntó Calen.

—El bosque se ocupará de ellos.

Cuando llegaron a la linde del bosque, la luna creciente brillaba como un faro en el cielo nocturno. Habían marchado durante todo el día. Calen estaba seguro de que se había quedado dormido en la silla de montar. Lo que fuera que Therin le había hecho había aliviado el dolor de las heridas y le había quitado parte de la fatiga, pero desde luego no le había curado de la falta de sueño.

Los elfos, fieles a la palabra de Gaeleron, mantuvieron el ritmo de los caballos sin aparente esfuerzo. Las gemelas habían ido al frente del grupo durante todo el viaje, insistiendo en explorar el terreno. Sus capas les permitían fundirse con el bosque casi a

voluntad.

La primera noche en la boca del paso de montaña transcurrió sin incidentes, así que siguieron con la rutina habitual. Calen se quejó al principio cuando Aeson le dijo que cogiera la espada, pero tenía la costumbre de mirarlo fijamente en silencio hasta que cedía. Esa noche no hubo combate, solo suertes. Ya había habido suficientes peleas.

Calen se dio cuenta de que todos los elfos dejaban de comer para observarlo. Sus ojos seguían cada movimiento, cada golpe de espada y cada giro del cuerpo, haciendo que se sintiera incómodo.

Aeson y Calen intercambiaron pocas palabras cuando se sentaron a cenar. Dann yacía inconsciente junto al fuego, el cuenco de caldo vacío sobre el estómago, moviéndose arriba y abajo con su respiración. Los elfos no permitían la caza de ciervos, por las razones que fueran. El caldo de conejo y patatas era perfecto para Calen, que sonrió de oreja a oreja cuando Vaeril sacó una barra de pan fresco de la bolsa. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había comido pan que no tuviera la consistencia de una piedra.

Vaeril también curó las heridas de Valerys lo mejor que pudo. El dragón aún sentía algo de dolor, pero había dejado de gemir y tenía fuerzas suficientes para ir a buscar sus propios conejos.

—¿Los elfos siempre han vivido en Lobregal? —preguntó Calen mientras calentaba las manos sobre el fuego—. No creía que nadie pudiera vivir aquí.

Vaeril levantó la vista y guardó un breve silencio antes de responder. Solo estaban ellos dos.

—No. Llegamos a Aravell hace casi cuatrocientos años. Tras la Caída, intentamos luchar, resistir al Imperio lorio. Fallamos. Fue antes de mi época.

—¿Por qué lo llamáis Aravell? ¿No se llama Lobregal?

—Así es como mi pueblo lo ha conocido siempre. Lobregal es un nombre que le dio tu especie.

—¿Por qué vinisteis aquí? Siempre he oído que los elfos se

retiraron a Lynalion cuando cayó la Orden. Pero nunca nada sobre Lobregal, perdón, Aravell.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de Vaeril.

—Creíamos cosas diferentes. Por eso seguimos caminos diferentes. ¿Todos los humanos piensan siempre igual?

—No, supongo que no. —Calen soltó un suspiro. Jugueteó con una brizna de hierba larga que arrancó del suelo—. ¿En qué creen? Los elfos de Lynalion.

—Que los problemas de los hombres y los enanos no les incumben. Que el Imperio nació de la arrogancia humana. Y que la plaga que azota estas tierras no tiene nada que ver con los elfos.

—¿Y tú qué crees?

Vaeril reflexionó por un momento. Había una dulzura en sus ojos más allá de su expresión seria.

—Que este mundo es responsabilidad de todos y que todas las razas estuvieron involucradas en la Caída. Ocupamos Aravell para actuar como muro entre Loria y el resto de Eferia. Para debilitar todo lo posible el control del Imperio. Nos aseguramos de que nada de lo que entra en el bosque salga jamás. O lo capturamos nosotros, o lo hace el bosque.

—¿El bosque?

Se oyó un fuerte estallido cuando parte del fuego se derrumbó, lanzando chispas en espiral por el aire.

—Hay magia antigua en el bosque —dijo Vaeril—. Más que la piedra de las montañas y las canciones del viento. Incluso los elfos vamos con cuidado cuando nos adentramos en sus profundidades. Tuviste suerte de encontrar solo uraks anoche.

Calen asintió y soltó un breve suspiro.

—Vaeril, ¿por qué juraste protegerme? No me conoces. No me debes nada.

El elfo esbozó una débil sonrisa mientras se inclinaba hacia el fuego.

—Mi pueblo no siempre vivió en Aravell. Antes vivíamos en ciudades extensas, edificadas en hermosa piedra blanca. Con

murallas imponentes, torres portentosas y cúpulas doradas que brillaban con la luz del sol. Mis mayores me contaban historias sobre esas ciudades. Nunca las he visto. Quizá con tu ayuda lo que una vez fue pueda volver a ser, y podré verlo con mis propios ojos. Es un sueño por el que estoy dispuesto a dar la vida.

El grupo ya había recogido sus cosas y llevaba más de una hora a caballo cuando salió el sol a la mañana siguiente. Aeson estaba decidido a llegar a Belduar en dos semanas, lo que significaba marchar durante cada segundo de luz que les daba el sol.

Cuando este se elevó sobre la cresta de las montañas, bañando el valle con su luz, Calen pudo ver la escala verdaderamente épica de los montes Lodhar, que había sido imposible de apreciar la noche anterior. El grupo recorría un estrecho sendero de tierra enmarcado a ambos lados por escarpadas paredes rocosas que desaparecían entre las nubes. Hasta donde alcanzaba la vista Calen no veía más que montañas y nubes que se extendían hasta el horizonte. Hacia arriba. Esa parecía ser la única dirección en la que podía ir el camino: hacia arriba y otra vez hacia arriba. No tenía ni idea de cómo los elfos seguían en pie. Incluso su caballo luchaba por subir por el brutal camino inclinado, pero los elfos se movían por el paso como lobos, sin mostrar ni una pizca de fatiga en los rostros.

Tardaron seis o siete horas en llegar a la primera llanura, pero solo se detuvieron quince minutos para comer y beber. Therin usó la Chispa para extraer charcos de agua del suelo para los caballos. A Calen le pareció ver cómo lo hacía. Los hilos del Agua se mezclaban con los hilos de la Tierra.

—Therin. —Calen acercó su caballo al del elfo—. Lo siento.

El elfo no le había dirigido la palabra a Calen desde que este se había marchado enfadado al bosque.

—Yo también te pido perdón por mi enfado. —Therin hizo una pausa y miró al cielo—. Estuviste a punto de morir, Calen. Lo habrías

hecho de no haber estado yo allí. Extraer tanta energía de la Chispa con tan poca experiencia como la tuya es increíblemente peligroso. Con Valerys a tu lado tienes el potencial para ser poderoso, pero ahora mismo no eres más que un bebé en la nieve. Es culpa mía, no debería haberte mostrado el camino sin enseñarte primero a recorrerlo. A partir de ahora, después de tu entrenamiento con Aeson, practicarás conmigo. ¿Entendido?

—Sí —respondió Calen con todo el entusiasmo de un cerdo que va al matadero. Solo pensar en volver a tocar la Chispa le hacía temblar las rodillas. Nunca antes había sentido una debilidad semejante, como si su cuerpo fuera demasiado frágil para retener su alma—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Therin entrecerró los ojos. Asintió a regañadientes.

—¿Qué significa «rakina»?

Therin suspiró. Parecía incómodo con solo mencionar la palabra.

—¿Por qué lo preguntas?

Calen tuvo la impresión de que ya lo sabía.

—Todos los elfos se refieren a Aeson como «rakina». ¿Qué significa?

Therin dudó, dejando a Calen con la incertidumbre de si debería haber preguntado.

—Rakina es una palabra de la lengua antigua. Significa «quebrado» o, más correctamente, «el quebrado».

La respuesta de Therin solo suscitó más preguntas.

—¿Por qué…?

Therin interrumpió a Calen con un gesto de la mano.

—Se debe a lo que le ocurrió a Aeson, algo que no creo que vaya a contarte jamás. Puede que le enfade que te la cuente yo, pero así sea. Mereces conocer a las personas en las que has depositado tu confianza.

Therin acercó su caballo al de Calen, quien se dio cuenta de que el elfo extraía la Chispa, pero lo hacía demasiado rápido para poder seguir sus movimientos.

—Un escudo de silencio —explicó Therin al ver la cara de

curiosidad de Calen.

Las cabezas de Aeson y Vaeril se volvieron en cuanto se alzó el escudo. Cuando se dio cuenta de que se trataba de Therin, Vaeril volvió la cabeza hacia el camino que tenía delante, sin querer entrometerse. Aeson no fue tan rápido en ignorar el escudo. Su mirada se detuvo en Therin y Calen durante más tiempo del que resultaba cortés antes de fingir desinterés. Era evidente que sentían cuando Therin extraía magia de la Chispa. Caleb también notaba algo, apenas un cosquilleo en el fondo de su mente, pero estaba ahí.

—Ahora podemos hablar —dijo Therin—. Probablemente tendré que explicarle a Aeson por qué estamos protegidos, pero me ocuparé de eso más tarde. —Hizo una pausa—. Hace mucho tiempo, Aeson era un draleid.

Calen sintió como si su corazón hubiera dejado de latir.

—¿Aeson es un draleid?

Las palabras se escaparon de su boca sin querer. No se había dado cuenta hasta ese momento, pero incluso rodeado de amigos, se sentía solo. Tenía a Valerys, que protestaría con un gruñido ante la idea de que Calen se sintiera solo, pero no era lo mismo. Necesitaba a alguien con quien hablar, que lo guiara. Que le dijera qué hacer a continuación. Desde que Valerys había nacido, la gente lo miraba de otra manera. No Dann, que seguía siendo el mismo, pero sí todos los demás. Therin, Erik, Dahlen. Los elfos, a quienes nunca había conocido antes, habían jurado protegerlo con sus vidas. Era como si vieran al mirarlo a alguien diferente del que él veía en el espejo… Aunque hacía tiempo que no se miraba en uno.

—Lo era, Calen. —La pérdida se reflejaba en los ojos de Therin —. La dragona de Aeson, Lyara, fue asesinada en los años posteriores al colapso de la Orden. Fue cazada por Fane y su Guardia Dragontina. —Therin escupió las palabras, como si le dejara un mal sabor de boca—. Aeson escapó por los pelos con vida, pero parte de él murió con ella. Eso es lo que significa ser rakina, Calen. Estar quebrado. —Therin se secó una lágrima de la mejilla izquierda —. El vínculo entre un dragón y su draleid es mucho más profundo

de lo que se puede explicar. Estoy seguro de que ya lo sientes, Calen: vuestras almas no solo están entrelazadas, son una sola. Quién eres como persona cambia a Valerys, y quién es él te cambia a ti. En lo más profundo de tu ser. Ya lo veo en ti. Y cuando se fusiona algo tan completamente, es imposible que vuelva a ser lo que era. Dos almas fusionadas no son la suma de sus partes, sino algo nuevo.

Calen no pudo evitar mirar a Valerys, sentado tras él, acurrucado en una bola, con la cabeza apoyada en la espalda de Calen. ¿Valerys lo había cambiado?

—Cuando un draleid pierde a su dragón —siguió Therin— o un dragón pierde a su draleid, pierden parte de sí mismos. Pueden quedarse sin la capacidad de extraer la Chispa o fragmentos de su personalidad, emociones, conexiones. Pueden perder las ganas de vivir. —Therin exhaló profundamente—. Y aunque rakina significa «el quebrado», entre los elfos es una marca de respeto. También significa «el que sobrevivió».

CAPÍTULO 25
UN PROFUNDO CORTE

Una sacudida recorrió la espalda de Ella cuando el carro golpeó otra piedra. Se frotó la espalda, intentando aliviarse de alguna manera y vio que Rhett le sonreía. Cuando él hundió el pulgar en el músculo dolorido, ella arqueó la espalda en una mezcla de dolor y alivio.

—Ya no queda mucho —dijo él entre risas.

Cada vez que reía o sonreía, lo hacía siempre con los ojos.

No había sabido qué pensar en un primer momento cuando él le mostró la carta de Tanner en Resguardo. No tenían dinero. Ya lo habían hablado antes. Por eso habían elegido Otoñada; los billetes desde Gisa costaban un ojo de la cara. O más.

La idea de llegar a una nueva ciudad endeudados con alguien no era algo en lo que le gustara pensar. Se suponía que iban a empezar de cero, construir juntos una nueva vida. ¿Cómo se arreglarían si el dinero iba a estar cerniéndose siempre sobre ellos como un buitre al acecho?

Pero Tanner era un buen hombre, o eso decía Rhett, que era buen juez del carácter de las personas.

Estaba entre la espada y la pared. A pesar de que sentía la columna vertebral a punto de romperse por el traqueteo del puñetero carro y del hecho de que se estaban quedando sin dinero,

Otoñada seguía siendo su opción preferida. No quería deberle nada a nadie. Estaba más que dispuesta a soportar otro mes de viaje para empezar de verdad de nuevo.

Por desgracia, Tanner ya había pagado el billete desde Gisa. Hicieran lo que hicieran, cuando llegaran a Berona sería algo a lo que tendrían que hacer frente. Ella conocía lo suficiente a Rhett para saber que no podría vivir en paz consigo mismo si Tanner pagaba esa cantidad de dinero en su nombre de buena fe y no se lo devolvían nunca. Solo había una opción.

Maldijo a Tanner en silencio.

Volvió la vista atrás. Las llanuras abiertas quedaban tras ellos y las estribaciones de los montes Lodhar estaban a su izquierda. Nunca había estado tan lejos de casa. Solo había empezado a darse cuenta de ello en los últimos días de viaje. Aquella náusea en el estómago, aquella nostalgia por el terruño.

Cierto que mudarse a Berona había sido sobre todo idea suya, pero eso no significaba que no echara de menos a sus padres. La forma en que su padre la miraba cada vez, como si fuera una estrella brillante caída del cielo nocturno; el modo en que su madre se sentaba con ella por la noche, hablando sin más del mundo, de las estrellas, de los chicos. Incluso echaba de menos a Calen. Por lo general era un grano en el culo, pero tenía buen corazón y siempre se portaba bien con ella. Posó la mano en el vientre, como si eso fuera a aliviar la sensación de vacío.

Volvió de nuevo la vista al frente, justo a tiempo para que la ciudad de Gisa apareciese ante sus ojos cuando iniciaban el cruce del río Irnell. Enormes murallas grises rodeaban la ciudad en semicírculo, solo interrumpidas por la costa. Dentro del perímetro, por encima de todo se elevaba la Torre del Faro, famosa por su llama eterna que señalaba la ciudad a los barcos que llegaban de lejos. Por supuesto, había otras torres con faro a lo largo de Eferia, pero aquella había sido la primera. Su padre se lo había contado. Él siempre pensaba que ella no le prestaba atención, pero lo haría.

Se recostó sobre Rhett, apoyó la cabeza en su pecho.

«Ya no queda mucho».

Decisiones aparte, no le importaba lo que hicieran. Lo que contaba era Rhett. Lo resolverían. Él era su alegría, su luz. Encontrarían una manera. Siempre lo habían hecho.

El comerciante, maese Harson Link, no les había cobrado nada por el transporte. Había vendido la mayor parte de sus mercancías en Resguardo y se iba a reunir con un proveedor en Gisa.

—No tiene sentido llevar un carro varío —había dicho el enjuto anciano, mostrando los dientes que le quedaban en una sonrisa amistosa.

La amabilidad de los desconocidos era algo con lo que Ella no contaba. La mayor parte de la gente era buena, pero eso no siempre se traducía en amabilidad cuando no se ofrecía nada a cambio. Harson Link, sin embargo, era un hombre amable.

Contempló a las personas con las que compartían la parte trasera del carro: otra pareja y un padre con su hijo. Ninguno parecía rico. Sus ropas no estaban rotas ni sucias, y no parecían hambrientos, pero tampoco desprendían el aura de alguien que pudiera permitirse vivir en Gisa. Se dijo que el simple hecho de que viajaran en la parte trasera del carro de un comerciante podría haberle dado esa pista. Quizás tenían familia al otro lado, como Rhett, o tal vez iban a Gisa en busca de trabajo. No hablaban, así que nunca lo sabría. Todos viajaban en silencio.

Solo el brazo de Rhett, que la sujetó por el hombro, salvó a Ella de caer hacia delante sobre el niño pequeño cuando el carro se detuvo bruscamente.

—¿Estás bien? —le preguntó, esperando su respuesta descontenta antes de levantarse.

Ella oyó voces en la parte delantera del carro, pero era casi imposible ver lo que estaba pasando.

—Atención, todos los que estáis en la parte de atrás salid ahora mismo. Por orden del emperador.

La voz pertenecía a un hombre. Su tono brusco sugería que no era alguien a quien le gustara que le hicieran esperar. Apenas

pasaron unos segundos antes de que un soldado se acercara a la trasera del carro, con el león negro de Loria estampado en su coraza carmesí. Su rostro parecía como si lo hubieran golpeado contra una roca cuando era niño. Tenía la nariz claramente rota en varios lugares y profundas marcas de viruela pintaban sus mejillas.

—¿No me habéis oído? —Gruñó, con un tono cada vez más impaciente—. Sacad los putos culos del carro, sureños de los cojones.

Ella estaba a punto de decir algo, pero Rhett le apretó el hombro lo justo para hacerle saber que no era el momento. Él fue el primero en saltar de la parte trasera del carro.

—Por supuesto. Ahora mismo.

El soldado soltó un gruñido y lo examinó de arriba abajo mientras pasaba junto a él; Rhett era por lo menos dos palmos más alto.

Ella y el resto de los que iban en el carro siguieron el ejemplo de Rhett, saltaron de la trasera del carro y fueron hacia el frente. Harson Link se había bajado y sus viejos dedos huesudos jugueteaban con el sombrero de paja que ahora sostenía apretado contra el pecho. Se colocó junto a Rhett, con cinco soldados alineados frente a ellos. A Ella todo le parecía extraño. ¿Qué hacía el Imperio deteniendo carros al azar en el camino a Gisa?

—¿Hay algo que pueda hacer, señor? —dijo Harson, tartamudeando—. No he hecho nada malo.

El soldado de la nariz rota esbozó una sonrisa burlona.

—¿Y se supone que debo creerte, anciano? ¿No has hecho nada malo y debo dejarte ir sin comprobarlo?

El viejo comerciante parecía dispuesto a responder, pero se lo pensó mejor.

—No te mates antes de tiempo, viejo —dijo el soldado. Se echó a reír y miró a sus hombres, que corearon su risa. Saltaba a la vista que no encontraban graciosa la chanza, pero sabían lo que se esperaba de ellos—. Estamos buscando a alguien. Solo necesitamos algunos nombres y luego podrás seguir tu camino. Sencillo, ¿eh?

El anciano asintió.

—Sencillo, ¿eh? —repitió el soldado.

—Sí, señor.

Otro soldado dio un paso al frente. Era joven, no tendría más de veinte años. Se movía con el porte de quien intenta hacerse un nombre, solo que su armadura parecía hecha para alguien más alto, quizá heredada de algún familiar, lo que no le ayudaba en sus propósitos. Se abrió paso entre el grupo, preguntando a cada uno su nombre por turno. Empezó por la otra pareja joven. Miró al hombre como si este no fuera casi cuatro palmos más alto que él.

—¿Nombre?

—John Tarnell.

El soldado se detuvo un momento mientras examinaba a John de arriba abajo, como si unos segundos más de espera nerviosa pudieran cambiar su respuesta. Cuando se convenció de que el nombre de John no iba a cambiar, pasó a su pareja. El padre y su hijo pequeño recibieron un trato similar.

Todo parecía ir bien hasta que Ella dio su nombre.

—Ella Bryer.

Fue como si el viento hubiera cambiado. Ella no se habría dado cuenta de no haber sido por la sorpresa en los ojos del soldado. Había estado esforzándose tanto por parecer intimidante que no pudo ocultar el cambio en su mirada. Era una mezcla de sorpresa y nerviosismo. Miró a su capitán, el del rostro como el lado malo del culo de un caballo. Su expresión impasible no ofrecía nada más que una leve sonrisa en la comisura de los labios. Asintió.

El joven soldado se colocó en una postura ligeramente más amplia y se volvió hacia Ella.

—Ella Bryer, vamos a necesitar que nos acompañes, por orden del emperador.

Los demás soldados rodearon al grupo de viajeros agotados, que esperaban atravesar las puertas de Gisa antes del atardecer.

—¿Perdón? —espetó ella. Intentó atrapar las palabras con las manos antes de que salieran de su boca, pero fue inútil—. Debe haber algún error. Por favor, vamos de camino a coger un barco a

Antiquar.

Rhett estaba tan sorprendido como ella, como era de esperar. La idea de que alguien fuera de los pueblos conociera su nombre era sorprendente, y más aún que lo hiciera un grupo de soldados imperiales en la carretera comercial hacia Gisa. Tenía que ser un error.

—No hacer falta armar jaleo; ven con nosotros y los demás podrán seguir su camino —añadió el soldado con firmeza.

Extendió la mano para agarrar a Ella por el hombro. Instintivamente, apartó el hombro, fuera del alcance de la mano del soldado, que de inmediato cayó sobre la empuñadura de su espada.

—¡Eh! —intervino Rhett.

La chica percibió el nerviosismo en su voz, lo que solo sirvió para ponerla nerviosa a ella también.

«¿Qué está pasando?».

Rhett dio un paso adelante con los brazos abiertos.

—¿Podemos hablar, por favor?

Dos de los soldados bajaron inmediatamente las lanzas a la altura de la cadera, las puntas apuntando al vientre de Rhett.

—No te acerques —gritó uno de ellos.

Como los demás, parecía tener menos de veinte años.

Rhett alzó las manos y retrocedió despacio. Ella sintió que la situación se le escapaba de las manos. Los soldados estaban nerviosos. Algo iba muy mal.

—Está bien, iremos con vosotros, pero ¿podríais decimos de qué se trata? Y dejad ir a estas otras personas. Ni siquiera los conocemos.

Hizo todo lo posible por mantener la voz tranquila y firme. Su padre siempre le había dicho que podía cambiar el ambiente de una habitación con el tono de su voz. No solía equivocarse. Se acercó a los soldados y alzó las manos para demostrarles que no llevaba nada.

—Solo tú —ladró el soldado.

Con una mano en la empuñadura de la espada, agarró a Ella por

el hombro con la otra y la acercó a él. Ella le dio un golpe con las manos, pero fue inútil. Aunque eran del mismo tamaño, sus palmas no podían hacer nada contra su armadura.

—¡Suéltala ahora mismo! —Rugió Rhett.

Desenvainó la espada con un movimiento rápido. La hoja de Rhett no temblaba ni un ápice mientras la sostenía frente a él, pero sus ojos ardían.

—¡Rhett, no!

Para lo que sirvió, Ella bien podría haber estado gritando a una pared de piedra.

—Si le tocas un solo pelo, te abriré la cabeza —dijo Rhett con voz plana y mesurada. Hablaba en serio.

El joven soldado engreído apretó a Ella contra él. Le rodeó el cuello con el brazo y levantó la espada.

—¡Atrévete a intentarlo, escoria sureña!

Escupió al suelo. Los demás soldados se acercaron, estrechando el cerco alrededor del grupo de viajeros. El niño se echó a llorar mientras se escondía tras las piernas de su padre, quien tenía una mirada preocupada en el rostro. La otra pareja apenas se había movido y la mujer ocultaba la cabeza en el pecho de su compañero.

—Déjala ir.

—No estás en posición de…

Las palabras se vieron interrumpidas por un grito de dolor. Era algo que le había enseñado su madre, aunque su padre no lo aprobaba.

«Si alguna vez te encuentras en esa situación, Ella… Alabados sean los dioses, no lo harás. Pero si lo haces…», le había dicho su madre, señalando el talón, mientras daba una rápida patada hacia atrás con una sonrisa en el rostro.

Funcionó tal y como había esperado. En menos de un segundo, el soldado joven se revolcaba por el suelo con las manos entre las piernas. Ella sintió que el corazón le iba a estallar. Echó a correr hacia Rhett, pero se le escapó un grito cuando algo la agarró por el pie y la lanzó contra el suelo. Al caer, sintió un dolor agudo en un

lado de la cabeza.

—¡Zorra estúpida! —Escupió el soldado mientras se ponía en pie y le propinaba una rápida patada en las costillas.

El sabor metálico de la sangre le salpicó la boca. Tosió violentamente. Sentía que los pulmones se le salían del pecho. Antes de que pudiera recomponerse, algo cayó al suelo junto a ella con un golpe sordo. Se giró y gritó cuando los fríos ojos del soldado le devolvieron la mirada, con sangre brotando del lugar donde su cuello había estado unido al cuerpo. En cuestión de segundos, los gritos y los alaridos llenaron el aire. El chirrido del acero contra el acero resonó con dureza en los oídos de Ella.

Se puso de rodillas, todavía mareada por el golpe en la cabeza. Extendió las manos. Encontró apoyo en la rueda del carro y la usó para levantarse hasta quedar encorvada. Le dolían las costillas con cada respiración y la sangre le corría por el labio y le goteaba por la barbilla.

Una sensación de desánimo la invadió cuando vio a Rhett de pie en medio de los tres soldados que quedaban, con largos cortes a lo largo del muslo y el hombro. Aparte del joven soldado que había agarrado a Ella, había otro, desplomado a los pies de Rhett, con sangre brotando de su cuello. Miró rápidamente a su alrededor. El niño y su padre habían desaparecido; probablemente habían huido en medio del caos. Ella habría hecho lo mismo. Harson Link, que los dioses acogieran su alma, yacía tendido en el suelo, empapado en su propia sangre. A Ella le dolía el corazón. Era… había sido un hombre muy bondadoso.

Los lamentos hicieron que Ella girara la cabeza. El otro hombre del carro se abalanzó sobre los soldados y derribó a uno de ellos con una violenta entrada. Las lágrimas rodaban por los ojos de su compañera mientras gritaba tras él.

En medio de la confusión, Rhett clavó la espada en el corazón de uno de los soldados y luego se giró rápidamente para bloquear un golpe del otro. El capitán. Su rostro, ya de por sí horrible, estaba desfigurado por la furia. Golpeó salvajemente a Rhett, rugiendo de

forma ininteligible al aire. Rhett esquivó uno de sus golpes descoordinados, se agachó y le golpeó en la nuca con la empuñadura de su espada. El soldado cayó al suelo con un fuerte golpe.

—¡Ella! —Rhett corrió en su dirección con la mano extendida, y la chica la agarró con todas sus fuerzas, tanto que lo vio estremecerse momentáneamente—. ¡Tenemos que irnos, ahora mismo!

—¿Y los demás?

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba gritando. Su corazón latía tan fuerte en su pecho que ahogaba todos los demás sonidos. Vio la renuencia en sus ojos. Él no giró la cabeza, solo mantuvo la mirada fija en ella.

—Ella, tenemos que irnos. Ya.

Escupió la última palabra y cerró la boca de golpe mientras la sangre le goteaba por el labio.

A Ella se le erizaron todos los pelos del cuerpo y se le encogió el corazón.

—¡Rhett! Rhett, ¿qué pasa?

Sus labios intentaron moverse. Más sangre se derramó sobre ellos como vino de una copa. Bajó la mirada al tiempo que se llevaba las manos al vientre. Una punta de lanza de acero pulido sobresalía justo bajo el ombligo y goteaba sangre roja y espesa sobre la tierra seca.

—¿Ella?

Cayó de rodillas cuando tiraron de la lanza hacia atrás, separándola del cuerpo.

—¡No! No, Rhett…

Apenas podía ver. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía respirar.

—No, no, no…

Juntó las manos y las presionó contra el vientre de Rhett, pero la sangre se derramaba entre sus dedos. No podía detenerla. Rhett cayó de lado y rodó sobre su espalda. Intentó hablar, pero cada palabra que intentaba pronunciar provocaba un chorro de sangre. A

Ella le latía la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y sentía un vacío en el estómago. Iba a vomitar.

—¡No te atrevas! —Rugió—. ¡No te atrevas a dejarme! ¡Rhett Fjorn, no me dejes sola!

Él alzó la mano y la posó sobre la mejilla de Ella. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, justo bajo los ojos.

—Lo… lo haría… todo…

Se interrumpió al toser más sangre.

—Rhett, por favor. No puedo, no sin ti. No puedo…

Él le acarició la mejilla con el pulgar, como siempre. Hizo todo lo posible por grabar ese gesto en su mente, por grabarlo en cada rincón y cada grieta.

—Rhett…

La mano de él cayó a un lado y el pecho se le hundió. Ella sintió la garganta seca; quería gritar, pero su cuerpo había perdido sensibilidad. Sus lágrimas se secaron, junto con su garganta. Sintió que se le partía el corazón.

—Levántate, o juro por los dioses que también te atravieso.

La voz del soldado era como un clavo oxidado raspando una superficie de acero. Era el más joven de los dos. El capitán estaba tras él, presionando con la mano una herida abierta y sangrante en la parte posterior de la cabeza.

Ella llenó su vacío con rabia. Como si algo la poseyera, se puso en pie de un salto, gritando tan fuerte que le ardían los pulmones. El soldado ni siquiera tuvo tiempo de blandir su lanza. Gritó cuando se abalanzó sobre él, consumida por el dolor y la rabia. Lo arañó, sintiendo que se le desprendía la piel bajo las uñas. Sus gritos se desvanecieron de su mente.

Algo duro le dio en el costado. La fuerza del golpe la hizo girar y caer al suelo. Aterrizó de espaldas de forma estruendosa. Le aullaban las costillas, como si alguien la hubiera golpeado con un martillo. El acero afilado le hizo un corte en el cuello mientras yacía allí.

—Oh, más te vale darme una razón por la que te quieren viva,

porque si no, te cortaré el cuello ahora mismo y fingiré que nunca te encontramos. Y sonreiré mientras lo hago.

El soldado con la cara magullada se colocó sobre ella; el capitán. Ella empujó el cuello hacia delante, deteniéndose solo cuando sintió el pinchazo de la hoja cortándole la piel. Lo miró fijamente, con la ira ardiendo en los ojos.

—Oh, ¿te ha comido la lengua el kato?

Soltó una risa perversa que le puso la piel de gallina.

—¡Destripa a esa zorra! —gritó el soldado joven, en el suelo.

Se llevó las manos a la cara para contener la cascada de sangre que brotaba allí donde la joven le había arrancado tiras de carne. Ella no se había dado cuenta de que había dejado de gritar de dolor.

—¿Quieres callarte…?

Un gruñido sordo interrumpió las palabras del capitán. El siguiente sonido que llenó los oídos de Ella fueron los aullidos de este cuando algo lo arrancó del suelo. Su espada cayó con estrépito contra la tierra junto a la cabeza de Ella.

Esta se incorporó apoyándose en los codos y alcanzó a ver un borrón de pelaje gris que saltaba al suelo y se abalanzaba sobre el soldado más joven. Los gritos le revolvieron el estómago; cerró los ojos. Los únicos sonidos eran los latidos de su corazón, que resonaban en todo su cuerpo, y el crujir de huesos que se rompían como ramitas. Respiró hondo, contuvo el aire un momento y luego lo soltó.

«Ya voy, Rhett».

Los siguientes instantes fueron eternos. Oyó pasos cautelosos, amortiguados por la tierra, que se le acercaban. Algo empujó contra su vientre, algo que emitió un rugido familiar. Abrió los ojos, sin saber si quería ver lo que había destrozado a los soldados con tanta facilidad.

—¡Faenir! —gritó, abrumada por la conmoción y la sorpresa—. ¿Qué haces aquí? —Inmediatamente abrazó con fuerza al lupino, ignorando la sangre que empapaba su pelaje gris ceniza—. Espera, si estás aquí…, ¿dónde están papá y Calen? ¿Han venido todos a

buscarme?

Lo único que obtuvo como respuesta fue un empujón con el hocico.

Miró a su alrededor, escudriñando el paisaje, con la esperanza de ver a su hermano o a su padre. Su corazón se aceleraba con cada latido ante la idea de encontrarse con ellos pero cuanto veía estaba vacío. El suelo estaba cubierto de remolinos de polvo y había algunos árboles a los lados.

Acercó a Faenir hacia ella. Su calor la reconfortó mientras sollozaba incontrolablemente.

CAPÍTULO 26
LUZ MORTECINA

Calen dejó escapar un profundo suspiro mientras apoyaba los codos en las rodillas. Le ardían brazos y piernas, hasta el extremo de que, si lo dejaban a sus anchas, podría tirarse dormido toda una semana. El entrenamiento y el viaje empezaban a pasar factura.

Cada noche, cuando hacían un alto para acampar, Calen era el último en comer. Primero repasaba las suertes con Aeson y luego practicaban combate. Aeson no se lo ponía fácil, cosa que Calen tampoco esperaba. A veces practicaba con Erik, pero eso no era menos duro. No se les permitía hacerse sangre intencionadamente, lo que no evitaba los moratones.

Con un gemido, llenó los pulmones y se frotó las costillas con la mano, donde Aeson le había dado una patada lateral especialmente fuerte. Vio por el rabillo del ojo que uno de los elfos se acercaba. Gaeleron había observado las sesiones de entrenamiento de Calen todas las noches, al igual que los otros cinco elfos. Pero Gaeleron era diferente; no lo miraba con curiosidad, sino como si estuviera analizando y juzgando cada movimiento de Calen, quien se sentía cohibido bajo aquella mirada. Más de una vez había recibido un golpe especialmente cruel de Aeson o Erik por haber desviado la atención hacia Gaeleron.

—Entrena conmigo —dijo el elfo.

Abrió el broche que le sujetaba el manto alrededor de los hombros, dejándolo caer al suelo y revelando las gruesas capas superpuestas de coraza de cuero que le cubrían el torso. Pesadas hombreras le protegían los hombros, pero le dejaban libres los brazos.

Calen no pudo ocultar la sorpresa. La mirada inexpresiva del elfo era inquietante. Desenvainó la espada antes de que el joven pudiera responder.

Gaeleron a veces entrenaba con los otros elfos después de comer. No todas las noches, pero lo suficiente para que Calen se diera cuenta de que sería una pelea corta, pues el elfo era el espadachín más hábil que había visto jamás. Se movía como el viento. Cada paso que daba, cada movimiento de la espada, fluía hacia el siguiente sin esfuerzo. Nunca dudaba ni vacilaba, al menos que Calen hubiera visto. Tampoco era pequeño, sino de complexión robusta, con grandes músculos y hombros cuadrados que rivalizaban con los de cualquier herrero.

—Me encantaría —respondió Calen, sin muchas ganas de otra sesión de entrenamiento que lo dejaría cojeando—, pero por desgracia debo continuar mi entrenamiento con Therin.

Desde el ataque de los uraks, Therin había empezado a dar clases a Calen para controlar la Chispa; lo hacían tras las suertes de espada y los combates. No era menos agotador. Le enseñaba a controlar los hilos mientras tiraba de ellos, a manejar con precisión su flujo y su fuerza, a retorcerlos y entrelazarlos exactamente como deseaba.

Estaba mejorando. Cada día que pasaba, le cansaba menos. Therin decía que era como un músculo: cuanto más lo usaba, más fuerte se volvía. El elfo le enseñó a crear el orbe que Aeson había usado para iluminar el túnel, el baldír. Le sorprendió lo sencillo que era. Pequeñas cantidades de Fuego y Aire se entrelazaban cuidadosamente con Espíritu. Lo más complicado era mantenerlos sin una atención constante y sin agotar la energía interior. Aún no lo

había conseguido, pero estaba decidido.

Sin responder a Calen, Gaeleron buscó a Therin con la mirada y lo encontró junto al fuego con una pata de conejo en las manos. Gaeleron se limitó a alzar una ceja y abrió los brazos hacia Calen, quien dejó escapar un suspiro de resignación cuando vio que Therin asentía, sin molestarse siquiera en hablar mientras volvía a su comida.

—Muy bien —resopló mientras se ponía en pie con esfuerzo—. ¿El primero en ceder?

«Mejor acabo con esto de una vez».

Gaeleron asintió y alzó la espada. Sin previo aviso, dio un salto y se lanzó contra Calen, quien se puso inmediatamente a la defensiva. Girando y pivotando, blandió la espada con todas sus fuerzas, tratando de detener la avalancha de feroces golpes del elfo. Lo alcanzó uno de ellos, un golpe hacia atrás con la empuñadura. Calen vio las estrellas cuando le golpeó en un lado de la cabeza y cayó hacia delante sobre una rodilla. Trató de ponerse en pie pero sintió una bota en las costillas. Tosió mientras jadeaba en busca de aire y daba con la espalda en suelo. Fue una advertencia de Valerys en el fondo de su mente lo que le permitió interponer la espada a tiempo y detener el golpe descendente de Gaeleron.

«¿Y si no lo hubiera detenido?».

Rodó hacia un lado y se puso en pie de un salto. Sin tiempo para respirar, retrocedió de nuevo mientras Gaeleron tentaba sus defensas. A mitad de un paso, el elfo se abalanzó sobre él; fue una nueva advertencia de Valerys lo que le permitió a Calen desviar el golpe hacia abajo. Deslizó la espada hacia arriba y golpeó a Gaeleron en la barbilla con la empuñadura. El elfo pareció desconcertado.

Ahora todo el mundo los observaba. Incluso Therin les echaba miradas de reojo mientras fingía desinterés. Dann estaba encaramado en una gran piedra, con una sonrisa emocionada en el rostro. Calen estaba lejos de sentirse tan seguro como Dann.

Gaeleron se recuperó del golpe sorpresa y redobló el ataque. Su

espada brilló, demasiado rápida para Calen. La sensación de vacío en su mano fue seguida poco después por un tintineo metálico cuando su arma se estrelló contra las piedras del suelo. La punta de la espada de Gaeleron le acarició el cuello.

El elfo ladeó la cabeza con curiosidad hacia Calen, como si lo estuviera evaluando, sopesándolo. La espada no se movió. Calen sintió un ligero pinchazo cuando se le clavó en la piel. Respiró aliviado cuando el elfo finalmente bajó la punta de la espada de su cuello y la enfundó de un solo movimiento.

—A partir de ahora entrenarás conmigo —dijo Gaeleron—. Hablaré con Aeson. Puedes seguir practicando las suertes con él, pero cuando llegue el momento de entrenar, será conmigo.

Calen levantó las cejas, sin saber muy bien qué decir. Gaeleron debió de leerle el pensamiento:

—Si vas a llevar una espada élfica en la cadera, vas a aprender a usarla.

Sin esperar respuesta, el elfo volvió a sentarse junto al fuego.

—No te preocupes —dijo Dann cuando Calen se sentó a su lado y cogió la cantimplora—. La próxima vez ganarás.

Calen no estaba seguro de si el guiño de Dann era burlón o tranquilizador; lo primero, casi con toda seguridad.

Como era de esperar, no tardó mucho en conciliar el sueño. El agotamiento era más fuerte que los dolores y molestias que lo afligían. Se preguntó si así sería la vida a partir de ahora: dolor constante seguido del abrazo amoroso del sueño. Esperaba que su cuerpo se acostumbrara a ello, con el tiempo.

Fue el frío lo que lo despertó. Se le puso la carne de gallina y un escalofrío lo recorrió desde la cabeza a los pies. Parecía una noche más oscura de lo habitual. A pesar de que el fuego seguía chispeando, Calen apenas veía lo que había a media vara de distancia. Percibió con la mente a Valerys, profundamente dormido a

su lado, soltando pequeños ronquidos mientras soñaba.

No estaba muy seguro de qué, pero algo no estaba del todo bien. Se puso en pie muy despacio y extendió la mano hacia la Chispa. Vio los hilos elementales pulsando, retorciéndose, formando la bola de energía en espiral que era la Chispa. Irradiaba poder. El calor le lamía la piel mientras extraía finos hilos de Fuego y Aire, envolviéndolos en el Espíritu tal y como Therin le había enseñado. Formó el baldír justo frente a él, con cuidado de controlar su brillo. No quería despertar a todo el mundo.

Dejó escapar un suspiro de frustración. Por mucha energía que empujara hacia el baldír, este no se hacía más brillante. Era como si todo lo que empujaba hacia él fuera absorbido por otra cosa. Debería haber sido lo bastante brillante para iluminar todo el campamento, pero apenas emitía un resplandor comparable al de una llama moribunda.

—Interesante… —siseó una voz, como uñas arrastrándose por la piedra.

No parecía provenir de ningún lugar concreto.

—¿Quién va? —Peguntó Calen, que había estado a punto de dar un salto.

Su voz sonó un poco más alta de lo que pretendía. La oscuridad se retiró, revelando la silueta de alguien a pocas varas de distancia en medio del camino por el que habían bajado ese día.

—¿Quién eres? —susurró Calen, acercándose a la figura.

Al aproximarse vio la silueta de una capa negra adornada con espirales y formas de color azul pálido. Un paso más y pudo verle el rostro. Era tan pálido como la porcelana de Vaerleon, casi tan blanco como las escamas de Valerys; de piel tan delgada como el papel más fino. Calen se detuvo en seco cuando todo encajó. En medio del rostro pálido y enfermizo había dos pozos negros sin fondo.

«¡El umbrío!».

El pánico se apoderó de él.

—¡Therin! ¡Aeson! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Despertad!

Solo le respondió el silencio. Luego, una risa malevolente resonó

en el cavernoso espacio.

—No pueden oírte. Debes de ser muy novato si no puedes detectar la protección. Qué curioso, dos personas tan conectadas con la Chispa en un mismo lugar, y ambas tan ignorantes. —El umbrío hizo una pausa, pensativo—. Habla de ti todo el rato, ¿sabes? Tu amigo. Lo abandonaste. Lo dejaste morir.

Calen sintió un nudo en el estómago.

—¿Rist? ¿Dónde está?

Una risa baja y burlona retumbó en la garganta del umbrío.

—Te propongo un trato, chico. Me gustan los tratos. Esos traicioneros forajidos con los que viajas, los que te metieron en esto, los que causaron la muerte de tu familia… —El umbrío esbozó una sonrisa retorcida al ver el dolor en el rostro de Calen. Sus labios finos y pálidos parecían aterradores en la luz moribunda—. Bueno, tienen algo que quiero. Un huevo. Un huevo grande y escamoso. Si me lo traes, liberaré a tu amigo.

«El huevo de Valerys…».

Se quedó paralizado. No sabía qué decir. Aunque quisiera traicionar a Aeson, a Therin, a todos… No podía. El huevo ya no existía.

«Pero Rist…».

—No… no puedo. Por favor, por favor, déjalo ir. No te ha hecho nada.

Una sombra de irritación cruzó el rostro del umbrío. Se acercó a Calen. Sus ojos negros como el azabache eran como cavernas.

—Tráemelo, chico. Ahora —siseó.

—¡No puedo! —dijo Calen, alzando la voz. Dio un paso atrás.

El umbrío lo envolvió en hilos del Aire, inmovilizándolo. Todo su cuerpo comenzó a entrar en pánico. Extendió la mano hacia la Chispa, pero no había nada. No podía sentirla. No podía ver los hilos. El pánico se apoderó de él. Estaba indefenso.

El umbrío se acercó de nuevo.

—Eres fuerte, sí, pero aún te queda mucho que aprender. Te llevaré conmigo en cuanto encuentre el huevo. Le encantará haber

encontrado a dos como vosotros con este tipo de fuerza.

El umbrío extendió la mano para tocar el lado de la cara de Calen. Un chillido agudo rasgó el aire. La criatura se tapó los oídos con las manos, retorciéndose de dolor. Calen sintió que la furia se apoderaba de él cuando Valerys saltó al espacio que había entre él y el umbrío. Un sonido a medio camino entre un chillido y un rugido brotó de su boca. Se le erizaron los pliegues de la parte posterior del cuello y extendió las alas cuanto pudo. Incluso con ese tamaño, el dragón parecía feroz.

—Estás vinculado… —siseó el umbrío.

Sus ojos iban de Valerys a Calen y viceversa.

El joven se estremeció al oír aquella voz que parecía rascarle el oído. El umbrío dio otro paso atrás y siseó a Valerys. El dragón siguió con el chillido, mostrando hileras de dientes afilados como cuchillas.

—Tu amigo sufrirá un dolor que ni siquiera podrías imaginar en tus peores pesadillas. —Los ojos negros se entrecerraron mientras miraba a Calen con ira—. Volveremos a vernos.

Calen sintió que los hilos del Aire que lo mantenían en su sitio se tensaban. Salió disparado de pronto y se estrelló contra el suelo con un golpe sordo. Ignorando el nuevo dolor en la parte baja de la espalda, se puso en pie de un salto e inmediatamente atrajo hilos de Fuego hacia la mano.

El umbrío había desaparecido. Valerys seguía chillando en el cielo nocturno, pero Calen sabía que se había ido. Algo había cambiado. Podía ver correctamente de nuevo; de hecho el baldír casi lo cegaba y se apresuró a apagarlo.

—Calen, ¿qué está pasando?

No se había dado cuenta de que Therin se había colocado a su lado, con el arco tensado y una flecha en la cuerda. Todos los miembros del grupo estaban allí. Los chillidos de Valerys debían de haberlos despertado.

—Valerys, para. Se ha ido.

Calen sintió un murmullo de desacuerdo por parte del dragón cuando este dejó de chillar. Un leve gruñido aún emanaba de su

pecho.

—Calen, ¿qué se ha ido?

—El umbrío —respondió, permitiéndose respirar aliviado—. Estaba aquí. Vino a por el huevo de Valerys.

—¿Estaba aquí?

Había un atisbo de pánico en la voz de Therin. De repente, Aeson también estaba junto a Calen, flanqueado por Erik y Dahlen.

—Lo siento. No…

—No pasa nada. Estás bien, Valerys está bien y se ha ido. Decir que has tenido suerte es quedarse corto. Lo que no entiendo es por qué se ha marchado tan fácilmente. No conozco ningún umbrío que se vaya sin llevarse lo que ha venido a buscar.

—¡Valerys! —dijo Aeson con urgencia en su voz—. Calen, ¿vio a Valerys? —No hizo falta que Calen respondiese—. Tenemos que irnos, ahora mismo. Si ha visto a Valerys, sabe que el huevo ha eclosionado, lo que significa que Fane lo sabrá pronto.

Se volvió hacia los elfos, que ya se habían desplegado por todo el campamento, arcos en mano.

—Necesitamos que exploréis por delante y por detrás. Recoged vuestras cosas y empezad en cuanto podáis.

Los elfos asintieron y comenzaron a recoger sus escasas pertenencias en los morrales. Las gemelas y Vaeril se dirigieron al oeste para asegurarse de que el camino estaba despejado, mientras que Gaeleron y Ellisar se encargaban de comprobar que nadie los seguía. El resto del grupo tardó quince minutos en ponerse en marcha. El sol no sustituiría a la luna creciente en el cielo hasta dentro de unas horas, pero Aeson no pensaba esperar.

—Llegaremos a Belduar en tres días. Solo descansaremos para dormir y rellenar las cantimploras. Durante el día, comeremos montados en los caballos.

No esperó a que le respondieran. En lugar de eso, tiró de las riendas y el bayo se puso al trote.

Farda estaba a punto de dormirse cuando la voz del umbrío le rasgó los oídos.

—El huevo ha eclosionado.

—¿Siempre tienes que venir cuando intento dormir? —suspiró Farda mientras se incorporaba en el catre.

Si el huevo había eclosionado, eso lo cambiaba todo. El umbrío estaba de pie a la entrada de la tienda. Le daba la espalda y miraba fijamente al campamento, con la capa negra sobre los hombros. La forma en que la criatura parecía absorber la luz irritaba a Farda.

—Vengo cuando me place —siseó, volviéndose hacia el interior.

Incluso en la penumbra, los cavernosos ojos negros de la criatura se veían claramente.

—¿Qué quieres?

—Necesito soldados.

—¿Para qué?

Lo que Farda solo podía describir como un gruñido emanó de la garganta del umbrío.

—Tenías razón. —Las palabras salieron de su boca como cadenas arrastradas sobre piedra. Farda no pudo evitar una sonrisa.

«Seguramente se dirigían a Belduar».

—¿Y en qué tenía razón, si se puede saber?

—Basta de juegos. Estoy harto —dijo el umbrío, dejándose caer en la silla frente a la cama de Farda.

Este no respondió de inmediato. Alargó la mano hacia el cuenco de agua que tenía a los pies, lo colocó en el regazo y se echó parte del contenido en la cara.

—Creía que te gustaban los juegos —dijo mientras se secaba el agua de la cara y el pelo.

El umbrío no respondió y se quedó mirándolo fijamente. Los labios atenuados se fruncieron en una línea frágil mientras los dedos casi translúcidos tamborileaban en el brazo de la silla. Farda soltó un suspiro. Necesitaba dormir y ya se había divertido lo suficiente.

—No tengo suficientes soldados para que conquistes Belduar. El Imperio no ha sido capaz de atravesar sus puertas en cuatrocientos

años.

—No pretendo tomar las puertas. Solo necesito mil hombres.

Curioso, Farda enarcó una ceja.

Los finos labios del umbrío esbozaron una sonrisa maliciosa que provocó una sensación de inquietud en las tripas de Farda.

CAPÍTULO 27
POLOS OPUESTOS

Calen negó con la cabeza mientras hacía todo lo posible por mantenerse erguido en la silla de montar. Contuvo un bostezo. Sus párpados comenzaban a perder la batalla contra la gravedad. Desde la aparición del umbrío, Aeson los había presionado cada vez más para llegar a Belduar.

Apenas dormían cuatro horas por noche y cada momento que estaban despiertos lo pasaban en la silla de montar. Estaba seguro de que había pasado inconsciente en la grupa del caballo tramos enteros del viaje. Era un misterio el modo en que las bestias mantenían el ritmo, aunque Calen sospechaba que la Chispa tenía algo que ver. Había visto a Vaeril y Therin cuidando de los caballos cada noche antes de cenar.

Le dolía todo el cuerpo. Tenía la espalda y las piernas rígidas de tanto cabalgar; sentía los muslos como si los hubieran desollado y los músculos del vientre le ardían con furia. Durante las últimas semanas, su cuerpo había empezado a acostumbrarse a los dolores de la silla de montar, pero los últimos días lo habían llevado a un nivel completamente nuevo.

Incluso con el nuevo ritmo acelerado de Aeson, aún encontraba tiempo para que practicara las suertes de la espada, sin olvidar las lecciones con Therin y el entrenamiento con Gaeleron cada noche.

No estaba seguro de qué había hecho para que Gaeleron lo odiara tanto, pero el elfo parecía disfrutar dejando a Calen con nuevos moratones y cortes. Era el único momento en que Calen lo veía sonreír.

—¿Cómo va la cabeza? —preguntó Erik entre bostezos mientras acercaba su caballo al de Calen.

Tenía ojeras oscuras y caídas bajo los ojos, normalmente alertas y vibrantes.

—Va —respondió Calen, torciendo la boca.

Se frotó distraídamente el bulto que tenía en la parte posterior del cráneo, donde había recibido un fuerte golpe de Gaeleron la noche anterior. Aún le dolía. Sintió una oleada de irritación en Valerys al oír el nombre del elfo. Un gruñido salió del pecho del joven dragón mientras se desplazaba junto a los caballos.

—Creo que se sentirá mejor después de una buena noche de sueño.

—Seguro —dijo Erik, riendo—. Sé lo que se siente. Y tú, Dann. ¿Cómo va la caza con Alea y Lyrei?

Dann se sonrojó cuando Erik acompañó su pregunta con un guiño pícaro. El joven había pasado mucho tiempo con las gemelas durante las últimas noches. Incluso había empezado a cazar con ellas y a unírseles en la guardia cuando podía. Insistía en que era para aprender más sobre la artesanía de los arcos élficos, pero Calen tenía la sensación de que sus intenciones iban un poco más allá.

—Va bien. Estoy aprendiendo mucho —respondió Dann con brevedad, probablemente para evitar cualquier burla.

—Seguro que sí —dijo Erik con otro guiño que hizo que Calen se echara a reír.

—Oh, vete a la mierda.

Dann dio un golpecito en el costado al caballo y se adelantó, lo que solo hizo que Erik y Calen se rieran con más fuerza.

Al frente, Ellisar estaba de pie con las manos en las caderas.

—Esto parece un callejón sin salida.

El camino se cerraba en una pequeña oquedad, con paredes

rocosas que se elevaban por todos lados.

—Las apariencias engañan —respondió Aeson.

Desmontó, tomó las riendas del bayo y lo condujo hacia la pared rocosa del lado derecho de la oquedad. Metió la mano en la bolsa y sacó una piedra verde y lisa, con vetas blancas que ondulaban justo bajo la superficie. Parecía hecha de cristal. Un ligero brillo rebotaba en su superficie cada vez que le daba el sol.

Therin había estado enseñando a Calen a identificar los diferentes hilos cuando otros portadores extraían la Chispa. No se le daba especialmente bien, pero Therin había insistido en que era la forma más rápida de aprender. No estaba seguro del todo, pero le parecía que Aeson estaba extrayendo hilos de Espíritu hacia la piedra, que de pronto empezó a pulsar con un brillo verde. Calen parpadeó y se frotó los ojos con las palmas de las manos. Donde momentos antes se veía una pared de piedra, totalmente sólida, ahora se alzaba la entrada de una cueva. Tenía más de tres varas de ancho y dos y media de alto y parecía extenderse infinitamente hacia el interior de la montaña.

—Vale… He visto muchas cosas en este último mes, pero alguien va a tener que explicarme esto —dijo Dann.

Cruzó los brazos sobre el pecho en señal de protesta, mirando al frente con obstinación.

—Es un glamur —dijo Therin. Se bajó de la silla y se unió a Aeson en la entrada de la cueva—. Hmm. Magia antigua, algo que no se ve a menudo en estas tierras. Desapareció casi por completo con los gigantes. ¿La piedra es la clave?

Aeson asintió y guardó la piedra en el bolsillo del abrigo.

—Vamos —dijo—. Bajad de los caballos. A partir de aquí hay que caminar. El techo se volverá más bajo conforme nos adentremos.

Calen pasó la pierna por encima y saltó del caballo. Asintió a Dann, riéndose de la mirada gruñona de su rostro.

—¿Qué? —Ladró Dann. Frunció el ceño—. ¡Acaba de hacer aparecer un túnel en la ladera de una montaña!

—Técnicamente el túnel ya estaba ahí —interrumpió Erik, dando

un codazo a Dann con el hombro. Frunció la nariz como diciendo «me limito a señalarlo», lo que le valió una mirada fulminante de Dann.

—Tiene razón —dijeron Lyrei y Alea al unísono, riéndose a costa de Dann. Calen no lo culpaba por probar suerte con ellas.

—Sí, vale —murmuró Dann mientras las dos elfas se adentraban en el túnel.

Una vez que hubieron cruzado todos la entrada, Aeson sacó de nuevo la piedra. Calen observó atentamente el modo en que trazaba hilos de Espíritu para volver a alzar el glamur, para a continuación guardársela en el bolsillo y ocupar su lugar al frente del grupo.

Aeson no había mentido. Cuanto más se adentraban en la cueva, más bajo se hacía el techo. Casi rozaba la cabeza de Calen, y los caballos tenían que agachar el cuello para pasar.

Las antorchas apagadas descansaban en soportes de hierro fundido, fijados a las paredes a ambos lados del túnel a intervalos regulares. Mientras el grupo pasaba, Aeson lanzó finos hilos de Fuego hacia el exterior; un cosquilleo recorrió la espalda de Calen cuando las antorchas se encendieron una a una, superponiendo su luz. El túnel parecía excavado a mano. La superficie de la piedra estaba lisa, casi pulida. Extendió la mano y la rozó con la punta de los dedos.

—Se excavó usando la Chispa. —Calen se volvió y vio a Vaeril caminando a su lado. El elfo no lo miraba a él, sino más allá, estudiando las paredes del túnel—. Utilizamos técnicas similares cuando construimos nuestro hogar en Aravell. Según las historias que he leído, era habitual que los enanos contrataran a magos para este fin. Hacía que la construcción de ciudades y redes de túneles fuera mucho más eficiente. Aunque nunca lo he visto con mis propios ojos.

—Es increíble.

Vaeril asintió con una suave sonrisa en el rostro.

Tardaron al menos una hora en atravesar el túnel iluminado con antorchas antes de llegar a una reja de hierro fundido en un hueco

de la pared. Una escalera de piedra al otro lado ascendía abruptamente. Una vez más, Aeson sacó la piedra verde pulida del bolsillo. La deslizó en una pequeña ranura en la pared, donde encajó como un guante. Inmediatamente, se iluminó, emitiendo un resplandor verde esmeralda.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dann tras un minuto.

—Ahora esperamos —respondió Aeson, apoyando el hombro contra la pared de la cueva—. Esa piedra tiene una hermana, que debería haberse iluminando en cuanto la nuestra se colocó en la ranura.

No pasó mucho antes de que Calen oyera pasos en la escalera de piedra. Se oyó la voz ronca de un hombre, que resonó sobre del sonido de los pasos:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Ihvon. Aeson Virandr.

El ritmo de los pasos se aceleró.

—¡Aeson, viejo perro! ¡Entra!

El individuo que tenían delante parecía haber vivido más batallas de las que le correspondían. La falta de pelo en la cabeza la compensaba con creces la barba que sobresalía de su rostro, como si hubiera sido tallada en piedra. Su nariz zigzagueaba por un rostro cubierto de cicatrices; sin duda se la habían roto más de una vez. Donde antes había estado la oreja izquierda, solo quedaba un muñón de carne moteada. Era un poco más bajo que Calen, pero los hombros parecían capaces de soportar el peso de un caballo. El jubón azul marino parecía fuera de lugar en él, como si fuera un lobo tratando de hacerse pasar por un zorro.

Ihvon sacó del bolsillo una piedra verde pulsante, gemela de la de Aeson. La deslizó en una ranura similar en su lado de la reja levadiza. En cuanto lo hizo, Calen sintió un temblor que reverberaba en las paredes mientras la reja de hierro fundido se replegaba hacia el techo.

—Ven aquí —dijo Ihvon con una carcajada. Abrazó a Aeson, quien le devolvió el abrazo con una calidez similar, aunque más

reservada.

—Me alegro de verte, Ihvon. ¿Cómo está el rey? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, claro que está bien. Desea verte tan pronto como pueda. Estará ansioso por saber que has regresado. Veo que tu banda ha crecido desde la última vez que nos vimos.

Ihvon miró al grupo, con una sonrisa afectuosa que ocultaba su mirada calculadora. Calen no se había dado cuenta de lo extraños que podían parecer. Cinco humanos y seis elfos, armados hasta los dientes. Casi le hizo reír a carcajadas.

Los ojos de Ihvon se agrandaron y su mandíbula se aflojó al ver a Valerys a los pies de Calen. Un leve rugido le hizo saber a Calen que el dragón tenía hambre.

Ihvon dirigió su mirada a Aeson, luego volvió a Valerys y luego de nuevo a Aeson.

—Eso no es… No puede ser.

Se frotó los ojos con los puños de forma exagerada antes de volver a mirar a Valerys, que chilló en respuesta. Ihvon dio un paso atrás involuntariamente, sorprendido. Una profunda carcajada brotó de su vientre mientras le daba una palmada en el hombro a Aeson.

—No hay un solo día en el que no me sorprendas —dijo, mientras meneaba incrédulo la cabeza—. Venid. Arthur tendrá incluso más ganas de veros ahora, si es que eso es posible. Podéis dejar los caballos aquí. Enviaré a alguien a buscarlos en breve.

Dio media y subió las escaleras, haciendo un gesto al grupo para que lo siguiera.

—Un dragón… —lo oyó murmurar Calen—. El muy cabrón lo ha conseguido.

En lo alto de la escalera, lo primero que vio fue el cielo azul pálido. Salieron a un enorme patio abierto en cuyas paredes rebotaba la fresca luz del día; la brisa les acarició el rostro.

No estaba seguro de cómo había imaginado que sería una ciudad construida en la ladera de una montaña, pero desde luego no era así. El patio de piedra lisa era inmenso, tan grande como todo El

Claro. Estaba rodeado de muros de color gris piedra, tan gruesos como la altura de Calen, con grandes torres cuadradas en cada esquina.

De cada una de las torres colgaban largas banderas moradas y doradas, adornadas con un hacha y una espada cruzadas contra el fondo de una montaña. En lo alto de cada torre había lo que Calen solo podía describir como una enorme ballesta, fijada al suelo con grandes placas de acero y pernos. Nunca había visto nada parecido.

A la derecha del patio, incrustada en la pared rocosa, se alzaba una enorme torre del homenaje que se elevaba hacia el cielo. En la parte delantera se veían enormes puertas de madera maciza, arqueadas en la parte superior. Medían fácilmente cuatro varas y media de ancho y seis de alto en su punto más elevado.

Calen tardó un minuto en darse cuenta de las dos columnas paralelas de soldados que ocupaban el patio, enmarcando el camino que salía del túnel. Llevaban brillantes armaduras de placas, con hombreras y ondulantes capas púrpuras. Los cascos les cubrían la mayor parte del rostro, dejando solo dos aberturas almendradas para los ojos y una estrecha rendija desde la nariz hasta la barbilla. Era una visión impresionante. Parecían sacados directamente de las historias de Therin. El primer instinto de Calen fue alcanzar la espada, algo que tuvo que reprimir con fuerza.

«Son amigos. Aquí estamos a salvo».

Notó la misma sensación de asombro y precaución por parte de Valerys. El joven dragón se acercó a los pies de Calen, contemplando el enorme el patio. Había crecido rápidamente durante sus viajes, aunque todavía tenía casi la mitad del tamaño de Faenir.

—El patio real —dijo Ihvon, abriendo los brazos y señalando hacia fuera—. Este es el círculo interior de la ciudad. Tiene las murallas más gruesas y las torres más altas de toda Eferia. Nunca lo han traspasado en los más de dos mil años que lleva en pie. —Había una mirada de orgullo resplandeciente en su rostro—. ¿Queréis ver la ciudad?

Se dirigió hacia las murallas antes de que nadie tuviera tiempo de

responder a la pregunta. La columna de soldados se colocó a ambos lados de él mientras caminaba, rodeando al grupo entre ellos.

—No les prestéis atención —dijo—. Son la Guardia Real, y vosotros sois invitados de la máxima importancia.

»Las máquinas que veis montadas en lo alto de las torres son balistas. Se instalaron con la ayuda de los enanos después la caída de la Orden. Son una de las principales razones por las que el Imperio nunca ha podido tomar la ciudad. Los virotes que disparan miden dos varas y media de largo y casi siete palmos de ancho. Incluso los dragones se esconden de ellos —explicó Ihvon mientras subían la escalera en zigzag hasta lo alto de las murallas—. He aquí la ciudad de Belduar —dijo, señalando más allá.

Calen sintió como si le hubieran quitado el aire de los pulmones. Ni en sus sueños más descabellados había imaginado algo así.

Era como si estuvieran al borde de un precipicio escarpado en el fin del mundo. La caída era tan grande que Calen no podía ver el fondo. Al oeste se alzaban las gigantescas montañas de Lodhar Occidental; al este, las llanuras de Illyanara se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

A cientos de varas más abajo, la extensa ciudad de Belduar estaba separada del Círculo Interior por un pesado puente de piedra que cruzaba un cavernoso abismo entre las dos zonas de la ciudad. Calen no pudo evitar pensar que si se cayera del puente, estaría cayendo hasta el fin de los tiempos.

La ciudad se organizaba en círculos concéntricos. Cada uno de ellos amurallado y con innumerables torres y un lanzador de proyectiles en el centro. El círculo más bajo, que tocaba las llanuras, estaba tan lejos que Calen solo podía distinguir las manchas marrones en lo alto de cada torre.

Justo más allá de las murallas exteriores de la ciudad se encontraba el legendario lago de Haftsfjord, donde el pueblo de Belduar compartió por primera vez el pan con los enanos. Todas las historias de Therin pasaron por la mente de Calen mientras contemplaba aquella ciudad legendaria. Era el último bastión de

libertad en Illyanara, el único lugar donde el Imperio no extendía la mano a sus anchas.

Se asomó por las murallas. Se frotó los ojos con incredulidad al ver a un par de águilas planeando a menos de diez varas de donde se encontraba. Giraron y se lanzaron en picado por la escarpada pared del Círculo Interior. Sabía que tenía la boca abierta, pero no le importaba.

—No mucha gente tiene la oportunidad de ver el mundo desde donde estáis ahora —susurró Ihvon.

Apoyó los brazos en las murallas de piedra y contempló el espectáculo que tenía ante sí.

Calen no pudo evitar una sonrisa. El paisaje desde aquellas murallas era una de las cosas más increíbles que había visto jamás. Se arrodilló junto a Valerys.

—Volarás sobre esta ciudad tan pronto como hayas crecido.

El dragón agitó las alas y un rugido sordo escapó de su garganta.

—¡Pagaría unas monedas de plata para verlo! —dijo Dann, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Cuánto tiempo tardará en volar?

—Depende —respondió Aeson—. Algunos dragones pueden volar con tan solo unas semanas de vida. A otros les lleva un par de meses. Dependerá de cómo crezca y de cuánto tarde en poder soportar su peso con las alas. Por lo que veo, será pronto. Parece que los dragones valacianos crecen más rápido que los eferianos.

Dann asintió.

—¿Y escupir fuego?

Esa misma pregunta había estado rondando la mente de Calen durante un tiempo.

—El fuego es complicado —dijo Therin, acercándose a Dann—. Algunos dragones descubren su fuego interior con solo una semana de vida, aunque en esa etapa es apenas una llama débil. Otros tardan casi un año en encontrarlo, pero entonces puede brotar como un río caudaloso, capaz de convertir una armadura de placas en acero fundido. Hay muchas cosas que no sabemos aún y que nunca sabremos sobre los dragones.

—Vamos —dijo Ihvon, rompiendo el silencio pensativo—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Estoy seguro de que el rey está deseando veros.

Solo cuando volvieron a cruzar el patio, Calen se dio cuenta realmente de lo enorme que era. Un espacio tan grande y abierto excavado en la ladera de una montaña… era increíble.

—Es una trampa mortal —comentó Ellisar, mientras sus ojos recorrían los amplios espacios abiertos.

—Así es, elfo —dijo Ihvon con naturalidad—. Fue diseñado así. Todos los arqueros de las murallas de la fortaleza tendrían una línea de visión clara de todo el patio si alguna vez fuera violado. Las balistas en lo alto de las torres de la fortaleza tienen un amplio rango de movimiento, capaces de apuntar directamente hacia el patio. No es un lugar en el que me gustaría encontrarme si fuera enemigo del rey.

Mientras subían las escaleras que conducían hasta la entrada de la torre, Calen apreció el verdadero tamaño de las enormes puertas de madera. No podía imaginar que hubiera nada que fuese capaz de derribarlas. Justo cuando estaba perdido en sus pensamientos, se oyó un crujido atronador. Las dos gigantescas hojas comenzaron a abrirse con un estruendo.

Los soldados que los flanqueaban aceleraron el paso, adelantándose al grupo y formando una guardia de honor en la fortaleza. Calen observó que intentaban no quedarse boquiabiertos mirando a Valerys, que estiraba el cuello hacia arriba como si fuera un poni de exhibición. Puede que parecieran soldados de leyenda con sus pulidas armaduras y sus capas púrpuras, pero no dejaban de ser humanos y probablemente nunca habían visto un dragón tan de cerca.

El salón interior era casi tan impresionante como la vista desde las murallas. Los techos tenían casi doce varas de altura y estaban sostenidos por una extensa red de columnatas, con arcos entre ellas, de los que colgaban estandartes púrpura y dorados. Al final del largo salón había un podio elevado, sobre el que se alzaba un trono

de granito tallado con ornamentos.

—Aeson Virandr —exclamó el hombre sentado en el trono. Su voz resonó en el amplio salón.

A pesar de que no medía más de dos varas de alto y era de complexión tan fibrosa como la de Dann, Arthur Bryne irradiaba autoridad. Parecía deslizarse por el suelo, con una oscura capa de color púrpura sobre los hombros. Su cabello grisáceo y negro tenía mechas blancas a ambos lados, y una sencilla corona de oro entrelazado le coronaba la cabeza. Era, sin duda, un hombre apuesto, a pesar de que parecía estar, por lo menos, en su quincuagésimo verano.

—Majestad —dijo Aeson, arrodillándose ante el rey.

Erik y Dahlen siguieron el ejemplo de Aeson, mientras Dann miraba a Calen con incertidumbre. Los elfos permanecieron de pie.

—Levántate, necio —dijo el rey. Extendió el brazo y agarró el antebrazo de Aeson, de la misma manera que Aeson había hecho con Thalanil, y lo ayudó a ponerse de pie—. Me alegro de verte. Cuando te fuiste a Valacia, una parte de mí temía que no volviéramos a vernos nunca más. Y tus hijos… ¡Vaya, cómo han crecido otra vez!

Arthur tomó a Dahlen y Erik por los hombros, admirando su crecimiento como un tío cariñoso. Los ojos del rey se posaron de pronto en Calen… y en Valerys. Miró al dragón con incredulidad y luego volvió a mirar a Aeson, como para confirmar que sus ojos no le engañaban.

—Por los dioses… No solo recuperaste un huevo, sino que ya ha eclosionado y se ha vinculado. ¿Cómo es posible?

Arthur volvió la mirada hacia Calen y le tomó del brazo con el mismo gesto de reconocimiento.

—Muchacho, estoy encantado de conocerte. Decir que te he esperado toda la vida sería quedarse corto.

Arthur Bryne rebosaba sinceridad con cada palabra. No apartó la mirada y la sonrisa nunca pareció abandonar su rostro. Era tan carismático que cada palabra que pronunciaba parecía salir

directamente de su corazón.

—Y tú —dijo, centrándose únicamente en Valerys—, eres una de las criaturas más impresionantes que he visto jamás. Las escamas son una auténtica belleza. Y esos ojos… —El rey estaba en su propio mundo mientras adulaba a Valerys, que estaba feliz por la atención —. ¿Cómo se llama?

—Valerys, majestad.

Arthur desdeño el tratamiento con un gesto de la mano.

—Basta ya de «majestad». Aunque no fueras un draleid, no soporto tanta formalidad. ¿Valerys, has dicho? Es un nombre muy adecuado.

Arthur se irguió hasta alcanzar su máxima estatura.

—Bueno, basta. Me daré el gusto más tarde. Seguro que todos estáis cansados y hambrientos. Os llevaremos a vuestras habitaciones y encargaré un banquete. Mi hijo, Daymon, anda también por aquí. Vamos, venid.

Calen sintió la luz cálida del sol de poniente acariciándole la espalda al colarse por la ventana. Estaba más que agradecido por el baño caliente en el que acababa de sumergirse. Sus músculos se sentían como nuevos. No creía que se fuese a acostumbrar jamás a bañarse en el agua fría del río. Su débil sonrisa era tanto de alivio como de satisfacción mientras se ponía la camisa de lino. Era como llevar una nube en comparación con las prendas de cuero a las que estaba acostumbrado. Arthur había proporcionado a cada miembro del grupo sus propias habitaciones privadas, así como ropa limpia para el banquete, mientras que las criadas lavaban la ropa con la que habían viajado.

—¡Criadas! —murmuró mientras se echaba a reír quedamente.

«Ojalá estuvieras aquí para verme ahora, papá. Me darías una colleja por decir esa palabra en voz alta».

Una pizca de tristeza se apoderó de su corazón y se dejó caer en

el borde de la cama. Allí sentado, por primera vez se le vino todo encima como una cascada.

Se habían ido. Su madre, su padre, Ella, Faenir… Haem. Toda su familia. No quería ni imaginar cuántas otras personas podrían haber perdido la vida en el caos de aquel día. Las caras pasaban por su mente. Jorvill Ehrnin. Mara Styr. Tach Edwin… Anya. Una enfermiza ingravidez invadió su cuerpo.

El siguiente rostro que vio fue el de Rist. Lo había abandonado. Lo había dejado con Dahlen. Lo había abandonado a su suerte, demasiado asustado para ir tras él. La ira se mezcló con su tristeza, burbujeando a través de ella. Ira hacia Dahlen, hacia sí mismo, hacia el mundo.

«Cuando sea más fuerte…, te encontraré».

El sonido de la cerámica rompiéndose le recordó a Calen que no estaba solo. Hinchó las mejillas y se secó una lágrima furtiva que le corría por la cara. Se permitió una risa contenida.

—¡Ven aquí!

La cabeza de Valerys asomó entre los escombros de dos macetas que antes habían contenido tulipanes y margaritas. Como Faenir cuando se mojaba, Valerys sacudió el cuerpo de la cabeza a la cola, haciendo que trozos de cerámica destrozada salieran disparados por la habitación.

—¡Eh! —gritó Calen mientras se protegía los ojos—. ¡Cuidado!

El dragón respondió a Calen con un bufido. Extendió las alas y saltó del suelo a la cama.

Calen se puso de pie y sus ojos se posaron en la espada, envainada y apoyada contra la pared del fondo. Instintivamente, extendió la mano hacia ella. Pero sabía muy bien que sería un insulto ir armado a la mesa de un rey. Sintió un momento de vacilación cuando la mano tocó la vaina de cuero.

«Aquí estamos a salvo, no la necesito».

—Vamos. —Rascó a Valerys por debajo del cuello, provocándole lo más parecido a un ronroneo que un dragón era capaz de emitir—. Vamos. No queremos llegar tarde a la cena. Hace tiempo que no

comemos nada decente.

Mientras el ujier lo guiaba por escaleras sinuosas y pasillos laberínticos, Calen dio gracias a los dioses de que Arthur hubiera mandado a alguien que le mostrara el camino de vuelta al salón principal. De lo contrario, habría vagado sin rumbo durante horas.

El joven criado, de quince o dieciséis años como mucho, no dejaba de volver la vista para observar boquiabierto a Valerys, que caminaba a los pies de Calen, quien no pudo evitar el esbozo de una sonrisa irónica. A menudo olvidaba lo extraño que debía de resultar aquello. Hacía solo un mes, nunca había visto un dragón, y ahora Valerys le resultaba tan normal como el sol de la mañana.

—Gracias, Conal —dijo Calen cuando el joven lo dejó en la entrada del salón.

En realidad, no era mucho más joven que Calen, pero lo parecía.

—Es un placer, mi señor —dijo el chico.

Hizo una reverencia antes de que Calen pudiera corregirlo. Era lo más alejado de un señor que alguien podía ser.

Respiró hondo antes de entrar. El salón estaba prácticamente igual que cuando Calen y su grupo habían llegado, con una excepción. Ahora había una enorme mesa rectangular justo en el centro, repleta de frutas de todas las formas, tamaños y colores. Algunas las reconoció: manzanas, naranjas, peras. Otras, ni se atrevía a imaginar cómo se llamarían. Frutas amarillas y curvas con piel correosa yacían junto a una pequeña con piel marrón cubierta de pelaje. Calen acababa de coger una de las frutas peludas cuando Dann entró en el salón.

—¡Por los dioses! —exclamó, con la voz resonando en la sala—. No me voy a marchar de aquí, Calen. Podría haberme quedado en ese baño durante horas. ¡Y esta ropa! —Alzó los brazos y puso los ojos en blanco—. ¿Nos sentamos?

—No estoy seguro —respondió Calen, sin dejar de pasar el pulgar por la superficie de la fruta peluda—. Mira toda esta fruta. No creo que haya tanta en todos los puestos del mercado de El Claro juntos.

A Calen le costaba igualar el entusiasmo de Dann. No podía

evitar pensar en cuánto costaría toda esa comida en su tierra natal.

—¡Lo sé! —exclamó Dann, con la voz amortiguada al morder profundamente una manzana.

No tardó mucho en llegar el resto del grupo al salón. Todos parecían muy diferentes con la suciedad eliminada de caras y cabellos, y con ropa limpia sobre ellos.

—No sé vosotros —dijo Erik, rodeando con los brazos los hombros de Calen y Dann—, pero yo estoy hambriento. ¡Pienso comer hasta que no quepa en estos pantalones!

Dann murmuró «Yo también» con la boca llena de manzana, lo que le valió una carcajada de Erik.

—Calen, Dann, Erik, Dahlen. Me gustaría presentaros a mi hijo, Daymon.

Calen ni siquiera había visto a Arthur entrar en el salón. El joven que ahora estaba a su lado era la viva imagen del rey, solo que parecía unos treinta años más joven.

—Encantado de conoceros —dijo Daymon, inclinándose ligeramente por la cintura—. Mi padre me ha dicho que todos habéis recorrido un largo camino para estar aquí. Espero que el viaje no os haya costado un alto precio.

Daymon aún no poseía el carisma natural que rezumaba cada palabra que salía de la boca de su padre, pero Calen supuso que eso era algo que se ganaba, no algo con lo que se nacía.

—Solo el que tenía que costamos —respondió Erik, con un gesto solemne en los labios.

—Muy cierto —dijo Arthur apesadumbrado. Debió de leer la expresión del rostro de Calen, porque cambió de tema de repente—. Ahora que ya nos conocemos todos, ¿por qué no comemos?

Una vez que estuvieron sentados, Arthur llamó al mismo joven ujier que había acompañado a Calen hasta el salón.

—Conal, ¿puedes avisar a la cocina de que suban la comida?

—Sí, mi rey. Iré a buscarlos ahora mismo.

—Gracias.

Eso era algo que a Calen le llamaba la atención de Arthur: la

forma en que trataba a las personas. En los pueblos, los ancianos siempre hablaban con aire de superioridad, incluso Erdhardt, a quien Calen consideraba un hombre amable y justo. Sin embargo, allí estaban, en el gran salón de Belduar, sentados a la mesa con el rey. No con el anciano de un pueblo ni con un señor local, sino con un rey. No trataba a nadie como si fuera inferior. No daba órdenes. Pedía. Su autoridad era evidente y no era débil, pero sabía que no necesitaba mandar.

Calen no había conocido a muchos reyes. En realidad, a ninguno. Pero de todos modos, algo le decía que era una cualidad poco común entre los que tenían poder.

—¿Que traigan la comida? —susurró Dann, inclinándose hacia el oído de Calen—. ¿Cuánta más puede haber?

Justo cuando Calen estaba a punto de asentir, una multitud de sirvientes irrumpió en el salón. Algunos llevaban grandes bandejas de plata con carne humeante, patatas y verduras. Otros, jarras de vino y cerveza. Cuando todos salieron del salón, no quedaba ni un palmo de espacio libre en la mesa de madera entre la gran cantidad de comida y bebida.

—No esperéis por mí —anunció Arthur—. ¡Comed, comed!

Calen observó que todos llenaban sus platos, charlando y bromeando entre ellos. Sintió una cálida sonrisa dibujársele en el rostro. Era la primera vez en mucho tiempo que estaban realmente a salvo.

Quizás podía permitirse sentir cierta satisfacción. Quería hacerlo, pero le resultaba casi imposible apartar de su mente las imágenes de sangre y muerte. Le resultaba extraño no sentir el peso familiar de la espada colgando de la cadera.

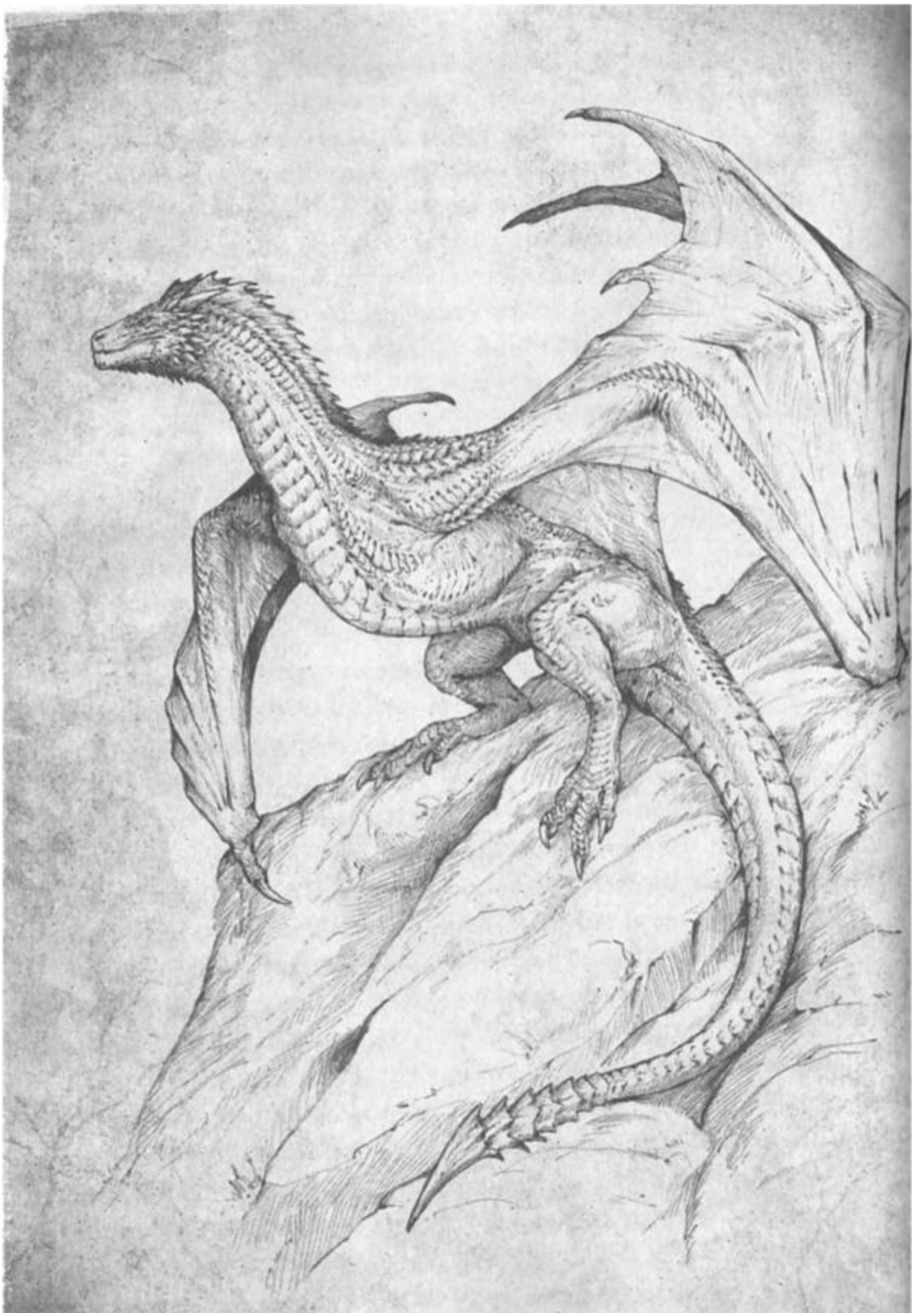
Erik debió de ver la expresión de su rostro.

—Tenemos que aprender a disfrutar de las pequeñas cosas —dijo con una leve sonrisa.

Calen asintió. Incluso Valerys estaba gozando como nunca. Sentado justo tras Calen, devoraba una pierna de cordero que Arthur le había preparado.

—¿No vas a comer? —preguntó Dann levantando una ceja.

—Sí, sí. Lo siento, me he quedado pensativo un momento. ¿Qué está bueno?



CAPÍTULO 28
HERMANO

Rist dio un respingo al oír llamar a la puerta. Sin saber por qué, dobló la esquina de la página y escondió el libro bajo las sábanas de la cama. No había gran cosa en la celda: un camastro con armazón de madera, un escritorio para leer y escribir sobre el que había una vela, dos sillas de madera, una mesita, una pequeña cómoda y una alfombra de lana. No había cuadros, adornos o decoración de ninguna clase. No podía ser más sencilla, lo que no le importaba gran cosa.

Como de costumbre, quien había llamado a la puerta no esperó a que lo invitaran a entrar. Era un individuo de mediana edad de rostro plano, mandíbula prominente y pelo negro y corto. Una túnica negra se asentaba en sus hombros y caía sobre su cuerpo. Como era habitual llevaba una bandeja de plata cubierta con la cena de esa noche.

«Cordero asado, por el olor».

Si los cálculo de Rist eran correctos, llevaba allí casi dos semanas. Todos los días transcurrían de la misma manera; se despertaba con el sol en una habitación vacía y con la puerta cerrada, comía una vez al día, y siempre le traía la comida la misma persona. Cuando necesitaba asearse o hacer sus necesidades, lo hacía bajo vigilancia. Eso era todo.

—¿Estás bien?

Era la primera vez que le hablaba y la voz sonó más firme de lo que Rist esperaba. Tenía autoridad, lo que lo tomó por sorpresa.

Dos semanas. Le había traído la cena todos los días durante dos semanas y nunca había dicho una palabra.

—E… estoy bien. Gracias.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del recién llegado cuando levantó la tapa de la bandeja de plata y dejó al descubierto dos platos de comida. Cordero, zanahorias, patatas y una jarrita de salsa de carne. La misma comida de todas las noches. Era mejor que en casa.

Pero nunca antes había traído dos platos.

El desconocido tomó los platos de la bandeja y los dejó sobre la mesa para a continuación colocar la bandeja y la tapa en el suelo, bajo la mesa. Cogió la jarra de salsa y bañó su plato con el líquido marrón de olor dulce.

—¿Salsa? —preguntó.

—Eh… Sí, por favor.

Rist aún no sabía qué pensar; quizá era todo un truco. No lo habían maltratado en todo aquel tiempo, pero tampoco lo dejaban irse. En realidad, nadie le había dirigido la palabra hasta ahora.

Al despertar el primer día dio rienda suelta a su enfado, lo que no le sirvió de nada, pues apenas le prestaron atención. Así que decidió probar con otra táctica. A menudo, un caballo responde mejor a una zanahoria que a un palo.

—Disculpa. ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde están mis amigos?

El desconocido le indico con la mano que se acercara.

—Ven y siéntate. Hablemos.

A Rist le rugía el estómago y tampoco es que tuviese muchas más opciones. Llevaba varias semanas intentando que aquella persona hablara y había llegado la oportunidad.

Dejó la cama y se sentó en la silla vacía. La comida olía de maravilla. Había intentado no comerla los primeros días, pero sus captores se habían limitado a sustituir el plato lleno por otro nuevo.

Al final, el hambre se hizo insoportable; se dio cuenta de que de haber querido matarlo podrían haberlo hecho con facilidad sin necesidad de envenenarlo.

Alzó la vista y contempló al carcelero, que masticaba un trozo de cordero. No había nada destacable en su rostro. Con un suspiro contenido, cogió los cubiertos que había junto al plato y se dispuso a dar cuenta de la cena. Sabía tan bien como olía.

—Estás en Al'Nasla —dijo su carcelero de repente, como si estuvieran manteniendo una conversación fluida—. En la embajada del Círculo de Magii del palacio, para ser exactos.

El tenedor de Rist cayó al suelo, haciendo tintinear la bandeja de plata que había debajo de la mesa.

—¿Estoy… estoy en Loria? —Su mente iba a mil por hora—. No puede ser. ¿Cómo es posible? Estaba en Resguardo, en Illyanara. ¿Cómo he llegado al norte?

Se detuvo. Necesitaba recomponerse. No tenía ni idea de por qué aquel tipo había empezado a hablar por fin, ni si volvería a hacerlo. Tenía que ser inteligente y hacer las preguntas adecuadas.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí?

Su acompañante masticó la comida meticulosamente y tragó antes de responder:

—Puedes llamarme Garramon. Soy tu… guía. —Se detuvo un momento mientras consideraba algo—. Estás aquí porque te encontramos al borde del camino, a las afueras de Al'Nasla. No sé cómo llegaste allí, ni me importa. Estabas sucio y medio muerto de hambre. Te acogimos.

Rist alzó una ceja.

—¿Me acogisteis? Más bien me hicisteis vuestro prisionero. Estoy encerrado en esta habitación, sin poder salir a menos que me vigilen, e incluso entonces, solo para bañarme y hacer mis necesidades. A mí me parece que soy un prisionero.

«¿Cómo llegué al norte? Cálmate. Concéntrate. Respira».

Trató de recordar lo que había pasado, pero lo único que conseguía recordar era la pelea en las calles de Resguardo y a

Dahlen llevándolo en brazos. Después, todo se volvió negro.

—¿Cautivo? Te dan de comer, ¿no? ¿Te visten? ¿Te han hecho daño? —Garramon no esperó una respuesta. La mirada resentida de Rist era suficiente—. Bueno, te he dicho mi nombre. Es justo que tú hagas lo mismo a cambio.

Rist no se había dado cuenta de que el otro no sabía su nombre.

—Me llamo Rist Havel.

—Encantado de conocerte. —Garramon se tragó otro trozo de carne, regado con salsa—. Escucha, Rist, hay una razón por la que estás aquí y no en una taberna en quién sabe dónde, y creo que sabes cuál es. Es la misma por la que no se te ha permitido vagar a tus anchas. Y, por lo que sé, es la misma por la que acabaste al borde del camino.

Rist se tensó.

—No sé de qué estás hablando.

«Es imposible que lo sepa».

Garramon soltó el aire por la nariz mientras terminaba de comer. Limpió el cuchillo y el tenedor con un paño que sacó del forro de la capa y los dejó sobre la mesa, junto al plato.

—Estás entre amigos —dijo tras un largo momento de silencio.

Dirigió la mirada hacia la vela que había sobre el escritorio y giró la mano hacia arriba en el aire, terminando con un movimiento rápido. La mecha de la vela cobró vida con una llama que parpadeaba de un lado a otro.

—Tú…

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Garramon.

—Sí, yo. Ya no estás solo, Rist. Teníamos que mantenerte bajo llave y vigilancia. Un mago novato puede ser un peligro tanto para sí mismo como para los que lo rodean cuando no está entrenado. Necesitábamos vigilarte. Y no te conocíamos lo suficiente para confiar en ti. Seguro que lo entiendes, ¿no?

El pulso de Rist se aceleró. No era así como había imaginado que sería este día.

«Un mago novato».

—Creo que sí.

—Bien. —Garramon juntó las manos y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los brazos de la silla—. Quiero enseñarte a usar tus dones. A no temerlos, a aceptarlos. A no dejar que el miedo en los corazones de los demás te impida ser quien estás destinado a ser. Nunca debemos apagar nuestra luz para que otros puedan brillar.

Rist se sintió invadido por una sensación de calidez. Era como si las palabras de Garramon fueran el remedio para algo que no sabía que lo afligía.

—Sí. Me gustaría mucho. De verdad.

—¡Fantástico! —Garramon aplaudió mientras se ponía de pie—. Empezaremos mañana. Te enviaré a buscar al amanecer. —Se volvió hacia la puerta—. Y a partir de ahora, por favor, llámame hermano Garramon.

—Sí, hermano Garramon —dijo Rist, con un toque de vacilación en la voz—. ¿Hermano Garramon?

—Sí, iniciado. ¿Qué pasa?

A Rist se le hizo un nudo en la garganta. Contuvo la respiración por un momento.

—Mis amigos… Mi familia. Me estarán buscando. Necesito verlos o contactarlos. Hacerles saber que estoy bien.

El mago se quedó un momento en la puerta, pensativo.

—Esta noche haré que alguien te traiga una pluma, tinta y pergamino. Si les escribes, podemos enviarles halcones.

—Gracias, hermano Garramon.

A la mañana siguiente al banquete, Ihvon llevó a Calen y Aeson a hablar con el emisario enano en Belduar. Con el bloqueo lorio a solo unos días de marcha de la ciudad, se iba a celebrar una reunión con el Dominio Libre de los Enanos lo antes posible. Arthur le había preguntado a Calen si quería formar parte de la embajada. Era lo

menos que el joven podía hacer, teniendo en cuenta que Arthur los había acogido en su casa.

No estaba seguro de qué esperar, pero se sorprendió al descubrir que Oleg Marylin era, de hecho, un humano y no un enano. Era un hombre corpulento, con un poco de barriga, calvo y con barba corta.

—No pasa nada —dijo entre risas cuando Calen se disculpó por la mirada de sorpresa en su rostro—. Mucha gente se sorprende cuando descubre que el emisario del Dominio Libre de los Enanos no es un enano. Los enanos de los montes Lodhar no han salido a la superficie en cientos de años, así que me encargo de sus intereses aquí arriba.

Oleg dejó el escritorio y se puso en pie mientras se alisaba la arrugada camisa de lino.

—Permíteme decirte que es un honor conocerte, Calen Bryer. Desde tu llegada ayer por la mañana se ha corrido la voz por toda la ciudad. Estaba deseando tener la oportunidad de conocerte; un draleid nada menos.

—Vamos, Oleg, no le subas los humos al chico —intervino Ihvon, cambiando su actitud amistosa por un tono autoritario.

—Sí. Perdona, mi señor —dijo Oleg, alzado las manos en señal de disculpa.

—No tiene importancia —respondió Ihvon—. Ahora bien, ¿has enviado un mensaje al Dominio Libre para organizar la reunión e informarles de la llegada del draleid?

—Aún no, mi señor. Estaba esperando noticias del rey, pero puedo enviar un mensajero inmediatamente, si así lo deseas.

—Por favor —respondió Ihvon con un alzamiento de ceja.

Con una sacudida, Oleg volvió a su escritorio. Tomó una hoja en blanco de una pila que tenía detrás y un tintero y una pluma de un cajón a su izquierda. Se puso a redactar la carta y al acabar, dobló el pliego y lo introdujo en un pequeño sobre color crema. Derramó cera sobre el borde del sobre utilizando una vela de color púrpura oscuro que ardía en un lado del escritorio.

—Si no te importa.

—Un momento.

Ihvon rebuscó en el bolsillo y sacó un pequeño sello de latón. Lo presionó sobre la cera que se enfriaba, dejando la huella de un hacha y una espada cruzadas con una montaña al fondo. Era el mismo emblema que adornaba los estandartes del patio y del gran salón.

—Gracias, mi señor —dijo Oleg. Cogió el sobre y lo guardó en el bolsillo del abrigo—. Pensándolo bien, creo que lo entregaré yo mismo. Eso debería trasmitir mejor el deseo de una respuesta rápida. Ya sabes cómo funciona el Dominio Libre. Tardaré al menos una semana en volver, pero me daré prisa en la medida de lo posible.

—Haz cuanto puedas, Oleg. El rey está muy interesado en este asunto.

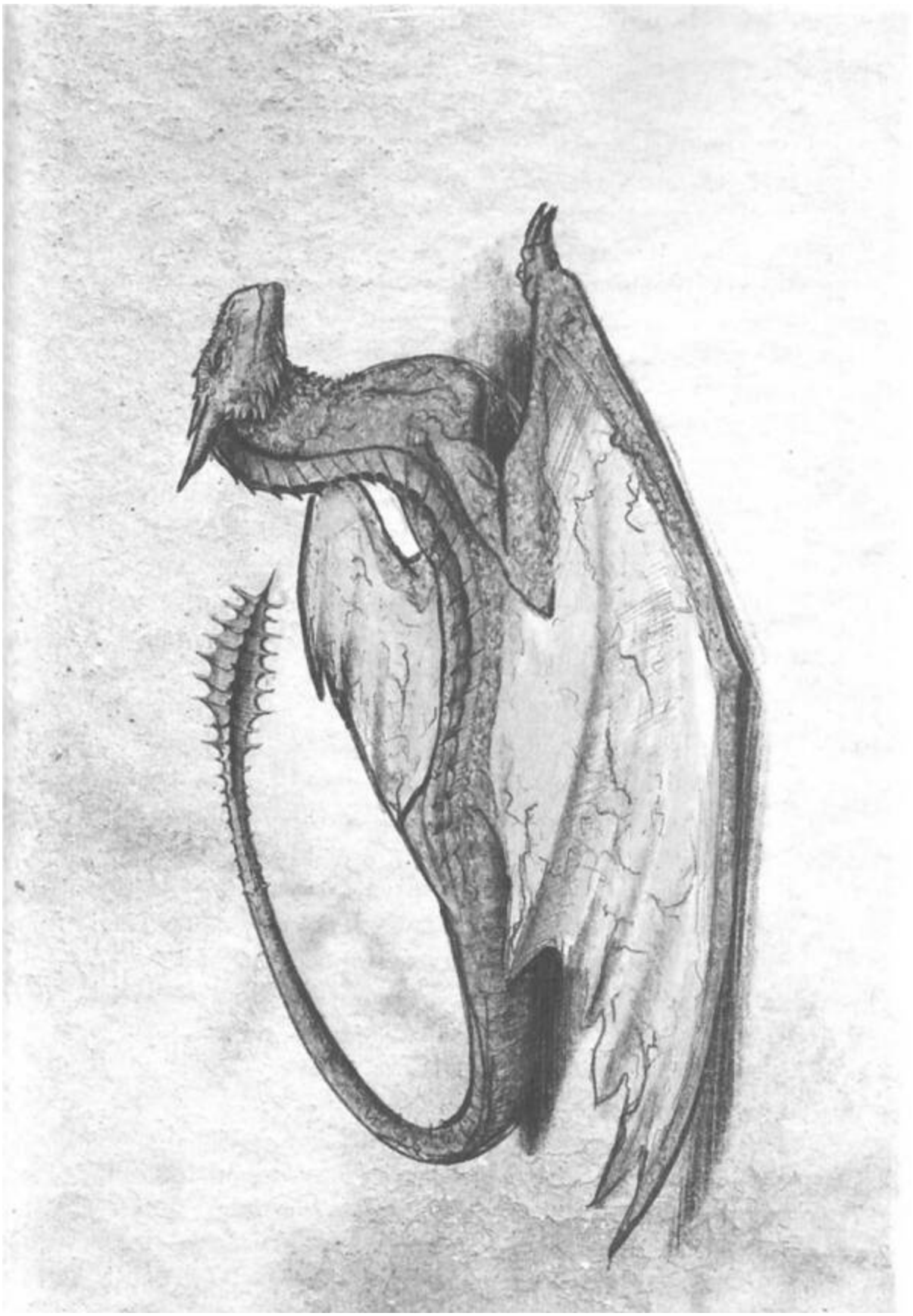
El hombre corpulento asintió y cogió una bolsa que colgaba del respaldo de la silla.

—Me voy ya, mi señor. Si me disculpas.

Calen, Ihvon y Aeson siguieron a Oleg fuera de la habitación. Este balanceó la bolsa delante de él, rebuscando en su interior mientras se apresuraba por el pasillo. En su prisa, dio una patada involuntaria a la pata de una mesa baja, lo que casi lo hace caer al suelo, pero se recuperó en el último momento.

—Qué tipo más extraño —comentó Aeson.

—Sí —dijo Ihvon—, pero de los buenos.



CAPÍTULO 29
HACIA LO ALTO

El sudor goteaba de la frente de Calen mientras paraba un golpe descendente de Erik.

—Bien. Mantén la guardia alta —dijo Gaeleron.

Desde que habían llegado a Belduar, el elfo había dejado de entrenar con Calen y se había dedicado a observarlo entrenar con otros. De esa manera le resultaba más fácil evaluar el progreso del joven.

Un sonido metálico resonó en el patio del Círculo Interior cuando las espadas de Calen y Erik se cruzaron en una ráfaga de golpes. A simple vista, parecían estar igualados, pero Calen sabía que siempre estaba a un solo error de sufrir una nueva contusión.

Había una sonrisa cómplice en el rostro de Erik mientras ambos trazaban un amplio círculo. En un movimiento rápido, se abalanzó como una víbora que había acorralado a una liebre. Calen retrocedió y adoptó la postura del Lobo Paciente.

Los golpes de Erik eran duros y rápidos, como siempre. Calen contó los latidos de su corazón, esperando una oportunidad.

Uno.

Erik golpeó dos veces en la parte alta. Las vibraciones sacudieron el brazo de Calen mientras paraba ambos golpes.

Dos.

Apenas logró bajar la espada a tiempo para bloquear el golpe

descendente que siguió. Tendría que haberle dado; solo una advertencia en el fondo de su mente por parte de Valerys le permitió detenerlo.

Tres.

Saltó hacia atrás, esperando que Erik lo siguiera.

Cuatro.

Erik se lanzó tras él.

Cinco.

Calen vio su oportunidad y se lanzó adelante.

Todo sucedió demasiado rápido. Erik se giró con la velocidad de un kato y bajó la espada sobre la de Calen, tirándola al suelo con estruendo. Un dolor rugiente estalló en la cara de Calen cuando el codo de Erik voló hacia atrás y se estrelló contra su nariz, tirándolo al suelo.

—¡Debes estar atento! —gritó Gaeleron cuando Calen golpeó la piedra.

El joven ni siquiera intentó levantarse. Se quedó allí tumbado, mirando al cielo. Le latía la cabeza, le zumbaban los oídos y notaba el sabor de la sangre en la lengua. Si se quedaba allí un poco más, tal vez no tendría que hacer otra ronda.

Una sombra bloqueó la luz del sol.

—No debes quedar expuesto al atacar —suspiró Gaeleron, de pie junto al cuerpo tendido de Calen—. Ya es suficiente por hoy; no quiero que Therin se queje otra vez de que estás demasiado agotado para escuchar sus hechizos y sus historias.

Habían pasado dos semanas desde que Oleg se había ido al Dominio Libre de los Enanos. Mientras tanto, Therin había decidido no solo instruir a Calen en las artes mágicas, sino educarlo en la historia de Eferia. Le enseñó las costumbres y culturas de las numerosas razas que habitaban el continente y cómo era la tierra antes del auge del Imperio. Insistía en que, si Calen quería ser útil a alguien como draleid, su comprensión no podía limitarse a la gente de los pueblos del oeste de Illyanara.

El humor de Gaeleron empeoraba cada vez que se mencionaba a

Therin; su voz rezumaba sarcasmo cada vez que hablaba de sus enseñanzas, sus «hechizos e historias», como los llamaba.

Calen no se atrevía a tratar el tema directamente con Therin, pero saltaba a la vista que había una extraña tensión entre él y los elfos de Aravell, excepto Vaeril, que era casi todo lo contrario. Su actitud hacia Therin rayaba en la reverencia. Calen no sabía qué pensar de todo aquello.

Se apoyó en los codos y, agotado, soltó todo el aire. Sentía el sudor resbalándole por la frente. Vio que Erik se agachaba a su lado en un estado muy similar.

—Ha estado bien —jadeó, apoyando los codos en las rodillas—. Siento lo de la nariz. Intenta no esforzarte demasiado. Al menos Gaeleron parece estar simpatizando contigo. Es un poco rígido, ¿no?

Gaeleron alzó una ceja.

—Creo que puede que te haya oído —susurró Calen, ignorando el dolor que le punzaba en la nariz mientras intentaba reírse.

—Ah, no pasa nada. ¡Buena lección, Gaeleron! —Erik le guiñó un ojo a Calen con descaro mientras se ponía en pie—. Voy a por agua. ¿Quieres?

—Por favor.

Justo cuando Erik se alejaba, Calen sintió que algo se agitaba en el fondo de su mente. Giró la cabeza y vio a Valerys levantarse del lugar donde había pasado la mayor parte de la tarde tomando el sol. Calen no estaba seguro de si era porque Arthur le había dejado elegir cada día las cabras u ovejas que quisiera, o si era simplemente la forma en que crecían los dragones, pero Valerys casi había duplicado su tamaño en las últimas semanas.

Era del tamaño de Faenir; al menos dos varas desde el hocico hasta la cola. La mandíbula se había ensanchado, el hocico se había alargado y el pecho era más profundo. Las crestas de cuernos que enmarcaban su cuello y su cara eran más largas y afiladas. Su cuello era más grueso, más musculoso, y las franjas que recorrían todo su cuerpo eran más pronunciadas. Sus extremidades delanteras, antes débiles y delgadas en comparación con las traseras, se habían vuelto

fuertes y poderosas. Mientras Calen observaba a Valerys acercarse, las blancas escamas brillando al sol, no pudo evitar mirarlo con asombro. Aún estaba muy lejos de los dragones de las leyendas, pero ya no era la criatura vulnerable que había salido de aquel huevo.

Los pálidos ojos lavanda de Valerys se pusieron a la altura de los de Calen cuando el dragón se detuvo frente a él. Una cálida sensación inundó la mente de Calen, un reconocimiento consciente. Confort. Calen cerró los ojos y colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Valerys, tocando con la frente la punta del hocico del dragón.

—*Draleid n'aldryr* —susurró Calen.

No estaba seguro de por qué lo decía, las palabras habían tocado su lengua sin pasar por su mente, pero le parecieron adecuadas. «Dragón unido por el fuego». Notó la sensación de reconocimiento por parte de Valerys, una mezcla de emociones y colores que de alguna manera imitaban las palabras. Luego percibió algo más: un anhelo por algo que Calen no reconocía. De pronto sintió un repentino destello en el fondo de su mente y lo entendió.

—Ve —dijo al tiempo que abría los ojos.

Sin esperar otra palabra, Valerys sacudió el cuerpo de un lado a otro como si se quitara unas cadenas imaginarias. Las franjas de la parte posterior del cuello se erizaron mientras avanzaba hacia las paredes del círculo interior que daba a la ciudad. Calen lo sintió como si fuera suyo: el impulso, la necesidad.

Valerys extendió las alas. Si había duplicado su tamaño, ellas habían crecido aún más. Eran tan blancas como la nieve más pura, con vetas negras que se extendían desde las extremidades delanteras y les daban forma.

Se oyó un golpe seco cuando Valerys batió las alas contra el aire. Una ráfaga de viento barrió el patio. La necesidad que Calen sentía en el fondo de la mente solo se hizo más fuerte. Lo quemaba por dentro, al igual que a Valerys. Otro golpe seco impulsó al dragón hacia delante, levantándolo del suelo. Calen sintió que sus pies se

movían, siguiendo a Valerys mientras sus aleteos lo llevaban más alto, hacia las murallas. Un golpe sordo. Las poderosas alas de Valerys lo elevaron en el aire.

Los cien hombres armados que montaban guardia en el borde exterior del patio dejaron escapar gritos de sorpresa. Arthur había insistido en su presencia cada vez que Calen practicaba allí, como si el Imperio lorio fuera a invadir repentinamente el Círculo Interior si estaba solo. Ignoró sus miradas boquiabiertas. Sus pies se movieron más rápido, saltando sobre las piedras del patio, hacia las escaleras que conducían a las murallas. Valerys se encontraba al menos a seis varas sobre él y casi había alcanzado las murallas. El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras sus pies golpeaban los escalones de piedra. Se sobresaltó de pronto al ver a Valerys elevarse más en el aire, superar la muralla y luego caer en picado por el otro lado.

Desapareció de su vista.

Pie izquierdo. Pie derecho. Las vibraciones recorrieron su cuerpo mientras subía las escaleras. Justo cuando llegó a la cima y puso las manos sobre el parapeto, una mancha blanca pasó a toda velocidad a su lado, seguida de una inmensa ráfaga de viento. El ruido que rasgó el cielo no se parecía a nada que Calen hubiera oído antes. Era un rugido visceral que se propagaba por el aire, como un estruendo atronador que brotaba de las fauces de Valerys.

Algo latía dentro del joven mientras el dragón se elevaba por los aires. Sentía la mente de Valerys como nunca antes lo había hecho. Cerró los ojos; no los necesitaba. Las emociones, los pensamientos, los sentimientos, las sensaciones… Lo sentía todo. El poder que fluía a través de las alas del dragón mientras golpeaban el cielo. El aire fresco que barría las escamas. El suave susurro del viento con cada ligero movimiento de las alas. El calor del sol de la tarde en la espalda. La emoción cruda y primitiva que recorría las mentes de ambos al mismo tiempo.

Se le pusieron todos los pelos de punta. Era la sensación de libertad más intensa que jamás había experimentado. Incluso con los ojos cerrados, podía ver cada movimiento de Valerys.

Permaneció allí durante lo que le parecieron horas antes de obligarse por fin a abrir los ojos y sumergirse a regañadientes de nuevo en sus propios pensamientos. Seguía sintiendo a Valerys, como siempre, pero la intensidad abrumadora había desaparecido.

Casi dio un salto cuando vio que Dann y Erik estaban a su lado.

No los había oído acercarse, debían de haber oído el rugido de Valerys.

—Increíble…

Erik apoyó la mano en el parapeto y fijó la mirada en la figura del dragón blanco brillante que se cernía sobre ellos. Dann estaba a su lado, sin decir nada. Calen observó cómo Valerys se retorcía y giraba en el cielo. Era algo tan hermoso que parecía imposible. Un dragón volando por los cielos sobre la ciudad de Belduar. Se sentía como si estuviera en medio de una de las historias de Therin.

Una sensación de cansada satisfacción se apoderó de Calen cuando Valerys volvió a girar hacia el Círculo Interior.

—Va a volver.

El repentino anuncio sorprendió tanto a Dann como a Erik, que no se habían dado cuenta de que había abierto los ojos. Sin esperar una respuesta, Calen bajó por la escalera de piedra hasta el patio del Círculo Interior.

Una sombra se extendió por el suelo frente a él cuando Valerys descendió en picado hacia el patio, los poderosos aleteos levantando espirales de polvo en el aire mientras se posaba sobre el frío suelo de piedra. El dragón estiró el cuello de un lado a otro y se acercó a Calen, extendiendo las alas en lo que parecía una celebración.

—Presumido —se burló Calen.

Una cálida sonrisa le asomó al rostro mientras extendía la mano y la posaba sobre el hocico de Valerys. El dragón irradiaba orgullo.

—Ha sido increíble —dijo Dann, rompiendo el silencio—. Nunca pensé…

—Nunca pensé que vería el día en que te quedaras sin palabras —Erik se echó a reír. Le dio un codazo a Dann en las costillas mientras se acercaba a él—. Pero estoy de acuerdo. Ha sido algo

especial.

Los pesados pasos de Ihvon resonaron en el patio vacío. Bueno, vacío salvo por Calen, Dann, Erik, Valerys y los guardias que permanecían de pie contemplando con asombro a Valerys, las capas púrpuras ondeando al viento.

—Calen, Erik, Dann. Es la hora. Oleg ha regresado. El rey solicita vuestra presencia en el salón.

Cuando entraron en el salón, ya no quedaba mucho espacio. No eran Therin, Aeson, Oleg, Dahlen ni Arthur quienes ocupaban todo el espacio de la habitación, sino la corpulenta figura de Asius, que probablemente no se atrevía a sentarse en ninguno de los muebles por miedo a romperlos. En su lugar, se apoyó contra la pared del fondo de la sala. Si se hubiera puesto de pie, habría tenido que andar con cuidado de no golpearse la cabeza con la lámpara de araña que colgaba en el centro de la sala.

Teniendo en cuenta la inmensidad de todo lo demás en la ciudad, a Calen le sorprendió que el salón del rey fuera tan singular. Decorado de forma sencilla, el pequeño espacio estaba centrado alrededor de una mesa baja de madera maciza, rodeada por los cuatro costados por lujosos asientos de terciopelo rojo. La pared oriental estaba ocupada en su totalidad por una impresionante estantería que se extendía desde el suelo hasta el techo.

«A Rist le encantaría».

Fue Asius quien habló primero. Se separó de la pared y acortó la distancia entre él y Calen con cuatro largas zancadas.

—Calen Bryer, hijo de Vars Bryer. —La enorme mano del gigante rodeó el brazo de Calen con inquietante facilidad—. Me alegra volver a verte y saber que ahora estás vinculado. Me alegraría mucho conocer a quien comparte tu vida, tan pronto como terminemos aquí, por supuesto.

—Asius, hijo de Thalm —respondió Calen. Inclinó la cabeza, y

Asius le devolvió el gesto—. Sería un honor para mí alegrarte el corazón.

La respuesta de Calen le valió una amplia sonrisa del gigante. Los gigantes, o jotnar, eran una raza caracterizada por su formalidad y complejidad cultural. A Calen le había llevado una cantidad irritante de tiempo con Therin memorizar sus múltiples saludos y costumbres, junto con sus diversas respuestas.

No necesitaba mirar para saber que Therin estaba sonriendo de oreja a oreja. El elfo había insistido en que no durmiera hasta que pudiera repetirle todas las fórmulas de cortesía sin dudar. Casi podía sentir el «te lo dije» desde el otro lado de la habitación.

—¿Dónde están Senas y Larion? ¿No han viajado con vosotros? —preguntó Calen.

—Tenían otros viajes que hacer, pero pronto volveremos a encontrarnos —respondió Erik.

Dann e Ihvon intercambiaron un breve saludo con Asius, luego el gigante volvió a su posición, apoyándose contra la pared del fondo, y los cuatro tomaron asiento.

—Asius, te aseguro que podemos celebrar esta reunión en una sala más adecuada a tus necesidades. Simplemente no había previsto que llegaras con Oleg.

Por el tono de voz de Arthur, Calen tuvo la sensación de que no era la primera vez que se abordaba este tema. El gigante se limitó a hacer un gesto con la mano como dejando atrás el asunto. Con un ligero encogimiento de hombros, Arthur volvió a centrar su atención en el resto del grupo.

—Oleg, por favor —dijo, abriendo los brazos.

El aludido carraspeó.

—El Dominio Libre se ha reunido y los cuatro reinos han acordado que se celebre una reunión en la Cámara del Corazón de Durakdur. Desean que partamos hacia los Túneles del Viento lo antes posible.

—Fantástico —exclamó Arthur al tiempo que aplaudía—. Partiremos hacia los túneles antes de que termine el día.

Calen vio una mirada de disgusto en el rostro de Ihvon.

—Típico de los enanos. Tardan dos semanas en tomar una decisión y luego esperan que acudamos a su llamada.

El tono de Ihvon se desvaneció ante la mirada severa de Arthur.

—Si me lo permites, mi rey, hay algo más —dijo Oleg, inquieto en el asiento.

—Por favor —dijo Arthur, frotándose las manos.

—La invitación a la reunión solo se extiende al draleid, a Aeson Virandr y a Asius. —Oleg tuvo que estirar el cuello para mirar al gigante—. Y a ti, mi rey, por supuesto…

—Por supuesto que no —interrumpió Ihvon. Con la boca cubierta por la barba, fueron los ojos de Ihvon los que le hicieron saber a Calen que estaba frunciendo el ceño. Su rostro se suavizó bajo la mirada de Arthur—. No puedes ir allí sin un guardia, Arthur.

—Puedo ir donde me plazca, lord Arnell. Los enanos del Dominio Libre de Lodhar han sido buenos con nuestro pueblo, por si lo has olvidado. Además, no creo que un guardia pueda protegerme de nada contra lo que no puedan un draleid y un jotnar.

Ihvon gruñó en señal de desaprobación, pero no discutió. Cruzó los brazos y se recostó en el sofá de terciopelo rojo.

—¿Aeson, Asius?

—Podemos estar listos para partir dentro de una hora, majestad… Arthur.

—Me alegraría mucho, rey Arthur Bryne, hijo de Thuram Bryne.

Arthur casi saltó de su asiento con entusiasmo.

—Fantástico. Entonces está decidido. Oleg, informa al Gremio de Correvientos de que estaremos en los túneles en una hora y que necesitamos transporte a Durakdur.

—Así se hará, mi rey —dijo Oleg, para acto seguido dirigirse hacia la puerta.

—Aquellos que vayan a acompañarme, por favor, recoged cuanto podáis necesitar. Nos reuniremos en los Túneles del Viento dentro de una hora. Calen, enviaré a Conal para que te guíe.

El joven tuvo que contener un suspiro de alivio. Se habría sentido

ridículo pidiendo a Conal que lo acompañara, pero no tenía ni idea de dónde estaban los Túneles del Viento. Todavía necesitaba su ayuda para encontrar el camino desde sus aposentos hasta el patio. Sin embargo, el chico nunca se quejaba; parecía ansioso por acompañar a Calen siempre que se presentaba la oportunidad. Especialmente cuando Valerys iba con ellos. Una o dos veces, Conal se había equivocado de camino, demasiado ocupado haciendo preguntas y contemplando las relucientes escamas del dragón. Se sintió bastante decepcionado cuando descubrió que Valerys aún no podía escupir fuego.

—Gracias, majestad…, eh, Arthur.

El rey esbozó una sonrisa cuando Calen se corrigió.

—Bien. Id todos. Tenemos preparativos que hacer y solo una hora para ello.

Mientras el grupo se despedía, Calen vio a Asius de pie en el centro de la sala.

—Creo que tengo una promesa que cumplir, Asius, hijo de Thalm. Él te espera.

Una sonrisa se dibujó en los labios del jotnar. Posó su enorme mano sobre el hombro de Calen y asintió.

Asius parecía conocer la ciudad mucho mejor que Calen, lo cual era un alivio. Estaba seguro de que se habría perdido por completo de haber ido solo. No tardaron mucho en atravesar los laberínticos pasillos del Círculo Interior hasta llegar al patio, donde Valerys yacía dormido sobre el suave suelo de piedra, la cálida luz del sol brillando en las escamas; parecía que el vuelo anterior le había dejado exhausto.

—Es precioso —dijo Asius, arrodillándose junto a Valerys con un ligero temblor en la voz.

El gigante no se movió cuando Valerys abrió los párpados, revelando un par de ojos de color lavanda pálido.

—Asius, hijo de Thalm, te presento a Valerys.

Calen sintió un rugido de reconocimiento por parte de Valerys cuando el dragón alzó la cabeza y la llevó hacia la mano ahora

extendida de Asius. La pálida mano azul blanquecina de Asius se cernía sobre las escamas de Valerys, como si temiera que quemaran.

—¿Asius?

Una lágrima solitaria rodó por el rostro del gigante mientras acariciaba con la mano las escamas de la cabeza de Valerys. Calen sentía que se estaba entrometiendo en un momento muy personal y no sabía qué hacer. Asius volvió la cabeza hacia él y respiró hondo antes de hablar, dejando que la lágrima le rodara libremente por la mejilla.

—Llevamos cuatrocientos años esperando. Mi pueblo ha sido perseguido casi hasta la extinción. Senas y Larion son todo lo que me queda. No he visto a muchos otros de mi especie en todo este tiempo. Es más seguro para nosotros permanecer ocultos.

Volvió a pasar la mano por el cuello escamoso de Valerys y luego se incorporó todo lo alto que era, haciendo que Calen se sintiera como un niño. Suspirando profundamente, Asius extendió la mano y agarró el antebrazo del joven.

—Gracias, Calen Bryer, hijo de Vars Bryer. Y gracias, Valerys, hijo de Valacia. Por darme el regalo de la esperanza. Es un honor para mí estar una vez más al lado del draleid.

Fragmentos de cerámica salpicaron la habitación con un estruendo cuando Dahlen lanzó la olla contra la pared del fondo. Golpeó con fuerza el escritorio con ambos puños, dejando dos marcas poco profundas en la madera blanda.

Intentó calmar su respiración. Respiró profundamente, contuvo el aire y lo soltó despacio.

—¡Joder!

Barrió la mesa con la mano, tirando todo su contenido al suelo. Se quedó de pie en medio de la habitación, con el pecho agitado. Él y Erik habían dedicado cada momento de su vida a la causa de su padre. Lo habían dado todo. Y Calen simplemente se había

interpuesto en su camino y había tomado lo que debería haber sido suyo. Él debería estar al lado de su padre y acompañarlo a Durakdur. Había luchado por ese derecho. Había sangrado por él.

Se derrumbó sobre la cama. Apoyó los codos en las rodillas y se pasó las manos por el pelo.

CAPÍTULO 30
UN PEÓN EN EL JUEGO

Decir que a Dann no le hacía ninguna grada no poder ir con Calen a ver a los enanos era quedarse corto. Pero al menos lo entendía. Cierto que no se le había visto mucho en los últimos días, algo habitual cuando Dann se interesaba por una chica. Por otro lado, a Dann seguramente le habría ido mejor persiguiendo un ganso salvaje que a Alea o Lyrei. Las dos eran más que rivales para él y parecían disfrutar haciéndolo pasar por el aro, lo cual no era del todo desagradable para Calen.

Vaeril y los otros elfos eran otra historia.

—Draleid, juramos ir contigo dondequiera que fueras, incluso al vacío o más allá. No puedes pedirnos que incumplamos la palabra dada.

Vaeril solía ser una persona plácida. Él y Calen habían empezado a estrechar lazos, pero el joven se dio cuenta por el tono de voz del elfo de que tendría que medir bien sus palabras.

—Vaeril, no te pido que desobedezcas tu juramento. Dejaste tu hogar y me has seguido hasta Belduar. Incluso antes de eso, me salvaste la vida. Te pido que confíes en mí.

—La confianza hay que ganársela, draleid.

Ellisar era el elfo con el que Calen había pasado menos tiempo desde su llegada a Belduar. Pasaba mucho tiempo con Dahlen,

practicando en el patio. Eso le dejaba un mal sabor de boca inconsciente a Calen, pero lo que decía el elfo no era injusto.

—Asegúrate de que Aeson siga entrenando contigo mientras yo no esté allí —dijo Gaeleron. No era una pregunta.

—Draleid, debes entender que si te ocurriera algún daño mientras estás con los enanos y no estuviéramos allí para evitarlo, nos perseguiría la deshonra.

Alea solía tener los ojos brillantes y ser alegre. Pero en este caso, tenía el rostro tan impasible como el de Aeson.

Calen había cometido el error de pensar que estaban preocupados por él, pero resultó que lo único que les preocupaba era el daño a su honor. Eso le dolió.

—Debo irme. Los enanos no os han invitado y, por lo que he aprendido de las enseñanzas de Therin —el nombre provocó una mueca de desprecio en más de un rostro, pero ninguno dijo nada—, los enanos son extremadamente selectivos respecto a quiénes permiten entrar en sus tierras. No podéis venir. Me aseguraré de no morir para que vuestro honor permanezca intacto.

Calen vio un toque de dolor en algunos rostros mientras salía furioso de la habitación. Pero sabía que solo estaban dolidos porque sabían que los había puesto en evidencia.

Therin había intentado explicarle qué eran los Túneles del Viento, sin éxito. Lo único que recordaba era que los enanos los habían construido hacía mucho tiempo y que permitían viajar con rapidez entre los reinos del Dominio Libre de los Enanos y Belduar.

—Conal, ¿has utilizado alguna vez los Túneles del Viento?

La mirada de confusión en el rostro del chico le indicó a Calen que ya debía saber la respuesta, pero Conal fue muy educado.

—No, mi señor. Los he visto muchas veces, pero nunca los he usado. No hay mucha gente que viaje a los reinos enanos, mi señor, y los enanos nunca vienen aquí. Dicen que ayudaron a nuestros

antepasados a construir este lugar, pero nunca los he visto.

Calen aún no había conseguido que el chico dejara de llamarlo «señor». Lo había intentado, pero Conal insistía, lo que le resultaba incómodo. La mayoría de la gente no se daba cuenta. Dann solía reírse: «¡Oh, mi señor! ¿Te traigo un poco de té, mi señor?».

—Aquí estamos, mi señor. Los Túneles del Viento.

—Gracias, Conal.

Calen enmudeció. Ante él se extendía un enorme patio que parecía haber sido excavado en la montaña. El cielorraso formaba parte del propio monte y se elevaba unas sesenta varas por encima del liso suelo de losas. Seis pasillos, enmarcados por edificios a ambos lados, atravesaban la ciudad principal de Belduar y servían de entrada a los Túneles del Viento. Calen había salido al patio a través de uno de esos pasillos.

En el lado opuesto había cinco círculos, enormes y perfectos, excavados en la pared rocosa. Cada uno medía al menos doce varas de diámetro y tenía delante un rellano de piedra con una escalera a un lado. Incluso desde donde se encontraba, Calen podía ver que cada entrada circular estaba conectada con túneles que se adentraban en las profundidades de la montaña.

Los demás ya lo estaban esperando en el rellano frente al primer túnel. Therin e Ihvon también se encontraban allí, junto con un puñado de miembros de la Guardia Real, con las armaduras bruñidas y las pesadas capas púrpuras.

—Vamos, Valerys. Nos están esperando —dijo Calen mientras se dirigía al rellano.

El dragón, que iba junto a él, alzó la cabeza y la inclinó ligeramente hacia un lado. Era como si estuviera aguzando el oído, como si oyera algo que Calen no podía oír. Cuando este prestó atención, percibió un silbido grave, como cuando se llevaba a la oreja las conchas que encontraba en la costa de Molinar. Era relajante. En cierto modo lo hacía sentir como en casa.

Llegó a lo alto de las escaleras y salió al rellano. En la entrada del túnel había una especie de máquina con tres enormes anillos

concéntricos dorados encajados uno dentro del otro. El más externo presionaba contra la pared del túnel, con una serie de enormes rodamientos de bolas incrustados a lo largo de su borde exterior. En el centro de los anillos había una plataforma circular hecha del mismo metal dorado, enmarcada con paredes metálicas bajas. La plataforma tenía un espacio abierto en el centro, mientras que en la parte exterior había asientos fijados a la base.

Calen podría haber pasado años contemplándola sin llegar a comprender lo que tenía delante. Nunca había visto nada parecido en su vida.

—Magnífico, ¿verdad? —Arthur parecía deslizarse por la piedra hacia Calen, tal era la lánguida confianza con la que se movía—. Los enanos los llaman correvientos. Son capaces de todo tipo de maravillas mecánicas, Calen, pero esto… No hay nada igual en ningún otro lugar del mundo conocido. Estoy emocionado por ver qué te parece el viaje.

Calen sintió un nudo en el estómago. La idea de estar dentro de esa cosa mientras se movía le hacía temblar las rodillas.

Arthur debió notar el cambio en su expresión. Una risa se coló en su voz.

—Vamos, partiremos en breve. Te presentaré al navegante. —Le dio una palmada en la espalda a Calen, dirigiéndolo hacia el resto del grupo—. Calen Bryer, te presento a Falmin Tain, navegante del Cresta de la Ola y miembro del Gremio de Correvientos.

El navegante era un hombre fibroso de pelo negro peinado hacia atrás. Llevaba una sencilla camisa de algodón con las mangas remangadas por encima de los codos y unos gruesos pantalones de algodón metidos dentro de unas robustas botas de cuero. Usaba unas extrañas gafas atadas a la parte superior de la cabeza; eran de cristal oscuro, casi negro, y brillaban con múltiples colores cuando les daba la luz. Se veía una lámina de cobre fundida en la montura, cubierta en los extremos con cuero acolchado. Se sujetaban a la cabeza con una correa de cuero y tenían una hebilla para ajustarlas. Eran realmente extrañas.

—Es un placer conocerte, maese Bryer —dijo Falmin, estrechando la mano de Calen—. Y a ti también… —Añadió, volviendo su atención hacia Valerys, que le mostró los dientes en un gruñido—. Mientras no me arranques el brazo, serás el primer dragón que monte un correvientos. Menos mal que aún no has crecido del todo. ¡No los hicieron pensando en los dragones!

Había en él una especie de arrogancia entrañable que Calen no podía evitar admirar.

—Si me disculpáis, voy a asegurarme de que esta señorita esté lista para partir.

Sin esperar respuesta se dirigió hacia un puente de cuerda que conectaba el aterrizaje con la plataforma del Cresta de la Ola.

—¿Todo listo? —preguntó Therin. Calen asintió sin decir nada—. Bien. Entonces, ¿a Dann no le importó que lo dejaran solo?

Therin esbozó una sonrisa irónica que daba a entender que ya sabía la respuesta. Calen suspiró.

—No, lo entendió. Los elfos, sin embargo…, no están particularmente contentos conmigo.

Therin nunca mostraba el mismo desprecio hacia los elfos de Aravell que ellos mostraban hacia él. Al contrario, había una punzada de pesar en su voz cada vez que hablaba de ellos.

—Han hecho un juramento de protección, Calen. Sé que aún no hemos hablado mucho sobre la cultura élfica, pero el honor… el honor lo es todo para un elfo. Sin él, no tenemos confianza. ¿Cómo puedes confiar en alguien sin honor? Eso les dice a los demás quién eres.

Calen no pudo evitar que un hilo de indignación se colara en sus palabras.

—Claro que lo entiendo, no hablaban más que de su honor. ¿Qué sentido tiene jurar protegerme si ni siquiera me escuchan?

Calen creyó ver decepción en los ojos de Therin. El elfo suspiró y posó la mano sobre el hombro del joven.

—Juraron protegerte, no obedecerte. Y no solo eso, sino que se ofrecieron voluntariamente a prestar ese juramento. Eligieron

abandonar su hogar y todo lo que conocían en Aravell para seguirte. Han demostrado su honor. Ahora tú debes demostrarles el tuyo.

Calen se encontró buscando algo en el suelo en lo que fijar la mirada. Se sentía como un idiota.

—Ven —dijo Therin—. El día que dejemos de aprender será el día en que nos consumirá lo que no sabemos. No pierdas el tiempo. Solo he viajado una vez en un correvientos. Es toda una experiencia.

Therin le dio un pequeño empujón a Calen, dirigiéndolo hacia el puente de cuerda donde Oleg lo esperaba. Los demás ya habían cruzado hacia la plataforma del Cresta de la Ola.

—Los enanos son tercos —afirmó Therin—. Son orgullosos y pueden ser muy mordaces, pero siempre han sido leales a los draleid y a la Orden. Te pondrán a prueba, pero recuerda que no solo tienes que demostrarles tu valía. Ellos también tienen que demostrarte la suya. Ahora eres un draleid. No lo olvides.

Calen se permitió una breve sonrisa.

«Soy un draleid».

No pudo evitar mirar a Valerys, que esperaba inquieto a su lado.

Sentía la impaciencia del dragón arañándole por dentro. Era su propia impaciencia. Incluso cuando estaban separados, Calen sentía al dragón. Su ira, su hambre. Todo. Cada día, el vínculo entre ellos se hacía más fuerte; cada vez le resultaba más difícil separar sus propias emociones de las de Valerys.

—Nos vemos cuando vuelva, Therin. Gracias.

El elfo se limitó a asentir y abandonar el rellano.

—Maese Bryer, si estás listo, partiremos enseguida. —Oleg estaba de pie al borde del rellano, junto al puente de cuerda, con una sonrisa peculiar en el rostro.

—Sí, por supuesto. Lo siento.

Pasó junto a Oleg y se subió al puente de cuerda. Contuvo un grito y se agarró a las cuerdas temiendo por su vida cuando el puente se balanceó inesperadamente bajo su peso. Levantó la cabeza bruscamente al sentir un rugido burlón de Valerys, que se deslizó por encima de él y luego se abalanzó sobre la plataforma del

Cresta de la Ola. Calen aceleró el paso para no pasar más tiempo del necesario en el puente.

—¿Son capaces de construir una máquina como esta, pero no pueden construir un puente en condiciones?

Detuvo su diatriba al ver que todos los que estaban en la plataforma lo miraban. Arthur sonreía con aire burlón, mientras que Falmin se reía abiertamente.

—Muy cierto, maese Bryer —dijo el navegante entre risas—. Siempre lo digo. A menudo nos olvidamos de los pequeños detalles, así es.

Calen no estaba seguro de si se estaba burlando de él. No lo creía, pero era difícil saberlo. Su tono parecía tener siempre un trasfondo de sarcasmo.

—Si te sirve de consuelo —dijo Oleg jadeando, mientras se secaba el sudor de la frente al saltar a la plataforma—, viajo más en estas cosas que en caballos, y siempre me aterra. Tanto los correvientos como los puentes.

El vientre del emisario se hinchó un poco más mientras dejaba escapar un suspiro de alivio y se dejaba caer en uno de los asientos que estaban fijados a la plataforma.

—Veo que Valerys ha encontrado sus alas —dijo Aeson, mientras Calen se sentaba a su lado—. Es algo hermoso, ver volar a un dragón.

Calen se volvió para mirar a Valerys, que se acercaba a él con paso sigiloso, haciendo clic con las garras sobre la plataforma metálica.

—Fue… increíble. No…

—Está bien, está bien —dijo Falmin. Se colocó frente a la plataforma circular, balanceándose sobre una barra transversal que descendía desde el primer anillo interior—. Si todos habéis tomado asiento, aseguraos de abrocharos bien el cinturón y disfrutaremos de un buen viaje. Si necesitáis vomitar, por favor, apuntad hacia abajo. —Falmin hizo una pausa y dirigió su atención a Asius, que no cabía en ninguno de los asientos—. Quizás tengas que agarrarte a algo…

La amplia sonrisa del navegante no era muy reconfortante, pero no pareció molestar a Asius, que se limitó a asentir y se agarró a una de las barandillas cercanas. Los ojos de Falmin se posaron en Valerys, que estaba acurrucado en el suelo junto a los pies de Calen. Se llevó el puño a los labios tensos.

—Eso… Sí… No estoy seguro de qué puedes hacer con él. ¿Tiene correa? —Valerys levantó la cabeza y mostró los dientes mientras soltaba un ligero gruñido. Un profundo rugido resonó en su pecho—. Muy bien. Sin correa. Entendido. Quizás baste con sujetarlo.

Calen oyó a Arthur reírse cuando Valerys volvió a bajar la cabeza al suelo, y no pudo evitar unirse a él.

Falmin se colocó las extrañas gafas sobre los ojos. La lámina de cobre a los lados de las lentes se ajustaba perfectamente a sus mejillas y nariz. Exhaló, estirando el cuello de lado a lado, y se volvió hacia la parte interior del túnel. Calen sintió el cosquilleo en el fondo de la mente que había llegado a reconocer como la señal de que alguien cercano a él estaba extrayendo la Chispa. Se irguió, la mirada fija en Falmin.

Este alzó las manos lentamente, con las palmas hacia arriba. Calen casi podía verlo. Los hilos del Aire se entrelazaban, moviéndose en cientos de direcciones, envolviendo la máquina en una esfera de viento. Un chirrido metálico sacudió la plataforma cuando los anillos comenzaron a girar. El Cresta de la Ola empezó a moverse mientras los anillos giraban alrededor de la plataforma en direcciones alternas, cada vez más rápido, hasta que empezaron a verse borrosos. Solo el anillo interior parecía permanecer inmóvil. Calen sintió que la plataforma temblaba, vibrando ferozmente.

De pronto se pusieron en marcha, cruzando el túnel a velocidades que Calen ni siquiera sabía que eran posibles. Las paredes del túnel no cambiaban, por lo que era difícil calcular la velocidad. Los anillos giratorios provocaban una neblina casi constante, difuminando todo lo que había fuera de la plataforma. Pero cuando Calen volvió la vista atrás, vio la tenue luz de la boca del túnel, que se reducía a una velocidad asombrosa, hasta que no

fue más que una mota.

Se volvió hacia Aeson, sentado a su lado, con la hebilla del cinturón bien ajustada sobre el pecho. Algo le parecía extraño, pero no conseguía averiguar qué era.

Aeson se volvió y vio que Calen lo miraba con los ojos entrecerrados. Alzó una ceja.

—¿Qué haces?

—Hay algo… —murmuró Calen—. Algo… ¡Tu pelo!

Aeson frunció el ceño.

—¿Qué pasa con mi pelo?

—¡No se mueve! Incluso cuando montas a caballo, el viento te agita el pelo, pero ahora ni siquiera se mueve. ¿Qué está… haciendo?

Aeson siguió la mirada de Calen hasta Falmin, que estaba de pie al frente de la plataforma, con las rodillas ligeramente flexionadas y los brazos abiertos. El joven sintió una punzada de irritación al notar la sonrisa burlona en el rostro de Aeson. Su rostro solía ser tan impasible que una sonrisa burlona parecía aún más sarcástica de lo que lo sería en otro hombre.

—Sigue los hilos, Calen —dijo Aeson—. Léelos. Aprende.

Calen se concentró en Falmin. Aunque alguien que extraía energía de la Chispa no necesitaba usar su cuerpo para dirigir los hilos, era casi como un reflejo. La mano izquierda de Falmin giraba hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia arriba y hacia abajo. Dirigía el Cresta de la Ola a través de los túneles.

La derecha, sin embargo, permanecía constante. Se movía repetidamente alrededor del mismo espacio, los dedos contrayéndose y expandiéndose. Como si estuviera alisando la superficie de una bola.

—Está bloqueando el viento —murmuró Calen.

Su mirada se desplazó del navegante a los hilos del Aire, que giraban alrededor de la plataforma en sincronía con los anillos giratorios.

—Exactamente —dijo Aeson. Su sonrisa era casi orgullosa—.

Estás aprendiendo rápido.

Calen no pudo evitar sonreír. No sabía muy bien por qué, pero un cumplido de Aeson tenía el doble de valor que el de la mayoría de los demás.

Sin previo aviso, todo cambió. Calen se agarró al armazón de su asiento, inseguro. Se sentía ingrávido. Entonces miró hacia fuera, más allá de los anillos borrosos. Habían salido del túnel cerrado y ahora se precipitaban a través de una caverna abierta. El corazón se le cayó al estómago. Sus latidos le provocaban náuseas. La caverna se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista de Calen y más allá. Ni siquiera necesitaba mirar hacia abajo. Sabía que no vería el fondo. Solo fueron unos segundos, pero le parecieron una eternidad. Un fuerte golpe sacudió la plataforma cuando entraron en un nuevo túnel al otro lado de la caverna. Calen cerró los ojos durante un minuto, haciendo todo lo posible por ralentizar su respiración.

«Vamos a morir aquí abajo».

Justo cuando se calmó lo suficiente para poder volver a abrir los ojos, algo golpeó su hombro, haciéndolo chocar contra el respaldo de su asiento.

—Joder… —murmuró.

Extendió el brazo hacia atrás, inclinándose un poco hacia delante cuando su pulgar rozó un punto sensible justo bajo el omóplato.

—¡Lo siento! —gritó Falmin sin mirar atrás.

Calen comprendió entonces por qué llevaba aquellas gafas tan extrañas. Si una ráfaga de viento como esa atravesaba la barrera, no podría ver nada. La idea de chocar contra algo a esa velocidad le provocó un nudo en el estómago.

Por fin sintió que reducían la velocidad. Una pequeña mota de luz en la distancia se hacía más grande por segundos.

—No te pongas nervioso —susurró Aeson.

Calen frunció el ceño.

—No estoy nervioso —mintió.

Aeson asintió con la misma sonrisa burlona en el rostro.

Hubo una breve sacudida cuando el Cresta de la Ola se detuvo justo antes de la entrada de la cueva. Falmin dio media vuelta, se quitó las gafas y se las colocó sobre la cabeza. Su rostro seguía mostrando arrogancia, con una leve sonrisa que le torcía la comisura de los labios.

—Bueno, dejando de lado un poco de viento… —Hizo una pausa, como si esperara una ronda de aplausos por su broma. Una mirada de decepción cruzó su rostro cuando no recibió ninguno—. Aquí estamos, sanos y salvos. Durakdur. Si me dais un momento, extenderé el puente y podréis seguir vuestro camino.

El navegante pasó junto al grupo y se dirigió al borde de la plataforma. Recurriendo a los hilos del Aire, lanzó el puente de cuerda arrugado hacia otro rellano de piedra que esperaba para recibir a los pasajeros del barco.

Calen sintió una mano en el hombro.

—Bueno, muchacho, ojalá pudiera ver esto a través de tus ojos. Recuerdo la primera vez que vi este lugar. Tardé unos cinco minutos en poder volver a hablar.

Arthur sonrió y luego siguió adelante, cruzando el puente. Sus hombros se balanceaban mientras caminaba. A regañadientes, Calen lo siguió. No le apetecía volver a cruzar ese puente.

—Lo que dije lo dije en serio, maese Bryer.

Calen no se había dado cuenta de que Falmin se había acercado a él al pie del puente. Parecía serio, al menos en comparación con la sonrisa que solía lucir.

—Ha sido un placer tenerte a bordo, tanto a ti como a tu dragón. Te deseo mucha suerte, al igual que el gremio. Si alguna vez nos necesitas, estamos a tu servicio.

El navegante hizo una breve reverencia, pero fue suficiente para transmitir sinceridad. Era una formalidad que Calen no esperaba de un hombre tan extravagante.

—Gracias, Falmin. Tu… ¿nave? Es una increíble hazaña de ingeniería…, al igual que tu destreza con el aire. Ha sido un placer.

Había un toque de reconocimiento en la sonrisa del hombre.

—El placer es mutuo.

Calen extendió el brazo y agarró con los dedos el antebrazo de Falmin, quien correspondió al gesto y luego se alejó caminando por la plataforma, inspeccionando cada palmo cuadrado del Cresta de la Ola. Calen no pudo evitar mirarlo con curiosidad. Falmin sacudió una conexión de latón y puso cara de sorpresa cuando se soltó. La volvió a colocar en su sitio, frunció los labios, se encogió de hombros con satisfacción y siguió caminando.

Calen se volvió hacia el puente, esforzándose por parecer digno mientras cruzaba corriendo las tablas de madera.

—Puñetero puente —murmuró para sí mismo, cuando casi resbala al pisar la última tabla. Sintió una sensación de alivio cuando su pie tocó la sólida piedra de la entrada del túnel.

Cuando miró hacia arriba, era exactamente como Arthur había dicho que sería. Le dejó sin palabras.

La plataforma sobre la que se encontraba sobresalía del lado de la pared de la montaña, con vistas a la impresionante ciudad de Durakdur. Parecía como si la montaña hubiera sido excavada y se hubiera construido una ciudad en el hueco. Por dondequiera que Calen miraba, pasarelas y puentes de piedra se entrelazaban a través de la ciudad, conectando innumerables patios y plataformas rocosas. Apenas quedaba una pizca de pared sin tocar. Las pasarelas se extendían por todas partes, con puertas y túneles a lo largo de ellas que conducían a las profundidades de la montaña.

Por todas partes había fanales que emitían un tono azul verdoso. Estaban suspendidos de cadenas, montados en las paredes y colocados en las puertas. Nunca había visto una luz de ese color. Tenía una especie de belleza etérea. Justo enfrente de la plataforma, al otro lado de la cavernosa ciudad, una monstruosa cascada caía hacia los niveles inferiores.

El sonido grave y sonoro de los cuernos le llenó los oídos. Estaba tan embelesado por la belleza de la extensa ciudad que no se había fijado en el lugar en el que se encontraba.

Justo bajo la plataforma había un enorme rellano de piedra,

conectado a la plataforma por una doble escalera adornada con estatuas de enanos con armaduras pesadas y afiladas, que empuñaban hachas, lanzas y espadas. El rellano estaba abarrotado. Dos columnas de soldados con armadura se encontraban a ambos lados de un pequeño grupo que esperaba al pie de la escalera.

Eran más bajos que el humano medio de Eferia, pero no tanto como Calen había oído en las leyendas. El más alto medía alrededor de metro y medio. Sin embargo, sus rostros eran tan rudos y variados como decían las historias. Algunos tenían narices gruesas y aplastadas, mientras que las de otros eran afiladas y delgadas. Algunos tenían la piel tan pálida como la nieve del invierno, y otros parecían carbonizados y cenicientos.

Todos tenían barba, tan variada como sus rostros. Cortas y rojas, cuidadas con meticulosidad o en cientos de tonos diferentes, desde rubio y castaño hasta el negro más oscuro; algunas trenzadas, otras atadas en intrincados diseños; las había que llegaban hasta las rodillas y otras no pasaban del pecho. Todos, incluso las mujeres, llevaban anillos de bronce, plata y oro cuidadosamente engarzados en el cabello.

Los soldados a ambos lados de la escalera llevaban gruesas placas de armadura sobre capas de brillante cota de malla. Sus cascos eran cuadrados y de corte afilado, dejando espacio sobre los ojos, con un puente de metal que les protegía la nariz. Todos portaban una feroz hacha de doble hoja colgada al hombro.

Al frente de las columnas, largos cuernos de latón sustituían las hachas. Cuatro conjuntos distintos de estandartes colgaban de los cuernos y Calen pudo reconocerlos gracias a las enseñanzas de Therin. El carmesí y dorado con un martillo de intrincado diseño y cuatro estrellas dispuestas en semicírculo sobre él era el emblema de Durakdur. El pendón bandera verde y plateado con un yunque rodeado de flores pertenecía a Azmar. La bandera con hachas cruzadas de color negro sobre fondo blanco era la de Ozryn y la amarilla y negra con un casco con cuernos en primer plano identificaba a Volkur.

Cuatro enanos se encontraban al pie de la escalera: tres mujeres y un hombre. Al contrario que los soldados, no llevaban armaduras ni cotas de malla. Los cuatro vestían una extraña mezcla de cuero y seda. Llevaban hombreras acolchadas y una coraza de cuero que les cubría el pecho y descendía hasta una prenda de seda similar a una falda. Las cuatro cabezas estaban adornadas con intrincadas coronas del oro más fino.

La mujer que iba al frente del grupo dio un paso adelante. Tenía el pelo rubio suelto, con mechones plateados y dorados entremezclados. Era hermosa. Irradiaba confianza y tenía una mirada feroz.

—Bienvenidos —dijo— al Dominio Libre de los Enanos. Soy la reina Kira de Durakdur.

La dulzura de su voz sorprendió a Calen. Se inclinó ligeramente por la cadera, aunque no lo suficiente para que pareciera un gesto de respeto. Era más bien una formalidad.

—Sois bienvenidos. Soy el rey Hoffnar de Volkur.

Llevaba el pelo oscuro corto, lo suficiente para que le cayera sobre la frente. Su rostro era anguloso y no tenía cortes ni imperfecciones, pero se movía como un soldado. De no haber sido por la sonrisa amistosa que esbozaba, Calen quizá habría echado mano de la espada.

—Soy la reina Elenya del reino enano de Ozryn. Vuestras espadas son bienvenidas bajo nuestro techo.

Elenya era una guerrera. De no haberla delatado sus palabras, lo habría hecho el detalle de ser la única de los cuatro que llevaba un arma: un hacha corta atada al cinturón. Su cabello era como un fuego rugiente, salvaje e indómito. Caía en cascada sobre sus hombros y su espalda, y le llegaba casi hasta los codos. La dureza de su rostro inquietaba a Calen.

La última de los cuatro era Pulroan, reina de Azmar. Su cabello rubio estaba recogido en trenzas detrás de la cabeza. Era una mujer robusta. Las arrugas de su piel y las canas de su cabello la delataban claramente como la mayor de los cuatro.

—Gracias por vuestra amable bienvenida —dijo Arthur, inclinándose por la cadera—. Como sabéis, hoy traigo conmigo a unos invitados muy estimados. A dos de ellos ya los conocéis. El tercero nunca ha pisado estos salones. Os presento a Calen Bryer, el primer draleid libre de la influencia loria desde la caída de la Orden y el primer draleid nuevo en cuatrocientos años.

Arthur lo invitó a pasar. Calen no sabía qué hacer. Ojalá se le hubiera dado mejor escuchar. Probablemente Therin le había dicho mil veces qué debía esperar y cómo comportarse. Había tanto que asimilar, tantas costumbres y tradiciones. Era como si cada nueva información lo obligara a borrar otra de su mente para hacerle sitio. Todos lo miraban expectantes. Intentó recordar el saludo que Therin le había enseñado. Estaba en algún lugar de su cabeza.

—Majestades, gracias por acogernos en vuestros salones. De parte de Valerys y mía, que vuestros fuegos nunca se apaguen y vuestras espadas nunca se emboten.

Se trabó al hablar, pero estaba seguro de que lo había dicho bien. Valerys lo imitó con un rugido. Extendió las alas al máximo.

Los cuatro, excepto Kira, que tenía una expresión de impaciencia en el rostro, le devolvieron una cálida sonrisa.

—Que tu fuego nunca se apague y tu espada nunca se embote —respondieron al unísono, aunque las palabras de Kira carecían del entusiasmo de las demás.

Calen vio una mirada de satisfacción en el rostro de Aeson, que se reflejaba en el de Arthur.

—Por favor —dijo Hoffnar, mirando de reojo a Kira—, dejad que os acompañemos al Corazón. Tenemos mucho que discutir. ¿Habéis comido? Podemos encargarnos de que preparen algo de comida.

—La comida sería…

Oleg apretó los labios tras recibir una mirada fulminante de Arthur.

El rey rara vez reprendía a quienes le servían, pero Calen estaba empezando darse cuenta de la dureza oculta bajo sus amables modales. Aunque Oleg era el emisario enano, ahora se encontraba

en compañía de reyes y reinas. Era su turno de callar.

—No pasa nada, Hoffnar —dijo Arthur—. Salimos hacia los Túneles del Viento tan pronto como recibimos tu mensaje. Puede que nos rujan un poco las tripas, pero podemos esperar a la cena. Como todos sabemos, desde que nuestros compañeros regresaron de su viaje, el Imperio ha establecido un bloqueo a unos tres días de marcha de Belduar. Dado que aún no se conocen sus intenciones y que ha aparecido un draleid, estoy seguro de que comprenderéis la necesidad de actuar con rapidez.

—En efecto —respondió Hoffnar.

La ruta a través de la ciudad serpenteaba desde la pasarela hasta el puente y atravesaba numerosas plazas abiertas. La mayoría estaban completamente despejadas de antemano —soldados acorazados esperaban firmes en cada una de ellas—, pero Calen podía ver multitudes de enanos alineados en las pasarelas superiores, contemplando la procesión que se abría paso a través de la ciudad.

Un fuerte silbido atrajo su atención de hacia arriba. Un correvientos salió disparado de la boca de un túnel situado sobre su cabeza, se elevó por el cielo y voló perfectamente hacia la boca abierta de otro túnel. Aquellas máquinas eran realmente increíbles.

Recordó que Therin había dicho que, pese a lo mucho que lo habían intentado, ningún mago era capaz de volar. Nadie sabía muy bien por qué, pero así era. A Calen le parecía que los enanos se habían acercado lo más posible a ese objetivo.

La procesión se detuvo ante unas enormes puertas de madera. Podrían haber sido gemelas de las que marcaban la entrada de la fortaleza de Belduar, salvo por las intrincadas tallas incrustadas en la madera. Uno de los soldados se apartó de la columna y se dirigió hacia ellas a grandes zancadas.

—¡Abrid las puertas! —gritó—. La reina Kira ha regresado.

Sin esperar respuesta, volvió a su columna. Un chirrido seco resonó en el aire cuando las dos hojas se abrieron lentamente, luchando contra su propio peso, y les mostraron un patio casi

idéntico al Círculo Interior de Belduar, excepto que este estaba rodeado de edificios, cada uno tallado en losas de piedra lisa, con bordes dorados.

La entrada al patio estaba enmarcada por una columnata de pedestales rematados por aquellos extraños fanales. Solo entonces Calen se dio cuenta de que los fanales que rodeaban la ciudad no contenían velas, sino flores. En su interior había racimos de pequeñas flores, cuyos pétalos brillaban con una luz azul verdosa muy viva.

—El barrio de Heraya —dijo la reina de Azmar, Pulroan, mientras se situaba junto a Calen, con una cálida sonrisa en el rostro cansado —. El regalo de los dioses: luz en los lugares más oscuros. La luz natural apenas llega al corazón de las montañas y, aunque los Túneles del Viento proporcionan ventilación, debemos reservar las llamas abiertas para las cocinas y las forjas.

—Toda la ciudad está iluminada por…

—Sí, muchacho, por las flores. Me gusta mucho la idea.

Antes de que Calen pudiera responder, Pulroan siguió caminando y se unió a los demás gobernantes enanos al frente del grupo.

En el centro del patio había una fuente con la estatua de una mujer con una larga túnica fluida y una diadema en la cabeza. Sostenía una pequeña jarra de la que manaba agua.

Calen reconoció la estatua de Heraya, la Madre, con las aguas de la vida fluyendo de su jarra.

Kira se volvió hacia la procesión.

—El Corazón de Durakdur.

Era una ciudad en sí misma. Al otro lado de la plaza, un armero martilleaba una pieza de armadura. El resplandor naranja de la forja tras él contrastaba extrañamente con el resplandor azul verdoso de los fanales. Junto al armero había una frutera. Los colores y las formas de sus frutas hacían palidecer incluso el festín de Arthur. Brillaban en vivos tonos naranjas y azules oceánicos, y una de las frutas alargadas era incluso morada. Los sirvientes y los funcionarios se desplazaban a buen paso, vestidos con libreas carmesí y doradas;

acarreaban sedas, pergaminos, joyas y una amplia variedad de otras baratijas.

—Capitán —dijo Kira, dirigiéndose al enano con armadura que había ordenado abrir las puertas—, por favor, dispersa a la Guardia. Que tu fuego nunca se apague y tu espada nunca se embote.

—Como ordenes, mi reina —respondió el soldado, imitando el saludo.

El sonido de tantas armaduras pesadas moviéndose al unísono llenó la sala hasta que se alejaron lo suficiente para que solo quedara un leve murmullo de fondo.

—Por favor, sigamos. La sala del Consejo está por aquí.

Kira guio al grupo a través de las numerosas calles y plazas del Corazón. Se detuvo al pasar junto a sirvientes con librea; no dejaba de dar instrucciones por dondequiera que iba. A Calen le pareció que era la líder no oficial del Consejo, o al menos eso creía ella.

A diferencia de Arthur, se comportaba como Calen esperaba de un monarca. Echaba los hombros hacia atrás y alzaba la barbilla un poco más que los otros. A pesar de su baja estatura, conseguía dar pasos largos y decididos.

Mientras atravesaban aquella ciudad dentro de la ciudad, Calen se dio cuenta de que no solo había enanos residiendo en Durakdur, sino también elfos y humanos. No muchos, pero suficientes como para que se notara. Era algo que Therin no había mencionado.

—Magos —respondió Aeson cuando Calen le preguntó quiénes eran aquellos humanos y elfos—. Los enanos valoran la magia por encima de casi todo lo demás; mucho más que otras culturas. No pueden tocar la Chispa por sí mismos, por razones desconocidas incluso para los eruditos más voraces. Hay muchas teorías, leyendas sobre la negativa de Hafaesir a vincular sus creaciones a la Chispa, pero la verdad nunca se sabrá. A pesar de ello, siempre han abrazado la magia con entusiasmo. Supongo que es su forma de ser. Ven el valor de las cosas, grandes y pequeñas. Los magos son muy apreciados aquí, en el Dominio Libre, y en las ciudades enanas más allá. Es aquí donde acuden muchos jóvenes magos cuando son

rechazados por el mundo o huyen del Imperio. Si tienen suerte.

Quizás fuese porque, hasta hacía unas semanas, Therin era el único elfo que Calen había conocido —en realidad, el único no humano que Calen había conocido—, pero ver tantas razas diferentes en un solo lugar le resultaba extraño. Estaba tan absorto en lo que sucedía a su alrededor que apenas se había dado cuenta de que todos los que se cruzaban con ellos en la calle los miraban fijamente. No de la forma en que uno esperaría que la gente se detuviera a observar a una delegación extranjera o a admirar a su reina, sino que los miraban boquiabiertos y con los ojos desorbitados. Un chillido, cada vez más parecido a un gruñido profundo, le recordó a Calen qué era lo que estaban mirando boquiabiertos. Incluso allí, a leguas de distancia dentro de una ciudad montañosa, rodeado de enanos, elfos, magos y un gigante particularmente corpulento, Valerys destacaba. Habían visto gigantes antes. Al menos, habían visto a Asius. La magia formaba parte de su día a día. Todo aquello que intimidaba a Calen era normal para ellos. Sin embargo, nunca habían visto un dragón. Calen tuvo que ocultar una sonrisa cuando Valerys gritó bruscamente a un enano cuyos ojos se habían detenido un poco más de lo debido.

No tardaron mucho en encontrarse frente a un gran edificio de piedra de techo abovedado encajado en una amplia pared rocosa. El edificio, tallado en lisa piedra gris, tenía más de quince varas de altura y casi sesenta de ancho. Dos puertas cuadradas gigantes, que parecían fundidas en oro macizo, se alzaban en la parte delantera. A media altura, a ambos lados de las puertas, se veían multitud de nichos. Cada uno albergaba estatuas bellamente talladas de hombres y mujeres enanos con el mismo vestido que los gobernantes que estaban junto a Calen.

—La Cámara del Consejo —anunció Kira con naturalidad mientras entraban en el enorme edificio y se dirigían a una gran sala circular.

En el centro se encontraba un estrado semicircular elevado con cuatro tronos. Tras cada uno de ellos colgaba un enorme estandarte con los colores y los escudos de los cuatro reinos del Dominio Libre

de los Enanos.

Seis nichos espaciados uniformemente se alineaban en la pared detrás del estrado, formando otro semicírculo. En cada uno había una estatua de al menos tres varas de altura, le parecía a Calen. Las reconoció todas de inmediato. Eran estatuas de los dioses.

Su ubicación era interesante. En todas las representaciones de los dioses que Calen conocía, Varyn y Heraya, el Padre y la Madre, siempre estaban uno al lado del otro. Pero aquí, eran Heraya y Hafaesir, el Herrero, los que estaban uno al lado del otro, colocados en las hornacinas directamente detrás del estrado. Achyron y Elyara, el Guerrero y la Doncella, estaban a ambos lados de ellos. Varyn y Neron, el Marinero, estaban colocados en nichos al final.

Calen no podía evitar pensar que la sala estaba diseñada para intimidar a cualquiera al que el Consejo hubiera concedido una audiencia. Por mucho que intentara luchar contra ello, estaba funcionando. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que estaba fuera de su elemento. En los últimos días, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que no era más que una ficha que pasaba de un gobernante poderoso a otro.

Todos lo veían así, o eso creía. Arthur, a pesar de su aparente amabilidad, solamente quería que lo ayudara a convencer a los enanos para que acudieran en ayuda de Belduar si el Imperio atacaba. A pesar de lo que había dicho Therin, los elfos solo lo estaban utilizando para aumentar su honor. Aeson lo había manipulado desde el principio, dirigiéndolo hacia Belduar en todo momento. Calen no sabía qué querían los enanos de él, pero seguro que querían algo. Los únicos que nunca le habían pedido nada eran Dann, Erik y Rist. Había permitido que se llevaran a uno de ellos, y había dejado a los otros dos en Belduar.

—Henos aquí —dijo Elenya, con su ardiente cabello ondulando bajo la extraña luz de las linternas que colgaban en la sala—. Arthur, rey de Belduar. Has venido aquí para pedirnos algo. Por favor, ¿qué es lo que necesitas?

Arthur se adelantó del grupo, sin perder ni un ápice de

bravuconería. De alguna manera, incluso estando debajo del estrado elevado, con los cuatro gobernantes enanos mirándolo desde arriba, parecía tener el control.

—Como todos sabéis, el Imperio lorio ha establecido un bloqueo a menos de tres días de marcha de Belduar. Esto no había ocurrido en más de cincuenta años, e incluso entonces, la fuerza era una cuarta parte del tamaño del bloqueo actual. Mis exploradores informan de que en las últimas semanas sus filas se han engrosado con reclutas locales de Illyanara y ahora cuentan con más de veinte mil efectivos, entre los que hay muchos magos. Creo que planean sitiar la ciudad.

Pulroan y Hoffnar contuvieron el aliento. Ni Kira ni Elenya dejaron que ninguna reacción se reflejara en sus rostros.

—Todo lo que pido —continuó Arthur— es que, si mis temores se confirman, los enanos del Dominio Libre ayuden en la defensa de Belduar.

—¿Es eso todo lo que pides? —comentó Kira en tono abiertamente burlón—. Sabes tan bien como cualquiera, Arthur, que ningún enano del Dominio Libre ha abandonado el refugio de estas montañas desde la caída de la Orden. Han pasado casi cuatrocientos años. ¿Por qué crees que es así?

—Tengo mis ideas —murmuró Aeson.

Kira no esperó la respuesta de Arthur.

—Es para que el Imperio no nos persiga y extermine a nuestra raza en estas tierras, como hicieron con los jotnar.

Por primera vez desde que se conocieron, Calen vio ira en los ojos de Asius. Kira también lo percibió.

—No pretendía ofenderte, Asius, amigo mío. Solo intento ser sincera.

Tan rápido como había aparecido la ira en el rostro de Asius, desapareció.

—No me ofende, Kira.

Kira asintió con gratitud.

—Si sacamos a nuestros ejércitos de estas montañas, nos

exponemos a la mirada del Imperio. Lo siento, Arthur, pero la respuesta de Durakdur es no. Tu ciudad ha sobrevivido sin nuestros soldados hasta ahora. Y seguirá haciéndolo.

Calen vio un breve destello de ira en el rostro de Arthur, rápidamente ocultado por una sonrisa furtiva. Levantó la voz, no mucho, lo suficiente para que los demás gobernantes se irguieran en sus tronos.

—El Imperio ya sabe que estás aquí, oh, reina de Durakdur.

Calen no pudo evitar estremecerse ante el tono burlón de Arthur. Sin duda conocía a la reina mucho mejor que él, pero, por lo que el joven había visto, no era precisamente el tipo de mujer a la que le gustaría ver enfadada.

—No creen que fueran los artesanos de Belduar quienes construyeron esos lanzadores de proyectiles o las grandes murallas de la ciudad, ni olvidan el pasado. Si Belduar cae, los reinos del Dominio Libre de los Enanos serán los siguientes.

Eso provocó algunos gritos ahogados, incluso entre los guardias que rodeaban el borde exterior de la sala.

—Deja que te recuerde dónde estás, rey de Belduar.

Elenya tenía el rostro furioso mientras acariciaba con las yemas de los dedos el filo de su hacha. Luego, la furia dio paso a una expresión de calma.

—Aunque en el fondo estoy de acuerdo. No olvidan nuestra existencia, ni nuestros túneles y paredes montañosas nos protegen. Solo tenemos que mirar a los enanos de Kolmir para ver que eso es cierto. Que Hafaesir los guíe.

—Que Hafaesir los guíe —corearon los demás enanos.

—¿Y qué sugieres, Elenya? Por favor, dínoslo.

La voz tensa de Kira sugería que ella y la reina de Ozryn no estaban de acuerdo. Elenya se inclinó hacia delante en el asiento.

—Dejad que hable el draleid.

Calen se quedó paralizado. Kira se acarició la barbilla distraídamente durante un momento y luego se volvió hacia Calen.

—Sí. ¿Qué dices, draleid?

De repente, Calen sintió la garganta seca. Miró a Aeson, cuyo rostro estaba contraído en una mueca. No iba a obtener ayuda de él. Había expectación en los ojos de Arthur, como si lo hubiese visto venir. Calen también debería haberlo visto, pero había sido ingenuo.

«Lo han planeado así».

La ira le bullía en el estómago. Si las miradas mataran, Arthur habría caído fulminado, y a juzgar por el rostro del rey, lo sabía.

Calen dio un paso adelante para dirigirse a los gobernantes enanos. Se alegró cuando Valerys se colocó a su lado, con un gruñido grave en la garganta. Eso desconcertó a los enanos.

—¿Qué queréis que diga? Ya habéis tomado una decisión.

—¿Entonces no dirás nada? —Elenya entrecerró los ojos. Se movió en su trono.

—Eso no es lo que yo…

—¿Era esto lo que esperábamos? —interrumpió Kira, volviéndose hacia los demás gobernantes enanos—. ¿Un niño con un dragón del tamaño de una cabra bien alimentada?

—¿Qué estás…?

Calen sintió la rabia crecer en su interior cuando Kira lo interrumpió una vez más.

—¿Cómo va a enfrentarse a la Guardia Dragontina, por no hablar de liderar nuestros ejércitos? Huiría al ver un dragón adulto. No es más que un mocoso mimado que finge ser un héroe. Miradlo. Ved su petulancia.

Calen se mordió el labio. Podía sentir la Chispa. Tocarla. Su calor lo atraía en lo más profundo de su mente, instándole. Algo le tocó el hombro. Era la mano de Asius. Calen miró al gigante, que se limitó a negar con la cabeza, con una mirada cómplice en los ojos. Calen dejó que la Chispa se desvaneciera, pero la ira permaneció.

—¿Me habéis convocado solo para insultarme? —Rugió.

Sentía la ira de Valerys consumirse y alimentar la suya. El dragón retrajo los labios en un gruñido y mostró los dientes afilados como cuchillas. Los volantes de la parte posterior del cuello habían crecido en las últimas semanas y se erizaron.

—¿Es este el honor de los enanos?

—¡Ya basta! —gritó Pulroan. Era la primera vez que hablaba—. Te estás pasando.

Una sonrisa astuta se extendió por el rostro de Kira.

—Los dos —espetó Pulroan. Ya no parecía plácida. Parecía capaz de romper una piedra con una sola palabra—. No sois más que niños y aún os queda mucho que aprender.

Dirigió su mirada fulminante a Kira, como enfatizando su argumento.

—Entiéndeme, draleid. Hay mucho que recae sobre tus hombros. Mucho que aún no comprendes. Las personas que te trajeron aquí lo hicieron con la esperanza de que tu mera existencia inspirara a los reinos enanos a regresar a la superficie y los ayudara en la guerra que han anhelado desde la caída de la Orden. No es tan sencillo. No hay ninguna profecía. Tu llegada no fue predicha, y ya no seguiremos ciegamente a aquellos que ejercen el poder que tú poseerás algún día.

»Fueron hombres y mujeres como tú, humanos y elfos, quienes doblegaron nuestra civilización y nos expulsaron del sol. Fue un draleid quien se volvió contra sus hermanos y hermanas. Quien apoyó a Fane Mortem. Quien expulsó a los elfos de sus ciudades. Quien cazó a los gigantes hasta casi extinguirlos. Necesitamos conocer la profundidad de tu carácter. Saber quién eres. Cierto que algunos revelamos bastante de nosotros mismos en los métodos que utilizamos.

La anciana enana se recostó en el trono, con el pecho subiendo y bajando pesadamente. Suspiró y sacó un pequeño paño de su bolsillo con el que se limpió el sudor de la frente surcada por el tiempo. Se hizo el silencio en la sala. Todas las miradas se posaron en Calen, quien respiró hondo. Recordó lo que su madre le había dicho una vez.

«Solo conocerás a tus verdaderos amigos cuando ellos te conozcan de verdad».

—Lo siento —dijo, y lo sentía—. Siento lo que hicieron los que

me precedieron. Lo que le sucedió a tu pueblo. —Calen se volvió hacia Asius—. Y al tuyo.

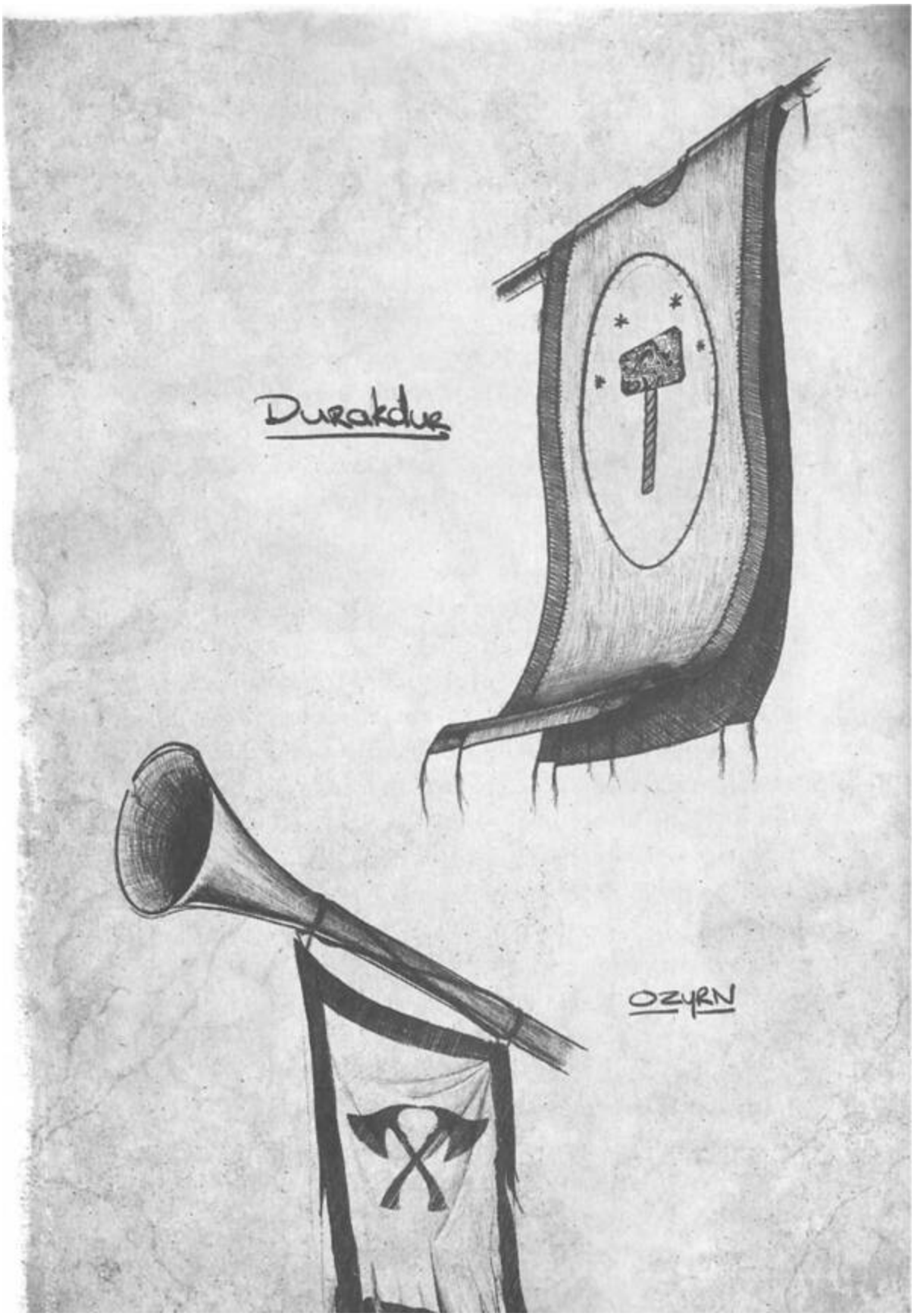
El gigante inclinó ligeramente la cabeza.

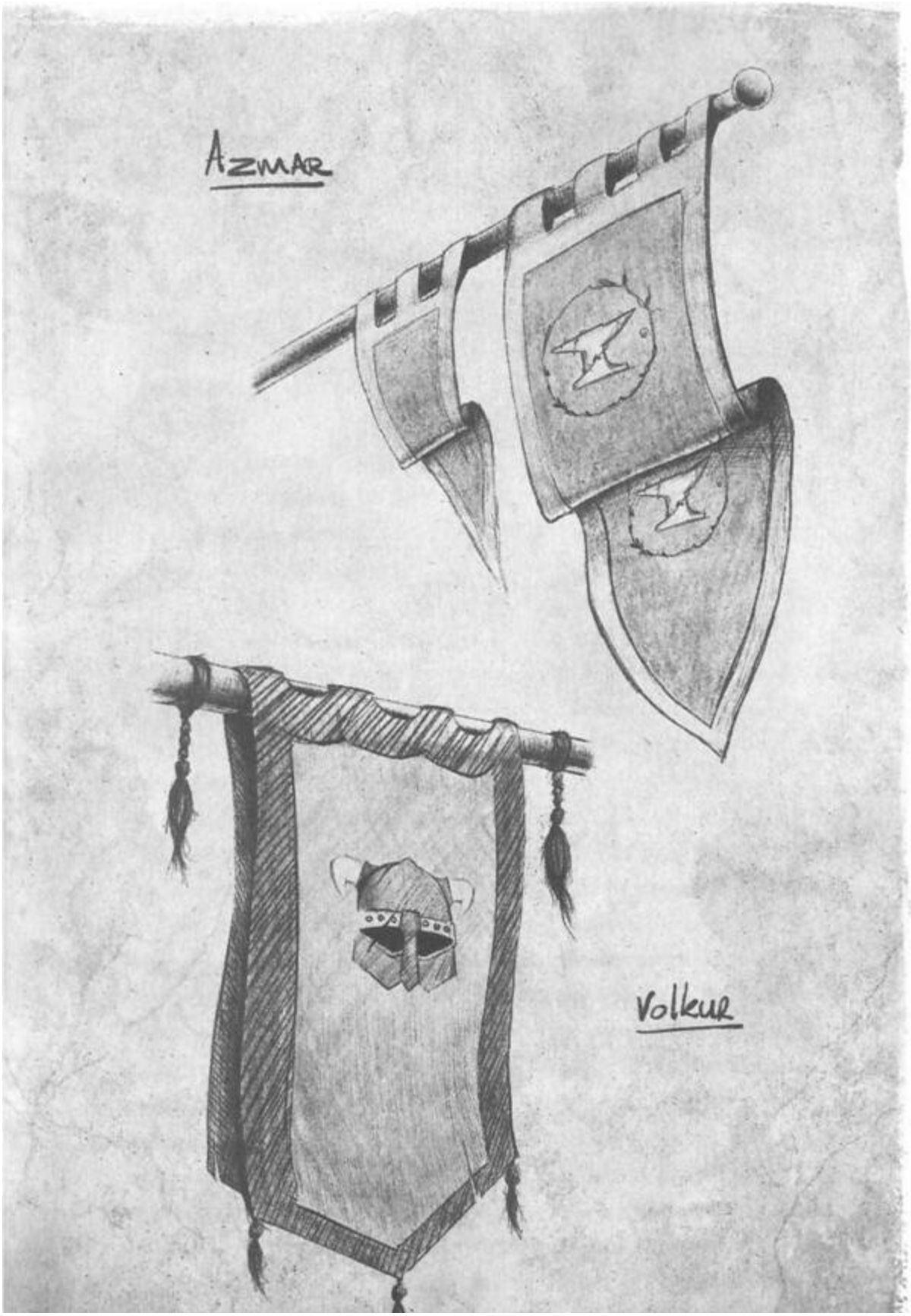
—El Imperio también se llevó a mi familia. Mataron a mi madre, a mi padre, a mi hermana. Se llevaron a uno de mis mejores amigos. La primera vez que maté a un hombre, sentí náuseas. Contaba cada vida que quitaba; he dejado de contar, pero no he olvidado. Hasta ahora, lo único que quería era venganza. Quería a los que me quitaron a mi familia… Los quería muertos. Sinceramente, todavía lo quiero, pero ahora quiero más.

»En Belduar hay cinco elfos que juraron protegerme sin saber siquiera quién era yo en realidad. Quiero convertirme en un hombre del que se sientan orgullosos de proteger. Quiero que su juramento signifique algo. Quiero ganarme su confianza, igual que quiero ganarme la tuya. Puede que para ti sea un niño, pero te prometo una cosa: derramaré mi sangre por ti. No dejaré de luchar hasta que mis pulmones se rindan, y Valerys tampoco lo hará.

Calen no se había dado cuenta de que había alzado la voz al hablar, pero no podía evitarlo. Su corazón latía con fuerza en su pecho y la sangre corría como fuego por sus venas. El rugido de Valerys resonó en la sala, un gruñido profundo.

—Me plantaré en las murallas de Belduar si el Imperio ataca. Estaré allí. No quería esto. Desde luego, no lo pedí, pero es lo que el destino me ha deparado y no voy a huir. —Se detuvo un momento, pensativo—. ¡Si quieres conocerme, muéstrame como eres!


Durakdur
OZYRN


Azmar
Volkur

CAPÍTULO 31
TODO LO QUE SE PERDIÓ

Dann llevaba deambulando durante lo que parecían horas por las calles del círculo exterior cuando se topó con La Bodega del Viejo. Era exactamente el tipo de posada que estaba buscando: oscura, cómoda y llena de vino.

La sala común estaba abarrotada de gente que charlaba animadamente a la luz vacilante que producían varias velas de cera blanca y roja esparcidas de forma tan desordenada que solo podía haber sido a propósito. Los únicos muebles eran grandes sillones de cuero rojo alrededor de pequeñas mesas de madera en grupos de dos y tres. Dann no pudo evitar el pensamiento de que se estaba emborrachando en el salón de algún cortesano. Sin embargo, no le importaba; esa era su única intención, emborracharse.

Había conseguido un cómodo sillón junto a una de las dos chimeneas que había a ambos extremos de la sala. El fuego nunca parecía pasar de un humo lento, que desprendía poca luz, pero proporcionaba ese calor extra que él buscaba, e impregnaba la sala con el familiar aroma de la leña quemada.

Se recostaba en el blando sillón de cuero mientras mecía con mimo la copa. Nunca había probado el vino hasta llegar a Belduar, y enseguida tuvo claro que hasta entonces había estado malgastando el tiempo. Se llevó la copa a los labios y tomó un sorbo del líquido

de color rojo intenso. Respiró con satisfacción por la nariz mientras los sabores afrutados recubrían su lengua y se deslizaban por sus fosas nasales. Lord Arnell le había dado una bolsa llena de monedas y le había dicho que disfrutara de la ciudad, y eso era precisamente lo que pretendía.

—¿Te importa si me uno?

Dann levantó la vista de su vino y vio a Dahlen mirándolo. El agua le goteaba desde la parte inferior del abrigo y tenía el pelo pegado a la cara.

—Adelante.

Dann se sentó más erguido y llamó con gesto a la camarera que le había traído el vino antes y que respondía al nombre de Elaiya… O eso le había dicho cuando se lo preguntó. En su experiencia, la gente siempre recordaba a la gente que le preguntaba el nombre. Le indicó por gestos que le trajera una segunda copa.

—¿Vino?

—Sí, gracias —respondió Dahlen. Colgó la capa empapada en una barra de hierro fundido cerca del fuego y se dejó caer en la silla frente a Dann—. ¿A ti también te han abandonado?

—Gracias —dijo Dann mientras cogía la segunda copa de Elaiya y la llenaba con vino de la jarra.

No era su dinero, y pasaría mucho tiempo antes de que se le acabara. ¿Por qué no compartirlo? Aunque la pregunta de Dahlen le dejó un mal sabor de boca.

—¿Abandonado? —respondió con una ceja levantada.

Le entregó a Dahlen la copa rebosante de vino. Este asintió en señal de agradecimiento y bebió inmediatamente de la parte superior de la copa para evitar que se derramara.

—Lo siento —Dahlen dejó la copa sobre la mesa y se pasó las manos por el pelo empapado—. No quería decir eso. Es solo que…

—No pasa nada —le interrumpió Dann. Se recostó en la silla y dio otro sorbo a la copa—. Puede que sea el vino el que habla, pero tienes razón. Preferiría estar allí abajo con él.

—Sois muy amigos.

—Como hermanos. Hasta que recuperemos a Rist, él es cuanto tengo.

Dahlen se estremeció al oír el nombre de Rist. Dann no lo culpaba como Calen. No hacía falta; ya se culpaba él. Dann volvió a llenar la copa de vino e hizo un gesto a Elaiya para que trajera otra jarra.

—Quédatelo —le dijo cuando ella intentó darle el cambio.

Cuatro marcos de plata. Por esa cantidad de dinero, habría corrido desnudo por las calles de El Claro. De todos modos, no era suyo. Era mejor que se lo quedara ella.

—Señor, no puedo aceptarlo. Es demasiado…

—No soy ningún señor. Por favor, quédatelo.

Elaiya sonrió de oreja a oreja mientras le daba las gracias efusivamente. Como mínimo, Dann estaba seguro de que tendría el mejor vino de la posada durante el resto de la noche. Agarró el asa de la nueva jarra y señaló a Dahlen antes de darse cuenta de que su primera copa aún estaba llena.

—Has sido muy amable —dijo Dahlen.

Se llevó la copa a la boca, la vació de un trago y se la tendió a Dann para que se la volviera a llenar, con una sonrisa en los labios.

«Sabía que había una razón por la que me caía bien».

Se dio cuenta de que la última vez que se había sentado a tomar una copa con Dahlen había sido en El Reposo del Viajero, en Camylin, la noche en que perdieron a Rist. Desde entonces, no habían dejado de volver la vista atrás. Ese pensamiento le hizo apreciar aún más el vino en la copa y las monedas en la bolsa, pero también le provocó una sensación de nostalgia por su amigo.

—¿Dónde está tu hermano? ¿No le gusta ahogar sus penas en alcohol?

Dahlen se rio mientras se recostaba en el sillón de cuero rojo.

—A Erik le gusta emborracharse tanto como al resto de nosotros. Pero no, esta noche no. Cada uno lidia con la frustración a su manera. Yo bebo, él practica.

—Creo que me quedo con la bebida.

—Brindo por eso —dijo Dahlen entre risas. Levantó la copa y la chocó con la de Dann. Las vaciaron—. Siento lo de Rist.

Tras las palabras de Dahlen se produjo un silencio. Dann estaba seguro de que había estado dándole vueltas a ellas desde que se había sentado. Dann se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Dio un largo trago y soltó un suspiro.

—No fue culpa tuya. No me engaño pensando que habría sido diferente de haber estado yo allí.

Dahlen asintió débilmente y volvió a llenar las copas. El silencio se apoderó del ambiente por un momento. El bullicio de las conversaciones a su alrededor se desvaneció en el fondo.

—Siento lo de Calen. Puede ser…

—¿Arrogante? ¿Egoísta?

Dann dejó la copa sobre la mesa y miró fijamente a Dahlen. Contuvo la ira que sentía en el vientre. Había venido allí para emborracharse, no para discutir.

—Iba a decir apasionado.

«En realidad iba a decir terco, pero eso no lo voy a reconocer delante de ti».

Dahlen sonrió torpemente y llamó a Elaiya.

—¿Nos pones dos copas de sangre de wyrm, por favor?

Dann se estremeció involuntariamente. Solo había bebido sangre de wyrm una vez, y en realidad no era auténtica sangre de wyrm, sino una mezcla creada a partir de alcohol puro de uva y algunas hierbas, que tenía un color verde intenso. Lasch había importado un poco para El Dragón Dorado desde Vahara dos veranos atrás, y Dann recordaba claramente haber tenido dificultades para usar sus piernas después.

Dahlen le pasó a Dann una copita con el líquido verde y fuerte.

—Gracias por compartir tu vino conmigo. Por los amigos y la familia.

—Por los amigos y la familia.

Dann torció el gesto en una mueca de dolor cuando el alcohol le quemó la garganta. Dahlen golpeó la mesa con la copita, el rostro

contraído por el dolor que le causaba el alcohol.

—¿Nos emborrachamos?

—Esa era mi intención para esta noche —se echó a reír Dann, mientras llamaba de nuevo a Elaiya. Era muy guapa.

«Me pregunto si se unirá a nosotros para tomar una copa». —¿Te he contado alguna vez que vi un caballo con un cuerno que le crecía en la cabeza?

CAPÍTULO 32
LA MANO

—Ya hemos oído cuanto necesitábamos oír.

Eso fue todo lo que dijo Pulroan. Nadie más intervino tras esas palabras, lo cual le vino bien a Calen.

No creía que hubiera sido capaz de decir nada más.

Los llevaron de vuelta al Corazón y les mostraron sus habitaciones. Tanto Aeson como Arthur vinieron a verlo esa noche, pero lo único que hizo fue echarlos a voces. Nunca había estado tan enfadado en toda su vida. También lo notaba en Valerys. Le quemaba en el fondo de la mente como carbones encendidos. Aeson se negó rotundamente a irse hasta que Valerys le dio un golpe; de haberlo intentado con más fuerza, el dragón habría destrozado la mano de Aeson.

Calen se sentó en el borde de la cama, las lágrimas resbalándole por las mejillas. Sabía que si reprimía lo que sentía, al final volvía a salir, pero no había contado con que pasase en un momento como aquel. Se sentía como un tonto. Había gritado a reyes y reinas, había perdido los estribos. Había hecho el ridículo.

Pero eso no era lo que le dolía.

Cuando perdió los estribos en la sala, algo cambió en lo más profundo de su mente. Era la primera vez que se permitía aceptar la verdad. Ya no podía esconderse de ella; no podía mentirse. Su

familia había desaparecido.

Sentía como si le hubieran arrancado el corazón del pecho. Nunca volvería a ver a su madre, a sentir el calor de su mano en la mejilla, a oír la voz de su padre, ni la de su hermana, que siempre había creído en él, siempre lo había animado y siempre había estado ahí para mostrarle el camino correcto. Al menos ahora estarían con Haem. No hizo nada para detener el flujo de lágrimas. Habría sido como un vendaje en un brazo roto.

Aún podía salvar a Rist. Tenía que salvar a Rist.

Sin embargo, aquella noche necesitaba sentirlo todo. Se tumbó, tembloroso, y dejó fluir las lágrimas. Valerys yacía en la puerta, asegurándose de que nadie entrara, pero Calen lo sentía. La tristeza y el consuelo.

Apoyó la vaina contra la barandilla de madera del patio de prácticas y sacó la espada. Exhaló un suspiro y giró la hoja para relajar los brazos.

No le apetecía enfrentarse a la mirada pétrea de Gaeleron cuando regresara a Belduar. El elfo era muy estricto en lo que se refería al entrenamiento con la espada. No le haría ninguna gracia descubrir que Calen se había negado a entrenar con Aeson.

Al menos seguía practicando las suertes. Era lo único que lo mantenía cuerdo mientras esperaban. Habían pasado cuatro días sin noticias de los enanos; Therin le había dicho que los enanos de Dominio Libre podían tardar toda una vida en tomar una decisión, tal era la naturaleza de aquellos cuatro reinos que intentaban funcionar como uno solo. Cada uno tenía sus propios intereses y cada uno intentaba asegurarse de que se satisfacían sus propias necesidades. Nada de eso ayudaba a calmar la sensación de malestar que Calen tenía en las tripas.

Tampoco había hablado con Aeson ni con Arthur. Lo habían intentado, pero él se había ido sin más al verlos. No quería hablar

con ellos; eran los que lo habían puesto en aquella situación. Sabían en lo que se estaba metiendo y lo habían arrojado como una oveja a los lobos. Lo habían utilizado.

Aunque en el fondo era culpa suya por no haberse dado cuenta antes.

El Corazón tenía su propio patio de prácticas. Estaba destinado exclusivamente a la Guardia Real, pero cuando Calen practicaba las suertes cada mañana se reunía una multitud, como ahora. Puede que al llegar no supieran quién era, pero se había corrido la voz de que había un draleid en Durakdur. Había oído muchos comentarios mientras deambulaba por las calles de la ciudad durante el día. Todo el mundo tenía una teoría diferente sobre por qué el draleid había venido. Todo el mundo parecía saber más que él.

Respiró hondo mientras adoptaba la postura del Oso Agazapado.

«No pienses. Muévete».

Abandonó el control y se dejó llevar por las suertes que formaban parte de un movimiento que Gaeleron le había estado enseñando: el svidarya. Vientos ardientes. Había algo en la fluidez del movimiento que le tranquilizaba la mente.

La primera mañana que practicó las suertes en el patio solo había quince o veinte sirvientes, que intentaban fingir que no estaban mirando. Caminaban un poco más despacio o se detenían un momento, haciendo como que recuperaban el aliento. Calen no estaba seguro de si era por su práctica o por la oportunidad de mirar boquiabiertos a Valerys, pero para la cuarta mañana, el patio estaba abarrotado por cerca de trescientas personas. Ni siquiera simulaban estar ocupados. Se reunían en grupos, se apoyaban en las paredes o vallas, y algunos se detenían y se sentaban en el suelo a mirar. Tampoco temían que la Guardia Real los echara; los guardias constituían al menos una quinta parte del público.

Ahora habría varios cientos observándolo, mientras el sudor le perlaba el rostro y le pegaba la camisa al pecho. Manejaba la espada con movimientos amplios, dejando que cada golpe llevara al siguiente. El svidarya era un movimiento agresivo; consistía en llevar

la lucha al enemigo. Una serie de golpes poderosos y amplios que empujaban al oponente hacia atrás. Exactamente lo que Calen necesitaba.

Un resplandor azul verdoso le bañó la piel mientras pasaba los dedos por el borde de la hoja luminosa que se encontraba en un fanal sin cristal colocado sobre el bajo parapeto de la pasarela. Se había acostumbrado a recorrer los pasajes laberínticos y las calles de Durakdur casi todas las tardes. No las conocía mejor que el primer día. Pero no las recorría para aprender, sino para escapar. Para salir de su propia cabeza.

Se ajustó la capucha alrededor de la cara mientras dos enanos caminaban detrás de él.

—Deberías haberlo visto entrenar antes. ¡Creo que el draleid podría luchar contra un abisario él solo! Y su dragón… Lorik dice que crecerá más que la propia montaña y sabe de lo que habla. Voy a volver al patio para verlo de nuevo por la mañana —decía uno de ellos.

—¿Un abisario? Imposible. Aunque puede que vaya contigo para verlo con mis propios ojos.

Calen esperó a que los dos se alejaran antes de seguir su camino y se entretuvo contemplando las maravillas de la arquitectura enana. Cúpulas de oro resplandeciente. Arcos que se extendían cientos de varas. Extrañas máquinas que no entendía y que transportaban mercancías y personas por las murallas exteriores. No lo había notado antes, pero cada pieza de piedra tallada era afilada y angular, incluso los arcos. Todo estaba ordenado. Las únicas excepciones eran las magníficas cúpulas que coronaban los edificios mayores, que reflejaban el brillo sobrenatural de las flores con un resplandor azul dorado.

Después de dar un paseo por la ciudad, se sentó en lo alto de un muro bajo que daba a las entrelazadas pasarelas que había debajo.

Lo eligió porque tenía una vista perfecta de la cascada y porque era el lugar más tranquilo que había encontrado. El ruido de la ciudad era excesivo. Se sentó allí, con el pañuelo de su madre entre los dedos, contemplando el impresionante paisaje urbano salpicado por el resplandor de los fanales azul verdosos. Escuchó el incesante estruendo del agua al caer en cascada por la pared interior de la montaña. Ahogaba todos los demás sonidos.

—Es precioso, ¿verdad?

—Déjame en paz, Arthur.

Calen mantuvo la mirada fija en un punto al otro lado de la cavernosa abertura, donde la luz de las flores brillaba a través del agua en cascada.

Arthur suspiró.

—Calen, lo siento. Te lo juro, no sabía que Kira te atacaría así.

—Ahórrate las disculpas. Ella tenía razón. Da igual lo que oyeras en alguna profecía o leyeras en un libro. No soy lo que esperabas. Debería haber sido otra persona. Lo siento.

—¿Profecía? —Había indignación en la voz de Arthur—. ¿Crees que te empujé aquí abajo y te lancé frente a esos enanos porque oí una profería?

Calen no sabía cómo responder.

—Así es como siempre ocurre en las historias. Therin…

—Ese es el lugar de las profecías, Calen: las historias y los cuentos de hadas. Las profecías y el destino son palabras que utilizan los reyes y las reinas para enviar a hombres y mujeres jóvenes a la muerte con una sonrisa en la cara, soñando con convertirse en héroes. El destino es cambiante. Tu destino está en tus manos, en las de nadie más. Sí, cuando vi que alguien estaba vinculado, que alguien se había convertido en un draleid, mi corazón dio un vuelco. Jamás me atreví a soñar que algo así sucedería. Te traje aquí porque los draleid solían simbolizar la esperanza, porque si había algo que pudiera despertar a los enanos de su letargo, era un draleid. Pero Calen, lo que dijiste en esa cámara, la forma en que hablaste… Eres más de lo que jamás podríamos haber esperado. No

estoy aquí hablando contigo porque seas un draleid. Estoy aquí hablando contigo porque creo en quién eres.

Calen quiso hablar, pero no pudo. Miró fijamente el borde, dejando que la cascada llenara el silencio.

Los pasos de Arthur resonaron en las paredes.

—Voy a volver a Belduar para pasar la noche. Ihvon me ha enviado un mensaje diciendo que Daymon ha enfermado. Mi esposa, que en paz descanse, nunca me perdonaría si no fuera a ver cómo está. Volveré por la mañana. —La única respuesta fue el sonido del agua al caer—. Y, Calen, no soy el único.

Calen daba vueltas en la cama, como había hecho toda la noche. Debería haberle dicho algo a Arthur. Había sido injusto. Lo que había ocurrido en la sala del Consejo había desatado una tormenta en su cabeza y se había desquitado con Arthur y Aeson. Por muy enfadado que estuviera con ellos, eran buenas personas y, en general, habían actuado correctamente con él. Tenía que pedirles perdón a ambos, especialmente a Arthur.

Eso no era lo único que le atormentaba la mente y se interponía en sus sueños. ¿Su arrebato le había costado a Belduar el apoyo de los enanos? Las últimas cuatro noches, las imágenes de Belduar ardiendo habían nublado sus sueños. Soldados imperiales irrumpiendo en las calles, arrasando todo a su paso. El Círculo Interior invadido mientras las catapultas lanzaban destrucción sobre las casas apiñadas de los círculos exteriores. Todo ello, por su culpa.

A pesar de su necesidad de dormir, no eran sueños a los que deseara volver. Aun así, movió las caderas sobre el colchón en un intento por encontrar la postura adecuada. Ahuecó la almohada, girando de un lado a otro.

Cada vez que dejaba de moverse, el tictac del reloj ornamentado de hierro forjado que colgaba de la pared parecía aumentar hasta convertirse en un martillo que golpeaba su mente. No había muchos

relojes en El Claro. Eran caros y difíciles de conseguir. En Durakdur, los había en todas las habitaciones. Tenía que admitir que era lo único que le daba una sensación de noche o día en una ciudad donde el sol nunca salía ni se ponía. Pero ahora, quería arrancarlo de la pared y estrellarlo contra el suelo.

Tic, tac.

Abrió los ojos de golpe al oír un crujido procedente de la puerta, que él mismo había cerrado con llave. El corazón le latía casi tan fuerte como el reloj. Había dejado la espada en la vaina, a casi una vara de distancia, encima del escritorio.

Oyó otro crujido. Esta vez estaba seguro. Había alguien en la habitación.

Valerys seguía dormido. Era el único momento en el que no podían sentirse el uno al otro, como si el mundo de los sueños les diera a ambos un respiro. Soltó una imprecación mental mientras intentaba respirar lo más silenciosamente posible.

Otro crujido. Ya no le cabía ninguna duda.

Controló lo mejor posible el miedo, echó las sábanas a un lado y saltó la corta distancia que separaba la cama del escritorio. Sacó la espada de la vaina con un rápido movimiento y se giró para enfrentarse al intruso.

En la oscuridad, sus ojos apenas habían enfocado la silueta del intruso cuando varios hilos de Aire se estrellaron contra su pecho. Lo levantaron del suelo y lo lanzaron contra el armario de la pared del fondo, destrozándolo en pedazos.

Sacudió la cabeza, tratando de aclarar la vista. Tenía las manos vacías. El impacto le había hecho soltar la espada. Una risa breve y ronca llamó su atención. Su atacante se alzaba sobre él, con una espada apuntándole al pecho. Solo podía distinguir su silueta. Sus ojos aún no se habían adaptado.

—Solo es un niño —oyó una voz grave y áspera—. Seré rápido.

Calen cerró los ojos. Buscó la Chispa, recurrió a los hilos del Fuego, el Aire y el Espíritu y formó un baldír tan brillante como pudo, como si fuera el sol mismo. Cuando oyó a su atacante jadear

de dolor, lo apagó.

El asesino trastabilló hacia atrás, tapándose el rostro con la mano libre.

—¡Cabrón! ¡Mis putos ojos!

Sus gritos se vieron interrumpidos cuando Valerys le saltó al hombro. El dragón hincó los dientes en el cuello del asesino y le rajó la espalda con las garras. Ambos cayeron sobre la cama enredados. Mientras forcejeaban, Calen vio a un segundo atacante en la puerta.

«Por si uno no fuera suficiente».

No necesitó ni un momento para pensar. Pudo ver los hilos del Fuego cuando el asesino los atrajo hacia la mano. Calen fue más rápido; extendió la Chispa y envolvió hilos de Aire alrededor de una gruesa astilla de madera. La lanzó directamente al corazón del asesino. Se vio un breve destello, y este cayó de rodillas sin emitir ni un susurro, para luego desplomarse de lado. Un rugido de satisfacción le hizo saber a Calen que el oponente de Valerys también había dejado de ser un problema.

Podía sentir cómo la Chispa se filtraba en sus músculos. En su pánico, no había controlado el flujo tanto como debería. El corazón le latía con fuerza. Oyó gritos procedentes del pasillo exterior, pero solo cuando se dispuso a seguirlos se dio cuenta de que todavía estaba en ropa interior. Se abrochó la camisa, se subió los pantalones y se calzó las botas.

Al salir de la habitación, chocó de frente contra un muro; solo al alzar la vista se dio cuenta de que se trataba de Asius. Aeson estaba con él, y ambos tenían salpicaduras de sangre en la ropa. No era su sangre.

—Alguien…

Calen no tuvo oportunidad de terminar la frase.

—Lo sabemos —dijo Aeson—. También estaban en nuestras habitaciones. Deben de haberse colado en la ciudad.

—Son…

—Magos. Sí, nos hemos dado cuenta.

Calen frunció el ceño al ser interrumpido de nuevo.

—Calen, escúchame. Son la Mano. Los asesinos del Imperio. Si han venido a por nosotros, también irán a por el Consejo. Tenemos que llegar hasta ellos. Tú y Valerys id a ver a la reina Kira. Sus aposentos están a solo cinco minutos de aquí, al final del pasillo oeste. Los reconocerás por las puertas bermellón con el símbolo de Durakdur incrustado. Asius y yo nos ocuparemos de los demás. Nos reuniremos de nuevo en los Túneles del Viento. Calen, si están aquí, actuando a plena luz del día, estarán haciendo lo mismo en Belduar. He enviado a Oleg al salón del Gremio de Correvientos para que traiga a Falmin. Asegúrate de que la reina está a salvo y ve a los túneles.

—No…

—¡No discutas! ¡Ve!

Calen estaba pensando precisamente en eso, en gritar y decirle a Aeson que iría adonde él decidiera y no adonde le ordenaran. Pero se calló. Frunció el ceño, dio media vuelta y echó a correr tan rápido como le permitían las piernas hacia las habitaciones de la reina. Valerys iba a su lado. Por mucho que odiara siquiera pensarlo, y mucho menos admitirlo, Aeson tenía razón. Todo lo demás podía esperar.

Buscó la Chispa mientras se acercaba a las grandes puertas dobles de color bermellón, con el símbolo de Durakdur incrustado, que marcaban las habitaciones de la reina. Dos enanos con pesadas armaduras de placas y gruesas capas carmesí, la Guardia Real de Kira, yacían rígidos en el suelo. Calen no examinó los cuerpos. Su sangre manchaba la piedra lisa.

Irrumpió en las habitaciones de la reina, abriéndolas de un empujón con el hombro. Dos encapuchados se interpusieron ante él. Recurriendo a gruesos hilos de Aire, utilizó una ráfaga de viento para enviar al más cercano en espiral a través de la habitación, rompiendo la ventana en pedazos. El asesino cayó gritando a las profundidades infinitas del otro lado.

Se movió para esquivar el golpe del segundo, deteniéndose en el aire cuando Valerys se estrelló contra el pecho del asesino,

desgarrando la armadura de cuero como si fuera mantequilla fundida. Calen se estremeció ante los gritos de dolor.

En su loca carrera, no se había dado cuenta de que Kira estaba allí, vestida solo con la piel con la que había nacido. Sostenía un hacha larga en la mano derecha. Incluso en el calor del momento, con el pecho agitado y la sangre bombeando en sus venas, Calen se sonrojó. Tardó quizá un segundo de más en apartar la mirada.

—Ahora no es momento para melindres, draleid.

A pesar de que estaba allí desnuda, a pocos segundos de la hoja de un asesino, su voz seguía siendo firme como el acero.

Calen no se atrevía a alzar la vista. Un tono oscuro de carmesí pintaba sus mejillas.

—Majestad, hay más asesinos en la ciudad. Aeson y Asius han ido a ver cómo están los demás miembros del Consejo, pero debemos ir a Belduar. Si están aquí, entonces el rey también está en peligro. —Una parte de él quería echar un segundo vistazo, pero la otra se negaba a apartar la mirada del suelo de piedra—. ¿Estarás bien?

—Sí, muchacho. Estaré bien. ¡Vete!

Calen no necesitaba oír nada más. Con un gruñido, salió corriendo de la habitación sin levantar la vista por encima del nivel de las rodillas. No estaba bien que la viera así. Era la reina. Y de no haberlo sido, tampoco habría estado bien.

Se maldijo mientras se abría paso por el laberinto de calles y pasillos. Cada giro que daba era el equivocado. Moriría de viejo antes de llegar a los Túneles del Viento. Las calles parecían tranquilas. No había visto ni oído rastro alguno de la Mano. Eso solo podía ser algo bueno.

—¡Joder! —exclamó cuando se dio cuenta de que acababa de pasar dos minutos corriendo hacia un callejón sin salida.

—¿Calen?

Calen no creía que hubiera ningún momento en el resto de su vida en el que se sintiera más feliz al oír la voz de Oleg Marylin. Falmin estaba con él. El sudor goteaba por sus rostros enrojecidos y

la camiseta de Falmin se le pegaba al pecho, dejando al descubierto los músculos que se ocultaban bajo su esbelta complexión.

—¡Oleg, por los dioses, tu llegada no podría ser más oportuna! Tenemos que llegar a los Túneles del Viento.

Calen no pudo evitar suspirar aliviado. Cinco minutos más intentando escapar de aquel laberinto y habría enloquecido.

—Por aquí, Calen. Estamos cerca.

Cuando llegaron, Oleg jadeaba. Se dobló por la mitad, tratando de llenar los pulmones de aire. Calen no pudo evitar sentirse impresionado. Aquel hombre orondo había igualado su ritmo y el de Falmin. Aunque estaba pagando el precio por ello.

—Falmin…

—Dame cinco minutos y estará listo, maese Bryer.

El hombre desgarbado saltó a la plataforma del Cresta de la Ola mientras Calen se resignaba al hecho de que, al parecer, aquella noche no podría terminar una frase. Dio unos golpecitos con el pie a la plataforma de piedra.

«Aeson y Asius ya deberían estar aquí».

Como si los hubiera invocado, humano y gigante doblaron la esquina de un alto muro. Uno o dos cortes recientes manchaban la parte delantera de la camisa de Aeson, pero por lo demás estaban ilesos.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Aeson mientras subía los escalones de piedra del rellano.

Puede que no lo demostrara, pero Calen vio que su pecho se movía con más dificultad de lo habitual. Tenía una herida en alguna parte que le causaba más dolor del que Calen había pensado en un principio.

—Menos de cinco minutos. Falmin se está asegurando de que el Cresta de la Ola esté listo para partir.

Aeson asintió.

—¿Y la reina Kira?

—Está bien. Aunque no puedo decir lo mismo de sus guardias. ¿Los demás?

—Sobrevivirán —respondió Aeson—. Hoffnar tendrá algunas cicatrices nuevas, pero eso no es nada nuevo para él.

Calen quería decir algo más, hacer preguntas, pero sabía que Aeson no le respondería. Se limitó a asentir y luego dirigió su atención a Asius, con una mirada inquisitiva en los ojos.

—¿Cómo de grave? —preguntó el gigante.

Aeson se encogió de hombros y torció el gesto, dolorido.

—Sobreviviré si me quedo aquí. Pero moriré si lo llevo allí arriba.

Los labios del gigante formaron una línea fina y sombría, pero asintió. Colocó la mano sobre las costillas de Aeson, donde una gran mancha roja había comenzado a formarse a través de la tela marrón de la camisa. Calen sintió que Asius extraía la Chispa, tirando de los hilos. Aire, pensó. Espíritu. Se perdió el resto, fue demasiado rápido, pero vio el alivio en los ojos de Aeson cuando el gigante retiró la mano.

—Gracias.

Aeson respiró profundamente para comprobar los resultados. Calen aún no había aprendido nada sobre la curación. Therin le había advertido que era peligroso para alguien que no lo entendía. Aun así, vio que los ojos de Asius estaban un poco más oscuros y que sus respiraciones eran más largas.

—Falmin, ¿estás listo?

La frustración en la voz de Calen se vio interrumpida por el estruendo de unos pasos. No sabía cuántos eran, pero se produjo un temblor en el suelo y un zumbido en el aire.

Cruzando uno de los cuatro puentes de piedra que conectaban con la plataforma principal, diez en fila, venían enanos, blindados de pies a cabeza con la familiar armadura de placas gruesas y sus yelmos con puente nasal. Cada uno llevaba un hacha de doble hoja, una espada corta atada a la cadera y capas carmesí ondeando detrás de ellos.

La Guardia de la Reina.

Efectivamente, marchando al frente de la columna estaba Kira, con armadura completa. Anillos de plata y oro adornaban su

ondulada melena rubia. No sabía cuántos miembros de la Guardia de la Reina había, pero seguían cruzando el puente y el suelo seguía temblando.

Kira esbozó una sonrisa burlona.

—No pensarías que íbamos a dejar que os lo pasarais bien vosotros solos, ¿verdad?

Había algo en aquella mujer que lo inquietaba. No sabía muy bien qué era, y no estaba seguro de si le gustaba o le disgustaba.

—Su majestad… ¿Qué estás haciendo?

—Mostrándote quienes somos. —Su sonrisa se hizo más profunda, pero luego su rostro ensombreció—. Estamos contigo, draleid.

Ihvon se detuvo un momento. Cerró los ojos y se concentró en su respiración.

«Solo un momento. Solo necesito un momento».

El fuerte viento le azotaba la cara y el cuello, pero no se inmutó. Se sentía como si llevara horas sentado junto al fuego. Gotas de sudor le resbalaban por la frente, pero siguió avanzando. Sus pasos resonaban en las calles empedradas, acompañados por el silbido del viento y los gritos ocasionales de un centinela que patrullaba. Atravesó la plaza del mercado, bajo el arco del campanario. Se tocó el bolsillo, donde había estado la piedra.

Ya era demasiado tarde. No había vuelta atrás.

Arthur no le había dado otra opción. No podían resistirse más al Imperio y los enanos no eran la solución. Solo les importaban sus propios deseos. A través de su abrigo, se tocó la cicatriz que le recorría el vientre. Era un recordatorio constante de aquel día. Les había gritado que volvieran. Que lo dejaran volver. Pero aquellos enanos estaban demasiado asustados por su propio pellejo. Corrieron y le arrastraron con ellos.

«Alyana. Khris».

Ihvon apretó la mano en un puño. Sintió un pinchazo en la palma cuando la uña le cortó la piel, dejando una fina línea de sangre que le corría por los pliegues de la mano. A pesar de que la ira lo quemaba, luchó contra la otra mitad de su corazón. La culpa que le arañaba el fondo de la conciencia.

Asintió al pasar junto a dos centinelas, sin detener el paso.

«El niño y su dragón, a cambio de la amnistía del emperador».

Era un buen trato. Un trato justo.

Siguió avanzando con paso firme. No podía permitirse mostrar debilidad, pero su ritmo se ralentizó. Se detuvo. Su pecho subía y bajaba con pesadas bocanadas de aire.

—¡Joder! —exclamó. Notó un crujido cuando sus nudillos golpearon la pared de piedra. El niño le recordaba demasiado a Khris —. Que los dioses me maldigan, no puedo.

Se dio la vuelta. No estaba muy lejos del campanario. Aún podía avisarlos. Ignoró el dolor que le recorría las rodillas cansadas mientras sus pies golpeaban la piedra.

«Aún hay tiempo».

Apretó el paso.

CAPÍTULO 33
DE SANGRE Y FUEGO

Falmin cumplió su palabra. El Cresta de la Ola estaba listo para zarpar en cinco minutos. El navegante sabía lo que haría.

Kira había traído consigo a los mil miembros de la Guardia de la Reina. Traer a más habría necesitado el consentimiento de los demás miembros del Consejo, y eso era algo para lo que no tenían tiempo. También había pedido más navegantes, pero tampoco había tiempo para esperarlos.

El Cresta de la Ola podía albergar a doscientos en caso de emergencia, siempre y cuando todos estuvieran de pie y no les importaran unos cuantos golpes durante el trayecto. Incluso ese número enfureció a Falmin. Se subió a la nave refunfuñando para sí mismo:

—Siempre creen que lo saben todo… Nunca escuchan… «Ocúpate de ello, Falmin». Ya os enseñaré dónde…

Kira, Aeson, Calen, Valerys y Asius fueron los primeros; apilaron luego tantos miembros de la Guardia de la Reina como fue posible. El tamaño de Asius significaba menos enanos. Los demás los seguirían cuando llegaran el resto de los navegantes.

Oleg se quedó atrás para «coordinar».

El viaje de vuelta a Belduar fue mucho menos cómodo que el de ida. Era imposible saber si iban más rápido o no, pero lo parecía.

Más de una vez, Calen tuvo suerte de evitar el golpe de un hacha mal sujeta mientras el Cresta de la Ola se balanceaba de un lado a otro, rebotando en los lisos túneles. Valerys estuvo a punto de arrancar tiras de la plataforma mientras intentaba mantenerse firme.

El estruendo de la lucha empezó a oírse en el túnel cuando se acercaban al aterrizaje en Belduar. Calen sintió que el ambiente a su alrededor cambiaba mientras todos en el Cresta de la Ola se preparaban para lo que estaba por venir.

Caos.

Los ataques en Durakdur habían sido silenciosos y calculados. Belduar estaba sitiada. El patio que daba a los Túneles del Viento era una picadora de carne llena de cuerpos, vivos y muertos. Calen no podía distinguir a los belduarios de los lorios. Todo lo que veía era acero y sangre. Los combatientes gritaban consignas de guerra, aullaban de dolor, gemían en la muerte. Calen veía hilos de Fuego, Aire y Tierra por todas partes mientras los magos desataban remolinos de destrucción.

Los enanos saltaron de la plataforma tan pronto como los anillos dejaron de girar. Sus cortas piernas contradecían su velocidad mientras cruzaban el puente de cuerda y llegaban al rellano, saltando al frenesí del patio de abajo.

—Esto es una locura —murmuró Aeson, frunciendo el ceño—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo han conseguido atravesar las murallas?

—Podemos preguntárselo cuando estén muertos —respondió Kira mientras saltaba de la plataforma.

Al aterrizar, cortó en dos a un soldado imperial como si estuviera hecho de papel.

«Está loca».

Excepto por una mirada fugaz, Aeson no le prestó atención.

—Tenemos que llegar al Círculo Interior.

Calen se mostró incrédulo.

—¿Y qué pasa aquí? ¡No podemos dejarlos así!

—Tenemos que llegar hasta el rey. Si no, estas personas habrán muerto en vano.

Aeson miró fijamente a Calen durante un largo momento, como retándolo a que lo desafiara. Al ver que no, señaló con la cabeza al otro lado del patio, hacia una de las seis entradas que bordeaban el extremo sur.

—Ese pasadizo conduce a la calle principal. Desde allí podemos llegar al puente y cruzar al Círculo Interior.

No esperó respuesta, sino que saltó de la plataforma al patio, esperando que los demás lo siguieran. El grupo se abrió paso entre la lucha sin detenerse, pero si una espada podía atravesar a alguien, lo hacía. A mitad del patio, Calen cruzó la mirada con Kira mientras ella sacaba el hacha del pecho de un hombre gigantesco. No necesitó decir nada.

—¡Marchaos! —Rugió ella, separando una cabeza de los hombros mientras giraba el hacha en un arco lateral.

Llegaron al otro lado del patio y al pasadizo relativamente ilesos. Asius era el único que parecía haber sufrido nuevas heridas. Un fino corte lo hacía sangrar por el muslo izquierdo. No parecía darse cuenta.

El pasadizo daba a la calle de doble sentido por la que habían bajado unos días antes de camino a los túneles. Entonces tenía un aspecto muy diferente. No estaba manchada por la sangre de los muertos ni por los gritos de los moribundos. Calen esquivó un golpe frenético y cortó al atacante por la espalda al pasar a su lado. Algo lo inquietaba. Algo no estaba bien. Lo vio por el rabillo del ojo.

—¡Aeson! —gritó por encima de los gritos y alaridos de la encarnizada batalla—. ¡Las murallas!

Aeson lo miró como si hubiera perdido la cabeza y se encogió de hombros sin decir nada. Un pesado golpe de escudo en el pecho hizo que a Calen se le nublaran los ojos. Sacudió la cabeza mientras se preparaba para el segundo golpe. Una mancha blanca brillante agarró al soldado por el cuello. Calen frunció el ceño mientras saltaba por encima del cuerpo de su atacante. La furia brotaba de Valerys.

—¡Las murallas, Aeson! ¡No hay nadie en las murallas!

Calen agarró a Aeson por el hombro y lo empujó hacia donde estaba para que pudiera mirar hacia abajo, al nivel más bajo del círculo exterior. Las murallas estaban vacías, las puertas cerradas con barras y candados. Allí no había habido lucha. El Imperio no había entrado en la ciudad luchando, sino que les habían dejado entrar.

Calen vio el momento en que lo comprendía, para luego asentir con una mirada fría.

—Vamos.

Asius siguió adelante, abriéndose paso por la calle. Su níthral rojo brillante latía en forma de hacha en su mano. La mayoría se apartó de su camino. Nunca habían visto a un gigante, pero sabían muy bien que debían mantenerse alejados.

Mientras se abrían paso por la calle, a Calen le dolían las articulaciones y le gemían los músculos. A pesar de su entrenamiento, seguía sintiendo el agotamiento de la Chispa. No lo había pensado antes. Fue lo primero que se le ocurrió. Sin embargo, se estaba volviendo más fuerte. Podía sentirlo.

Más adelante, vio dos figuras que se alzaban en medio de una multitud de soldados. Dahlen y Erik resultaban inconfundibles. Los dos hermanos estaban espalda contra espalda, las espadas gemelas desenvainadas, girando entre grupos de soldados lorios antes de volver a unirse. Sin embargo, parecían cansados. Calen lo vio en su postura. No aguantarían mucho más.

Aeson asintió y Asius agitó las manos, derribando a los soldados lorios con hilos de aire y despejando el camino hacia los hermanos.

—Ya era hora de que llegarais.

Erik esbozó una sonrisa burlona. Incluso entonces, con un profundo corte en el costado y la cara manchada de sangre, parecía imperturbable. A Calen le pareció antinatural. Recordaba una época en la que la idea de quitarle la vida a un hombre le revolvía el estómago. Ahora…

—¿Qué ha pasado?

La frialdad no abandonaba los ojos de Aeson. Erik se encogió de

hombros.

—Estábamos en nuestras habitaciones cuando oímos sonar las campanas. Para cuando llegamos al patio del Círculo Interior, ya se había consumado. Era como si se hubieran colado por las alcantarillas. Los demás siguen allí arriba. Luchamos con algunos soldados para intentar despejar los Túneles del Viento.

La lucha a su alrededor había comenzado a apagarse a medida que los belduarios ganaban ventaja.

—Kira y los enanos están abajo, en los Túneles del Viento. Necesitan ayuda. Reúne a estos hombres y ve. Nosotros nos dirigimos al Círculo Interior. ¿Has visto al rey?

Dahlen frunció los labios y arrugó el ceño, pero no discutió.

—Debe de estar en el salón.

Él y Erik se volvieron hacia los soldados que quedaban.

—¡A los Túneles del Viento! ¡Por el rey!

Gritos y alaridos resonaron en respuesta.

La lucha había disminuido cuando llegaron al puente de piedra que separaba los círculos interior y exterior. Era gigantesco: sesenta varas de largo y lo bastante ancho para que cuatro carros pudieran circular en paralelo. Calen no se había atrevido a mirar por el borde la última vez que lo había cruzado, y tampoco se atrevió ahora. Era tan profundo que, si se caía, nadie lo oiría golpear el fondo.

En su mayor parte, el puente estaba vacío. Pero cualquiera que se interpusiese en el camino de Asius era envuelto en hilos de Aire y arrojado por el borde. Calen no los oyó golpear contra el fondo, pero sus gritos resonaron hasta el otro lado del puente.

El sonido de la lucha se colaba por la puerta entreabierta cuando llegaron a las murallas del Círculo Interior. El duro entrechocar del metal se mezclaba con los aullidos y gritos de los hombres que se enfrentaban a la muerte. El aire era fétido; el sudor y la suciedad se mezclaban con el olor metálico de la sangre.

Calen se tomó un minuto para recuperarse antes de seguir a Aeson y Asius a través de la puerta. En medio del fragor de la batalla había relegado a un segundo plano el miedo a la muerte y las ganas

de vomitar, pero de pie ante las puertas sentía que las tripas se le iban a salir del cuerpo. Le temblaban las rodillas. Respiró hondo antes de atravesar la puerta. Valerys lo seguía de cerca.

El patio era una locura. De no haber sido por las capas púrpuras de la Guardia Real, no habría podido distinguir a los amigos de los enemigos en la masa de cuerpos que ocupaban el amplio espacio abierto. Las balistas en lo alto de las torres eran infiernos llameantes de naranja y rojo, con humo que se elevaba hacia el cielo nocturno.

Calen inclinó la cabeza hacia abajo para esquivar una espada que se balanceaba y, al seguir el movimiento, le cortó las piernas al atacante. No podía dar ni cinco pasos sin tener que blandir la espada. Vio la imponente figura de Asius a unas seis varas frente a él. Su reluciente hacha roja se balanceaba en el aire, segando miembros como si fuera la voluntad misma de los dioses.

Calen sentía el agotamiento en los músculos, el letargo que le empapaba los hombros con cada golpe de espada. Recurrir a la Chispa, por poco que fuese, le estaba pasando factura. Sin embargo, el gigante parecía no verse afectado mientras se abría paso entre la masa de lorios como un torbellino de muerte. Calen no tenía ninguna duda de que Aeson estaba allí, a su lado.

Tenían que llegar al otro lado del patio. El rey estaría en el salón. Aunque parecía extraño no verlo en el patio, gritando a pleno pulmón, animando a sus hombres en el centro del combate. Arthur no parecía del tipo que rehuía una pelea.

Calen oyó un zumbido en los oídos. Echó la cabeza hacia atrás, pero si no hubiera sido por la espada de Ellisar, una afilada hoja de acero le habría cortado el cuello. El elfo giró a su alrededor. Aprovechando su impulso, cortó el brazo del individuo que casi había cerrado los ojos de Calen.

Un gesto de asentimiento entre los dos fue suficiente. El elfo tenía mejor aspecto. Su cabello plateado estaba manchado con una mezcla de sangre seca y húmeda. Dos largos cortes le arañaban el brazo derecho, justo por encima de las grebas de cuero, y cojeaba, aunque eso no parecía impedirle mucho.

—¿Y los demás? —gritó Calen, a pesar de que su boca estaba casi pegada al oído de Ellisar. La cacofonía de la lucha habría ahogado cualquier sonido que no fuera un rugido.

Ellisar inclinó rápidamente la cabeza, señalando con un gesto hacia el centro del patio. Era la misma dirección que la gran sala. Calen se reprendió inmediatamente por siquiera considerar la idea de que no hubiera ido a buscar a sus compañeros si no hubieran estado en esa dirección. Necesitaba llegar hasta Aeson y Asius, necesitaba llegar hasta Arthur, pero había ciertos precios que no estaba dispuesto a pagar.

Con Ellisar al lado avanzar era mucho más fácil. A pesar de su cojera, el elfo se deslizaba entre la locura. Su larga espada curva sembraba la muerte con cada golpe.

Era extraño ver una espada que se parecía a la suya. No había pensado en ello hasta que Gaeleron lo mencionó. No había entendido lo que Gaeleron quería decir cuando dijo que Calen tenía que aprender a luchar con una espada élfica. Para Calen, una espada era una espada. Incluso al entrenar con Gaeleron, veía pocas diferencias. Pero al observar a Ellisar, lo entendió. Había elegancia en los movimientos del elfo. Si la muerte podía ser bella, aquello era lo más parecido a esa idea.

Sintió un escalofrío de desdén ante sus propios pensamientos. La muerte no podía ser bella. Al mirar alrededor del patio, más allá de los rostros contorsionados y los gritos de guerra, más allá del zumbido del acero y el crujir de los cuerpos que chocaban, vio el suelo cubierto de cadáveres. A algunos les faltaban brazos o piernas, a otros… algo más. La piedra estaba tan manchada de sangre que por mucho que se frotara nunca se limpiaría. Un hombre se arrastraba por el suelo con las yemas de los dedos, con las entrañas saliéndole del estómago. Los chorros de sangre amortiguaban sus gritos, pero Calen vio el dolor grabado en su rostro.

«La muerte no puede ser bella».

Se armó de valor y reprimió sus emociones: el malestar, las náuseas, la tristeza. La muerte no podía ser hermosa, pero a veces

era necesaria. Desvió un golpe con las espada, giró sobre sí mismo y cercenó un brazo, separándolo del hombro.

«A veces es necesaria».

Cuando alcanzaron a Aeson y Asius, vio a Dann de pie junto al jotnar. Parecía como si lo hubieran golpeado hasta dejarlo al borde de la muerte. Aun así, Calen no podía estar más feliz de verlo. La idea de que algo le hubiera podido ocurrir a Dann no se le había pasado por la cabeza hasta que lo vio vivo. Tenía la ropa hecha jirones, una herida abierta en un lado de la cabeza y una mancha rojiza que se extendía por su camisa, pero estaba vivo.

Saludó a Calen con una mueca de dolor y un gesto de la cabeza. Calen no tuvo que preguntar.

—Las gemelas están por allí —gritó Dann, inclinando la cabeza hacia el lado oeste del patio—. Fueron tras Therin. No he visto a Gaeleron ni a Vaeril.

Tenía una expresión sombría en el rostro. Era la misma que Calen sabía que compartía. La sangre de la camisa de Dann no había dejado de extenderse.

Aeson captó la mirada de Calen.

—Vivirá. El salón.

—¡Está herido! No voy a dejar que…

—¡Calen! Ahora no es momento para eso. —Aeson miró a Calen con ojos fríos e inquebrantables. Volvió su atención hacia Dann—. ¿Puedes seguir?

Dann asintió sin entusiasmo. Calen quiso discutir de nuevo, pero las palabras se le atragantaron cuando un soldado lorio se abalanzó sobre él con una lanza extendida. Calen estaba clavado en el suelo y sabía que no podría moverse con la suficiente rapidez. Respiró hondo.

En un destello carmesí, el cuerpo del hombre se partió en dos desde el hombro hasta la cadera, cayendo al suelo en plena carrera. Calen levantó la vista y vio un gesto de asentimiento de Asius.

—Ve al salón. Me necesitan aquí. La batalla pende de un hilo.

El jotnar no esperó una respuesta. Se abrió paso entre la

espesura de cadáveres, blandiendo el hacha con golpes medidos.

—Me alegro de que esté de nuestro lado —dijo Dann con una mueca de dolor mientras resoplaba.

Calen miró fijamente a Dann.

—¿Estás seguro de que puedes…?

—Aguantaré.

Lenta y constantemente, los cuatro se abrieron paso hasta los pies de las escaleras que conducían al gran salón. Valerys corría a su lado, arañando piernas y destrozando a los que tenían la mala suerte de cruzarse en su camino.

Con cada palmo ganado, Calen apreciaba más la presencia de Ellisar. El elfo se pegaba a él, sin permitirle alejarse. En cualquier otro momento, Calen se habría quejado, pero no ahora. Ellisar había mantenido el corazón de Calen latiendo más de una vez, cuando de otro modo habría yacido sobre la fría piedra, sin haber visto venir el golpe.

Los cadáveres cubrían los escalones que conducían a la fortaleza. El olor acre de la muerte era más penetrante cuando no se mezclaba con el calor de la batalla. Una arcada involuntaria hizo que Calen sintiera náuseas, pero las contuvo.

Giró el cuerpo hacia un lado cuando una advertencia de Valerys le atravesó la mente. Un dolor abrasador le recorrió el costado cuando la espada se le clavó en la piel. Trastabilló hacia atrás por la sorpresa. Sus dedos buscaron a tientas el mango de la espada mientras se movía para bloquear el siguiente golpe. Un silbido pasó junto a su cabeza cuando una flecha se clavó en el ojo de su atacante, que cayó al suelo chorreando sangre. Se sacudió un momento y luego quedó inmóvil.

El corazón de Calen latía con tanta fuerza contra su pecho que le dolía. Valerys estaba de pie junto a la cabeza del hombre. Un profundo gruñido brotó de su garganta mientras observaba en busca de señales de movimiento.

Therin subió los escalones de un salto. Sacó otra flecha de su aljaba y la colocó en el arco mientras sus ojos recorrían el rellano. La

bajó ligeramente cuando quedó satisfecho.

—¿Entramos?

Aeson asintió. Calen sintió una mano en el hombro.

—¿Qué hay ahí dentro, Calen?

Había una expresión en el rostro de Dann que Calen no había visto antes. Miedo. Tenía los ojos hundidos, los hombros caídos y la mano apretada contra el pecho.

—Está el rey.

Calen intentó sonar lo más seguro posible, pero por dentro su corazón latía como un caballo al galope y su mano armada temblaba cada vez que perdía la concentración. Tenía que ser fuerte por Dann.

El salón parecía prácticamente igual, salvo por los estandartes púrpura y dorados que colgaban flácidos de los soportes. Las antorchas parecían más tenues en los candelabros. Dondequiera que mirara, sus ojos se posaban en los cuerpos de los miembros de la Guardia Real asesinados. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Calen. Cuanto más se adentraban en el salón, más se atenuaba la luz.

—Aquí hay magia oscura —murmuró Therin, más para sí mismo que para los demás.

El sonido de sus pasos y el clic, clac de las garras de Valerys sobre la piedra lisa resonaban en los pasillos, rompiendo el silencio inquietante. Calen sabía que al final del pasillo estaba el trono de Arthur sobre el estrado, aunque en ese momento estuviera envuelto en la ausencia de luz.

—Ya era hora.

La voz resonó en el pasillo vacío, arañando el aire. Siseaba por todos lados, pero Calen sabía de dónde provenía. No tuvo que mirar a Dann para ver el miedo en su rostro. Era el mismo miedo que Calen sintió cuando escuchó esa voz por primera vez en el paso de montaña.

A pesar de que se acercaban al estrado, no veían con más claridad. Las tinieblas lo envolvían todo más allá del alcance de la mano. Calen descartó la idea de crear un baldír; la última vez había sido totalmente inútil. Continuaron avanzando, pero la voz no

cesaba.

—Llegáis demasiado tarde… Demasiado tarde.

El estrado no podía estar a más de seis varas de distancia, aunque era imposible saberlo con certeza. Había un nerviosismo desconocido en la voz de Dann cuando susurró:

—Calen… Eso no suena como el rey…

No respondió; no tuvo oportunidad. Sin previo aviso, la oscuridad se replegó, como si fuera un velo de niebla que se retiraba con el amanecer. Calen jadeó cuando, al disiparse, reveló aún más cadáveres. Toda la sala estaba cubierta de cadáveres de soldados belduarios, aquellos que habían venido a proteger a su rey.

El umbrío estaba al pie del estrado, la capa negra con capucha sobre los hombros. Los remolinos azules que adornaban la capa brillaban a la luz del fuego, bailando con los destellos de los candelabros. Junto al umbrío había un joven, suspendido por hilos de Aire que se retorcían alrededor de sus brazos y piernas. Tenía la boca cerrada a la fuerza, pero sus ojos gritaban. El miedo se mezclaba con la tristeza. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Era Daymon, el hijo del rey.

—Por los dioses…

Había un temblor en la voz de Aeson, una debilidad que sonaba extraña viniendo de los labios de ese hombre. Los ojos de Calen se posaron en el trono. Era Arthur.

El rey estaba sentado en su trono. Incluso muerto, seguía pareciendo regio. La corona dorada descansaba sobre su cabeza, justo encima de las alas blancas que se entremezclaban con el cabello gris negruzco. Su manto era de un color púrpura intenso, con los bordes adornados de oro. En el lado izquierdo del pecho, donde debería haber estado su corazón, había una herida abierta del tamaño de un puño. La sangre que manchaba la parte delantera del abrigo y los pantalones del rey estaba seca.

El umbrío se acercó al tiempo que se echaba hacia atrás la capucha. El cabello, que le llegaba hasta los hombros, era tan negro como su capa, como aquellos ojos que parecían beber el alma. Su

piel casi translúcida provocó un escalofrío en la nuca de Calen. Sus labios quebradizos se agrietaban al moverse.

—Parece que la Mano no pudo llevar a cabo su tarea —dijo el umbrío con irritación, mientras sus ojos negros recorrían al grupo—. No importa —añadió, pasando la lengua por los dientes—. Es más satisfactorio hacer estas cosas por mí mismo.

Calen no podía apartar los ojos de Arthur. Su mente estaba inundada de culpa. Había acudido a él aquella misma noche y Calen lo había ignorado. Arthur lo había tratado bien y Calen le había escupido su disculpa en la cara. Ahora estaba muerto.

—Murió rápido —siseó el umbrío, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. Aunque no puedo decir que vaya a darle ese regalo a su descendencia.

El umbrío chasqueó la lengua contra el paladar mientras observaba la escena.

—Puedo darte una oportunidad para salvarlo —dijo, mirando directamente a Calen—. ¿Qué me dices, draleid? —Escupió la palabra, como si tuviera un sabor amargo en la lengua—. ¿Crees que podrás salvar al hijo, como no pudiste salvar al padre?

—No escuches ni una palabra de lo que dice, Calen.

Therin no miró a Calen. Llevaba el arco a la espalda, pero Calen sintió que tocaba la Chispa. Sintió ese escalofrío familiar en la nuca.

Aeson permanecía allí, con expresión sombría, agarrando con fuerza las empuñaduras de sus espadas. El miedo se reflejaba en el rostro de Dann, pero aun así sostenía el arco y no le temblaban las manos.

Ellisar se acercó a Calen, con ambas manos agarradas al mango de la espada.

—Quédate detrás de mí, draleid. No dejes que te provoque.

—¡Cállate, elfo! —La voz del umbrío parecía subir y bajar como el viento, retumbando por toda la sala a su antojo—. Me aburre hablar. ¿Cuál de vosotros morirá primero?

Calen sintió que la ira se apoderaba de él al mirar el cuerpo sin vida de Arthur. Estaba harto de dejar que el umbrío lo decidiera

todo. Saltó hacia delante, blandiendo la espada en un arco descendente. Se detuvo bruscamente cuando la criatura giró y reaccionó con una velocidad sobrehumana, empuñando una espada forjada con fuego negro y palpitante. Calen lo sintió. Era el mismo tipo de arma que usaba Asius, un níthral.

Pero mientras que el hacha de Asius era suave, controlada, como si estuviera forjada en acero, la espada del umbrío era caos encarnado. Las llamas negras parecían soplar con un viento inexistente, retorciéndose y girando en espiral por voluntad propia. Los frágiles labios de la criatura se torcieron en una sonrisa. Calen tuvo que luchar contra sí mismo para apartar la mirada de sus ojos. Aquellos negros pozos cavernosos parecían decididos a arrancar su alma de su cuerpo.

Sintió que el umbrío tiraba de los hilos del Aire cuando fue golpeado por un ariete invisible, lanzado hacia atrás en el aire y luego estrellado contra el suelo. Un dolor rugiente estalló en su cuerpo. Se sacudió el aturdimiento justo a tiempo para ver a Valerys lanzarse contra el umbrío.

Un solo golpe de la mano del umbrío envió a Valerys contra un pilar cercano. Un dolor agudo atravesó la cabeza de Calen.

—¡No!

No pudo contener el grito. Era en parte suyo y en parte de Valerys.

Lo sintió: Valerys estaba vivo, pero su cuerpo estaba destrozado por el dolor.

Antes de que Calen pudiera ponerse en pie, Aeson y Ellisar pasaron como un rayo junto a él. Cargaron directamente contra el umbrío. La criatura se movía como una serpiente entre la hierba alta, y su espada centelleante los atacaba con una vorágine de golpes feroces. Aeson y Ellisar eran dos de los espadachines más increíbles que Calen había visto jamás, e incluso ellos no tuvieron tiempo de plantearse pasar a la ofensiva. Lo único que podían hacer era mantener a raya a la criatura.

Dann se arrodilló, colocó una flecha en el arco y la lanzó por los

aires, donde se clavó en el pecho del Umbrío. Le siguieron otras dos flechas, que se hundieron en su vientre y en su cuello. Pero no lograron frenar a la criatura, solo la irritaron. Mientras desviaba un golpe de Therin, se arrancó las flechas de su cuerpo con hilos de Aire y luego extendió la mano. Arcos de rayos púrpura salieron disparados de sus dedos hacia Dann, golpeándolo y lanzándolo por los aires. Fragmentos de piedra volaron en todas direcciones cuando los rayos atravesaron el suelo.

—¡Ve, ayúdalos! —Rugió Therin mientras echaba a correr hacia donde había sido lanzado el cuerpo de Dann.

Calen se puso en pie a duras penas. Su cabeza y su corazón lo empujaban en dos direcciones diferentes. Su corazón lo instaba a correr hacia Dann, pero su cabeza le ordenaba ayudar a los demás. Sentía a Valerys en el fondo de la mente, su dolor y su ira. Sentía los latidos de su propio corazón, no acelerados como antes, sino lentos y decididos. Calen se armó de valor y cargó contra el umbrío.

A pesar de que los tres le lanzaban todo lo que tenían, el umbrío seguía jugando con ellos, golpeándolos con martillazos de Aire y latigazos de Fuego, convirtiendo sus cuerpos en lienzos de cortes y heridas. Por cada dos golpes que Calen desviaba, aparecían tres nuevos cortes en sus brazos o piernas. Cada uno le quemaba además de cortarle. No quería darle al umbrío la satisfacción de su dolor. Pero su cuerpo no sentía ese rencor. Gritó más de una vez cuando la ardiente espada negra le cortó la piel como si fuera acero fundido. A Ellisar y Aeson no les fue mejor. En numerosas ocasiones, sus espadas se hundieron en lo que debería haber sido carne, solo para salir sin una gota de sangre en el filo.

«¿Cómo?».

Calen intentó contraatacar. Intentó sacar fuerza de la Chispa, pero su mente no podía concentrarse. Cuando lo conseguía, el umbrío cortaba sus hilos con algo invisible, como si fueran los hilos de una marioneta.

«¿Cómo es posible?».

Sin previo aviso, el umbrío sacó gruesos hilos de Aire y envió a

Aeson y Ellisar a diferentes direcciones. La criatura giró el cuello, con la mirada fija en Calen.

—Fane te quiere vivo. —La voz del umbrío se deslizó por su lengua mientras rodeaba a Calen. Su espada se arrastraba por el suelo, levantando humo donde cortaba la piedra—. Pero creo que prefiero que mueras. Es más limpio. Aún no lo he decidido.

«Tengo que hacer algo. No puedo seguir así».

Calen respiró hondo y se concentró. Se colocó en la svidarya, adoptando la postura amplia del Oso Agazapado.

Cuando el umbrío le atacó con la espada de fuego negro, Calen se abalanzó sobre él. La criatura se sorprendió por la agresividad. Inmediatamente dio un paso atrás, pasando la espada por su pecho para bloquear los golpes de Calen. Calen se movió con fluidez a través de las suertes, perdiéndose en ellas.

—¡Sigue presionando!

Ellisar saltó desde detrás de Calen, blandiendo la espada en un arco descendente. Justo cuando su espada chocó con la hoja de fuego negro del umbrío, Aeson cargó desde la otra dirección. Los tres redoblaron sus esfuerzos, presionando cada vez más fuerte a la criatura.

«Quizás… Solo quizás».

—¡Basta!

El umbrío cerró la mano en un puño y la estrelló contra el suelo de piedra, enviando una onda expansiva en todas direcciones. Calen no sintió que le absorbiera la Chispa, pero de alguna manera salió despedido hacia atrás y se estrelló contra una de las columnas que se alineaban en el pasillo. Se puso en pie con esfuerzo, ignorando el dolor. Pero Ellisar se había levantado más rápido.

El corazón de Calen le dio un vuelco al ver la espada de fuego negro trazar un arco en el aire. Vio a Ellisar parar el primer golpe y cayó de rodillas cuando el segundo separaba la cabeza del elfo de los hombros.

El cuerpo de Ellisar se desplomó sin vida. Había jurado proteger a Calen. Seguirlo hasta el vacío o más allá. Y allí fue a donde Calen lo

había llevado.

Sintió un vuelco en la tripas. Se puso en pie. Una mezcla de furia y miedo lo invadió mientras sus pies lo llevaban hacia el umbrío. Ni siquiera se movió para reaccionar cuando gruesos hilos de Aire le golpearon el pecho. Cayó al suelo con un crujido agonizante.

—Quizá te conserve —dijo el umbrío mientras se colocaba sobre él. Ladeó la cabeza y lo miró con aquellos ojos oscuros—. Podrías ser un proyecto interesante.

El umbrío siguió murmurando para sí mismo, como si Calen ni siquiera estuviera allí. Cuando este intentó ponerse en pie, se vio empujado de nuevo al suelo. Hilos de Aire presionaban contra su pecho y sus hombros. El umbrío apenas dio señales de haberse dado cuenta, solo un destello de irritación en los ojos, pero el peso invisible que se cernía sobre el cuerpo de Calen era prueba suficiente. En medio del caos, Calen se acordó de Daymon. El príncipe seguía flotando frente al trono, como lo había hecho desde que la oscuridad se había desvanecido, pero sus ojos ya no estaban llenos de miedo. Estaban siguiendo algo en la esquina del trono.

«Valerys».

El joven dragón merodeaba alrededor del estrado, con la cabeza gacha contra el suelo, como un lupino en pos de una presa. Calen sentía su dolor. Cada paso le provocaba un dolor ardiente. El miedo llenaba cada grieta de la mente de Calen. No podía perder a Valerys. No podía perder a nadie más, pero especialmente a él. Gritó en su mente, instando al dragón a esconderse, pero Valerys no hizo caso de las advertencias. Cada paso decidido era como un cuchillo ardiente, pero Valerys no se detuvo.

Justo cuando el umbrío comenzaba a girarse, aulló de dolor al recibir un rayo azul en el pecho. Calen observó cómo Aeson cargaba contra el umbrío, las espadas gemelas girando en sus manos. Los dos intercambiaron una serie de golpes. Si el umbrío hubiera sido un hombre, habría muerto dos veces. Pero no lo era. Las heridas mortales que le infligió Aeson no hicieron más que ralentizarlo. Aeson, por otro lado, era un hombre. Y sus heridas estaban pasando

factura a su cuerpo ya agotado.

Calen sabía que tenía que hacer algo…, cualquier cosa. Buscó la Chispa. Su energía ya se estaba agotando y sus músculos ardían, pero no había nada más que pudiera hacer. El umbrío giró sobre los talones. Incluso en ese rostro frío y sin vida, Calen vio la ira. La indignación. Como si le repugnara que Calen no se resignara simplemente a su destino.

Los hilos del Aire que lo sujetaban empujaban aún más fuerte. Sentía que sus huesos se tensaban bajo su peso. Parecía como si fueran a romperse. Valerys estaba ahora detrás del umbrío, y la criatura seguía sin darse cuenta.

Estaba demasiado concentrado en Aeson y Calen.

Calen sintió algo en Valerys, algo que no había sentido antes y que se estaba acumulando, de forma constante. Una presión enorme. Sin pensarlo, Calen siguió buscando la Chispa. Concentró su mente. Cerró los ojos y extendió la mano. Esa bola de energía en constante movimiento. Sus cinco hilos elementales entrelazándose, retorciéndose y pulsando, irradiando poder, como lo habían hecho desde el principio de los tiempos. Calen extendió la mano. Tiró de los hilos del Espíritu y el Fuego. No sabía por qué, pero era lo que necesitaba. Tiró de ellos, arrastrando los hilos hacia él, y luego los canalizó hacia Valerys. Incluso cuando el umbrío empujaba cada vez con más fuerza, aplastando a Calen contra el suelo de piedra, él siguió extrayendo la Chispa. Sintió que la conciencia se le escapaba, que su alma se alejaba.

No podía aguantar mucho más. Aeson tenía que actuar. Calen gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aeson!

Este no dudó. Se tiró al suelo.

La presión en la parte posterior de la mente de Calen cesó. La cabeza de Valerys se echó hacia atrás y su pecho se expandió. Un río de fuego brotó de la boca del dragón, un torrente de llamas naranjas y rojas que consumió al umbrío por completo. Este aulló, un chillido agudo como ningún otro que Calen hubiera oído jamás.

Era como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo. Una sensación de intenso poder recorrió a Calen mientras el fuego del dragón brotaba de las fauces de Valerys. En ese momento, eran uno. Calen empujó todo lo que tenía hacia Valerys, sintiendo la ira del dragón arder a través de él.

Era imposible que algo hubiera sobrevivido, pero el miedo no abandonó los huesos de Calen hasta que vio a Daymon caer al suelo. Hasta que las llamas perdieron su vigor y se extinguieron, dejando solo un montón de carbón y cenizas a su paso.

La voz de Therin resonaba en el borde de la conciencia de Calen, como si la cabeza del elfo estuviera bajo el agua. Había extraído demasiado de la Chispa. Lo sabía. Sentía que se desvanecía. Su visión se nubló. Calen sintió una mano sobre el pecho. Un cálido resplandor inundó su cuerpo, pero le pareció que era demasiado tarde. O quizá oyó a alguien decirlo. Era difícil saberlo. Sus pensamientos estaban dispersos, enredados de mil maneras, confusos y mezclados.

Oyó a Therin llamándolo, con la voz entrecortada.

—Eres un idiota, chico…, un tonto…

CAPÍTULO 34
¡LARGA VIDA AL REY!

Pasaron varios días antes de que Calen pudiera mantener la conciencia durante más de una o dos horas seguidas. Incluso entonces, el cuerpo seguía doliéndole como si lo hubieran tirado por un precipicio. Durante ese tiempo su habitación había sido un flujo interminable de visitantes, aunque él estuvo inconsciente durante la mayor parte de las visitas. Dann incluso trajo una manta enrollada y durmió en el suelo las dos primeras noches, antes de que Therin lo echara, diciéndole que no estaba ayudando.

Después de que Valerys matara al umbrío, los combates en el resto de la ciudad no duraron mucho. El umbrío no había traído suficientes soldados para tomar la ciudad por la fuerza bruta. Las pulidas piedras verdes que Aeson había utilizado en el paso secreto de la montaña fueron encontradas en sus nichos, con la reja levantada. Así fue como tomaron la ciudad, como si hubieran salido de la nada. Si las campanas no hubieran repicado, todo habría sido diferente. Calen estaba seguro de que no estaría respirando. Cómo había conseguido el umbrío las piedras era una cuestión muy distinta.

Calen miró a Valerys, que descansaba en el suelo junto a la chimenea.

Sus pálidos ojos color lavanda observaban a Calen con curiosidad

mientras este se abrochaba el botón superior de la camisa de seda con ribetes dorados que Therin había insistido en que se pusiera. El dragón se había recuperado mucho más rápido que él, pero, claro, Valerys no se había arrastrado hasta el borde del vacío.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Calen mientras observaba a Valerys. Por un momento, en aquel salón, Calen había pensado que podría perderlo. Nunca había sentido un miedo semejante. Como si la mitad de su alma hubiera estado a un pelo de ser arrancada del mundo de los vivos. Incluso entonces, mientras permanecía allí de pie en la lujosa habitación, con sus nuevas cicatrices cubiertas por las finas ropas que le había dado Daymon, sentía esa sensación de pérdida. Le revolvió el estómago.

—Calen, es la hora.

Erik esbozó una débil sonrisa al entrar en la sala, con Dann y Therin a ambos lados. Calen asintió. Comprobó una vez más que la camisa estuviera bien abrochada antes de dirigirse hacia la puerta.

Dann siseó cuando Calen lo abrazó con fuerza.

—Tranquilo, mi señor —dijo Dann en tono burlón—. Algunos de nosotros no hemos recibido la atención de todos los sanadores de la ciudad.

Therin miró de reojo a Dann.

—Me ofrecí a examinar tu herida y se me dijo que la dejara tal cual porque «a las mujeres les encantan las cicatrices».

—Estás arruinando el momento, Therin.

Calen no pudo evitar reírse cuando Therin desdeñó las palabras de Dann con un gesto de la mano y se acercó a ver cómo estaba Valerys.

—Hablando de cicatrices, ¿me dejas ver?

Dann se agarró la camisa por el cuello y se la echó hacia atrás por encima del hombro, dejando al descubierto un enmarañado de carne quemada que se extendía por la clavícula y subía por el hombro izquierdo.

—No tengo intención de volver a ser alcanzado por un rayo en mucho tiempo.

Calen hizo una mueca al pasar el dedo por la piel retorcida de la clavícula de Dann.

—¿Y la que tienes en el costado?

—No, no, esa sí que dejé que me la curaran. Me habría matado.

Calen iba a ponerse a discutir con Dann, pero en lugar de eso, sacudió la cabeza, lo atrajo hacia sí para darle otro abrazo y se echó a reír. Era incapaz de pensar en nada más propio de Dann que curar una herida y dejar otra únicamente por las historias que podría contar sobre ella.

Calen respiró hondo y se volvió hacia Erik.

—Vamos.

Los pasillos estaban vacíos mientras se dirigían al patio. Todas las almas de la ciudad se apiñarían para ser testigos. Therin se volvió hacia Calen mientras avanzaban por uno de los largos pasillos.

—Calen… —Había un tono cauteloso en su voz—. Debes tener cuidado. Arthur era un buen hombre. Confiaba en él, al igual que Aeson, y Daymon podría ser igual, pero…

Calen lo interrumpió.

—Pero podría no serlo.

Therin asintió, torciendo los labios en una mueca de renuencia.

—Ten cuidado, ¿vale? Habrá muchos que intenten atarte con una cuerda.

—¿Como tú y Aeson? —respondió Calen sin perder el ritmo.

Sintió una punzada de arrepentimiento al ver el destello de dolor en los ojos del elfo, pero Therin no respondió. Simplemente volvió la vista al frente y siguió caminando. Dann y Erik tampoco dijeron nada, pero Calen sintió la tensión. No había sido premeditado; las palabras se le habían escapado.

Los elfos de Aravell se unieron a ellos al final del pasillo antes de salir a la plaza. Habían montado guardia fuera de la habitación de Calen día y noche, pero era la primera vez que los veía desde la batalla.

—No es ninguna pérdida —comentó Gaeleron cuando Calen se quedó boquiabierto al ver el muñón donde antes estaba su mano

izquierda—. Empuño la espada con la derecha y no se me da bien el arco.

Para el elfo, ahí terminaba la conversación. Calen no creía que él hubiera estado tan tranquilo si hubiera perdido una mano. No sabía si reírse de la franqueza del elfo. Mejor no, se dijo.

El corazón se le encogió al contemplar a los elfos. Cinco lo habían seguido desde Lobregal. Ahora solo había cuatro ante él.

—Ellisar…

—Murió con honor, cumpliendo un juramento en el que creía —dijo Vaeril, sin dejar que Calen terminara la frase—, un juramento en el que todos seguimos creyendo. Estamos contigo, draleid, ahora más que nunca.

Todos asintieron. Calen sintió un estruendo de orgullo por parte de Valerys en el fondo de su mente. El dragón blanco se acercó a Calen, estirando el cuello en el aire.

—Gracias —dijo Calen. Extendió el brazo hacia Vaeril, quien a su vez extendió el suyo—. *Du gryr haydria til myia elwyn*.

«Me honráis el corazón». Las enseñanzas de Therin no habían sido en vano. Vaeril sonrió al oír a Calen hablar en la lengua antigua, al igual que los demás elfos.

—*Du gryr haydria til myia elwyn* —respondieron al unísono.

Dann se inclinó hacia Calen.

—¿Cuándo aprendiste a hablar elfo? —le susurró.

Calen sonrió, reprimiendo una carcajada.

—Es la lengua antigua. Te lo explicaré más tarde. —Se volvió hacia el grupo—. Será mejor que sigamos adelante, o llegaremos tarde.

El arco que daba al patio estaba flanqueado por dos enanos con armadura completa y capas carmesí sobre los hombros. Calen se preguntó qué pensaría Daymon sobre la permanencia de los enanos en la ciudad, pero no sacó el tema. El hijo de Arthur ya tenía suficientes preocupaciones.

—Draleid.

El enano situado a la derecha del arco ladeó ligeramente la

cabeza. Tenía la barba entrelazada con anillos de oro y plata. Calen le devolvió el gesto al pasar por debajo del arco.

El aire parecía temblar mientras los vítores de la multitud resonaban en el patio. La gente se apiñaba como briznas de hierba en un campo. Calen no creía haber visto nunca a tanta gente junta en un solo lugar. De hecho, sabía que no lo había hecho. Contempló con asombro a la muchedumbre. Therin le dio un ligero empujón, conduciéndolo a la plataforma elevada situada delante de la multitud.

Calen saludó a Daymon al subir a la plataforma. Valerys saltó a su lado entre los aplausos entusiastas de la multitud reunida. Daymon había ido a la habitación de Calen y le había preguntado si quería ser él quien lo coronara en lugar de su padre. «Sería un honor ser coronado rey por un draleid», le había dicho.

Tanto Therin como Aeson le habían dicho a Calen, sin lugar a dudas, que no podía hacerlo bajo ningún concepto. Eso por sí solo podría haberle animado a hacerlo para no seguirles el juego, pero tenían razón. Dar a entender que tenía el poder de coronar reyes era un mensaje peligroso. Pero le había dicho a Daymon que estaría a su lado para mostrarle su apoyo. Therin y Aeson también se habían opuesto a eso, pero él estaba decidido. Se lo debía a Arthur.

Ihvon Amell estaba a la derecha de Daymon. El nuevo consejero jefe del futuro rey tenía una expresión sombría y tenía más de un corte y un moratón nuevos. Ihvon había ido a visitar a Calen mientras se recuperaba. No había dicho nada; se había sentado allí en silencio.

No sabía que Calen estaba despierto. A Calen le había parecido extraño que lo visitara sin hablar. Pero era un buen amigo de Arthur, y el duelo afectaba a cada persona de manera diferente. En esta ocasión, el hombre le dirigió un gesto de asentimiento antes de volver a centrar su atención en el futuro rey.

Los reyes y reinas del Dominio Libre de los Enanos también se encontraban en la plataforma, como muestra de unidad. La armadura de placas de Kira había sido sustituida por una coraza de

cuero acolchada y faldas de seda, de un color carmesí intenso con ribetes dorados. La corona dorada descansaba sobre su cabello color fuego de estrellas. Parecía tan hermosa como cualquier mujer que él hubiera visto, sin rastro de sed de sangre en sus ojos. Le pareció que le dedicaba una rápida sonrisa, aunque fue demasiado fugaz para estar seguro.

—Gracias —dijo Daymon cuando Calen tomó su lugar junto al futuro rey.

La pérdida flotaba en sus ojos. Una pérdida que Calen comprendía bien.

—Es un honor, majestad.

La coronación no duró mucho. Una vez proclamado rey, Daymon dedicó unos momentos a saludar a su pueblo, que cantaba y vitoreaba, ávido de ver a su nuevo monarca. Calen y Valerys se limitaron a permanecer a su lado, aunque el primero no podía evitar pensar que aquella imagen resultaba imponente. El rey recién coronado, de pie junto al rey y las reinas del Dominio Libre de los Enanos, y un draleid. Parecía una de las historias de Therin.

Daymon alzó la mano, haciendo callar a la multitud. A Calen le sorprendía cómo, con tanta gente reunida, se pudiese lograr el silencio. Pero así era. Se habría podido oír caer un alfiler mientras el pueblo de Belduar esperaba las primeras palabras de su nuevo rey.

—Mi padre era un hombre bueno y justo. Era un verdadero rey. Era el rey que aspiro a ser. Lo echaré de menos y lloraré su pérdida junto a vosotros cada día. ¡Pero no dejaré que eso me derrumbe!

La multitud prorrumpió en vítores. Calen pudo ver a un mago detrás del rey, entretejiendo hilos de Aire y Espíritu en las palabras del rey, canalizándolos a través del patio, por encima del estruendo de la multitud.

—Somos el pueblo de Belduar. Hemos defendido esta ciudad durante miles de años. De tiranos, de ejércitos y del fuego de los dragones. No nos hemos rendido, ni lo haremos. ¡Y no estamos solos! Cuando lo necesitábamos, nuestros aliados acudieron en nuestra ayuda. Los enanos, nuestros hermanos y hermanas

incondicionales, vinieron en nuestro auxilio. Y no debemos olvidar que el fuego de los dragones ya no pertenece al Imperio. ¡Los draleid han regresado! ¡Vuelven a estar en pie! ¡Están con nosotros! ¡Este es nuestro momento!

Los clamores de «Larga vida al rey» y «Larga vida al rey Daymon» aún resonaban en el aire cuando bajaron de la plataforma.

Sin duda, las celebraciones durarían varios días. Sería un respiro muy bienvenido tras el duelo. La muerte de Arthur había ensombrecido la ciudad.

Aeson, Therin y Asius se acercaron para felicitar al recién coronado rey. Pero mientras lo hacían, la figura de pecho ancho del nuevo capitán de la Guardia Real, Tarmon Hoard, con la capa púrpura ondeando detrás de él, se abrió paso entre ellos. Se detuvo frente al rey, con los nudillos presionados contra la frente.

Daymon frunció el ceño e inclinó la cabeza.

—¿Qué ocurre, Tarmon?

—Mi rey, traigo noticias urgentes. Se ha levantado el bloqueo del Imperio.

Daymon sonrió por primera vez desde la muerte de Arthur, pero el soldado frunció el ceño.

—Tarmon, ¿qué pasa?

—Se dirigen hacia la ciudad, mi rey. La Guardia Dragontina está con ellos.

Rist gruñó triunfante cuando las tablas que tenía delante se partieron en dos. Giró los hilos de aire, apagando las dos velas a ambos lados antes de soltar la Chispa.

El hermano Garramon había cumplido su palabra. Comenzaron a entrenar al día siguiente de haber hablado y, con cada día que

pasaba, Rist sentía que se hacía más fuerte. Ahora tenía más concentración y podía crear combinaciones más delicadas. El primer día, había destrozado las tablas de madera hasta que no quedó más que una nube de astillas flotantes… solo para desmayarse justo después.

Garramon estuvo presente en cada minuto del entrenamiento de Rist. Otros también le impartieron lecciones, pero en su mayoría eran de historia, matemáticas y materias similares. En cualquier otro momento habría adorado cada instante, pero lo único que quería era aprender más sobre magia. Quería comprender más. El hermano Garramon estaba particularmente callado aquella mañana mientras permanecían de pie en uno de los muchos patios abiertos del castillo. Un gran roble se cernía sobre ellos, protegiéndolos del sol matutino. El hermano Garramon se recostaba contra la pared de piedra de una de las torres del castillo. Su mente parecía estar en un lugar completamente diferente.

—¿Hermano?

El mago ladeó la cabeza hacia Rist y alzó una ceja.

—¿Has recibido respuesta a alguno de los mensajes? Ya han pasado semanas.

La irritación se reflejó en el rostro del hombre, pero desapareció tan repentinamente como había aparecido.

—No, hijo. Todavía no, ni de Gisa, ni de Camylin, ni de Resguardo, ni de los pueblos. Incluso enviamos un mensaje a Belduar, en secreto, pero no hemos recibido respuesta. Ten paciencia. Se necesita tiempo para recorrer estas grandes distancias. Estoy seguro de que tus amigos han recibido tu carta y ahora mismo están escribiendo una para responderte.

Ella inclinó la jarra todo lo que pudo y se bebió la cerveza de un trago. Nunca entendería cómo Rhett podía disfrutar de aquella bebida tan repugnante. Le dejaba un regusto acre en la boca.

Más de uno de los hombres sentados en las mesas alrededor de ella y de Shirea las miraban abiertamente, pero no tanto por la forma en que se bebía la cerveza como por el enorme lupino gris acurrucado a sus pies, que gruñía profundamente a cualquiera que se acercara demasiado.

La posadera se había resistido a dejarlos entrar cuando llegaron a la puerta. La mujer regordeta y de cabello ceniciento había intentado echarlas con el extremo de un cepillo. Un gruñido de Faenir la hizo abandonar enseguida esa idea, y unas monedas que Ella les había quitado a los soldados ayudaron a suavizarla aún más. Eso no significaba que la mujer no los mirara con recelo cada vez que pasaba por la mesa.

Shirea había estado muy nerviosa desde la llegada de Faenir. Ambas lo habían estado. Su marido y ella iban de camino a Gisa por la misma razón que Rhett y Ella: para empezar una nueva vida en el norte. Pensar en que ninguno llegaría a vivir esa vida hizo que Ella se atragantara un poco. Todavía lloraba cada noche hasta quedarse dormida.

Llevaban cuatro noches en el Sauce Errante. Había ido al puerto el segundo día para buscar al tal Jack Narys que el tío de Rhett había mencionado en la carta. Era un tipo de piel curtida y aspecto de comadreja, pero parecía razonable. Al principio dudó en entregar los billetes, pero se relajó un poco después de conversar un rato, cuando ella le explicó que Rhett estaba ocupado y que la había enviado a buscarlos. Los hombres siempre parecían más receptivos con las mujeres si pensaban que las mandaba otro hombre.

Estuvo bien hasta que volvió a la habitación de la posada, donde volvió a romper a llorar en cuanto vio los pasajes. Aquellos trozos de cartón amarillento iban a ser el comienzo de su nueva vida juntos.

No estaba del todo segura de por qué había ido a buscar los billetes. Lo más inteligente habría sido volver a casa. Echar a correr a casa lo más rápido que pudiera, directamente a los brazos de su madre. Pero había algo en su interior que quería seguir adelante, llegar a Berona, terminar lo que habían empezado juntos y ver a

Tanner. Se lo debía; tenía que contarle lo que le había pasado a Rhett. Esas dos partes de ella luchaban día y noche.

Llamó la atención de la posadera con un gesto de la mano, pidiéndole otra cerveza. Despreciaba la bebida, pero si a Rhett le gustaba, ella también aprendería a disfrutarla.

Lo había enterrado. Shirea y Ella los habían enterrado a los dos, además de al comerciante, con la pala que habían encontrado en el carro de este. Marcaron las tumbas con piedras apiladas. Pero aunque le vendaran los ojos y la hicieran girar hasta marearla, sabía que sería capaz de encontrar el camino de vuelta a ese lugar, con o sin las piedras. Le costó toda su fuerza de voluntad alejarse de allí.

Le dio las gracias a la posadera, le tiró unas monedas de cobre y tomó un buen trago del asqueroso líquido. El sabor amargo se le quedó en la garganta como un invitado indeseado.

Miró a Shirea al otro lado de la mesa. La joven de cabello dorado era una belleza. No del tipo que se creía guapa y caminaba con la barbilla en alto, sino una belleza genuina. Era muy probable que los borrachos que los rodeaban la estuvieran mirando tanto como a Faenir.

—Vámonos —dijo Ella.

Se bebió la segunda mitad de la cerveza y se levantó de la mesa. La otra mujer la miró con las cejas arqueadas. Había pasado la mayor parte de la tarde jugando con la cadena de plata que le había quitado a su compañero.

«John. Se llamaba John».

Ella no le había quitado nada a Rhett. Nada más que recuerdos e imágenes, grabados para siempre en su mente.

—¿Dónde? —preguntó Shirea, con una voz tan suave que apenas se elevaba por encima de un susurro.

Ella se tomó un momento para asimilar su propia decisión.

—Al norte. Naveguemos hasta Antiquar. Y luego sigamos hacia Berona.

Le costó un poco convencer a Shirea. Al principio no paraba de hablar de volver a su hogar, un pequeño pueblo al sur de Resguardo

llamado Folinwood. Le dijo a Ella que ya no había nada para ella en el norte, que su padre la esperaba en casa, que no podría sobrevivir por su cuenta y otras muchas excusas. Para ser justos, eran las mismas que habían pasado por la mente de Ella, aunque las había dejado de lado.

Hablaron durante casi una hora, castigándose con más cerveza. Al parecer, a John también le gustaba la cerveza, o eso decía Shirea. Al cabo de media hora, la mujer empezó a tambalearse.

—Para ir al norte, para honrar la última decisión que tomamos juntos —dijo Ella, con voz firme pero algo pastosa por la cerveza—. No estaremos solas. Nos tendremos la una a la otra. Y a Faenir.

Alzó la jarra, al igual que Shirea. Las chocaron antes de vaciar el contenido, lo que les valió aún más miradas de reojo. Pero no les importaba. No significaba nada para ellas.

Faenir caminaba a su lado mientras recorrían las calles de Gisa, con todas sus pertenencias en los morrales. Hacían todo lo posible por no tropezar ni caerse. El alcohol les había dado valor, pero también les había adormecido los sentidos y hacía que les temblaran las rodillas.

—Ni hablar —se burló el hombre, con su largo abrigo azul ondeando alrededor de los tobillos.

Examinó con desprecio a las dos jóvenes borrachas y al lupino gris de dientes increíblemente afilados que casi parecía un poni. Se había negado rotundamente a permitir que Faenir subiera al barco, incluso cuando Ella había afirmado que tenía dos billetes, uno para ella y otro para Faenir.

—Señorita, bajo ninguna circunstancia puedo permitir que ese perro rabioso suba a nuestro barco. No es posible. Los guardias de Antiquar ni siquiera lo dejarían entrar en los muelles. Ahora, por favor, sigan adelante.

Ella estaba segura de que Faenir entendía perfectamente lo que

decía aquel tipo. Los pelos del lomo se le erizaron y un profundo gruñido le brotó de la garganta. Incluso el marinero, que parecía tan formal y correcto con su pesada ropa azul con cigüeñas blancas tejidas en los puños, dio unos pasos atrás. Gotas de sudor humedecían su frente.

Ella estaba furiosa. No estaba segura de si se trataba de ira genuina o provocada por la cerveza, pero estaba a punto de darle una patada al hombre en un lugar doloroso y pasar junto a él.

Entonces llegó el desconocido.

—¿Qué problema hay aquí?

Por su aspecto, era un soldado; la delgada cicatriz que le recorría el ojo no era propia de un comerciante o un noble. Sin embargo, llevaba un grueso manto azul marino, con ribetes amarillos en los bordes, sobre una fina camisa color crema. Tenía los hombros anchos y robustos. Era guapo, en cierto modo, incluso con la mitad inferior de la cara oculta por la barba. El marinero intentó explicarse hasta que el hombre sacó un trozo de pergamino del bolsillo interior de su abrigo. El marinero se tensó al leer lo que estaba escrito en el pergamino. Enderezó la espalda y se golpeó la frente con los nudillos.

—Por favor, señor. Adelante.

El recién llegado esbozó una sonrisa divertida antes de adoptar un tono serio.

—Estas dos damas están conmigo, al igual que su… ¿lobo?

Ella abrió mucho los ojos. El marinero parecía querer protestar, pero no lo hizo. Tragó saliva ruidosamente antes de asentir en señal de conformidad. Frunció el ceño mientras intentaba ocultar una mirada de reproche a Ella.

—¿Venís? —preguntó el desconocido con tono seco, cruzando ya la pasarela.

Las dos mujeres intercambiaron una breve mirada antes de recogerse las faldas y pasar junto al guardia para subir por la pasarela.

—Gracias —dijo Ella cuando llegaron a la cubierta del barco.

El hombre se limitó a asentir con la cabeza.

—Sería mejor que viajarais en mi camarote, por si alguien os causa problemas por vuestro… compañero. —Señaló a Faenir con la cabeza—. Es cosa vuestra, en todo caso. Estoy en el camarote con la puerta roja en la parte trasera del barco. El número tres. Solo tenéis que llamar a la puerta.

Dicho esto, se alejó a zancadas hacia el otro extremo del barco. Solo se detuvo un momento para sacar una moneda del bolsillo, lanzarla al aire y volver a guardarla tras comprobar el resultado del lanzamiento. Parecía un tipo extraño, pero Ella le estaba agradecida por haber aparecido en ese momento.

Iba hacia el norte. A Berona.

AGRADECIMIENTOS

«Agradecimientos. A mi hermosa mujer, Amy.
Punto. Adiós. Eso es todo».

Amy Cahill

Mi mujer es realmente increíble, pero no estoy seguro de poder seguir pidiéndole consejo para escribir mis agradecimientos.

En los últimos cuatro años y medio, desde el lanzamiento independiente de *De sangre y fuego* en 2021, la lista de personas que merecen mi agradecimiento se ha hecho tan larga que daría para escribir una novela. Así que voy a intentar ser breve y conciso.

Gracias a todos y cada uno de los que me habéis apoyado a mí y a mis libros desde el principio. A la comunidad de lectores que me han dado sus dos posesiones más preciadas: tiempo y confianza. Si estoy aquí ahora mismo, escribiendo estas palabras, contando estas historias, es por vosotros. Nunca lo olvidaré. Y dedicaré mi carrera a hacer todo lo posible para ser digno del sueño que me habéis permitido vivir. Este viaje no es solo mío, también es vuestro.

Gracias a Matt Holland. Lo que comenzó como una llamada telefónica intercontinental ebria, mientras ambos vivíamos en las habitaciones de invitados de nuestros padres, se ha convertido en una amistad que atesoraré para siempre. Has creído en mis libros desde el principio y nunca has flaqueado en esa creencia. Y ahora aquí estamos: viendo el sueño hecho realidad.

Gracias a mi mujer (a la que menciono por segunda vez). Me has aguantado durante todo este tiempo y has sido la mejor compañera que cualquiera podría desear. Te quiero.

Gracias a mi familia y amigos. Por estar siempre ahí, por

levantarme cuando caigo y por emborracharme cuando estoy sobrio.

Gracias a Robin y Thena. Sois las mejores. Vuestro amor es incondicional, al igual que vuestra necesidad de que os rasquen.

Gracias a todos los autores, editores, críticos, blogueros y miembros de la comunidad literaria que he conocido a lo largo del camino. Os nombraría a todos, pero inevitablemente me olvidaría de alguien y entonces os enfadaríais conmigo.

Esto comenzó como un libro en marzo de 2021. Lo lancé al mundo y esperaba muy poco. Un millón y medio de palabras, medio millón de libros vendidos, cuatro novelas, tres novelas cortas y un contrato editorial mundial más tarde, estoy aquí sentado escribiendo esto.

Ha sido un largo camino hasta llegar aquí. Pero es solo el principio. Y si sacáis algo, aunque sea una sola cosa, de cualquiera de las páginas de este libro, que sea que los sueños están hechos para perseguirlos. La duda ha matado más sueños de los que el fracaso jamás podría matar. Daos la oportunidad de fracasar. Y si alguna vez tenéis hijos, animadlos a hacer lo mismo.

Espero que disfrutéis del viaje.

Siempre vuestro,
Ryan

GLOSARIO

LAS ESTACIONES

El comienzo de un nuevo año en Eferia está marcado por el paso del solsticio de invierno. Hay cinco estaciones que dividen el año: principios de invierno, primavera, verano, otoño e invierno.

EL CLARO

Calen Bryer: Hijo de Vars y Freis, hermano de Ella y Haem. Habitante de El Claro.

Haem Bryer: Hijo de Vars y Freis, hermano de Ella y Calen. Murió defendiendo El Claro de los uraks en el año 3078 después del Colapso. Habitante de El Claro.

Ella Bryer: Hija de Vars y Freis, hermana de Haem y Calen. Habitante de El Claro.

Freis Bryer: Esposa de Vars, madre de Calen, Haem y Ella. Herborista y curandera de El Claro.

Vars Bryer: Esposo de Freis, padre de Calen, Haem y Ella. Herrero de El Claro.

Faenir: Lupino criado por la familia Bryer.

Rhett Fjorn: Capitán de la Guardia municipal de El Claro.

Erdhardt Hammersmith: Esposo de Aela. Decano del

pueblo de El Claro.

Aela Hammersmith: Esposa de Erdhardt. Joyera de El Claro.

Dann Pimm: Hijo de Tharn e Ylinda, amigo íntimo de Calen. Habitante de El Claro.

Tharn Pimm: Esposo de Ylinda, padre de Dann. Armero de El Claro.

Ylinda Pimm: Esposa de Tharn, madre de Dann. Tejedora de El Claro.

Rist Havel: Hijo de Lasch y Elia, amigo íntimo de Calen. Habitante de El Claro.

Lasch Havel: Esposo de Elia, padre de Rist. Posadero de El Dragón Dorado.

Elia Havel: Esposa de Lasch, madre de Rist. Apicultora de El Claro. Verna Gritten: Madre de Anya. Anciana de El Claro.

Anya Gritten: Hija de Verna, amiga íntima de Calen. Habitante de El Claro.

Fritz Netly: Rival de la infancia de Calen. Habitante de El Claro. Belina Louna: Barda que toca en la carpa del banquete.

Therin Eiltris: Bardo elfo que actúa en El Claro.

MOLINAR

Aeson Virandr: Padre de Dahlen y Erik Virandr.

Dahlen Virandr: Hijo de Aeson, hermano de Erik.

Erik Virandr: Hijo de Aeson, hermano de Dahlen.

Asius: Jotnar, amigo íntimo de Aeson, compañero de Larion y Senas.

Larion: Jotnar, compañero de Asius y Senas.

Senas: Jotnar, compañero de Asius y Larion.

Alleron: Viajero de Drifaien.

Baird: Viajero de Drifaien.

Kettil: Viajero de Drifaien.

Leif: Viajero de Drifaien.

Audun: Viajero de Drifaien.

Destín: Viajero de Drifaien.

EL NORTE

Farda Kyrana: Justiciador del Imperio lorio y exarca de los Magos de Batalla Imperiales.

Rendall: Inquisidor imperial.

Fane Mortem: Emperador de Loria.

Tanner Fjorn: Tío de Rhett Fjorn. Capitán general de la Guardia de la ciudad de Berona.

Garramon: Exarca de los Magos de Batalla Imperiales.

ELFOS DE ARAVELL

Thalanil: Capitán supremo de los exploradores de Aravell.

Faelen: Explorador álfico.

Gaeleron: Explorador álfico.

Alea: Exploradora álfica.

Lyrei: Exploradora álfica.

Ellisar: Explorador álfico.

Vaeril: Explorador álfico.

LOS DIOSES

Existen numerosos panteones de dioses en todo el mundo conocido, pero los habitantes de Eferia veneran al panteón de enkaran.

Achyron: El dios guerrero, o simplemente el Guerrero. El protector contra la sombra.

Elyara: La Doncella. La más sabia de todos los dioses, creadora de la conciencia y el pensamiento libre.

Varyn: El Padre. El protector de todas las cosas y el proveedor del sol.

Heraya: La Madre. La dadora de vida y receptora de los muertos.

Hafaesir: El Herrero. El dios patrón de los enanos. Constructor del mundo.

Neron: El Marinero. Creador de los mares y proveedor de viajes seguros.

Efialtír: El dios traidor. Efialtír traicionó a los otros seis dioses

en los albores de la creación. Les dio la espalda, reclamando su poder a través de ofrendas de sangre.

LOS CABALLEROS DE ACHYRON

Kallinvar (hermano Capitán): Capitán del Segundo. Superviviente de la Caída.

Ildris: Caballero del Segundo. Superviviente de la Caída.

Ruon: Caballero del Segundo. Superviviente de la Caída.

Tarron: Caballero del Segundo. Superviviente de la Caída.

DOMINIO LIBRE DE LOS ENANOS

Kira: Reina de Durakdur.

Pulroan: Reina de Azmar.

Elenya: Reina de Ozryn.

Hoffnar: Rey de Volkur.

Falmin: Miembro del Gremio de Correvientos, navegante del Cresta de la Ola.

BELDUAR

Arthur Bryne: Padre de Daymon. Rey de Belduar.

Daymon Bryne: Hijo de Arthur. Príncipe de Belduar.

Ihvon Amell: Amigo íntimo y consejero de Arthur.

Oleg Marylin: Emisario de Belduar ante el Dominio Libre de los Enanos.

Conal Braker: Joven ugier en Belduar.

LUGARES

Eferia: El continente de Eferia es uno de los más grandes del mundo conocido.

Karvos: Uno de los cinco continentes principales del mundo conocido. Hogar de los karvosi. Karvos es un continente cubierto en su mayor parte por selva tropical. A lo largo de los siglos, se han librado numerosas guerras entre los eferianos y los karvosi.

Ardan: Uno de los cinco continentes principales del mundo conocido. Hogar de los ardanos. Los ardanos son una poderosa nación marinera.

Narvona: Uno de los cinco continentes principales del mundo conocido. Hogar de los narvonanos. El clima de Narvona es mucho más cálido que el de Eferia, y alberga muchos yacimientos minerales y piedras preciosas. Debido a la riqueza que proporcionan estos recursos naturales, los narvonanos son un pueblo próspero y poderoso. Ha habido conflictos entre Eferia y Narvona, pero en general las relaciones entre los dos continentes han sido amistosas. Debido a esta relación amistosa, no es raro ver a narvonanos que se han establecido en Eferia. Esta relación se ha vuelto más tensa desde el nacimiento del Imperio lorio.

Valacia: Significa «Islas Heladas» en la lengua antigua. Es uno de los cinco continentes principales del mundo conocido. Se trata de un páramo de hielo y nieve que en su mayor parte está inexplorado. Los dragones de Valacia se consideran por lo general seres legendarios.

Loria: La provincia de Loria domina el norte de Eferia. Es en esta provincia donde el Imperio lorio tiene su sede de poder en la capital, Al'Nasla.

Illyanara: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Castor Kai.

Carvahon: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Talia Kalas.

Varsund: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Korim Garrin.

Arkalen: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Syrene Linas.

Drifaien: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Lothal Helmund.

Valtara: Una de las seis provincias del sur de Eferia, gobernada por el gran señor Loren Koraklon.

Belduar: La última «ciudad libre de los hombres» en Eferia. Belduar es la única ciudad de los hombres que no está bajo el dominio del Imperio lorio, sino que tiene su propio rey: Arthur Bryne.

Ölm: Ölm es una pequeña aldea que forma parte de un conjunto de aldeas situadas al pie de la cresta Lupina. Comparte su nombre con el bosque de Ölm. Tanto la aldea como el bosque toman su nombre de la antigua ciudad jotnar de Ölmur.

Durakdur: El reino enano de Durakdur es miembro del

Dominio Libre de los Enanos. Está gobernado por la reina Kira.

Ozryn: El reino enano de Ozryn es miembro del Dominio Libre de los Enanos. Está gobernado por la reina Elenya.

Volkur: El reino enano de Volkur es miembro del Dominio Libre de los Enanos. Está gobernado por el rey Hoffnar.

Azmar: El reino enano de Azmar es miembro del Dominio Libre de los Enanos. Está gobernado por la reina Pulroan.

Lynalion: El bosque de Lynalion se extiende decenas de leguas en todas direcciones. Se encuentra en la base de Mar Dorul y es donde se retiró gran parte de los elfos tras la caída de la Orden.

Aravell: Aravell es una ciudad oculta que sirve de hogar a una facción de elfos que se ha separado de los elfos de Lynalion.

LA LENGUA ANTIGUA

La lengua antigua, o enkaran, es un idioma transmitido por los dioses y creadores conocidos como los enkaran. Antes de la llegada de los humanos al continente en el año 306 después del Colapso, el idioma predominante entre elfos y jotnar era una protolengua de la lengua antigua. Tras la llegada de los humanos, el idioma cambió y se desarrolló hasta convertirse en la lengua antigua que se conoce hoy en día. La lengua común surgió de una mezcla de las lenguas habladas por los enanos y los humanos con la lengua antigua. A continuación se incluyen algunas frases comunes que pueden encontrarse a lo largo de los libros.

Draleid: «Vinculado al dragón». Antiguos guerreros cuyas almas estaban vinculadas a los dragones que nacieron para ellos.

Rakina: «El quebrado» o, en el dialecto élfico, «el que sobrevivió». Cuando un dragón o su draleid muere, el superviviente obtiene el título de rakina.

Du gryr haydria til myia elwyn: Me honras/honráis el corazón.

N'aldryr: Por el fuego.

Valerys: Hielo.

Det være myia haydria:> Sería un honor para mí.

Du haryn tnyia vrai: Te doy las gradas.

Myia elwyn er unira diar: Mi corazón es siempre tuyo.

Din vrai é atuya sin'vala: Tu agradecimiento es bienvenido aquí.

Draleid n'aldryr, Rakina nai dauva: Atado al dragón por el fuego, roto por la muerte.

Det er aldin na vëna du: Me alegro de verte.

Myia nithír til diar: Mi alma a la tuya/vuestra.

I denír viël ar altinua: En esta vida y siempre.

Vaen: Verdad.

Drunir: Compañero.

Aldryr: Fuego.

Níthral: Espada del alma.

Svidar'Cia: Tierras Calcinadas.

Svidarya: Vientos ardientes.

Valacia: Tierras de hielo.

Nithír: Alma.

Din haydria er fyrir: Tu honor está perdido.

Bralgír: Narrador.

Ayar Elwyn: Un solo corazón.

Galdrín: Mago.

Idyn väe: Descansa en paz.

RAZAS

Humanos: Los humanos llegaron por primera vez al continente de Eferia en el año 306 después del Colapso, huyendo de una catástrofe desconocida en su tierra natal, Terroncia.

Elfos: Junto con los jotnar y los enanos, los elfos fueron una de las primeras razas en habitar Eferia. Tras la caída de la Orden, los elfos lucharon valientemente contra el recién formado Imperio lorio, pero finalmente fueron derrotados y se dividieron en dos facciones principales. Una culpó a los humanos de la destrucción de Eferia y se retiró al enorme bosque conocido como Lynalion, aislándose del resto del continente. La otra facción se retiró a Lobregal, donde construyeron la ciudad de Aravell y continuaron la lucha en secreto, convirtiendo Lobregal en una barrera infranqueable entre el norte y el sur.

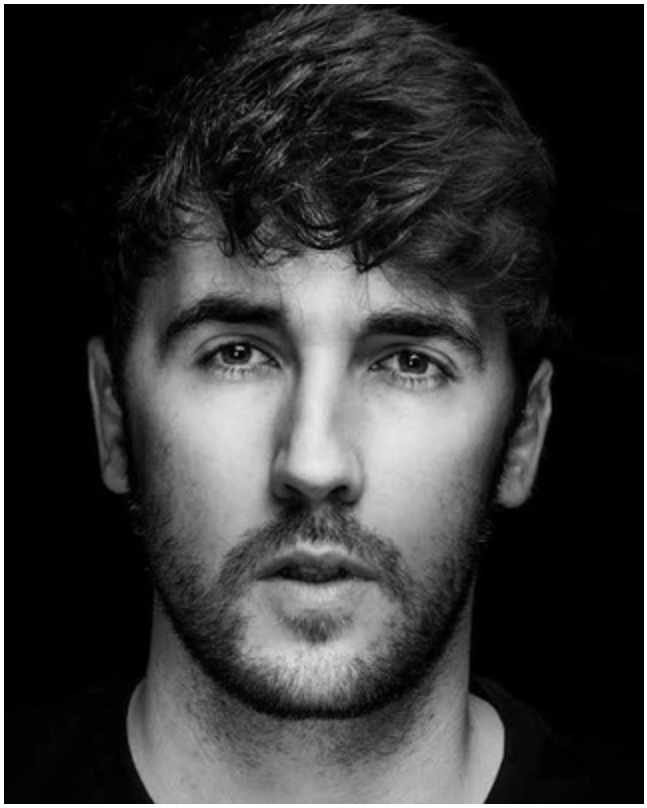
Enanos: Antes de la caída de la Orden, los enanos ocupaban territorios tanto por encima como por debajo de la superficie. Tras la Caída los enanos se retiraron a sus

reinos montañosos en busca de seguridad.

Uraks: Criaturas cuya forma de vida gira en torno al derramamiento de sangre. Poco se sabe de ellos fuera del campo de batalla, salvo que sirven al dios traidor Efialtír.

Jotnar: Los jotnar, conocidos por los humanos como «gigantes», son una raza de personas que han habitado Eferia desde los albores del tiempo. Tienen una conexión intrínseca con la Chispa, son de piel azulada y miden más de dos metros y medio de altura.

Angan: Los angan son una raza de cambiaformas humanoides. No se sabe con certeza cuándo llegaron a Eferia, aunque se cree que son tan antiguos como la propia tierra. Se dividen en cinco facciones principales, cada una dedicada a uno de los cinco dioses angan conocidos: Dvalin, Bjorna, Vethnir, Fenryr y Kayga.



RYAN CAHILL (Dublín, 1993) creció rodeado de libros e historias en su Irlanda natal y en la que en 2020, mientras trabajaba en un laboratorio y tras la llegada de la pandemia, decidió escribir su primera novela. A lo largo de varios meses la obra fue adquiriendo forma hasta que en marzo de 2021 Cahill se animó a autopublicar *De sangre y fuego*, primera entrega de la serie *Los vinculados y los quebrados*. En el libro Cahill nos presenta una historia de fantasía épica clásica, pero contada mediante estrategias narrativas modernas y ambientada en Epheria. A este primer libro le han seguido tres novelas cortas, tres novelas largas y tres historias cortas más, inéditas aún en España, y el éxito de estas obras hizo que en 2024 The Broken Binding Publishing se hiciera con los derechos para la edición en todo el mundo de la serie y diera inicio a la reedición de la misma.